Félix Álvarez Sáenz

Madre Sacramento

Índice

a Luci, mi hermanita, a quien tanto debe mi memoria.
a Montserrat, Alexis, Félix y Maite, con amor de padre.
a Vicky, siempre.

Todos quantos vevimos, que en piedes andamos,
siguiere en presson o en lecho yagamos,
todos somos romeros que caminando andamos.

Gonzalo de Berceo

Et in azofra Felix

Existió alguna vez un tiempo amable. Algunos todavía lo recordamos. Era un tiempo sin ruidos, luminoso, un tiempo en el que el aire copiaba los colores del arco iris cada mañana a la misma hora. Cruzaban los trenes los campos arbolados, y, asomados a sus ventanas, podían los viajeros observar el cruce lento de los postes del telégrafo con el gesto interesado del entomólogo que descubre en la agitación de las alas de una mariquita alguna ley desconocida de la mecánica de los sólidos. En aquel tiempo crecían los trigos en las sementeras bajo la atenta mirada de grajos y de abubillas, y se mecían los chopos al ritmo de unos aires que acompañaban con su son la cantarina melodía de los arroyos. El cielo era un cristal azul al que sólo empañaban las tormentas. Cuando maduraban las espigas, cargaban los labradores las gavillas hasta las eras. Jadeaban las carretas bajo el peso dorado de las mieses, y la canícula obligaba a hombres y a mujeres a desajustar cantillos, desabrochar camisas, mesurar el paso y a tenderse, a la hora de la siesta, a la sombra de una vieja encina, o junto a las ruedas de una galera desenganchada cabe la orilla de un arroyuelo adormilado y seco.

En los largos inviernos de aquel tiempo caía con pausa la nieve en los tejados. Tras los cristales, junto al llar, contemplábamos los niños el ir y venir de los gorriones sobre el blanco sudario de los campos yertos. Los chopos, secos y renegridos por el frío, casi tocaban con sus brazos el cielo plomizo de los atardeceres. Mordía el hielo los cristales de las ventanas, y, en la cocina, mientras las mujeres preparaban la cena o rezaban el rosario musitando avemarías y bajaban los hombres a la pocilga para alimentar a los cerdos con un cocido vulgar de patatas y remolachas, nunca faltaba quien contara alguna historia de los tiempos en que los moros señoreaban las Españas. Desde la mesa camilla, con los pies sobre el brasero, volaba nuestra imaginación hacia los campos soleados de Andalucía, donde alguno de nuestros antepasados, montado sobre su alazán, aniquilaba los ejércitos de la morisma y ganaba, a mayor gloria de su linaje, castillos y plazas fuertes de los que sólo quedaba memoria en los cronicones antiguos.

Era aquel un tiempo feliz y sin relojes. Quienes los tenían usábanlos para adornar con ellos sus muñecas. Sobre la torre de la iglesia una vieja campana anunciaba las horas a los labradores, y, en los días claros, cuando el cielo se abría, un venerable reloj de sol, tallado sobre los sillares del edificio sacro, permitía a los parroquianos acertar con el

paso del tiempo. «¡A sosiego!», decían -10- los labradores al volver del campo cargando sobre sus hombros la morisca. «¡A sosiego!», respondían a su saludo las pueblanas que, en las puertas de sus casas, junto a la fuente, o en la solana que estaba al pie de la iglesia, bordaban y conversaban. «¡A sosiego!», acertaban a susurrar los más ancianos, los veteranos de la guerra del noventa y ocho, que, con sus boinas caídas sobre la frente y sus manos de piedra derrumbadas sobre la curva de la cachava, abandonábanse al calor del sol como las lagartijas en los ribazos. «A sosiego» era el saludo de aquellas gentes que aún ignoraban el valor de los relojes.

Recuerdo a nuestro zapatero de Santo Domingo de la Calzada. Venía al comienzo de cada estación. Tomábanos medidas de los pies y, en el autobús de la tarde, sin prisa, volvíase a su pueblo. Días más tarde, regresaba con los zapatos, o con las sandalias que nos había hecho. Vestía siempre un traje de mil rayas y en un bolsillo de su chaleco guardaba, sujeto a una hermosa leontina de oro que brillaba sobre su prominente barriga, un reloj de bolsillo cuya música ejerció durante muchos años una gran influencia sobre mi imaginación. El sastre de Hervías llegaba a nuestra casa en su Lambretta. Recuerdo la marca del vehículo y aún siento a veces sobre mis hombros la mano del sastre marcando la tela con su jaboncillo. Todavía conservo una enorme capa de paño bordeada en su interior de terciopelo que uno de sus mayores, también sastre, cortara y cosiera para mi abuelo Agustín hacia mil ochocientos noventa y tantos. Es una capa de las que ahora ya no pueden fabricarse.

Estos hombres eran artesanos. Hacían las cosas bien y sin apuros. Junto a mi casa tenía su taller un guarnicionero, y con él pasaba yo las largas tardes del verano conversando o, con más frecuencia, admirando su habilidad en el manejo de la lezna. José Luis, el guarnicionero, era de Alesanco, un pueblo vecino. En su taller sentía menos el bochorno que en las calles o en las eras, y, ya al atardecer, cuando el sol de poniente daba paso a la penumbra, amainaba el solano y refrescaba la brisa, salía en busca de mis amigos para jugar al marro o a los «tres navíos en el mar», juegos infantiles que no eran sino la representación estival de los relatos guerreros del invierno.

En aquel tiempo podíamos soñar cada lunes con la película de aventuras del siguiente domingo. A la hora del rosario, cuando don Eliseo Pipaón subía al púlpito con roquete almidonado, comentábamos la más reciente película de Gary Cooper, o la última y emocionante aventura del Guerrero del Antifaz, prototipo del soldado cristiano y español que viaja por el mundo persiguiendo un ideal tan sublime como indescifrable. Todavía hoy, al recordar mis tempranas incursiones en el mundo de lo que entonces llamábamos el tebeo, sigo sin entender tan interminable agonía militar, aquella enconada persecución de su -11- enemigo Alí, paradigma de maldad, y, probablemente, encarnación demoníaca de algunos de los fantasmas que siempre nos han perseguido a los españoles. El Guerrero del Antifaz y el Capitán Trueno fueron, junto a Roberto Alcázar y Pedrín, los héroes invencibles de nuestra infancia franquista. En nuestra ingenuidad, tomábamos siempre partido por la causa equivocada.

En el pórtico de la iglesia, cuando llovía, jugábamos a la pelota. En los días buenos, don Eliseo subía lentamente la cuesta de la iglesia rezando

sus horas en el breviario. En el pórtico también jugábamos a las canicas, al pañuelo y al tejo, con monedas de perra gorda. En los atardeceres invernales, después de las clases, vigilábamos desde el pórtico los cepos de cobre que, con algo de pan, habíamos puesto para atrapar gorriones. Pero nuestro juego favorito era la guerra. Fabricábamos espadas de madera, y yo tenía una Colt 45 de cachas de nácar que, aunque de juguete, imponía respeto entre mis enemigos. Jugábamos en las eras, entre el bálago y la paja, donde más de una vez descubrimos, en las cálidas noches del estío, a las parejas de novios retozando. En este mundo de silencio y calma, en este tiempo de mi infancia pueblerina, el sexo era también amable y silencioso, discreto y calmo.

Era un mundo de bicicletas y de lentos atardeceres de verano, un mundo antiguo. Ahora sé que también era un mundo congelado en el tiempo. Al recordarlo, no puedo, empero, pensar en él sin sentir la atracción que sobre mí sigue ejerciendo. Pese a los años transcurridos, a lecturas y experiencias, nada ha logrado borrar el sentimiento de ternura que me invade cuando me traslado mentalmente hacia aquel mundo sencillo en el que la entrada del cine costaba una peseta y yo era el niño más feliz de la tierra con un revólver de juguete entre mis manos.

Recuerdo a mi tía Marina haciéndonos rezar a Tirso, a Cipriano, a Julián y a mí oraciones interminables en un día de tormenta. Golpeaba el pedrisco los tejados, retumbaban los truenos y cruzaban el cielo los relámpagos mientras mi tía recitaba con voz temblorosa extrañas oraciones tal vez aprendidas en algún texto religioso de pasadas centurias. Invadidos de temor, nosotros repetíamos los padrenuestros y las avemarías que acompañaban las invocaciones de la vieja beata. Con mis hermanas, Ana Teresa y Lucía, repetí en otra ocasión esta experiencia (no sé ahora bien cuál de las dos fue la primera) en el portal de la casa de mi tía Honorata. En ambas ocasiones, los rezos nos protegieron de la muerte: aún estoy vivo para contarlo.

-12-

Un día de septiembre de 1952, mi hermana Luci y yo hicimos nuestra primera comunión en el monasterio cisterciense de Cañas. Unos días antes, mi padre me había llevado a Nájera para comprarme el traje. Luci había heredado el suyo de Tere, que sólo tres años antes había cumplido con la misma ceremonia. De los cuatro hermanos, sólo Ángel, el menor, comulgó en Azofra. Tere, Luci y yo lo hicimos en Cañas. Cuando nos tocó el turno a Luci y a mí, bajaron de San Millán de la Cogolla algunos frailes del convento para asistir a la celebración. Ésta coincidía con la ceremonia de votos perpetuos de una hermana de mi madre metida a monja en este monasterio de bernardas. Celebró la misa mi tío Ángel, provincial de los recoletos de San Millán, y fue asistido en este menester por mi tío Constan, carmelita descalzo que, como yo, vive en Lima, y por el padre Boneta, a quien muchos años más tarde volví a encontrar, una tarde de noviembre, en Venezuela.

Cuando recuerdo estas cosas, pienso que he estado la mitad de mi vida metido entre cirios. Mis hijos no han sido bautizados y, naturalmente, no han pasado por ninguna de estas curiosas ceremonias, tan importantes antaño. Ellos prefieren, tal vez con razón, pensar en cosas más actuales. Cuando, dejándome arrastrar por la nostalgia, pongo en mi modesto equipo

de sonido la misa de difuntos grabada en el monasterio benedictino de Solesmes o algunos soberbios fragmentos del gregoriano de Silos, mis hijos huyen a sus habitaciones, cierran sus puertas y me dejan solo. Ellos sostienen que ésta es una música insoportablemente triste. Con esta música ha desaparecido, en efecto, un mundo. Quienes aún creemos en la belleza de aquel pasado hemos quedado definitivamente al margen de la historia. Ya ni los católicos entienden las grandiosas creaciones de su cultura. El nuestro es un tiempo de ruido que no soporta la soledad, el silencio, el sosiego, ni el soliloquio.

En aquel mundo de silencio había tiempo para el soliloquio. Pese a todo, había calma. Yo acostumbraba a subir hasta el tercer piso de mi casa y allí, en el rellano de la escalera, sentábame a leer, o me deslizaba por la baranda. Con más frecuencia, sin embargo, abría un viejo baúl e investigaba su contenido. Había en él cosas que el tiempo o la indiferencia de mis padres y mis abuelos habían ido arrinconando como inútiles. Muchos de los objetos allí guardados eran difícilmente definibles, a no ser una espada herrumbrosa y sin filo que, según supe algunos años más tarde, había pertenecido a mi tío Ramón, un viejo gordo y ciego de San Vicente de la Sonsierra que, entregado al vino y a los placeres de la carne, había terminado por arruinarse. Mi abuela Felisa, buena samaritana, lo recogió en su casa para evitar que terminara de mendigo, y, así, -13- su inservible espada de viejo hidalgo acabó sus días en el arcón de los recuerdos de mi infancia.

Había otros muchos objetos, sin embargo, de más difícil identificación y, también, de más antigua data. Había, sobre todo, algunos libros apolillados y muchos papeles antiguos con caracteres indescifrables. En ocasiones, temeroso de que me encontraran mis padres en menesteres de espía, escalaba con alguno de los papeles el alto, último piso de las casas rurales de la región en el que suelen conservarse los alimentos para el invierno. Su nombre se relaciona con esta función alimenticia y no, como podría sospecharse, con su posición en la casa. En el alto, en fin, entre pimientos en conserva, chorizos colgados, salchichones, tiras, jamones, pasas, almendras, nueces, manzanas, guindillas, alcachofas, cardos y otras delicias semejantes, trataba una y otra vez de descifrar el secreto de aquellos papeles. Sin que lo supieran mis padres, cambielos de lugar y, más tarde, terminé también por cambiarlos de casa. Finalmente, cuando yo tendría no más de trece años, logré esconderlos en el alto de la casa de mi abuelo Agustín y, con el tiempo, llegué a olvidarme de que alguna vez hubiesen existido.

No me detendría a hablar de viejos papeles, si ellos no estuvieran directamente relacionados con la historia que deseo contar en este libro y de la que dan testimonio cierto los documentos que menciono. La historia se desarrolla en un mundo aún más silencioso y lejano que el que yo recuerdo haber vivido durante mi infancia en Azofra. Está, no obstante, según sospecho, estrechamente relacionado con él. Algunos de los personajes que se mencionan en ella parecen haber tenido mucho que ver con mi familia paterna, y no es por ello extraño que tales documentos, arrinconados por el tiempo y el olvido, terminaran, como la herrumbrosa espada de mi tío Ramón, en el baúl de los recuerdos familiares.

En noviembre de 1987 viajé a España, visité a los amigos y, cuando ya

estaba a punto de volver a Lima, un mes y medio más tarde, decidí, como siempre, viajar a La Rioja. Tengo una hermana que vive en Logroño y dos sobrinos universitarios que se prestaron gustosos a llevarme en su automóvil adonde yo quisiera. Mi intención era recorrer La Rioja Alta y compenetrarme con sus paisajes, pues tenía y tengo en mente el argumento de una novela cuya acción se desarrolla en esas tierras en la segunda mitad del siglo XIV, cuando La Rioja fue escenario privilegiado de las guerras entre don Pedro el Cruel y su hermano, el bastardo don Enrique. Hice algunas visitas que, como la que me llevó hasta la vieja torre del conde de Hervías, cuya esposa me atendió con gentileza, sirvieron para hacerme una mejor composición de lugar. En estos -14- paseos y recorridos, terminamos un día en Azofra en la vieja casa de mi abuelo Agustín. La casa está hoy remozada y sirve para que mi madre, una anciana amable y valerosa, pase en ella los días de verano. Como era invierno, estaba vacía.

Mientras mis sobrinos iban a la bodega de la familia a preparar las cosas para asar, más tarde, unas chuletas al sarmiento y beber algunos vasos del excelente vino de la región, yo aproveché para subir al alto y «enredar», como solía hacerlo cuando era niño. Los objetos eran viejos y tenían demasiado polvo y telarañas. Mi sorpresa fue mayúscula cuando encontré en el mismo lugar en el que los había abandonado hacía tantos años aquellos papeles amarillentos con los que había pasado tantos y tan buenos ratos durante mi infancia imaginando extrañas aventuras en países lejanos. Debo decirlo ahora: yo imaginaba, siendo niño, que esos papeles, para mí indescifrables, encerraban algún maravilloso secreto de otros tiempos.

La imaginación infantil suele ser con frecuencia sorprendente. Javier Alonso, un amigo de Ezcaray que vive en Logroño, no se sorprendió en absoluto cuando, al día siguiente, le conté la historia del hallazgo. Consideró natural que yo supiera desde niño la historia que se contaba en aquellos papeles emborronados con una letra humanística retorcida y difícil, letra de quien acostumbra a encerrar bajo siete llaves sus más recónditos pensamientos. Yo confieso que aún no salgo de mi asombro. El secreto que los papeles, ya descifrados, encerraban no era, empero, maravilloso, como yo de niño había imaginado, sino terrible; pero ya se sabe que en los niños lo maravilloso y lo terrible pueden llegar a confundirse. Esos papeles eran tres cartas dirigidas por fray Antonio de Tejada, superior de los dominicos de Arequipa durante los últimos años del siglo XVII, al cardenal José Sáenz de Marmanillo y Aguirre, ilustre religioso y erudito benedictino que llegó a ser inquisidor general en Roma y editor de la notable Collectio maxima conciliorum Hispaniae, uno de los hitos del pensamiento preilustrado en España. Fray Antonio de Tejada trata frecuentemente de primo al cardenal Sáenz de Aguirre, y yo sospecho, aun cuando no puedo probarlo, que el superior de los dominicos en Arequipa era también miembro de mi familia. No insistiré sobre este asunto, y que cada quien entienda como mejor le parezca mi afición al canto gregoriano y a la liturgia tradicional. Mi condición de ateo no ha borrado en mí el gusto por lo mistérico y lo solemne.

A través de estas cartas se puede reconstruir un asunto criminal ocurrido en Arequipa, Perú, a finales del siglo XVII. Yo he tratado de hacerlo con -15- imparcialidad y -lo confieso- con no escasas (y necesarias, a mi

juicio, para llenar los inmensos vacíos que la historia presentaba) dosis de imaginación, despreocupándome por completo del hecho de que estos asuntos hayan podido afectar a mi familia en otras épocas. Al fin y al cabo, aquéllas han sido ya olvidadas por todos, y en estos tiempos de ruido, de computadoras, de misiles y de amenaza ecológica, las pasiones de antaño pueden parecernos a todos un inocente juego de niños. Juego de niños: así es nuestra vida, al fin y al cabo. Nunca sabremos en qué momento termina la diversión y en qué momento comenzarán a sonar las trompetas que anuncien el fin. Hacemos los hombres oídos sordos a demasiadas cosas, y la muerte también puede sonreírnos, sin que lo sepamos, desde la pantalla colorida y brillante de un ordenador. Jamás estaremos seguros de nada. A pesar de todos nuestros crímenes, de nuestros errores y locuras, los hombres, instrumentos de fuerzas ciegas que desconocemos y a las que nombramos con palabras extrañas e inexactas (dios, destino, fatalidad, azar: palabras todas que sólo encierran un misterio mayor), aún seguiremos siendo, durante mucho más tiempo, inocentes. No tenemos ninguna razón valedera para alegrarnos por ello, mas tampoco, ciertamente, para entristecernos.

-16-

Capítulo I
La sombra de la encina

«Si abro un ojo, volveré a verlo». En la oscuridad de la estancia el aire nocturno pesaba sobre sus espaldas como una plancha de plomo. Se encogió de hombros, se arropó en su frazada de jerga y cerró con fuerza sus ojos hasta que, en medio de la oscuridad, volvió a ver el firmamento estrellado que cada noche a la misma hora sorprendíala con sus colores haciéndole creer que era una rendija a través de la cual el buen Dios le permitía entrever algo de la dicha eterna que reserva a los justos. «Un cielo aburrido», pensó en esta ocasión. «Siempre las mismas estrellas e idénticos colores». Siendo aún niña, descubrió el juego en Lunahuaná, cuando Eloísa, angola como ella, la llevó una noche al pie de un palto donde tenía escondido el esqueleto de un perro que los negros habían descubierto al abrir una zanja junto al arenal que rodeaba la chacra de sus patrones. En la oscuridad, los huesos del perro brillaban de una manera maligna, y Escolástica tuvo miedo, por vez primera, del demonio. Instintivamente, cerró con fuerza sus ojos y vio las estrellas brillando delante de su cara. No los abrió hasta que Eloísa le dijo que había vuelto a enterrar al pie del palto los huesos del animal.

Desde entonces, antes de dormirse, lo hacía siempre. Cuando algún temor embargaba su ánimo, cerraba sus ojos y veía las estrellas. Esta visión maravillosa, cuyo secreto jamás a nadie había revelado, le devolvía el

valor perdido. Le aterrorizaban los ruidos nocturnos y las visiones sospechosas. Imaginaba Escolástica que en cada una de estas visiones podía estar la mano del enemigo. «Si abro un ojo, volveré a verlo», se repetía casi en sueños recordando la misteriosa lucecilla que titilaba sobre la pared encalada de su celda, lejos precisamente del crucifijo, más allá de lo que ella consideraba los dominios del Señor. En otras ocasiones le había ocurrido lo mismo. Fascinada por la lucecilla de la pared, terminaba la esclava por adivinar entre las sombras las figuras de hombres y de mujeres que, como en un lienzo pintado, representaban escenas pecaminosas y deshonestas. Tenía este lienzo la virtud de que sus figuras se movieran, y no eran menos deshonestos los movimientos, los gestos y las muecas de las personas representadas que las mismas escenas, poses y desnudeces que Escolástica adivinaba en ellas. Las estrellas, empero, no ejercían ya en su ánimo la influencia de antaño. Algo hervía dentro de ella sin que pudiera controlarlo. Arriesgando su salvación eterna, Escolástica, embargada de terrores infernales, decidió por fin abrir sus ojos.

-17-

La visión era terrible y deleitosa al mismo tiempo. Muslos morenos y sudorosos se retorcían y mezclaban. Redondos senos lechosos de monjas españolas y criollas perdíanse entre las enormes manos de los caballeros o en las voraces bocas abiertas de frailes hambrientos y lascivos. Las nalgas oscuras de los esclavos agitábanse sin cesar, las lenguas de las mujeres humedecían sus labios, desorbitábanse los ojos y mordían los dientes hasta sacar sangre de los cuellos de sus víctimas, que no parecían sentir dolor alguno, sino un placer tan grande como el que en ese momento sentía Escolástica al contemplar la escena sobre la pared de su celda de esclava al servicio de una esclava del Señor. La escena parecía pintada por un maestro cuzqueño, como los cuadros que adornaban la iglesia y los claustros del monasterio. Escolástica arrojó lejos la frazada de jerga en la que se envolvía. Un rayo de luna atravesó la estancia, iluminándola. La esclava, sudorosa, se pasó la mano derecha por la frente mojada. La escena había desaparecido.

Su mano derecha se apoyó en la pared encalada. Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Las piernas no le obedecían. Por un momento, creyó ver que el suelo se abría bajo sus pies, mas, sin duda, se trataba de una alucinación. Estaba segura de que podría llegar hasta la puerta de su casita, llamar a Escolástica, sacarla de su cama y obligarla a prepararle un mate de coca que la ayudaría a reponerse. «Nada mejor que un mate de coca», pensó. Bien lo sabía. Cuando con su hermano llegó por vez primera hasta Arequipa, no imaginaba que pudieran existir tan altas serranías, ni que la altura pudiera afectarla a ella, nacida y criada entre montañas. El mate de coca la alivió en aquella ocasión de los malestares del soroche, y, desde entonces, siempre tomaba mate de coca cuando algún malestar la incomodaba. «Santo remedio», solía repetir cada vez que abandonaba la jícara vacía, todavía caliente, sobre la mesa.

Faltábanle tan sólo cinco pasos para alcanzar la puerta, y observó la luna en cuarto menguante iluminando la noche arequipeña. Dolíale la cintura y sentía en los muslos un cosquilleo creciente que le iba bajando hasta los pies. Quiso respirar hondo para tomar fuerzas y dar finalmente aquellos cinco pasos que la separaban de su salvación. Pese al difícil trance por

el que atravesaba, no pensó en ese momento en confesarse. Casi sin darse cuenta, se dejó caer en el suelo con lentitud, apoyando su mano derecha y su cabeza en la pared. Imaginábase que volvía de nuevo a su infancia, a sus juegos de niña en Ezcaray, cuando, arrinconada por su timidez, sentábase en el poyo de alguna puerta a observar cómo otros niños jugaban al marro o a las canicas. A veces, venía Íñigo, su hermano, y la sacaba de su trance. «Ven conmigo», le decía entonces, y la llevaba a las orillas del Oja para que la acompañara, mientras trataba de -18- capturar bajo las piedras alguna trucha o los excelentes cangrejos de cuyo sabor tanto disfrutaba el muchacho.

Pasaban horas en estos menesteres, y Violante, olvidada de su timidez, gozaba con las historias fantásticas de hadas y de trasgos monstruosos que su hermano le contaba. Aseguraba Íñigo que en los parajes boscosos de aquellas sierras abundaban las lamias y las brujas y que era por ello peligroso aventurarse en los hayedos sin alguien que la acompañara. «Y ¿a quién he de tener para mi guarda que pueda librarme de semejantes males?», preguntábale Violante a su hermanito. «A mí», respondía éste con orgullo. «¿Quién otro acertaría a defenderte?» «Debes tener en cuenta», añadía el mozuelo, «que estos seres, engendros del demonio soportan el valor de los caballeros y que no hay más ni mejor ensalmo que el coraje para poder enfrentarlos». «Y la fe», añadía Violante, satisfecha de haber dado con la respuesta correcta. «Y la fe», repetía entonces Íñigo, bajando la cabeza con una humildad de la que sólo daba muestras en presencia de su hermana.

Violante siempre había sospechado de la fe de Íñigo. Tenía a su tato, como lo llamaba con cariño, por hereje y descreído, mas tan grande era el amor que por él sentía que pasaba por alto lo que, ya de monja, consideraba graves peligros para la salvación de su alma. Para ella la fe lo era todo. Habíala descubierto en Ezcaray, niña aún, cuando con su hermano y con sus primos de Azofra hiciera un viaje hasta la aldea de Urdanta, en la que sus padres poseían algunas heredades. Tenía por entonces Madre Sacramento nueve añitos, hermosas trenzas doradas, un vestidito de volantes y unos ojos enormes y azules que inspiraban al que los miraba amor y confianza hacia su dueña. «Niña Violante», decíanle en el pueblo, y los labradores, al pasar junto a ella, solían descubrirse con respeto.

Más que un viaje fue un paseo. Comenzaba el verano, volaban bajo golondrinas y vencejos, las mieses estaban maduras, apretaba la calor y el dómine decidió, por consejo del alcalde ordinario de la villa, hacer un alto en las tareas escolares. Íñigo había sido el de la idea. Irían temprano hasta Urdanta, comerían allí y, ya en la tarde, acompañados de un aldeano al servicio de sus padres, volverían a Ezcaray antes de que cayera la noche. Íñigo pensaba, además, bañarse desnudo en el Benenguerra, río en el que conocía una poza lo suficientemente profunda para ahogar en ella todo un ejército, como decía exagerando.

Partieron con el alba: Íñigo, Violante, Mariquita y Antonio. Llevaba cada uno su atadito con un pedazo de pan y una más que generosa ración de -19- queso. Sobre los campos de Cirueña se levantaba el sol. Siguieron el viejo camino que bordeaba el Glera, y, mientras no se apartaron de sus orillas pedregosas, Íñigo y Antonio hicieron sopas en el río arrojando chaplas sobre sus aguas casi detenidas. Después, cuando ya el sol comenzaba a calentar sus espaldas, internáronse en un hayedo. La sombra de

las hayas dio nuevos ímpetus a los niños, y los cuatro entretuviéronse jugando a las escondidas hasta casi caer rendidos por el cansancio. Con un cortaplumas hízose Íñigo una lanza de punta aguzada y con ella persiguió a Antonio por el bosque sin darle descanso. Las niñas gritaban atemorizadas, y Antonio corría con todas sus fuerzas escapando del peligro. Sorteaba con habilidad las matas de endrinas que crecían junto a los ribazos, pero no pudo evitar finalmente que Íñigo, más ágil y fuerte, lo alcanzara. Antonio cayó sobre la hierba, crecida con las últimas lluvias de primavera, y su primo, imitando los gritos de los salvajes de Indias que tantas veces había escuchado en su imaginación, improvisó una danza guerrera junto al cuerpo del caído. Abundantes gotas de sudor perlaban la frente del enemigo derrotado. Íñigo clavó su lanza en el suelo húmedo y blando del hayedo. Bajo sus pies sentía que respiraba el mundo aquella mañana de los primeros días del verano.

-Se lo contaré a tu padre cuando regresemos -amenazó, casi llorando, la inocente víctima. Las niñas habían dejado de gritar.

-¡Para lo que me importa! -respondió orgulloso el primo mayor, dejándose caer sobre la hierba.

El juego había terminado. Violante miró a su hermanito con gesto de reconvención. Antonio seguía teniendo la respiración agitada y la mirada perdida, y Mariquita, mimosa, se acercó a su hermano y lo besó en la frente. El gesto de la pequeña enterneció al guerrero.

-Ya ha pasado -dijo Íñigo, dándole a Antonio la mano para que se pusiera de pie-. Supongo que ahora me perdonarás.

-Bueno -respondió su primo sin darle importancia.

Los juegos terminaban siempre de la misma manera. Íñigo era fuerte y audaz, con el porte y la estatura de quien está a punto de entrar en la adolescencia, mientras que Antonio, a quien una mala enfermedad en sus primeros años había marcado para siempre, rehuía las acciones de fuerza y los gestos siempre osados del mayor de los de Cellorigo.

-Tú has de ser fraile -decíale éste con cierto desprecio.

-20-

-O escribano -respondía su primo, que no veía con malos ojos la posibilidad de emborronar papeles con su firma en el futuro.

Decíalo no tanto por ambición, cuanto por temperamento. Retraído y tímido, Antonio sentíase más inclinado a las tareas de la inteligencia, a la reflexión y al estudio que a las acciones que le obligaban a poner a prueba un valor del que, por naturaleza, carecía. Antonio sólo se sentía realmente seguro en la compañía de su primo y, aun ésta, en no pocas ocasiones, le atemorizaba.

-Otro día me pinto la cara de rojo como un indio -púsose Íñigo de pie de un salto, desclavó su lanza, echósela al hombro e hizo un gesto con su mano izquierda para que lo siguieran. En los bosques de Ezcaray sentíase Íñigo capitán de una expedición que hacía su ingreso en el fabuloso país de las Amazonas. Fueron subiendo, entre las hayas, en dirección a Urdanta.

-No corras tanto -gritó Violante al capitán de la excursión.

Íñigo se detuvo al pie de un risco. Desde ese punto podía contemplarse todo el valle, y un ojo bien entrenado diferenciaba con facilidad, en los días despejados, las torres de Santo Domingo de la Calzada, o adivinaba en

lontananza las casas de Valgañón. Hasta allí subía el sordo rumor de las aguas del Oja, que se precipitaban entre las piedras. Más arriba, el San Lorenzo todavía conservaba las nieves del último invierno. Íñigo respiró hondo mientras contemplaba, con satisfacción, el hermoso paisaje que se abría a sus pies. Violante y sus primos lo alcanzaron.

A sus escasos doce años, Íñigo se creía un guerrero capaz de todas las hazañas. Soñaba con llegar a Indias y ganar con la espada alguno de aquellos reinos fabulosos cuya conquista, según creía, quedaba pendiente. Aspiraba a llenar alguna página vacía y no menguada de la historia. Complacíase en pensar que habría Antonio de acompañarlo y se esforzaba en infundir valor a un espíritu apocado y débil con inclinaciones que, en su opinión, eran más propias de las mujeres. Suponía que, si conseguía su propósito, Antonio habría de ser testigo y cronista de sus hazañas. Una pequeña parte de su gloria pasaría así a su indefenso primo. Con los años, Antonio habría de darle, sin embargo, pruebas de una entereza de ánimo que él nunca habría imaginado en un cuerpo tan raquítico.

En realidad, Íñigo adoraba a Antonio, como adoraba a Mariquita, tan mimosa, y, sobre todas las cosas, a Violante. Su hermana podía conseguir de él cuanto quisiera. A veces, obligábale a trepar a los sauces más altos, o a los almendros más espinosos de las huertas de Ezcaray, con el solo (y para él -21- absurdo) objeto de devolver a su nido el huevo de una picaraza o el cuerpecillo raquítico y desplumado de la cría de un ruiseñor. Íñigo no entendía por entonces la afición de su hermana por las avecillas. Él prefería matarlas a pedradas con la honda o con la horqueta, o perseguir a los perros por las callejas del pueblo después de haberles atado al rabo un manojo de bálago encendido que los chamuscara. En cierta ocasión, en una huerta de Zorraquín, encontraron Violante y él un animal extraño y monstruoso: un erizo que, subido a un manzano, cargaba en sus púas con la cosecha. Hízolo caer Íñigo del árbol a pedradas, mas fueron tantos los ruegos de Violante para que perdonara la vida a la alimaña que el muchacho hubo de dejar que se perdiera en una huerta de berzas con las hojas perladas de gotas de rocío. No pudo, en aquel momento, hacer daño alguno a aquel engendro del demonio.

Recordando a sus seres queridos, Madre Sacramento sonrió. Dolíale ahora el pecho y ya no sentía las piernas. Desde el suelo, casi inmóvil, arrastrábase hacia la puerta de su casita. La claridad del cielo anunciaba la aurora. Deseó, en ese momento, que Escolástica apareciera en la puerta y la cargara hasta su cama y que, después, con un mate de coca bien caliente, calmara las angustias mortales que padecía. El cuerpo, tan despreciable y vil, tan ajeno a ella misma, tan extraño a su ser profundo y auténtico, a su alma enamorada, mostraba la crueldad de su poder. Era, en efecto, la cárcel del alma, el encierro material del que ella creía haberse liberado. Eran cadenas sus piernas y su pecho adolorido, que hacían descender, con el peso de su lastre, al alma que volaba al encuentro del esposo celestial. «¡Dios mío!, ¡Dios mío!», repetía Madre Sacramento, tratando de ahogar y de olvidar sus dolores. Su alma había sido creada para volar al encuentro de su señor, para unirse a él, no para atender los innobles reclamos de su cuerpo. Sentía que el mundo y la materia, los groseros enemigos del espíritu, encerrábanla en su cárcel. El vuelo del alma también estaba lastrado por los recuerdos.

Habían desaparecido las deshonestas escenas pintadas en la pared de su celda. Tendida en su cuja, Escolástica se envolvió en su frazada. Sintió una hoguera entre sus piernas y el deseo volcánico de sus senos, que esa noche querían estallar con fuego y con cenizas para cubrir de lava roja la oscura planicie de su pecho. Sintió los pies fríos y dolorosos pinchazos en los flancos. Imaginaba siempre al mismo jinete ajustándole con furia sus espuelas de fierro enmohecido. Carecía de rostro el caballero, mas tenía lengua, dientes y ojos de fuego, rojos como las hogueras que se encienden en las chacras de Lunahuaná cuando anochece. Escolástica sintió esa noche todo su cuerpo: mesó sus cabellos, acarició sus flancos, bebió el néctar del sudor destilado -22- entre los vellos de su pecho, paseó sus manos por su espalda y mordió el cuello de quien esa noche había vuelto, entre sueños, en medio de la oscuridad, como un ladrón, a visitarla. La esclava, envuelta en su frazada de jerga, quedó al fin dormida, con una sonrisa dibujada en sus labios amoratados. En el ventanuco de su celda apuntaron los primeros y pálidos rayos de la aurora.

Cuando se aproximaban a Urdanta, sintió, por vez primera, la llamada del Señor. A orillas del Benenguerra decidieron los primos abrir sus ataditos y hacer una breve colación para recuperar las fuerzas perdidas en el viaje de la mañana. Pan, queso y agua fresca del riachuelo sirvieron a tal fin. Echado sobre la hierba, Íñigo aproximaba su boca a la superficie de las aguas y las sorbía con ruido. Mariquita y Antonio, sentados en la pradera, observaban a su primo. Violante se había arrimado al tronco de una vieja encina y, sentada a su sombra, observaba las casas de la aldea, las vacas pastando, los bosques de abetos que escalaban las alturas y el trajinar de los labradores en los campos. El cielo era azul y el sol se aproximaba a su cenit. Hacía calor, no corría la brisa y el mundo habíase quedado inmóvil, en silencio. Ya no se oían los sorbos ruidosos de su hermano, ni sus gritos de indio salvaje que hacían temblar a su primo Antonio. Los movimientos de los tres habíanse congelado, y, a lo lejos, la niña veía a los labradores quedos y silenciosos, los bueyes parados en el campo con sus carretas, las vacas inmóviles en el pasto y, en las alturas, una luz cada vez más fuerte, insufrible y deliciosa al mismo tiempo, que anulaba con su resplandor la existencia de las cosas de este mundo. Poco a poco fueron desapareciendo de su vista las casas, los animales, las personas, los árboles y las montañas. Desaparecieron las nubes y el suelo, desapareció el prado y desapareció la vieja encina a cuya sombra habíase arrimado. Y todo se redujo al resplandor, se concentró en el resplandor, se hizo resplandor. Y en el centro de aquel resplandor observó Violante que brillaba una luz aún más fuerte y deleitosa, más cegadora y dulce, más dolorosa y placentera, una luz que iba tomando forma en sus contornos, transformándose en la imagen con la que ella tantas veces había soñado, cuya visión deseaba y temía, pero que sabía que habría, alguna vez, de presentársele.

Estaba allí y extendíale su mano derecha. La dulce visión le sonreía.

-¿Adónde me llevas, señor? ¿Adónde quieres que vaya? -preguntó.

La imagen mostraba, abiertos, los estigmas de la pasión. Del costado izquierdo del pecho manábale dulce licor, y, en su frente, una corona de espinas ensangrentadas confería a la visión la majestad de la divina realeza. La niña extendió sus brazos hacia la amada imagen. El ruedo de su

túnica estaba -23- tan próximo que casi le acariciaba las mejillas, y los pies ensangrentados del pastor de hombres, tan cercanos a su rostro, exhalaban fluidos misteriosos que embriagaban sus sentidos. Violante, suspensa y amilanada, cual avecilla que está a punto de caer en las garras del azor, no acertaba a separar sus ojos de la imagen, y sus sentidos tan sólo notaban la proximidad del amado, la presencia del ladrón que había venido de noche a llevársela consigo.

Porque para Violante era de noche. Noche oscura y silenciosa, tranquila y sin estrellas, noche plena de delicias, de vida y de sentido. Mirábala el amado con ternura, y la luz de sus ojos acariciábala toda. Solos los dos, y ella guardada en cautiverio suave, encerrada en su castillo, protegida. La imagen sonreía, y en su sonrisa había miel que perfumaba y endulzaba el aire. Violante hubiera querido abrir su pecho, rasgar su corazón para que en él, como en un nido, se refugiara el amado y se quedara para siempre. Nido de tibias plumas. Nido de paloma al que nunca habrían de llegar los fieros halcones.

-Ven a mí -dijo la niña susurrando.

Mas la visión ahora se alejaba, hacíase niebla densa, se oscurecía y esfumaba. El resplandor se debilitaba, y la imagen iba perdiendo de nuevo sus contornos. Con sus brazos extendidos, Violante trataba de asir la visión que escapaba a sus deseos. Y con la visión desaparecieron las llagas regaladas, la dulce sonrisa que de miel la perfumaba, la majestad de las espinas en la cabeza del rey de reyes, del que habría de ser por siempre su verdugo, su amable y amante carcelero. Quedaba, no obstante, su corazón henchido de ternura, sus sentidos regalados, su sonrisa dibujada para siempre. El resplandor se debilitó, y en el cielo volvieron a aparecer nubes algodonosas y blancas, las nieves sobre el San Lorenzo, los verdes pinos en las montañas y las mieses doradas en los campos cercanos al Benenguerra. Volvieron los ojos de Violante a ver los pálidos colores de las cosas, a percibir la forma sin forma de la materia, el correr de los gamos entre las hayas, la sombra de los árboles, el brillo de las aguas del río bañadas de sol. Todo veíalo Violante oscurecido. La noche del tiempo había caído de nuevo sobre ella. La noche del alma, la noche dulce y brillante del espíritu, la noche callada, la noche calma, la noche del amor, con su resplandor hiriente y deleitoso, había henchido su corazón de tal manera que sus ojos ya no distinguían en aquella oscuridad de la materia. Violante había descubierto que el mundo era una realidad prescindible, una oscura re presentación de aquella otra realidad que ella acababa de entrever, de la realidad resplandeciente en la que deseaba vivir para siempre.

-24-

Comenzó a notar que algunas cosas se movían: las hojas de la encina acariciadas ahora por la brisa, las aguas del río, rumorosas, las vacas que pastaban en el sotomonte, junto a los campos en los que se movían los labradores con sus bueyes y sus carretas, los cerdos que hozaban en las charcas malolientes, los perros, las personas: niños que jugaban trepándose a los cerezos, mujerucas que iban y venían por las callejuelas de la aldea vestidas con sus faldas negras y sus jubones ajustados, Mariquita, Antonio, Íñigo, que le hablaba y al que ella no escuchaba, porque no oía su voz y sólo veía sus labios en movimiento y sus manos que

acariciaban amorosamente su cabeza. Notaba un gesto de preocupación y de miedo en el rostro de Antonio y, en los ojos de su primita, un brillo acuoso que anunciaba la inminencia del llanto. Íñigo tomábale los pulsos y pasábale, una y otra vez, la mano por la frente. Veía todo como en un sueño mudo, silencioso.
Trató de nuevo de arrastrarse, pero sus piernas no le obedecieron. Algunas celdas comenzaban a iluminarse. Imaginaba la llama de los candiles, los suaves trajines de las primeras horas, cuando rompe el alba sobre la ciudad y sus habitantes todavía duermen. Escuchó el golpear de las herraduras de un caballo sobre el empedrado de la calle. «Jinete madrugador», se dijo sin poder evitar que las imágenes del mundo volvieran a su memoria. Sucedíanse ahora como en sueños a una velocidad vertiginosa y confundíanse en una suerte de caos que la angustiaba. Transformábase el rostro de su padre en el de su madre y el de ésta pasaba ser de inmediato el de su tía Leonor. El dulce rostro de doña Ángela de Leiva, abadesa de las bernardas de Cañas, le sonreía a la distancia, pero, de inmediato, éste daba paso al de doña Antonia de Ubago, tan adusto, o al de Jacinto Apellániz, tan lujurioso.
El dolor penetrábale por los flancos hasta el pecho. Sentía que sus sienes latían con gran fuerza y que cada latido era para ella como un mazazo en la cabeza. Quería, pero no podía, olvidar sus flaquezas. Aún estaba su alma atada a este mundo, lastrada por un cuerpo al que ella había herido tantas veces con disciplinas y cilicios, humillado con hambre y sed, desterrado al olvido y a la pobreza. El cuerpo seguía, pese a todo, rebelándose, y el alma no podía ascender, elevarse hasta las últimas gradas de la perfección, hasta el palacio de oro y de diamantes en el que esperaba vivir para siempre con su amado. Hubiera querido abandonarse, dejarse, anonadarse, pero ¿cómo hacerlo cuando el cuerpo le imponía tan ferozmente su existencia, su realidad ineludible, y los recuerdos de antaño la perseguían?

-25-

-Ya vuelve en sí -había dicho Íñigo al ver que su hermanita parpadeaba. Antonio soltó un suspiro de alivio. Mariquita lloraba en silencio, mezclando sus lágrimas con carcajadas nerviosas. El mayor de los de Cellorigo, que mientras duró el desmayo de su hermana ni siquiera había empalidecido, dejó a Violante apoyada contra el tronco de la encina y corrió hacia el río a empapar su pañuelo. Al volver, lo puso en la frente de Violante. Estaba la niña sonriente y feliz y, sin poder evitarlo, abrazó a su hermano y le pidió que entraran cuanto antes a la aldea. Había pasado el mediodía y las sombras comenzaban a alargarse. En las malolientes charcas en las que hozaban los cerdos algunos gorriones se habían detenido, daban pequeños brincos, picoteaban y volaban hasta la rama de algún árbol no lejano, donde volvían a quedarse inmóviles. Los cerdos descansaban echados sobre la inmundicia de sus charcas llenas hasta los bordes de cenaco. En el Benenguerra, algunos patos nadaban y sumergían sus picos en el agua volviendo a salir con sus plumas brillantes y lustrosas. Había un zumbido de moscas en el aire. Íñigo notó en el abrazo que su hermanita estaba bañada en sudor.
-Nos quedaremos un rato más -dijo, como si diera una orden.
-Está bien -accedió su hermana.

Ni Antonio ni Mariquita replicaron. No estaban en posición de hacerlo. En Íñigo la autoridad había nacido con él y en él íbase desarrollando con la naturalidad con la que crecían sus brazos y sus piernas, se ampliaba su pecho o se endurecían sus espaldas. Doña Catalina Foronda, su orgullosa progenitora, solía decir a doña Leonor, su hermana, madre de Antonio y de Mariquita, que Íñigo había heredado el porte y el temperamento de los Leiva, a cuyo tronco pertenecía la rama de los Foronda de Azofra y que había dado miembros tan notables como don Antonio, ilustre soldado, gobernador de Milán y hombre de tantas y tan excelsas virtudes militares que el propio césar Carlos teníalo en su tiempo por un prodigio de la naturaleza. «Mi Íñigo», decía su orgullosa madre, «ha de repetir en este siglo las hazañas que su tío abuelo don Antonio llevara a cabo en el precedente». Doña Leonor, que bebía los aires por sus sobrinos, suspiraba entonces y se limitaba a hacer un gesto con la cabeza.

-Pues mi Antonio ha de ser obispo -añadía, a veces, doña Leonor.

-Por lo menos -confirmaba entusiasta su hermana, que creía que en el menguado cuerpo de su sobrino podía encerrarse toda la sabiduría de este mundo.

-26-

Jamás discutían las hermanas por estas pequeñeces y coincidían con frecuencia en la distribución de dones y virtudes entre sus hijos. Doña Leonor venía siempre a Ezcaray a comienzos del verano y volvía a Azofra con sus hijos cuando las noches en septiembre comenzaban a refrescar y los soles acortados anunciaban la proximidad de la vendimia. Mientras miraba a su hermano y a sus primos, que se habían quedado de pronto silenciosos, Violante se acordó de las últimas vendimias pasadas en Azofra. Comían uvas bajo las cepas cargadas de racimos, mientras escuchaban a lo lejos a los vendimiadores andaluces llegados para la cosecha cantando coplas de su tierra. La zarabanda y el gitano, con su ritmo alegre y sus letras atrevidas, la inquietaban, pero expresaban, de una manera rústica y primitiva, una disposición del ánimo al regocijo que a ella, entre las hojas ya amarillentas de las cepas, la embargaba.

-Vámonos a la aldea -insistió Violante.

-Descansemos un poco más -dijo su hermano.

-¿Para qué? Igual habremos de descansar en nuestra casa de Urdanta.

Íñigo fue, en este caso, el primero en obedecer. En Violante la autoridad no se manifestaba en el tono con el que hablaba, sino en la forma suave y susurrante con la que expresaba sus deseos. Algunos minutos más tarde, casi bailando, contentos y ya por completo despreocupados, hicieron su ingreso en Urdanta los cuatro primos. Un mozo de Cilbarrena, que había llegado temprano a la aldea trayendo la noticia de la llegada de los niños, salió a recibirlos con Antón Allende, un mozallón al servicio de los de Cellorigo, aprendiz de todos los oficios, que sentía gran afición por sus pequeños amos, a los que solía narrar misteriosas historias del tiempo de los gentiles, cuando en Ezcaray no funcionaban aún las ferrerías y los diablos y las lamias abundaban en estos bosques. El mozo de Cilbarrena acompañó a los niños hasta la puerta de la casa y, despidiéndose de todos, tomó el camino de Posadas, donde ese día, según le dijo a Antón Allende, tenía que arreglar la rueda de una carreta cuyo eje de madera se había quebrado. El mozo de Cilbarrena era carpintero y

llevaba, metidos en unas alforjas que le colgaban de los hombros, las azuelas y los martillos que utilizaba en sus trabajos.

-Ya me habría gustado acompañarte, ya -le dijo a guisa de saludo Antón Allende, mirando con cierta tristeza a sus pequeños amos. Al mocetón le habría gustado hacer ambas cosas: contar cuentos a los muchachos y aprender algo más del oficio de su amigo.

-Otro día será, Antón -respondió el de Cilbarrena, extendiendo su mano en un adiós.

El viajero bordeaba con paso lento el Benenguerra. El calor apretaba, e Íñigo tuvo la impresión de que al carpintero le pesaban demasiado las abarcas. Los chopos estiraban su sombra y las abubillas revoloteaban en los campos cercanos. En el aire zumbaban los mosquitos.

-Podríamos acompañarlo -sugirió Íñigo-. Así nos cuentas tus historias, mientras le ayudas en su faena.

-¿Qué dirá su padre, señorito?

-¿Y qué ha de decir, si no se entera?

Quedaron en que primero comerían lo que la mujer de Antón les había preparado, pero, cuando terminaron, según Antón, ya se había hecho demasiado tarde para alcanzar a su amigo. Los niños también estaban perezosos y no insistieron. Volvieron todos juntos al prado del Benenguerra, donde Violante había tenido su visión. Impulsada por una fuerza misteriosa y llena de temor, la niña fue caminando lentamente hacia la encina solitaria que se alzaba en el centro mismo del descampado. Íñigo y sus primos se sentaron con Antón a la vera del Benenguerra, deseosos de escuchar las historias del aldeano. Disponíase éste a contar a sus pequeños amigos la verdadera historia del gigante Fierabrás, cuando escucharon el grito. Se levantaron como impulsados por un resorte y llegaron, casi juntos, al pie de la encina.

-¡Violante! -Íñigo se inclinó sobre el cuerpo de su hermanita.

Antón Allende la tomó en sus enormes brazos y la acercó a la orilla del Benenguerra. Íñigo volvió a empapar su pañuelo en las aguas heladas del arroyo y mojó con él las sienes y la frente de su hermanita. El mozallón, con toda la delicadeza de la que eran capaces sus rústicos dedos, aflojole las agujetas de su justillo, desabrochó su camisa y le dejó libre su cuello de ataduras. Antonio estaba pálido y temblaba. Sin darse cuenta de lo que hacía, retirose un buen espacio y vomitó sobre las aguas del Benenguerra; después se dejó caer sobre la hierba. Mariquita lloraba, e Íñigo no podía apartar sus ojos del rostro de su hermanita. Hasta el buen Antón, tan acostumbrado a los dolores y miserias por ser pobre, sudaba frío.

-Sería bueno que la colocáramos a la sombra -dijo al darse cuenta de que mantenerla bajo el sol podría ser peligroso.

La cargó con delicadeza hasta la encina. Íñigo iba adelante, señalándole el camino. Avanzaban lentamente. El declinar del sol hacia el poniente había alargado la sombra del viejo árbol. Antonio, algo repuesto, llevando a Mariquita del brazo, seguía al mocetón de Urdanta y a su primo. Cuando éste llegó al pie de la encina, quedó paralizado.

-¡Mira, Antón! -gritó el muchacho.

El aldeano apresuró su paso y, al llegar junto a Íñigo, su rostro se demudó.

-¡Jesús, María y José! -exclamó devoto.

Antonio y Mariquita, al llegar, se persignaron. La niña, sin dejar de llorar, se puso de rodillas. Antón Allende seguía sosteniendo en sus brazos el cuerpecito de Violante, tan delicado.

-Parece hecho por un rayo -comentó-, pero hace tiempo que no hay tormentas.

Al pie de la encina, en el lugar exacto en el que algunas horas antes había estado sentada la niña de los de Cellorigo, había, dibujada, una cruz sobre la hierba. Quemada en su bordes, la hierba que crecía en el interior de la figura era más fresca y más verde que la del resto de la pradera. La mano del hombre no podría haberla trazado con tanta perfección.

-Aquí ha estado sentada mi hermanita -dijo Íñigo-. Quizá si volvemos a sentarla...

Antón depositó con delicadeza el cuerpo de la niña sobre la cruz, púsose de rodillas, santiguose y rezó en voz alta un padrenuestro. Antonio y Mariquita lo imitaron. Íñigo, de pie, no dejaba de vigilar el rostro de su hermana, tratando de descubrir cualquier señal de renovada salud en sus ojos, todavía cerrados, o en sus labios pálidos y sin vida. La expresión de su rostro dábale al muchacho un aspecto de hombre prematuramente envejecido. No lloraba.

Durante muchos años habría de recordar Íñigo aquel momento. Jamás entendió el misterio de la cruz dibujada sobre la hierba, ni por qué, una vez que Violante se hubo repuesto tan completamente como la vez primera, desapareció la cruz tan repentinamente como había aparecido; mas, cuando Madre Sacramento le insistía en la realidad del milagro, Íñigo, sin decir palabra, movía a un lado y otro su cabeza negando esa posibilidad. De existir, según él, los milagros debían tener alguna finalidad, algún sentido transcendente, algo que fuera más allá de una mera demostración de poder y habilidades, una burda -29- representación de magia, como hacían los viejos bululúes en las tabernas. ¿Qué sentido podía tener enfermar a una niña inocente y dulce, desmayarla y dibujar en la hierba una cruz misteriosa que más tarde desaparecía? Si esto era un milagro, habíale dicho Íñigo, estábamos todos, indefensos mortales, en manos de un dios enloquecido y tonto, un ser todopoderoso que juega con sus criaturas con la misma indiferencia y crueldad que los gatos con los ratones, o como acostumbran a hacer los titiriteros con sus muñecos en las ferias y algunos autores con las figuras de los retablos.

No podía explicarse, empero, aquel misterio. «De misterios está llena la vida, sólo ellos le dan sentido e interés», solía repetirse. Madre Sacramento exigíale una y otra vez que creyera, pues sólo con su fe y sus buenas obras habría de encontrar su salvación. Cuando, de vuelta a Ezcaray, iban los cuatro primos con el mozallón de Urdanta y el sol se ponía lentamente más allá de los montes que cercaban el valle por el oeste, Íñigo se sintió por vez primera lleno de una emoción que le impedía hablar y que confundía sus pensamientos. Llevando a su hermanita de la mano, Íñigo fue rezando mentalmente padrenuestros mientras bajaban hacia la villa. Unos días más tarde, sin embargo, se había olvidado del

incidente.
Madre Sacramento jamás lo olvidó. Aquel incidente decidió su vida. Sólo pensaba desde entonces en su futura existencia en el convento, sin saber a ciencia cierta en cuál de los cenobios de la región habría de profesar.
Jamás se imaginó que lo haría tan lejos, en esta ciudad elevada sobre las más altas montañas que podía imaginarse y cercada de volcanes que algunas veces arrojaban humo por unas bocas abiertas que se comunicaban con el infierno.
La claridad de la aurora hacíase ahora mucho más intensa. Apreciábanse los colores de las casitas de las monjas. En el silencio de la mañana, de algunas de ellas salían los ruidos característicos del trajinar de las primeras horas. Madre Sacramento habíase quedado inmóvil, ovillada en el suelo. Ya no sentía el dolor que unos minutos antes la atormentaba. Escapaban de su mente los rostros y los recuerdos. Un primer rayo de sol calentábale la espalda y la cabeza. Sentíase como cuando, siendo muy pequeña, se acostaba y recogía hasta hacer suyo el calor de las sábanas a las que una criada había pasado minutos antes un calentador de bronce con brasas de carbón. Tampoco entonces pensaba en nada. Temblaba, simplemente, hasta que entraba en calor. Luego, suavemente, casi sin darse cuenta, pasaba al dulce mundo de los sueños.
-30-
Cuando escuchó la campana que anunciaba la hora de levantarse, la angola aún estuvo remoloneando un buen rato sobre su cuja. Algunas imágenes habíanselE quedado clavadas en su memoria, y no podía desprenderse de ellas sin dolor. El cuerpo gentil del caballero sin rostro entibiaba aún sus piernas gozosas de gacela corredora y su lengua ardiente había dejado en su boca el gusto salobre que excitaba la secreción de humores dulces que ella guardaba como un recuerdo imperecedero. Desde la comisura de sus labios entreabiertos, salvando la barrera de su blanquísima dentadura, deslizábasele la saliva hasta la barbilla, obligándole a pasar de vez en cuando la lengua por los labios para saborear sus excesos. Hallábase Escolástica envuelta en humores, cubierta de líquidos tibios que habían manado durante toda la noche de las profundidades de sus entrañas.
La campana repitió su anuncio, y Escolástica, arrojando lejos de sí la frazada de jerga, sentose en su cama, estiró sus brazos y, desperezándose, terminó por abrazar el aire, imaginando que, contra su pecho, atrapaba las visiones de su sueño. Suspiró largamente y, ya de pie, calzadas sus viejas alpargatas, fue cumpliendo su ritual mañanero sin dejar de pensar, ni por un momento, en las gozosas visiones de la noche. Agolpábansele mientras barría, seguíanle a cada uno de los rincones de su celda, y aun sospechaba la angola en su ingenuidad que se escondían bajo su cuja para, después, sorprenderla. Al disponerse a ordenar su cama, inclinose por un momento por ver si confirmaba sus sospechas. Más tarde, diole una vuelta al colchón de borra, dobló su manta y sacudió la almohada. Como jugando, terminó por apretarla entre sus piernas. Un escalofrío de placer la arrojó al suelo cubierta de sudor. En la entrepierna un nuevo humor ardiente y dulce se deslizaba como se desliza la lava en las quebradas cuando el volcán avienta la candela que guarda en sus entrañas. Por unos instantes quedó sin fuerzas al pie del lecho. Después, con los ojos cerrados, cual si quisiera guardar las imágenes que la habían acompañado, fue poniéndose

de pie y, llegándose a una jofaina de barro que estaba sobre la piedra cóncava del batán, echose agua fría en la cara con la intención de apagar el incendio que las imágenes nocturnas habían provocado en su cuerpo. Mientras lo hacía, Escolástica Mi pensó que esa misma mañana tendría que confesarse con fray Domingo de Silos de Santa Clara y hacer el firme propósito de enmendarse.

Terminó de vestirse y, cuando estaba poniéndose su blanca toca frente al espejo, pensó la sierva que resultaba extraño que Madre Sacramento no hubiera requerido hasta entonces sus servicios. «Debe de estar rezando sus horas», pensó. La pequeña celda en la que dormía la angola era una dependencia -31- adosada a la hermosa casa de estilo castellano que el capitán Ortiz de Cellorigo había hecho construir para su hermana en el convento. Comunicábase con ella a través de una pequeña puerta que daba a la cocina, entre cuyos fogones pasaba la sierva la mayor parte del día, no tanto porque la religiosa le exigiera confites, pues la española rechazaba las delicias de la buena mesa, cuanto por no haber encontrado hasta entonces un mejor lugar para pasarla. Despreciaba desde hacía algún tiempo la compañía de las viudas que se alojaban en el monasterio y prefería a las vanidades de las ricachonas los gozos de su imaginación solitaria y libre. Entre los fogones solía la angola pasar y repasar los zurcidos de su ropa, adecentar sábanas y mantelerías que jamás se usaban, limpiar la plata de los cubiertos y, cada día con mayor entusiasmo, cortar y bordar algunas ropas elegantes con las que ella imaginábase vestida cuando, ya libre, saliera del convento a disfrutar los placeres que el mundo reservaba a quienes supieran aprovecharse de sus ventajas.

Era Escolástica, por temperamento, poco dada a rezos y mortificaciones, y su piedad se reducía a algunos actos de contrición y no pocas penitencias hechas por temor a caer en manos del enemigo. Era el convento el peor encierro para la joven esclava, y, pese a que quería realmente a su patrona y a que sufría pensando en que alguna vez habría de separarse de ella, soñaba con verse lejos y para siempre fuera de aquella cárcel en la que todos eran de un mismo sexo y en la que el cuerpo no tenía espacio alguno para su expansión y divertimento.

La campana llamaba a la oración, y cuando, saliendo de su celda, pasó Escolástica a la cocina y desembocó en la sobria pieza de recibir de su patrona, diose cuenta de que los muebles estaban en la misma disposición en la que los dejara la noche anterior. Extrañole sobremanera, pues, si no los toscos sillones castellanos, el reclinatorio que se hallaba al pie del enorme crucifijo era a diario usado por Madre Sacramento, que pasaba horas enteras en éxtasis ante la imagen del crucificado. También estaban fríos los hacherones que, al pie de Cristo, iluminaban la pieza durante toda la jornada. A Escolástica extrañábale encontrarlos casi acabados, sin cera. Tuvo un presentimiento y, caminando de puntillas, asomose con cuidado al dormitorio de la monja. El lecho estaba vacío y, al parecer, no había sido tocado durante toda la noche. Escolástica Mi se estremeció. Abrió la puerta de la casa y salió a la calle. Ovillado junto a la pared y bañado por la luz de la mañana, el cuerpo de Madre Sacramento yacía en el suelo. El grito de la esclava despertó a la ciudad en las primeras horas de la mañana.

Capítulo II
Almendras de Madre de Dios

La hacienda de Ferrán Carrasco, andaluz de Utrera que, de puro exagerado y puntilloso en materia de honra, aseguraba estar emparentado con las tres personas de la Santísima Trinidad, era de aquella noche su mejor lucero. Junto al río de tranquilas aguas, profundo y anchuroso, las chispas del incendio de la casa del andaluz parecían estrellas fugaces en presurosa carrera hacia los abismos insondables del firmamento. Hacia las montañas, alzábanse algunas palmeras semejantes a guerreros empenachados, y las coposas lupunas, levantándose sobre la estatura de los renacos, perfilaban en la noche un paisaje de sombras chinescas proyectadas sobre los rojos de la hoguera. Del cielo, abierto tras las lluvias abundantes de los días anteriores, habían desaparecido las estrellas, y en las riberas del Madre de Dios algunas canoas indígenas encalladas en sus arenas eran apresuradamente echadas al agua por quienes, huyendo del fuego, esperaban encontrar en ellas su salvación. Las vigas y las paredes de la casa principal retorcíanse y crujían entre las lenguas de fuego como crujen y se retuercen entre los dientes frailunos las pechugas adobadas de las gallinas que crían los pilcozones en sus poblados. En un instante precipitose al suelo una nube de polvo opaco y denso. Corrían hombres y mujeres en todas las direcciones, unos organizándose para apagar el incendio con baldes y ollas y los más poniendo pies en polvorosa por mejor disfrutar de lejos del espectáculo.

El capitán Ortiz de Cellorigo organizó lo que quedaba de su compañía lo mejor que pudo. En medio de la selva, sus órdenes se confundían con ruidos y gritos singulares. Micos y cotorras habían despertado al mismo tiempo, y, entre los renacales bordeados por la majestad de las lupunas, dejábase oír el sordo runrún de la huangana.

-¡Vivo! ¡Vivo! -gritaba don Íñigo a sus hombres, cargados de sudor, barro, legañas, piojos, sayos de guerra, tizonas y tufo de la borrachera de la víspera.

Llevaban días persiguiendo a Chichima, indio españolado que había puesto en pie de guerra a los pilcozones. Buscábanlo en las haciendas siguiendo la corriente del Madre de Dios. Francisco Chichima estaba siempre delante de ellos, pero no lo alcanzaban. Tenía un sexto sentido para el peligro, y la selva, esa endiablada maraña de árboles, matas y tremedales, lo protegía. Este era el tercer incendio que trataban de sofocar. Habían llegado dos días antes en canoas, guiados por indios fieles de una misión de dominicos. Levantaron su -33- campamento en un claro junto al río, a menos de veinte varas del lugar en el que el orgulloso andaluz tenía su palacete. Venían sucios y cansados, pero al atardecer del día anterior, cuando nadie podía adivinar la proximidad de los rebeldes, los soldados, tentados por unos porongos de chicha que Ferrán Carrasco habíales hecho

servir por cinco indias entradas en carnes, se emborracharon y cometieron algunos excesos que más tarde habrían de lamentar.

Fermín Gorricho, navarro barbirrojo de carnes magras, talle más largo que ayuno de pobre, brazos como sarmientos, cogote de carmelita descalzo, nariz bermeja, cabeza hueca y boca tan llena de maldiciones y de blasfemias que se le descolgaban por los pechos, fuera por balandronada, o por romper el ayuno que la selva y el servicio habíanle impuesto a su pesar, nublada su mente por los vapores de la borrachera, tomó en sus brazos a una de las indias y, sin más trámite, satisfizo en ella las urgencias de su bragueta. El ejemplo del navarro fue seguido por los demás y, no estando don Íñigo para contener las demasías de sus valentones, las cinco pasaron de mano en mano a la velocidad de las barajas en una mesa de tahúres. El sol habíase puesto más allá de las montañas y cuando, por fin, dominados por el sueño, durmiéronse los soldados, pudieron las indias escapar a la selva.

Don Íñigo cenaba con el hacendado. Quejábase éste de su suerte y del momento en el que, inscrito en los registros de la Casa de la Contratación, abandonó casa y hacienda, tan abultada ésta como corta en miembros la primera, y se vino a Indias por escapar de un asunto de faldas que podría haber dado con él en las mazmorras. El capitán Ortiz de Cellorigo mirábalo de hito en hito, mientras él gesticulaba sin dejar de hablar y de comer a un tiempo. Tenían sobre la mesa paujiles adobados como faisanes, churrascos de sachavaca, pan de cazabe, mazamorras y diversas verduras y frutas deliciosas entre las que destacaban unas almendras que don Íñigo no podía evitar llevarse a la boca mientras escuchaba.

-¡Habría visto vuesa merced -decía Ferrán Carrasco- qué cuerpo gentil el de mi serrana, qué talle, qué cintura y qué tetas! Sus ojos eran rasgados, valentones y delincuentes, como escribe Salas Barbadillo de la ingeniosa Elena. Traíame por la calle de la amargura, y no pasaba día en el que yo no ayunara por quedarme en la rúa tras sus pasos o adivinando su sombra en las paredes de su casa, ni noche en la que durmiera, que, en no teniéndola cerca, volvíame loco y ningún bálsamo ni adormidera eran bastante para tranquilizarme. Y así pasaba, como don Quijote, pero por razones harto diferentes, los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio.

-34-

-¿Y cómo se libró vuesa merced del encantamiento? -preguntó el capitán.

-Gozándola -respondió el hacendado-, que el gozo y el hartazgo en el amor son uno, y tengo para mí que los amores eternos de los que nos hablan los autores son invención de sandios, que en nada se corresponden con lo que yo tengo por visto y averiguado en este asunto.

-No quisiera pasar por indiscreto -levantó el capitán su vista del plato-, pero me gustaría saber qué es él lo que vuesa merced ha visto y averiguado.

-¡Cómo no! -respondió Carrasco, que estaba esperando la ocasión de extenderse en filosofías. El andaluz sentíase en su hacienda prisionero, pues, con excepción de una vieja criada que solía atender sus razonamientos con la boca abierta y los ojos en blanco, el resto de quienes lo acompañaban en sus soledades teníanlo por algo tronado y, pese a ser su patrón, evitaban su compañía-. Antes que nada debe saber vuesa merced, señor capitán, que, aunque rústico por el estado al que me

encuentro reducido, soy por naturaleza curioso y, que mientras duró mi fortuna y viví bajo la protección de mis nobles progenitores, di en leer a los antiguos y no desprecié a los de nuestra nación y aun me aventuré a conocer a quienes fuera de las Españas habíanse señalado por su ingenio.

-¿Y qué tienen que ver las lecturas de vuesa merced con lo que dice tener por visto y averiguado?

-Mucho y nada, señor capitán, que todo es uno. Pero vayamos quedo por partes y cucharadas, que, de otro modo, han de enredarse los argumentos.

-Prosiga vuesa merced.

-Así lo haré con vuesa venia. Contábale, señor caballero, cómo, una vez satisfecho el deseo que me atormentaba, tornose éste en hastío y el hastío en asco, que tal metamorfosis no la hay ni en Ovidio.

-Creo poder demostrarle lo contrario -se atrevió a decir don Íñigo, que gustaba de la esgrima verbal tanto o más que de la de la espada.

Ferrán Carrasco no se dio por enterado y continuó con su disertación. Don Íñigo volvió a llevarse un puñado de almendras a la boca.

-Esta moza de quien tantos años anduve enamorado podría de mí haber dicho lo que la famosa castañera de Écija dijera de su amante: «Quiso gozo, estatafele, y no fue nada», pues nada y aún menos es lo que obtuve de la -35- aventura una vez que se hubo agotado el deseo por tanto tiempo contenido. Si antes parecíame la reina de los cielos, ahora teníala más por arpía que por mujer, y su aliento olíame a ajos, sus sobacos a queso, y veíale arrugas en la frente, patas de gallo en los párpados, espinillas en la cara, granos en las narices, morcillas en los brazos, pecas en las tetas, legañas en los ojos, cera en las orejas y roña por todas partes, que no encontré limpio ni pulcro rincón alguno de sus entretelas, pues en todos había penetrado la mugre y de tal manera que no le había quedado impoluta ni la conciencia. Mas en ello no quedó mi desgracia, pues con el gozo germinó la vida en sus entrañas, y, así preñada, vino a reclamar por justicia lo que por amor le negaba. Era su casa, si no más noble, asaz más rica que la mía, y nada valieron ante los jueces y los escribanos comprados, que son la peste de las repúblicas, las pruebas de hidalguía que presentara para negar las pretensiones de la villana. Hube, pues, de huir de Utrera, llegarme a Sevilla y, no viendo más salvación para mí que la carrera de Indias, embarcarme y venirme al Perú, donde llevo ya dieciocho años largos a la fecha, temiendo que, en cualquier momento, el hijo o la hija que tuviera con aquella perillana se venga hacia aquí a reclamar lo que en justicia le corresponde.

-¿Ignora vuesa merced si es hijo, o hija, lo que tuvo?

-Desde que llegué a ésta, nada he querido saber de lo que dejaba atrás. Ni siquiera de mis padres he vuelto a tener noticia alguna. No sé si viven o si ya están muertos -añadió el andaluz con tristeza.

-Lo siento.

-No menos lo siento yo, que mis padres tenían puestas en mí fundadas esperanzas para su vejez.

-¿Y qué se ha hecho de su herencia?

-Lo ignoro.

La conversación fue derivando hacia nuevos derroteros y, acabada la cena, los contertulios decidieron dar un paseo y gozar de las delicias de la noche. Había dejado de llover, y el cielo, despejado, abría sobre la selva

su abanico de estrellas. Junto a la playa, escuchábanse los gritos y las coplas de los soldados. Más allá, en la floresta, algunos animales ponían una nota de colorido musical a la escena. Don Íñigo paseaba con las manos a la espalda, y el andaluz, excitado por la conversación iniciada durante la cena, contábale al capitán las aventuras vividas desde su llegada al Perú.

-36-

-Aquélla era trujillana, mestiza y endemoniada. Tenía una nariz finísima que le descolgaba hasta cerca de una boca de regulares proporciones que se le abría en dos labios gordezuelos y granas, que más parecían frutas del paraíso que parte alguna de criatura de este mundo. Y no era en ella lo menos atractivo un cuello alargado y níveo. Eran sus piernas esbeltas y macizas y empinábanse hasta la cintura, formando en la parte trasera unos a manera de cerros gemelos que habría envidiado la misma Afrodita Calipigia. Anduve tras sus pasos cerca de dos años y, al cabo, cuando hube escalado el Empíreo y conocido el secreto de sus valles y quebradas, de sus ríos y de sus bosques, di, como siempre, en despreciarla y hasta en burlarme de sus atractivos en los mentideros de la ciudad. Con esto, dos hermanastros que Teresa tenía, que éste era su nombre, contrataron los servicios de dos espadachines, truhanes de siete leches paridos en pampa, que una noche me dejaron medio muerto pasado por cinco cuchilladas en el camino a Huanchaco, donde hay unas ruinas de barro que, según creo, conoce vuesa merced.

-Así es -respondió el de Cellorigo.

Paseaban por un camino, abierto entre los cultivos de cacao, que conducía a los almacenes. La noche era tibia y clara, y las luciérnagas revoloteaban ante sus ojos. A su izquierda quedaban los galpones en los que dormían los esclavos. La luna rielaba sobre las aguas estancadas de los tremedales que cercaban la hacienda por la derecha y de los que se levantaban enormes nubes de mosquitos que ponían en trance de miserere a muchos de los habitantes de la región. Un oído atento habría podido diferenciar, entre los muchos ruidos que llegaban de la selva, el crujir de dientes de los esclavos que dormían aquella noche con sus tercianas. Desde los galpones de los negros, la risa y cantos de los soldados transformábanse en un suave ronroneo, fresco y limpio como gotas de rocío en la mañana.

-Curome un brujo indígena en el pueblo de Chocope, al que me llevó Leoncio, un criado fiel que más tarde habría de morir por conservarme la vida -Ferrán Carrasco se pasó el dorso de la mano por los ojos, y don Íñigo creyó advertir un ligero quiebro en su voz-. Repuesto de las cuchilladas, fuime como pude hasta Los Reyes, y de Lima me fui a Arequipa, de Arequipa a Cuzco y, por fin, pude enterrarme en este infierno, gracias a los favores de un corregidor paisano mío que me prestó algún capital con interés para iniciar mi nueva vida. Vea vuesa merced si no he de recelar del amor de las mujeres y si no tengo motivos para quejarme.

-37-

-Por cierto -confirmó el capitán-, pero hemos de tener en cuenta que el caso de vuesa merced es singular y que son pocos los hombres que, en gozando de los encantos con los que la sabia naturaleza adorna a nuestras enemigas, no den en seguir haciéndolo por un tiempo, aun sabiendo que en

algún momento habrá de acabarse el placer y que éste, sin remedio, habrá de dar paso a la tortura y a la muerte. Yo soy de éstos, pues pienso que todo en esta vida es pasajero y que hemos de gozar de cuanto estuviere al alcance de nuestras manos, que, más tarde, agobiados por los achaques de los años, tendremos tiempo de arrepentirnos y aun de pasar nuestros últimos días encendiendo hacherones en las iglesias. Tengo para mí, señor Ferrán Carrasco, que en vuesa merced se dan con anticipación estos achaques y que, pese a su juventud, siente remordimientos por los placeres de los que disfruta sin que haya razón valedera para ello, pues, si Dios no hubiese querido que en la mujer nos deleitáramos, no habría sacado a Eva de la costilla de Adán, ni hecho a las damas tan hermosas. Despreocúpese vuesa merced y goce de lo que hubiere de gozar, que el no hacerlo es, según entiendo, perversión, que no virtud.
Caminaban ahora hacia la casa. Algunas luces lejanas señalábanles la dirección, y doce palmeras reales formadas frente a su puerta levantaban sus penachos hacia un cielo limpio y cuajado de estrellas. La cena y la conversación habían hecho efecto en el ánimo de don Íñigo, quien, vencido por el sueño, disponíase a recogerse. Carrasco lo adivinó por el largo de sus zancadas.
-¿Tiene vuesa merced prisa, señor capitán?
-Así es, amigo mío. Estoy cansado.
Apresuraron el paso. Algunos hierbajos que crecían junto al camino enredábanse en las botas del capitán, y él sentía que, enmedio de aquella maraña desmesurada, no podría haber sosiego ni tranquilidad y que eran aquellas tierras las mejores para la aventura, pues en ninguna otra parte por él conocida había tantas y tan buenas oportunidades para la emboscada, el crimen y la traición, ni tantos lugares en los que estos pudieran ejecutarse con menos riesgo. Pensó en Chichima. El indio no habría de distraerse, como él lo había hecho, conversando sobre asuntos que no fueran de la guerra. Miró a Ferrán Carrasco, que caminaba en silencio, observando dónde ponía sus pies para salvar los charcos. Escuchábanse los gritos, las maldiciones y las risas de los soldados. Al llegar a la puerta de la casa, su teniente lo esperaba. Ferrán Carrasco saludó al teniente y se despidió de sus huéspedes, penetrando al punto en el edificio.
-38-
-Buenas noches, señores. Que descansen.
-Buenas noches, don Ferrán -respondieron, casi el unísono, el capitán y su teniente.
Era éste un mozo todavía joven, asturiano de nación, de mediana estatura, tostado de carnes, de ojos claros como el agua, brazos largos y membrudos, cabeza pequeña y hombros anchos. Era parco en palabras, presto a la acción, dispuesto al gozo y esforzado en los trabajos, y teníalo don Íñigo por buen militar y mejor amigo.
-¿Alguna novedad, teniente?
-Ninguna, capitán -respondió el asturiano.
Llamábase Diego de Avilés y llevaba en la compañía dos años largos desde que le dieran su destino de teniente en Arequipa. Aspiraba, según solía contarle con frecuencia a don Íñigo, a capitán con cargo de contador de bienes de difuntos y a conquistar con el tiempo un buen pasar en cualquiera de las ciudades de los reinos del Perú.

-Una buena casa con su jardín, un corral bien surtido de cerdos y de capones, algunos muebles de nogal, vajilla de Flandes, cristales de Venecia, sábanas de Holanda, dos pañosas segovianas para mudarlas, tres chambergos con plumas, una jícara diaria de chocolate por las tardes y una buena cholita que me lo bata han de bastarme, señor capitán, para que yo pueda hacer de este valle de lágrimas mi paraíso, que más no esperaría alcanzar de un juro en Extremadura.

Así solía hablarle Diego de Avilés al capitán de Cellorigo.

-Vea vuesa merced, si no, a Ferrán Carrasco -decíale ahora-. Tiene en estas selvas una hermosa plantación de cacao servida por negros y pilcozones y ninguna seguridad puede esperar de no verla mañana reducida a cenizas.

-¿Cómo están nuestros soldados? -preguntó don Íñigo.

-Divirtiéndose.

-Vayamos a verlos.

Una terrible sospecha cruzó por la mente del capitán. Él sabía que Francisco Chichima contaba con el favor y el apoyo de los negros y que, con ellos, esperaba librar a su pueblo de la opresión de los españoles. Chichima estaba al acecho y vigilaba cada uno de sus movimientos. También sabía que, -39- durante las últimas semanas, llenos de barro, de piojos y de hambre, sus soldados habían descuidado la disciplina y que estaban desmoralizados. Sus sueños de conquista y de aventura habíanse estrellado desde el comienzo contra una realidad que jamás habría podido imaginar el hidalgo. Lo que ahora dominaba era la rutina y la estulticia de los corregidores, cebados con tamales y adobos de chancho y adormecidos con la chicha y el vaho que se levantaba de las entrepiernas de sus amantes mestizas. Ya no eran los soldados conquistadores, sino policías, hombres que iban y venían por los caminos para proteger las propiedades de los ricos, mediocres guardadores de un orden que había terminado por imponerse en estas tierras y al que todos, aun los más fieros y mejores, aspiraban. Este orden estaba en peligro, y era él el encargado de evitar que fuera destruido por aquellos a quienes aplastaba. En el fondo, don Íñigo habríase sentido más cómodo en el bando de Chichima y entendido mejor sus razones que las abstrusas filosofías de Ferrán Carrasco, eterno desengañado del amor. «Quien está desengañado del amor es que está desengañado de la vida», pensó mientras seguía caminando hacia el campamento. Diego de Avilés estornudó.

-¡Jesús! -díjole don Íñigo- Cuídese vuesa merced, que no están los tiempos para estornudos.

El teniente lo sabía. Cuatro meses antes, dos de sus soldados habían muerto cuando bajaban del Cuzco por el Urubamba hacia estas selvas. Escucharon en Písac el primer estornudo. Uno de ellos ni siquiera pudo llegar a Paucartambo.

-Gracias -dijo el asturiano, retirándose un poco.

Al acercarse al campamento, los gritos eran espantosos. Una de las tiendas ardía por los cuatro costados, y don Íñigo vio a un soldado con los calzones en las rodillas correr, tropezar, caer y volver a levantarse para reiniciar su huida hacia la selva.

-¡Alarma! -gritó el teniente.

Desenvainaron sus tizonas, y el asturiano embrazó la rodela. Cerraron

hacia el real, donde indios y negros armados con palos y cuchillos atacaban a un grupo de soldados que, en la confusión, sólo acertaban a defenderse. Gorricho, con el rostro desencajado, sujetaba a un indio de los cabellos con la mano izquierda, mientras que, con la derecha, repartía cuchilladas a diestra y siniestra sin acertar a otra cosa que a mantener a raya a sus atacantes. Borracho, maldecía a las «indias putas de culo de gallina» que los habían traicionado y juraba que las reventaría a patadas en cuanto el trance concluyera. Cuatro -40- soldados yacían en el suelo desangrándose y seis indios lo alfombraban con sus cuerpos desnudos pasados de cuchilladas y pelotazos. Los indios y los negros atacaban en silencio. Los españoles gritaban. Algunos de ellos estaban semidesnudos, como el que acababa de escapar hacia la selva con los calzones en las rodillas. Sólo cinco tenían las botas puestas.

-¡Resistid, soldados! -gritó don Íñigo, al tiempo que hundía su tizona en un negro enorme armado con un garrote. El cuerpo del esclavo, sin vida, cayó a sus pies. El capitán lo apartó de una patada y se lanzó en medio de la refriega.

Al ver los refuerzos que llegaban, los atacantes, por un momento, retrocedieron. Algunos soldados aprovecharon para ajustarse los calzones y no pocos para echarse encima un sayo de guerra con colchaduras, o una sobreveste de cordobán. El retroceso duró tan sólo unos segundos. Un indio pequeño y embijado se adelantó y, arengando a los suyos en su lengua, arremetió contra los españoles. Fermín Gorricho, de un certero puñetazo en los dientes, lo arrojó al suelo.

-Éste ya no podrá preparar masato -festejó su gracia a carcajadas el navarro.

Tras el indio, lanzáronse los demás, mas ahora los soldados habían cerrado un círculo fuera de las tiendas y habían logrado ponerse en la posición adecuada para repeler el ataque. La furia de los rebeldes se estrelló contra una muralla. Dos negros más habían caído bajo los golpes de espada del capitán, y el suelo veíase ahora alfombrado de cuerpos desnudos y embijados. Poco a poco, los atacantes cedieron y, finalmente, tras casi una hora de batalla, huyeron hacia la selva. Durante unos minutos, los españoles quedaron inmóviles, en silencio, con las espadas desenvainadas y tratando de adivinar, más allá de la espesura, el lugar al que habían huido sus atacantes. Por fin, un grito semisalvaje salió de varias gargantas al mismo tiempo. Lanzáronse al aire los yelmos y envaináronse las tizonas. Algunos soldados corrieron hacia las tiendas buscando sus botas.

-Nos atacaron a traición -se justificó uno de los soldados que venía arrastrando su pierna, herida por encima de la rodilla, a la que acababa de atar un pedazo de camisa y de ajustar con un palo a la manera de un torniquete.

-¿Y cómo queríais que os atacaran, imbéciles? -gritaba, enfurecido, el capitán- ¿Esperabais, acaso, que vinieran a pediros permiso para mataros? ¿Dónde se ha visto que los soldados españoles, los mejores del mundo, hayan -41- esperado alguna vez gentileza, y no traición, de sus enemigos? ¿Dónde está el responsable de la guardia?

-Muerto, señor -respondió el soldado que había hablado de traición.

-Contad las bajas y atended a los heridos -ordenó el capitán, dándole la

espalda-. Teniente de Avilés, quisiera cambiar algunas palabras con vuesa merced.

Se separaron del grupo. En el campamento, todos se movían. Algunos soldados cargaban a los heridos y los llevaban a las tiendas, donde el cirujano vendaba brazos y piernas, limpiaba heridas y echaba sobre ellas el alcohol que guardaba en una garrafa. Turrábales el alcohol al tocar la carne viva, y había quienes soltaban un grito, rematándolo con una blasfemia de las que, en su particular jerigonza, hacían temblar el misterio.

-¡...en Dios! -blasfemaba Gorricho, al que una cuchillada que no notara durante la refriega habíale abierto un tajo en el costado izquierdo, de donde le manaba sangre en abundancia.

Fermín Gorricho había nacido en Murieta y criádose en Estella. Durante su infancia, según contaba, había sido tímido, pacato y beatón, temeroso de Dios y de sus santos, dado a protegerse bajo las sayas de sus tías y destinado, más por hambre que por vocación, a un convento de capuchinos en Pamplona. Con los años y ya en su juventud, mudó de hábitos y de temperamento y, a los sermones que como donado escuchara en el convento de boca de sus mayores, comenzó a preferir las largas lonjas de tocino con las que el cocinero de los frailes adornaba sus pucheros, que a él parecíanle tales decoraciones, por raras y desconocidas hasta entonces, superiores en todo a las ovas, volutas, ojivas, racimos, pámpanos y demás retorcimientos de arquitectos. Y, así, de tímido rapaz y muetico apocado, dio en ser, cuando le apuntaban los primeros pelillos de su barba, arquitecto cocinero, decorador de cenas frailunas y poeta y músico de los pucheros, de donde le quedó para siempre el gusto por la buena mesa y la costumbre de llevarse los dedos a la boca enracimados para abrirlos más tarde, dando así su visto bueno a los bocados.

-¡Teta de novicia! -decía, poniendo sus ojos en blanco.

Una agria disputa con el cocinero de los frailes -un lego alto como él, pero más gordo, de quien dependía su doctorado en aquella universidad- dejole a mitad de la licenciatura y echole al mundo con la receta de la olla podrida a medias aprendida, algún conocimiento sobre las diversas calidades de los garbanzos, -42- ciertos secretos sobre las propiedades de algunas hierbas para la cura del mal de ojo, unas calzas acuchilladas de los tiempos de Olivares, una capa valiente, pues en las cuchilladas dejábanse ver los méritos de sus hazañas, dos camisas viejas, un jubón con lamparones que, por haber sido de un sacristán borracho, hallábase pintado de vómitos y cera, un entre capucho y bonete que le cubría la cabeza y ciento veinte maravedises que birló a los frailes antes de tomar las de Villadiego. Con ello y la justicia tras sus talones, que lo acusaba de haber dado de cuchilladas al cocinero y haberlo dejado en un tris con tras de encontrarse con Caronte, vínose nuestro valentón hasta Sevilla, mudó de nombre, de nación y de apellido, hízose pícaro y agermanado y en esta última universidad alcanzó por méritos propios los títulos que no pudo obtener en la de Pamplona. En Sevilla fueron sus lances innumerables, sus robos muchos y aún más que sus bellaquerías, su fortuna escasa, sus cortes por todo el cuerpo, que podría haberse contratado como mapa de navegar cuchilladas, y su apetito más voraz que nunca, que con todo y lo que le aprovechaban sus robos y sus estafas,

jamás logró calmarlo por entero, ni ver que en él se notaran los avances de una buena alimentación con un cuartillo de más echado en carnes. Atribuíalo el navarro a una huéspeda solitaria que habíase cobijado bajo su protección en el convento. Cansado de una vida que poco le aprovechaba, decidió pasar a Indias, inscribiose en la Casa de la Contratación como soldado, vínose al Perú y, ya en estos reinos, hubo de hacer de tripas corazón, retomar su nombre, inscribirse en un regimiento de lanceros y abandonarse a las peripecias de una vida aventurera que casi había terminado ahora, a sus cuarenta años, con una cuchillada india a las orillas del Madre de Dios.

-Está todo tan zabucado que no hay dios que lo remedie -blasfemaba el gaznápiro, mientras el cirujano le envolvía la cintura en gruesas y anchas vendas a la manera de fajas aragonesas.

-Coma vuesa merced almendras -invitó don Íñigo un puñado a su teniente, sacando algunas que habíase guardado desde la cena.

-Gracias, capitán.

-Son muy buenas.

-¿Cómo los sorprenderían?

-Estaban todos borrachos, don Diego. Será mejor que pasemos todo esto por alto. Si hay algún culpable, al parecer ya está muerto.

-Pero, si no lo está, debemos escarmentarlo.

-43-

-Así se hará. Para eso quería hablar con vuesa merced. ¿Qué me aconseja?

-No lo sé. No podemos precipitarnos. Su moral no toleraría un error.

-Estoy de acuerdo. Me incomoda todo esto, sin embargo: esta guerra, la selva. Hay algo que no me deja dormir tranquilo. Siempre pienso que Chichima conoce cada uno de nuestros movimientos y que nosotros, a fin de cuentas, no sabemos otra cosa de él sino que es indio y que nos odia. Como él hay millones en todo el Perú.

-Y aún los hay más en todo el mundo, capitán. No olvide vuesa merced que somos un imperio.

-¿Y cómo olvidarlo, si no hay imperio que no se sostenga en hombres como nosotros? Contábame hace apenas dos horas nuestro anfitrión el singular caso de algunos enamorados que, una vez alcanzado el gozo que persiguen, dan en despreciar y aun en odiar y hacer ascos de la plaza por ellos conquistada. Pareciome perversión de los sentidos y, como tal, aseguréselo, mas ahora pienso que está, en efecto, en la humana naturaleza el mudar de opinión sobre las cosas cuando éstas son cambiadas por el efecto de nuestros actos sobre ellas.

-No entiendo yo de esas filosofías, don Íñigo, mas, si vuesa merced se refiere a que nunca habremos de estar contentos con lo alcanzado, doyle en todo la razón.

Habíanse apartado, mientras conversaban, algunas varas del campamento, y había apenas Diego de Avilés terminado de responder a su capitán, cuando, entre la espesura, creyeron escuchar algunos ruidos. Hízole don Íñigo a su teniente una seña, y, desenvainando las tizonas, metiéronse ambos en la maleza. Al cabo de unos minutos, salió don Íñigo llevando bajo la amenaza de la espada al soldado que durante la batalla dio en huir con los calzones en las rodillas.

-Salga vuesa merced, don Diego -gritó el capitán-, que ya encontré la

fiera que nos amenazaba.
-¡Menuda fiera! -dijo el asturiano, asomando la cabeza entre las matas.
El desertor era un hombrecillo pequeño, entrado en años, con la barba rala, los ojos grandes, negros y saltones, el pecho hundido, las piernas entre paréntesis, algunos dientes que debían de recordarle su lejana juventud, el labio inferior colgante y dos enormes orejas que enmarcaban su rostro como en un gigantesco signo de interrogación. Temblaba todo, y, aunque ya se había puesto sus calzones y asegurádolos con un cinturón de badana, desde lejos podía olerse su cobardía. El teniente llamó a dos de sus hombres, que lo tomaron preso.
-Mañana habremos de hacerle juicio de guerra sumarísimo -exclamó Diego de Avilés satisfecho, echándose a la boca unas pocas almendras de las que su capitán habíale invitado-. Buenas almendras -añadió sonriente.
-Las cosecha en estas tierras don Ferrán Carrasco, hidalgo de Utrera.
No había terminado su frase el capitán cuando uno de sus soldados heridos, que se encontraba recostado al pie de un árbol, anunció con sus gritos el incendio. Quienes todavía estaban enteros se precipitaron hacia la hacienda. Don Íñigo y su teniente corrían delante de todos, y el capitán echaba de vez en cuando una mirada a la espesura por ver si en ella se escondían los atacantes. Algunos soldados se rezagaban. Al llegar a la casa, las llamas estaban a punto de alcanzar el segundo piso. Encontraron a Carrasco, con camisa y gorro de dormir, arrodillado en el suelo y con el rostro oculto entre sus manos. Don Íñigo se aproximó y le tocó en el hombro.
-Ánimo, señor caballero -díjole el capitán-, que no vale incendio alguno para acabar con una vida que tal nombre merezca. Haga vuesa merced fuerzas y ayúdenos a salvar lo que podamos de su hacienda.
Volvió en sí el hidalgo de Utrera, púsose en pie, llamó a sus criados y buscó con ellos baldes y cacerolas en sus almacenes para que les sirvieran de armas a los soldados que se aprestaban a defenderlo. Con ellos y con los criados, indios fieles y esclavos que no habían cimarroneado aprovechando el ataque de los hombres de Chichima, organizó don Íñigo una cadena de baldes de agua que nada pudieron hacer para salvar la casa, pero sí mucho para que el fuego no se extendiera a las dependencias más próximas. Cuando ya amanecía sobre los llanos de la selva, tan sólo quedaban de la casa algunas maderas, dos libros de rezos milagrosamente salvados, un Rengifo, unos pliegos cosidos en cuarto que hacían las veces de cuaderno de cuentas, dos asadores, pocas cucharas, restos de una capa y un bonete. Ferrán Carrasco temblaba de ira.
-¡Venirme esto a sucederme a mí, que siempre he tratado a los indios como a mis iguales y a los esclavos con el amor de un padre...!

-Pagan en estos casos justos por pecadores -díjole el de Cellorigo-, pero no se precipite vuesa merced en negros pensamientos, que la pérdida no es total y salva, al menos, la cosecha, los almacenes y no pocas casas, que aún más grave habría sido el perder éstas.
Durante varios días quedose el capitán con su regimiento en la hacienda de Carrasco. Algunos de los esclavos huidos habían vuelto, y los indios no parecían dispuestos a levantarse con las huestes de Chichima. Tras el ataque, que le había costado más de quince muertos, éste habíase alejado

de la región e internado en la selva, más allá de la zona controlada por los españoles. Durante algún tiempo habría paz en las riberas del Madre de Dios.

Así lo esperaba el capitán Ortiz de Cellorigo, quien, a medida que el tiempo transcurría, suspiraba por volver a las campiñas de Arequipa, cuidar de su hacienda, disfrutar del corregimiento que habíale concedido su majestad don Carlos, visitar a Violante con frecuencia y gozar de su compañía, asegurarse un buen pasar, leer mucho, pensar bastante, reunirse en su academia con sus amigos, mejorar según sus fuerzas la administración de justicia y dedicarse a acrecentar su hacienda por si hubiere de dejarla a sus herederos, que, a sus treinta y dos años ya cumplidos, pensaba que habíale llegado el tiempo de casarse y disfrutar con virtud las mieles del himeneo. Pasaban así los días sin otra cosa que hacer que ayudar a Ferrán Carrasco a recuperar lo perdido, que en un hombre dominado por la melancolía más era lo perdido en ánimo que en hacienda. En lo tocante a su casa, íbase ésta recuperando con las ricas caobas de los bosques cercanos, con el esfuerzo de los carpinteros, herreros y alarifes, con la ayuda de los soldados y con el esmero y la dedicación de quienes estaban al servicio del andaluz. No quedaba sino hacer justicia en el desertor, deslindar responsabilidades de sus soldados en el ataque de Chichima, juzgar a quienes resultaren culpables y, siguiendo las órdenes con las que viniera, volver al Cuzco con su regimiento, presentarse ante el coronel Cereceda, evacuar su informe, solicitar -gracia que esperaba alcanzar por ser de justicia- su excedencia e ir a Arequipa, donde tenía casa, destino y hacienda y donde esperaba reunirse con su hermana.

Tres días con sus noches duró el juicio que se le hiciera al desertor, un charro salmantino que había ingresado a la milicia más por hambre que por inclinación. Si bien el de Cellorigo tuvo con frecuencia la tentación de perdonarlo, el teniente asturiano no cedió jamás en su rigor, y, así, una lluviosa mañana de febrero, en el centro del real, levantaron los carpinteros un patíbulo y, tras recibir el reo el santo viático de manos de un dominico que había venido -46- de una misión cercana para asistirlo, Fermín Gorricho cumplió como verdugo con una amplia sonrisa dibujada en su boca. Dos días enteros quedó el cuerpo del desertor agarrotado atado a su rústico sillón en el centro del real. Cuando por fin lo arrancaron de él, había perdido ambos ojos y una parte del cuello, y los gallinazos habíanle abierto el vientre, del que le descolgaban las asaduras. Enterráronlo junto a una playita a las orillas del Madre de Dios, pusiéronle una cruz sobre su tumba, y el dominico echó un responso al que asistieron los soldados.

Con excepción de la de Fermín Gorricho, las caras de los asistentes denotaban tristeza. Cada quien tenía puestos sus ojos en las punteras de sus botas. Diego de Avilés acentuaba su gesto altivo y distante levantando su mentón y posando su mirada en el horizonte. Carrasco había preferido quedarse en su hacienda, y don Íñigo, a quien estos espectáculos nunca le gustaron, tentado estuvo de imitarle, mas resistió a su deseo por tener que presidir la ceremonia.

-Mala cosa es ésta de matar a un semejante -le confesaba al hacendado mientras tomaban una jícara de soconusco.

-Mala cosa -confirmábale Carrasco.

Estaban ambos en la que su dueño llamaba la única pieza habitable de la casa reformada. Sentábanse en unos taburetes y apoyábanse en una mesa de ishpingo con la que suplían las deficiencias del mobiliario.
-Mala cosa es vivir, amigo mío, que, puestos en marcha, no hay como podamos acertar con nuestro destino. Y son tantas y tan grandes las dificultades que hemos de salvar en la vida y tantas las dudas que en ella nos asaltan que no hay quien, sin ser un bellaco, no esté muriendo mientras vive y no siga deseando vivir por temor al incierto destino que la muerte le reserva. Véame vuesa merced aquí enterrado, cercado por todos los peligros. ¿Deseo, acaso, vivir? Sí por cierto. Mas sufro por ello, pues en esta vida encuentro mi tormento. ¿Hay salvación para mí? Lo ignoro. Asegúranme los frailes que ella existe, mas, cuando me pongo a pensar en la existencia de otra vida y en la esencia de aquel a quien hemos dado en llamar Dios, asáltanme las dudas y a veces pienso, pecador de mí, que, o bien no existe, o bien, de existir, es un genio loco que se complace en aumentar a diario nuestros torturas. ¿Encuentra vuesa merced sentido a la existencia de este pobre hombre al que acabamos de enterrar, al vivir de estos indios y negros, condenados al infierno de la vida desde antes de nacer?
-47-
-Buena pieza hace vuesa merced para los inquisidores, don Ferrán. No es bueno que use de estas filosofías ante quienes no puedan penetrarlas, que con ellas se juega la vida y acaso también su salvación eterna.
-Lo sé, don Íñigo, lo sé. Hijo soy de hidalgos nobles y sin tacha, corre por mis venas sangre de diez generaciones de cristianos viejos y mi linaje se emparienta con los más nobles linajes de Castilla, mas no habría de faltar, según yo creo, quien, al escucharme, diera en decir que soy judío o moro, como si sólo los moros y los judíos pudieran pensar en estas cosas y los cristianos estuviéramos, por nacimiento o por naturaleza, condenados a aceptar las verdades de nuestra santa madre iglesia sin rechistar.
-Para eso están los teólogos.
-Los teólogos no piensan, amigo mío. Los teólogos afirman y confirman lo que otros antes que ellos ya pensaron. Para pensar hay que dudar primero, y en España hace ya muchos siglos que nadie duda.
-Nos lo prohíben nuestras leyes.
-A eso, precisamente, me refiero. Pero basta de cháchara, don Íñigo. Vase vuesa merced de mi hacienda, y ningún matalotaje he preparado que sea digno de su persona y calidad. Ha de saber disculparme. ¡Son tantos los favores que le debo...!
-Humildes favores que están de sobra pagados con su discreción y amena charla.
-Nada de bien pagados, amigo mío. Débole el privilegio de su compañía, que valoro más que el que me haya ayudado a levantar mi casa y a tomar de nuevo el gusto a los negocios. Poco puedo hacer para quedar a mano con vuesa merced, mas deseo que el señor capitán se lleve de mi hacienda cuanto quiera, que, si quisiere llevársela toda, gustoso se la daría.
-Don Ferrán, gran privilegio ha sido para mí el conocerle y el haber descubierto que, bajo esa capa de melancolía que envuelve su ánimo, late un corazón generoso, una mente lúcida y una sensibilidad de verdadero poeta, que ahora sé que sus disgustos en el amor proceden de los altos

ideales que vuesa merced se ha fijado, ideales que son en algunos puntos más que humanos. ¿Qué mejor pago puede hacer vuesa merced de mis humildes servicios, si es que lo merecen, que el haberme permitido penetrar en su alma de poeta? Ninguno. Por estas razones rechazo, con su venia, los regalos.

-48-

-Nada puedo oponer a sus deseos, amigo mío. Tenga no obstante a bien, señor capitán, llevarse algunas talegas de cacao, que es de primera calidad, y otras tantas de estas almendras que tanto le han gustado. Estoy seguro de que a su hermana doña Violante han de agradarle, y, así, ambos se acordarán de este pobre enamorado sin fortuna cuando estuvieren en Arequipa.

Habría transcurrido una semana de esta charla, cuando don Íñigo y sus hombres partieron en canoas, desde la hacienda, surcando el Madre de Dios aguas arriba. Quedaba en paz la región, mas don Íñigo sospechaba que no habría de ser por mucho tiempo. Diego de Avilés coincidía en este punto con su capitán y decíale que, de no ser por las órdenes que llevaban de volverse cuanto antes al Cuzco, le habría gustado permanecer en la selva para ajustar cuentas con Chichima. Subieron por el Urubamba en varias jornadas y, ya en el Cuzco, el coronel Cereceda informó a don Íñigo que su destino de corregidor estaba confirmado y que, de ahora en adelante, quedaba librado del servicio. Con estas nuevas y un enorme deseo de encontrarse con Violante, volvió don Íñigo a la ciudad del Misti, en la que hizo su ingreso una mañana de abril de 1688, habiendo cumplido nueve años de su llegada a Indias. Traía consigo dos mulas cargadas de almendras y de cacao, algunos recuerdos, cinco sueldos sin gastar y a Fermín Gorricho, que, en adelante, habría de servirle de criado. Al ingresar a su caserón de piedra de la arequipeña calle de Santa Teresa, don Íñigo creyó estar haciendo su entrada en el paraíso. Atrás habían quedado sus sueños y sus aventuras. Al día siguiente visitaría a Violante en el convento. La vida comenzaba.

-49-

Capítulo III

Fiat voluntas tua

Parecen gorriones alrededor del hórreo en una tarde de invierno. Pían, saltan, revolotean, vuelan hasta la rama desnuda de un manzano y vuelven a posar sus patitas en la nieve, mirando siempre el cubo de piedra que se levanta sobre los cuatro pilares y el tejado que burla su voracidad. Cuando el frío arrecia, sus cuerpecillos se estremecen, tiemblan sus alas, y los pajarillos tratan de meter sus cabezas entre las plumas blandas y tibias de su pecho, como si quisieran olvidar que viven, que sobre ellos cae la nieve y que el frío les penetra como un cuchillo hasta los huesos. Bajo el alero de los tejados, quédanse inmóviles, quietos, con los ojos

cerrados y el pico entre las plumas de su pecho. Así les alcanza la noche y, con la noche, la muerte. A la mañana siguiente, si el sol sale, al derretir la nieve de los tejados, las avecicas caen como piedras en los charcos, pesadas y yertas. Parecen gorriones en el invierno. Revolotean alrededor de mi cama, pían y conversan: cuchichean cosas que no puedo entender y sólo veo sus labios que musitan, sus tocas que se agitan con el movimiento constante de sus cabezas, sus ojos inquietos, sus manos que a veces salen de sus mangas y me señalan a mí, que estoy arrojada en este lecho de dolor esperando ansiosa que llegue la hora en que mi alma pueda unirse con el amado. Sentadas al fondo, frente a mis ojos, en la banca corrida en la que tantas veces he abandonado mi cuerpo al descanso despreciando la comodidad del lecho, están las hermanas Ubago, calladas e inmóviles, a la espera de mi fallecimiento. Parece que rezan, y Madre Encarnación sostiene entre sus dedos un rosario de cuentas de hueso. A veces se le desliza una cuenta en forma casi imperceptible, pero a veces también pasan minutos sin que ello ocurra, como si su pensamiento escapara al rezo. Puedo seguir su vuelo e imaginar las alturas que alcanza su alma: sus ojos miran hacia adentro, y, aunque están abiertos, estoy segura de que nada ven, pues nada en este mundo merece ser visto, conocido, ni recordado. No tienen el brillo acuoso de los ojos atentos a los sucesos del mundo; son, más bien, los ojos de quien ya vive fuera de él, como yo, pecadora, espero hacerlo pronto, cuando el amado, al fin, me llame y nos unamos para siempre.

Escolástica está junto a mí con una jofaina en la que empapa un paño y me lo pone en la frente. Está llorando mi esclavita, tan dicharachera y alegre, tan amable y juguetona. Dice algunas cosas en su media lengua de negra angola, pero yo no la escucho. Mis orejas están cerradas a los ruidos de este mundo, y -50- pronto lo estarán mis ojos. Siento que me estoy yendo, que ésta es una despedida para siempre, y sólo lamento que Íñigo no esté junto a mí para darme fuerzas como otras veces. Mi buen hermano, tan descreído y tan generoso. ¡Vienen a mi memoria tantos recuerdos...! Es el último lastre que el enemigo pone a mi alma para impedir su vuelo: el lastre del amor por la materia, por las personas, por las cosas, las joyas y los vestidos, los tiempos idos, las vivencias, las alamedas, los bosques, las huertas amenas, las horas de sol en el invierno y las brisas frescas del estío, las flores en primavera, los pájaros, las canciones de los vendimiadores en Azofra, las aventuras leídas en los libros. ¡Cuántas deshonestidades en novelas de amores y desengaños! ¡Cuántas comedias en los corrales! ¡Cuántos años, meses, semanas, días y horas de mi vida he perdido por no acercarme a ti, mi único bien, y entregarme a ti, que todo lo eres! Aquí me tienes ahora, dispuesta a ser tuya por toda la eternidad.

Imagino ese tiempo inacabable en el que los siglos son segundos y el alma se regocija, incansable, en el amado. ¿Qué delicias me reservas, amado mío? ¿Qué licor deleitoso embriagará nuestros sentidos y hará de uno otro y de los dos uno, unidos y confundidos? ¿En qué forma crecerá nuestro amor sin fin y cómo seguiremos siendo sin ser y yo dejaré de ser para seguir siendo en ti, por ti y para ti por siempre jamás? ¡Oh deliciosa tortura de la espera, que hace que mi pobre imaginación trate inútilmente de descubrir los secretos del placer infinito que el amado me tiene

prometido! ¡Oh muerte esperada que tardas en llegar y que das a la vida la oportunidad de volver a atraparme entre sus garras! Soy lo que no soy, mas tengo hambre de ser en ti, que eres el que eres, Jesús mío. ¡Mío, mío! ¡Deliciosa avaricia de las palabras! El amor hace el milagro de alcanzar la única posesión realmente valiosa, el único tesoro. Tú: ¡mío! Yo: humildemente, ¡tuya! Sé que no valgo, que mi alma está lastrada por el barro de Adán, por la materia de la creación, mas, padre amado, creador de todas las cosas, me deformaré por amor para volver a formarme contigo y a transformarme en ti, pues, en mi loca ambición, aspiro a nada, a despegarme de todo y aun de ti para ser tuya. Soy tuya y quiero ser tú. ¡Qué difícil es hablarte, Jesús mío! Las palabras me confunden, pero en mi corazón siento que debo decirte muchas cosas, hablarte hasta agotar tu divina paciencia inagotable. Tendrás que soportar a esta loca, amante mío, sus torpes palabras, sus anhelos, sus debilidades y arrebatos. Tendrás que aceptar que, de vez en cuando, me derrita en llanto, que nunca supe dejar de ser niña y tú, amado mío, jamás te esforzaste en mejorar mi carácter. Tal vez te guste así. A veces lo he pensado, y a veces he pensado también -y disculparás mi atrevimiento- que, en realidad, no te has esforzado en mejorarme por pereza, o, tal vez, porque te complaces en las debilidades de tus hijos, para así dominarlos mejor y reducirlos a la nada con -51- uno solo de tus gestos, omnipotente señor de todo lo creado, cuando el hacerlo te complace. Pero no, que en perfección suma no puede haber espacio para el vano divertimento, ni para la complacencia en el propio poder. No: tú me deseas como soy: con mis debilidades e imperfecciones: barro en tus manos del que habrás de hacer la obra que quisieres. A ti me entrego para cuanto gustares hacer de mí. Defórmame, infórmame, refórmame, y transfórmame, que lo que hicieres conmigo estará bien, porque de la bondad suma que eres tú, Jesús de mi alma, ningún mal podría derivarse. Deliro. Antonia de Ubago me mira sin verme desde la banca en la que está sentada con su hermana. Deliro. ¿Quién eres tú, ladrón que vienes a robarme y que, de tal manera, deseándote, me confundes? ¿Por qué digo lo que digo de ti, por qué me arrebatas y me enloqueces, ladrón de almas, nocturno violador de intimidades? ¿Quién eres? ¿Qué has hecho de mí, que así me entrego, padre mío, pacer meus qui es in coelis? ¡Oh mi padre, mi padre! ¡Qué enormes deseos de hallarme en tu presencia, a tus pies, echada sobre tus rodillas para que me golpees como a una niña mal criada! Soy tu niña, tu hija mimada, la que escapa de la casa para hacer su voluntad, que no es la tuya, y espero tu castigo, tu reprensión, una buena azotaina que enmiende mi conducta y que me haga digna de ti, padre mío, señor de todo y de todos, Dios que gobiernas el universo, que lo has creado de la nada y que a la nada puedes volvernos a todos con tu sola voluntad. Yo soy tu más humilde criatura, la niña que balbucea tu nombre porque aún no ha aprendido a pronunciarlo, pero que desea de todo corazón, con todas sus fuerzas y potencias, que vengas a ella y que la lleves contigo a donde quieras, que la robes y la arrebates, que la enloquezcas, que sólo en la locura y en el arrebato de tu amor podrá encontrar el camino de la cordura. Estoy esperándote en este lecho en torno al que revolotean tantas monjas con los ojos anegados en llanto y sin saber, como no saben, que estoy alegre, que no me importa morir, porque para mí la muerte es la vida eterna contigo y la vida, la forma más engañosa de la muerte.

Aquí estoy. Y espero. Espero y desespero, y desespero porque no vienes. Te llamo, Jesús mío. Mírame aquí echada. ¿Soy bonita? ¿Te gusto? ¡Oh locura del deseo! Ven a mí, amado que no llegas. ¿Quién te detiene? ¿En qué alma arde la hoguera de tu amor? Veme aquí herida y sufriendo tus desdenes. ¿Habrás de dejarme, tras haberme seducido con promesas de amor y de dicha? ¿No tengo, acaso, derecho a protestar? ¿He de aceptar que me abandones, que me dejes fuera de la casa tiritando? Hace mucho frío, padre, y la nieve lo cubre todo. Compadécete de mí, que está anocheciendo y han de llegar los lobos a morderme. Bajarán de las montañas, en cuyos bosques permanecen escondidos. -52- Tengo las carnes flacas y las fuerzas no medradas. De ti dependo para salvarme. De ti, qui es in coelis, mi salvación. Los lobos se acercan. Oigo sus aullidos y escucho sus pasos y pisadas. Los veo: traen la boca abierta y me muestran sus colmillos. Babean. Ladean la cabeza y me miran con ojos sanguinolentos y turbios. ¡Defiéndeme, padre! ¡Ábreme la puerta de tu casa, que es el cielo! Cuando estemos dentro, junto al llar en el que se están cociendo las castañas, podrás castigarme, ponerme en tus rodillas, levantarme las sayas y zurrarme. Dejaré que lo hagas. Lo prometo. Si desobediente y mimada, siempre he sido sufrida y aguantadora de castigos. ¡Ábreme! ¡Ábreme, que están aquí y me lanzan dentelladas que desgarran mis flacas carnes y laceran mi alma! ¡Ábreme, que habrás de hacer de mí lo que tú quieras, pues soy tu esclava y me pongo a tus pies! Sé que estás ahí, pues veo la luz que se desliza bajo la puerta y riela sobre la nieve que congela mis plantas. Estoy descalza, padre, sin medias, en pernetas. Necesito el calor del fuego de tu cocina, el vapor del puchero colgado de la chimenea en el que se está cociendo la cena de toda la familia, el cálido humo que me ahoga. Y sobre todas las cosas te necesito a ti, amado mío, que no has de dejarme abandonada para que los lobos del mundo me destrocen. ¡Ábreme! ¡Ábreme, que los lobos me han abierto muchas heridas, y sangro por todas partes y me congelo lejos del calor que tú despides!

Han venido vestidos de negro. Las monjas los dejan pasar, y Escolástica se hace a un lado. Se lleva la jofaina. Mi frente arde, pero mi alma se congela. Son cuatro. Reconozco a uno de ellos, amigo y confidente de mi hermano. Se hace llamar doctor Espinosa, y tengo para mí que es marrano. Las hermanas Ubago se han puesto de pie y se han acercado al lecho en el que yazgo. Los médicos observan de cerca mis ojos, me toman los pulsos, y el doctor Espinosa, tras ponerme una cornetilla en el pecho con la que trata de escuchar alguna cosa, observa las uñas de mis manos, y yo noto en sus ojos una luz de sospecha. Ninguno habla, pero todos se miran una y otra vez a las caras preguntando con los ojos cosas que ignoro. ¿Qué podrán decirse con los ojos estos hombres, estos lobos que me atacan a la puerta de la casa de mi padre e impiden que entre a calentarme los pies en el fogón de la cocina, o junto al brasero de la mesa camilla de la pieza familiar? ¡Qué lenguaje secreto e indescifrable es el lenguaje de las miradas! Con él me he entendido yo siempre con mi amado. ¡Qué largos y sabrosos coloquios no habremos tenido, así, en silencio! Él en la cruz y yo, a sus pies, arrodillada. ¡Cuántas horas deliciosas no habré pasado en su compañía! Hemos sido siempre amadores ejemplares. Jamás hemos dado lugar al escándalo. Él no lo habría perdonado. Su amor es discreto y exige discreción de sus amantes.

Haz, Jesús mío, que muera del dolor que me producen mis pecados. Ellos son los lobos que desgarran mis carnes y que no dejan que entre a calentarme a la casa de mi padre y a pelar castañas en silencio, junto al llar. Me duelen y me desgarran. Me destrozan por dentro. Los médicos se alejan ahora, y Escolástica vuelve con la jofaina y el paño empapado en agua. Madre Antonia de Ubago inicia en voz alta el rezo del rosario. Ha escogido los misterios gozosos, y yo me alegro de que haya acertado. Estoy gozosa, en efecto. ¿Cómo no habría de estarlo, si he de encontrarme en unos instantes más con mi amado para no separarme jamás de él? Seré con él y seré él, pues me haré él. ¿De qué otro modo habré de llegar al padre, sino haciéndome en todo semejante al hijo y uniéndome a él por los siglos de los siglos? Mi amado ha dicho: «El que me ama guardará mi palabra y mi padre le amará, vendremos a él y haremos en él morada». Yo guardo tu palabra, amado, mas estoy sola, fuera de casa, donde los lobos aúllan y el hielo seca las plantas de mis pies desnudos. Tu casa está en los cielos, y hacia ella vuelo olvidada del mundo y de sus vanidades, desatada, libre, para unirme a ti, señor Dios del universo, y ser tuya y hacerme tuya, cada vez más tuya y cada vez más tú, y así por toda la eternidad, en un abrazo contigo fundida y confundida. No recibo la gloria de los hombres, que ésta es nada si no está en ti y de ti no procede. Tú eres la fuente de toda gloria y a beber de esa fuente me dispongo. ¿Habría de aspirar a menos mi ambición de alma enamorada? Quiero ser contigo agua, y fuego contigo; y agua y fuego al mismo tiempo, todo y nada, tiempo eterno dinámico y detenido, sucesión y estancamiento. Quiero ser y no ser por ser contigo. Quiero y no quiero, por que tú eres mi voluntad, y mi voluntad no existe fuera de ti, señor amado, hijo y padre, amante y esposo, esposoamante que me esperas. Llévame contigo, arrebátame de este mundo en el que yazgo y del que quiero olvidarme para siempre. Ven, no te tardes, que me duele la espera. Compadécete de tu hija y de tu amante. Observa cómo sufro porque no gozo aún de tus delicias, de tus besos de miel. Mírame padecer en este lecho. Levántame de él y elévame hasta ti recorriendo en un instante fugaz las ingentes distancias que nos separan. Ven, amado mío, que te espero con los brazos abiertos.

Sanctificetur nomem tuum. ¿Cómo no bendecir tu nombre, si con él me vistes y haces tuya, si de él vivo y por él me desvivo, si sin él nada soy, pues sólo soy en ti? Bautizada fui en tu nombre y con el nombre de tu hijo he vivido y como cristiana he de morir para seguir viviendo eternamente en ti y en tu hijo en unidad con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Cuánta ha sido tu generosidad, padre, qué enorme tu desprendimiento, que hasta tu nombre nos has dado para que podamos vivir por él y en él y con él salvarnos y encontrarnos en tu gloria uniéndonos a ti. Infinito, inconmensurable, enorme en todo, -54- también lo has sido en tu desprendimiento, en este entregarte a tus criaturas sin medida, pues todos nos llenamos de ti y en ti vivimos. Pero, ¿cuál es tu nombre, por cuál te conoceré? ¿Cómo he de llamarte cuando estuviere junto a ti, deslumbrada ante tu brillo, muda y temblando ante tu grandeza? ¿Qué nombre santificaré entre todos los nombres? ¿Bastarán las palabras para nombrarte? ¿Cómo nos comunicaremos en tu gloria, enamorados los dos, paseando por los jardines de tu palacio dorado, donde las avecillas emitirán sus cantos más

melodiosos y las flores nos embriagarán con sus aromas más puros, sutiles, raros y penetrantes? Hacia ti voy como una novia, y éste es el día en el que se celebrarán nuestros esponsales, amado padre, amado hijo, amado mío que en mí penetras cuando lo deseas. ¿Gustas de mi compañía? En ocasiones tengo dudas y, a veces, me pregunto si no me estarás engañando, si, en realidad, no te estarás burlando de quien, en su ingenuidad, está dispuesta a entregarse por amor y a dejarse seducir junto a las eras, entre las hacinas de bálago apiladas por los labriegos. Pero no. ¿Por qué habría de dudar de tu palabra, cuando me das a diario tantas pruebas de tu divino amor, de tu amor infinito e inconmensurable, y me haces beber el divino licor que mana de tus llagas, conocer y sentir los inhumanos dolores que en tu pasión hubiste de soportar? ¡Oh dulce y terrible tortura con la que a diario me invitas y me regalas! La conoceré ahora aún mejor, cuando, estando solos, tengamos para nosotros toda la eternidad de las caricias y de la entrega. Voy hacia ti, Jesús mío. Hacia ti, padre. Hacia ti, mi Dios amado. Espérame, que no me tardo.

¿Crees, acaso, Cristo mío, que quienes nos rodean conocen la profundidad de nuestro amor? ¿Crees que la conoce ese fray Domingo de Silos de Santa Clara, que ahora se aproxima a mi lecho y lo bendice, o que lo conoce mi buen primo Antonio de Tejada, que, con lágrimas en los ojos, sin poder contenerse, me aplica los santos óleos, mientras invoca tu nombre en latín con la voz quebrada? ¿Crees, en fin, amado mío, que han de conocerlo estas monjas que siguen los rezos con devoción y se arrodillan y me miran tristes, como si perdiera algo en la escapada? Los hemos engañado. A todos. Hemos sabido mantener nuestro idilio en secreto, hemos hecho de las nuestras bodas sordas y de nuestro esponsales, un misterio. ¿Quién habrá de saberlo? ¡Cuántas veces has venido hasta mí como un ladrón en la noche y con tanto sigilo que, estando en el coro, nadie lo ha notado! ¡Cuántas veces te he encontrado esperándome en la plaza que está junto a la iglesia, apoyado en la fuente, disponiéndote a beber como si quieras saciar tu infinita sed de amor con un licor tan humilde, y era de mí de quien esperabas beber hasta saciarte! ¡Cuántas veces, Dios mío, nos embriagamos juntos y gritamos nuestro amor con los gritos del silencio más audibles, despreocupados y felices! Volveremos a nuestras locuras. A diario -55- escaparemos de los demás y nos esconderemos de sus miradas. Iremos a las plazas y nos confundiremos con los vendedores, disfrazados. Seremos dos y seremos uno. ¡Cuántas veces podremos hacerlo sin que nadie lo note! Renovaremos a diario nuestros juegos amorosos, inventaremos. Un amor eterno es un amor creciente y siempre renovado. Alistaré mis disfraces y te encantaré, amante mío, con mi habilidad de comedianta. Seré un día pastora y otro, reina, y todos los días seré tuya, de ti y para ti: todos los días seré contigo hasta ser tú y ya no poder ser otra cosa.

Adveniat regnum tuum. Espero la venida de tu reino: tu reino de amor. Mis sentidos se confunden aquí. Mas, ¿dónde no lo hacen, divino tramposo, que a todos tientas con las delicias de este mundo, que son nada y que todo lo parecen? ¿Cómo distinguir el oro del oropel? Y, sin embargo, yo he podido hacerlo con tu gracia, y ahora espero en ti, estoy en ti, poseída por ti y en ti y sólo en ti deseo permanecer por los siglos de los siglos. No es posible imaginar una dicha semejante, inagotable, inacabable, infinita

dicha creciente. ¿Cómo habré de soportarla, pecadora de mí, humilde criatura? ¿Cómo he de estar de reina en tu reino, de esclava en tu reino, de amante en tu reino? ¿Cómo he de estar, si no es siendo? Estar siendo y ser estando. Terrible confusión para mi pobre espíritu, que no puede comprender la infinitud. Mas tal vez no esté; tal vez sólo sea, que es ser más, pues, siendo enteramente en ti, no he de necesitar estar en nada. Ha de desaparecer el mundo bajo mis plantas, y hasta mis propias plantas desaparecerán, y seré luz en la luz, fuego en el fuego, sonido deleitoso que encanta y enamora, armonía de colores sin forma, espíritu puro contigo, que eres puro espíritu desde siempre. No habrá palabras ni las necesitaremos, porque la realidad quedará reducida a todo, y nosotros seremos esa realidad total que todo lo abarca y todo lo comprende, esa realidad que eres y fuera de la cual no existe nada. Y ha de ser entonces nuestro amor más silencioso que nunca: deliquio puro sin palabras, palabras sin sonido, sonido sin palabras, sonido y palabras confundidos en la luz de tu grandeza infinita, en las formas de tu majestad por mí tan sólo adivinada. Crucificarémonos el uno al otro y juntos estaremos por siempre crucificados, Jesús mío, mi amor, mi cordero, mi amante, ladrón de intimidades del alma. ¿Cómo he de llamarte sin palabras para halagar tus oídos que esperan mis secretos amorosos? ¿Cómo he de decirte, sin decirte, que te quiero más allá de cuanto se puede querer? ¿Cómo he de aprender el lenguaje silencioso del amor divino, en el que he de ser ducha para que de mí no te canses y pueda tenerte sin temor por toda la eternidad? ¿Cómo he de hacer, amor mío, Dios amante, para entenderte sin palabras y para que tú entiendas mis excesos, mi infinita sed de amor jamás satisfecha? ¡Oh mi Dios! ¡Qué difícil es aproximarse a tu grandeza! ¿Por qué me has elegido a mí, pobre -56- criatura, balbuciente zagala enamorada, por esposa? ¿Qué puedo darte yo, tan zonza y atropellada, tan pequeña y temerosa? Tiemblo ante la llegada de tu reino, y mi ambición se apaga al comparar mi pequeñez con tu grandeza. Quisiera volver a ser nada para olvidarte, mas nada es nada, y tu divina voluntad haría de la nada todo y me arrancarías del barro y, si quisieras, de nuevo penetrarías en mí una y otra vez y con el licor de tus llagas me embriagarías y con el fuego de tus ojos me quemarías y con tu amor infinito me abrasarías, como se abrasa una gavilla de paja en las matanzas de las aldeas. No puedo escapar de ti, mi señor, pues soy nada. Nada y todo, pues ¿qué otra cosa mayor podré ser sino tu esposa? Atrapada en las garras de tu amor. Has llegado hasta mí como ave de presa, y ya no puedo escapar. ¿Qué haré si no es temblar y estar temblando eternamente? Temblaré de amor y temblaré de miedo, de este dulce miedo que tu amor y tu grandeza producen en mi ánimo apocado. ¡Qué poca cosa soy ante ti, señor! ¿Cómo he de atreverme a estar en tu presencia cuando llegare la hora del encuentro? Y, sin embargo, ¡con qué fuerza lo deseo! ¡Qué no haría yo por ser tuya ya en ti, por estar en ti, por ser contigo eternamente! Tiemblo. ¡Tiemblo y muero de impaciencia! Ábreme ya tu puerta, padre mío, que me congelo entre las nieves de este mundo, y los lobos me siguen atormentando con sus aullidos y dentelladas. Ábreme tu pecho, Jesús mío, y déjame penetrar en tu divina llaga hasta tu corazón y anidar en él y ser paloma. ¡Llévame contigo! ¡Llévame de esta vida en la que muero!

Hanse quedado silenciosos. El doctor Espinosa gira en torno a mi lecho, se

aproxima a mi cabecera, me cierra los ojos. Yo sigo viendo, sin embargo. Veo a Escolástica, que llora en silencio. Y a Antonia de Ubago con la mirada perdida en el suelo, meditando. A Encarnación, su hermana, pasando con pausa las cuentas de su rosario. Antoñito, mi querido primo, se arrodilla junto a mí y reza cubriéndose el rostro con las manos para que nadie note que está llorando. Toma mis manos entre las suyas y se las lleva a la boca, como si quisiera devolverme la vida con este gesto. Fray Domingo de Silos está de pie, mirándome fijamente, tratando de adivinar él, que tan bien la conoce, el vuelo de mi alma. Aquí estoy, esperando encontrarme con vuesa paternidad al final de los tiempos, humilde franciscano. Los galenos permanecen de pie, pensativos, sin moverse. Todo ha quedado en silencio, y pronto ha de inundarme la luz de la nueva vida. Pronto he de emprender el vuelo. Listo tengo mi matalotaje, listas mis petacas, lista la cabalgadura de viento sobre la que habré de elevarme al encuentro del amado. Noto ahora en mi corazón sosiego. No siento hambre ni sed: sólo deseos de cabalgar hacia ti, señor, dueño y patrón de todo lo creado. Tu novia está preparada para los esponsales. Voy desnuda y sin dote, temblando de frío y de deseo, sin ajuar y sin regalos que darte. Recíbeme, -57- señor, y haz que sea tuya para siempre. Estoy dispuesta y a ti me entrego. Fiat voluntas tua.

¿Qué he de decirte cuando te hallare? Éntranme dudas de último momento, señor, cuando ya estoy sobre mi montura emprendiendo el viaje. Muévese ésta, encabrítase y me arrebata a una velocidad de vértigo sobre el mundo y sobre las cosas. Todo desaparece bajo mis pies. ¿Dónde estás, amado mío, que no te encuentro, que no te veo en este resplandor que me ciega, dónde tu casa, tu palacio, el salón dorado en el que habremos de amarnos eternamente? Descubre tu rostro para mí, entrégame tu nombre, hazme tuya y anúlame a mí para siempre. Encabrítase más mi jaca de viento y llévame de un lado para otro. Llévame por espacios jamás imaginados para cuya descripción no bastan las palabras. Azulamarillos. Lugarestiempos, tal vez. ¿Cómo describirlos? Espérame un lecho torturante y deleitoso en el lugartiempo en el que me aguardas. Brilla la luminosa oscuridad de las palabras robadas inexistentes ya en el lugartiempo en el que reposo agitadamente en tus brazos inasibles. ¿Quién soy, si no soy y sigo siendo, amadopadreamante? Afuera han quedado los lobos, y soy contigo junto al calor de tu hoguera en el costado. Soy tuya. ¡Tuya! Tota tua sum. Totatúa. Estoy, al fin, contigo y para siempre. No sé lo que digo, pues estoy loca y ya las palabras de nada me sirven, tendida en el lecho de tu amor que me abrasa y me congela al mismo tiempo. Hablaré con voces y sonidos incomprensibles, balbucearé de felicidad: ssososososos mamantep adreya manm antehijoamadomío. Estoy junto a ti como tú lo has querido: nuda y sola, pobre y temblando, temerosa y llena de ansias, muerta y viva contigo eternamente. Hazme de ti por siempre y para siempre, gozando de tu eterna gloria en las oscuridades luminosas de tu reino, donde el caos es orden y el cosmos caos sobre el que reinas por los siglos de los siglos, caos y cosmos a los que dominas y tienes en tu mano, los que son porque tú eres y no podrán ser fuera de ti. Hazme caos y cosmos al mismo tiempo. Haz que se cumpla en mí la armonía de todos los opuestos. Intégrame a ti ahora que me ciega la luminosa oscuridad de tu reino y me aturden tus sonidos y tus colores, ahora que me pierdo en esta infinitud y sé que nada soy ante tus

ojos, pues todo lo ocupas y no hay rincón en el que no penetres. Hazme tuya haciéndome tú. Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. He sido creada a tu voluntad, amado mío, y aquí estoy dispuesta a aceptar humildemente el destino que me tienes reservado.

-58-

Capítulo IV
Fray Antonio de Tejada

El frío de la mañana mordíale las orejas, y fray Antonio encogió su breve humanidad bajo la protección de su manteo. Desde las ventanas de algunas casas mortecinos resplandores de candil proyectábanse hacia afuera en inútil competencia con las primeras luces de la aurora. Sobre los húmedos adoquines de la calle que conducía hacia la plaza Mayor rielaban todavía los rayos de la luna. De vez en cuando, fray Antonio escuchaba una maldición, un rebuzno, o un jadeo, signos inequívocos de que la ciudad empezaba a desperezarse. Aún sentía el dominico el peso de sus párpados, y sus zapatos deslizábanse presurosos sobre barros y adoquines en dirección al convento en el que su prima, según acababa de comunicarle un propio enviado por la priora, agonizaba. Acompañábanle en esta temprana excursión el propio enviado por doña Encarnación de Ubago y un donado joven de su convento, indígena de las alturas de Chucuito que, con un cirio en su mano izquierda y una campanilla en la derecha, anunciaba a los pocos viandantes que se aventuraban a caminar por las calles de la ciudad a aquellas horas que el fraile llevaba consigo a Jesús sacramentado. A los toques de campanilla, algunas ventanas se abrían para dejar asomar las cabezas de los curiosos.
Sobre el roquete y la estola, fray Antonio habíase echado a los hombros un grueso manteo de lana que lo abrigaba. Rezaba mecánicamente oraciones en latín mientras, con ambas manos a la altura del pecho, apretaba el copón con la hostia y el relicario en el que guardaba los santos óleos. Latíale con fuerza el corazón, y temía que, al momento de ver a su prima en su lecho de muerte, habrían de faltarle las fuerzas para seguir de pie.
Cuando pensaba en ello, cerraba los ojos para protegerse de la visión que lo aguardaba más allá de los altos muros de piedra blanca que cercaban por todas partes el monasterio. A lo lejos vio las torres de la catedral perfiladas en la penumbra y elevándose, soberbias, sobre la pequeña altura de las casas. Al llegar a la puerta del monasterio, el propio enviado por doña Encarnación de Ubago dejó el farol en el suelo y golpeó con fuerza la pesada aldaba del portalón. En dirección a la plaza Mayor caminaba, presuroso, un indígena. Arreaba un corto hato de cinco llamas cargadas con costalillos de papas. Se dirigía al mercado. El indígena se detuvo y, quitándose el tosco chullo con que cubría unas greñas oscuras y crecidas, inclinó la cabeza, reverente, ante el santísimo sacramento del altar. Arrodillose. Las llamas, indiferentes, continuaron su camino. Llevaban,

colgando -59- de sus orejas perforadas, polícromas cintas de lana, y, de trecho en trecho, alguna de ellas daba en trotar, añorando las alturas. Cuando fray Antonio y sus acompañantes hicieron, por fin, su ingreso en el monasterio, el indio volvió a cubrirse con el cuello, se puso de pie y, a toda prisa, corrió detrás de sus acémilas. Las alcanzó cuando las llamas hacían, ya solitarias, su ingreso en la plaza Mayor de Arequipa.
Atravesaron claustros y corredores. Al llegar a la plaza de Zacodover, la fuente de piedra, cantarina, había enmudecido. Una cuculí remojaba su pico en sus aguas heladas y, al notar la presencia de los recién llegados, emprendió un corto vuelo hasta la cúpula de la iglesia del monasterio. El dominico envidió, por un momento, su libertad. La casita de su prima, a pocos pasos de la fuente, abríase a la calle por una puerta de doble hoja a la que Íñigo había hecho enmarcar entre dos pilastras adosadas y sencillas de piedra blanca y un arquitrabe espacioso a cuyo costado colgaba un farolillo. La fábrica del edificio, toda de piedra volcánica de la zona, estaba, en el exterior, pintada de tonos ocres, y la luz del farolillo colgado en ella dábale a la fachada un tono rojizo muy subido, color del fuego que recordaba las llamas que aguardan a los pecadores en la otra vida y que al superior de los dominicos impresionó sobremanera. Frente a la puerta de la casa, fray Antonio de Tejada se detuvo un instante, se liberó del manteo entregándoselo a su donado, se pasó el dorso de la mano derecha por sus ojos mientras que, con la izquierda, seguía sosteniendo el copón y apretando el relicario contra su pecho. Respiró hondo e hizo fuerzas para enfrentar la visión que, segundos más tarde, se presentaría ante sus ojos. Reconfortado por la fe y fortalecido por la oración, penetró en el zaguán de la casita, donde varias monjas esperábanlo rezando. Del zaguán pasó a la celda de Madre Sacramento y adivinó, al verla inmóvil y tendida sobre su lecho, que la muerte no habría de hacerse esperar en esta ocasión y que era, por tanto, necesario apresurar el santo viático.
Las hermanas Ubago se arrodillaron para besar la mano del dominico. A la cabecera de la cama, casi echada sobre su ama, encontrábase Escolástica. En torno al lecho, los médicos, en voz muy baja, discutían sobre el caso. El doctor Espinosa observaba con detenimiento los ojos, el cuello y las manos de la moribunda. Daba la impresión de que ésta no respiraba y de que, si lo hacía, hacíalo con tan poca fuerza que cualquiera podría haberla dado ya por muerta. Al inclinarse sobre ella, fray Antonio descubrió que sería inútil tratar de confesarla. En el fondo de sus ojos una chispa de vida titilaba, y el fraile de Azofra imaginó, temblando, que cualquier soplo sobre ella podría acabarla para siempre. Entráronle entonces unas enormes ganas de llorar y de apoyar su cabeza, -60- como cuando eran niños, en su regazo. ¡Con qué ganas habría besado entonces aquellos ojos tan amados! ¡Cómo no era él, tan débil y apocado, quien se encontrara en aquel trance de muerte, asistido por su querida prima, cuidado por sus manos, engreído por sus caricias! Temía que, al decir sus oraciones, la voz se le quebrara y que los presentes descubrieran su debilidad. Hubo de hacer un gran esfuerzo para no gritar. Cuando comenzó a imponerle los santos óleos, todos se arrodillaron, y, cuando, casi llorando, pudo fray Antonio introducir la hostia consagrada en la boca de Madre Sacramento, tuvo el fraile la seguridad de encontrarse frente a una

verdadera santa. Una enorme e indescriptible sensación de felicidad lo embargó en ese momento. Los ojos de Violante tenían la misma expresión que él recordaba haber visto en ellos, cuando, siendo todavía niños, hicieron ambos, con Íñigo y Mariquita, una excursión hasta Urdanta y Violante tuvo su primera visión a la sombra de la vieja encina. ¿Qué estaría viendo ahora Madre Sacramento? ¿De qué conversaría con Cristo Jesús, cuando ya faltaban tan pocos minutos para el encuentro definitivo? Miró un momento a Escolástica, y la negra se dio cuenta de que, en medio de su intenso dolor, el dominico se alegraba de la muerte de su prima. Lo odió por ello. La esclava tomó ambas manos de su patrona entre las suyas y, llevándoselas a la boca, las cubrió de besos y las mojó con sus lágrimas. Los médicos habíanse retirado a un rincón de la celda, junto a la puerta que daba al zaguán, y las hermanas Ubago no separaban sus ojos del lecho de la moribunda. En un momento, sin embargo, todos los ojos se volvieron hacia la puerta. En ella había aparecido la figura esbelta y juvenil de fray Domingo de Silos de Santa Clara. Los ojos de Madre Sacramento, por algunos segundos, volvieron a brillar con un relámpago de vida.

Fray Antonio habíalo conocido hacía pocos meses, cuando, invitado por su creciente fama de predicador, acudió un domingo a la iglesia de San Francisco para escucharlo. Fue un sermón bastante vulgar sobre el adviento, y, ciertamente, pese a los términos rebuscados del franciscano, a su batería de sinónimos cultistas engarzados como en un rosario, a la abundancia de tropos y prosopopeyas, al abuso del hipérbaton y a la sobrecarga de sus gestos, fray Antonio quedó, del mismo, insatisfecho. No dejó de reconocer, empero, al comentar el sermón más tarde con el padre Azpeleta, ecónomo de su convento, que, si bien impostada, la voz del franciscano resultaba, por alguna razón que él no lograba desentrañar, cautivadora. Fuera de este peregrino suceso, el dominico no recordaba haber cruzado con él más de media docena de palabras, contenidas, las más de las veces, en una sencilla fórmula de cortesía. Como miembro de la orden de los predicadores (domini canes, llamábanlos en su -61- latín de cocina los franciscanos), desconfiaba de los mendicantes, demasiado entregados, para su gusto, a una pobreza burda en la que el cuesco y el regüeldo suplían con ventaja al estudio y en la que la oración era frecuentemente sustituida por extravagantes mortificaciones de la carne de las que algunos de los hijos del pobrecito de Asís gustaban de hacer pública exhibición. En el estudio de teología de Logroño, en las recoletas aulas de Santa María de Palacio, en las que fray Antonio había visto transcurrir los mejores años de su juventud, había aprendido a despreciarlos, y al seguir, más tarde, estudios en Salamanca y en la Pontificia Universidad de San Marcos de Lima, en la que obtuviera su doctorado, el desprecio que, como juego, había nacido en Logroño hízose más fuerte al comprobar que el mal nombre de pedorreros con que en muchas partes eran conocidos los franciscanos quedaba a diario confirmado por el desaseo y las costumbres entre infantiles y bestiales de no pocos de los miembros de la orden. Cuando fray Antonio de Tejada vio aparecer en la celda de su querida prima a fray Domingo de Silos de Santa Clara, dibujó en su rostro una sonrisa en la que quedaban confundidos la fascinación y el desagrado. A Escolástica nada de esto le pasó desapercibido.

Habíale hablado de él su primo Íñigo, que estaba, según creía, al tanto de

las estrechas relaciones de su hermana con el franciscano, relaciones a las que, como hombre del siglo, concedía escasa importancia.

-Ya se sabe, querido primo -solía decir cuando el dominico trataba de poner objeciones a tan estrecha amistad-, que en esto de confesores y guías para el espíritu no existe regla segura que pueda orientarnos. Si esto es así para hombres de criterio como nosotros, cuanto más no ha de ser para las monjas, que, como mujeres, déjanse dominar por el capricho y más se han de guiar por los impulsos del corazón que por las certezas de la mente. Los impulsos del corazón son con frecuencia inocentes y, las más de las veces, certeros, que en ocasiones yerra la mente donde el corazón jamás podría equivocarse. Tengo para mí que el caso del franciscano que tanto te preocupa es de una naturaleza tan sutil que sólo la intuición femenina podría acertar en él.

-Guardo sobre este punto mis reservas -arremetía de nuevo el dominico, tratando de sembrar la incertidumbre en el ánimo del capitán.

-Pues guárdatelas, Antonio, que a mí, para serte sincero, no me van ni me vienen.

El franciscano, con las manos guardadas en las amplias mangas de su hábito y la capucha echada sobre sus ojos, penetró en la celda. Acercose a la -62- cama de Madre Sacramento, colocose a su izquierda, de rodillas junto a su cabecera, e, inclinando su cabeza, púsose a rezar en silencio. Fray Antonio había terminado de administrarle la extremaunción y sólo estaba pendiente de sus ojos, tratando de descubrir la llama de vida que, por segundos, se avivaba y cruzaba el cielo azul de su mirada como un relámpago. El doctor Espinosa, asomándose por encima de la cabeza del franciscano, se aproximó a la enferma y observó su rostro con detenimiento. Escolástica mirábalo implorándole con los ojos la vida de su patrona. En un momento, el doctor Espinosa cruzó su mano abierta por delante de los ojos de Madre Sacramento, lanzó a fray Antonio una mirada de inteligencia, pidió a Madre Encarnación, sin moverse de su sitio, que le trajera un espejo, lo recibió, lo puso frente a la boca de la monja y se persignó, inclinando, al mismo tiempo, la cabeza. En ese momento, la angola rompió en un llanto incontenible. En el zaguán se elevó el coro de los rezos monjiles.

-Temo -dijo el doctor Espinosa sin moverse- que ya nada podemos hacer nosotros.

El médico volvió a poner el espejo estañado frente a la boca abierta de la monja de Ezcaray. Los otros galenos acudieron a observar la operación. Fray Domingo de Silos de Santa Clara continuaba rezando en silencio, arrodillado al pie de la cama. Fray Antonio sintió un vahído y hubo de apoyarse en la pared de la celda para no caerse. Escolástica lo sujetó de un brazo. Desembarazose finalmente de la ayuda de la esclava y, puesto de rodillas, dio, como el franciscano, en rezar en silencio.

-Madre Sacramento -anunció en ese momento el doctor Espinosa- acaba de morir.

Pusiéronse todos de rodillas y, durante horas, rezaron. Fray Antonio comenzó a ver, desde entonces, todo en tinieblas. El sol, que durante el día anterior, había acompañado la larga agonía de Madre Sacramento, salía a hora a darle su último adiós y penetraba con sus rayos en su celda inundando su lecho de una luz nueva y radiante, pero el dominico sólo veía

de aquella escena las sombras más pronunciadas. Sintió, en algún momento, el doblar de las campanas que anunciaban la muerte y se acordó de Íñigo, que, despreocupado visitante de fincas y de molinos, ignoraba todavía la suerte corrida por quien siempre fuera su hermanita. Más tarde, cuando las monjas transportaban en andas el cuerpo de su prima al velatorio y entonaban el De profundis bajo la bóveda del mismo, fray Antonio imaginó que el muerto era él y que todo, finalmente, había terminado. Las frías losas del velatorio heríanle las rodillas, -63- mas el dominico de Azofra no las sintió, pues su corazón estaba más allá de este mundo. En él estaban -y lo sabía- fray Domingo de Silos, las hermanas Ubago y las monjas que cantaban el De profundis con la mirada en el suelo y las manos guardadas en los amplios pliegues de sus hábitos. También estaban los médicos, que habían vuelto a sus asuntos en la ciudad, y hasta el propio Íñigo, su querido primo, que era, por antonomasia, un hombre de mundo, un ser lleno de vida y de energía para quien la muerte sería siempre un obstáculo superable.

-La muerte -habíale dicho en cierta ocasión- no nos hace mejores ni peores. Nada remediamos pensando en ella.

-La muerte nos enfrenta al creador.

-A él siempre estamos enfrentados, querido primo.

-¿No temes su juicio?

-¿Acaso él es el único juez? ¿No podemos también los hombres juzgarlo?

-No blasfemes, Íñigo.

-No blasfemo, Antonio. ¿No es cierto, según las escrituras, que él nos ha hecho a su imagen y semejanza? ¿Y no es también cierta la doctrina del libre albedrío que con tanto ahínco defendéis los dominicos? Pues, si todas estas cosas son ciertas, es libre el hombre para juzgar a Dios y, aunque no han de alcanzarle las fuerzas para torcer su voluntad, ha de exigirle, cada vez más, que mire por las cosas de este mundo, que no está bien que, siendo todopoderoso y bondadoso en extremo, como aseguráis los teólogos, tenga en tan gran descuido a sus criaturas.

-¿A qué te refieres?

-¿Y a qué crees tú, querido primo, que he de referirme?

-Sospecho que ha de ser a los males de este mundo, que no son obra de Dios, sino de los hombres, que, teniendo la posibilidad de elegir el camino del bien, prefieren el mal y, así, dan en ser avaros, soberbios, violentos, mezquinos, rijosos, ladrones, envidiosos y querulosos y en engalanarse con cuantos vicios ha sabido inventar el enemigo para perdernos. Bien sabes tú, Íñigo, que el hombre traza su destino con sus obras y que lo hace con toda libertad, sin más auxilio que su conciencia y la asistencia, para nosotros los cristianos, de la doctrina de la Iglesia.

-64-

-Pero somos precisamente los cristianos quienes con más frecuencia pecamos contra esas normas de conducta a las que llamamos mandamientos y que, bien mirados, nos son impuestos en ocasiones de una manera harto arbitraria. Pero no hablaba de ellos. Me refería a otros males padecidos por quienes aún no conocen el mensaje del evangelio y no sufren la imposición de mandamiento alguno.

-A ellos les asiste el conocimiento natural que todos los hombres tenemos

de lo que es bueno o malo, saludable o dañino, para nosotros mismos, o para nuestros semejantes.
-Tienes respuestas para todo, pero tus respuestas no me satisfacen. Son demasiado sencillas. Volvamos a los no cristianos, a los paganos, o idólatras, si así prefieres llamarlos. ¿Cómo podemos hacer que amen a su prójimo por decreto, cuando ese mismo prójimo los esclaviza y somete, los maltrata, hiere y ofende, los insulta y golpea y, en fin, los reduce a la miseria en nombre de un Dios que les exige que, a cambio de todo ello, sean humildes y mansos y den gracias por las mercedes obtenidas de la nueva religión que les imponen? ¿Cómo no juzgar a ese Dios que hace posible que estos pobres hombres, indefensos, sean arrojados a las fieras en contra de su voluntad y sin que sepan a ciencia cierta el porqué de tantos males que, desde hace casi dos centurias, les han caído encima?
-Te refieres, claro está, a los indios del Madre de Dios, a los que se han rebelado recientemente contra hacendados y misioneros.
-¿Qué comes, que adivinas? Me refiero a ellos, por cierto; pero no solamente a ellos. Cuando yo llegué con mis hombres a aquellas selvas, hacendados y encomenderos habían decidido hacer lo que ellos llamaron la justicia por sus propias manos. Cortaron orejas y dedos, cercenaron brazos, violaron mujeres e hicieron ahorcar a cuantos ellos imaginaban partidarios de Francisco Chichima, quien, de haber sabido que los españoles habrían de tomar en su pueblo tan inhumana venganza, jamás se habría rebelado. Hube de hacer grandes esfuerzos para poner fin a tantas bellaquerías, mas temo que éstas han de repetirse una y otra vez sin que el buen Dios haga nada por remediarlo. ¿No es justo, acaso, que reclamemos justicia a ese Dios omnipotente que, no obstante el serlo, deja a sus hijos abandonados e indefensos frente a las más grandes desgracias que puedan sufrir? ¿No tiene el hombre derecho a pedir libremente cuentas a su creador por todas las cosas que ha hecho sin que en ellas mediara jamás la voluntad humana?

-65-

-Te entiendo. Entiendo tu indignación, pero ¿por qué tomar cuentas a Dios por estos hechos, cuando es evidente que de ellos tan sólo el hombre es responsable?
-Resulta demasiado sencillo hablar de responsabilidad humana, pero no me refiero a la responsabilidad de los verdugos, querido primo. Esa responsabilidad no puedo ni quiero negarla. Yo te pregunto y quiero que me respondas con toda sinceridad: ¿de qué son responsables estos indios? ¿De no saber que Adán pecó en el paraíso y de ignorar qué es el paraíso, o que ellos están manchados por una culpa original de la que jamás han tenido noticia? No, no trato de cuestionar la validez de tu doctrina. No trato de negar tampoco que la doctrina de la Iglesia sea la única verdadera y que sólo en ella encontraremos la salvación eterna. Trato tan sólo, con toda humildad, de entender a Dios, porque, sin entenderlo, difícilmente podré amarlo y, sin amarlo, no tiene sentido que me esfuerce por entrar en su reino y gozar por toda la eternidad de su compañía. Yo no puedo amar a Dios porque él me lo ordene, ni obedecerle, si no estoy convencido de que sus mandamientos son justos. La religión, querido primo, necesita en estos tiempos de una mayor dosis de razón que de sentimiento, y me temo que los católicos hemos dado con más frecuencia en los deliquios místicos que en

la búsqueda racional e igualmente apasionada de la verdad.

-No deja de tener sentido cuanto dices, querido Íñigo, mas yo te rogaría que no fueras pregonando tus ideas por tabernas y plazas, que no habría de bastarte el favor del que gozas en la corte, si éstas cayeran en los oídos de algún familiar del Santo Oficio.

¿Cómo recibiría Íñigo la noticia de la muerte de su hermana? ¿Cuándo regresaría a Arequipa? ¿Quién habría de comunicársela? ¿Él? ¿Quién otro podría hacerlo mejor? Temblaba de sólo pensar en el encuentro con su primo. Bajo la bóveda de cañón yacía el cuerpo de Violante con los ojos cerrados por la muerte. Habían cesado los cantos, y algunas monjas habíanse retirado a sus quehaceres. Imaginaba fray Antonio que en los corrillos del claustro, en el interior de las celdas, en las cocinas y en el lavadero, estarían ahora todas comentando el suceso, un hecho que, durante casi todo un día, había tratado de ocultarse.

Habíale dicho el propio de Madre Encarnación al ir a buscarlo que Madre Sacramento hallábase enferma desde el día anterior y que Escolástica, su fiel esclava inseparable, habíala encontrado fuera de su celda, agonizando. Todas estas cosas tendría que contarle a Íñigo y tratar de convencerlo de que, -66- en realidad, en las casas de monjas de clausura, aquí como en España, las reglas son muy estrictas y que, a veces, pueden llegar a afectar los sentimientos de los familiares más cercanos. ¿Aceptaría esto Íñigo fácilmente? El dominico lo dudaba. Había conocido a Íñigo desde siempre y, por una suma de raras circunstancias, jamás había llegado a separarse de él por demasiado tiempo. Cuando ingresó al estudio de teología de Logroño, Íñigo, que estudiaba leyes en Alcalá, venía a visitarlo con frecuencia y, cuando pasó a Salamanca, su primo ya se encontraba en aquella ciudad haciendo vida libre de estudiante. El de Cellorigo, más tarde, ingresó al ejército y se vino a Indias, trayéndose a Violante, de la que nadie en este mundo habría logrado separarlo. Él vínose después por disposición de sus superiores, mas siempre había sospechado fray Antonio que en esta disposición de sus mayores había mucho de un destino marcado desde la infancia. Sabía, desde muy niño, que su vida habría de estar ligada para siempre a la de sus primos, y ahora que Violante acababa de morir sentía que, de alguna manera, estaba también acompañándola al otro mundo.

Bajo la bóveda todo era silencio. Fray Domingo de Silos habíase ido sin que él se diera cuenta, y en algunos reclinatorios de tosca madera unas pocas monjas musitaban padrenuestros y responsos. Habíase quedado casi solo. ¿Cuántas horas llevaba allí? No lo sabía. Notó un vacío en la boca del estómago y una sensación dolorosa que, ascendiendo por el pecho, alcanzábale la garganta. Tenía algo en ella que le presionaba, y la sentía seca y dura como una piedra caliza bajo el sol. También la cabeza le dolía. Se levantó y, tambaleándose, se aproximó a las andas en las que, sobre un lecho mortuorio de negro terciopelo, yacía el cuerpo sin vida de Violante. Inclinose sobre su rostro para mirarlo bien y creyó percibir en éste, resplandeciente y fresco como cuando era niña, la misma sonrisa y la misma alegría que tanto le fascinaban cuando ambos, agazapados bajo las cepas, comían uvas de los majuelos de Azofra en los soleados y festivos días de las vendimias. Viéndola ahora tan viva como siempre, fray Antonio de Tejada se sonrió.

Doña Encarnación de Ubago tocole con sus suaves dedos en el hombro.

-¿No comería vuesa paternidad una ligera colación? -preguntó con gentileza-. Ha pasado largamente el mediodía.

La monja era alta y delgada y tenía una nariz recta que le descolgaba sobre una boca fría y dura, carente de labios y de humedades. Sus ojos, pequeños y oscuros, brillaban intensamente desde las profundas oquedades que los albergaban. La toca acentuaba los rasgos angulosos de su rostro, y sus cejas, -67- nigérrimas y pobladas, estaban dibujadas como rectas perfectas, dando a su imagen un aire de profundo ascetismo. El negro intenso de sus ojos y sus cejas contrastaba con una piel blanquísima y delicada, macerada por años de encierro conventual, de ayunos continuados y de mortificaciones de la carne. Fray Antonio creía ver bajo aquella piel marfileña y enfermiza un alma apasionada y un carácter forjado en la lucha interior y en el control disciplinado de sus debilidades. Los labios exiguos de Madre Encarnación trataron de dibujar una sonrisa.

-No, muchas gracias -se excusó el dominico-. Quisiera permanecer algún tiempo más en compañía de mi prima.

-Debería vuesa paternidad comer alguna cosa. He dispuesto que le preparen unos huevitos escalfados.

-Está bien. Los comeré.

Salieron ambos del velatorio. Bajo la bóveda de piedra blanca quedábanse ardiendo los enormes hacherones. En el cielo arequipeño el sol comenzaba a inclinarse hacia el poniente, y las piedras resplandecían bajo su luz.

Fray Antonio notó que hacía calor y recordó entonces que en alguna parte había dejado abandonado su manteo. «No habré de necesitarlo hasta la noche», pensó. Doña Encarnación de Ubago dirigíalo por patios y largos y estrechos corredores que desembocaban en algunas calles más cortas, anchas y soleadas. El monasterio era una ciudad en miniatura, una villa española trasladada a las sierras del Perú con sus calles, sus plazas, sus fuentes y sus solanas. Faltábanle la amenidad de un río de aguas cantarinas y la frescura de una chopera, mas ambas carencias estaban ampliamente compensadas con las fuentes, las acequias que alimentaban los estanques de la lavandería y los árboles y las flores que las esclavas de las monjas en él encerradas cultivaban con esmero. Era, además, una villa limpia, bien empedrada, con casas de buena fábrica de sillería, faroles que iluminaban la noche, flores en sus puertas y ventanas y jardines y primorosos colores en las fachadas de sus edificios. Fray Antonio y Madre Encarnación de Ubago llegaron a la casa de la madre superiora. Escolástica Mi y otra esclava negra habían dispuesto en un pequeño comedor una mesilla y, sobre ella, un plato de cerámica de Talavera con huevos escalfados, otro con alcauciles en salsa vinagreta, abundante pan, una porción de queso seco y endurecido, un pomo de barro con aceitunas, un tenedor de plata, una alcuza con especias, una servilleta y una jarra de agua fresca. El fraile se limitó a llevarse a la boca unas pocas aceitunas y a tratar de pasar, sin conseguirlo, uno de los huevos escalfados. Se le hizo, de pronto, un nudo en la garganta, y a punto -68- estuvo de vomitar. Procuró tranquilizarse, respiró largamente, echó en la servilleta, con gesto de disimulo, los restos del huevo escalfado y bebió de la jarra de agua tratando de liberar su garganta de la sequedad y dureza que sentía.

-Excúsenme -dijo con timidez, dirigiéndose al mismo tiempo a la madre

superiora y a las esclavas-, pero es inútil. Mi estómago no tolera hoy alimento alguno.

Desde niño había sido muy delicado para las comidas. Nunca pudo soportar las carnes conservadas a base de sal y de especias, los platos demasiado fuertes, las salsas hechas con abundancia de ajos o de pimienta, los huevos crudos o la leche con mucha nata flotando en la superficie. Al llegar a Indias, su estómago habíase debilitado todavía más, y fray Antonio mantenía su escasa humanidad a base de sopas, verduras cocidas y aderezadas con un poco de aceite y sal y, sobre todo, de frutas. Él había descubierto en estos reinos del Perú gran abundancia de estas últimas y gustaba de ir por la calle mondando una naranja con su pequeño cortaplumas, mordiendo un jugoso pepino o comiendo un plátano, pero las frutas que a él realmente le encantaban eran las chirimoyas. Jamás faltaba sobre su mesa de trabajo un plato hondo con chirimoyas, una toalla y un aguamanil que le permitían realizar las necesarias abluciones y recuperar la limpieza de sus manos sin necesidad de hacer abandono momentáneo de su trabajo. Junto a los libros, los folios, el tintero, el cortaplumas y las plumas de ganso que él mismo cortaba y preparaba con tanto esmero estaban siempre sus frutas preferidas, y el fraile de Azofra sentíase entonces como santo Tomás de Aquino, elevado a las más altas cumbres del pensamiento mientras su cuerpo, fatigado por el trabajo y las privaciones, obtenía por sí solo las satisfacciones necesarias para seguir cumpliendo el cometido al que en este mundo había sido destinado. Pensaba a veces que, si el aquinate alimentábase sin tener conciencia de lo que hacía, él solía detenerse en el deleite alcanzado e imaginaba que, si bien venial, habría de ser éste su pecado más conspicuo. «Es, en todo caso, un placer inocente», repetíase a sí mismo, «y en él no ha de ver Dios nuestro señor un gran inconveniente a la hora del juicio».

La madre superiora hizo que las esclavas retiraran los platos. Salieron éstas, y ambos quedaron solos. La monja estaba de pie frente al dominico.

-Si vuesa paternidad desea volver al velatorio...

-Lo haré al instante -dijo fray Antonio-. Nada deseo tanto ahora como permanecer junto a mi querida prima.

-69-

Hicieron el recorrido de regreso. Ya en el velatorio, fray Antonio volvió a quedarse solo. Acordose de que no había rezado sus horas y sacó su breviario. Bajo la bóveda, la atmósfera había adquirido un tonalidad dorada. La luz de los cirios y el sol de la tarde, que penetraba por la puerta abierta al claustro, doraban la estancia. Bajo sus rayos, infinitas partículas de polvo flotaban en el aire. Fray Antonio trató de leer, pero no pudo. Algo le impedía fijar su mirada en las oraciones latinas de la tarde o repetirlas de memoria. Su imaginación volaba una y otra vez hasta las riberas del Oja, donde una niña de nueve años mojaba sus pies desnudos, mientras sus trenzas doradas brillaban bajo el fuerte sol del estío.

Embebido en sus recuerdos, permaneció mucho tiempo sin moverse. La noche estaba a punto de caer, cuando el donado que habíalo acompañado en la mañana penetró por la puerta del velatorio trayéndole el manteo. El fraile, arrodillado en uno de los toscos reclinatorios de madera, no se dio cuenta de su llegada hasta que sintió el peso del manteo sobre sus

débiles hombros.
-Véngase conmigo su paternidad -dijo con ternura el donado indígena.
Fray Antonio obedeció mecánicamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía. Volvieron a atravesar, como en la mañana, el claustro principal del monasterio, llegaron a la portería y salieron a la calle. Bullía ésta de actividad y de gente. Cruzáronse en su camino con caballeros conocidos y con damas de sociedad que se acercaban al superior de Santo Domingo para transmitirle sus condolencias por la muerte de su querida prima. El fraile trataba de escucharlos y, con gentileza, sin saber realmente lo que hacía, dibujaba en ocasiones una triste mueca que pretendía ser una sonrisa. Despedíanse de él damas y caballeros, besábanle el hábito o las manos que mecánicamente les extendía, y él permanecía quedo, ido de la realidad, hasta que el fiel donado empujábale con delicadeza, obligándole a seguir el camino en dirección a su convento. A veces, pasaban algunos jinetes que, sin desmontar, saludábanlo descubriéndose. Las gentes del pueblo veíanlo pasar y guardaban silencio reverente, se descubrían e inclinaban humildemente sus cabezas. Hasta los perros dejaban de ladrar a su paso. Durante todo el día, las campanas de las iglesias de la ciudad habían anunciado con su triste lamento la noticia.
-Hermano Juan -dijo fray Antonio, deteniéndose de repente-, debemos ir a casa de mi primo. Quiero estar con él cuando conozca la noticia. Desde su casa enviaremos un recado al convento para que no nos esperen esta noche.
-70-
Torcieron de nuevo en dirección a la plaza Mayor. La noche caía sobre la ciudad, y en algunas casas las velas y los candiles habíanse ya encendido. Al cruzar una esquina, tropezaron con un mulato liberto al que la borrachera obligaba a tambalearse. Acababa de salir de una picantería y exhalaba un olor mezclado de vino, chicha, cebolla y grasa repugnante. El mulato, alto, fuerte y prematuramente envejecido, al ver al fraile, se descubrió entre reverente y temeroso y se arrinconó contra la pared.
-Su bendición, padrecito -dijo tratando de enderezarse.
-Dios te bendiga, hijo -respondió mecánicamente fray Antonio.
Al llegar a la casa de Íñigo, el amplísimo zaguán que unía el patio con la calle estaba iluminado. Por la rendija inferior del enorme portalón la luz del zaguán rielaba en el empedrado. Fray Antonio tuvo el presentimiento de que encontraría a Íñigo y apresuró el paso. Sus habitaciones estaban al otro lado del patio y daban sobre un corral en el que su primo mantenía las cuadras de sus caballos y su criado navarro cebaba capones y gallinas.

-¡Bendito sea Dios! -exclamó fray Antonio, imaginando que Íñigo aún ignoraría las malas nuevas.
Habíase preparado todo el día para este momento. Mientras rezaba en el velatorio, imaginaba que habría de encontrar a Íñigo en el estrado de su casa, sentado en su sillón favorito de alto respaldo y cubierto con una piel de jaguar, leyendo alguna de las novelas de doña María de Zayas o los escritos de Gracián, a los que seguía aficionado. Veíalo inclinado sobre el volumen empastado en cuero, siguiendo la lectura a la luz de las velas colocadas sobre un enorme candelabro de plata de siete brazos. Imaginábalo con el semblante grave, el gesto altivo y distante, la mirada sobre el libro y las manos sosteniéndolo. Sobre su mesa de trabajo, junto al

tintero, su infaltable jícara de chocolate y, cerca de ella, el vaso de aguardiente de uva al que tanto habíase aficionado su primo en los últimos tiempos. Tendría también sobre la mesa dos o tres cigarros hechos a mano y, como siempre, un par de pistolas cargadas que lo prevenían, según solía decir, de cualquier sorpresa.
-¡Toca! ¡Toca! -ordenó el dominico a su donado.
Tomó éste la aldaba de bronce y golpeó la puerta. De la casa salieron algunas voces, y, al poco tiempo, los hirsutos y descuidados pelos rojos de Fermín Gorricho se asomaron al exterior por una ventanilla de seguridad abierta en la puerta.
-71-
-¡Abre, por Dios! -gritó fray Antonio.
Escucháronse el correr del enorme cerrojo y las vueltas de la llave en la cerradura, y, a los pocos segundos, un cuerpo magro y alargado se silueteó sobre el vano de la puerta. Fray Antonio de Tejada se lanzó hacia el zaguán, cruzó el patio sin ayuda de su donado y con toda la velocidad que podía dar a sus piernas subió apresurado las escaleras. La puerta de la sala en la que gustaba pasar el tiempo su primo, aneja a su despacho, estaba cerrada. También lo estaba la de esta habitación. El fraile quedó por algunos segundos desconcertado. «Si su fiel criado está en casa», pensó, «él está también en Arequipa».
-El señor capitán -dijo a sus espaldas Fermín Gorricho- está descansando. Han sido demasiadas las emociones del día.
Fray Antonio corrió por la galería hasta la habitación de su primo, se acercó a la puerta y la empujó. Por uno de los lunetos abiertos en la alta bóveda que techaba la pieza penetraban pálidos rayos de luna que caían sobre el lecho del capitán. Éste, todavía vestido, estaba arrojado sobre la cama con la cabeza hundida en los almohadones. Fray Antonio se precipitó hacia él. El capitán, al escuchar sus pasos, se volteó, se puso de pie y ambos primos se confundieron en un abrazo. Fermín Gorricho y el donado dominico cerraron por fuera la puerta sin hacer ruido. En el centro del patio, una fuente de piedra lloraba solitaria. De la galería superior que daba a las habitaciones bajaban, deslizándose silenciosos, los dos criados.

-72-

Capítulo V
El entierro de Juan Lanas

Cantando bajaban las cuadrillas por la calle de Mercaderes y, al llegar a la plaza, desparramáronse bajo los portales. Pieles cetrinas y cabellos hirsutos. Hombres y mujeres tapaban sus harapos con cintas de colores, capas de raso y amplísimos mantones de los que descolgaban, a manera de flecos, madejillas de lana cosidas a la tela. Ocultábanse todos tras las máscaras de barro o de madera, y por los agujeros a los que se asomaban,

sus ojos, enrojecidos por el abuso del vino y los excesos de la mala noche, despedían intermitentes chispas de furor y locura. Había algunas máscaras semejantes a hocicos de cerdos, de yeso y embijadas, que daban a sus portadores un aire fantástico de verracos en espera de la matanza. Veíanse también otras que imitaban formas de cabras y de terneros, sin que a las primeras les faltaran las barbas y, a todas ellas, los cuernos que las decoraban. Abundaban las máscaras sencillas de tela pintada, fabricadas con el único objeto de ocultar el rostro de quienes las portaban. Eran muchas las que imitaban, aunque torpemente, la jeta de un animal, mas no faltaban las máscaras de quienes, dejándose arrastrar por el frenesí carnavalesco, ocultábanse tras la apariencia pintada en tela de algún canónigo de la catedral, de un regidor del cabildo y, con más frecuencia, de un cobrador de alcabalas, o de un bulero. Corría uno de los espantajos furioso por los soportales, cargando en la mano izquierda una bolsa de dinero y, en la derecha, amenazante, un enorme garrote de oscura madera. Arrojábanle los chiquillos pellas de barro y halábanle de la capa, haciendo que tropezara de continuo y que, cada dos por tres, estuviera a punto de caer al suelo. Trataba de golpear con el garrote a sus enemigos, mas estos eran tantos y tan raudos y avisados en sus movimientos que la máscara tenía que resignarse a seguir sufriendo con paciencia los vejámenes de los que le hacía objeto la chiquillería. Representaba el tarascón a un personaje muy odiado en otros tiempos y que había dejado en la ciudad pésimos recuerdos de su avaricia. Era su nariz enorme y como hinchada en la punta, colorada y granulosa, y, debajo de ella, un fino bigote engominado enmarcaba una boca sin labios en la que un diente huérfano reclamaba a gritos compañía. Quien representaba al personaje, membrudo y alto, encorvándose cuanto podía, acentuaba algunos rasgos risibles de los que, tal vez, había carecido en vida el susodicho. Cojeaba poniendo tiesa la pierna derecha, echaba el hombro izquierdo hacia adelante y dejaba que el peso de su nariz acentuara una perversa joroba que cargaba a sus espaldas. De esta guisa, saltaba y daba cabriolas, corría, se agachaba, se detenía en seco, -73- amenazaba a los niños, soportaba sus puyas y tirones, maldecía, se reía a carcajadas, gritaba y cantaba, siguiendo las tonadas populares que, al salir al unísono de miles de bocas, llenaban la plaza.

-Santiago, Santiaguero, demonio con dinero -gritaban los parvulillos y salían a escape.

-Mocosos, mierdas secas -respondíales la máscara, sin dejar de lanzar garrotazos a diestra y siniestra.

Otra de las figuras vestía una enorme funda de paja y de hojarasca. Por máscara llevaba un pedazo de arpillera a la que, en la parte alta de la molondra, habíale añadido flores diversas y helechos de huerta. Corrían algunos chiquillos tras esta figura alrededor de la picota de la plaza, y en los balcones, sobre los portales, damas y caballeros engalanados y discretamente ocultos bajo sus antifaces contemplaban la escena.

La multitud enfilaba ya por la calle de la Merced, lamiendo los muros del convento. Otros, por San Agustín, bajaban hacia el Chili. Danzas y gritos, carreras precipitadas, caídas y empujones. Demonios enmascarados abrían aquel cortejo con rabos de toros cimarrones descolgándoles del trasero. Armados de látigos, los saqras, cornudos y negros, imponían el terror

entre la chiquillería. Detrás de ellos bajaban los mozos portando estandartes y pendones y un grupo de músicos que, con flautas, tamboriles y chirimías, hacían tanto ruido y tan desafinado que sólo era soportable gracias a los calderos y sartenes que entrechocaban unas viejas que los seguían y al estruendo de los tambores que unos fornidos mancebos golpeaban sin pausa ni compasión para los tímpanos de la feligresía. Al ruido de los instrumentos añadíanse gritos y canciones, y todo junto semejaba una sinfonía en la que todas las notas se mezclaban en una suerte de rumor monocorde que, según explicaba don Alonso López de Verona a sus acompañantes mientras tomaban un sorbete asomados a uno de los hermosos balcones de fierro forjado de la casa que acababa de alquilar, parecíase mucho, si se tomaba la debida distancia para escucharlo, al agitarse de las olas del mar Cantábrico en las noches de plenilunio.

-Jamás me pierdo, si puedo, la oportunidad de escuchar este rumor, ni de admirar las comparsas -pontificaba don Alonso-. Siento no haber estado aquí en los últimos años. Hay algo de pagano en todo ello, pero, sin duda, Dios ha de perdonarnos el pecado venial de dejarnos arrastrar por sus encantos.

-Culo triste -alzose de repente sobre el rumor de fondo la voz estentórea de un recitador de letanías.

-74-

-Ora pro nobis -respondían a coro las multitudes.

Las agitadas olas de las noches de plenilunio habíanse calmado. Calláronse tambores y chirimías y enmudecieron flautas, calderos y sartenes. Era la hora de las letanías.

-En ninguna otra ciudad de estos reinos dícense cosas tan osadas en letanías de carnaval -seguía explicando el señor de Verona-. Aquí está todo permitido.

-Bolsa prieta.

-Ora pro nobis.

-Chupasangres.

-Ora pro nobis

-Lambeculos.

-Ora pro nobis.

El recitador, acompañado de un grupo de máscaras, caminaba delante de la carreta tirada por bueyes en la que se sentaba Juan Lanas. Cada vez que el recitador levantaba su voz para comunicar a las multitudes un atributo más del personaje del carnaval, miles de ojos se dirigían implorantes hacia la gruesa figura majestuosamente sentada en la carreta procesional. Era Juan Lanas un hombre inmensamente gordo, bien vestido, de cara redonda, mejillas coloradas, piernas cortas y espejuelos oscuros sobre sus enormes narizotas. Un bonete encarnado en la cabeza ocultaba a medias su calvicie. Era su porte hierático, y permanecía inmóvil con las manos cruzadas sobre su prominente barriga. Junto a él, dos servidoras enmascaradas abanicábanlo, sonábanle sus narices con un enorme moquero, o, con un mohín entre gracioso y ridículo, quitábanle el bonete y besábanle la calva.

-Cabrón gordo -gritaba el recitador de letanías.

-Ora pro nobis -respondía la multitud.

Seguían a la carreta seis frailes encapuchados con hachas encendidas en sus manos. Iban en filas de a tres y, en medio de ellos, revestido con

todos los ornamentos de un obispo, un anciano achacoso asperjaba a las multitudes con una berza que, de vez en cuando, metía en un caldero de fregona que un monago a su servicio llevaba a tal efecto. Otro acólito, a su derecha, sahumaba con un incensario la carreta de Juan Lanas.

-75-

Las letanías, al fin, habían terminado. Ahora, reanudaban la danza siguiendo el ritmo de chirimías y de tambores. Los danzarines hacían saltos más o menos complicados, tomados del canario y de los bailes de los indios de los ayllus, que, con sus vistosos disfraces, participaban en las carnestolendas. Por unos pocos días, confundíanse en una las dos repúblicas. Detrás de las máscaras quedaban borradas las diferencias. Bajando hacia el Chili, no faltaban quienes ejecutaran arriesgadas cabriolas, y no pocos, fallándoles la pericia por amor del vino, quedaban con los cuartos traseros al descubierto. Cuando esto ocurría, escuchábanse las risotadas de quienes observaban sus suertes. Muchos acababan magullados en estos trances, mas, si no era grave la herida, reponíanse al punto y continuaban danzando hasta caer casi sin fuerzas en la explanada que se abría en la ribera, donde otras cuadrillas, llegadas de Cayma y Yanahuara, estaban esperando a los que seguían bajando de Arequipa. Un bosquecillo de molles aligeraba con su sombra el ardor de la danza. Algunos descansaban con sus espaldas apoyadas contra los molles achaparrados. Había también quienes, llegándose al río, empapaban en sus aguas sus pañuelos para colocárselos más tarde sobre sus frentes y volver, refrescados, a buscar la sombra del arcabuco. Aparecieron entonces manteles en el suelo, rodillas y servilletas, tarteras con guisos de carne y papas, choclos sancochados, paltas y rocotos rellenos de carne y queso. Junto a los troncos de los molles colocábanse las botellas de vino y los porongos de chicha, y todos tomaban del gollete, sin guardar las formas. Desgarraban las carnes con los dientes y comían los rocotos con lágrimas de placer. En poco tiempo, entre el arcabuco y el río, en la explanada de la ribera, la multitud habíase calmado. Todos comían y se emborrachaban. Querían quedar ahítos.

Montados en briosos corceles, bien armados y vestidos de punta en blanco, con la visera echada sobre los ojos y la lanza en ristre como si estuvieran a punto de ajustar, algunos caballeros habíanse llegado a la explanada y hacían caracolear a sus alazanes entre las cuadrillas. Cuando, llegada la hora de la siesta, retirábase Juan Lanas a su casa para descansar de las fatigas de la jornada, estos caballeros componían la más lucida escolta de la ciudad.

Ese año habíale caído en suerte el papel de Juan Lanas a Hernán Vivanco, un boticario de la plaza Mayor que habíase enriquecido con la venta de emplastos y la fabricación de aguardientes medicinales. Solían repetir las malas lenguas que su fortuna habíala amasado curando la melancolía con un vieja receta por él solo conocida y que preparaba en su botica mezclando ajos con belladona y poniéndolo todo a macerar en vino tinto por espacio de tres -76- meses. Añadíale a este preparado, según decían, algunos pelos de una rata muerta de tristeza, unos granos de ajonjolí y cuatro gotas de sangre de un agarrotado. A éstas y a otras habladurías de los simples hacía oídos sordos el boticario, que tan sólo se preocupaba por seguir amasando su fortuna, gozar de no pocos placeres, vivir un digno

pasar y no caer jamás de los jamases en las garras del Santo Oficio. Obligábale el miedo a no pocos sacrificios. Estaba siempre dispuesto a hacer arco al santo de Nursia, como lo recordaba la copla de Gaspar Lucas Hidalgo, y uno de los sacrificios -y no menguado- al que habíanle llevado sus temores consistía en haber aceptado representar el papel de Juan Lanas en las fiestas de carnaval. Tal decisión habíale costado casi un cuarto de sus arcas y tan grandes sudores derramados bajo las lanas que engrosaban su barriga de Ño Carnavalón que, mientras permanecía quedo y sin chistar sentado en su carreta, creía encontrarse en manos de mil demonios que lo torturaban a la vista y paciencia de todos los presentes. Representaba su papel lo mejor que podía, pero ahora, mientras sus súbditos comían y se emborrachaban, él contaba con impaciencia las horas que faltaban para que el lunes lardero llegara a su fin, amaneciera el martes con su juicio, ejecución y enterramiento y terminara el antruejo, dando paso a la cuaresma. Los minutos pasaban lentamente, y las horas parecíanle días. Temía que jamás acabaran el ruido, las borracheras, las bascas, cuescos y sudores, los eructos y el tufo de los borrachos, los tacos y blasfemias, los gritos de la chiquillería y los manoseos de cuantos, rellenos de chicha y cebollas, sentíanse con arrestos para encaramarse a su carreta sorteando la vigilancia de los caballeros de su guardia, tocarle las ropas y meterle en sus faltriqueras un billete escrito con su nombre y el don que esperaban alcanzar aquel año de la inmensa generosidad del monarca bufo. Sentía las manos de todos buscando entre sus rellenos de lana y estopa, y constituía éste un cosquilleo horrible que, con el correr de las horas, habíase convertido en una tortura. Todo lo daba, no obstante, por bien empleado, si con ello compraba la paz de su vejez. Hernán Vivanco era un hombre tranquilo que aspiraba a la felicidad. El costo para alcanzarla consistía en representar una vez en su vida el triste papel de rey de burlas del carnaval arequipeño. Soñaba ahora con el miércoles de ceniza, cuando, olvidado el frenesí de las carnestolendas, el sacerdote le recordara en la ceremonia de la iglesia que era polvo, que de él venía y que a él, irremediablemente, habría de retornar. Acercábanse tiempos de ayuno y de abstinencia, y, como nunca antes, Hernán Vivanco, el boticario de la plaza Mayor, habíase preparado a recibirlos.

-77-

La sobremesa se alargaba, y desde su carreta, abanicado por las doncellas enmascaradas que lo asistían, contemplaba la derrota del sol, que se inclinaba hacia el poniente. El sueño y la modorra habíanse apoderado de los participantes en la farsa. Muchas enmascaradas, echadas en el suelo, mostraban sin pudor sus entrepiernas abiertas, y no faltaban quienes, con el ardor de la canícula, el acicate de las especias, el vaho de la chicha y del vino y el deseo liberado por algunos días, arrimábanse arrechos a sus cuerpos con la clara intención de arremeter contra ellos. Juan Lanas veíalo todo desde su trono levantado sobre la carreta de bueyes, y a las molestias del sudor añadíanse ahora los deseos de la carne que, como rey de las carnestolendas, veíase obligado a reprimir. Miraba las escenas de hombres y de mujeres que, protegidos por sus máscaras y antifaces, rodaban abrazados entre ollas, tarteras vacías, huesos mondos, pedazos de ajo y de cebollas, cáscaras de papas y corontas de choclos, ensuciándose las ropas en la inmundicia. Anhelaba el boticario que los falsos frailes iniciaran,

de un momento a otro, la procesión de regreso a su casa. Necesitaba descansar.

Don Alonso López de Verona, que, con sus acompañantes, había bajado a la ribera del Chili para unirse a la ruidosa celebración de las carnestolendas, observó al boticario con una mal disimulada sonrisa de complacencia. Habíalo conocido algunos años antes, cuando, con el cargo de oidor, llegara por vez primera hasta las faldas del Misti desde las remotas riberas del Guadalquivir. En aquel tiempo, Hernán Vivanco, recién llegado de la Ciudad de los Reyes, no tenía aún en propiedad la botica que ahora poseía. Desarrollaba su oficio en un local arrendado a tal propósito por un canónigo de la catedral, su lejano pariente, en Merdaderes. La renta era módica y de favor, y el local, amplio; y recordaba don Alonso que, por ese tiempo, llegó a serle de no poca utilidad al boticario, cuando hubo éste de contratar los servicios de Pedro Giménez, maestro carpintero que, por trescientos veinte pesos corrientes (lo que el caballero había considerado un precio razonable), hízole todo el armazón de la botica con estantes y seis torres, como se usaban en Lima, con corridos para cajas pequeñas y cajas emplasteras, andamios de varias clases para frascos grandes y pequeños, de a palmo cada uno, y todo guarnecido de tabla a la redonda, que, cuando el mueble estuvo acabado, parecioles a todos la obra muy de su gusto, y Hernán Vivanco quedó encantado. Fue la magnífica obra de un gran artesano, que Pedro Giménez, encerrado en Arequipa, valía para ebanista de sus majestades.

Bajo el caluroso disfraz de Juan Lanas Vivanco parecíale al caballero de Verona una persona completamente diferente a quien había tratado tanto -78- diez años antes, cuando, en apoyo de las observaciones del doctor Espinosa y haciendo gala de sus vastos conocimientos en las materias médica, matemática y farmacológica, demostró que Madre Sacramento había sido envenenada. En aquellos felices días del duque de la Palata, su amigo Hernán Vivanco era todavía un joven gallardo y enamorado que gustaba del buen vino, del juego, de las damas, de gastar terciopelos en sus jubones, laderar su chambergo con aires de desafío y de embozarse en las noches a la salida de las tabernas, por si algún valentón osaba atravesarse en su camino. Excelente en los cálculos, había sido también discípulo aventajado en la academia sanmarquina del famoso doctor Coninck, jesuita flamenco que escribiera un eruditísimo tratado sobre la decuplicación del cubo y confeccionara en Lima los planos de la muralla que ya rodeaba, en parte, el perímetro de la ciudad. Risueño y juguetón, había sido aficionado en su juventud al baile de la zarabanda más que a otro alguno, y, aunque a los ojos de la sociedad arequipeña pasaba por ser un hombre grave y sentencioso, el boticario seguía gustando más de las fiestas de las tabernas y de los lances de toros y de cañas que de las tertulias de las beatas y de los rosarios de la catedral a las horas de las vísperas. Con Íñigo Ortiz de Cellorigo y el doctor Espinosa habían pasado ambos muy grandes aventuras y terminado al fin por fundar en los altos de la casa del señor corregidor de Collaguas una academia secreta que, con el símbolo secreto de Nicéforos, imponía a sus miembros no pocas obligaciones. Reuníanse todos los martes y jueves a la misma hora, renovábase en cada sesión una especie de juramento, discutíanse ordenadamente las últimas noticias y lecturas, maldecíase a la clerigalla, cenábase en abundancia y,

cuando la noche, cerrada sobre la ciudad, obligaba a sus habitantes a recogerse bajo las sábanas, retirábanse a sus casas, no sin antes renovar el juramento del inicio. Sólo en una ocasión un personaje ajeno al círculo académico de Nicéforos estuvo en una de sus sesiones. Don Alonso recordaba que éste había sido un tal Ferrán Carrasco, un andaluz que vivía enterrado en las selvas del Madre de Dios.

Desde la carreta en la que se sentaba, Hernán Vivanco observaba la multitud y seguía esperando que la procesión de la tarde se iniciara. Sudaba a chorros el boticario limeño y sentía el estómago flaco, la garganta atravesada por el fuego de la sed, el corazón palpitante, la espalda y los flancos con mil sudores y la cabeza dándole vueltas. Casi no podía ni pensar. En su torno, todo era alegría, juego, fuego, amor, fuerza, vida y entusiasmo. Él mismo, en años anteriores, habíase atrevido a galantear a las enmascaradas sin preguntarles sus nombres y, en no pocas ocasiones, había terminado, al anochecer, protegido por las sombras, en carnal ayuntamiento con alguna de ellas junto al camino -79- que, en la orilla opuesta del río Chili, lame los muros de la Recoleta Franciscana. Observaba el sol detenido en su derrota torrando chacras y sementeras, desnudando ante sus ojos la felicidad ajena, devolviéndole un impulso de vida que en él pugnaba por salir y que añadía tormento a su tormento. Imaginaba ahora que había perdido demasiadas horas encerrado en su rebotica, preparando emplastos y bebedizos, estudiando las propiedades de las plantas y las virtudes salutíferas de tierras, aguas, plantas y minerales, descifrando latines, anotando fórmulas y recetas y recordando a veces a los viejos amigos que se fueron de la ciudad y que, después de la muerte de Madre Sacramento, dejáronlo solo a merced de chismes, furias y habladurías de comadres y en peligro siempre de ser sospechoso a los ojos de los familiares de la inquisición. Jamás volvió a tener noticias de ellos. De Íñigo nada había vuelto a saber. Del doctor Espinosa habíanle dicho que se ocultaba en las misteriosas ruinas de una huaca en las estribaciones de la sierra cercana a Lima, aunque otra versión dábalo por náufrago en una trágica derrota a Filipinas. Del caballero de Verona sabía, en fin, que, habiendo cumplido con éxito sus funciones de oidor, había sido llamado a la corte, donde vivía y gozaba de gran predicamento. Ferrán Carrasco, el andaluz enterrado en las selvas del Madre de Dios, habíale asegurado que vivía en Madrid con mucho lucimiento, habiendo antes cumplido a satisfacción de todos algunas delicadas misiones en las cortes de Francia y Suecia.

Don Alonso López de Verona se aproximó a la carreta. Hacíase acompañar de tres hermosas damiselas enmascaradas y de dos caballeros con los rostros cubiertos por antifaces. Esperaba que, pese a la máscara y los años pasados, su amigo lo reconociera. Púsose ante sus ojos.

-¡Salve, majestad! -saludó al rey de burlas, haciendo una caravana exagerada y con muchas vueltas de chambergo y plumas-. La inteligencia se inclina ante su grandeza, oh divino patrón de los ingenios.

-¡Salve! -corearon, riendo, sus acompañantes.

Una de las enmascaradas acercose a don Alonso, enlazolo al bracete y quiso forzarlo, con un gesto, a seguir el paseo por la explanada. El caballero la contuvo.

-¡Salve! -repitió, retirando con suavidad a su indiscreta acompañante-.

Desde los mares más profundos a las estrellas más lejanas hanse, señor nuestro, escuchado las voces de quienes de su divinidad se reconocen adoradores. Séanos propicia su divina majestad en estos tristes días en los que la inteligencia es olvidada y los ingenios se refugian en la oscuridad de sus humildes moradas, perseguidos por la soberbia de los ignorantes.

-80-

-¡Salve! -volvieron a corear sus acompañantes.

-Su majestad es, señor, nuestro maestro. ¡Salve, luminoso caudillo!

-¡Salve! -uniéronse al coro nuevas voces.

Hernán Vivanco miraba de hito en hito. Eran numerosos los que ante su presencia se inclinaban y quienes, por rendirle pleitesía, junto a su carreta se arrodillaban. El caballero de Verona, dibujando bajo su bigote una sonrisa satisfecha, continuó su perorata.

-Tú, señor, que desprecias a quienes por ignorancia renuncian a los placeres de este mundo, haz que seamos dignos de los gozos que nos tienes prometidos.

-Amén -gritaban los entusiastas adoradores de Juan Lanas.

Los falsos frailes habíanse puesto delante de la carreta para iniciar la procesión, y los encargados de hacerlo aguijonearon a los bueyes. Hernán Vivanco dirigió una mirada de inteligencia al caballero de Verona. Cuando éste terminó finalmente su oración, repitiéronse las letanías de la mañana. La multitud subía hacia Arequipa por las calles que se empinaban hacia la plaza Mayor. Frente a la catedral, una comparsa de indios de los ayllus cercanos inició una danza frenética, acompañada de flautas, tamboriles y zampoñas. El sonido era impresionante. La procesión se había detenido, y el boticario disfrutaba de sus recuerdos. Don Alonso asomábase a sus ojos para confirmarle, enmascarado y sonriente, que el reencuentro no era un sueño. Más que nunca anhelaba el boticario que concluyera la fiesta, que llegara el martes, lo juzgaran y quemaran en efigie y que, por último, liberado de la farsa de la vida y enterrado con las solemnidades reservadas a su majestad, pudiera él, al amparo de su rebotica, entre tarros, alambiques y retortas, rememorar con su amigo aquellos días en los que aún esperaban que el futuro se presentara propicio para el cumplimiento de sus sueños.

Al anochecer, la multitud se dispersó entre pulperías y tabernas. La carreta tirada por bueyes guardose en un galpón que el cabildo reservaba al efecto frente al convento de San Francisco, y Hernán Vivanco, acompañado de sus bellas enmascaradas, fue recluido en su casa, guardado por las armas de los caballeros de su escolta. Al día siguiente, postrera jornada del antruejo, Juan Lanas tenía la sagrada obligación de encontrarse tan fresco como una lechuga. Nadie debía molestarlo, y estaba previsto que durmiera a pierna suelta y que comiera y bebiera hasta reponer las fuerzas perdidas en sudores, picazones y malestares. Durmió aquella noche Hernán Vivanco como un bendito y no sintió -81- el ruido infernal de las zampoñas, los acordes de las vihuelas, los melismas de los cantores, los gritos y blasfemias de los borrachos, los jadeos de los enamorados, el roce de rasos y de badanas sobre el empedrado de las calles o el embaldosado de las casas, el rechinar metálico de los catres, el relincho de los caballos, el rebuzno de los asnos, el canto de los gallos

y ni aun su propia respiración. A la mañana siguiente, cuando uno de los caballeros a su servicio se asomó a su pieza por ver si había despertado, el boticario dormía como un santo. Tímidos rayos de sol, penetrando por uno de los lunetos de la estancia abovedada, entibiaban el ambiente. El caballero arrimose a la cabecera, inclinose sobre la almohada y zarandeó al dormido tomándolo por los hombros. Al verlo Hernán Vivanco armado hasta los dientes y con la visera echada sobre los ojos, hubo de hacer un gran esfuerzo para no gritar. La librea del lacayo había sido sustituida por la armadura del guerrero, y el boticario imaginó, por unos segundos, que había caído, por fin, en manos de sus enemigos.

Pasado el susto, se levantó con el gesto del gato que prolonga, perezoso, su ronroneo junto a la estufa. Se acercó lentamente a la jofaina, hundió sus manos en ella después de remangarse, se echó un poco de agua sobre los ojos, lavó sus manos restregándolas con una esponja y, ayudado en este menester por las doncellas enmascaradas a su servicio, fue envolviéndose en tiras de lana, algodones y estopa hasta formar la voluminosa figura de Juan Lanas. Luego, las mismas doncellas pintáronle el rostro con albayalde y añadiéronle colorete a las mejillas y labios, sombras de cisco a los párpados y pestañas, a su cabeza una corona tejida con yuyos y flores de estación y a sus dedos anillos de lata, añadidos todos con los que el boticario quedó transfigurado en el rey de burlas que ese mismo día habría de ser vejado por sus súbditos y sometido a la justicia de su pueblo. Así vestido, fue puesto sobre la carreta, junto a la que ya se hallaban los carreteros, los frailes, los caballeros de su escolta y varias de las comparsas, cuadrillas y cofradías.

Al llegar a la plaza Mayor, vio Hernán Vivanco, adosada a una de las paredes de la catedral, la tarima en la que habría de llevarse a cabo su juicio. Correspondíale ese año al gremio de verduleros cumplir con los oficios de jueces, abogados, testigos y acusadores, y temía el boticario que, llevados por esa innata tendencia de los simples a tomar por verdadero cuanto imaginan, se propasaran sus acusadores y lo golpearan con algo más que una hoja de berza, una panca de choclo o un trozo de camote, como ocurrió en la época del virrey conde de Castellar, cuando Juan Lanas, usado de pandorga por jueces, testigos y acusadores, terminó con los huesos fuera de lugar y con el ojo derecho completamente vaciado. Era éste el trance más difícil por el que habría de pasar.

-82-

En el tabladillo encontrábanse los sillones de los magistrados esperando, generosos, sus posaderas. Hernán Vivanco descubrió entre el público a quienes, armados de berzas, expondrían sus quejas ante los jueces. Muchos de ellos eran indios de la puna que se quejaban de haber sufrido aquel año una terrible sequía, pues hasta el nivel de las aguas del Titicaca había descendido en siete palmos. Venían a pie desde Chucuito y, colgadas de sus hombros, traían coloridas bolsas de lana de las que, de vez en cuando, sacaban un pedacito de charqui y lo masticaban. Otros eran chacareros de la zona, mestizos y blancos pobres protegidos del sol con amplísimos sombreros, que se quejaban de lo mismo. Y no faltaban los negros bozales que, con su berza en la mano, esperaban llenar de acusaciones y de improperios al monarca de las carnestolendas.

Jueces, escribanos y abogados ocuparon sus puestos. Con sus enormes

plumas, los escribanos levantarían un acta de cuanto en tan solemne sesión se dijera. Cargaba cada uno su recado de escribir, y todos llevaban sus cuellos de lechuguilla a la manera antigua, con jubones y calzas de paño del color de sus conciencias. Por burla, cargaban bajo el sobaco algunos libros y, sentados en sus cátedras, abríanlos, hojeábanlos, hacían muecas y visajes, se rascaban el colodrillo para indicar las dificultades del texto latino, ponían sus ojos en blanco y hacían otras mil morisquetas por burlarse de los letrados. El público reía a caquinos, y algunos repetían los gestos más graciosos, multiplicando los efectos risibles de la pantomima. Entre gritos y carcajadas, Juan Lanas fue bajado de su carreta por dos arcabuceros y acompañado por ellos hasta el escaño en el que se sentó como acusado.

El primer acusador, un negro bozal de las haciendas de la costa, diole con tal fuerza al acusado por cegar sus acequias y provocar la muerte de sus diez olivos que las hojas de la berza saltaron en mil pedazos como luminarias de fuegos de artificio y la corona de Juan Lanas se perdió a la vista de los espectadores sin que nadie diera en saber en qué rincón habíase escondido. El segundo, huertano de Majes y antiguo cliente de su botica, midió sus fuerzas y suavizó su gesto, ganándose por ello una prolongada rechifla de la plebe. El tercero fue otro chacarero blanco; el cuarto, un indio de Chucuito; el quinto, un cuarterón de Yanahuara... Así fueron sucediéndose, una tras otra, hasta treinta y dos acusaciones: diez por sequía, cuatro por mal de ojo, siete por inundaciones, dos por susto, seis por malas cosechas, una por atoro de acequia y dos por temblores con caída de paredes y descalabro de vecinos. En cada acusación recibió el boticario un golpe de berza e, impedido de responder según las reglas del juicio, su abogado defensor recibía una jícara de la misma medicina al intentar rebatir los cargos.

-83-

Duró la farsa hasta el toque de ñublo. Condenaron los jueces a muerte al mascarón, y éste pudo, por fin, abandonar el infamante estrado y llegarse a la picota levantada a un costado de la plaza, donde un muñeco de trapo de su estatura y dimensiones esperaba sus ropajes de monarca destronado. Desprendiose de ellos mientras escuchaba la rechifla del populacho y en poco tiempo quedó libre Vivanco de las lanas, algodones y estopas que lo torturaban. Pusiéronle sus ropas al muñeco, y el boticario, libre ya de compromisos, se dirigió contento hacia su casa. La muchedumbre marchaba hacia la ermita de San Antonio por el camino de las monjas de Santa Teresa, donde una pira ya preparada acabaría ese año con el rey de burlas del carnaval. Más tarde, ya entrada la noche, sus cenizas serían recogidas y enterradas entre llantos de plañideras y canciones tristes de los indios de los ayllus.

En su casa le esperaba don Alonso. Con un sorbete en la mano, echado en una hamaca bajo los arcos del patio, el caballero de Verona meditaba. Al ver a su amigo, se puso de pie, y los dos se abrazaron.

-¿Cuándo llegaste? -preguntó, tras una larga pausa, el boticario.

-Hace pocos días. Quería darte una sorpresa.

-¿Dónde te alojas?

-Arrendé desde Lima una casa en la plaza. Al llegar, tenía todo el servicio que precisaba.

Al fondo, escuchábanse los gritos del populacho.
-¿Te hicieron daño? -preguntó el caballero de Verona.
-Menos de lo que temía.
-Siempre son más generosos que los frailes de Santo Oficio.
-Eso creo. Pero, cuéntame. ¿A qué viniste?
-A quedarme.
-¿A quedarte?
-Sí. Me cansé de la corte, de las academias de Madrid, que languidecen, y de los caballeritos afeminados, que abundan. He venido en busca de la juventud que perdimos juntos en estas tierras.
-Pues aquí difícilmente podrás encontrarla. Todo parece morir en una calma chicha que es aún peor que la ira sagrada de la clerigalla. Aquí no pasa nada. Eso es lo malo.
-84-
-En Madrid pasa todo. Eso es peor. La corte está llena de truhanes y de estrelleros. El fin de tiempos se acerca, amigo mío.
-Antes nos hemos de morir en Arequipa de aburrimiento. Esta ciudad se ha convertido en un convento. Sólo los carnavales la sacan de la modorra tres días al año.
-No hiciste mal tu papel.
-Cumplí como pude.
Sentáronse a la mesa que un criado había ya dispuesto. Sopa, manjar blanco y ensalada de berros. En los postres, uvas de Vítor y letuario con su aguardiente.
-¿Supiste algo de Íñigo?
-Nada.
-¿Y de Espinosa?
-No sé dónde está, si en Lima, o perdido en alguna de las islas del Pacífico hecho un Bartolomé Lorenzo.
-Viniendo hacia Arequipa, un amigo me aseguraba que vive en Lima. Está de hermano lego en el convento de Santo Domingo.
Hernán Vivanco dejó la cuchara sobre el plato y se quedó mirando a su amigo, a la espera de que éste continuara con su relato.
-Tú sabías, como él, que Madre Sacramento había sido envenenada.
-Sí, lo acompañé para observar el cadáver. Aún se apreciaban las manchas en las uñas. Lo recuerdo bien. Esas señales fueron las que llevaron a Espinosa...
-Al parecer, Espinosa sabía -le interrumpió el caballero de Verona- que Madre Sacramento había sido envenenada. Era muy perspicaz nuestro amigo. Violante había despertado demasiados odios en el convento.
-No sé. Todo fue muy misterioso. La desaparición de Íñigo...
-Íñigo se fue al descubrir que su hermana había sido víctima de una conspiración.
-¿Y por qué no tomó la justicia en sus manos?
-¿Cómo podría hacerlo en un convento de monjas?
-85-
-No sé... Yo creo que había algo más que rivalidades entre las monjas.
-Pues, si lo hubo, amigo Hernán, jamás podremos descubrirlo.
El día languideció, y la conversación se prolongó hasta que, a la caída de la noche, escucháronse los cantos tristes de los indios en el entierro de

Juan Lanas. El boticario propuso entonces a su amigo asistir a la ceremonia. Al atravesar la plaza de San Francisco, una de las ventanas del convento todavía estaba iluminada.

-Es la celda de fray Domingo de Silos. Sigue en Arequipa.

-Creo -dijo en tono sentencioso don Alonso- que ése es el único que conoce toda la verdad sobre la muerte de Madre Sacramento.

-Probablemente -concedió su amigo-, pero, si la sabe, jamás nos la dirá. Vamos a asistir a mi propio entierro.

Los dos amigos enfilaron, presurosos, por las callejuelas que, saliendo de la ciudad, conducían a la ermita. En la noche brillaban los luceros, y, a no ser por los gritos de la plebe, los tristes cantos de los indios y el incendio de antorchas que se veía a lo lejos, ésta podría haber sido la noche más tranquila y luminosa que hombre alguno pudiera conocer y disfrutar. Era la noche del entierro de Juan Lanas y señalaba el fin del tiempo de la alegría. A don Alonso López de Verona le pareció, mientras seguía caminando a buen paso, que esa noche flotaba en el aire un aroma de bondad y de pureza que sólo podía ser fruto de su imaginación. Ésta teníala puesta en el rostro inocente y apasionado de una niña que él conoció como Violante y que, más tarde, muriera como Madre Sacramento.

-86-

Capítulo VI
Nicéforos

Putaparió no había terminado de poner su pie derecho sobre la línea divisoria que, al traspasarla, aseguraría en la noche su descanso cuando, como recordaba don Alonso, una ráfaga de viento congelado le arrebató el embozo, le perforó el jubón, le abrió un ojal de casi una cuarta entre los costillares y, dejándolo sin aire, dio con su cuerpo en el frío suelo de tierra del portal y con su alma en los infiernos. El cuerpo magro y contrahecho de Putaparió, modesto gañán camerano en sus años mozos y sufrido en la corte como padre de mancebía, habíase quedado tendido y tieso cuan largo era, que no ocupaba demasiado, pese a lo estrecho de la habitación. Cuando don Alonso lo vio aquella noche poco después de que el acero lo ensartara con entrada y salida de un solo orificio, tenía en su boca dibujada una sonrisa de inocencia, y pensó el diplomático que los rufianes de la plaza de la Cebada bien podían tener asegurada la gloria, pues éste, al volar su alma hacia lo desconocido para enfrentar el juicio riguroso de la divinidad, al susto en la cara había preferido oponer una sonrisa de satisfacción. A la mortecina luz del candil, apreciábase un pequeño charco de sangre en el que se empapaba la segoviana de paño con la que Putaparió había logrado defenderse de los fríos de los últimos diez inviernos y en la que solía embozarse a la salida de la mancebía para no dar ocasión de pecar contra el quinto mandamiento a cuantos, en su opinión, lo hubiesen preferido de lacayo de Satanás. Por la estrecha

escalera descendían apresuradas las voces de las vecinas llamando a la justicia, que, aunque Putaparió murió en silencio y sin tiempo para quejarse, flotaba en el aire húmedo de aquella noche un olor a moho, a herrumbre, a caca de gato y a sangraza espesa que no dejaba ocasión para las dudas. Una pituitaria acostumbrada a la sangre de cristiano viejo (y don Alonso tenía la seguridad de que las largas narices de las tarascas lo estarían) podía distinguir entre tantos olores desagradables los más acentuados aromas de la cebolla frita, los secos efluvios de los ajos colgando de los techos grasientos de las cocinas y los espesos vapores de la carne sin vida, en fin, que se pegan a las paredes como los manchones del aceite con el que cocinan los marranos de Sevilla las noches fatídicas de todos los viernes. El caballero midió la distancia de las voces y, de un soplo, apagó el candilejo que colgaba de un clavo del portal, se embozó y salió a la calle.

Llovía aquella noche de invierno, y una carreta batía los barros de la calle en dirección al Prado. El carretero llevaba echada sobre los hombros una capa de paja de las que los aldeanos del norte usan para protegerse de la lluvia. -87- Las mulas tiraban con lentitud de la carreta, y a don Alonso le brindaron la ocasión de cruzar delante de ellas, pasar al otro lado de la calle, emparejarse con el vehículo y burlar de este modo la persecución de las viejas, que habían acabado de bajar las escaleras y estaban ahora a la puerta de la casa diciéndole vela verde al desconocido matador. El carretero, tan adormilado que no había visto al caballero cruzar por delante de sus ojos, se despabiló, entendió por el tono el mensaje de las tarascas, frenó las mulas, detuvo el carro y, ya completamente avispado, echó pie a tierra y corrió hacia el portal por enterarse de las noticias. Don Alonso aprovechó la ocasión para escurrir el bulto por una calleja que llevaba hacia la carrera de San Jerónimo. Caminó despacio y pensó que, en ese trance, lo mejor sería volverse a Indias en espera de que todos se olvidaran de que alguna vez tuvo que ver con una jovencita asturiana, rubia, ardiente y modosita, que Putaparió metió a la mancebía por satisfacer los apetitos carnales de un teólogo de Salamanca. La justicia no creería una historia semejante.

«Dichoso rufián», pensó, sin saber por qué, recordando a Cervantes. En el último momento Putaparió habíale parecido un hombre digno, casi un caballero, una persona con el suficiente buen gusto para morir en silencio y sin quejarse. «Un muerto que dibuja una sonrisa», escribió mentalmente en el cielo preñado de oscuridades que cerraba la noche madrileña, «un valiente». «Merecería un epitafio», siguió escribiendo con un dedo grande imaginario, un dedo como el de Dios infundiéndole vida a Adán en el sexto día de la creación. Recordó una frase de León Hebreo: «Lo deleitable no es amado después que se alcanza, porque todas las cosas que deleitan nuestros sentidos materiales, de su naturaleza, cuando son poseídas, son más aína aborrecidas que amadas» ¡Y qué bien que se aplicaría esta cita a su situación, si pudiera volverla por pasiva! La sonrisa del rufián tirado sobre un charco de sangre cubría ahora la superficie del cielo oscurecido por las nubes cargadas de aguanieve. Habíalo odiado con todas sus fuerzas por lo que imaginara el peor delito cometido contra la belleza, mas aquella belleza rubia de la asturiana, espiritual e ingrávida en un tiempo, cuando la veía caminar hacia la fuente desde su balcón, con un

cántaro equilibrado en su cabeza, esfumábase ahora para dejar paso a ese otro rostro barbado y vulgar que, no obstante, había osado dibujar una sonrisa al momento mismo en el que le alcanzaba la muerte. Al odio material e impuro que había hundido la daga en el costado de Putaparió habíalo sustituido una ráfaga de admiración, tan imprevista y rápida como el ventarrón helado que penetrara por los costillares del padre de la mancebía en la que ahora acabaría de pupila la belleza asturiana. Y a esta admiración habíale sucedido, como en un sueño, un cierto amor que calentaba su pecho y entibiaba su conciencia, por lo que -88- don Alonso pensó que, así como el filósofo enseña que, una vez alcanzado el placer material que el objeto deleitable nos brinda, pasamos a aborrecer a quien fuera causa de nuestro desvelo, así, una vez satisfecho el apetito de nuestro odio, damos en imaginar que aquel sobre el que descargáramos nuestra venganza era digno de ser tenido en cuenta, pues en su pecho podía guardar algún secreto que desconocemos y que sólo nos entrega cuando, dibujando una sonrisa, muere en silencio y sin sorpresa.

«¡Qué extraños somos!», pensó el caballero al llegar a su casa. Golpeó la aldaba, y un criado de librea apresuró sus pasos hacia la puerta.

-Buenas noches, señor.

-Buenas noches, Pedro -saludó, sin mirarlo, el caballero de Verona.

Subió lentamente las escaleras de piedra, espaciosas y desgastadas por el uso. Cada tres pasos, como si meditara, detenía su marcha y se apoyaba en la baranda. En el rellano, una alcarraza grande se interpuso entre su pie derecho y el siguiente escalón. Casi vacía, bailó durante algunos segundos, pero volvió a fijar su fondo en el suelo de la escalera, y el caballero, que sentía que el pecho le quemaba y que la cabeza le daba vueltas, tuvo un gran alivio al ver que la sombra que la vasija dibujaba sobre la pared a la luz de las velas detenía su danza.

-Señor... -se atrevió a decir Pedro, temiendo algún percance.

-Anda, vete a dormir -respondió don Alonso con desgano.

Llegó a la planta alta y, por el corredor que conducía a su pieza, el caballero siguió pensando en Putaparió, en lo confiado que se le veía caminando por el Prado sin recelar de las sombras de la noche, embozado en la pañosa para protegerse de la lluvia. Saltaba los charcos como si los conociera de memoria. No necesitaba mirar el suelo, y ahora pensaba don Alonso que el rufián camerano tal vez había hecho de su profesión un arte y que, si bien podía temer la venganza de sus enemigos, no por ello, ciertamente, dejaría de ejercitar su oficio con una cierta virtud. Tal vez la naturaleza sea inmutable, ese oikonómos agathós del que nos habla Aristóteles, y su ingenuidad de gañán camerano acostumbrado a las hambres y al frío de las sierras permaneciera intacta en medio de ese lodo que crece en las cortes con la perversión de las costumbres y que se extiende por las calles, inunda los portales de las casas humildes de vecindad, se adhiere al cáñamo de las alpargatas de aguadores y de pícaros, penetra en salones y sacristías y mancha e impregna de miasmas los jubones de terciopelo, los vestidos de raso y de damasco, las ropillas de las damas, las -89- bragas de las monjas y los zapatos y chapines de todos, como cuando en el campo, en medio de un paisaje incomparable, pisamos sin darnos cuenta una bosta de vaca camuflada entre la hierba. Su error había consistido en no considerar la posibilidad de esta naturaleza inmutable y

en no haber sabido distinguir a tiempo entre accidente y sustancia, en no haber recordado, en fin, aquella hermosa frase de Erasmo que él había citado tantas veces en la academia de Arequipa ante sus amigos y que, si no recordaba mal, rezaba así: «Quemadmodum canis nascitur ad venatum, avis ad volatum, ita homo nascitur ad philosophiam et honestas acciones». La vida de Putaparió desmentía esta verdad tan sólo en apariencia. Cierto es que él jamás había practicado el honesto ejercicio del pensamiento y que sus acciones deshonestas habíanlo conducido hasta la muerte esa misma noche en el portal escondido de una oscura casa de vecindad llena de viejas tarascas, fregonas, putas de mancebía, ladrones, caperos y rufianes, pero éste era su accidente, su circunstancia, y en nada cambiaba aquella sustancia de hombre de bien que había quedado claramente dibujada en la sonrisa del moribundo. Cierto es también que sus acciones eran deshonestas, que en la mancebía en la que había logrado colocarse para administrarla, tras pasar varios años de aguador y pícaro de matadero, explotaba sin escrúpulos de conciencia a unos y a otras y que, de este modo, había logrado amasar una fortuna de regular tamaño que (lo había escuchado de sus vecinas las tardes en las que, disfrazado, pasó pelando la pava en el portal por mejor conocer los hábitos del camerano) tenía guardada en algún rincón secreto del cuarto miserable que ocupaba en la casa. Pero ¿acaso no era todo esto desmentido por su sonrisa? ¿No se ocultaba bajo la apariencia del rufián avaro el hombre que había nacido inclinado a la filosofía y las honestas acciones y que, en otras circunstancias, mudando cuna, posición y fortuna, pudo haber, como cualquier otro, cumplido con un sino mucho más alto? ¿No fuimos creados todos a imagen y semejanza de ese Dios bondadoso que, no embargante, nos pone en el mundo con diferentes talentos y, también a veces, con muros insalvables que nos separan del paraíso? En cierta ocasión había discutido este asunto con el doctor Espinosa en una de las sesiones de Nicéforos, mientras Íñigo, socarrón y algo somarda, se reía por los bajines. El tema propuesto había sido el de un vecino de Arequipa, Melanio, dado a la murmuración y a la maledicencia, y el doctor Espinosa, que, como buen médico, ateníase más al accidente que a la substancia y se interesaba de manera especial por cada caso que se presentaba bajo sus antiparras de buen observador, había terminado por corregir a Erasmo diciendo que «quemadmodum canis nascitur ad venatum, avis ad volatum, ita Melanius nascitur ad maledictum de proximiis suis, quia Adam et Eva in paradiso pecavere». Y, entonces, don Alonso, vencido por el -90- aparente buen sentido del miembro de número del protomedicato de Arequipa, del físico que se atiene a los hechos y que sobre ellos construye sus teorías, elabora sus fórmulas y prepara el remedio que deberá aplicarse en cada caso particular, se había callado, enmudecido delante de sus amigos y, como ahora, se había quedado solo con sus pensamientos, con la mirada puesta en la puerta de ancha hoja que, una vez abierta, le dejaría el paso libre hacia la pieza en la que dormiría aquella noche.

En ese momento, cuando todavía la imagen del doctor Espinosa seguía bailando delante de sus ojos con una sonrisa maliciosa completamente diferente de la que Putaparió dibujara en la hora de su muerte, se dio cuenta de que su criado Pedro aún seguía a sus espaldas, que lo había seguido a lo largo de toda la escalera, de la penosa ascensión que hiciera

al cielo privado de su cuarto tras el acto purificador del asesinato del rufián y que, acaso, el lacayo estuviese esperando pedirle alguna cosa, o atender cuidados nocturnos que él solía frecuentemente rechazar en las noches de invierno en las que llegaba tarde y en las que los pasillos helados y oscuros de la casa invitaban a ocultarse, arropado bajo las sábanas, hasta alcanzar la tibieza necesaria y lograr que el cuerpo, relajado, quedara inmóvil, presto a perderse en los misteriosos campos en los que el sueño y la muerte se enseñorean.

-Anda, Pedro, vete a dormir -volvió a ordenarle el caballero, mirando a su criado de reojo.

-El brasero está encendido -dijo éste a modo de disculpa-, y no hace diez minutos que puse el calentador en la cama. Voy a sacar el brasero.

El criado se adelantó para entrar en la pieza. Pedro había nacido en Argamasilla de Alba, y don Alonso recordaba que lo había elegido para su servicio por ser su pueblo el lugar en el que Cervantes, prisionero en su celda, imaginó, según se dice, la ejemplar historia del caballero más puro que jamás existiera. Habíalo acompañado en todos sus viajes, desde Arequipa hasta Estocolmo, de Upsala a Veracruz y de México a París, y esperaba, pues ésta era la ilusión del manchego, que su señor fuese nombrado para algún cargo en las islas Filipinas, que él soñaba con las noches tropicales en Manila, los ojos rasgados de las tagalas, las sedas chinas y los perfumes orientales hechos de almizcle y de jengibre. «Sólo me falta conocer los Japones», solía repetir ufano a sus parientes, amigos y conocidos de Argamasilla, si venían a Madrid a visitarlo. «En París, en la corte del rey Luis, oh là là, me enamoraba de todas, mas como mon amo, si galante, es discreto y piensa con los italianos que la opinione es regina de mondo, me veía yo forzado al disimulo y a subir las escaleras del -91- cielo con hartos apuros, pues la francesa tiene un coeur de citrouille fricassé dans la neige y son feu sólo se enciende con la candela del oro y los fríos reflejos lunares de l'argent. Así es, amigos míos», terminaba diciendo el buen Pedro, filósofo del amor mundano, doctorado en Versalles sous le dais, sur le trône, au sein des grandeurs, señor de lacayos en una corte de señores. «No creáis», añadía, «que no es poco lo que en esta corte tenemos que envidiar a la francesa, que en París hanse reunido todos los ingenios y bellezas y la nuestra rebosa hoy de parvenues y de patanes gallegos y vizcaínos». Al decir esto, solía el manchego añadir un gesto de asco, como si algo en el ambiente oliera mal, y sus amigos, parientes, camaradas y conocidos de Argamasilla buscaban entonces por todos los rincones de la cocina el foco de miasmas que tan profundamente alteraba las delicadísimas pituitarias de su antiguo vecino. «En Madrid hiede a mula. Toda la grandeza de España ha quedado reducida a este olor a estercolero», terminaba pontificando el criado malgré lui.

-Buenas noches, señor. Que descanse.

El criado había finalmente salido de la pieza. Don Alonso cerró tras él la puerta, se quitó la capa y la colgó de una percha. Se desabotonó con parsimonia la casaca, se la quitó, la abandonó sobre una silla, se desprendió de la camisa, de las medias calzas de lana y de los calzones ajustados y, ya desnudo, se embutió en un camisón largo de grueso género con el que terminó en la cama reconfortado por el calor que entre las sábanas había dejado el calentador que Pedro, prudente, habíale puesto

unos minutos antes de que llegara. El manchego habíase llevado también fuera de la habitación el brasero encendido, y don Alonso, arrebujado entre sábanas y edredones, estiró la mano, tomó la palmatoria que sobre su mesilla de noche descansaba, apagola de un soplo como había hecho con el candil del portal donde había matado a Putaparió, volvió a dejarla sobre la mesilla, cerró los ojos y pretendió, enmedio de un huracán de sensaciones y pensamientos contradictorios, ganar la paz que el sueño podía proporcionarle. Pero ni una ni otro llegaron puntuales aquella noche. Cerca de la silla en la que había colgado su casaca brillaban los arriaces de su espada, colgada (él lo sabía) de un tahalí de seda bordada en oro que madame Michel habíale regalado por su santo hacía ya tres años, cuando estaba desta cado en la embajada de España ante la corte de Versalles. Trató de recordar a madame Michel, pero el rostro de la francesa se evaporaba ante sus ojos, huía a la misma velocidad a la que, en París, corría hacia él y tanto que, en cierta ocasión, un amigo mutuo había dicho que la «pauvre femme voulait courir avec vous, mais elle est si abattue qu'a peine peut-elle parler». Así era, en efecto, madame Michel, enfermiza y débil, rubia y sin fuerzas, con una pasión -92- malsana que la agotaba y la arrojaba al lecho durante meses, un producto cortesano hecho de sedas y de brocados, de polvos de arroz, de perfumes de Oriente y de muebles taraceados de marfil, distinta por completo a Greta, la inmensa valquiria que conociera en Upsala, rolliza y caliente como un brasero, semejante a los chorizos de Cantimpalo cuando chorrean su grasa desde los palos en los que los cuelgan las campesinas al suelo brillante y limpio de las cocinas. Los gavilanes de su espada seguían brillando en la noche, y pensó que, tal vez, más justo y honrado hubiese sido acabar con el rufián de una estocada y no con una daga cuyo corte podría ser lamentablemente confundido con el que produce un cuchillo de carnicero, o uno de esos fierros aguzados a fuerza de paciencia que suelen esconder entre sus ropas los malandrines. Si así lo hubiese hecho, la justicia sabría ya que al rufián camerano habíalo matado un caballero, y las investigaciones de la causa orientaríanse en un sentido más preciso, con lo que el albur que podría correr tornaríase más arriesgado e interesante. El corte de daga llevaría, por el contrario, a que la justicia hiciera sus investigaciones por lugares alejados de su casa y de su ambiente, entre arrieros, rufianes, escaperos, bailarines, matasietes y pícaros de toda laya y variedad, de los que pululan por la corte como moscas alrededor de un tarro de miel: ciegos fingidos, cojos, vendedores de lotería, mendigos, buleros, milagreros, medallistas, alarifes, colchoneros, artesanos, romanceros y demás hombres todos de baja ralea cuyo oscuro mundo de taberna, tintorro y barajas mugrientas de sebo, pese a todo, le atraía. En ese juego de las barajas de cantina imaginábase don Alonso a Putaparió sacándoles los cuartos a frailes rijosos, colipoterras de albañal, moriscos manchegos, bujarrones de Cádiz, albarranes de cualquier parte, peruleros, indianos, mozos de mulas, secretarios vizcaínos y hasta hidalgos de bragueta llegados a la mancebía por mejor gozar de lo que en sus casas prodúceles tantos sinsabores y réditos mezclados. Ese era, sin duda, el ambiente del rufián camerano, y, aunque en Madrid él lo había frecuentado tan sólo durante los últimos meses, conocíalo bien por sus salidas nocturnas en el París del rey Luis, donde, cerca de Saint Denis,

existían algunos refugios de malmaridadas, rameras, rufianes, busconas y malandras en los que había apostado no pocos luises y perdido, más de una vez, la bolsa y la conciencia entre espumantes jarras de cerveza. Disfrazábase en esas ocasiones, y, cuando llovía, sus zapatos de hebilla, desgastados por el uso, llenábanse de agua y la humedad íbasele subiendo por las medias y los calzones hasta las ingles. Pensando en ello, don Alonso sintió un escalofrío.

De pronto se dio cuenta de que se había olvidado de la asturiana. Como el rostro de madame Michel, el de Bibiana esfumábase ahora ante sus ojos, y pensó que, tal vez, el gozo al que se refería León Hebreo, lo deleitable, no se -93- alcanza únicamente mediante el acto que embarga nuestros sentidos, sino a través de una tortuosa senda que nuestro instinto nos obliga a seguir y que conduce, fatalmente, a la muerte y al acabamiento del objeto que despertara nuestro apetito. Si así fuera, el último acto habíase cumplido aquella noche, y, ya vengado el honor de la asturiana, ésta, con todos sus encantos, sus senos redondos como cántaros, sus amplias caderas, su sonrisa de niña de la doctrina y sus trenzas rubias descolgándole sobre los hombros, desaparecía de su mente, se borraba, esfumándose para siempre. Al llegar al acto final de la comedia (pues ¿qué otra cosa podía ser todo este enredo si no una comedia inventada por un loco (él mismo, pensó, era el autor enloquecido y el protagonista) que, como todas las comedias, habría de tener, pues ya lo había tenido, su final?), el objeto de su deseo, sin embargo, no aparecía ante sus ojos aborrecible. Por el contrario, una sensación de placer íntimo, de recuerdo de una felicidad de fuego que aún podía calentar sus manos con sus rescoldos, como las castañas asadas en el invierno, permanecía en su mente y en su pecho. La asturiana, aunque imprecisa y vaga, estaba ahí, en un nivel diferente al que se encontraba en ese momento Putaparió, el rufián dichoso que había muerto con una sonrisa dibujada en sus labios, una sonrisa que escondía su boca sin dientes e iluminaba su rostro barbado y vulgar cruzado de cuchilladas. Ahí estaba, pues, la asturiana, el objeto deleitable de sus sentidos en otro tiempo, y al recordarla ahora, perdida en una imagen nebulosa que desdibujaba sus rasgos o que sumaba a ellos, en una suerte de síntesis infernal, los rasgos de todas las mujeres que había amado, desde María la arequipeña, a Greta la valquiria, Gertrudis, Inocenta, Teresa, Julia, Florence, Rose, madame Michel y las demás, no podía menos que sentir, al tiempo, placer y amargura, pues a este rostro, a este rostro de rostros fascinadores, superponíase una y otra vez la plácida sonrisa del rufián camerano, y don Alonso pensó (le pasó rápido por las mientes y, aunque quiso alejar este absurdo pensamiento, no pudo deshacerse de él) que, quizá, la verdadera felicidad, el único momento de felicidad suprema que puede alcanzar un hombre, no está en la satisfacción amorosa lograda en la cópula con la mujer, sino en otra forma de cópula: la que conduce a la muerte: la penetración de un cuerpo por un objeto brillante y aguzado, un objeto que, en ese momento, es proyección de nosotros mismos y que nos introduce al interior de ese cuerpo para poseerlo y robarle un soplo de vida del que nos apropiamos. Hecho esto, logrado el fin que el matador persigue, éste no puede dejar de amar a su víctima, pues su víctima ha penetrado en él, como él había penetrado segundos antes en su víctima con el acero. «¿Quién ha ganado en este

lance?», murmuró entre las sábanas el hidalgo. «El rufián, al que he librado de los tormentos y trabajos de esta vida, es, como lo dibujara en su sonrisa, dichoso en la otra, en tanto que yo no puedo conciliar el sueño, poseído, como estoy, por su -94- fantasma». Volvió a acordarse de sus amigos de Arequipa: de Íñigo, militar de honor, corregidor de Indias, hombre de espada y con talante de juez, prudente y sosegado, sin pasiones, o con la sola pasión de encontrar el sentido último de esta vida, pasión que lo había conducido a la fundación de Nicéforos, el doctor Espinosa, frío y calculador, generoso empero y enamorado de su trabajo, y, finalmente, Hernán Vivanco, inteligente y tímido, lleno de amor por los demás y tan inclinado a los placeres como a la búsqueda de una Arcadia sin perseguidores ni perseguidos, una nueva Atlántida de justicia sin víctimas ni matadores. «Vivanco», pensaba entre las sábanas el caballero de Verona, «está equivocado. En la Arcadia también habita la muerte: et in Arcadia ego». Recordó el cuadro de Poussin en el que ya la parca ha desaparecido y en el que sólo queda la leyenda, pero recordó también que, en un cuadro anterior (la imagen de este cuadro, como la de Bibiana y la de madame Michel, se le borraba una y otra vez y no podía asegurar nada sobre él, ni siquiera su existencia), Poussin, siguiendo la tradición romana del tema, había pintado una calavera, la misma calavera (o semejante) que Giulio Rospigliosi, antes de sentarse en la silla de san Pedro, imaginara hablando a los pastores de la Arcadia, recordándoles su presencia: Et in Arcadia ego: También en Arcadia estoy. «Así de simple: no existe la Arcadia imaginada por mi amigo Vivanco, esa tierra deseable de la que han desaparecido la inquisición, el miedo y la muerte. Es la condición humana. No hay otra. Putaparió ha cumplido su destino».

Se sintió mejor tras pensar en la inevitabilidad de la muerte y en el sinsentido de la vida. El no había sido el matador, sino la víctima. El verdadero matador había sido el rufián. No tenía ahora ninguna duda de ello. «¡Qué pensamientos extraños me han venido a la mente al convertirme en asesino!», dijo en voz baja, susurrando entre las sábanas, como si temiera que Pedro y los demás criados pudieran escucharlo. «Si estuviera ahora en la academia, ¿qué podrían responder los miembros de Nicéforos ante las afirmaciones que estoy en disposición de hacer? ¿Qué diría, por ejemplo, Íñigo, que es incapaz de ver en lo que él llama la escritura jeroglífica de la naturaleza la mano de Dios trazando los más difíciles y misteriosos caracteres? ¿No está Dios, acaso, agazapado en cada uno de nuestros actos, espiándonos, burlando nuestras intenciones? ¿No es esto precisamente lo que ha hecho esta misma noche, cuando yo, creyendo vengar el honor mancillado de Bibiana, me he convertido en asesino y he salvado a un rufián de los tormentos infernales de esta vida? ¿Podría discutirme esto el buen Íñigo, tan preocupado por dar sentido y honor a su existencia? ¿Y el doctor Espinosa? ¿Qué será de todos ellos? ¿Adónde habrán ido a parar después de la muerte de Madre Sacramento? ¿Volveré a encontrarlos?».

-95-

-Aquella noche -le contaba don Alonso al boticario el primer día de la cuaresma- decidí mi viaje. Echaba de menos nuestras reuniones en Nicéforos. Estaban en la sala de la casa que don Alonso había alquilado en la calle de la Merced, junto al edificio del cabildo que da a la plaza. El

buen boticario no entendía muy bien la historia de Putaparió que el caballero acababa de contarle y se rascaba el colodrillo como si, con este gesto, esperara que descendiera hasta él la luz de la verdad en forma de lengua de fuego desprendida del alto techo cubierto de un artesonado de preciosas maderas de la selva. «¡Güesque!», restalló como un latigazo la voz de un carretero que atravesaba la plaza. «¡Soooo!», se escuchó después de un prolongado silencio. La carreta se había detenido junto al portal de la casa de don Alonso.

-Deben de ser los baúles que dejé en el Callao -dijo el caballero sin levantarse-. Son algunas chucherías, ropas y libros. Poca cosa.

Por los altos ventanales de la sala se deslizaba una luz diáfana de verano que bañaba los muebles, los altos sillones de cuero repujado en los que los amigos descansaban, la mesa cubierta de botellas de vidrio de todos los colores y hasta unos tapices que cubrían la piedra desnuda de las paredes y que recreaban, al destacar la fuerza y la corporeidad de los sillares, un ambiente pesado de castillo antiguo, una atmósfera guerrera y sobria que desmentía la levedad que la piedra volcánica arequipeña cobraba en el exterior. «El punto de vista crea la realidad», pensó don Alonso y miró al boticario que permanecía en silencio. «Esta misma piedra, en el exterior, es grácil y femenina e impresiona, como los rostros de las mujeres más hermosas, por la forma en la que absorbe la luz y la retiene, la hace suya. Su levedad aparente se hermana con la levedad de las nubes algodonosas y blancas que cruzan a veces el cielo serrano, casi siempre abierto y azul. Se hermana con los rayos solares que, en las primeras horas de la mañana, hacen huir las nieblas que se amontonan en la noche. En el interior, en cambio, esta misma piedra nos sugiere guerra y tormentas, agonía y muerte. Adquiere el peso suficiente para destruir esa imagen primera tan femenina. Arequipa, como todas las Indias, como España en fin, es tierra de contrastes en la que los principios masculinos y femeninos se resuelven en complicadísimas síntesis, en jeroglíficos indescifrables, como diría Íñigo. De ahí la importancia del punto de vista. Debemos partir, en efecto, del principio de la verdad engañosa y del hecho innegable de que nuestros sentidos nos engañan. Esta piedra es como Putaparió, pero al revés. El exterior del rufián era sombrío y duro, la imagen de un malvado, mas su interior era luminoso, y sólo pude conocer ese interior cuando ya era demasiado tarde, cuando mi daga (¿qué habrá sido de aquella daga con empuñadura de plata labrada con la que -96- di muerte al que, de ahora en adelante, consideraré siempre mi mejor y más querido enemigo?) había arrancado ya su último aliento. La sonrisa de Putaparió es semejante a esta luz del sol que desnuda la piedra volcánica de Arequipa en sus calles y hace de la fábrica de sus iglesias y conventos máquinas leves que parecen estar siempre a punto de emprender el vuelo. Mas yo prefiero esta piedra en el interior y la quiero aún más cuando el sol, al declinar en su derrota, prolonga las sombras y las alarga y entonces la piedra absorbe la penumbra y se hace oscura y pesada, siniestra y turbia como el alma de un condenado, o como esas nubes negras que sobre la puna descargan con furia el peso del granizo. Tal vez maté a Putaparió porque, en el fondo, habiendo conocido la parte oscura de su alma, sospechaba que existía otra, esa parte luminosa que yo desprecio y que encuentro en ocasiones en algunos cuadros de pintores felices, como

Rubens, Blanchard o Larguillierre, y que siempre había creído falsa, la máscara que solemos ponernos ante los otros y que sólo los mejores, como Caravaggio, Velázquez o Remblandt van Ryn, son capaces de arrancarnos. Tal vez jamás creí, como no lo creía Íñigo, que el hombre haya nacido inclinado a la filosofía y a las acciones honestas, sino que éstas también son máscaras que utilizamos para engañar a los demás y apropiarnos de sus sentidos y sentimientos, para apropiarnos de su espíritu. Quienes realmente competimos con Dios somos nosotros, no Satanás (¡pobre diablo!), y el infierno está aquí, en París y en Arequipa, y también en la mancebía en la que Putaparió imponía el orden entre sus pupilas, aligeraba las bolsas de la clientela, castigaba a las díscolas, apuñalaba a los rebeldes y hacía, como se dice, de su capa un sayo. Pero también está en las cortes: en la de Londres, tan turbia hoy en día, en la del rey Luis, tan refinada, donde las cortesanas engañan a sus maridos, que, sabiéndolo, hácense los ignorantes por mejor alcanzar del rey y de sus ministros los favores que esperan. Y en la de Madrid, la de nuestro buen rey don Carlos que Dios guarde, empequeñecido en su impotencia y siempre rodeado de mujerucas y de validos. Y en Lima. Y en los conventos de Arequipa. Y en todas partes, en fin, que sólo he conocido hasta ahora dos personas que parecen desmentir esta regla general: Madre Sacramento y Putaparió».

Hernán Vivanco, ajeno a los sombríos pensamientos de su amigo, se levantó, fue hasta la mesa de las botellas, encontró una llena de clarete, tomó un vaso, lo llenó y, volviendo de nuevo al sillón de alto respaldo en el que había estado descansando frente a su amigo, se sentó.

-Podríamos -dijo- resucitar Nicéforos. Te olvidarás del rufián.

-No es mala idea -le respondió don Alonso-, pero no lo creo posible.

-¿La resurrección de la academia?

-97-

-No. El que me olvide de Putaparió. Creo que ahora somos una sola persona. Nos hemos unido para siempre. ¿Me entiendes? Algo así como la comunión mística, pero diferente. No sabría explicarte.

-Y, aunque me lo explicaras, no sé si lo entendería. En la materia lo entiendo. Al unir dos elementos, consigo otro nuevo y diferente a los dos que he unido. En la materia es claro, pero en el espíritu...

-Es, probablemente, algo semejante. Putaparió está en mí. Él penetró en mi alma con una sonrisa. Lo siento. Está. Existe. No tengo ninguna duda. ¿Cómo podría resolver este problema la resurrección de Nicéforos? Nuestra academia murió al mismo tiempo que Madre Sacramento. No es ésta una época de victoria, y nosotros no cargamos otra cosa que derrotas y frustraciones sobre nuestras débiles espaldas. Nuestro mundo se está acabando, como se está acabando en Madrid la dinastía de nuestros reyes. Una nueva era comienza. En esta época no conoce a Góngora sino el Lunarejo, y el pobre Quevedo es mal leído, pésimamente digerido y entendido y peor imitado por los escritorzuelos que siguen empeñándose en un conceptismo que no comprenden y que, naturalmente, no pueden dominar. Falta tan sólo un año para que acabe el siglo, y todos nosotros estamos ya muertos y enterrados. Tú crees que nuestra academia podría resucitar. ¿Para qué? El mundo en el que tenía sentido se fue para siempre, se evaporó como se evaporan las sales que tú pones en la retorta cuando haces los menjunjes con los que pretendes curar a los melancólicos.

-No son sales.

-¿Y qué más da? Son, y tú lo sabes, un engaño.

-¿Y qué otra cosa puedo hacer en esta tierra en la que los vivos parecen muertos y los muertos se levantan de vez en cuando de sus tumbas, se pasean por las calles y entran en los cuartos de las casuchas miserables exigiendo el tributo de la vida?

-Vivir y no pensar en academias. Nosotros también hemos muerto. Nicéforos existió, como existieron el emperador Carlos, don Antonio de Leiva, el Gran Capitán o don Juan de Austria. Y también como Garcilaso, Herrera, Lope, Quevedo, Gracián y Cervantes. Y como existieron san Juan, santa Teresa y, si me apuras, hasta la monja de Ágreda, Calderón y doña María de Zayas. Es el pasado. Recordémoslo. Guardemos la memoria de aquellos a quienes amamos, pero no tratemos de resucitarlos. Sería una torpeza. Íñigo podría venir a pedirnos cuentas.

-98-

-¿Tú crees que esté muerto?

-¿Y por qué no habría de estarlo? ¿Acaso no morimos todos? ¿Acaso no estamos también muertos nosotros? España entera está agonizando. En Madrid, España huele a cadáver. Tal vez por eso me vine a Arequipa. Aquí, bajo este cielo azul y diáfano, entre estas piedras blancas de tan increíble leve dad, puedo engañar a mis sentidos. ¿Acaso no haces tú lo mismo, ofreciéndote en el carnaval para cumplir con el papel de Juan Lanas? Todos estamos escapando de algo.

Volvieron a quedar en silencio, mirándose a los ojos. Ambos estaban cansados.

Pedro, de librea, cargaba un azafate con pastas y dos jícaras de chocolate. Dispuso todo sobre la mesa haciendo espacio entre las botellas y, discreto, se retiró como vino. Ambos se pusieron de pie cuando salió el criado. Tomó cada uno su jícara de chocolate y, sin sentarse, todavía de pie, empezaron a tomarlo. El hidalgo paseaba nervioso por el estrado. El boticario hundía, goloso, las pastas en la masa espesa del soconusco. Don Alonso se limitó a sorberlo despacio y sin ruido. Al terminar, dejó la jícara sobre la mesa y, mirando a su amigo, se volvió a su asiento.

-Cuando tengamos todos los muebles, estaremos más a gusto. En Arequipa podemos vivir con idénticas comodidades que en París. Los muertos estamos en la obligación de buscar las mejores sepulturas. ¿No te parece?

-Con este chocolate -respondió Hernán Vivanco- la muerte es un placer.

-Con este chocolate, amigo Vivanco -dijo, sentencioso, don Alonso-, acabamos de firmar la partida de defunción de Nicéforos.

El boticario volvió a su asiento. El sol de poniente abandonaba la estancia, y las sombras se alargaban por el enladrillado. Bajo los altos ventanales de la habitación volvió a penetrar la voz del carretero: «¡Bonita!». Y, más tarde, tras un prolongado silencio que puso marco al silencio de los dos amigos: «¡Güellaooo!». El traqueteo de la carreta se alejaba, y el aire quieto de la pieza comenzó a enfriarse. Sobre las torres de la catedral, Hernán Vivanco vio volar unas palomas y, entonces, observó que el cielo adquiría el color bermejo de la sangre. «Tal vez estemos equivocados», pensó. «La sangre también es el principio de la vida».

-99-

Capítulo VII
Espinosa de los Monteros

Él decía siempre que era éste su verdadero apellido y que, de gustar de los nombres largos y aparatosos llenos de preposiciones de genitivo, usaríalo junto al de uno de sus abuelos, al que le daban derecho las leyes del parentesco y que se empinaba por encima de los que gastaban los porquerizos llegados de las Hurdes con pretensiones de hidalguía. Si bien recuerdas, querido Alonso, Andrés era un acabado ejemplar de nuestra raza: medianamente alto, magro de carnes, de barba negra y poblada, que cultivaba, según decía, como un jardinero su macizo de rosas y con los cuidados de un poeta a la hora de componer su mejor soneto, cojeaba ligeramente de la pierna derecha, de la que se hallaba irremediablemente manco a causa de un extraño percance que había sufrido en su primera juventud, cuando, vuelto a su aldea en las vacaciones escolares del estío, dio en subirse, con otros muchachos de su edad, a un enorme manzano que se levantaba en la huerta de sus padres a las orillas de un riachuelo seco cubierto de piedras. Nuestro amigo Espinosa de los Monteros cayó sobre ellas cuan largo era y, además de arañarse la cara con las ramas y de golpearse el cogote en el duro lecho de piedras con tal fuerza que se quedó sin sentido por un buen rato, perdió para siempre desde aquel día la movilidad de su pierna derecha y, de tal manera, que algunas veces veíase obligado a usar bastón para acudir en auxilio de sus enfermos. Aquel accidente decidió su vocación por la medicina, pues, hasta entonces y pese a los ruegos y tentaciones de que le hacían objeto sus maestros en el colegio para que sirviera en las filas de los milites gloriosi del capitán de Loyola, prefería él la vida arriesgada de los campamentos y reales que todavía levantaban los tercios españoles en Europa contra sus enemigos luteranos. Él creía, según nos lo contara tantas veces, que la guerra contra los herejes debía ser hecha sin cuartel en los campos de batalla y que de nada valían a los propósitos de la verdadera iglesia los sermones de curas y de frailes desde los púlpitos de las catedrales, colegiatas e iglesias conventuales y, aún menos, los potros, torniquetes, cadenas y mancuernas a los que se ajustan los miembros de quienes, por sospecha, caen en manos de la inquisición. «Todo esto», repetía el buen doctor, «es nonada, juego de frailes ociosos, crueldad innecesaria que a todos expone, actos indignos de hombres de honor que arrojan sobre la república el velo negro de la sospecha, la maldición de la desconfianza mutua que mata las ganas de vivir». «Por culpa de la inquisición», añadía, si recuerdas, «nunca llegaremos a tener verdadera paz en las Españas».

-100-

A nuestro amigo le gustaba hablar de las Españas en plural. Nunca decía España a secas y, cuando más, referíase a cada una de sus partes, reinos y regiones llamándolos por su nombre: Castilla, Perú, Navarra, Aragón,

México, Granada, o Galicia. Hablaba de Portugal añadiéndolo a la lista, pese a que este país había preferido encontrar su propio camino cuando Andrés todavía era un infante. Recordábanos entonces, con palabras del gran Camoens, que hay castellanos y portugueses, pero que «españoles somos todos». A él le gustaba diferenciar las partes por mostrar que, en la unidad de las Españas, manteníase la diversidad de sus orígenes. Era muy particular nuestro amigo. No me lo imagino ahora siguiendo los pasos de fray Martín de Porras en el convento de Santo Domingo. Despreciaba a los frailes. Aseguraba que su piedad era falsa, su apetito insaciable, su avaricia insana y su lascivia infinita y que, bajo la cogulla en la que gustan los tonsurados ocultar sus cabezas, brillaban sus ojos de placer ante la presencia de cualquier mozuela hermosa y que sus amplios hábitos permitíanles esconder sus empinadas cabriolas de rijosos. Como todos nosotros, hízose miembro de Nicéforos movido por apetencias de libertad y conocimiento y, ni ante un pan de Dios como fray Antonio de Tejada, que aún guardaba el brillo y el talento que los ingenios de su orden tuvieran en sus mejores tiempos, recatábase en mostrar el profundo desprecio que sentía por los bípedos implumes adornados de faldones clericales. ¡Y eso que fray Antonio era primo de los de Cellorigo y que Íñigo guardaba por él el afecto de un hermano! ¿Te imaginas qué habría dicho, si fray Antonio, en vez de la bella y honesta persona que hemos conocido, inteligente, liberal y discreto, piadoso y pulcro como era, hubiese sido uno de esos frailes tragaldabas y arrechos, de tripa oronda y carajo en ristre, que abundan en nuestros conventos, de los que meten siempre las narices en los pucheros y pierden sus manos entre camisas y guardainfantes, tahúres de faldas y perturbadores de bolsas ajenas por amor al cielo?

Me acuerdo mucho del día en el que murió Madre Sacramento y se vino Espinosa a la casa de Íñigo a darle la mala nueva. Hacía días que no veíamos a fray Antonio, pero tú conservabas aún el disgusto que te había provocado una erudita discusión sobre la Donatio Constantini, en la que, si bien recuerdo, fray Antonio, aparentando aceptar tus ideas originales, había terminado desbaratándolas para después contraatacar de una forma realmente demoledora. Aceptó los argumentos del gran Marsilio de Padua que tú habías esgrimido, pero contraatacó con aquel saludo del pueblo romano al emperador Federico en el que, según el fraile, se demostraba la superior autoridad de Roma -y, con ella, la autoridad de los papas- sobre cualquiera otra forma de autoridad que se haya conocido. «Hospes eras», te gritaba, como si tú fueras el -101- bárbaro emperador alemán, levantando el índice de la mano derecha hacia el cielo, «civem feci. Advena fuisti ex transalpinis partibus, principem constitui. Quod meum iure fuit, tibi dedi». Ante este argumento nada pudiste responder, aunque acudían a ti todas las citas de los ingenios del pasado que se habían ocupado del tema y hasta las palabras del gran Lorenzo Valla, que también había participado en la batalla. En esta ocasión -lo recuerdo bien, querido amigo-, las artes del predicador consiguieron derrotar a las del diplomático. Tú conservabas aún ese día fatídico el gesto de quien, furioso, se empecina en recordar en todos sus detalles cada uno de los pasos que lo condujeron a la perdición. Íñigo, aburrido, como todavía no sabía nada del suceso y acababa de llegar de uno de sus viajes, entreteníase observándonos, mientras daba vueltas, enrollándola una y otra

vez en el dedo índice de su mano derecha, a una cadena de oro que gustaba de colgar sobre su pecho cuando salía a pasear con nosotros, en los frescos atardeceres del estío, por las orillas del Chili. Esperábamos todos que Espinosa llegara para iniciar la sesión, y, amodorrados por el sol vespertino que se deslizaba a través de las ventanas colándose por las cortinas abiertas del salón, cada uno de nosotros, en silencio, habíase abandonado a sus pensamientos y cuidados. Ciertamente, no recuerdo en qué estaba yo pensando, pero tengo muy clara la imagen de que tu gesto adusto se fue dulcificando y de que, echado sobre los almohadones de la otomana que, cubierta de coloridas mantas indígenas, tenía Íñigo adosada a una de las paredes, te fuiste quedando transpuesto, adormilado, olvidando, tal vez, la triste discusión en la que, algunos días antes, te habías embarcado con fray Antonio. Íñigo preparaba en ese momento las copas de licor con las que haríamos aquel día nuestro brindis ritual. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer. Nuestro anfitrión estaba de pie junto a una enorme mesa, muy parecida a esta que tú tienes, limpiando con una tela inmaculada las bellas copas de cristal labrado. El sol que entraba por las ventanas daba en ellas y éstas refulgían haciendo que el cristal se descompusiera en miriadas de puntitos brillantes, y nuestro amigo, después de limpiarlas, colocábalas de tal modo frente a los rayos del sol que el fenómeno se repetía una y otra vez, creando en la estancia una extraña atmósfera luminosa que transformaba el aire y lo hacía más puro, más cálido, más diáfano y respirable. En la otomana en la que tú estabas echado solía Íñigo descansar a la hora de la siesta, descabezando uno de esos cortos sueños reparadores que, en estas latitudes, te permiten, en los días en los que la calor aprieta, continuar con tus tareas de la tarde tan fresco como si acabaras de despertar en la mañana. Yo recuerdo que tú estabas ligeramente transpuesto, adormilado por el sedante efecto de los almohadones de plumas sobre los que estabas recostado, cuando Espinosa, conducido por Fermín Gorricho, el soldado -102- navarro que el de Cellorigo mantenía a su servicio contra toda prudencia, entró en la estancia sin anunciarse. Sentado en uno de esos sillones de cuero que tenían grabado el escudo de la familia de nuestro anfitrión en el respaldo, contemplaba yo, interesado en el fenómeno, los juegos de luz que nuestro amigo lograba hacer mientras limpiaba las copas y pensaba, aunque ahora no recuerdo bien si era eso lo que pensaba, en la discusión que unos días antes habías mantenido con fray Antonio de Tejada y en la que todos perdimos, pues ninguno de nosotros fue capaz de rebatir, acudiendo en tu auxilio, los argumentos del predicador. No sé por qué pensé entonces que, pese a todo, no habías sido cortés con el dominico, pues, aunque fraile, era nuestro amigo y el más querido primo de Íñigo y de Violante, pero ahora no recuerdo bien ninguna de las razones que pudieron conducirme a un pensamiento semejante. Quizá más tarde puedas aclararme este punto, refrescarme la memoria, llenar las lagunas que ahora tengo y contarme en detalle la erudita discusión en la que os engolfasteis, pues cada uno de vosotros, según yo creo, obtuvo, al tiempo, placer y duelo de la polémica. Pero olvídate de ello por el momento, porque ahora lo que realmente debe interesarnos es reconstruir lo mejor posible aquel segundo, aquel breve instante en el que las miradas de Íñigo y Espinosa se cruzaron, en el que tú, sin saber por qué probablemente, despertaste y volviste a la realidad,

o, si lo prefieres, penetraste en una realidad nueva que, sin conocer, no obstante conocías, como la conoció Íñigo de golpe y como yo mismo, pese a ser tan escasamente perspicaz, intuí de repente al ver demudado el rostro, hasta entonces siempre alegre y burlón, de nuestro buen amigo el doctor Andrés Espinosa de los Monteros. Te diré (y éste sería un detalle importante, si yo mismo no dudara de su realidad, pues me parece imposible y a veces pienso que es la imaginación la que me engaña, o la memoria, o vete tú a saber qué extraño demonio que vive dentro de mí desde aquel día) que en ese mismo momento, en ese instante fugaz en el que me percaté de la presencia de Espinosa traspasando el umbral de la puerta con sus pies en la línea misma que separaba la habitación en la que estábamos del pasillo que daba a la baranda que coronaba la galería que circundaba el patio en el segundo piso, en el mismo instante en el que la cabeza de Espinosa pasaba justamente bajo el dintel de la puerta, entonces, precisamente entonces, yo vi arrojada sobre una estrecha y humilde cuja a Madre Sacramento y observé que su cuerpo brillaba como los cristales de la copa que Íñigo conservaba todavía entre sus manos y que, al igual que éstos, su cuerpo deshacíase en miríadas de cuerpecillos brillantes, en átomos infinitos y minúsculos que cubrían el espacio, el cielo entero, y que hacían que todo lo demás desapareciera de mi vista. Y vi, en ese mismo momento, aunque yo sé que esto es difícil de creer y por eso llego a veces a dudar de mi cordura, el -103- rostro de Íñigo, y tu propio rostro, y el de Espinosa que miraba a Íñigo sin decirle nada pero diciéndole todo con la mirada y hasta el de fray Antonio, que debía de estar, en ese preciso instante, al pie de la cama de su prima, rezando por ella, ayudándola a bien morir, a pasar el momento más difícil (o el más dichoso) que nos vemos obligados a pasar todos los humanos. Observo en esta sonrisa tuya tan maliciosa que no crees en nada de lo que te digo y que piensas que, con los años, me he reblandecido y que chocheo, y me parece que empiezas a pensar que estoy un poco loco. Yo te confieso que también lo he pensado, que no una, sino mil veces, he dudado de mi cordura y, sobre todo, que he dudado de estas visiones y que he llegado a pensar (¿pero qué es lo que no habré llegado a pensar en todos estos años, aquí solo en Arequipa sin nadie a quien poder contarle estas cosas que hasta ahora me atormentan?) en que, tal vez, afectada por las noticias, mi mente, fértil e imaginativa, por no decir ociosa e impresionable, ha ido recreando una y otra vez ese momento, añadiéndole detalles que al comienzo no existían. Es posible. Te confieso que eso es precisamente lo que quiero creer, pero tú mismo, según me lo has confesado al contarme el singular lance que tuviste con Putaparió, o como se llame, te dejas llevar a veces por impresiones. ¿Quién que sea humano no lo ha hecho alguna vez? Así es que estamos a mano: tú con tu fantástica historia de Putaparió, rufián dichoso de las frías sierras cameranas; yo con mis fantasías de muerte en torno a los sucesos que rodearon el óbito de Madre Sacramento, la belleza más pura que jamás haya conocido. Si yo he traicionado los sagrados principios de Nicéforos, aquellos que nos mandan desconfiar de las apariencias y nos obligan a hacer la disección de los fenómenos hasta hallar en ellos una explicación que satisfaga las exigencias del intelecto aunque desagrade a los sentidos, también tú has traicionado los mismos principios al descubrir tras la extraña sonrisa de un rufián que murió traspasado por tu

daga una puerta abierta a ese mundo plagado de supersticiones y de fantasmas contra el que hemos luchado y cuya existencia hemos negado durante toda nuestra vida y que, según parece, ha terminado por atraparnos a los dos entre sus garras. ¡Nosotros entre las afiladas garras de la superstición! ¿Qué te parece, querido Alonso? No es un buen final para quienes habíamos decidido vivir poniéndolo todo bajo los cristales de aumento de la inteligencia, pretendiendo dudar de todos aquellos fenómenos que no pudieran ser explicados mediante la herramienta de la razón, la única en la que creíamos hace diez años, cuando aún éramos felices y estábamos plena y estúpidamente satisfechos de nosotros mismos, confiados en nuestras flacas fuerzas.

Pero ¿qué es la razón? ¿Lo sabes tú? Yo te confieso que, con el paso de los años, cada vez sé menos y creo más. Quizá sea cierto lo que dijera Pico de -104- la Mirándola. Ya sabes, aquello que tantas veces hemos discutido y que rezaba más o menos así, si mal no lo recuerdo: «philosophia veritatem quaerit, theologia invenit, religio possidet». Tal vez sea la ilusión de los teólogos en la que caemos los incrédulos cuando nos ronda la muerte. ¿Estamos realmente preparados para enfrentarla? Carecemos, me parece, de las armas necesarias para hacerlo. Dios puede existir o no, querido amigo, pero los hombres todavía no estamos en capacidad de negarlo. Si alguna vez llegaran los hombres a demostrar su inexistencia, entonces... Sería monstruoso, te lo aseguro. La creación toda se rebelaría, no podría tolerarlo. Pero no quiero desviarme anticipando un futuro que, probablemente, jamás ha de llegar. Lo cierto es que hoy nadie está aún en capacidad de negar la existencia de Dios. Quien lo hace está cometiendo un insoportable pecado de soberbia, llevando su propia voluntad a los bordes del abismo. Esta imposibilidad de la que te estoy hablando es la verdadera debilidad de nuestro siglo y en ella se funda la fuerza de la religión. Algún día... Pero ¡vete tú a saber! Lo cierto es que, a mi pesar, comienzo a creer. Mi fe es difusa y vaga y se basa más en un sentimiento de necesidad que en una verdadera convicción. Mi corazón se inclina a creer y aniquila una y otra vez los brotes de rebeldía de mi inteligencia. Dejemos este tema, que a nada nos conduce, y sigamos recordando lo que ocurrió aquel día y la extraña forma en la que yo llegué al convencimiento de que algo espantoso le había ocurrido a nuestra Madre Sacramento. Tú viste a Espinosa. Yo vi a Espinosa. Íñigo, sobre todo, vio a Espinosa entrando por la puerta y adivinó en su mirada la terrible tragedia. Pues bien, fray Antonio me confesó algunos días más tarde que, estando en la celda de su prima arrodillado ante su cuerpo agonizante, vio a Espinosa llegar a casa de Íñigo, pasar al patio, subir las escaleras y traspasar el umbral de la puerta que daba a la pieza en la que nosotros estábamos: Íñigo limpiando las copas en las que íbamos a servir el licor con el que haríamos el brindis ritual de la academia, tú echado sobre los blandos almohadones de la otomana y con los ojos cerrados por el peso del sueño a la hora de la siesta y yo, sentado en el alto sillón de cuero repujado, observando los efectos de los rayos de sol sobre los inmaculados cristales de las copas. Si no recuerdas mal, sobre la mesa en la que Íñigo tenía puestas las copas había un búcaro que una de las criadas, ésa de la que nuestro anfitrión sospechaba que mantenía alguna clase de relación íntima con Gorricho, había puesto algunas horas antes

para alegrar la estancia y perfumar el ambiente. El búcaro contenía un ramillete de rosas de un rojo intenso y oscuro, recién cortadas. Hasta ese detalle, en el que yo originalmente, pese a ser un amante de las flores y deleitarme siempre en su contemplación, no había reparado, me contó fray Antonio, quien, en su ingenuidad arcangélica, dejándose llevar de un arrebato de fe, me dijo que las rosas, -105- aquellas rosas precisamente, prefiguraban la muerte de su prima en olor de santidad. Porque él vio a Espinosa entrar en la sala de la casa de Íñigo en el momento mismo en el que Madre Sacramento exhalaba su último suspiro, y en ese momento también vio las rosas en el búcaro. Desde la celda de su prima nos vio a todos y pensó que era una alucinación, la visión de quien, enloquecido por el dolor (tú conoces esto y sabes a qué extremos puede llevarnos la loca de la casa), imagina cosas y se ve transportado a otros lugares, a sitios lejanos y aun desconocidos, por escapar del terror que la simple visión de la muerte puede llegar a producirle. Él pensó eso, y eso mismo habríamos podido pensar también nosotros, si hubiésemos estado en su caso. Pero ¿por qué lo condujo su imaginación hasta la sala de su primo Íñigo acompañando al doctor Espinosa en el momento mismo en el que Madre Sacramento dejaba de existir, si él mismo creía que su primo no había vuelto todavía de su último viaje fuera de Arequipa? Lo más extraño, sin embargo, es que, cuando volvió en sí, se dio cuenta de que Espinosa estaba en la misma celda que él y que allí había permanecido durante las últimas horas junto con otros médicos, sin salir a ninguna parte, tomando los pulsos de la enferma, observando sus ojos, su respiración, todo. Espinosa jamás estuvo con nosotros, querido amigo. ¿Te das cuenta? Y si no fue Espinosa el que vino a comunicarnos la muerte de Violante, ¿quién pudo ser?

En esta simple pregunta expreso yo todas mis dudas. La razón que con tanto esmero hemos cultivado, alimentado con la lectura de los mejores libros y de los más afamados autores, afilado en la discusión y en la polémica, templado en la reflexión, como dicen que se tiempla el acero en las aguas del Tajo, no nos sirve para maldita cosa en un momento como éste. Frente a la razón está el misterio, y el misterio reclama sus fueros. ¿Será Dios? No lo sé, pero, tal vez por debilidad, o quizá por chochera de viejo, cada vez me inclino más a creerlo así. Voy a atreverme a contradecir al gran Pico de la Mirándola y voy a aceptar frente a ti, ilustre descreído, que la religión no posee la verdad que la filosofía busca. De acuerdo. Lo acepto. Pero, si la religión no la posee, ¿dónde se halla entonces, querido y sentimental amigo que se conmueve con la última sonrisa de un rufián moribundo, ese famoso Putaparió, padre de mancebía en su edad madura, que supo conservar, sin embargo, la inocencia de su infancia serrana, ganándose con ello la gloria eterna? ¿Dónde? El misterio nos rodea por todas partes, y probablemente éste -y no otro- sea el secreto nombre de la divinidad que tantos ilustres hombres se han empecinado en encontrar en los, para mí, abstrusos y complicados cálculos de los cabalistas. He venido pensando mucho en estas cosas en los últimos años y creo haber encontrado, querido Alonso, -106- que la razón del hombre tan sólo alcanza a dominar los espacios más periféricos de la realidad, aquellos que se dejan arrancar fácilmente sus secretos, los que tan sólo exigen observación, paciencia y método y que permiten a los Servet,

Paracelsos, Lagunas, Képleros, Copérnicos, Pascales y Galileos, a los Colones, Vespucios, Elcanos y Magallanes, a los Cartesios y Espinosas, Platones y Ficinos el penetrarlos y hacerlos suyos, intuyendo alguno de ellos que más allá, en el centro exacto de esa realidad que se nos escapa, hay un núcleo duro e impenetrable y que la razón humana no es el diamante que vaya a hendir su dureza, el diente afilado que podrá, finalmente, roer el hueso duro del misterio. Tal vez este diamante sea el arte, o esté en él escondido en alguna parte. No lo sé. «Ars est habitus dirigens ad aliquid non pertinens ad genus moris per proecepta non discussa scientifice», escribe nuestro Rodrigo de Arriaga, y quién sabe si no tendrá razón. El arte carece de utilidad, pero penetra en aquellos misterios que le son vedados a la razón. Con los dientes del verdadero artista es posible, quizá, que podamos roer el hueso de la realidad y quedarnos con la pulpa de la verdad que en él se esconde. Si ello fuese cierto, el arte sería aún más útil que la religión, aunque a veces pienso que el único arte verdadero es aquel que nos aproxima a Dios, pues en Dios se encierra esa pulpa de verdad, ya que Dios no es otra cosa, si es que es, que la realidad suma.

Me vuelven, como ves, siempre las mismas ideas religiosas a la mente, me vuelven las dudas. ¿Estaré condenado a vivir con ellas de por vida? Ignoro si la tuya, pero mi vida ha cambiado por completo desde el mismo día en que Madre Sacramento dejó de existir. Sospecho que también la tuya y, por lo que me cuentas, la de Espinosa, claro. ¿Te imaginas a nuestro querido doctor, inteligente y despierto, vistiendo el hábito de santo Domingo, barriendo los claustros de su convento de Lima, resignándose a obedecer las órdenes dictadas por gentes de inteligencia inferior a la suya, recreándose en conversaciones piadosas con beatas ignaras, con hidalgüelos pobretones y con monjas cargadas de odios, de envidias y de problemas? ¿Qué lo ha movido a tomar una determinación semejante y a ir contra todo cuanto hasta entonces había creído y respetado? ¿Dios, o el misterio que a veces toma la forma de la divinidad? ¿No son, acaso, lo mismo? Nosotros conocimos una tarde ese misterio y temblamos de pies a cabeza. Ahora sospecho que Madre Sacramento lo conoció desde siempre, desde muy niña, y que aquella historia que Íñigo nos contaba, entre incrédulo y suspicaz, de la vieja encina de su pueblo fue la luz que dirigió todos y cada uno de los pasos de su vida, el secreto que guardó consigo para siempre y que se llevó a la tumba. A diferencia de ella, nosotros caminamos a ciegas, tanteando el camino, creyendo, como tú, en la justicia de nuestra daga y descubriendo más tarde que lo negro es blanco, lo frío caliente, la oscuro claro y que -107- Putaparió, tanto como un rufián, un maldito explotador de jóvenes doncellas, podría ser, también, un santo. ¿Adónde estamos yendo, mi querido Alonso? A veces, yo me conformo con la pequeña fortuna que he logrado amasar y sueño con pasar una vejez holgada, tranquila y silenciosa, una vejez a la que creo que me asiste el derecho, aunque bien sé, como boticario, que la ancianidad es un castigo insoportable y que no es cierto que una larga vida sea el mejor premio a la virtud. No. La vejez es un castigo. Los hombres virtuosos mueren jóvenes y, frecuentemente, en silencio, sin que nadie o casi nadie se entere realmente de lo que ha pasado. Madre Sacramento murió muy joven, y, pese a todo, su muerte sigue siendo para mí todavía un misterio. ¿No

piensas lo mismo, querido amigo?

Capítulo VIII
De apellido, monje de san Benito

A su eminencia don Joseph Sáenz de Marmanillo y Aguirre, doctor en Artes y Teología, catedrático que fue de la muy ilustre Universidad de Salamanca, examinador sinodal de la sede arzobispal de Toledo, calificador de la Suprema Inquisición, protector del Reino de Sicilia, cardenal de nuestra santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, inquisidor general de Roma, Salomón de España, remite la presente epístola su humilde siervo, predicador de la orden de Santo Domingo, fray Antonio de Tejada, superior del convento de los dominicos en Arequipa, en los reinos del Perú, su pariente y amigo, a cinco días del mes de junio del año de la Encarnación de Señor de 1689.

Conocido es, eminencia, que la fama, con el argénteo sonido de sus trompetas, supera con frecuencia en magnitud los verdaderos méritos del mortal al que la vanidad de los humanos pretende, con engaños, elevar a las supremas alturas del Empíreo. Sabido es también que Dios Nuestro Señor gusta en ocasiones de empinar hasta la más inaccesibles cumbres de la fama a quienes, dejándose arrastrar por los encantos del mundo y envanecidos por los éxitos alcanzados en el ejercicio de su ingenio, no paran mientes en los peligros a los que el enemigo de todo lo creado, con perversa intención, los expone, y que, una vez que en tan altas cumbres descansan confiados en sus áureos tronos, déjalos caer y con tanto estrépito que la fama primera tórnase vilipendio y enfado para quienes hasta entonces habíanlos tenido por hombres sobresalientes en virtud o en sabiduría y, para ellos, ilusos, en nota infamante que proclama su necedad a los cuatro vientos, pues aseméjanse en todo a aquel rey ignaro que tan torpe fallo diera a la música del divino Apolo y a quien éste, por castigar su torpeza, hiciérale crecer orejas de burro. Y así creo yo, humildemente, que algo semejante ha ocurrido en Roma con el sonado caso del padre Miguel de Molinos, que hasta estos apartados reinos del Perú han llegado la fama de su libro, las noticias de su proceso y el lustre de la intervención que en este último tuviera vuestra eminencia, cuando, con acertados argumentos, deshiciera las doctrinas quietistas de este heresiarca que a tantos sinceros y buenos católicos arrastrara por los caminos de la perdición.

Escríbole en esta ocasión con harta pena, pues debe saber vuestra eminencia que, en el transcurso de los últimos días, he perdido para siempre a mi amada prima doña Violante de Cellorigo, en el claustro llamada Madre Sacramento, hija que fue de don Asterio Ortiz de Cellorigo y Gómez de Arrillaga y -109- de doña Catalina de Foronda, hermana de mi

señora madre doña Leonor y pariente de vuestra eminencia. Tanto su humilde servidor como nuestro querido primo, don Íñigo Ortiz de Cellorigo, hallámonos desconsolados, y bien vendría para todos los efectos que, en esta ocasión, dignárase un príncipe tan magnánimo, en nombre de nuestro parentesco y vieja amistad y, si no bastaran, en nombre de la caridad cristiana, dirigir, con la elocuencia y la bondad que realzan sus virtudes y que dan siempre un nuevo y más profundo valor a sus palabras, una pequeña carta a nuestro caballero de Cellorigo, que él, por ser del mundo y no hallarse tan acostumbrado a encontrar consuelo en las cosas de la religión, aún más que yo necesita de los sabios consejos de vuestra eminencia. Fue nuestra prima, durante los cortos años de su vida, cristiana ejemplar, modesta, buena y virtuosa, y, en el convento, distinguiose entre todas por su piedad y devoción, por la moderación y el ascetismo más puros y por la carencia absoluta de ambiciones, que todas teníalas puestas en el amor de Dios y en la esperanza cierta de la vida eterna. Dios sea loado, que en Él espero que Madre Sacramento, nuestra querida prima, se halle ahora gozando eternamente de su presencia. La certeza de su salvación sírveme de consuelo, mas temo que esta misma certeza no sea suficiente para disipar las dudas en el corazón de nuestro querido pariente el capitán de Cellorigo, y, así, incapacitado como estoy, humilde predicador de santo Domingo, para tamaña tarea, pídole a vuestra eminencia que me auxilie en ella, que Dios Nuestro Señor, en su infinita bondad, ha de ayudarle a encontrar las palabras más adecuadas para el caso, infundiendo la luz de la alegría a quien hoy se debate en las tinieblas de la desesperación.

No ignoro, eminencia, las ingentes tareas que sobre sus hercúleos hombros ha descargado su santidad el papa, ni el auxilio que nuestro santo padre debe de encontrar en tantas fuerzas como le asisten, mas, dejándome llevar de mi osadía y en la confianza de que sabrá comprender las razones que me impulsan, pido con toda humildad que atienda los ruegos que he de exponerle en la presente epístola. Hanse divulgado por estos reinos, como ya lo mencionar a ut supra, las noticias ciertas de la condena del hereje Miguel de Molinos y de sus sectarios y secuaces de Roma y, aunque no son muchos los que aquí afirman haber tenido ocasión de pecar con la lectura de su diabólica obrilla, hartos son los que la conocen de oídas y suficientes los que pudieren aprobar en un examen cuidadoso de quietismo, que la Guía espiritual ha sido más recitada que cuidadosamente leída, especialmente en nuestros conventos, y tengo para mí que no son pocos los que, contumaces, guardan con gran celo en su memoria su doctrina. Puede ser éste un gran peligro para estos reinos, que hoy están quedos y mañana pueden verse agitados por la tormenta de la herejía. Bueno -110- sería, y muy prudente, que un príncipe tan sabio de la Iglesia, interponiendo sus buenos oficios ante su santidad el papa, o por su sola y suficiente autoridad de cardenal e inquisidor general de Roma, abogara ante nuestro católico rey don Carlos, que Dios guarde, para que oficie a sus secretarios, ministros y consejeros del reino para que, en tan alejados rincones de su imperio, se lleve a cabo una exhaustiva inquisición y se descubra, o se deseche, lo que de verdad hubiere en este asunto.

Muchas son las sospechas que yo guardo y aún más y más tremendas las dudas

que agitan mi ánima, y casi todas se dirigen a ciertos frailes de san Francisco y hacia algunas pocas monjas que siguen la regla de mi padre santo Domingo en un convento de la ciudad en la que vivo y que es, precisamente, el convento en el que vivió y murió tan santamente nuestra querida prima doña Violante de Cellorigo. Ninguna de estas sospechas, sin embargo, téngola aún por averiguada, y sólo sé decir que la devoción de la que hacen pública gala estas monjas, pese a ser de estricta clausura, la sospechosa fama de santidad que las rodea, el celo que en su cuidado espiritual ponen sus confesores y guías franciscanos y, especialmente, la frecuencia de las visitas de cierto joven fraile de esta orden a los claustros del monasterio muévenme a la desconfianza, que tengo para mí que, más que Dios Nuestro Señor, es Satanás el que mueve y motiva tanto aparato y fervor. Algunas de estas monjas son ya tenidas por santas y milagreras, y el pueblo menudo; siempre crédulo y confiado, hace imágenes de ellas en vil materia de barro cocido y pónelas en almoneda mercándolas en las plazas y lonjas de la ciudad, que de esta guisa he visto yo no pocas imágenes en bulto de nuestra querida prima, que se me aniegan los ojos en lágrimas cada vez que paso por el mercado y observo cómo los indios y hasta los criollos me las ofrecen en venta. Dios quiera, eminencia, que acabe pronto esta locura, que se abra la inquisición correspondiente sobre este caso, se castigue a los culpables y retorne la paz a estos reinos cristianos de su majestad. De otro modo, muchas y muy graves serán las consecuencias, que bien sabe vuestra eminencia cuán peligrosas pueden llegar a ser las doctrinas heréticas de Molinos para la salvación de nuestras almas.

He consultado todo esto, pues así me lo exige la obediencia, con el superior de nuestra provincia en Lima, y él, a su vez, lo ha hecho por carta con nuestro padre general en Roma. Sospecho que nuestro padre general hase ya entrevistado con vuestra eminencia y que lo ha puesto en autos, refiriéndole, a más de los casos que yo, humildemente, refiero de Arequipa, otros igualmente abundantes y peligrosos en el resto de las ciudades y aldeas del Perú, donde la devoción de las gentes es tanta que nos produciría a todos enorme júbilo y -111- satisfacción, a no ser por las sospechas que sobre la calidad y el origen de la misma mantenemos, que, de ser de origen no divino, nuestra alegría tornaríase en tristeza y nuestro júbilo en pesar y en llanto, que es éste el mayor peligro que en estos reinos, tan azotados por pestes y terremotos, enfrentamos a la fecha.

Ruego a vuestra eminencia que lea la carta de su humilde servidor y que atienda sus ruegos como lo crea conveniente, que, sabiendo, como sé, por ser su pariente, que gusta de llevar por apellido el de monje de san Benito educado en los claustros de San Millán de la Cogolla, monasterio en el que tantas veces lo visitara con mi familia siendo yo aún muchacho de pocos años, sé también que no ha de echarla en saco roto y que se dejará conducir por su prudencia y celo hacia las decisiones más convenientes para todos, en especial para los buenos católicos que en estos reinos del Perú medran cada día y extienden el nombre de Cristo Nuestro Señor por los más remotos rincones de estas remotísimas tierras. Sé también que vuestra eminencia, guiado por la luz de la sabiduría divina y por los altos y profundos conocimientos en los que tanto se distingue, acertará siempre

con los remedios para estos males, y, de este modo, confiándome en todo a los designios de la Divina Providencia y a la alta ciencia que posee mi queridísimo primo, quedo en Arequipa a la espera de las noticias que vuestra eminencia tuviere a bien el confiarme en una próxima carta.
Despídese humildemente y pide la bendición de vuestra eminencia.
Fray Antonio de Tejada de Santo Domingo O. P.
Post scriptum. Aunque he estado nuevamente enfermo, he logrado reponerme. El clima de Arequipa me hace mucho bien. Ruégole a vuestra eminencia que, de poder hacerlo, me envíe noticias de nuestra familia.

Capítulo IX
Doña Encarnación de Ubago

«A los pocos días del entierro de mi querida prima, Íñigo y yo fuimos a visitar a doña Encarnación de Ubago, que, como vuesas mercedes saben, era por aquel entonces la priora del monasterio. ¡Y pensar que han pasado ya diez años de aquellos sucesos!». Fray Antonio de Tejada, de la orden de predicadores, parecía un anciano. Mirábalo el caballero de Verona con ese gesto de curiosidad enfermiza que ponen los físicos y cirujanos al observar detenidamente una herida abierta en el pecho de un asesinado o las bubas sanguinolentas y asquerosas de quienes por ellas reciben el castigo de sus excesos venéreos. De pie ante quienes fueran los amigos más queridos de su primo don Íñigo, el dominico paseaba lentamente por la habitación con las manos metidas en las amplísimas mangas de su hábito. Hacíalo despacio, como si se detuviera en contar los pulidos ladrillos rojos sobre los que sus menudos pies se deslizaban. Sus ojillos azules parecían muertos, encerrados sin vida en unas profundas y oscuras cavidades cuyas entradas plegábanse en múltiples arrugas que sombreaban su interior. Recortado y lacio, su blanquísimo pelo dejábale libre una frente amplia cruzada por dos cejas de abundantes canas. Su rostro era magro y arrugado, y sus miembros, si siempre habían sido pequeños y débiles, desaparecían ahora sin dar cuenta de su existencia bajo los pliegues, faldones y mangas de su hábito. Habíase reducido fray Antonio en estos años, transformado en sombra de aquella sombra que fuera desde su infancia, y sólo su voz, cadenciosa y bien modulada, voz de buen predicador, tenía esa fuerza que imprime carácter a las personas y que les proporciona realidad, sentido y verdadera existencia. Hernán Vivanco, el boticario, pensaba para su coleto que, en tan magro cuerpo, la única fuerza imaginable sería la del espíritu.
Habían dejado pasar los amigos la Cuaresma y la Semana Santa, y el día anterior al domingo de Pentecostés habían decidido ir a visitarlo. Fray Antonio había dejado, algunos años antes, de ejercer los cargos que, en su orden, prometíanle el provincialato, y vivía encerrado en su celda entregado a la oración y a sus estudios. Su débil constitución habíale

impedido continuar adelante en su carrera y obligádole a seguir viviendo encerrado en Arequipa, ciudad cuyo clima beneficiábale en extremo y a la que ponía sobre todas las demás ciudades de estos reinos. La muerte de su prima doña Violante y la posterior e inexplicable desaparición de don Íñigo Ortiz de Cellorigo dieron con su escasa humanidad, durante años, en el duro lecho del enfermo, mas los cuidados que en su cura pusieron sus hermanos de religión y la enorme fuerza de carácter de -113- la que estaba dotado sanáronle, aunque ya nunca más volvió a ser aquel fraile animoso e incansable que, pese a su pequeñez, recorría a diario varias veces la ciudad atendiendo a los enfermos, llevando consuelo a los más pobres y necesitados, rezando y estudiando a todas horas. La vida de fray Antonio de Tejada parecía estar a punto de extinguirse, mas los amigos adivinaron que, bajo la mezquina apariencia física del predicador, seguía escondiéndose un carácter superior, semejante, aunque distinto y aun opuesto, al que adornara a sus primos.

-¿Cómo era esta mujer? -preguntó don Alonso de Verona.

-Doña Encarnación era una mujer alta, delgada, de carácter duro, de esas que jamás dibujan una sonrisa, una mujer sin alegría. Tenía, si mal no recuerdo, el cabello negro, los ojos oscuros, brillantes y almendrados, el cutis blanquísimo, la boca casi sin labios, cerrada siempre en un rictus amargo. Una Magdalena. Cada vez que la veía, me acordaba de la imagen en bulto que de santa María Magdalena tenemos en la iglesia de Azofra y frente a la cual he rezado tantas veces. Había una diferencia, sin embargo. El rostro de nuestra Magdalena era más lleno, más redondo, y, también, más cargado de color. El de doña Encarnación de Ubago era más alargado y sin chapas, como de cera, pero sus ojos, esos ojos nigérrimos y almendrados, poseían idéntico fuego. Doña Encarnación de Ubago presentaba la imagen de una asceta demasiado rigurosa consigo misma y con los demás. En su presencia era prácticamente imposible llegar a tener pensamientos amables. La risa, por cierto, le era desconocida, casi un pecado. Nunca he llegado a entender bien esta extraña comunión que se da en algunas personas entre la ascesis y el malhumor, la carencia de la alegría de vivir.

-La presenta vuesa paternidad como un monstruo -dijo el diplomático, a quien interesaba sobremanera el estudio de los caracteres.

Encontrábanse los tres en la rebotica de Hernán Vivanco, a la que habían venido desde el convento de Santo Domingo por conversar más a sus anchas, y estaban rodeados por todas partes de frascos y de retortas, de alambiques, morteros, tierras y hierbas de todas las especies. Era una habitación suficiente y amplia, llena de estanterías que se empinaban hasta el cielo raso y con dos puertas, una de las cuales se abría a la botica y otra, ahora cerrada, al patio de la casa en la que vivía el boticario solterón. Unas ventanas, pequeñas y demasiado altas, dejaban entrar la suficiente luz para las necesidades de Vivanco y, gracias a la penumbra en la que siempre se hallaba la pieza, ésta era, a la vez, recogida y grata, fresca en verano, cuando las calores aprietan, y cálida en -114- invierno, cuando la escarcha hace tiritar de frío a los arequipeños. Alonso López de Verona y su amigo el boticario hallábanse sentados a la mesa de trabajo de este último, y el fraile, pese a su marcada debilidad, había rechazado la invitación que para sentarse junto a

ellos habíanle hecho sus amigos. Fray Antonio seguía paseándose sin sacar las manos de las amplísimas mangas de su hábito.
-No era un monstruo -respondió-. Ése era su aspecto y ése, también, su carácter. He tratado de hacer a vuesas mercedes un retrato moral del personaje.
-¿Y cómo sabía vuesa paternidad de su cabello negro? -preguntó, intrigado, el boticario-. Entiendo -añadió con un tono de voz no exento de malicia- que es muy difícil adivinar el color del cabello de un monja debajo de sus tocas.
-Está en lo cierto vuesa merced -respondió el dominico con cierta sorna-, pero existe, al menos, un forma bastante inocente de acertar en este punto, y es observando el color de las cejas, que en todo se corresponde con el del cabello. Yo, que recuerde, no tuve jamás necesidad de hacer esta observación en ella, pues deben saber vuesas mercedes que Madre Encarnación, así como su hermana doña Antonia, era de Ezcaray como mis primos y que, siendo yo muy joven, la conocí en ese pueblo, si bien ella llevábanos algunos años y su familia no se trataba con la nuestra. Ella y su hermana vinieron al Perú cuando su padre heredó una encomienda y un título en cierta parte de la costa cercana a la ciudad de Cañete, y nada sabíamos Íñigo y yo de su existencia hasta que mi querida prima doña Violante nos informó de ella cuando tomó los hábitos en el convento. Debo confesar a vuesas mercedes que a Íñigo no le agradó mucho la idea de que Antonia de Ubago fuese la maestra de novicias de su hermana, pero yo pude disuadirle del propósito que se había hecho de sacarla del convento, pues la vocación de Violante era, como vuesas mercedes conocen, verdadera, y en nada parecía estorbarla la presencia de sus paisanas.
-Ignorábamos estos detalles -dijo, como reflexionando, el caballero de Verona.
-Íñigo fue siempre un caballero discreto -continuó informando fray Antonio-. Jamás habría hablado, ni a sus mejores amigos, de estos asuntos de familia, aunque entiendo que el doctor Espinosa, por razones que realmente no alcanzo a comprender, conocíalos en detalle y que daba consejos a Íñigo sobre el particular. Pero bueno, dejemos de lado estos antecedentes, que poco importan, y permítanme vuesas mercedes continuar con el relato de la visita que, a los pocos días de haber enterrado a nuestra amada Violante, hiciéramos mi primo y yo a doña Encarnación de Ubago.
-115-
-Los antecedentes son, por el contrario, muy importantes en un asunto como éste -observó el boticario-. Que me disculpe vuesa paternidad si vuelvo a mentarlos, mas yo creo que, si los hubiésemos conocido antes... No sé... Las conjeturas que han estado dándonos vueltas en la cabeza durante todos estos años...
-No existen conjeturas válidas en este caso -interrumpió el dominico con un tono de voz que denotaba disgusto-. Fue la voluntad de Dios, y a desentrañarla no alcanzan nuestras razones. A ella se reducen todos los misterios que rodean la muerte de nuestra querida Violante. Su constitución era débil, y la cruz que se había echado desde niña sobre sus pequeños y frágiles hombros fue siempre demasiado pesada, demasiado áspera. Yo recuerdo que en Azofra, hace ya muchos años, cuando las

vendimias...

-Pero vuesa paternidad sabe...

-Yo no sé nada, maese Vivanco. No sé nada; sólo supongo, como vuesas mercedes, por lo demás. Íñigo y yo supusimos, dudamos, sospechamos, mas han pasado más de diez años, y yo ya no sé si me asiste algún derecho a seguir suponiendo, dudando y sospechando. Pequé contra la caridad en ese momento y creo que Dios nuestro señor castigó mis dudas y humilló mi orgullo mandándome una larga y penosa enfermedad. Vuesas mercedes sabrán que, durante siete penosos años, he estado postrado en cama a causa de la misma. Sólo la misericordia divina me ha salvado de la muerte. Era demasiado el amor, excesivo el afecto y el apego que sentía por mi dulce prima doña Violante. Yo la amaba, queridos amigos, como a una hermana.

-¿Y a Íñigo?

-De igual manera. Desde pequeños, siempre fue así. Nuestras madres eran muy unidas. Cuando Mariquita, mi hermana menor, murió, los tres prometimos no separarnos jamás. Para todos los efectos, éramos como hermanos.

¿Por eso dudó de doña Encarnación? -preguntó don Alonso.

-El dolor de la pérdida me llevó a pensar cosas horribles e injustas. Fueron momentos muy difíciles. Íñigo y yo pasábamos horas enteras en su casa, o reunidos en mi celda, dándoles vueltas, una y otra vez, a las sospechas que el enemigo había hecho entrar en nuestras mentes. ¿Por qué había muerto nuestra hermana? ¿Quién la había envenenado? Si el doctor Espinosa no hubiese dicho nada sobre el veneno; si no se hubiese fijado en las extrañas manchas de sus uñas, en el rictus de sus labios y en todos aquellos detalles que con -116- tanto cuidado observara en el cuerpo sin vida de nuestra querida Violante; si nada de esto hubiese hecho...

-Pero doña Violante murió envenenada. Se lo aseguro -dijo Vivanco-. Los efectos del veneno eran muy claros. Yo descubrí, más tarde, la manera en que había sido envenenada. Por cierto que yo mismo estuve a punto de pagar muy caro mi atrevimiento.

-Lo sé.

-Cuente entonces vuesa paternidad -reclamó don Alonso- los detalles de la visita que hicieran ambos a doña Encarnación de Ubago.

El dominico había dejado de pasear y, sacando al fin las manos de las mangas de su hábito, se apoyó en la mesa a la que estaban sentados sus amigos. Hernán Vivanco observó el pálido rostro del sacerdote, su mirada perdida, la laxitud de sus miembros y, por un momento, temió que fuera a desmayarse. Se levantó de su asiento, tomolo con ambas manos de los codos y, con amoroso cuidado, depositó la frágil humanidad del fraile en una silla. Después, fue hasta una de las estanterías, separó un frasco de vidrio pavonado, un frasco pequeño con una etiqueta pegada al centro, y lo destapó ante las narices del dominico. Don Alonso de Verona diose entonces cuenta de que también su amigo estaba pálido y pasó por su mente, como un relámpago, la idea de que la muerte rondaba en torno a la mesa de la rebotica. Pero se equivocaba. Las sales que el boticario había destapado bajo las narices del fraile estaban haciendo su efecto, y éste volvía ya de su desmayo. También volvían los colores a la cara de Vivanco, y el caballero de Verona sonrió para sus adentros. «¡Qué suerte tienen los frailes!», pensó en un alarde de desconsideración hacia su amigo. Solía hacerlo con frecuencia. A veces se sorprendía pensando en la muerte de sus

padres, o en las desagradables consecuencias de un accidente que afectaba a algunas de las personas que más estimaba. En cierta ocasión, estando en París divirtiéndose en la contemplación de una comedia de monsieur Poquelin, se engolfó en la idea, para él entonces atractiva, de la muerte súbita y teatral de uno de los actores y, cuando la representación terminó sin contratiempos, lamentó que nada hubiese sucedido. Había sido una idea loca -otra más- de la que, más tarde, se arrepintió. A veces, como ahora, estas ideas recurrentes, que con tanta frecuencia le asaltaban, producíanle terror. Una idea semejante (porque ¿qué otra cosa pudo haber sido?) lo empujó al asesinato de Putaparió, y la sonrisa que el rufián dibujara a la hora de su muerte lo perseguía ahora multiplicándose en los estantes de la rebotica, saltando de la mesa a los frascos y volviendo de estos de nuevo a la mesa en la que estaba sentado. Se puso de pie. -117-

Hernán Vivanco seguía atendiendo al dominico, que, ya vuelto en sí, disponíase a continuar su narración. El caballero de Verona volvió a sentarse.

-Si vuesa paternidad lo desea -dijo el boticario-, podemos dejar el asunto que nos ocupa para otro día.

-No -respondió el dominico-. Tal vez otro día ya no tenga el valor ni la fuerza suficientes para contarlo.

Fray Antonio de Tejada contó entonces que en los primeros días de junio de aquel año (lo recordaba muy bien, porque ese mismo día, a primera hora, había escrito una carta al cardenal Sáenz de Aguirre y él databa todas sus cartas llevando de ellas cuidada nota), como a la hora de la siesta, fue a visitar a su primo Íñigo con la intención de acompañarlo hasta el convento de las monjas, donde ambos tenían una cita con la madre superiora, doña Encarnación de Ubago. Recordaba muy bien que aquel día, pese a estar cercano el invierno, hacía mucho calor y que la tibia atmósfera casi veraniega obligaba a los arequipeños a desabrocharse los justillos y a dejar sus capas libradas a su suerte, descolgadas de los hombros al desgaire. Él, no obstante, por haber sido siempre friolero, arrebujose en su manteo y apretó el paso hasta la casa de su primo, donde Fermín Gorricho, que ya lo esperaba, le abrió al primer aldabonazo. No fue necesario que subiera hasta los altos, pues su primo, sentado en un poyo de piedra adosado a una de las paredes bajo los soportales del patio, lo esperaba aprestado para la empresa de aquel día. Vestía con mucha elegancia una camisa blanca de flecos, unos calzones ajustados, un jubón de terciopelo, la capa y un sombrero adornado de plumas y, de un tahalí, dejaba colgar su espada de caballero. Llevaba prendida del cinto una daga con empuñadura de plata e incrustaciones de esmeraldas y adornaba su pecho con una cadena de oro de la que descolgaba una medalla de lo mismo con las armas de su casa. Íñigo tenía la mirada perdida en los barandales del piso alto, pero el dominico adivinó por su expresión que su pensamiento se encontraba más allá de las fronteras de este mundo. Al darse cuenta de la llegada de su primo, el caballero de Cellorigo se levantó. Un abrazo selló el encuentro, y fray Antonio de Tejada sintió que, pese al valor y a la entereza que siempre había admirado en el primogénito de su tío don Asterio, éste temblaba como una hoja de roble agitada por los vientos de una tormenta y que los latidos de su corazón eran más intensos, fuertes y rápidos que de costumbre.

Sin pronunciar palabra, hicieron a pie el camino hacia el convento. Llegáronse al torno, y, una vez que hubieron anunciado a la hermana portera su visita, fueron conducidos por una de las criadas del monasterio al locutorio, -118- donde, sentados en duras bancas de madera, esperaron, pacientes, la llegada de la madre superiora. Tardó ésta en aparecer algunos minutos, y, cuando lo hizo, pusiéronse ambos primos de pie para saludarla. Tras las rejas del locutorio, veíase el rostro de doña Encarnación de Ubago más adusto que de costumbre. Del cinturón descolgábale un enorme rosario, y ambas manos manteníalas guardadas en las mangas de su hábito. Miraba de hito en hito, unas veces a fray Antonio, otras a don Íñigo, y en este último detenía con más frecuencia y por más tiempo su mirada, como si quisiera adivinar sus más recónditos pensamientos. Íñigo, a su vez, no despegaba sus ojos de la monja.

-Habrán venido vuesas mercedes -inició ésta la conversación- para ver el estado en el que se encuentran los asuntos de Madre Sacramento. ¿No es así?

-Así es, en efecto -confirmó el caballero.

-Y para ver también -añadió el fraile- la mejor forma en la que mi primo, aquí presente, pueda seguir contribuyendo con las obras piadosas del monasterio.

-Agradecemos -dijo entonces la superiora- el interés que el caballero pone en estos asuntos, mas la dote que aportara, al hacer su ingreso, Madre Sacramento fue suficientemente generosa, y pedir más sería, si atendemos a las circunstancias, un abuso. Sabemos muy bien...

-Dios nuestro señor nos pide que multipliquemos los talentos que, en su infinita bondad, nos otorga, y creo, reverenda madre, que un mejor medio para ello sería muy difícil de encontrar. Solicito, por ello, de su gracia, que acepte lo que, con toda humildad, vengo a proponerle. La suma que le ofrezco, aunque pequeña, sé que habrá de servir a los altos fines de su obra. Acéptela, reverenda madre, en nombre y en memoria de mi querida hermana, que no otro, estoy seguro, habría sido su deseo.

-Madre Sacramento, caballero, miraba en poco las cosas de este mundo y nada sabía de talentos ni de fortunas, que, para ella, la única fortuna consistía en tener a Cristo en su corazón, que con él le bastaba y sobraba para sentirse la criatura más rica y dichosa de este mundo, pues, en ningún otro bien había puesto su ambición. Vuesa merced, caballero, sabrá, por ser su hermano y muy querido, que cuanto digo es cierto. También vuesa paternidad, reverendo padre.

-Doyle en todo la razón, reverenda madre, mas entiendo que las obras piadosas no pueden sostenerse en este mundo de otro modo que con bienes -119- materiales, pues, si una austera celda de convento es, como no lo dudo, el lugar más adecuado para que Cristo se regocije en la carrera de perfección de sus criaturas, la celda es material y son no pocos los dineros necesarios para que, no una, sino muchas celdas, puedan ser construidas, y otro tanto digo de las capillas, locutorios, claustros, imágenes pintadas y de bulto, dalmáticas, casullas y demás ornamentos de sacerdotes y capellanes, amén de los objetos necesarios a la piedad y al culto que Dios nuestro señor precisa, reclama de distintos modos y exige de nosotros, los cristianos. En todo ello, reverenda madre -añadió el caballero, rematando su argumento-, únense lo espiritual y lo material,

que, en este caso y gracias a los fines a los que se destina, por decirlo así, se espiritualiza.

-Aceptaré, puesto que éste es el deseo de vuesa merced, mas insisto en que Madre Sacramento no habría podido entender tales razones. Ella vivió los últimos años de su vida con un desapego total por los bienes materiales. Creo que jamás conoció el monto de su dote, y actuaba en el convento con la humildad de una donada. Su única ambición era vivir en Cristo, con Cristo y para Cristo.

-Así fue desde pequeña -aseguró el dominico.

-Aquí, lamentablemente, no todas la entendían -dijo bajando la voz, como si temiera que la escucharan-. Algunas veían en ella encarnado un demonio de soberbia. Vuesas mercedes saben cómo son los conventos de monjas, donde no siempre las que están encerradas lo están por su voluntad y donde el diablo juega con las pobres almas de las más débiles y enciende en sus corazones la hoguera de la envidia. Mirábanla no pocas con rencor, pues en su ejemplo de piedad creían ver una reconvención a su conducta, a veces no tan austera como nuestra regla nos exige.

-¿Quiere decir, reverenda madre -preguntó el dominico-, que las costumbres del monasterio están relajadas?

-No precisamente. No podemos exigir demasiado a quienes, acostumbradas al lujo y boato del mundo, terminan encerradas entre las cuatro paredes del monasterio por decisión de sus padres, o por la temprana muerte de sus esposos. Para muchas, la vida monástica es un castigo, y hacérsela más dura y rigurosa podría resultar contraproducente.

-Entonces...

-A eso voy, reverendo padre. Permítanme vuesas mercedes que les explique lo que, a mi humilde entender, sucedía en el convento. Su hermana, -120- señor caballero, era un espíritu escogido, una de esas almas delicadas nacidas para la vida religiosa, para la vida en Cristo. Habría sido un buen ejemplo en todos los casos, mas, para muchas de nuestras monjas, el rigor de su ascesis era exagerado. Disciplinábase en exceso y hacía gala de ello frente a las demás monjas. Llegó a decir que el Espíritu Santo regocijábase en ella más que en ninguna otra, y que de ello dábale pruebas ciertas visitándola de continuo. Hacíalo no por maldad, ni por orgullo, sino porque, en su corazón, hallábase embargada de una alegría tal que veíase obligada a manifestarla frecuentemente con palabras inapropiadas. Las demás monjas, no entendiendo sus motivos y creyendo ver en ella a una mujer orgullosa y vana, excusaban su compañía, y, durante los últimos dos años que viviera con nosotras en el monasterio, puedo decir que yo fui, entre las monjas, su única amiga y confidente leal, pues, a excepción de Escolástica, la negra angola que atendía sus necesidades, nadie más osó en ese tiempo aproximársele para escuchar sus confidencias. Mi querida hermana Antonia, que es, como vuesas mercedes saben, maestra de novicias, si bien la amaba, encontrábase a menudo demasiado ocupada para ello, y estoy ahora más convencida que nunca de que el único que realmente entendía a Madre Sacramento era fray Domingo de Silos de Santa Clara, nuestro paisano, que, tanto o más que su confesor, parecía su confidente.

-Y ese fray Domingo de Silos -preguntó el caballero-, ¿de qué orden es?

-De la orden de San Francisco -respondió la monja.

-¿Viene al convento con frecuencia?

-Casi a diario.
-¿Es confesor?
-Y guía espiritual de muchas de nosotras. Una bendición de Dios, un hombre lleno de bondad y de alegría.
-Vuesa merced dijo que era nuestro paisano -habló ahora el dominico-. ¿De dónde es?
-De Cirueña. De una familia humilde, pero muy cristiana, de labradores. Vuesas mercedes tal vez la hayan conocido. A su padre, que era carretero, lo apodaban Casca. Murió violentamente, aplastado por las ruedas de su carro, según creo. Su madre se llama Casilda y ahora vive en Nájera con una hija suya que se fue a servir a casa de unos caballeros y que ha terminado poniendo con sus ahorros una carnicería y casándose con un buen hombre de Herramélluri.
-121-
-No recuerdo -dijo, después de pensarlo un buen rato, el dominico.
-Ni yo -añadió el caballero.
-Poco importa en todo caso -continuó diciendo doña Encarnación de Ubago y se quedó mirando, tratando de adivinar sus pensamientos, al caballero-. Fray Domingo de Silos fue para Madre Sacramento un verdadero padre y, para todas nosotras, sigue siendo un ejemplo vivo de caridad cristiana.
Esto último habíalo dicho la madre superiora al tiempo que se ponía de pie, dando por concluida la entrevista. En ese momento entró al locutorio una donada que traía en un azafate unos vasos de aloja y unos mazapanes de magnífica apariencia. Púsolo todo en el torno e hízole un seña al caballero, que se apresuró a hacer girar la máquina conventual, tomó el azafate y lo colocó sobre la banca en la que estaban sentados. Madre Encarnación volvió a sentarse. Su gesto hízose entonces más adusto, y, durante algunos minutos que Íñigo aprovechó para llevarse un mazapán a la boca, hubo un silencio profundo en el locutorio. Tras las rejas, doña Encarnación de Ubago parecía un espíritu de otro mundo. Fray Antonio de Tejada escuchó a lo lejos el ladrido de un perro, y el capitán de Cellorigo recordó entonces la visita que, algunos años antes, siendo todavía un mozalbete, hiciera con su hermana y sus primos de Azofra a doña Ángela de Leiva, abadesa del monasterio cisterciense de San Salvador de Cañas. Él siempre aseguraba que ese día su hermana Violante había decidido su vocación. Pero ¡qué diferencia entre la abadesa de Cañas y la priora de Arequipa! Doña Ángela de Leiva era una mujer sonrosada y fresca, pequeña y regordeta, llena de vida y de alegría, de una alegría sencilla y amable, producto, probablemente, de la paz interior alcanzada en la contemplación y el silencio. Aquella mujer sencilla con aspecto de aldeana hízole ver por vez primera que en la renunciación al mundo y en el desapego de los bienes materiales podía haber mucho más de lo que él, hasta entonces, había imaginado. Cuando Violante le expresó su deseo de hacerse monja, él recordó a la buena abadesa y supo conformarse.
Fray Antonio de Tejada tomó un sorbito de la aloja monacal. Don Íñigo lo imitó. La superiora seguía hablando, mas ahora contaba algunas anécdotas conventuales sin importancia, y la conversación se fue apagando.
-Madre Lucía del Espíritu Santo -refería ahora la monja de Ezcaray sanó, al fin, de aquellas fiebres que la tenían postrada, y con la ayuda de la divina providencia ya asiste al coro todas las madrugadas con la misma

puntualidad de siempre.

-122-

No le quitaremos más tiempo, reverenda madre -dijo el dominico a guisa de despedida-. Mi primo y yo le quedamos muy reconocidos.

-Por mi parte -añadió el caballero-, le estaré enviando lo acordado en estos días. Quisiera que una parte de lo mismo se destinara a misas por el eterno descanso de mi querida hermana. El escribano vendrá pasado mañana para finiquitar los detalles.

Cuando salieron del monasterio, las sombras se alargaban en Arequipa. Un indio de las alturas de Ayaviri arreaba un hato de llamas en dirección a la plaza Mayor. De las llamas colgaban costalillos de papas, y, a lo lejos, acompañada de una guitarra morisca, escuchábase una canción de moda. Hacia el poniente, el cielo habíase tornado bermejo y, sobre las montañas que cercan la ciudad por el levante, unas nubes pesadas y negras amenazaban tormenta. Fray Antonio arrebujose en su manteo. Caminando despacio y sin hablarse, llegaron ambos primos a la casa del caballero. En el umbral se despidieron con un abrazo. Cuando fray Antonio llegó a su convento, las primeras gotas de lluvia mojaban ya el empedrado de la ciudad.

-Recuerdo bien aquella lluvia -dijo el boticario-. Parecía eterna.

-También yo la recuerdo -aseguró el caballero de Verona-. El Chili se desbordó y arrasó los sembríos de las chacras.

-Aquella lluvia -añadió el dominico- está para mí estrechamente unida al recuerdo de mis queridos primos. En cada uno de los momentos importantes de mi vida hay una lluvia que me los recuerda.

Al caballero de Verona vínole entonces a la memoria el recuerdo de Putaparió. También llovía aquella noche sobre Madrid. Cuando llegó a su casa, estaba calado hasta los huesos y sus botas mojadas habían acabado por empapar sus medias calzas. En su cama, aún tardó algún tiempo en entrar en calor, pese al calentador que, durante algunos minutos, habíale puesto Pedro para entibiar las sábanas. Pensó que la demora en entrar en calor tanto podía deberse a aquella sonrisa del rufián, que había congelado su conciencia, como a la lluvia invernal mezclada con nieve que había caído sobre él aquella noche. Sintió un estremecimiento. El boticario lo notó. Fray Antonio de Tejada tenía su pensamiento en otra parte.

-123-

Capítulo X
Bibiana

Vila por vez primera, entre el menudo, en la iglesia de la Almudena. Sudaba en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, agobiado por los calores de la estación y por los almidones de la valona. Más que a las ricas casullas y a las dalmáticas doradas de las que estaban revestidos

obispos y misacantanos y a las sobrepellices bordadas de sacristanes y de monagos, dirigíase mi vista, impaciente, a las bellas formas ocultas de las mozuelas bajo sus burdos ropajes de sayal. Envueltos en toscas ropillas y recubiertos de encajes ajados por el uso, adivinaba mi apetito los abultados senos, apetecibles y jugosos, de fregatrices y lavanderas y, en algunas ocasiones, al describir mis ojos una osada curva, dirigida cual disparo de cañón al lejano blanco de las entretelas de alguna doncella que dibujara con precisión las sinuosas ampulosidades de sus caderas, descubría a otros miembros del Consejo de Indias que, tan aburridos como yo con los interminables latines de la ceremonia, descargaban su rijo con las municiones de salva de sus miradas ardientes. Todo un homenaje a la humilde belleza de nuestro pueblo.

La iglesia estaba llena hasta los topes, y, como todos los años, aquel jueves de junio fue caluroso y brillante, soleado y oloroso. Por el cuello deslizábanseme los sudores y, entre las piernas, una picazón provocada por el deseo obligábame a continuas genuflexiones, inclinaciones de cabeza, golpes de pecho y otras formas, igualmente estudiadas, de disimulo. Mis labios susurraban oraciones, y, entre una y otra avemaría, en medio de tantos kiries y dominusvobíscum, credos, ángelus, glorias y paternósteres, entre espiritutúos y sursuncordas, dejaba mi boca pecadora descolgar hasta mis pechos suspiros provocados por una pasión desbocada y salvaje que amenazaba reventar antes, mucho antes (pues todo parecía interminable y los predicadores se esmeraban en prolongar sus sermones y en hacer aún más perdurable y dolorosa mi tortura) del itemisaestdeogratias tan esperado. A veces observaba la cara del rey bobalicón, junto a la baranda del altar mayor, en el lado del evangelio. Sus ojos, inexpresivos y turbios, deslizábanse, como los míos, entre la multitud de placeras, mozas de venta, merceras, verduleras, fregonas, alcahuetas y putas que ocultaban a medias sus rostros entre mantillas de encaje y pañuelos burdos bordados con lanillas de colores. Y fue el rey, precisamente el rey don Carlos, segundo de este nombre, como decimos los cortesanos y secretarios, quien dio, en una de sus miradas, con el lugar exacto en el que se ocultaba a nuestros deseos la increíble belleza de la asturiana. Fue en el momento preciso en el que -124- el arzobispo de Santiago, que celebraba de pontifical, auxiliado en este menester por dos obispos y una caterva variopinta de presbíteros, canónigos y frailes de todas las especies, elevaba sobre todos nosotros el cáliz de la consagración. Sonaron entonces las campanillas de monagos y sacristanes, y todos hubimos de postrarnos de rodillas, con lo que, por un momento, perdieron mis maravillados ojos la dulce visión que acababan de tener. Terminada la consagración entre golpes de pecho y genuflexiones, pude al fin deleitarme en la contemplación de su belleza.

Adornábase con un vestido muy sencillo de los que usan las doncellas recién llegadas a la corte, mas, bajo su velo, brillaba en todo su esplendor una cabellera roja como el fuego y, aun enmedio de la multitud que la rodeaba y pese a la humildad de sus refajos, adivinábase la presencia de una calipigia que en la misma Afrodita habría despertado celos, de conocerla. Un juboncillo de terciopelo verde adornado con cintas del mismo color, que lo ajustaban, hacía destacar la redondez de sus pechos, la insinuante inclinación de sus caderas y la sutileza de su

cintura. De ésta, descendía una falda negra de tela delgada que caída al desgaire sobre sus posaderas, destacaba aún más la perfección de ambos hemisferios. Imaginé, más que vi, el brillo de sus ojos, tan azules como el cielo de junio en Argamasilla. La iglesia olía a incienso, a almizcles, agua de rosas, cera quemada, orines, pedos, sudores y aromas de flores diversas, a barro reseco, potingues, cera de labios, polvos de arroz y frituras de manteca, y una atmósfera cargada y espesa, un aire denso de cementerio, un tufo picante que penetraba por mis narices, teníame siempre en trance de estornudar. Los rostros adustos y serios de los demás consejeros de Indias, mis colegas, de los que me hallaba rodeado, obligábanme a esfuerzos inhumanos para contener el desborde de mis humores, y no hallaba descanso mi pobre espíritu entre tantos latines episcopales, metálicos campanillazos de monaguillos, melismas de cantores castrados, sudores y picazones, por lo que no dejaba de soñar con el fin de mi tortura y con el ingreso a la gloria que los ojos por mí imaginados me prometían. A todo ello, añadíanse ahora, cada vez más exigentes, las ganas de mear, pero el arzobispo de Santiago hallábase todavía en el Agnus Dei y aún faltaban algunos pasos para que la ceremonia llegara a su fin. Aliviábanme en algo las continuas genuflexiones, que tengo para mí que, en las iglesias, cumplen el mismo fin que los pequeños paseos con los que medimos el largo de los estrados y estradillos de nuestros anfitriones, cuando, atrapados por la formalidad de las costumbres, nos priva el protocolo de la ocasión o del tiempo de alcanzar la discreta esquina callejera en la que podríamos vaciar, sin temor a ser sorprendidos por la justicia, nuestras vejigas y dar rienda suelta a nuestros humores. En esto estaba pensando, casi olvidado de la mozuela rubia que minutos -125- antes había ocupado por completo mi imaginación, cuando, como guiado por un sexto sentido, di en buscarla de nuevo con la mirada. Habíase puesto de pie y, con las manos juntas contra su pecho, parecía que rezaba. Descolgábanle de entre los dedos las cuentas de un humilde rosario fabricado con bayas de algarrobo, y, como al son de una música extraña e inaudible, el pequeño crucifijo de madera que de su extremo descolgaba balanceábase en el aire. Di entonces en imaginar que tal balanceo no era sino la escritura de un mensaje con el que la mozuela, seguramente enterada de mis intenciones, las aceptaba, citándome en un lugar y en un día y una hora que yo, en vano, trataba de descifrar.

Había pensado que, una vez terminada la misa, escaparía hacia mi casa, pero, con el mensaje del crucifijo, había variado mi intención. Sobrellevaría, como otros años, la procesión del Corpus, el ruido insoportablemente festivo de atabales y clarines, la música de los gaiteros, el paisaje madrileño cubierto de pendones flameantes, de balcones engalanados, de flores pisoteadas por los hermanos de las cofradías, de cantos, de ruidos y de latines. Marcharía, junto con los demás miembros del Consejo de Indias, detrás de los frailes y los niños de la doctrina, alejado del único grupo junto al cual me interesaba realmente estar, el grupo en el que seguramente iría la moza rubia cuyos azules ojos tan sólo había, hasta entonces, imaginado. Recordaba perfectamente la pregunta que un amigo habíame hecho unos cuantos días antes en una taberna de la puerta de Guadalajara haciendo esquina con la calle Nueva, mientras despachábamos sendas tacitas de un aloquillo de Arganda que él mismo había

calabriado. «¿Qué parte del cuerpo de las mujeres gusta vuesa merced de mirar primero?», me había preguntado. Sin dudar, yo le respondí que los ojos. Él se había reído. «Yo les miro siempre los pechos», me respondió, «que en las proporciones de ambos hemisferios encuentro siempre la realidad del gozo que me prometen». A diferencia de mi amigo, yo siempre les miro los ojos. Los ojos tienen vida y reflejan una verdad que va más allá de las simples dimensiones. Faltábame, pues, conocer con certeza el color de los ojos de la mozuela, sus formas y dimensiones, la intensidad de su brillo, y, aunque sabía (o adivinaba) que eran éstos azules y grandes y que, de no serlo, ningún interés habrían de tener para mí sus redondos senos, ni sus caderas ampulosas, ni aun la perfecta armonía de las esferas que en sus soberbios hemisferios de calipigia componía la más acabada figura geométrica que hasta entonces hubiera conocido, agitábame inquieto por no haber podido, hasta ese momento, ver confirmadas mis esperanzas.

Al iniciarse la procesión, todos fuimos, por orden riguroso, saliendo de la iglesia. Encabezábanla los músicos, y, tras ellos, marchaban los niños -126- desamparados y los de la doctrina. Detrás de los niños extendíase un bosque de cruces y de pendones, y, a su sombra, marchaban los hermanos del Hospital General y los de Antón Martín, los frailes descalzos de todas las órdenes reformadas, los clérigos menores, los padres de la Compañía, tan adustos, los mínimos de la Victoria y una ingente multitud de frailes calzados. Seguían las cruces de la Almudena y del hospital y, tras ellas, clérigos y miembros de las órdenes militares. Al lado derecho íbamos los miembros del Consejo de Indias, junto con los del de Aragón, el de Italia y el Supremo de Castilla, y, a la izquierda, los del Consejo de Hacienda, de la Inquisición y de las órdenes con más de veinte sacerdotes del cabildo, todos los de la capilla real y el resto de la clerecía, el rey y los obispos. Con tantas formalidades y terciopelos, entre tantos guardias, picas, timbales, pendones, clarines y cruces, perdido en aquel bosque crecido de pronto en las calles de Madrid, no veía yo el momento en el que todas aquellas fantasías llegaran a su fin, pues entre ellas y entre la multitud de rapazuelos, mocosos, amas de cría, aguateros, criadas vizcaínas, mozos de cuerda, escribanos de la audiencia, caperos, pícaros, rabizas, gitanos, hidalgüelos, tahúres, sacristanes, secretarios, arrieros, gallegos y demás isidros que delante de la tarasca ponían sus pies en polvorosa, perdí de vista aquella espléndida y soleada mañana de junio a la encantadora zagala de la Arcadia que, bajo la humildad de sus vestidos, prometíame con sus encantos los placeres de ese cielo que Cupido tiene reservado a sus devotos. Pasé el resto de la mañana entre sudores y ruidos y, como para consolarme, di con mis huesos de pecador, hacia el mediodía, en la casa de una mi prima algo lejana que, esposa de un valido de la reina, gozaba por ese tiempo de una discreta viudez de conveniencia por encontrarse su marido en misión, al parecer importante y secretísima, ante la corte de los zares. Habíase quedado mi prima en Madrid, porque, según decía con harta gracia, prefería los mantecados de Astorga, los polvorones de Estepa y los ricos mazapanes de Toledo a los bollos circasianos escarchados al natural.

Recibiome mi prima con muchas gracias y zalemas y exhibió ante mí, en el tiempo en el que permanecí en su casa, un arsenal fantástico de recursos

que habría envidiado la misma Mesalina. Comimos ese día, mirándonos a los ojos, albondiguillas y manjar blanco y, de postre, frutas de estación, que ya las daba. Si mal no recuerdo, fueron cerezas. Entraban y salían los criados de librea, y mi prima administraba sus órdenes sin mirarlos siquiera. Parecían todos acostumbrados a tales extravagancias, así que cuando, ya levantados los manteles, invitome con discreción a pasar a su alcoba, ninguno de ellos pareció extrañarse, y todos desaparecieron de cuartos y de pasillos como por arte de encantamiento. Gocela, mas, ya casi al final, vínome una flaqueza que dejó -127- mi cuerpo congelado y mi virilidad arrastrándose por los suelos, como si, en vez de estar en Madrid en un espléndido día del mes de junio, estuviera en Moscú, como se encontraba su marido, tiritando a la intemperie. Mi prima, extrañada, pues ya conocía mi ardor en estos casos, preguntome la causa de mi debilidad repentina, y yo, que siempre he sido honesto con los que bien me quieren, hube de confesarle toda la verdad, describiéndole con gruesas pinceladas de color a quien hasta ese día había vivido, sin remedio, tan lejos de mí y a quien imaginaba para siempre con su destino ligado al mío.

Durante meses nada supe de ella. Acariciando siempre la esperanza de hallarla al doblar una esquina, recorrime mil veces de arriba abajo las calles de la villa. Buscábala en los portales y escaleras de sus casas, en los rincones más escondidos de sus calles y plazuelas, en sus tiendas y en sus mercados, en el interior de las carrozas que a diario recorren las frescas alamedas del Prado, bajo los vestidos y tocados de marquesas y de criadas, de damas de la reina y de bailarinas de zarabanda, o entre los árboles y la floresta de la Huerta del Rey y entre las sombras que hacen los arcos de la plaza Mayor en sus soportales. Llegábame en ocasiones hasta el Alcázar, pasaba a la otra orilla del Manzanares y, cuando ya desesperaba de encontrarla entre la multitud, volvía sobre mis pasos hasta la plaza Mayor, o, cuando el ánimo me lo permitía, hasta la calle de Alcalá, junto a cuya cruz y, sin saber por qué, poníame a rezar y a acongojarme. Con frecuencia recorría todos los pasos que había dado en la procesión del Corpus con la esperanza de descubrir en aquellas calles ya olvidadas de atambores y de pendones, de cruces, monaguillos, obispos, frailes, caballeros, gigantones y tarascas, algún perfume especial, algún aroma, alguna huella de sus chapines sobre el empedrado, algún indicio, en fin, que denunciara su paso, y subía por la calle Mayor, avanzaba por la de las Carretas y la de Atocha, volvía a la iglesia de la Almudena, contemplaba sus muros, entraba en ella, me detenía frente a sus altares, observaba a las beatas, examinaba los pasos y los cuerpos garridos de las más jóvenes y salía otra vez a la calle para seguir dando vueltas como una peonza entre la plaza Mayor y la puerta del Sol, donde, con frecuencia, al subir por la calle de la Montera, encontrábame con algunos amigos y conocidos que no dejaban de demostrarme su extrañeza por mis recientes costumbres andariegas. «Es un hábito saludable», les respondía, y ellos, entre sorprendidos y discretos, se despedían de mí con una ligera inclinación de cabeza. Dormía poco y a sobresaltos. En la noche, el paso de los borrachos cantando coplas chabacanas y los ruidos lejanos y amenazantes de las riñas de los matasietes manteníanme en vela, y no pocas veces, embozado en mi capa, volvía a la calle empujado por una misteriosa fuerza que desconocía y que no podía controlar. Descendía entonces por la

calle de San Miguel hasta casi su -128- desembocadura en la de Alcalá y, de allí, torcía por la de San Jorge y, enfilando al final de la calle de la Reina por la de las Torres hacia la de los Carmelitas, solía dar finalmente con mis huesos en la de San Hermenegildo, donde, si aún no era muy tarde, me recogía en el figón de un pasiego, cuya mujer mostrábame gran estima, para reponer las fuerzas con algún caldo de cordero o las sobras de un jigote y una buena jarra de vino, con lo que me consolaba. Andaba siempre como desmayado y borracho. Comía poco, cualquier cosa y a deshoras. Mi buen Pedro, tan habituado al orden, acostumbraba por entonces a mirarme con extrañeza y no pocas veces descubrí en sus labios una mal disimulada sonrisa de conmiseración. Todavía no conocía su nombre, pero recreaba mi mente imaginando que mantenía con ella conversaciones amenas e interminables mientras estábamos ambos tumbados al descuido sobre la hierba de una pradera a las orillas de un arroyuelo cantarín y limpio de las montañas. Ambos éramos pastores, y, en mi zurrón, guardaba yo un suculento pedazo de tocino que, con un corrusco de pan endurecido, aligeraba, más tarde, nuestra gazuza. En esas ocasiones jamás le miraba a los ojos, pues hasta entonces no estaba seguro de su hermosura. Y con esas y otras imágenes bulléndome en la cabeza, algunas noches me llegué hasta la plaza de la Cebada, donde mozas de apetecibles carnes ofrecíanme sus encantos.

Acostumbreme a la mala vida y al aire de los rufianes y frecuenté figones y tabernas de mala muerte, mesas de tahúres y conventillos de pícaros, fondas y ventas, rondas de cuchilleros y compañías de cómicos, burdeles y salones en los que los favores se vendían al más alto precio y descuidé en todo mis intereses, dejándolos en manos de mis parientes, que, en ese corto tiempo, debieron, según ahora entiendo, de multiplicar sus fortunas, pues menguada y sin esperanzas quedó la mía. Una mañana que, por excepción (había, como en otras ocasiones, salido el sol desde temprano, pero algo nuevo que no sabría explicar flotaba en el ambiente y un ligero cosquilleo en mi nariz me decía que podría ser el mejor día de aquel otoño casi primaveral), habíame levantado con mucho ánimo y dispuesto, tras una noche de buen dormir (mi sueño, tan ligero, hízose aquella noche pesado y profundo), a recuperar mis antiguos y ya casi olvidados hábitos, decidí, por mejor gozar de aquella espléndida jornada de noviembre y de las tibiezas del sol del veranillo de san Martín, pasear a pie y sin compañía, como venía haciéndolo desde que la viera en la iglesia arropada en trapos y con las manos juntas sobre aquellos pechos con los que soñaba día y noche. «Irás al Prado, Leonor», iba canturreando por los bajines, acordándome a medias del parlamento de una comedia que había visto en los últimos días, cuando, bajando por la carrera de San Jerónimo, acerté a columbrar en lontananza el brillo inconfundible de una cabellera llameante. Cantaban los -129- pajarillos entre las ramas desnudas de los árboles, y sus hojas secas, arrastradas por una ligera y cálida brisa de levante, componían con sus tonos rojizos y dorados un cuadro de gran tibieza, de intimidad casi hogareña. Apresuré mi paso, impelido por el deseo y la esperanza. Tenía la extraña seguridad de que esta vez mi instinto no se equivocaba. A lo lejos, veíase que la cabellera de fuego pertenecía a una doncella de algo más que de mediana estatura, esbelta, de paso menudo y rápido, que no habría de calzar demasiados puntos en sus

chapines por lo bien que sabía contonearse. ¡Y qué garbo! Acompañábala una vieja que, por llevar el rostro a medias cubierto con un grueso mantón de lana negra, supuse yo que habría de tenerlo picado de viruela. A poco, la vieja del mantón desapareció de mi vista, y no porque hubiese dejado de cumplir sus funciones de chaperona, sino porque, en mi imaginación desbordada, habíala yo destinado a hacerle compañía a Satanás en los infiernos. Mis ojos la veían tan sólo a ella. Desaparecieron de mi vista los árboles y los pajarillos, las doradas hojas y las fuentes, las casas, las calles y las personas, y en el mundo sólo era ella, sólo estaba ella, ella ocupaba todo el espacio que mi vida necesitaba, los cuatro costados de mi alma. ¡Allí estaba! Acercábame a ella sin saber a ciencia cierta qué habría de decirle, y, antes de llegar a su altura, percibí que, en efecto, eran sus ojos azules y aún más grandes, claros y dulces de lo que jamás hubiese imaginado. Calculé bajo sus sayas el largo exacto de sus piernas, el grosor de sus pantorrillas, las dimensiones de sus caderas, la perfección de aquel cuerpo que, en la iglesia de la Almudena, tan sólo había podido adivinar entre el humo de los cirios, inciensos, rostros de beatas, gestos adustos de los miembros del Consejo de Indias, música de chirimías y estruendo de atambores, entre latines y casullas arzobispales. ¡Allí estaba! ¡Ante mí! Unos cuantos pasos nos separaban, y noté que yo había comenzado a temblar como una hoja, por lo que hube de hacer una gran fuerza para enfrentar la situación, atemperar mi semblante, ajustar el paso que contra mi voluntad se alargaba y hacía más raudo, reparar en mis ropas, terciar mi capa, ladear mi chambergo y ajustar el tahalí que llevaba cruzado sobre el pecho. Y, cuando todo húbelo concluido, a medias satisfecho de los resultados, la moza estaba ya frente a mis narices y sonreía, abriéndome, de esta guisa, las puertas de su confianza. No recuerdo bien las primeras palabras (¿qué enamorado las recuerda realmente?) de saludo: tan sólo sus ojos, tan azules y tan profundos, tan limpios y sorprendidos, tan serenos, aquellos transparentes y tibios piélagos en los que, durante unos pocos meses, habría de naufragar tan a mi gusto, víctima de sus encantamientos, y, también, que caminamos despacio hasta un merendero, que en éste tomamos aloja por aligerar nuestras calores y que, como niños, observábamos riéndonos a los paseantes y que el soberbio paso de las grandes damas -130- en sus coches de tiro con sus criados de librea colgados de sus pescantes, el de los alguaciles, tan serios, que caminaban en parejas con la mano derecha apoyada en el pomo de sus espadas mientras les crecían los ojos en el cogote por mejor vigilarnos, el correr de los chicuelos entre los arbustos, o el pasar lento y voceado de aguateros, mieleros, alojeros y cuantos mozos poníanse delante de nuestros ojos anunciando a voces sus mercancías provocaban nuestra risa y despertaban, sin que pudiéramos evitarlo, nuestras carcajadas, que, de tan felices, debíamos parecer tontos de capirote. Algunos paseantes se detenían entre sorprendidos y molestos, mas, al ver nuestros rostros, tan inocentes y confiables, continuaban su camino. Supe entonces, pues me lo dijo, que se llamaba Bibiana, que era nacida en Asturias, junto a tierras de Liébana, ya en los límites de la Montaña, de familia hidalga, como suelen serlo cuantos vienen al mundo en tan antiguo reino, aunque muy pobre, y que la vieja que la acompañaba era una su tía madrileña, prima lejana de su difunto padre,

algo necia, sorda como una tapia, adornada de muchos y sonoros apellidos («y tantos», decíame la doncella, «que no puede caminar en silencio, pues le suenan todos cuando se mueve») y con un más que menos de tronada. Había llegado a la corte a probar fortuna, que en Asturias, según me dijo, los hidalgos sin ella son más numerosos que los salmones en sus ríos y en nada remedia su necesidad una probanza de nobleza en la chancillería de Valladolid. Hasta el presente, empero, la fortuna le había vuelto la espalda, pero ella confiaba en que, con el correr del tiempo, habría de sonreírle, que méritos tenía -y le sobraban- para enamorar a dama tan veleidosa.

Caminamos a lo largo de la mañana, paseamos las horas y los minutos, nos deleitamos en cada rincón del tiempo que pasamos juntos, y nuestros pies, más que en el suelo, posábanse en el espacio mágico de los sueños. Llegada la hora de la comida, ofrecí invitarla a un refrigerio en mi propia casa, a la que, aunque con hartos mohínes (¡y tan graciosos!) y reticencias, terminó por acceder. La vieja, siempre pegada al guardainfantes de su sobrina, seguía con toda discreción fuera de mi vista, no por su gusto, por cierto, sino por el mío, que en nada se satisfacía sino en la contemplación extasiada de aquellos ojos celestiales de la moza asturiana. Sólo cuando, al llegar a mi casa y ya en mi estrado, mi fiel Pedro, con la discreción de la que gusta de hacer gala ante las visitas por parecer educado entre los doce pares de Francia, nombró a la vieja con el título de señora y la invitó a que tomara unas aceitunas de aperitivo, caí en la cuenta de que jamás se había separado de nosotros.

La comida transcurrió entre miradas y sonrisas, entre juramentos de amistad eterna por mi parte y veladas promesas de amor por la suya. Gracias al -131- brasero que Pedro había encendido poco antes de que llegáramos, la atmósfera del comedor estaba tibia, y cuando, transcurridas más de tres horas de conversación y de risas ininterrumpidas, de tiernas miradas, discretos roces, suspiros y melindres, salimos a la calle, dímonos cuenta de que el cielo habíase encapotado, que corría un vientecillo frío que cortaba la respiración, que estaba a punto de caer la noche y que el invierno, como todos los años por esas mismas fechas, comenzaba. Hice, entonces, que Pedro dispusiera con mi cochero la carroza, pues Bibiana me había dicho que vivía a la otra orilla del Manzanares, e, instaladas en ella, me ofrecí para acompañar a las damas hasta su casa, ofrecimiento que la tía madrileña de mi adorada asturiana, milagrosamente restablecida de su sordera, se apresuró a rechazar con un gesto entre soez e indiscreto que avergonzó a su sobrina y que yo, en mi inocencia, atribuí a los muchos años que, sin duda, afectaban ya su entendimiento. Cuando volvió, pregunté a Tarsicio, mi cochero, en qué lugar había dejado a las señoras, mas él tan sólo supo decirme que en una esquina de la calle de los Francos le pidió la más vieja que detuviera el coche y que, mucho antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, abrieron la portezuela y ambas desaparecieron de su vista como tragadas por la noche. Entre sorprendido y molesto, volvió a casa para darme cuenta detallada de lo sucedido.

Durante algo más de tres semanas seguimos viéndonos a diario en uno de los merenderos del Prado y, más tarde, cuando ya el frío comenzó a hacerse realmente insoportable, dimos en trasladar nuestras citas a mi casa.

Tomábamos chocolate y jugábamos al ajedrez y, a veces, a las barajas, mientras la villa de Madrid, a nuestros pies, se congelaba. A veces, entreteníamos nuestros ocios observando, tras los pequeños cristales casi congelados de las ventanas, el paso siempre apresurado de los caminantes empujados por el cierzo, o escribiendo, en esos mismos cristales empañados, nuestros nombres de enamorados: Fílida y Félix. En los días soleados gustábamos de juegos más inocentes, y Bibiana, vestida como aldeana de su región, llegábase hasta una fuente cercana a mi casa y, con un cántaro de agua sobre su cabeza, paseaba la calle contoneándose con mucha gracia hasta llegar a mi puerta, donde Pedro estaba ya listo a recibirla. Desde la ventana de mi alcoba, veíala hacer y disfrutaba la representación. Al atardecer, al caer las sombras de la noche sobre las calles y plazuelas de la villa, Bibiana y yo, bien abrigados al calor del brasero, volvíamos a contemplar satisfechos el ir y venir de los infelices que, embozados en sus raídas capas, luchaban contra el cierzo del Guadarrama. Colábaseles éste por todas partes, y nosotros, como si temiéramos que los viandantes nos contagiaran sus fríos y tiritos, abrazábamonos fuerte por mejor sentir -y con mayor intensidad- el calor de nuestros cuerpos. En ocasiones, era éste tanto y tan ardiente que -132- Bibiana, con alardes de comedianta, desnudábase al ritmo de las músicas que yo, para la ocasión, le improvisaba haciendo ruidos con la boca o golpeando con los nudillos una mesilla de madera adosada a la cabecera de nuestro lecho. Cuando terminaba la representación, a la que ella, con mucha gracia, nombrábala danza de los siete velos (solía, en éxtasis, gritar que quería la cabeza del Bautista, y yo sacábala entonces a la luz para que ella, cumpliendo sus funciones de verdugo, me la arrancara a mordiscos), rodábamos ambos por el suelo, y sobre la alfombra persiana que coloreaba el piso de la pieza, terminábamos amándonos con desesperación y con furia. Una, dos, tres, cuatro, cinco semanas y tres días bastaron para hacer de mí el hombre más dichoso de la tierra.

Invadiome en aquellos días un extraño deseo de hacer cosas. Levantábame con los gallos y salía, lloviera o tronara, a pasear por Madrid hasta el mediodía, después de haber roto el ayuno del día anterior con los huevos escalfados de costumbre, dos mazapanes, un pedazo de queso, una taza de leche bien colmada o, más frecuentemente, con una buena jícara de soconusco. Desterré de mi dieta, en aquellos días, los matahambres y sopas de ajo, las pezuñas de cerdo y las carnes rojas, a las que yo imaginaba repletas de miasmas peligrosísimas que habrían de afectar mi temperamento al verme frente a mi amada. Consumía tan sólo dulces y golosinas, hidromieles, aloja, letuario, chocolate y mazapanes de las monjas, y siempre tenía en casa una gran provisión de estos deleites por mejor regalar con ellos el paladar de la asturiana. Bien se sabe que las comidas dulces y suaves hacen dulce y suave a quien las consume y que las golosinas y chochos, no siendo propios para la guerra, son -y con mucho- los más apropiados y mejores pertrechos de los que Amor se sirve en sus batallas.

Fueron también, en aquel tiempo, despreocupados y felices cuantos estaban a mi servicio, y yo, descuidados como tenía mis deberes para con el Consejo de Indias, al que me habían transferido hacía tan sólo unos meses por recomendación de los marqueses de Puñoenrostro, mis protectores, pedí

mi excedencia y fueme concedida, abandoné las prisiones «do el ambicioso muere» y quedé, desde ese entonces y para siempre, con las modestas rentas que producían algunas tierras que, en los campos de Guadix, habíanme dejado mis precavidos progenitores. Si escasas para mis vicios, eran las rentas bastantes a satisfacer mis necesidades y permitíanme mantener un buen pasar de por vida y casi tanto como si dispusiera de un juro real por garantía. El único entre mis criados que no gustaba de mi nueva posición era Pedro, que seguía soñando con pasar a las Filipinas y hasta con morir en ellas, rodeado, como decía, del afecto cordial de las tagalas. Habíale nacido tan extraña obsesión con el roce de unas camisas de seda chinesca en los años en los que vivíamos en París, -133- delicadas y coloridas prendas que me habían sido enviadas como regalo por un tío, hermano de mi madre, coronel de los ejércitos de su majestad y gobernador de una de las provincias de tan alejados territorios. Mi querido tío Juan imaginaba probablemente, en ese tiempo, que habría de hacer una insuperable carrera en el servicio de su majestad. Como yo, los demás criados, incluido Tarsicio, sentíanse ahora libres de los cuidados que semejante servicio produce a cuantos lo sufren.

Fueron aquellos meses felices, jornadas intensas y días plenos de sorpresas agradables, mas, como todo lo bueno tiende fatalmente a su fin y acabamiento, un buen día, de repente, mi felicidad se esfumó. Recuerdo bien que fue un viernes muy frío de febrero y que los cristales de la ventana de mi cuarto amanecieron escarchados y opacos. En las ramas desnudas de los árboles de mi patio los gorriones se congelaban. Por la calle de la Cruz aventurábanse comediantes, modistillas, artesanos, damas de primera agua, carboneros, arrieros, mozos de cuerda con sus cargas, vendedores de aguardiente y algunos otros cristianos que lo hacían por necesidad, y los carros cargados de cisco y leña llegados de la sierra, traqueteando, batían los barros congelados de las afueras de la villa. Hacia el Prado, sonaban como blasfemias las trallas sobre los lomos de las acémilas, y el relinchar de las más rebeldes, junto con el restallar de los chicotes y los juramentos de los carreteros, proporcionaba a Madrid aquella parda y fría mañana de febrero un fondo musical de pesadilla. En la calle, bajo mi ventana, un abogado de las reales audiencias, queriendo salvar las aguas de albañal que corrían libremente en el fondo de aquel arroyo ciudadano, cayó de bruces y se embarró con las inmundicias de sus clientes. Sin poder evitar una sonrisa, me retiré de la ventana y corrí las cortinas. La atmósfera gris y el aire turbio invitaban a quedarse junto al brasero.

Aquella mañana habíame despertado pletórico de ánimo y de entusiasmo y, sobre mi mesa de trabajo, tenía ya dispuesto mi recado de escribir. Durante la noche anterior, en la soledad de mi lecho, había imaginado la composición de un soneto de tema singular, un soneto a la manera de Quevedo, y, tras tomar una breve colación de queso y vino, púseme a contar las sílabas necesarias para arrancar de la materia informe del lenguaje las sonoridades que mi musa requería. Quise dedicar aquel soneto al humilde orinal, objeto peregrino y necesario y, al tiempo, el más vil y despreciable de cuantas invenciones haya el hombre imaginado, recipiente de nuestras miserias, pozo inmundo y ciego en el que vamos vaciándonos de a pocos, reduciéndonos a simple y escueta materia excrementicia. Es el

orinal instrumento de un solo pie y de una gran boca. A decir verdad, el orinal es todo boca: una inmensa boca sin estómago, un saco sin fondo, pues esa boca es, al tiempo, boca, estómago y vertedero de -134- nuestra propia humanidad. Come y no come, deglute y expulsa sin deglutir ni expulsar, pues, si bien admite cuanto le echamos, nada termina por aceptar y, al seguir con su enorme boca abierta, sigue aceptando cuanto rechaza y, sin comer, comiéndolo con voracidad. Ningún otro instrumento ideado por el hombre encierra mejor el sentido final de nuestro tiempo, y su figura redonda y deforme, su silueta de enano inflado y cojo, puede ser tomada por suma y cifra de cuanto en nuestro país se está pudriendo, o de cuanto en el mundo se va haciendo inútil y acabado, arrinconado en la conciencia de cuantos, en estado de putrefacción, han perdido el sentido de los tiempos. Aquella mañana, empero, el orinal era tan sólo una figura festiva, una disculpa, un juego iniciado una semana antes entre las sábanas de mi lecho, cuando Bibiana, que gustaba de las situaciones chocantes, de los gestos groseros y de las palabras soeces, me retó a componer una oda, un soneto, una silva, «o cualquier otra cosa que vuesa merced considere», al humilde orinal en el que ella acababa de satisfacer sus necesidades. Ocioso, no obstante, como me hallaba, la poesía resultaba un excelente pretexto para darle sentido a la espera.

Recurriendo a Quevedo, yo te digo
que no veo el porqué de tanto enojo,
pues, aunque vives ciego y eres cojo,
no te acuso de tal, que eres mi amigo.

Viéndote en esas trazas de mendigo,
comido por la sarna y por el piojo
y poniendo tu boca donde arrojo
el pan que ayer comí y que hoy maldigo,

siento pena de ti y no comprendo
dónde quieres llegar tan irritante,
negándote a comer y maldiciendo

de este mi flojo arrojo el colorante,
pues sin tregua ni espacio voy haciendo
lo que tú has de comer más adelante.

Estaba -y lo confieso- orgulloso del resultado. Imaginaba que a Bibiana habría de agradarle y no veía las horas de que mi amor apareciera, de

admirar -135- su figura cortando el aire, e iba una y otra vez hasta mi ventana por ver si mis esperanzas se cumplían.

Observaba la puerta del teatro y los grupos de comediantes que, aquel día, esperaban que algún autor los contratara, y yo imaginaba que su ánimo sería semejante al mío, pues paseaban algunos la calle de arriba abajo y, embozados en sus pañosas por amor al frío, no dejaban de golpear con rabia sus alpargatas contra el empedrado.

Las horas pasaban lentamente, y el término de nuestra cita llegaba a su fin. Pedro llamó a mi cuarto y, sin esperar respuesta, entró para anunciarme que la comida estaba lista. Díjele que esperara algunos minutos más, que, como todos los días, habría de tomar mis alimentos acompañado. Volví a sentarme en mi mesa de trabajo, hojeé algunas páginas de Gracián y un minúsculo librillo de D'Aubignac. Nada de lo que leía significaba algo, aunque no sé bien si ello se debía a mi estado de ánimo, o al estrecho criterio del tratadista que, con gesto asaz impertinente, llevábase los dedos pulgar e índice a sus narices cada vez que en alguna de sus páginas aparecía el diabólico y sulfuroso nombre de nuestro Lope. Algunos años antes, este mismo D'Aubignac había mantenido con Ménage una encendida polémica sobre la duración exacta que debía concederse a la acción escénica del Heautontimouromenos, pues toda su sabiduría, como la de Le Bossu y, en parte, hasta la del propio Boileau, sustentábase en sus habilidades de relojeros. Tales habilidades habíanseme siempre negado, y yo atribuía semejante carencia al hecho cierto de haber crecido entre naranjos, al de haber gozado desde niño de los aromas del azahar y, sobre todo, al de haber conocido demasiado tarde los rigores del septentrión. Al fin, solo en el frío, abandonado bajo el acoso del cierzo y de la nieve, descubrí la importancia del tiempo y el sentimiento del carpe diem horaciano. De haber vivido este poeta en Andalucía, el tiempo habría pasado sobre él sin que se diera cuenta. En Sevilla, por fortuna, siempre es el gallo rojo el que termina cantando.

Aquella mañana, empero, el gallo negro habíase colado de rondón. La animación de la calle había decaído. Los actores, cansados de esperar a un autor que jamás llegaba, habíanse retirado y sólo de vez en cuando pasaba bajo mi ventana alguna mujeruca arropada en su mantón, o un pobre de pedir, con el rostro azul y las manos envueltas en trapos mugrientos, que aquel día quedaba a merced de la magra sopa de los conventos. Diem perdidi, pude haber dicho con Tito, pero era mucho más que el tiempo lo que yo sentía que se me escapaba de las manos. Pedro volvió a entrar a mi cuarto para anunciarme que la hora de la comida había pasado con largueza y que, si esperaba a alguien (él bien -136- sabía de quién se trataba), diera por no cumplido el compromiso, que, siendo el día tan frío y tan poco a propósito para las visitas, quien fuese habría más tarde de excusarse. Cobré con este discurso nuevos ánimos, y ya convencido de que, por inconvenientes derivados de un tiempo tan destemplado, habríase visto Bibiana (mi Filida) obligada a permanecer en casa, di en pensar que, al día siguiente, habría de tener noticias ciertas de la causa de mis desvelos. Tranquiliceme, pasé al comedor, tomé mis alimentos y, tras una breve siesta, holgué toda la tarde recreándome en Quevedo y en las burlas de la Fortuna. Llegada la noche, cené unos huevos fritos en manteca, me llevé a la boca algunos altramuces, calenteme con un buen vaso de

aguardiente y, ya acostado, arrebujeme en las frazadas de mi lecho y me quedé dormido.

Aquella noche soñé que estaba en un cuarto amplio y revestido hasta los techos de noble madera de nogal. Las vigas maestras eran largas y gruesas y los modillones, bien torneados por un carpintero que conocía su oficio. El cuarto carecía, no obstante de muebles, y yo, solitario, permanecía de pie en el centro, esperando a alguien cuya identidad ignoraba. Entreteníame observando la calidad de los entrepaños de la pieza, la de sus revestimientos, jambajes y tableros e íbame con frecuencia hasta sus puertas para comprobar, angustiado, que estaban cerradas a cal y canto. Sentía mucho frío en aquella habitación sin muebles y sin ventanas, y mi angustia creciente hacíame pasear de un lado a otro, acelerar el ritmo y la velocidad de mis zancadas, llevarme las manos a la cabeza, halarme los cabellos o arrojarme al suelo, desesperado, pateando al aire, como si fuera éste mi enemigo. La atmósfera se hacía cada vez más pesada y el frío, más penetrante. Envuelto en mi capa, trataba de combatirlo, pero era inútil, pues un viento helado cuyo origen desconocía subíame entre las piernas, penetraba mis medias y mis calzones, enfriaba mi camisa y me apuñalaba las entrañas. Más allá de las paredes de madera, y como si estuviese dotado de un nuevo y poderoso sentido, veía siluetas de hombres y de mujeres que se movían con naturalidad, iban de un lado a otro, danzaban, se amaban y acariciaban, y en ninguna de estas siluetas, por lo distantes y confusas, podía yo reconocer persona alguna, aun cuando sospechaba (y esta sospecha me hería en lo más profundo) que todas ellas no eran sino sombras de personas que yo había conocido en otros tiempos, o de personajes imaginados en largas vigilias y soledades. Desperteme angustiado y descubierto, con los flancos helados. Volví a arroparme en las frazadas, pero, al hacerlo, descubrí la extrema debilidad en la que me hallaba, pues la cabeza me daba vueltas y no encontraba lugar en el que no posara los ojos sin sufrir un desvanecimiento. La luz tenue de la mañana invernal penetraba en mi cuarto, y los objetos danzaban delante de mí como si tuviesen vida. Cerré los ojos y traté de dormir de nuevo. No lo -137- conseguí y, hasta que Pedro no vino a despertarme trayendo una jarra de agua caliente con la que pudiese hacer mis abluciones en la jofaina, estuvo mi ánimo dominado a un tiempo por el miedo a la muerte, la angustia de la enferme dad y la tristeza que me producía la larga ausencia de Bibiana.

Durante casi dos semanas permanecí arrojado en mi lecho sin que la fiebre cediera y sin que Pedro pudiera proporcionarme noticia alguna de la asturiana. Cuando la primera cedió al fin, aún estuve cuatro días reponiéndome en casa y, como al quinto, salí a la calle, busqué a un capitán del ejército, a quien por ser pariente lejano y buen amigo, podía confiarle mis cuitas, y, tras contárselas por entero, le pedí el consejo que necesitaba. Don Diego, mi pariente, llevome hasta la casa de un pícaro que vivía más allá de la puerta de Toledo y que según mi amigo, manteníase de la venta de informes a la justicia como otros se mantienen de los beneficios que proporcionan las indulgencias. Si alguien podía dar con el paradero de Bibiana, me aseguró, ése era Henriquillo, pues ningún otro hombre en Madrid tenía entrada libre a tantas y tan honorables cofradías. Y así, finalmente, tuve, para mi desgracia, noticias ciertas y confirmadas

de Putaparió.

-138-

Capítulo XI
Escolástica

Habían llegado de Zúñiga unos arrieros con un oso al que halaban de una cuerda atada a una anilla que llevaba incrustada en la nariz. En la plaza de Lunahuaná las patas del animal levantaban una enorme polvareda, y unas niñitas, blancas y bien vestidas, gritaban despavoridas cuando el oso, siempre controlado por uno de los arrieros que lo sujetaba al otro lado de la guasca, se les aproximaba rugiendo. Era la primera vez que en Lunahuaná se veía algo semejante. Las ayas y criadas de las niñas blancas protegíanlas entre sus faldas cuando la bestia se abalanzaba sobre ellas. En los balcones de la plaza, las mujeres gritaban, y hasta los alguaciles de la milicia hacían corro con los demás vecinos por gozar del espectáculo. Uno de los arrieros procuraba mantener el ritmo de una danza indefinida con un tamborcillo que, atado con unas correas, le descolgaba del cuello. Unos mozos robustos que volvían de la chacra a lomo de pollino se detuvieron al ver el gentío, echaron pie a tierra y, ganados por la alegría del momento, olvidándose de su cansancio, comenzaron a batir palmas por acompañar el ritmo del tamborcillo y, con entusiasmo festivo, a imitar con sus bocas el ruido metálico de algunos instrumentos. La música y el ritmo se contagiaron pronto, y en pocos minutos nadie quedaba en la plaza sin que moviera los pies para levantar el polvo. Aquel día Lunahuaná estuvo de fiesta.

Ésta era la última imagen que Escolástica conservaba de su pueblo. El sol estaba en su cenit, y todos, blancos, negros, mestizos, indios, mulatos, zambos y cuarterones, danzaban y reían hermanados por la música y la alegría contagiante de los arrieros de Zúñiga. El oso, en el centro exacto de la plaza, seguía moviéndose, como al principio, con un ritmo torpe y sin sentido. Todos sudaban, y Escolástica, que, junto con otros tres esclavos, atravesaba la plaza y se despedía de la localidad, vio por última vez el animal con su enorme boca abierta, sus dientes afilados, sus garras amenazantes y sus patas delanteras imitando a medias los movimientos de las personas. Después sólo escuchó durante algunos minutos los gritos y chillidos, las palmadas, los cantos y el rítmico golpeteo del tamboril del arriero, hasta que, cuando ya las últimas casas del pueblo quedaron atrás, desaparecieron los ruidos de la improvisada fiesta. A los lados del camino, las chacras mostraban la sazón de los camotes en flor, el majestuoso ramaje de pacayales y chirimoyos, el verdor de los papayos y los complicados arabescos de las parras que anunciaban en agraz el fruto de la vendimia. Entre los campos de algodón abríanse las estrechas sendas por las -139- que los esclavos, montados en sus asnos, iban y volvían de su trabajo. Posadas en las ramas de los algarrobos, bandadas de

petirrojos incendiaban el cielo con sus colores. Como el pueblo que ella dejaba atrás, también el campo estaba de fiesta.

Por el estrecho camino que descendía de Lunahuaná hacia la villa de Cañete, siguiendo la margen derecha del río, iba bajando hacia la costa el séquito de don Íñigo Ortiz de Cellorigo, el joven capitán de infantería que acababa de comprarla. Escolástica lo conoció por vez primera cuando, llamada por su amo, acudió a verlo a su casa con orden de no tardar. Pusiéronle para la ocasión el vestidito de los domingos con unas cintas de colores en la cintura, laváronla en el río y, cuando ya su madre consideró que estaba tan bella como le era permitido estar a una niña esclava, estrechola en sus brazos y, sin decir palabra, con lágrimas en los ojos, se despidió de ella. Algunas otras esclavas también lloraban, pero Escolástica Mi no sabía muy bien por qué. Sentía una fuerte opresión en el pecho y unas enormes ganas de gritar que, al pasar por la plaza y contemplar la danza del animal, se fueron disipando, para volver más tarde, cuando el sol implacable y el polvo levantado por las mulas y los caballos en el camino comenzaron a secarle la garganta.

El río precipitábase entre las rocas, y, a sus orillas, algunos molles, algarrobos y sauces llorones sombreaban minúsculas praderas en las que pastaban las ovejas. Los indios hacían descender sus menguados rebaños desde las alturas para aprovechar aquellos pastos exiguos cuando otros, más sustanciosos, comenzaban a faltar en las tierras altas. Con frecuencia, estos pastores, cubiertos con sus fúnebres camisones de lana negra, pasaban por Lunahuaná y vendían a los poblanos, o los cambiaban por papas, camotes y otros frutos, los excelentes quesillos que ellos mismos preparaban en sus majadas. Escolástica, haciendo abandono de sus deberes, había asistido no pocas veces a los tratos que el capataz de sus amos acordaba con los pastores. Ambas partes regateaban por un ochavo, y por la diferencia de un tomín podían los tratos prolongarse toda una mañana antes de llegar a algún acuerdo. Cada quien quería ganar en el intercambio.

Junto con otras niñas esclavas de su edad, quedábase a veces contemplando el ir y venir de los rebaños que bajaban de Zúñiga, o que subían hacia la sierra, y se deleitaba en el sonido de cencerros y campanillas, en los vivos colores de las cintas de lana que colgaban de las orejas perforadas de las pécoras, en el corretear vivo e inteligente de los perros y en la apostura de los pastorcillos de su edad que, con el zurrón colgándoles de los hombros y el cayado entre sus manos, parecían más fuertes y más hombres que los chiquillos de las chacras. Ahora, acompañada del rumor de las aguas del río Cañete entre las rocas, veíalos a lo lejos, oscurecidos por la sombra de los algarrobos, -140- el verde pálido de los achaparrados molles y la espelunca formada por los coposos sauces que descargaban sus llantos sobre las cantarinas aguas que se precipitaban desde los nevados de la sierra buscando el sosiego en el tiempo detenido de los océanos, en la inmutable eternidad del mar, donde todas las aguas se confunden y se hacen una. Oía sus gritos y sus silbidos y observábalos a unos corriendo con sus perros detrás de sus ovejas, detenidos otros bajo los árboles en posición estatuaria y hierática y, a los más, metiendo sus pies desnudos en las aguas cristalinas de la correntera. Con todos ellos le habría gustado estar en ese momento, jugar a las escondidas, al marro, o a las prendas, conversar, cantar y reír. Desde la altura del camino

polvoriento que conducía a la villa de Cañete, Escolástica íbase despidiendo de su río, sus árboles, sus campos, su madre, sus amigos, sus sueños, su mundo y su infancia.

Todo su mundo de niña quedaba atrás mientras el séquito del caballero iba acercándose a la villa. Sus diez años de vida en Lunahuaná quedaban reducidos a aquellas últimas imágenes del oso bailando en la plaza del pueblo, a los rostros de los curiosos, los niños pastores de la sierra con sus zurrones y cayados, la belleza de los campos en flor, los pámpanos de las parras, los pacayales, durazneros y chirimoyos y, sobre todo, al polvo del camino, una nube de polvo que, a medida que se acercaban a la villa, hacíase más grande e insoportable, más caliente y espesa, como los médanos que comenzaban a divisarse allá a lo lejos, donde el desierto se precipita en el mar y todo se hace llano y sin relieves y donde todos los sonidos se confunden en un solo rumor sordo e interminable. Quedábale también el recuerdo de su madre, callada y tierna, lavándola en el río para que se presentara limpia al lugar en el que su amo, junto con el caballero recién llegado de Lima, la esperaba. A este recuerdo habrían de unirse, más tarde, con frecuencia, algunas imágenes aisladas de sus juegos, los rasgos de Eloísa y las mataperradas y travesuras de los niños de la hacienda.

Eloísa habíase quedado en Lunahuaná, y Escolástica sentía su separación casi tanto como la de su madre. Ambas habían crecido juntas y, juntas, habíanse iniciado en los pequeños trabajos domésticos que su ama les imponía. Cuando les quedaba algún tiempo libre, salían a corretear por los campos y, en la noche, cansadas de sus juegos y agotadas por el trabajo, dormían sobre el mismo jergón de paja, abrazadas como hermanitas bajo las cobijas. Eloísa tenía el sueño profundo y, con echarse en la cuja, bastábale para quedarse dormida. Escolástica, en cambio, pasaba la mayor parte de la noche en vela, imaginando con frecuencia que alguien (casi siempre un apuesto caballero) llegaba a Lunahuaná y quedaba prendado de su belleza, enamorado de la esclava. Después, en el silencio de la noche, recreaba su viaje por parajes desconocidos hasta llegar a Lima, donde un barco bien provisto de cuanto es necesario a un periplo prolongado estaría -141- esperándolos. Su sueño era llegar a África, a la tierra de los angolas, donde, según su madre, podía ella, por derecho, convertirse en princesa. Imaginábase entonces que, al llegar a las costas africanas, varios jinetes empenachados, armados con largas lanzas, salían a recibirla y que con ellos iban los bardos que cantaban su belleza y sus virtudes y recitaban los elogiosos y heroicos hechos de sus antepasados. También imaginaba que la caravana se detenía en todas las aldeas y que, finalmente, tras muchas fiestas y homenajes, llegaba al palacio de su abuelo el rey y que el honorable anciano, con lágrimas en los ojos, la recibía como heredera, colocábale una diadema de oro sobre su frente y hacía proclamar por todos los rincones de su imperio que la nieta a la que él creía muerta había regresado y que los caballeros más valerosos y gentiles debían ganar su mano en las justas que ya estaban dispuestas en un día señalado para tal efecto. Con frecuencia solía dormirse al llegar a este punto, y pocas veces llegó a descubrir el rostro de su imaginario esposo, ganador de todas las pruebas del torneo. El caballero que la rescataba de la hacienda de Lunahuaná solía desaparecer durante el viaje por el océano, ora sin dejar rastro ni memoria de sí, tan misteriosamente

como había aparecido, ora tragado por las olas durante una terrible tormenta en la que todos quedaban en trance de perecer por la furia de vientos tan encontrados, ora, en fin, seguro ya de que el viaje terminaría con fortuna para tan hermosa niña, tomando en el secreto de la noche una pequeña chalupa y alejándose remando en dirección contraria. Cuando esto último ocurría, Escolástica, si llegaba a descubrir en su sueño las verdaderas intenciones de tan generoso caballero, quedábase durante varios minutos en el puente de popa despidiéndolo en silencio y con lágrimas en los ojos. Lo más frecuente, sin embargo, era que el caballero la escoltara hasta el final del viaje y que cuando el rey, su abuelo, tras recompensarlo por su hazaña con muchos tesoros, convocaba a las justas en las que los mejores caballeros habrían de enfrentarse por conquistar la mano de su nieta, su salvador, ganado siempre por su belleza y enamorado, se presentara a ellas, derrotara a sus rivales en el palenque y, finalmente, se casara con ella. El caballero cambiaba de aspecto todas las noches, y unas veces era moreno y, otras, rubio, y, como había oído contar a su madre que, entre los blancos, son muchas las naciones y muy diversas las costumbres, hacíalo a veces portugués y casi siempre, por ser a los españoles a quienes mejor conocía, castellano recientemente llegado a Indias con un importante cargo y muchísimas riquezas. Vestía el caballero según había visto a los oficiales del ejército que, en cierta ocasión, con un pequeño destacamento, descansaron en la hacienda, y lo que más destacaba de él era, junto con su espada de relucientes gavilanes, un gran chambergo adornado con bellísimas plumas de colores. El rostro del caballero se le borraba con frecuencia, -142- y, en ocasiones, por fijarlo con mayor precisión en su memoria, poníale unos hermosos bigotes negros con las guías levantadas y una perilla cuidadísima que terminaba por darle un aire algo siniestro y vicioso del que, no obstante, gustaba muchísimo la niña esclava. En él, durante las largas vigilias que pasara en los galpones de la hacienda tratando de conciliar el sueño junto a Eloísa, había ensayado una y mil veces la imagen ideal del hombre de sus sueños. A veces, entre las junturas de barro y caña de los bahareques del techo, asomábase la luna cuando ya Escolástica Mi estaba a punto de dormirse, y, ganada por la fascinación que sobre ella ejercía el astro de la noche, la niña esclava, sin poder evitarlo, volvía a entregarse al solitario placer de sus ensoñaciones.

Un día de septiembre de 1679 llegaron a Arequipa. En el transcurso de un mes, el séquito de don Íñigo Ortiz de Cellorigo había bajado hasta la costa, atravesado el desierto, pasado por Ica, donde se detuvo algunos días para reponer fuerzas, cambiar acémilas y adquirir provisiones, llegado a Caravelí y, subiendo de nuevo hacia la sierra, atravesado aldeas y poblaciones cuyos nombres jamás antes había escuchado la niña esclava y muchos de los cuales había ya olvidado. Durante todo ese tiempo, Escolástica fue puesta al servicio de doña Violante, una hermosa joven de dieciocho años, rubia y delicada, que la trataba con el cariño de una amiga. Doña Violante, frente a quien todos los hombres de su séquito inclinábanse respetuosos, era la hermana del capitán de Cellorigo y, desde entonces, habría de ser su nueva ama. Junto a ella, Escolástica aprendió oraciones que jamás antes había escuchado y, ganada por la bondad de la señora, hízose, como ella, devota y piadosa, si bien en la noche, antes de

dormir, dueña de su tiempo y de su imaginación, abandonábase a ésta por repetir el viaje liberador que, cada noche, la llevaba hasta el fabuloso reino de los angolas, en cuyo trono se sentaba. Acompañaba a su señora, en Arequipa, a las iglesias, visitaba y cuidaba a los enfermos, repartía limosnas entre los pobres, rezaba rosarios, novenas y triduos, hablaba con los frailes de san Francisco y, a su pesar, echaba de menos los momentos de solaz que, después del trabajo, solía tener con sus amigos de la hacienda y en los que, junto a Eloísa y otros niños de su edad, correteaba entre las chacras, saltaba las acequias, subía a los árboles, o apedreaba a los chivillos y guardacaballos que picoteaban entre los platanares. Llegada la noche, Escolástica dormía en una pieza contigua a la de su ama, estrecha y maloliente, a la que la luna, antaño risueña, no se dignaba asomarse por no tener un mal hueco entre las piedras por el que poder hacerlo. En esos momentos, completamente sola y libre, Escolástica volvía a abandonarse a sus fantasías.

-143-

Éstas habían variado muy poco desde su infancia en Lunahuaná. Cada año, sin embargo, el rostro del caballero que la liberaba de la esclavitud y que, tras largas y fatigosas jornadas, dejábala sana y salva como reina de los angolas (y, a veces, también como su esposa enamorada, reina de su corazón) hacíase más preciso en sus rasgos y más hermoso. Imaginábalo ahora esbelto y fuerte, con barba poblada y negra, rostro endurecido en cien batallas, ojos pequeños y hundidos, mirada ardiente, frente despejada y con una boca cuyos labios terminaban perdiéndose en la maraña de pelos que la rodeaban. Doña Violante habíale dicho que era ésta -y no otra- la estampa de los piratas y que estos hombres, enemigos de Dios y de la humanidad, descuidaban su aspecto, no por virtud, sino por vicio, que en nada encontraban mayor placer que en ofender a Dios nuestro señor con sus excesos. Describíalos la española como hombres renegridos por el sol, tostados por el fuego del infierno, crueles y fieros, pero añadía que nada de ellos habrían de temer, pues teniendo, como tenían, tan cerca a un caballero tan valiente y cumplido como su hermano, ningún peligro venido de los hombres habría de afectarles, por lo que resultaba más sabio y conveniente defenderse de las acechanzas que el demonio, enemigo de todo lo creado, «pone a nuestras almas». «Los piratas, querida niña», repetía doña Violante, «no han de llegar hasta Arequipa, que es ciudad alejada de las costas, pero hasta Arequipa y más arriba han de llegar y llegan las tentaciones de Satanás, que Dios nuestro señor se lo permite para probar nuestra fortaleza». A Escolástica gustábanle las descripciones que de los piratas hacía su ama, a los que en el viaje que hiciera desde España había conocido y en cuyas manos había estado a punto de caer, y la niña esclava había comenzado a ajustar a estas descripciones la imagen ideal del hombre que, durante los últimos cinco años de su vida, había luchado por fijar en su memoria.

Cierta mañana de febrero, cuando acompañaba a su señora a la iglesia de la Compañía, al atravesar la plaza Mayor de la ciudad, vio a un caballero que respondía a esta imagen. Tenía un porte digno y un estatura suficiente para atemorizar a los alguaciles de la justicia, y de su tahalí descolgaba una espada enorme con la que la negra imaginaba que habría de atravesar sin piedad a las indefensas víctimas que cayeran en sus manos. Al pasar

frente a él doña Violante, hízole éste una caravana, y, cuando al día siguiente, desde el barandal del segundo piso vio la angola que el feroz pirata atravesaba el patio con paso seguro y que terminaba confundido en un abrazo con el hermano de su señora, Escolástica sufrió una terrible decepción. Desde entonces, la imagen del pirata comenzó a confundirse con la del caballero y la historia primera de su liberación fue pasando a un segundo plano hasta quedar, más tarde, perdida por completo entre la hojarasca de sus recuerdos.

-144-

Cuando doña Violante ingresó como novicia, la imagen del caballero acompañó a la esclava hasta las soledades de su celda. Don Íñigo había hecho construir para su hermana una hermosa casita de estilo castellano, y en ella pasaban sus días ama y esclava dedicadas a la oración. Junto con las monjas y novicias del monasterio vivían no pocas viudas y algunas jóvenes de buenas familias que en él recibían algún grado de instrucción y que no se hallaban sometidas a voto alguno que limitara su libertad. Escolástica gustaba, sobre todas las cosas, de la compañía de las primeras, las que, por ser más viejas y tener reconocida experiencia en las cosas de este mundo, hablaban de él con complacencia y gustaban de pintarse y de adornarse, de usar delicadas telas en sus ricos jubones y de no desdeñar las historias alegres, los bailes y los saraos. Junto a ellas, y no junto a su señora, pasó Escolástica el año del noviciado de doña Violante, mientras que ésta, ganada por los rigores de la vida contemplativa, cuidábase muy poco de la conducta de la sierva que su querido hermano había puesto a su servicio. Fue aquél el año más feliz del que Escolástica guardaba memoria. Hablaban las viudas de sus pasadas andanzas en el mundo y se complacían en describir con detalle las casas, muebles y vestidos de los que habían hecho uso en otros tiempos, cuando sus maridos vivían y ellas asistían a fiestas y saraos en los que podían lucir sus mejores y más costosas joyas para envidia de sus rivales. Siempre había alguna rival de aquellas señoras, y la enemistad entre ellas nacía con frecuencia de compartir ambas idéntica pasión por algún caballero, o de sentirse igualmente bellas y apetecibles a sus ojos. Escolástica escuchaba y, cuando llegaba la hora de volver a su celda para atender las necesidades de su señora, mientras cocinaba el magro sancochado de pobres hierbajos que doña Violante le ordenaba preparar, la esclava angola se complacía materialmente con manjares más suculentos, mientras su imaginación seguía recreando el rostro de aquel caballero que, sin ser pirata, tanto llegara a parecerse a quienes ejercían tan peligroso oficio. Luego, cuando, ya llegada la noche, quedábase doña Violante arrodillada en su reclinatorio, Escolástica metíase en la cama para seguir soñando con amores imposibles.

Al terminar el año de noviciado, llegaron también a su término los ocios de la esclava. Madre Sacramento exigíale ahora una continua presencia en su celda y sometíala a oraciones y penitencias que Escolástica creía haber olvidado para siempre. Sus sueños, no obstante, siguiéronla acompañando, como cuando todavía era una niña en Lunahuaná. A veces imaginaba que, pese a todo, jamás había llegado a salir realmente de la hacienda de los Monteagudo.

Capítulo XII
Fray Domingo de Silos de Santa Clara

«Un alma de Dios», habíales dicho Madre Encarnación de Ubago antes de despedirlos la última vez que la vieron, mas Íñigo guardaba la sospecha de que en un hombre semejante, joven y bien parecido, según decían las enamoradas monjas, habrían de encerrarse algunas otras cualidades menos beatíficas. Habían transcurrido ya nueve días desde que él y su primo tuvieran la entrevista con la monja de Ezcaray y casi un mes desde que enterraran a Madre Sacramento. Durante las últimas noches, agotado por tantas y tan diversas impresiones, el capitán de Cellorigo había podido, al fin, tener algunos sueños apacibles y su semblante había mejorado, sus músculos habíanse repuesto y la color, vuelto a aquellas mejillas a las que, tan de improviso, habían abandonado. Fray Antonio de Tejada, en cambio, caminaba por las calles de Arequipa como entre nubes, dejándose llevar mecánicamente por sus zapatos y, con frecuencia, descuidando su manteo y arrastrándolo por el empedrado, sucio de barros y de boñigas. Ambos se dirigían hacia el convento de San Francisco a entrevistarse con fray Domingo de Silos de Santa Clara.

El superior de los dominicos de Arequipa caminaba pegado a las paredes del seminario, apoyando en ocasiones su mano derecha en sus venerables sillares. Íñigo observaba con satisfacción el cielo abierto de la ciudad y, al fondo, sobre los muros del convento franciscano, derruidos dos años antes por un espantoso terremoto, la cónica altura del Misti blanqueada por la nieve. El sol de la mañana ensanchaba el horizonte. Algunas mujeres y unos pocos niños de la doctrina caminaban despacio buscando la sombra que los muros de piedra arrojaban sobre el empedrado de las calles. Por unos segundos, Íñigo pensó en Ezcaray y en las alturas del San Lorenzo, en los hayedos de sus montes y en sus fuentes y sintió algo tan parecido a la nostalgia que, sin querer, dejó escapar un suspiro que fray Antonio, tan alejado de cuanto lo rodeaba, percibió enseguida.

-Recuerdas a Violante -aseguró el dominico con un tono de voz entre lacrimoso y resignado.

Íñigo no le respondió. Apoyó su mano izquierda en el pomo de su espada y detuvo su paso con la intención de acoplarlo al pausado caminar de su querido primo. En la plazuela de San Francisco, junto a las escaleras de la iglesia, unos chicuelos jugaban a las canicas. Al ver que los primos se aproximaban, -146- pusiéronse de pie y, reverentes, inclinaron sus cabezas, reclamando con este gesto la bendición del dominico.

-Dios os bendiga, niños -dijo éste, haciendo en el aire la señal de la cruz.

Penetraron en la iglesia. A esa hora, pasadas ya con largueza las nueve de la mañana, algunas beatas hallábanse arrodilladas frente a los altares laterales. En uno de ellos, un fraile anciano retrasaba su misa y un

acólito anunciaba, al sonido inconfundible de una campanilla, el misterio de la consagración. La enorme cúpula de la iglesia iluminaba el crucero y bajo la bóveda de cañón de la nave central un caballero joven, vestido de negro, permanecía en éxtasis con la mirada perdida en las figuras del retablo del altar mayor. Los primos caminaron por la nave lateral derecha y se dirigieron a la sacristía. En la penumbra del templo, el olor a cera penetraba por todos los poros y, junto al sagrario del altar mayor, la luz desprendida de un vaso de aceite anunciaba la presencia de Jesús sacramentado. Sobre los ladrillos rojos de la sacristía el sol que penetraba por sus ventanales descubría los estragos del último terremoto. Los frailes aún no habían podido cambiar el pavimento y, en algunos rincones, amontonábanse los cascotes de piedra, ladrillo y yeso desprendidos de los techos y las paredes. Tras arrodillarse y persignarse ante el sagrario, ambos primos penetraron juntos en la pieza sacra. Bajo un enorme crucifijo de madera, un fraile joven íbase desprendiendo, con el auxilio de un monago, de sus ornamentos de misacantano. Doblábalos, besábalos y terminaba abandonándolos cuidadosamente sobre una mesa, de donde un viejo sacristán los tomaba para guardarlos en los amplios cajones de las estanterías y credenzas adosadas a sus muros. Cuando los primos hicieron su ingreso a la sacristía, llevábase la estola con unción a la boca, la doblaba y besaba, para colocarla con cuidado sobre la mesa. Hizo, más tarde, lo mismo con el ángulo y el manípulo y, cuando ya tenía el alba a punto de sobresalir por encima de su cabeza, notó por la mirada del monago, cuyos ojos se habían desviado de sus caminos habituales, la llegada de los visitantes. Terminó de desvestirse, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, volvió a ponerse de pie y, haciendo sobre su eje un giro de ciento ochenta grados, se dispuso a darles la bienvenida.

-Ave María purísima -saludó el franciscano y, sin esperar respuesta de sus visitantes, añadió-: Los estaba esperando.

Tres días antes, fray Antonio de Tejada había enviado una esquela al convento de San Francisco anunciando a fray Domingo de Silos su visita. El joven fraile había fijado el día y la hora de la entrevista. «Me complacerá en -147- grado sumo», había escrito en su respuesta, «conocer y tratar de cerca a quienes en vida fueron hermanos amantísimos de Madre Sacramento».

-Éste nos cree caídos del palto -comentó el capitán de Cellorigo al leer el billete.

-Tampoco podemos ser tan suspicaces -le respondió el dominico-. Fray Domingo de Silos puede ser el sacerdote ejemplar del que nos ha hablado doña Encarnación. Vayamos, querido Íñigo, con el corazón inocente y las orejas abiertas, pues yo te aseguro que, de este modo, penetraremos mejor los misterios que si fuésemos armados de prejuicios.

Ahora estaban ambos frente al franciscano de Cirueña. Era éste un hombre delgado, de regular estatura, cabellos claros, ojos negros y brillantes, tez rosada como la de un niño, rasgos regulares y agradables y con una boca sin labios que marcaba un gesto entre infantil y perverso. Sus pequeños ojos oscuros movíanse sin parar de un lado a otro como si quisieran penetrar en el pensamiento de los primos. Púsose entre ellos y, tomándolos de los brazos en un inusitado gesto de confianza, los sacó de la sacristía hasta un amplísimo claustro en el que unos arcos romanos de

medio punto descansaban sobre pilastras de gran volumen y en el que las bóvedas de arista hacían, con el sol radiante de la mañana, extraños juegos de luces y sombras sobre las lajas del pavimento. Los arcos claustrales daban directamente a los jardines, don de los frailes, añorando tal vez los paisajes de su infancia, habían plantado chopos, rosales y granados y en los que una cantarina fuente ponía la nota musical y refrescante con su murmullo. En silencio, dieron una primera vuelta entre bóvedas y arquerías. El último terremoto no había logrado dañar tan magníficas estructuras. Íñigo, sin detener su paso, entretúvose contemplando la aventura de un picaflor libando entre las flores de los granados en flor.

-Vuesas mercedes dirán -inició el franciscano la conversación. Hasta ese momento, los primos no habían dicho una palabra.

-Vuesa paternidad fue, si mal no entiendo -comenzó a hablar entonces el capitán de Cellorigo-, el más cercano confidente de mi querida hermana, su director espiritual. Hemos hablado con doña Encarnación de Ubago, y le confieso que algunas de las cosas que nos ha comentado, algunas de sus palabras y no pocas de sus insinuaciones nos han inquietado. Le hablaré sin tapujos, pues no es éste el momento adecuado para circunloquios ni sutilezas. ¿Cree vuesa paternidad que mi hermana tenía enemigos en la comunidad, alguien que la odiara a tal punto que decidiera matarla?

-148-

-¡Por Dios! -negó, escandalizado, el franciscano- ¿Quién, estando en sus cabales, podría odiar a Madre Sacramento, que no sólo era una religiosa ejemplar, sino la encarnación misma de la bondad y del amor cristiano?

-¿Cómo explica vuesa paternidad, entonces -preguntó fray Antonio-, que los médicos hayan encontrado rastros de un veneno mortal que acabara con su vida?

-Mi ciencia, reverendo padre, no es la medicina, sino la del espíritu, y yo sólo sabría decir que Madre Sacramento tenía un alma tan delicada y tan pura que no parecía hecha para este mundo. Era una santa, un verdadero ejemplo para su comunidad, para la ciudad de Arequipa y para el mundo cristiano.

-Los santos, con frecuencia, terminan como mártires.

-Así suele ser, caballero; mas no creo que en este caso...

-Vivimos tiempos difíciles -dijo entonces el dominico-, y vuesa paternidad sabe que las pasiones religiosas se deslizan con frecuencia por pendientes de humanidad que desdicen del origen divino de las mismas. Bien podría ser que algunas personas vieran en nuestra querida hermana no a ese ángel de bondad al que vuesa paternidad se refiere, sino la encarnación misma del demonio del orgullo. A algo de esto se ha referido, cuando con ella hemos conversado, Madre Encarnación de Ubago, quien, según nos ha dicho, era, junto con vuesa paternidad, la única que realmente entendía a Madre Sacramento. Si no era bienquista de las monjas, no sería, tal vez, descabellado suponer que algunas de ellas, dejándose llevar de...

-No son las disputas teológicas las que priman en los conventos de mujeres -dijo entonces el franciscano-. Vuesa paternidad sabe que las monjas allí encerradas son personas sencillas y sin mayores luces y que toda su ciencia de las cosas de Dios se reduce a la oración y a las mortificaciones a que someten sus cuerpos para alcanzar la salvación

eterna. El ambiente de estos monasterios es recoleto y calmo, y no son precisamente las pasiones, por más elevadas que parezcan, las que mueven a estas mujeres. Con frecuencia, sus disputas se reducen a asuntos banales, a la administración del convento, a algunas compras y, de vez en cuando, a dirimir los derechos que en el coro creen tener las monjas de velo blanco, quienes, a veces, se sienten relegadas frente a las de velo negro. Y eso es todo.

-Eso no es todo, reverendo padre, que, en ocasiones, en las disputas monjiles hállanse rivalidades que más parecen del mundo que del claustro, y a ello es, precisamente, a lo que hasta ahora me he venido refiriendo. Aunque aún es joven, debe haber oído hablar vuesa paternidad de los graves disturbios -149- que agitaron este monasterio hará, de ahora, cuarenta años y de algunos atentados contra la vida de la entonces priora por querer ésta someter a sus monjas a una disciplina más rigurosa. Dícese que las descontentas llegaron, en un momento, a prender fuego a la celda de la superiora, y hasta a tapiarla, por verse libres de sus sermones y rigores. Esto, como debe saber vuesa paternidad, ocurrió siendo obispo de Arequipa monseñor Pedro Ortega, y son muchos los vecinos que han oído y saben de tales sucesos.

-No dejaron aquéllas de ser disputas de mujeres, que si la priora hubiese seguido su carrera de perfección espiritual sin exigir de las demás que la imitaran, nada de esto habría sucedido, pues bien sabe vuesa paternidad que el sabio y puro no habla sino forzado y que no se pone en cosa que no te toca por oficio, y entonces con gran prudencia. Tengo para mí que la santa priora fue, en ese tiempo, imprudente, pues, dejándose llevar del rigor de su ascesis, que sólo a ella le tocaba, quiso imponer a todas la misma regla, olvidando que la astucia, la doblez, la ficción, el artificio, la política y los mundanos respetos son infierno para los sabios y sencillos y cayendo, en consecuencia, en la trampa que, a tal propósito, pusiérale el enemigo. La santa superiora enredose, así, en las cosas de este mundo, que es, a mi entender, grave imprudencia, pues es el mundo el que nos impide llegar a Dios y el que lastra nuestro vuelo, que quien no procura la total negación de sí mismo, es decir, quien no se libera del mundo y sus cuidados, no será verdaderamente abstraído y así nunca será capaz de las verdades y luces del espíritu.

-No es de la santa priora, a quien no conocí, de la que hemos venido a tratar -quiso cortar el capitán de Cellorigo la amenaza de una larga discusión cuyos términos desconocía-. Yo, reverendo padre, no entiendo de estos asuntos del espíritu, ni sé si mi alma ha de volar a Dios con la oración, o de otro modo, que, si bien me importa, tal ciencia, por el momento, se me escapa. Sólo sé que mi hermana ha muerto y que existen razones suficientes para pensar que su muerte no ha sido, para decirlo al modo de los físicos, natural. Vuesa paternidad la conocía bien y conoce igualmente a aquellas personas que con ella vivían. Le pido, pues, reverendo padre, que, si guarda alguna sospecha, nos abra ahora su corazón, pues así habremos de saber más de lo que sabemos y podremos alcanzar con la certeza la paz que ahora la incertidumbre nos niega.

-Vuelvo a repetir a vuesas mercedes que ninguna sospecha guardo de la muerte de Madre Sacramento y que pienso que, si alguna cruzara por mi mente, ésta carecería de sustancia y fundamento, pues me resisto a creer

que tan puro espíritu y tan desapegado de todo pudiera ser tocado por pasiones humanas, que ella sólo tenía puestos sus sentidos en Cristo.

-150-

-Pero vivía en el mundo, aunque este mundo estuviera encerrado entre los sólidos muros de su convento. Nadie puede evitar que sus ecos penetren en las celdas más escondidas y recatadas y que las pasiones humanas se cuelen de rondón hasta los mismos reclinatorios, pues, pese a todo, seguimos siendo hombres, y nuestra hermana era un ser humano como los demás y, en consecuencia, podía despertar amores y odios igualmente humanos -le retrucó el dominico.

-Vivía sin vivir ciertamente -respondió el franciscano.

-Nadie vive sin vivir, que una afirmación semejante atenta contra la razón.

-La razón nos conduce a Dios, pero no es, reverendo padre, el único camino, ni el más certero.

-No lo ignoro, mas yo confío más en las certezas de mi mente que en los deliquios místicos de cuantos, por la vía de la contemplación, tratan de acceder con una rapidez inusitada al conocimiento de lo divino. Es, tal vez, un camino más largo, pero también más seguro. Es también -y aquí el dominico puso un énfasis especial en cada una de sus palabras- el camino que reconoce como más justo y acertado nuestra santa madre la Iglesia.

-No discutiré con vuesa paternidad sobre este punto, pues pienso que ni vuesas mercedes, ni yo, humilde franciscano, lo deseamos. Sólo quiero añadir que ninguno de cuantos siguen el camino de la especulación llega a gozar de las mieles de la unión y de la paz que la contemplación proporciona. Y no diré más, que sobre este punto hay mucho escrito, y tanto que habría de llevarnos la mayor parte de nuestras vidas el leerlo por completo.

-Y de tales lecturas muy poco sacaríamos, si no es negar aquello que los sentidos nos ponen a diario de manifiesto, que a Dios también podemos llegar por la razón, pues en nada se opone ésta a las enseñanzas de nuestra santa madre la Iglesia.

-Déjense vuesas paternidades -intervino don Íñigo, que temía que aquella polémica se desbarrancara por abismos cuya profundidad desconocía- de discutir sobre temas que no vienen al caso, que más importa ahora que nos pongamos de acuerdo sobre asuntos de este mundo que no sobre los del otro, pues estos habremos de conocerlos con seguridad, si es que llegamos a conocerlos, a la hora de la muerte. Si vuesa paternidad sabe algo, o sospecha algo, o si, en el transcurso de los próximos días, viénenle a mientes algunos detalles que hasta ahora habíanle pasado desapercibidos, ruégole, reverendo padre, que -151- nos comunique lo que sea, que cualquier detalle, por nimio que pudiera parecer, será importante para nosotros. Y por ahora -añadió a guisa de despedida eso es todo, que no lo molestamos más y nos despedidos rogándole que nos disculpe, que avanza el día y aún son muchas las tareas que nos quedan por delante. Abur.

Ahí mismo se despidieron. Fray Domingo de Silos de Santa Clara los acompañó hasta la puerta del convento. En la calle, los rapaces seguían jugando a las canicas en las escaleras de la iglesia y, hacia la plaza Mayor, avanzaba lentamente una carroza de tiros largos que, al parecer, venía de lejos. Las mulas se veían agotadas y sudorosas. Sobre el cielo

arequipeño algunas nubes, amontonadas en las cumbres del Pichu Pichu, amenazaban con extenderse hacia el oeste. Fray Antonio se arrebujó en su manteo. La humedad calábale hasta los huesos y sintió un escalofrío. La corta discusión con fray Domingo de Silos habíale dejado el ánimo de mal talante. Nunca hubiera imaginado en el franciscano de Cirueña tal habilidad para la dialéctica.

-Esta noche va a llover -anunció el fraile.

-En estas cosas jamás te equivocas -le respondió su primo-. ¿De qué discutías con el franciscano?

-No lo entenderías. Son cosas en las que puede (¡Dios no lo quiera!) tener su parte la inquisición. Por mucho menos, algunos han terminado consumidos en la hoguera. Estoy pensando que no me parece muy prudente su actitud.

-¿Lo denunciarás por ello?

-No estoy seguro. Necesito meditar, y ahora, querido primo, no tengo tiempo, fuerza, ni ánimo para hacerlo. Nos olvidaremos, de momento, de esta discusión. ¿Estás de acuerdo?

-Me alegro. Te confieso que tales sutilezas teológicas me ponen muy nervioso.

-Y a mí.

-Pues, entonces, olvídalas.

Fray Antonio de Tejada debía volver a su convento, y el caballero de Cellorigo decidió acompañarlo. Regresaron por la plaza Mayor y, por no pasar frente a la Compañía, los primos tomaron un atajo por la calle de Mercaderes. A esa hora, las tiendas estaban muy animadas. Las señoras, vestidas con guardainfantes y jubones de raso de colores, entraban en las mercerías, y sus -152- criadas salían de ellas con las manos cargadas. En tabernas y chicherías unos parroquianos entretenían sus ocios jugando al dominó y a las barajas y otros conversaban sobre sus negocios y sus últimas aventuras amorosas. Todos bebían y se reían a carcajadas. Algunos rapazuelos correteaban entre las mesas de los parroquianos, y los dueños de las tabernas, por mejor guardar la seguridad de sus negocios, los sacaban de sus establecimientos halándolos de las orejas. Al rato, los niños volvían a las andadas. Era aquél un espectáculo animado y pintoresco, lleno de risas, de alegría y de vida, que a veces se desbordaba por las puertas abiertas hacia las veredas. Gritos, bullicio y gente: el espectáculo de la ciudad. Con frecuencia, Antonio echaba de menos la paz aldeana y las horas muertas bajo las cepas contemplando los celajes que, hacia el norte, formábanse cuando era niño sobre el León Dormido, la gran muralla que se levantaba más allá del Ebro. A veces, con la ilusión de recuperar el tiempo perdido, echábase bajo las parras de la huerta del convento y contemplaba el ir y venir de las nubes sobre el Chachani.

-Ésta es la vida, Antonio. En los conventos tan sólo habita el hastío.

El dominico no le respondió. Las nubes que viera sobre el Pichu Pichu a la salida del convento de San Francisco cubrían ahora por completo el cielo de Arequipa. El sol habíase ocultado y había caído una repentina oscuridad, las tinieblas que anteceden a las tormentas. Los primeros goterones se precipitaron contra el empedrado de las calles.

-Démonos prisa -dijo el fraile de Azofra.

Cuando llegaron, estaban empapados. En la esquina del convento de San Juan

de Dios, a una cuadra de la calle de Mercaderes, la lluvia caía furiosa sobre la ciudad. En la puerta de Santo Domingo, don Íñigo se despidió de su primo.

-¿No quieres quedarte? -le preguntó éste.

-No -respondió el caballero-. Quiero hablar primero con Espinosa. Hay varias cosas que aún no veo muy claras.

-Para mí -dijo, entonces, el dominico-, todo está, desgraciadamente, demasiado claro.

-Abur.

-Abur.

-153-

Don Íñigo se envolvió en su capa y echó a andar con presura hacia los soportales de la plaza Mayor. La calle de Santo Domingo se había convertido en un río que se precipitaba hacia el Chili lamiendo los muros de la Compañía y de San Agustín. En la plaza Mayor, hombres, mujeres y niños esperaban pacientemente a que escampara bajo los soportales del Cabildo. Don Íñigo se detuvo a descansar. Sobre el raudal que descendía por Santo Domingo flotaban algunos papeles manuscritos como barquichuelos en el océano. El caballero pensó, apoyándose en una de las pilastras que sostenían las arcadas de la plaza, que todas las obras humanas tienen el mismo fin: la muerte. El hermoso rostro de Violante le vino, entonces, a la memoria, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Empapado como estaba, nadie notó que, bajo la protección de su chambergo, el señor corregidor estaba llorando. La lluvia parecía interminable.

-154-

Capítulo XIII
Nuestra Señora del Puy

«Actiones nostras quaesumus, Domine, aspirando praeveni, et adiuvando prosequere, ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per coepta finiatur. Per Christum, Dominum Nostrum». «Amén», corearon cientos de voces cuando el sacerdote terminó aquella mañana su oración. Marinos y pasajeros pusiéronse de pie. Los más ancianos y los baldados hubieron de hacer esfuerzos inauditos para desentumecerse. Una mujeruca de Palencia, desdentada y calva y empequeñecida por la fiebre, de mirada turbia y legañosa, quedose aún largo tiempo de rodillas sin saber dónde poner sus débiles manos para hacer la palanca necesaria que levantara su cuerpo del maderamen de cubierta en el que parecía empecinado. El fraile íbase ahora de cubierta con su monago, y algunos pasajeros, por mejor pasar el tiempo lento de la barcada, ponían manos a la obra para retirar del altar los cirios, floreros, palmatorias y telas que lo adornaban.

Otros, menos dados a cosas de iglesia, inclinábanse sobre estribor, buscando en las aguas del océano alguna novedad que los librara del aburrimiento. Don Íñigo Ortiz de Cellorigo, desde el puente de popa,

observaba los profundos surcos que las otras naves abrían en las anchuras de la mar. Los marineros subían y bajaban de las jarcias, se empinaban sobre los mástiles, caminaban presurosos por cubierta y, de vez en cuando, levantaban los ojos al cielo tratando de adivinar en las formas algodonosas y blancas de las pocas nubes que lo surcaban algún cambio repentino para el que siempre debían encontrarse preparados. En cubierta olía a orines, excrementos y verduras podridas, pero hacía ya más de una semana que los alimentos se habían agotado y tan sólo quedaban en la bodega, junto a la santabárbara, abundantes provisiones de galletas que, con la humedad y los calores del trópico, empezaban a agusanarse. Doña Violante, tomando a la mujeruca de los codos, la ayudó a levantarse. Ésta, ya de pie, se persignó y, con la docilidad de un perrito, se dejó llevar por la doncella de Ezcaray hasta donde se encontraban unas maromas en las que, a una indicación muda de Violante, depositó su escasísima y entumecida humanidad.

-Quédese aquí, madre -díjole con tono de ternura la muchacha-. El sol calienta y le hará bien. ¿Desea, madre, un poco de agua?

-Gracias, hija mía. Eres un ángel -le respondió la mujeruca.

-155-

Habían embarcado veinte días antes en Sevilla, y el general de la flota, don Antonio de Berrio, habíales asignado a los hermanos por camarote un pequeño hueco sin ventilación junto a las bodegas, ahora casi vacías, del Nuestra Señora del Puy. Era capitán de la nave un gallego de Pontevedra, de piel cetrina y baja estatura, que respondía al nombre de Figuereido y a quien la tripulación, dejándose llevar por la furia arrasadora de los odios elementales, conocía con el nombre a medias susurrado de Boca de Perro, apodo que ninguno de los marineros bajo sus órdenes atrevíase a mentar en sus narices. Faltábale al capitán el brazo derecho, que habíale sido arrancado por una bala de cañón en un mal encuentro que tuviera, tres años antes, con unos filibusteros ingleses de las islas del Caribe. Corríale por debajo del ojo derecho, hasta casi el lóbulo de la oreja, una cicatriz espesa y negra que lo afeaba y que confería a su rostro, iluminado por unos ojos pequeños, nigérrimos y vivaces, una extraña ferocidad, acentuada por una boca sin dientes de la que, con frecuencia, sobresalía una lengua carnosa y oscura que el capitán solía pasear sobre sus labios por mejor refrescar sus comisuras. Cuando Figuereido sonreía, los marineros del barco poníanse en movimiento tratando de escapar a los pavorosos castigos que el pontevedrés les reservaba. Violante había tenido la oportunidad de representar su papel de buena samaritana atendiendo con trapos blancos, a la manera de vendas, que también faltaban en la embarcación, las espaldas de dos despellejados acariciados por el rebenque. También había confortado espiritualmente a un pobre morisco toledano que, dejándose llevar por sus aficiones a lo ajeno, fue, para su mal, hallado en tan indigna ocupación y a quien el pontevedrés juzgó y condenó dejándolo durante tres días con sus noches clavado de las orejas en el palo de gavia, de donde los marineros lo arrancaron, al término del castigo, desorejado. Las orejas quedaron durante algunos días expuestas a la vergüenza pública, mas la madre naturaleza, compadecida del converso y con el auxilio de los soles del trópico, abrasadores, los terribles vientos del océano y los picotazos de las aves marinas, terminó por borrar

toda huella de su existencia. Empero, allí quedaron los clavos para recordarle al pasaje que el rigor del capitán Figuereido pendía siempre, como una espada de Damocles, sobre sus cabezas. El morisco toledano, no habiendo podido sobrellevar el castigo, fue poco a poco consumiéndose, y, en los últimos días de su vida, negábase, incluso, a pasar por su garguero los pocos alimentos que le entregaban. Dos noches antes, a la luz de las linternas y mientras todos le deseaban a coro un buen viaje a la eternidad, su cuerpo sin vida había sido arrastrado por el peso de una bala de cañón hacia las oscuras profundidades del océano.

Para doña Violante, el capitán Figuereido era un demonio y, en su inocencia, no entendía cómo un hombre semejante podía asistir a diario a los -156- oficios divinos y seguir la misa con el fervor y el recogimiento de un cristiano ejemplar. En ocasiones tales, el capitán sentíase como transportado, su rostro se serenaba y sus ojos perdían la ferocidad que tanto terror imponía entre la marinería a su cargo. Llevábase entonces al pecho la mano que le quedaba y, extendiéndola en humilde gesto de recogimiento, oraba en silencio inclinando su cabeza ante el santísimo sacramento del altar expuesto en cubierta. Hincado de rodillas en primera fila, era siempre el último en levantarse cuando el sacerdote, terminada la misa, invocaba, como hoy acababa de hacerlo, el favor divino para iniciar un día más de trabajos y penalidades. Y, al final del día, cuando ya las tinieblas de la noche estaban a punto de cerrarse sobre la tierra y el mar, el capitán Figuereido repetía en voz alta, después del rosario, con el sacerdote: «Agimus tibi gratias, omnipotens Deus, pro universis beneficiis tuis: qui vivis et regnas in saecula saeculorum».

La mujeruca de Palencia habíase quedado adormecida sobre las maromas de cubierta, y Violante observó que su hermano, desde el puente de popa, hacíale una seña para que subiera a reunirse con él. Los pasajeros pululaban por todas partes, y, si no fuera por el vacío que roía sus estómagos en la última semana, por la sed que los atormentaba, por la suciedad, el sudor y los malos olores, por las fiebres y enfermedades que los mantenían en perpetuo estado de adormecimiento, por ese ir y venir de alucinados sin rumbo y sin sentido, por los dolores de los cólicos, las bascas y mareos y, en fin, por todos los malestares que suelen acompañar al pasaje en las barcadas a Indias, hubiérase dicho que aquel día, con un sol tan luminoso, era una bella jornada de fiesta, una de aquellas mañanas de primavera en las que Violante, junto a su hermano, subía hasta la ermita de Nuestra Señora de Allende por encontrarse, según ella misma decía, más cerca del cielo que de la tierra. Cada uno de los pasajeros llevaba en su rostro la marca de la ausencia, y sus ojos miraban hacia el suelo con tristeza, o se perdían en la profundidad de las aguas, asomados a ellas, buscando respuestas a quién sabe qué preguntas. Todos parecían como hechizados, y hasta los marineros, tan acostumbrados a las fatigas y trabajos de estos viajes, caminaban como fantasmas. Sólo don Íñigo, con su hermoso jubón de raso, su sobreveste de cordobán que hacíalo tan apuesto, su chambergo de plumas y los brillantes gavilanes de su espada iluminados por el sol, parecía aquella mañana un raro ser vivo entre tantos muertos, un general victorioso en medio de los derrotados en una batalla pavorosa.

Violante subió al puente, se llegó hasta él y dejó que la abrazara. Íñigo

le pasó el brazo izquierdo por su hombro y, sonriendo, le susurró algunas palabras amorosas al oído. Violante colocó su cabeza en el amplio pecho de su hermano. Junto a él, se sentía siempre protegida.
-157-
-En tres días más -le dijo el caballero- habremos llegado a Puerto Rico. No es el fin del viaje, pero, con ello, habremos culminado su etapa más penosa y difícil. ¿Estás cansada? ¿No quieres bajar a reposar un poco en el camarote?
Violante observó que, sobre su cabeza, comenzaba a soplar una brisa refrescante y que las aguas del mar se oscurecían. Cuando levantó la vista al cielo, algunas nubes cargadas de lluvia se precipitaban hacia el oeste. El viento agitaba sus rubios cabellos. Íñigo la miró con ternura, y ella volvió a acurrucarse en su pecho con un gesto de paloma.
-Habrá tormenta -le aseguró a su hermano.
-Esperemos salir de ella con fortuna.
-Rezaré para que así suceda.
Su cargo de oficial en Indias habíale sido confirmado cuando ambos se disponían a visitar a doña Ángela de Leiva, abadesa de Cañas y pariente lejana de su madre. Para ese entonces, la doncella había ya decidido su vocación religiosa, pero, joven e inexperta, aún dudaba en qué convento de la región profesaría. El rigor de los conventos que había conocido sabíale a poco, y ella soñaba con una regla hecha a la medida de sus deseos y aspiraciones de santidad. Parecíale que todas las monjas vivían muy a sus anchas gozando de las rentas que sus propiedades y privilegios les producían e imaginaba que habría de existir algún monasterio en el que la vieja regla de san Benito se guardara todavía como en los tiempos, ya lejanos, de santa Oria, niña voluntariamente recluida en una pequeña celda del monasterio de Suso en San Millán de la Cogolla y cuya vida contara, en un libro ya perdido, el monje Munio, de quien, según era fama, la tomó Gonzalo de Berceo para cantarla. Así había elogiado el poeta la verdad contada por el hagiógrafo:

El que esto escribió non dirá falsedat,
que omne bueno era de grant santidat,
bien conosció a Oria, sopo su poridat,
en todo cuanto dixo, dixo toda verdat.

Dello sopo de Oria, de la madre lo al,
de ambas era allí maestro muy leal,
Dios nos dé la su gracia, el buen Rey spiritual
que allá nin aquí nunca veamos mal.

La vida de la serranita de Villavelayo había provocado en Violante enormes

deseos de imitarla desde que, siendo aún niña de escasos años, visitara, -158- con Íñigo y sus padres, el viejo sepulcro de la santa excavado en la roca de la montaña, detrás de la iglesia del monasterio, y leyera la inscripción latina que Gonzalo de Berceo, el poeta del valle, había, siglos más tarde, vertido a «román paladino»:

> Sobre esta piedra que veedes yace el cuerpo de Santa Oria
> e el de su madre Amunna, fembra de buena memoria;
> fueron de gran abstinencia en esta vida transitoria;
> porque son con los ángeles las sus almas en gloria.

Ser de gran abstinencia se convirtió para ella, desde entonces, en una obsesión. Ésta, según creía, habría de conducirla a la gloria de los ángeles, como tan ingenuamente cantara el poeta, y no pasaba un día sin que su madre, poniéndose fuerte y reclamándole obediencia, le obligara a comer lo suficiente para no perder las fuerzas que su pequeño cuerpo, en perpetuo crecimiento, necesitaba. Íñigo, más cruel, o menos considerado, burlábase de lo que llamaba sus melindres y tentábale con golosinas y dulces de los que harían las delicias de cualquier niño. Gustábanle a Violante las frutas de estación, y eran éstas las primeras de las que se privaba, rechazando la tentación de las uvas y de las manzanas y comiendo, en su lugar, las endrinas más amargas y astringentes, o las bellotas de las que se alimentaban los pastores en las montañas. Todavía con más frecuencia se privaba de los dulces de leche y miel, de quesos y tortas y, sobre todo, de la carne, alimento que rechazaba por instinto y que sus padres, más sabios y experimentados, obligábanle a digerir en contra de su voluntad. En los largos inviernos de Ezcaray, cuando la nieve cubría los campos y su casa se alegraba con las fiestas de las matanzas, niña Violante exponía sus carnes a los helados cuchillos del cierzo, que barría los cielos y penetraba silbando en las habitaciones de las casas, donde los labradores de la región, frotándose las manos junto al llar, o con los pies colocados sobre el brasero, esperaban, pacientes, la llegada de la primavera. Poníase para la ocasión las camisas más livianas y, en la noche, cuando todos dormían, levantábase y, sin encender una mala vela que la alumbrara, acercábase a la ventana, la abría y dejaba que durante algunas horas barriera el cierzo todo indicio de calor, molicie y comodidad. Debido tal vez a tan continuados ejercicios de mortificación y a las privaciones a las que sometía a su cuerpo, Violante creció robusta y fuerte y llegó a la pubertad sin que una mala enfermedad la postrara en cama. Tenía la color rosada y fresca, las mejillas bermejas, los dientes fuertes y blancos, los cabellos rubios y brillantes y, sobre todo, los ojos profundos y luminosos. -159- Era su porte el de una reina, y no existía mozo en el pueblo y sus alrededores que, al verla pasar, no volteara a columbrarla por mejor disfrutar de su gracia y su belleza. Los ancianos sentían reverdecer su juventud al mirarla, y las mujeres observábanla con una no muy bien disimulada envidia. La honesta virtud

modelaba la hermosura de la niña de los de Cellorigo.
Cuando viajaron a Cañas a visitar a doña Ángela de Leiva, pasaron antes unos días con sus familiares de Azofra. Junto con Antonio, Mariquita e Isabel de Arciniega, nieta de don Sebastián, hicieron algunos paseos hasta las cuevas, en la cuesta de la Magdalena, donde las ruinas de la antigua iglesia de San Pedro levantaban sus costillares de piedra entre las cepas. En la falda de la cuesta, junto al camino que lleva a Santo Domingo de la Calzada, los chicos descansaban al pie de una chopa achaparrada, antañona y gruesa, que echaba su sombra sobre las aguas que manaban de la Fuente de los Romeros, pequeña construcción de piedra que aligeraba los sofocos y fatigas de quienes, por su devoción, hacían el largo camino hasta la tumba del apóstol de las Españas en la lejana Compostela. En las choperas, junto a las huertas, jugaban al topo, y, en cierta ocasión, Violante, con los ojos cubiertos por un pañuelo, al tratar de agarrar a uno de los jugadores, tropezó y dio con su cuerpo en las aguas de la fuente, de donde la sacaron con grandes risotadas los ganadores. Otro día fue Isabel de Arciniega la que, por cazar ranas entre los juncos, cayó en un regajo, quedando su lindo vestido cubierto de cenaco negro y maloliente y ella con grandes temores al castigo que su madre, sin duda, le impondría. Era esta Isabel una buena amiga de sus primos y heredera de un censo que a favor del santo hospital de peregrinos de Azofra tenía su familia desde los tiempos de su abuelo don Sebastián, censo que comprendía más de ciento cincuenta mil varas cuadradas de tierras de labor y que obligaba a la familia al pago de diecinueve fanegas de trigo y cebada para el mantenimiento del asilo. Cuando llevaron a Isabel hasta su casa, en la calle Real junto a la calle que baja de la iglesia, su madre, que vareaba aquel día con sus hermanas la lana de los colchones y llevaba puesto sobre la cabeza un pañuelo de vivos colores que la protegía del polvo que levantaban los varazos, quitose éste, lo arrojó lejos con un gesto de ira que los muchachos no conocían y, cuando todo parecía indicar que rompería en una explosión de cólera salvaje e incontenible, púsose a reír sin poder contenerse y de tal modo que su risa se contagió de inmediato entre sus hermanas y criadas, y todas, dejando las varas de mimbre sobre la lana de los colchones, terminaron revolcándose en ella. La madre de Isabel lavó a su hija, le cambió el vestido y, ya vueltas las aguas a su cauce y olvidado el incidente, dioles a los muchachos unas sopas de leche tan agradables y dulces que -160- a Violante, no pudiendo por cortesía excusar la invitación, obligáronle a hacer mentalmente la promesa de dormir en el suelo aquella noche para compensar el placer obtenido de la golosina.
Violante recordaba muy bien aquellos días pasados en Azofra, sus noches estrelladas de verano, el vuelo rasante de las golondrinas sobre los trigales y las danzas de los mozos que, al son de gaitas y tamboriles, saltaban ante la imagen de santa María Magdalena, patrona del pueblo, el día de su fiesta. Recordaba también la llegada de las carretas con las gavillas de trigo hasta las eras, el trotecito de las mulas que arrastraban el trillo, los cantos de los labradores para animarlas, el amor que en todo ponían estos hombres tan sencillos, para quienes la cosecha representaba todo y que, a veces, observaban el cielo preocupados cuando las nubes negras se amontonaban en el horizonte y amenazaba el

pedrisco.

Exactamente como ahora en el Nuestra Señora del Puy. Mientras Violante bajaba a su camarote, iba sintiendo que se encrespaban las olas bajo el maderamen del navío. Hasta los gritos de los marineros habían cambiado de tono y habíase hecho éste más fuerte y, también, más grave y más profundo. Ahora, arrodillada en el suelo, sentía cómo golpeaban las olas contra la nave y escuchaba el correr de nautas y pasajeros sobre cubierta. Algunas voces llegábanle con toda claridad, distrayéndola de sus rezos. Entre todas, destacábase la del capitán Figuereido. «¡Bajen las velas!», gritaba el gallego, y Violante imaginaba las maniobras, mientras, mecánicamente, invocaba la protección de santa Bárbara y engarzaba padrenuestros y avemarías con desesperación. Por primera vez desde que embarcaran en Sevilla, Violante sintió que le rozaban sus mejillas las frías alas de la muerte. No tenía miedo, pero temía que su hermano y las demás personas que iban en el barco sufrieran alguna desgracia. Recordó, entonces, a la mujeruca de Palencia echada enferma sobre el montón de maromas de la cubierta. Abandonó sus rezos y se puso de pie.

Por donde ella subía bajaban aterrorizados los pasajeros. Algunos de ellos cargaban mantas y colchonetas que, minutos antes, habían estado oreándose en cubierta. Para luchar contra los vientos quedaban solos los marineros. Violante enfrentaba con sus pocas fuerzas la ola humana que se empeñaba en arrastrarla de nuevo hacia la bodega. Cayó en las escaleras y, gracias a uno de los pasajeros que, casi sin mirarla, la levantó, no fue aplastada por quienes seguían bajando entre gritos, lamentos y rezos. El barco se movía en todas las direcciones, y, cuando, por fin, Violante pudo llegar a cubierta, el cielo se había oscurecido de tal manera que, más que día luminoso y claro como lo había -161- sido hasta entonces, parecía noche cerrada de invierno en Ezcaray. A tientas fue acercándose hasta donde había dejado a la mujeruca de Palencia. La violencia de las aguas arrojola empapada sobre cubierta y habríala arrastrado hasta las profundidades, si Violante, a ciegas, no hubiese acertado a agarrarse de las maromas de esparto que aseguraban unas barricas de agua a uno de los palos de la nave y que descolgaban peligrosamente sobre el maderamen. Un rayo que iluminó en ese momento la escena le mostró a la doncella la silueta de su hermano esforzándose con otros hombres en ajustar unas sogas. Gritó, pero nadie enmedio del fragor de la tormenta escuchó sus gritos, y, desesperando de llamar la atención en medio de tantos ruidos, furia de olas y truenos ensordecedores, siguió adelante. Cuando, al fin, llegó al lugar en el que yacía la palentina, ésta, acurrucada entre los aparejos de la nave, miraba con terror, con los ojos muy abiertos, cuanto pasaba a su alrededor. Al ver a Violante, sus ojos brillaron por unos segundos con una chispa de agradecimiento.

-Vamos, madre. Salvémonos en la bodega -dijo la muchacha-. Recemos a nuestra señora del Puy de Estella, que, por ser la patrona de esta nave, habrá de protegernos.

La mujeruca de Palencia carecía de fuerzas para levantarse y, empapada como estaba por las aguas del mar, temblaba de pies a cabeza a causa del miedo y de la fiebre. Violante hizo que le pasara el brazo derecho sobre sus hombros y, tomándola con todas sus fuerzas de la cintura, cargó con ella, arrastrándola. El camino de regreso fue aún más difícil. Uno de los

marineros, corriendo en la oscuridad, tropezó con ambas, y los tres cayeron al suelo en un momento en el que el barco se inclinaba peligrosamente hacia babor. Una enorme ola levantó la nave como si fuera un esquife, y, en medio de las tinieblas, Violante se dio cuenta de que se había quedado sola. Volvió a ponerse de pie como pudo y, tanteando en la oscuridad, tropezó, al cabo de algunos minutos, con un cuerpo que permanecía quedo y sin sentido. Reconoció al marinero que había con ellas tropezado y, golpeándolo ligeramente en la cara, logró que volviera en sí y que, más o menos repuesto, retornara a sus labores. Ella se quedó de nuevo sola enmedio de la oscuridad.

Los rayos iluminaban de vez en cuando la cubierta, y Violante trataba de orientarse en ella cuando esto ocurría. Gritaba con todas sus fuerzas para que la palentina la escuchara y movía la cabeza de un lado a otro con la esperanza de encontrarla. Las olas se levantaban por encima de su estatura. Jamás se había encontrado la doncella en situación tan apurada. Nunca había imaginado semejante furia en la naturaleza, un poder destructivo tan grande y extraordinario -162- que ningún poeta, ni Homero, ni Virgilio, ni Camoens, había logrado describir en toda su enorme e inhumana dimensión:

> Contar-te longamente as perigosas
> cousas do mar, que os homens não entendem,
> súbitas trovoadas temerosas,
> relampados que o ar en fogo acendem,
> negros chuveiros, noites tenebrosas,
> bramidos de trovões, que o mundo fendem,
> não menos é trabalho que grande erro,
> ainda que tivesse a voz de ferro.

Todo esto -y más- podía encontrarse en aquella noche cerrada y tenebrosa que tan misteriosamente y en tan corto espacio de tiempo había sustituido al día, ocultando el sol y arrojando las tinieblas sobre el mundo. Eran como las tinieblas del pecado ocultando con su velo negro la gracia al pecador, negándole la esperanza. Los rayos cruzaban el espacio para hacer aún más negras las tinieblas tras su paso. Los truenos parecían salir de las entrañas del mar, y las enormes olas que barrían la cubierta y arrojaban a los marineros al suelo una y otra vez eran como azotes de Dios con los que la omnipotencia castigaba el orgullo de la más humilde, pobre y desvalida criatura de la tierra, la soberbia de quien, por su condición, debe permanecer mansamente inclinado a la obediencia. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores», rezaba Violante, mientras seguía buscando en la oscuridad del cuerpo tal vez sin vida de la palentina. ¿Cuándo terminaría el sueño, la pesadilla? ¿Dónde estaría su hermano Íñigo en ese momento? Habíalo visto minutos antes ayudando a los marineros en sus tareas, pero ahora ningún relámpago hacíale patente su presencia. «... ahora y en la hora de nuestra muerte». «Amén», creyó escuchar, quedo, a

sus espaldas, y, cuando se volvió por ver quién era, un zarpazo helado y húmedo volvió a arrojarla contra el maderamen de cubierta. Sintió que su cabeza golpeaba contra algún objeto duro y contundente, y, de pronto, la oscuridad del cielo, la lluvia y las enormes olas que se levantaban sobre su cabeza desaparecieron, y ella se encontró de nuevo en el camino de Alesanco, montada en una mula que sus tíos de Azofra habíanle enjaezado para la ocasión y viajando hacia Cañas, donde la abadesa, doña Ángela de Leiva, los esperaba. Atrás quedaban las últimas casas de Riajales, y las mulas y los caballos tomaban la dirección de la ermita de Nuestra Señora del Prado, donde Violante pensaba hacer una parada para rezar por el buen término del viaje. A la sombra de las paredes encaladas de la ermita, unos rapazuelos jugaban al tejo, y sobre los sauces que sombreaban su entrada una multitud de mariposas y libélulas -163- ponía aquel día una luminosa nota de color que confortaba los ánimos y añadía a todos fuerzas para continuar. Iban en la excursión Violante, Mariquita, Antonio, Íñigo, Isabel y un criado de los Tejada, que los atendía. Cruzaron Alesanco y, en menos de una hora, subiendo por las ondulantes colinas que se levantaban hacia la sierra de la Demanda, estuvieron ante las murallas de piedra que cercaban el convento de las monjas.

Era aquélla una hermosa mañana de verano. Los campos de trigo estaban segados, y el horizonte, preñado hacia Nájera de olivos y de viñedos que ponían una nota de verdor bajo el azul intenso del cielo riojano. Hacia la sierra, los montes de la Cogolla se teñían de color en la distancia, y el San Lorenzo todavía conservaba nieves no derretidas que hacían más puros y serenos la atmósfera y el paisaje. En los trigales segados, unas pocas espigadoras, retrasadas en sus labores, recogían los últimos frutos de la cosecha. Sobre las colinas de Cañas, a las que ni las vides ni los olivos osaban ascender, extendían su manto de verdor hayedos y robledales.

«Bernardus valles, colles Benedictus amat», pensó Violante al ver aparecer, entre los campos cultivados a las orillas del río, los muros cistercienses del monasterio. Entrábase a éste por un enorme arco de piedra que se abría a una pradera siempre verde sobre la que se alzaban las venerables paredes del convento. Llegáronse los viajeros a la casa de la demandera, de reciente fábrica de sillería, entregaron las acémilas a un mancebo que servía en los corrales de las monjas y, tras estirar las piernas y observar, entre curiosos y arrobados, la belleza del paisaje, fueron hacia la puerta del convento, donde el padre mayordomo, informado de su llegada, los estaba esperando. Con él penetraron en la portería, e Íñigo tocó la campana para que el fraile los anunciara por el torno.

Contaban las monjas en su auxilio con un mayordomo y un confesor de su misma orden, una demandera, un criado al que acababan de entregar las caballerías y un pastor de avanzada edad que cuidaba los rebaños del convento en los montes del valle y que, con frecuencia, alejábase con sus ovejas hasta más allá de la aldea de Zarratón, desapareciendo del pueblo por temporadas. Tenían las monjas, además, censos y propiedades en casi todas las localidades del valle hasta Hormilleja, que era del señorío de la abadesa de Cañas junto con otras villas de la región.

-Ave María purísima -saludó la hermana portera.

-Sin pecado concebida -respondió el sacerdote-. Han llegado -añadió los sobrinos de la madre abadesa.

Con la llave que la portera le entregara condújolos el mayordomo a un amplísimo locutorio que se abría a mano derecha de la sala en la que se encontraban, -164- una de cuyas ventanas daba a la verde explanada abierta entre el convento y los muros de piedra que lo cercaban. Una enorme mesa de nogal y unas sillas de lo mismo, rústicas y de sencillo tallado, daban a la estancia un aire recoleto y duro, acentuado por las tenebrosidades de un lienzo de reciente factura en el que un san Miguel, adornado con todos sus atributos arcangélicos, aplastaba la maldad de un pobre diablo, rojizo y oscuro, arrojado a sus pies bajo la amenaza de su espada de fuego. San Miguel pisoteaba con sus sandalias doradas la cabeza de Lucifer. El cuadro era enorme y ocupaba gran arte de una pared del locutorio que casi rozaba con las murallas por regatón. Íñigo observó el cuadro con desconfianza, y Mariquita, al verlo, sintió un escalofrío.

Frente a él, en la pared que separaba el locutorio de la portería, una tabla de gran formato representaba a Jesucristo en las claras aguas del Jordán y, arrodillado en una prominencia de la orilla derecha, a san Juan Bautista echándole el agua sobre la cabeza. La figura de Cristo tenía las manos juntas sobre su pecho desnudo en actitud de recogimiento, y, al fondo del cuadro, cercando el horizonte, veíanse unos árboles. A los pies de Jesucristo y exactamente debajo de la figura de san Juan, la representación de una monja con el báculo abacial quedaba esclarecida por una leyenda que hablaba de doña Juana de Porres y Beamonte, abadesa de Cañas que mandó hacer dicho cuadro a sus expensas. La representación era más amable y luminosa y, pese a que el color de la carne de Cristo tenía no poco de mórbido y macilento y sus brazos alargados y flacos recordaban algunos cuadros de la escuela de Toledo de hacía un siglo, todos lo encontraron muy de su gusto, y Antonio no dejaba de observarlo una y otra vez como extasiado. El padre mayordomo les contó que doña Juana había sido abadesa del convento hacía un siglo y que eran ya cinco los que el monasterio llevaba en pie para gloria de la cristiandad.

-Es hermoso -decía de vez en cuando Antonio, mientras esperaban la llegada de la madre abadesa.

Por fin llegó. Bajo su velo negro de cisterciense, doña Ángela de Leiva guardaba todavía los agradables rasgos de una belleza que debió de alcanzar su máximo esplendor diez años antes. Al verla entrar por una pequeña puerta que daba a la pieza en la que las monjas recibían sus visitas, los jóvenes se pusieron de pie. Dos filas de rejas, que se levantaban entre un ancho muro de mampostería de baja altura y el artesonado del techo, los separaban de las monjas.

-Ave María purísima -saludó la abadesa, que venía acompañada de una donada joven a su servicio.

-Sin pecado concebida -respondieron los visitantes.

-165-

Habían entrado en el locutorio los cuatro primos con Isabel, a la que presentaron como nieta de don Sebastián de Arciniega, y el fraile mayordomo que los había recibido y guiaba en su visita. En la explanada, con el criado de las monjas, habíase quedado el gañán de Azofra que los había acompañado en el camino. La abadesa conocía ya, por carta de doña Leonor, las razones de su llegada y, tras los saludos y cortesías propios de la ocasión, dirigiéndose a Violante con un gesto de ternura casi

maternal, quiso explicarle a la niña la forma de vida que llevaban las monjas en el convento, pero terminó por hablar de la buena tradición mantenida por algunas familias de la región que, durante siglos, guardaban sus hijas en él.

-Con frecuencia -dijo doña Ángela- conviven dos y hasta tres miembros de una sola familia en el convento. Yo misma tengo la fortuna de gozar de la compañía de mi querida hermana doña Catalina, y se ha dado el caso de que vivieran a un mismo tiempo dos hermanas y una sobrina, como ocurrió hace ya muchos años con doña María Magdalena y doña Juana Arista de Zúñiga, que ingresaron y profesaron con su sobrina doña Úrsula. Las hermanas llegaron a ser ejemplares abadesas y entre las tres fundaron la cofradía de san José, que con tan piadosos cofrades cuenta en el valle. Que una sobrina mía decida seguir los pasos de su anciana tía no puede sino llenarme de satisfacción. Doy por ello gracias al cielo y sólo pido a nuestro señor y a su santísima madre que su vocación se cumpla.

Violante sólo acertaba a mirar a su tía con arrobamiento. Íñigo, en cambio, observaba el semblante sereno de la religiosa, su hablar pausado y lento, sus maneras delicadas, y no podía explicarse cómo, en semejante reclusión, cerradas al mundo y a sus pompas, cercadas por los fríos del invierno en aquel monstruoso edificio de piedra, podían estas mujeres conservar la gracia a la que su sexo y su condición les obligaban. El rostro de su tía era blanquísimo y sonrosado, lleno de vida y de alegría, y transmitía a quien lo miraba una enorme confianza en la bondad de los hombres y en la posibilidad de un mundo mejor y más hermoso. Parecía como si el espíritu de la primavera se hubiese encarnado en cada uno de sus delicadísimos rasgos, en sus ojos claros y profundos como lagunas de la montaña, en sus labios ligeramente gordezuelos y siempre rojos, en sus mejillas sonrosadas y dulces, en sus cejas, en su frente despejada, en cada una de sus manos, en su cuerpo pequeño y gracioso cubierto con el hábito blanco del Císter, en sus gestos medidos y honestos, en su sonrisa y, sobre todo, en sus palabras delicadas y tiernas, humildes y sabias, al mismo tiempo. Habíanle llevado de regalo un manto de paño grueso que doña -166- Leonor habíale hecho confeccionar para que mejor pudiese resistir los fríos del invierno.

-Pocos son los que me quedan, a Dios gracias, que pronto estaré gozando de la otra vida en compañía de nuestro señor, pero díganle vuesas mercedes a mi querida prima que es grande el regalo que me hace y que yo se lo agradezco de todo corazón.

Cuando acabó la visita y se despidieron de la madre abadesa, el padre mayordomo los acompañó hasta la iglesia, y cada uno, por un motivo diferente, quedó encantado de la visita. Bajo la bóveda de crucería de la iglesia, Violante permaneció más de una hora arrodillada ante el retablo con la vista fija en la imagen de santa María de san Salvador, a la que la iglesia y el convento hallábanse consagrados desde antiguo. Junto a esta imagen encontrábanse las de san Benito y san Bernardo de Claraval, patrones y fundadores de la orden, y, sobre ella, la adoración de los Reyes y la asunción de la Virgen. Coronaba la parte central del retablo un hermoso y artístico calvario a cuyo crucificado dirigió la niña Violante sus más fervientes oraciones.

Mientras la futura monja rezaba, su hermano, sus primos y su amiga Isabel

esperábanla en la explanada del convento, el mozo de Azofra enjaezaba las caballerías y la demandera les preparaba una sustanciosa colación para el camino de regreso. Como tantas veces, Violante habíase quedado sola y las tinieblas del mundo comenzaban a rodearla. Cerró los ojos por mejor hallarse con sus visiones y encontrar, así, la paz tan deseada. Pero era difícil, aun estando en un lugar tan recogido y santo. Algo -o alguien- encargábase siempre de impedirlo. Imaginaba ahora a su tía la abadesa riéndose de sus pretensiones de santidad, a su hermano maldiciendo y hasta al buen Antonio, siempre tan tímido y delicado, tan piadoso y bueno, haciendo gestos obscenos que la perturbaban. Eran, sin duda, visiones con las que el demonio la atormentaba, y sólo había a su alrededor caos y confusión, oscuridad y muerte. Oía gritos ahogados, terribles aullidos, llantos y quejas, y pensaba, mientras permanecía en este trance, que así habría de ser el infierno y que, tal vez, Dios nuestro señor enviábale estas visiones para que mejor pudiese evitar el pecado en el futuro al representárselo tan a lo vivo. Las voces hacíanse cada vez más fuertes, y los gritos y los truenos de la tormenta remecían los muros de piedra de la iglesia, y sus amplias ventanas ojivales temblaban de tal manera que los hermosos vitrales que las adornaban y que filtraban el aire llenándolo de colores caían al suelo haciéndose añicos y ella misma se veía obligada a ocultar su rostro entre sus manos, aterrorizada por el pensamiento, siempre repetido, de un suelo que se -167- abría a sus pies entre las lajas de piedra y que mostraba, en la abismal profundidad de sus entrañas, el fuego eterno al que estaban condenados los pecadores. Agarrábase ella con fuerza al reclinatorio en el que permanecía de rodillas y, mirando por la grieta abierta del infierno, veíase a sí misma a punto de caer entre las llamas. Y, entonces, rezaba. Hacíalo con desesperación, temblando como un gorrión en el invierno, ante la visión del orco, recurrente.

-Despierta, Violante -díjole quedamente una voz que ella reconoció al punto.

Abrió los ojos y vio a su alrededor algunas caras que le parecieron desagradables y feroces: mejillas sin afeitar, rostros sudorosos y descompuestos por la fatiga, ojos extraviados, labios colgantes con expresiones de estúpida indiferencia. Y, entre todos los rostros, entre aquella infinidad de ojos que el miedo multiplicaba, Violante reconoció el rostro y los ojos de su hermano y vio cómo éste se inclinaba hacia ella y acariciaba su cabello, ordenándoselo con delicadeza, y le tocaba la frente y le miraba con ternura. Y ella también le miraba, pues quería saber qué hacían allí tantas personas, qué había ocurrido para que la iglesia de las monjas se llenara, de pronto, de semejante multitud, qué catástrofe había destruido todo lo bueno y bello que ella había hasta entonces conocido. Y quería preguntarle por sus padres, por sus primos, por su amiga Isabel, por la madre abadesa, por Antón Allende, por todos y por cada uno de sus conocidos. Pero no pudo, porque la voz no le ayudaba, y se limitó, entonces, a dejarse alzar por los brazos hercúleos de Íñigo mientras cerraba los ojos y volvía a hundirse en un sueño profundo y negro del que no sabía si algún día habría de despertar.

Cuando lo hizo, su hermano estaba, como siempre, junto a ella.

-¿Dónde estoy? -preguntó- ¿Qué ha pasado?

-Hemos tenido un fuerte temporal -le respondió su hermano-. Nada de

importancia. Sólo han muerto dos marineros y aquella amiga tuya de Palencia que estaba tan enferma.
-¿Temporal? -preguntó, extrañada- ¿Dónde estamos, Íñigo?
-En el barco Nuestra Señora del Puy viajando hacia el Perú. ¿Acaso lo has olvidado?

-168-

Capítulo XIV
Tabernas y ventorrillos

Los taberneros, «gente más pedigüeña del agua que los labradores», al sabio decir del inmortal Quevedo, viven, como los frailes, de los oficios divinos. Siéntanse en un taburete durante las horas de la mañana a la espera de que algún pecador, atraído por los olorosos efluvios de los mostos fermentados, acierte con la puerta del establecimiento, penetre en él y, arrimado a una mesa, pida una taza de aloquillo con la que poder despejar su mente de las torturas del pensamiento. Esportilleros, mozos de silla, serenos trasnochados en su oficio, escuderos sin él, embozados por amor, pícaros y mendicantes suelen dar con sus alados huesos en volar sobre las tinajas, y los honrados taberneros pasan, de este modo, el día sin que el día pase sin saber de sus dotes de bautistas y milagreros, pues milagro es -y asaz meritorio- que tan solicitadas tinajas jamás se agoten al cabo de tantas jornadas y de tan insistentes reclamos de la clientela. Hacen estos taberneros una santa cofradía, pues, en llegando la noche, con sus mujeres, criados y rapazuelos revoloteándoles entre las piernas, dan en bautizar las sobras del día ya pasado para multiplicar al siguiente los caldos con los que han de refrescar las gargantas de los sedientos. Cúmplense en esta acción varios milagros y un sacramento cristiano, y así pasan por beatos y dignos de piadosa imitación quienes, con frecuencia, tiemblan ante la sola idea de verse forzados a pisar las escaleras de una iglesia.
Mateo Aransay paladeaba aquella mañana, mientras esperaba a sus parroquianos, una cachina de Vítor que su compadre Ruperto Cogolludo habíale remitido, con una amable nota de salutación adjunta, a lomos de un borrico patihendido. Hacía, al probar sus caldos, extraños sonidos con su lengua, chascándola una y otra vez en el velo del paladar. Turbia y torcida, astringente y espesa, aquella maldita cachina mollar resistíase a los esfuerzos que realizaba el buen hombre por hacerla pasar más allá de su garguero. Mateo Aransay estaba pensando en las secretas artes de las que habría de echar mano para domarla (veníanle a la mente algunas soluciones, pero ninguna de ellas ajustábase por completo a sus taumatúrgicas pretensiones de verdadero artista), cuando el saludo del primer cliente del día vino a sacarlo de sus meditaciones transcendentales.
-Alabado sea el santísimo sacramento del altar.

-Por siempre sea alabado -respondió mecánicamente el tabernero, que, sentado en su taburete, estaba a medio enterrar entre tinajas, barricas, embudos, -169- cazos, odres, garrafas, damajuanas, botas, jarras, copas, tazas y demás instrumentos de su honorable oficio.

Mateo Aransay, llegado de La Plata a Arequipa diez años antes con oficio de matasiete, hacía muecas de disgusto al trasegar la cachina. Escupió las sobras en el suelo de tierra de su taberna y se limpió la boca con el dorso de la mano. Su ojo izquierdo daba pataletas de disgusto en la única cuenca sana que le quedaba y a punto estaba de arrojar su boca los juramentos y maldiciones que su irascible corazón se resistía a contener entre pecho y espalda, cuando, al desperezarse el primero y levantarse sobre la altura de las barricas, dio con la nigérrima sobreveste del recién llegado y se posó sobre su jubón de raso y su gabán de paño, tan brillante y limpio que daba gusto el verlo, y, discerniendo Mateo, entre los vapores del vino y los malos pensamientos que le venían a la mente, que bien podría corresponder semejante atuendo a un hombre de calidad más que mediana, dio en calmar sus humores, ensayar su mejor gesto, ponerse de pie sin hacer eses que denotaran su mala letra de maniferro de alquiler, atusarse los cuatro pelos que aún le quedaban sobre el cogote y, saliendo al punto de la barricada de Baco tras la que se encontraba atrincherado, entregarse a la voluntad de aquel al que ya consideraba, desde ese momento, un personaje de polendas.

-Excelencia... -acertó a decir, haciendo un conato de caravana.

-Aquí somos iguales, amigo tabernero -le interrumpió el personaje-. De tú y vos y sin tratamiento, que el vino no acepta las diferencias y Baco se ríe de semejantes garambainas. Hagamos tabula rasa de lo que fuimos antes de traspasar la puerta. Venga hasta la mesa una jarra de vino llena hasta los bordes, buen hombre -solicitó con una sonrisa cómplice y burlona entre sus labios.

La voz del recién llegado era profunda y grave, y algo percibía en ella el matasiete de La Plata que denotaba autoridad.

-Al punto será servida vuesa excelencia -respondió el tabernero, que gustaba guardar lo que él llamaba las distancias.

Trájola de inmediato de entre las tinajas, colocola sobre la mesa en la que el recién llegado habíase sentado, limpiose las manos con su delantal y, con una rodilla llena de grasa y lamparones que traída echada al desgaire sobre su hombro izquierdo, adecentó como pudo las maderas sobre las que ya descansaban la jarra llena y la taza vacía. Volvió más tarde con un pequeño platillo de aceitunas, de las que, aderezadas con ajos, él gustaba de poner de compañía -170- al vino, para despertar, según decía, la sed, ya de por sí alerta y viva, de sus parroquianos. Con esto y una inclinación de cabeza hecha al tiempo que reculaba hacia sus reales, el matasiete se retiró a su barricada para continuar con el trabajo que acababa de interrumpir la llegada del personaje. Todavía miró dos veces más de reojo por encima de tinajas y barricas a quien, en ese momento, tomaba la jarra con la mano derecha y llenaba la taza que, sin prisas, se llevaba a la boca para santificar. «¿Quién será?», se preguntó el bautista de los vinos. «Aunque no lleva espada, por sus modales parece un caballero. De todos modos, no es de los que vengan con frecuencia a tomar baños de asiento en las riberas de este Jordán». Apremiado por sus

obligaciones de taumaturgo, pues ya se acercaba la hora de que llegaran sus primeros clientes, Mateo Aransay fue, poco a poco, olvidándose de su visitante y, en pocos minutos, ya estaba de nuevo concentrado en la manipulación de la cachina que de su compadre de Vítor acababa de recibir.

Fuera de la taberna, la escarcha de la mañana comenzaba a derretirse bajo los efectos de un tímido sol que calentaba con sus rayos las piedras blancas de la ciudad. Las calles que se despeñaban hasta el Chili conservaban aún las humedades de la noche en su empedrado. Más abajo, en la ribera, una ligera neblina se levantaba, y quienes recorrían las calles a aquellas horas embozaban sus rostros con capas, chales y tapabocas. Desde el establecimiento escuchaban Mateo y su cliente gritos confusos, saludos espaciados, ruidos de puertas que se cerraban y hasta golpes dados sobre las paredes de alguna casa cercana en la que los dueños madrugaban con albañiles y picapedreros haciendo obras de ampliación. Mateo Aransay seguía reconcentrado en su trabajo, trasegando cachina de una tinaja a un tonel, mezclándola con un tintorro valentón que habría, según pensaba, de aliviar en algo la aspereza astringente de la cachina, mezcla que, convenientemente rebajada, haría, como otras veces, un buen peleón al gusto de su clientela. Todo era, como él solía repetirle a su costilla, cuestión de tomarle el punto a la mixtura, que, en haciéndolo, el negocio se arreglaría, pues Mateo sumaba a sus habilidades de bautista y milagrero las de alquimista y boticario, que otro como él no era posible encontrar a muchas leguas a la redonda. Por su parte, el recién llegado, que se había desprendido de su gabán y puesto sobre una banca por entregarse sin ataduras a los poderes espirituosos del morapio, miraba la jarra con aire pensativo, y sus ojos iban de ésta a la taza y de la taza volvían a la jarra en un movimiento constante e inquieto que reflejaba la tremenda lucha que libraba en su interior. Sobre las paredes antañonas y encaladas de la taberna, algunas pintas al carbón contaban las hazañas amorosas de los parroquianos, y muy cerca de donde Mateo trajinaba -171- con las jarras y los embudos, junto a unos odres arrimados a una pared, un artista de pincel había esbozado con una economía de líneas verdaderamente sorprendente el cuerpo galano de una mujer desnuda al que había nombrado como el «amor de mis amores» con una letra garrapateada de borracho que no podía ocultar, empero, los rasgos cultivados de un hombre de estudios. Junto a la mujer desnuda, el mismo artista habíase detenido a representar un duelo en el que uno de los espadachines, con la rodilla izquierda apoyada en el suelo, caía atravesado por la tizona de su rival. El recién llegado entretúvose durante algún tiempo en admirar tales decoraciones de taberna, procesando a partir de estas visiones algunos pensamientos que fueron hundiéndole aún más en las profundidades de su melancolía. «Este pobre hombre», pensaba el recién llegado, creyendo reconocer en el matador a un pintor limeño cuya compañía frecuentara antaño, «vive obsesionado por el amor de una dama esquiva y, al perseguir ese amor, persigue la muerte. Mata por ella, pero la muerte no le abre las puertas de ese amor que se afana en alcanzar. La dama observa, en su soberbia desnudez, cómo los hombres se baten por el solo deseo de poseer su cuerpo y sonríe desdeñosa porque sabe que, en esta lucha, ninguno de los contendientes se alzará con la victoria. Ambos, el muerto y el matador,

han sido derrotados de antemano. El amor de la dama, convertido en desdén, es, en este caso, sinónimo de la muerte. ¿Qué habrá sido de este pobre hombre? ¿En qué habrá empleado su arte y su habilidad? Seguramente en pintar paredes de tabernas para conseguir jarras de vino con el que olvidar algo que será para él imposible de olvidar y que habrá de conducirlo, si ya no lo ha hecho, a esa tumba a la que todos estamos destinados. Éste es el destino de todos los hombres. Estas imágenes pintadas en la pared constituyen, aunque la justicia no se haya percatado de ello, una clara confesión de asesinato. Pero, a su vez, el asesino, que es la víctima involuntaria de una fuerza que él no puede controlar, acusa también. Quizá no sea ésa su intención, pero lo hace. Acusa a la dama esquiva, aunque él desearía con todas las potencias de su alma que su dama, más que el reo, fuera el juez y que fuera él el condenado, pues ¿no encuentran, acaso, estas víctimas placer sublime en serlo, en vagar por las tabernas llorando su amor y tratando de olvidar todo aquello que, contradiciendo su voluntad primera, dan en publicar en las paredes con dibujos, pinturas y frases tan elocuentes como la que está escrita debajo de esta bella dama desnuda que sonríe desdeñosa frente a los hombres que se están matando por su amor, o gritando a los cuatro vientos, con voz estropajosa y vil, su desventura? Víctimas, jueces y verdugos se confunden en este juego, y tal vez todos nosotros sólo seamos víctimas. Pero ¿de qué, o de quién? No. Víctimas, no. ¡Asesinos! Todos somos asesinos, pues aun los -172- que mueren en estos trances hacen víctimas de su muerte a quienes los matan. Los asesinos son los otros. Eso he pensado con frecuencia, pero no: todos somos asesinos y víctimas a un mismo tiempo. No existe acción buena que no redunde en mal, ni mal, al decir del pueblo necio, que por bien no venga. Pero no hay bien que pueda venirnos de las turbiedades de este mundo y, si existe, no hay ningún bien que realmente pueda aprovecharnos. Hemos nacido para el mal, y a él, sin remedio, tendemos todos. Está en nuestra naturaleza».

Volvió a acercarse a los labios la taza de vino llena de nuevo hasta los bordes y la apuró de un sorbo. El recién llegado no tenía aspecto de esportillero, de rufián, o de tahúr. Rufianes y tahúres, de otro lado, no visitaban a aquellas horas las tabernas. Su apostura, el gesto sereno y confiable de su rostro, el cuidado de su barba y su cabello, el terciopelo de las ropas que vestía y, sobre todas las cosas, el grueso medallón de oro puro que le rodeaba el pecho sobre los blancos almidonados de su valona lo diferenciaban por completo de cuantos, rotos y despostillados, solían, en aquellas tempranas horas de la mañana, venir al establecimiento de Mateo Aransay, en la bajada de San Agustín, para refrescar el gaznate antes de iniciar los trabajos del día, o para dejarse acompañar de los vapores del vino hasta los pellejos de oveja en los que, ya avanzada la noche, terminarían, modestamente, durmiendo la mona. El tabernero volvió a mirarlo, dejando a los cuidados del azar la mezcla de sus vinos y cachinas. Las puntas de sus zapatos brillaban bajo las oscuridades de la mesa a la que se hallaba sentado. Ajustaba sus calzones debajo de sus rodillas y sobre unas medias de lana de labor tan delicada que el tabernero, al verlas desde la trinchera formada por sus tinajas, odres y barricas, creyó hallarse frente a la pieza más delicada y fina del ajuar de una dama recién casada. Moviendo la cabeza de un lado a otro, volvió a

preguntarse quién sería, mas, como no tenía el hábito de permanecer en un solo pensamiento, el bautista de los mostos fermentados volvió a sus pociones con bríos renovados. En ese momento, tras aporrear con furia la doble hoja de la puerta de la taberna, hicieron su ingreso dos hombres a quienes, por el polvo que traían sobre sus raídos calzones de bayeta, el barro reseco pegado a las suelas de sus ojotas y los surcos que el sudor habíales abierto entre la capa terrosa y mugrienta de sus rostros renegridos, identificó Mateo a un solo golpe de mirada como arrieros llegados de Cuzco, pues traían, además, echadas sobre sus hombros y terciadas con aire de desafío, unas mantas de vivos colores como las que los indios usan sobre sus camisetas en aquellas provincias. Sus ojos rasgados de mestizos brillaron con satisfacción al adivinar, más allá de las tinajas amontonadas en uno de los rincones de la pieza, la presencia del cantinero.

-173-

-A la paz de Dios -saludaron los arrieros levantando sus brazos, y se sentaron sin más trámite en una banca corrida adosada a una de las paredes de la taberna.

-Vino, tabernero -pidió uno de ellos, pequeño y macizo, sin esperar la respuesta debida a su saludo.

-A la paz de Dios -respondió Mateo Aransay, abandonando sus tinajas para atender sus pedidos.

Salió de nuevo de su barricada y, mientras los recién llegados estiraban sus brazos y hacían extraños movimientos para desentumedecerse, llenó una jarra y, tras limpiar dos tazas con su trapo, las cargó consigo y se dirigió hacia ellos.

-¿De lejos? -preguntó el tabernero, mientras descargaba la jarra y las dos tazas sobre la mesa junto a la que se habían sentado los arrieros.

-De Sicuani -respondió el que había pedido el vino.

-¿Mucho frío? -volvió a preguntar.

-Mucho -le respondió el mismo.

No eran, pese a su aspecto, muy expansivos los recién llegados. Mateo lo sabía. Las alturas de Sicuani crían hombres parcos, serios y reconcentrados que, una vez con sus narices metidas en una taza de vino, no dejan de beber hasta caer al suelo sin conocimiento, ni conciencia de sí mismos. Mientras lo hacen, hablan poco, y lo poco que dicen, si dicen, no se entiende, pues no es otra cosa que gritos incomprensibles, lamentos de borrachos que nadie, sino ellos, parecen conocer.

Empezaba para el matasiete venido de La Plata la peor parte del día, la que transcurre entre la llegada de los escasos primeros clientes y la entrada gloriosa de los animados grupos de parroquianos que, a diario, con su cháchara y sus novedades, endulzaban las faenas del buen tabernero. Con sus primeros clientes como testigos, Mateo no podría dedicarse a sus faenas de alquimista de vinos en busca de la piedra filosofal y veríase obligado, de ahora en adelante, a quedarse sentado, mano sobre mano, hasta que alguno de sus compadres del mercado, algún cargador, o mozo de silla conocido, asomara sus narices por la puerta con una sonrisa dibujada en sus labios y unas ganas locas de contarle las novedades de la ciudad entre ruidosos sorbos de tintorro. La taberna de Mateo Aransay era, en Arequipa, un mentidero de baja estofa.

Los recién llegados habíanse hundido en su mutismo, y el tabernero, vuelto a su barricada, abandonose aquella mañana al aburrimiento, observando desde su puesto de batalla el rostro y los gestos del bebedor solitario.
Los arrieros de Sicuani no merecían su interés. De vez en cuando, por mejor pasar los minutos interminables que se amontonan sobre las primeras horas de la jornada, íbase hasta la puerta del establecimiento, abría ésta y quedábase, apoyado en su quicio, con la mirada perdida en la tapia lejana del recoleto monasterio que los franciscanos de san Pedro de Alcántara habían construido a la otra banda del río, cerca de la puente sobre el Chili, en el viejo barrio de Antiquilla, sobre cuyas torres y tejados brillaban ya los primeros soles de la mañana. Cansábase, empero, muy pronto del espectáculo y, no hallándole mayores alicientes al voluntarioso oficio de portero de su negocio, al cabo de algunos minutos volvía sobre sus pasos a refugiarse en su barricada. Desde allí, reanudaba sus labores de espía, a la espera del momento en el que los arrieros cuzqueños requirieran de nuevo de sus servicios, o volviera a llamarlo el desconocido. Él esperaba que los tres se fueran para continuar con sus experimentos.
Parecía haberse hundido el solitario de oscuro gabán en la zona más oscura de sus pensamientos. Desde sus reales, Mateo Aransay observaba los rápidos e intermitentes movimientos de sus ojos, su actitud entre meditabunda y alerta, la laxitud de sus brazos abandonados sobre la mesa, la penumbra de sus párpados caídos, el color mórbido de sus mejillas, las alburas de su valona, el brillo dorado de su gruesa cadena, la barbilla hundida en los terciopelos de su jubón y, de vez en cuando, los violentos raptos del bebedor que, sin volver en sí y sin poder escapar a la prisión de sus negras fantasías, tomaba la taza en su mano derecha y, de un solo trago, la escanciaba en su gaznate. «¿Quién será?», seguía preguntándose el matasiete de La Plata, que trataba de adivinar en su porte y su figura algunas señales ciertas de su oficio y condición.
Hacia el mediodía, los arrieros de Sicuani abandonaron la taberna, y Mateo Aransay, en la seguridad de que su cliente, engolfado en sus soledades, envuelto en los vapores del morapio y entretenido en comer las aceitunas aliñadas con ajos que lo acompañaban, no habría de descubrir los secretos de su arte tras la barricada, habíase vuelto a ejercitar sus habilidades de alquimista. En las calles de Arequipa, el sol calentaba el empedrado, y algunos vecinos las paseaban sin presura demorándose en las esquinas. Una carreta de eje sin engrasar bajaba traqueteando la cuesta de San Agustín, halada por una mula llena de mataduras y envuelta en tábanos. El aire traía olor a estiércol y a paja seca, olores de cuadra. Cargaba tres cochinillos gritones, y una docena de rapazuelos, -175- recién librados de la palmeta del dómine, seguíanla entre bromas y empujones. Uno de ellos, que ocultaba sus negras guedejas bajo una gorra de paño oscuro y manchado de grasa y suciedad, tarareaba un romance de amores por los bajines. Hasta la taberna llegaban los ruidos, y el bebedor solitario, al escuchar los gritos de los mocosos, volvió en sí, sacó de su faltriquera unas piezas de vellón, las dejó sobre las maderas de la mesa y, sin más trámite, tras reparar su atuendo y saludar con un gesto de despedida al tabernero, que permanecía detrás de las barricas, ganó de dos zancadas la

vereda. El sol le obligó a entornar los ojos por unos segundos y, cegado por su resplandor, púsose la mano derecha sobre la frente para mejor reconocer al paisanaje. En aquella cuesta de San Agustín que bajaba hasta el Chili no parecía haber ningún rostro conocido. Hacia la parte alta de la ciudad, un jinete empujaba con brío los cuatro cascos de su cabalgadura para hacer su ingreso en la plaza Mayor. El caballo caracoleaba, y el sol destacaba con fuerza los vivos colores de las plumas que adornaban su chambergo.

-Abur -dijo sin voltear, cuando ya tenía la mitad de su anatomía bajo los rayos del sol.

-Abur -le respondió Mateo Aransay, que todavía se quedó algunos segundos como alelado antes de reaccionar, levantarse, dirigirse a la mesa y tomar, con gesto de complacida avaricia, las monedas con las que el desconocido habíale pagado sus servicios. La jarra de vino estaba vacía. También la taza. Su misterioso huésped habíase tomado de una sola sentada medio azumbre largo de peleón.

Escuchábanse, en dirección a la plaza, los ruidos de la ciudad, y el caminante, por mejor huir de sus encantos, dio en seguir bajando la cuesta de San Agustín hacia las riberas del Chili. No sentía hambre, pero, dado lo avanzado de la hora, decidió meterse en un ventorrillo del que tenía noticia, junto a unas huertas cultivadas aguas abajo de la puente nueva. Imaginaba que recuperaría sus fuerzas con una buena sopa de cebollas y torreznos, algunas tajadas de cordero y una ensalada de verduras. Aquel día no deseaba hacer nada y esperaba emborracharse, envolverse en su gabán al anochecer e ir por esos mundos de Dios sin más compañía que sus pensamientos, pisando fuerte y desgastando las suelas de sus zapatos.

«Existe en Córdoba», escuchole decir muchas veces a su padre, cuando éste, que había estado avecindado en aquella ciudad, aún vivía, «una magnífica torre de sillería que uno de nuestros reyes obligara a construir, para perdón de sus pecados, a un irascible caballero que dio en matar a su mujer por un exceso de celos. El pueblo llama a esta construcción la torre de la Malmuerta». «¿Quién fabricará otra torre como ésa en -176- Arequipa?», pensaba ahora. Los corrales de las últimas casas de la ciudad levantaban sus tapias sobre los ribazos que se precipitaban en el río. La tierra estaba en esa parte removida y húmeda, enrojecida, con las entrañas abiertas por las palas y azadones de los constructores. Siguiendo el curso del río, abríanse las huertas regadas por sus aguas, y las tapias de los corrales describían una curva amurallada que se alejaba cada vez más de sus corrientes. Las chacras coloreaban de verde la campiña. Siguiendo la senda que bordeaba esta muralla, se llegaba al ventorrillo. En él se reunían a la hora de la colación del medio día algunos arrieros, unos pocos hortelanos y uno que otro viajero que, llegado a la ciudad, no encontraba un mejor lugar para satisfacer sus necesidades. Ni más seguro, ni más barato. Alejado de los caminos reales, el ventorro era frecuentemente visitado por cuantos tenían algún motivo para sentirse a su gusto alejados del centro de la ciudad. Hasta él llegaban pocas veces los ministros de la justicia. Los pasos, las veredas y los caminos no eran muy seguros en aquellos andurriales. Entre los plantíos de berzas y caiguas habían aparecido no pocas veces los cuerpos exangües de algunos acuchillados.

El ventorro abría su portón a la senda que bordeaba la muralla de los tapiales, y, frente a él, un bosquecillo de sauces sombreaba una pieza de hortalizas sobre la que se inclinaba, con su lampa, un chacarero. Un perro flaco, echado bajo la sombra de los árboles, observaba al recién llegado y, adivinando que aquel caminante solitario no pertenecía al lugar, se levantó y corrió hacia él, ladrando amenazador. Sus colmillos eran enormes y blancos, y babeaba. El chacarero inmovilizó al animal con un silbido, y éste volvió sobre sus pasos para echarse de nuevo, apacible, a la sombra de los sauces llorones. El caminante hizo entonces, presuroso, su ingreso en el ventorrillo.

Al abrir el portón, un violento rectángulo de sol dejó en penumbra las esquinas del establecimiento. Sentados sobre rústicas bancas corridas adosadas a sus muros, los clientes hundían sus barbas en tazas, platos y cazuelas. Sonaban las cucharas con sorbos y resoplidos. Comían todos en silencio y sin mirarse. Tras reconocer el lugar de un solo vistazo, el recién llegado descubrió una mesa aún vacía y se dirigió hacia ella. Se desprendió del gabán, lo dobló, púsolo junto a él y, ya acomodado, esperó a que llegara la moza del ventorro a preguntar por su pedido. Desde las mesas, ésta gritaba las órdenes a su patrón, que sacaba los platos por un ventanuco que daba a la cocina y los colocaba sobre un mostrador.

-Una jarra de vino y lo que tenga a bien vuesa merced para echar alguna carne a mi esqueleto -díjole el recién llegado cuando se presentó.

-177-

Era la ventera una mujeruca desgreñada y sucia, vestida con un delantal iluminado por lamparones. Tenía los párpados cubiertos de legañas, y junto a la boca, una postilla endurecida y grande acentuaba la sensación de asco que producía su figura. Pese a no sentir hambre, el recién llegado comió con apetito y, acabada la colación, se sintió satisfecho e inundado por una placentera sensación de seguridad. Hacía calor en aquel ventorro. Sus paredes, sucias y renegridas, rezumaban un sudor salitroso en las junturas de los sillarejos, y la atmósfera estaba impregnada de olor a cebollas, fritangas y humanidad. Oíanse los sorbos y regüeldos de los comensales, y, como un ronroneo sordo que inundara la estancia, sus conversaciones ya iniciadas en voz baja ponían una nota de distancia entre el recién llegado y los demás huéspedes, los que, de vez en cuando, levantaban sus ojos de los platos para observar con extrañeza su presencia. La moza llegó a retirar el servicio, y, por el gesto de disgusto de la tarasca, adivinó el desconocido que su presencia podría llegar a ser, de ahí en adelante, poco agradable para los patrones del ventorrillo. Sentábase en una mesa que los demás comensales, respetando su atuendo y apariencia, no se atrevían a ocupar. Algunos esperaban al sol, cabe las huertas, su salida, y uno de ellos, robusto y mal encarado, que cubría su largo y lacio pelo negro con un sucio pañuelo de colores, recostábase amenazador sobre el quicio de la puerta mirándolo con fijeza. La chusma sabía muy bien conservar sus distancias. El desconocido decidió, entonces, continuar su viacrucis por partes mejor conocidas de la ciudad.

Al atardecer, tras algunos largos paseos solitarios por las afueras, dio otra vez con su cuerpo en la taberna del matasiete de La Plata. Mateo Aransay servía en persona a cada uno de sus clientes, y el lugar estaba lleno. Algunos cantaban; otros jugaban; los más simplemente movían la

sinhueso por mejor pasar las horas vacías de las que aún disponían hasta la cena. La noche había caído sobre la ciudad, sobre el empedrado de sus calles se deslizaban, furtivos, los pasos de los malandrines y en la taberna entraban y salían los clientes, unos viniendo de sus casas ya comidos y otros yendo hacia ellas para volver más tarde a reanudar sus borracheras. El ambiente era pesado, tibio y algo dulzón, y el recién llegado volvió a sentarse en la misma mesa que había abandonado en la mañana y a la que ahora estaban arrimados dos jóvenes que, por sus trazas, imaginó que serían tratantes de feria y a los que nunca antes había visto en la ciudad. El establecimiento de Aransay olía a sebo, pezuña y tintorro.

Allí permaneció hasta bien entrada la noche, hasta el momento en el que el matasiete de La Plata, con sus codos apoyados en las barricas, púsose a conversar con uno de sus clientes. Quedaban en la taberna los tres, y él pensó -178- que había llegado la hora de abandonarla. Un viejo candil y cuatro velas de sebo luchaban por abrirse paso entre las sombras. Las figuras de las paredes cobraban a la luz de estas lámparas un nuevo sentido, y la mujer desnuda que habíale llamado la atención en la mañana parecía ahora un súcubo agazapado al acecho de sus víctimas. Flotaba en el aire un hedor tibio e insoportable. Al desconocido comenzaba a dolerle la cabeza. Mateo Aransay decí ale algo a su cliente, señalando con los ojos en dirección a su mesa, y la mujer del tabernero hizo entonces su aparición en el escenario con un apagador de velas de los que se usan en las iglesias. Era ésta una mujer delgada en extremo, de caderas anchas, cara angulosa y pelo entrecano, que debió de haber sido muy negro en otros tiempos. Al pasar junto a él, se quedó un momento detenida para observarlo; luego, se fue hasta el rincón más alejado y apagó la primera vela. En ese momento, el desconocido se puso de pie.

Cuando salió de la taberna, decidió subir por la cuesta hacia la calle de La Merced. En unas pocas casas todavía algunas luces iluminaban sus ventanucos. Como él, otros muchos no dormirían bien aquella noche. Pensó entonces que el mundo no se reducía a su persona y que, probablemente, para otros -«los más, seguramente», se dijo a sí mismo-, él no representaba siquiera un obstáculo a su felicidad, o su desgracia. Podían prescindir de él sin que por ello cambiara un ápice el sentido de su vida, el sentido mismo de la vida de los demás hombres. Pensaba con dificultad, y un dolor sordo que le subía desde los calcañares habíasele centrado en la cintura obligándole a detenerse cada cierto trecho para apoyarse en los muros tenebrosos de las casas. No había luna aquella noche, y las tinieblas le impedían ver más allá de sus narices. «Me estoy volviendo viejo», pensó. «A estos dientes, que, como a los pocos cabellos que me quedan, parece querérselos llevar el viento, añado ahora nuevos achaques. No pasarán dos años sin que me quede desdentado, ni tres sin que este dolor me obligue a apoyarme en un bastón. Dentro de algunos años, ¿quién reconocerá en mí al elegante galeno que fuera en otros tiempos?» La cuesta parecía más empinada que de costumbre. «No somos los mismos en ningún momento de nuestras vidas. Somos y dejamos de ser a cada momento. ¿Quién soy ahora? ¿Qué extraña fuerza me impulsa a recorrer hoy las negras calles de esta ciudad, a meterme en tabernas, correr peligros y beber hasta emborracharme, cuando en estos últimos años siempre he rehuido el riesgo,

he dedicado mis energías al estudio y me gusta quedarme en casa leyendo, tomando, cuando mucho, una jícara bien colmada de chocolate y con las piernas arropadas en una manta en las noches de frío? ¿Qué me empuja a ello? ¿Soy, acaso, el mismo que ayer fuera, el mismo que hasta hace tan sólo unos minutos bebía en la -179- taberna observando el juego de los tahúres y escuchando los gritos y conversaciones de los borrachos? No y sí. La verdad es que lo ignoro, pues a esas figuras de retablo que hago revivir en mi imaginación tan sólo las une la memoria: mi memoria. Si algo soy, si alguien soy, soy únicamente porque recuerdo que soy y porque en el recuerdo puedo encontrar las semejanzas, esas líneas de identidad y de sentido que hacen que sea y que sepa que soy. Sin la memoria, estaría sin ser y, sencillamente, estando, no sería». Al llegar a la esquina de la plaza Mayor, tomó la dirección de la derecha, hacia la calle de La Merced. El empedrado de la calle deslizábase ahora suavemente hacia abajo. La inclinación era casi imperceptible. De vez en cuando, el caminante apoyábase en las paredes. Al llegar a la altura del convento de los mercedarios, sintió como si una sombra lo siguiera, y un terror pánico lo invadió, haciendo que su cuerpo se agitara como una hoja. Miró hacia atrás, mas, enmedio de la oscuridad, nada pudo distinguir. «Es mi imaginación», se dijo para darse valor, y continuó caminando hacia su casa. Un perro callejero se deslizó entre sus piernas, silencioso. Volvió a detenerse. Sentía las sienes latiéndole con fuerza y podía escuchar, en el silencio de la noche, el agitado ritmo de su corazón. Respiraba con dificultad, y al dolor de sus piernas añadíase ahora una extraña debilidad que las aflojaba. Recostose de nuevo contra los muros del convento y trató de calmarse. Un sudor frío inundaba su frente. «Es mi imaginación», se repitió. «Si realmente fuera un perro, me habría ladrado. Estoy muy excitado. Será mejor que no vuelva a repetir esta aventura». Cerró los ojos para mejor concentrar su pensamiento. «Hasta un niño se reiría de mis temores y cualquier ignaro, de mis filosofías. Estoy borracho y delirando». Abrió los ojos para reiniciar su camino y, para darse valor, volvió su mirada hacia la plaza. Entonces vio las luces. En un cielo sin estrellas, aquellos eran los únicos luceros.

Eran antorchas las que brillaban y, por su número, parecían acompañar una procesión. No se escuchaban voces, sin embargo. Ni pisadas. Las antorchas venían de los soportales de San Agustín en dirección a La Merced. «Serán frailes», pensó, sin saber a ciencia cierta a qué frailes se refería. «En algún momento se pondrán a canturrear sus gregorianos». Tranquilizado por estos pensamientos, decidió esperarlos. Ahora se hallaban a escasos pasos de él, y podía distinguir los largos hábitos y las cogullas echadas sobre los ojos. No veía, empero, sus rostros. Cuando llegaron a su altura, se dio cuenta de que, entre las filas de antorchas, caminaba un caballero. Lo primero que observó fue su torso desnudo, y, tras él, a una especie de verdugo encapuchado que le golpeaba las espaldas con un rebenque. De éstas manábale sangre abundante al disciplinado, mas los golpes no hacían que se inclinara. Su orgullo lo mantenía -180- de pie y con la cabeza levantada. Su barba, negra y oscura, con tonos rojizos a la luz de las antorchas, se alargaba casi hasta su pecho desnudo. Los latigazos del verdugo -y esto lo aterrorizó- carecían de sonido, como los golpes mudos de algunas pesadillas. Tampoco sonaban los pasos de los frailes al

deslizarse sobre el empedrado de la calle. La noche arequipeña terminó, entonces, por cerrarse de nuevo ante a sus ojos. Antes de perder el sentido y caer sobre el empedrado de la calle de la Merced, reconoció al caballero tan cruelmente disciplinado.

Capítulo XV
Nocturno arequipeño

Estaba solo. Sobre la mesa en la que descansaban garrafas y botellones, veíanse un vaso manchado de vino, cáscaras de maní y migajas de pastel de carne desparramadas sobre sus maderas; en el suelo, arrojados sobre los ladrillos, unas mantas de vivos colores y algunos almohadones de lana. Escuchábanse los golpes monótonos y espaciados de las gotas de lluvia cayendo sobre las tejas. En la estancia flotaba una nube cargada de humores nocturnos, un olor espeso y acre que se pegaba a las paredes y cubría los muebles. Se envolvió en su frazada. Frente a sus ojos, un cuadro con una calavera, enmarcado en pan de oro, le recordaba la muerte inevitable. Sobre una silla, su negra capa, tirada al desgaire, descubría el brillo de sus alamares a la luz de una vieja palmatoria. La calavera del cuadro le sonreía en la oscuridad. Sic transit gloria mundi.

A dos meses largos de la muerte de su hermana, aún buscaba don Íñigo el olvido en el fondo de una botella. Había pasado el tiempo de las misas y de los funerales, de los llantos y los pésames de los amigos, mas él aún sentía contra su pecho la misma presión e idéntica congoja del primer día. Recordaba a diario a Violante, y, desde que ella muriera, negábase a salir de su casa de Yanque a visitar con la misma frecuencia las tierras de su corregimiento y a atender sus deberes con la corona. Estas cosas carecían ahora de sentido para él, y olvidaba a veces que abundaban en Indias los hombres que, cuando supieran de su desgracia, moverían cielo y tierra para ocupar el puesto de valimiento del que todavía disfrutaba con salud.

«Deberías cuidarte», habíale advertido su amigo el caballero de Verona, «que no son pocos los lobos famélicos a los que les gustaría satisfacer su insaciable apetito en el rebaño collagua que apacientas con tan buenos cuidados. No olvides que estos son cargos efímeros y que de ellos, más tarde, nos piden cuentas». Conocía bien a estos truhanes. Eran una peste, un cáncer crecido el mismo día en el que Colón pisara tierra de Indias por vez primera. Desde entonces habíanse multiplicado en la corte, en las chancillerías y en las audiencias, en el ejército, en los cabildos y en las catedrales. Deseábanlo todo, y nada saciaba su hambruna de siglos. De mirar torvo y manos apresuradas, enflaquecían los futuros marqueses imaginando las tierras de su señorío, consumiéndose de envidia cuando veían a otro empinarse hasta el puesto con el que ellos soñaban sin dormir y que habría de servirles para asegurar su futuro. Vestidos de negro como los cuervos, visitaban -182- conventos y beaterios, habíanse hermanos de santas cofradías y salían encapuchados en Semana Santa, cargando

cadenas y cruces por sus pecados. Jamás reían, y en los salones de la ciudad, entre triduos salpicados de golpes de pecho y meaculpas, a la hora de la tertulia, con la jícara colmada de sononusco, dejaban deslizar en los oídos de quienes siempre estaban deseosos de escucharlas, aquellas novedades que se contaban sobre tal o cual señor a quien su majestad, ignorando su verdadera catadura, había puesto en sus manos mucho más de lo que, en justicia, mereciera. Crecían las nuevas en boca de compinches y contertulios y, en pocos días, el señor tal o cual hallábase en coplas y en romances, y hasta los niños de la doctrina conocíanlo mejor que su confesor. Del romance de ciego y la copla tabernera viajaban tales nuevas a las audiencias y los palacios, y muy bien sabía don Íñigo que no pocos hombres de valor habían perdido su honra y su fortuna en estos trances, que lobos semejantes no paraban mientes en pequeñeces cuando lanzaban sus dentelladas.

Pero ¿qué podía interesarle todo ello al capitán, cuando en su corazón existía un vacío tan profundo y tan ancho? ¿Quién podría llenárselo? Su memoria lo traicionaba una y otra vez, y no lograba desprenderse de aquella imagen de Violante todavía niña descubriendo su vocación de monja a la sombra de una encina de las riberas del Benenguerra. Volvió a levantarse, fue hasta la mesa y llenó su vaso. Lo vació en su gaznate. Lo llenó de nuevo y, con él en la mano, volvió a arrebujarse en la manta de colores en cuya tibieza habíase deleitado en las últimas horas. «Tan sólo necesito calor», pensó entonces. La estancia era amplia y fría, y, más allá de los pequeños cristales de su ventana, en los campos llecos de las alturas de Yanque, la lluvia seguía cayendo con insistencia. Las calles de la aldea habíanse transformado en ríos y barrizales. A esa hora, los indios estarían guarecidos en sus cabañas a la espera de que escampara, calentándose en sus cocinas, o, ya entre los pellejos, bebiendo chicha y emborrachándose. «Pobre y miserable la vida de estos hombres sin horizontes», pensó, «condenados a sobrevivir en este infierno de punas heladas y hondos valles ardientes y desérticos. ¿Qué dios cruel los ha puesto en estas alturas, con la riqueza de las minas al alcance de sus manos y sin poder disfrutarla? ¿Pueden, acaso, ser felices enmedio de tanta desventura? ¿Qué otra felicidad puede encontrarse aquí sino el olvido?».

Él quería olvidar. Como los indios. Sobre la puna, en las partes altas de la aldea, las llamas rumiaban los brotes del ichu con lenta parsimonia, alejadas de todo cuidado. Los indios hacían lo mismo que las llamas, y las nubes, blancas y algodonosas, se deslizaban indiferentes en lo alto del cielo arrebatadas por los vientos. Su existencia se limitaba a ser rumiante, a pastar, o a beber -183- para alcanzar la felicidad del olvido, la ciega razón de ser sin ser, de estar simplemente, ignorando los vanos ergotismos a los que sus maestros de la universidad y la academia de Arequipa habíanle acostumbrado. Él ya no ergotizaba. Minucias. Parvedades. No ergotizaba, al menos, en Yanque, ni en Lari, ni en Cabanaconde. Él no era capaz de hacerlo entre quienes dejaban pasar su vida bajo el cielo abierto de la puna, olvidados de doctores, escribanos y hasta de curas de parroquia. «¿Importa en verdad saber quiénes somos y adónde vamos? ¿Importa el vivir? Pensar es un hábito peligroso que nos conduce a la infelicidad». No diferían mucho estos indios de aquellos campesinos

desventurados de su tierra, siempre cercados por tormentas y malas cosechas; mas aquellos, con frecuencia, dábanse a reír y a cantar, a contar mentiras e historias fantásticas de mujeres bellas y encantadas que los consumían de pasión entre sus brazos a la vera de un manantial en los robledos, y en estos Íñigo descubría un sino fatal de tristeza profunda, un negarse a las pequeñas alegrías de la vida, un entregarse sin resistencia a las fuerzas misteriosas que gobernaban su vida, como él, a fin de cuentas, gobernaba su corregimiento. Cada día entendía mejor a los indios, los amaba más. A veces, se quedaba horas contemplando en los días de sol, desde su ventana abierta, el cansino caminar de los pastores hacia las punas, el paso de las indias con sus mantas de colores llevando a sus guaguas cargadas a la espalda, o el tambaleo de los borrachos al anochecer, cuando un cielo preñado de estrellas ponía la nota necesaria de sosiego y calma en la chirriante y trágica sinfonía de lo cotidiano, ese momento en el que todo se aquieta y en el que corazón quiere abrirse a los misterios insondables del universo para unirse a él y en él quedarse para siempre. Mas, a veces, esta humilde actitud de entrega sacábalo de sus casillas y lamentaba entonces su sino y su desgracia, el simple estar aquí por hacer algo, por valer algo, por ser algo más que una simple piedra arrojada al estanque, esa vocación de redentor que lo conduciría al martirio, e imaginaba que, para estos hombres, había dejado de existir la esperanza. El año corto que llevaba en su corregimiento habíalo pasado, a su pesar, luchando con sentimientos tan encontrados.

¿También él estaba perdiendo la esperanza? No lo sabía. Tres meses antes estaba lleno de vida y de entusiasmo. Sus frecuentes viajes a Arequipa, las prolongadas estancias en su casona, las visitas a su hermana y la compañía de Antonio y de sus buenos amigos, su inteligencia y amenidad, su agradable trato, compensaban con creces la tristeza de la que llegaba envuelto a su regreso de Yanque, cuando esa sensación de ser sin ser lo invadía y se veía obligado a recurrir a sus mejores recuerdos para alejar el peligro de entregarse a las tentaciones de la nada. Arequipa era en esos momentos para él un baño lustral -184- del que salía renovado y lleno de bríos. Recuperaba su mundo y, con ese matalotaje, volvía a sumergirse sin temor en las oscuras aguas de la administración y del trato directo con los indios y sus curacas, con alarifes y jornaleros, con los pastores y con los arrieros que se contrataban para hacer los caminos del Cuzco y del Collao, con los rescatadores y contratistas, con esas tardes pardas y frías de su casa de Yanque, donde los minutos se alargaban como horas y él trataba de reducirlos abrigándose las piernas con una frazada junto al brasero y leyendo un libro mientras bebía los vinos que Fermín Gorricho le iba escanciando entre bostezos. Ahora el vino servíale para olvidar, pues el peligro estaba en la memoria y el enemigo había, repentinamente, cambiado de bando. En Arequipa estaba ahora su particular infierno: esa felicidad que se agria al recordarla cuando nos hundimos en la desgracia.

Arequipa era ahora su infierno, un infierno inevitable reducido a recuerdos. Lo supo aquella fría noche del primer día de julio, cuando Fermín Gorricho, ante los insistentes golpes dados contra la puerta de la calle, bajó a abrirla y se presentó minutos más tarde en su pieza con una negra rapazuela cuyo rostro se iluminaba en el umbral bajo la linterna del

navarro. Tenía los ojos enrojecidos y el gesto esquinado y furtivo de quien huye de algo, o de alguien. En sus labios abultados trataba, sin embargo, de dibujar una sonrisa amistosa con sus blanquísimos dientes, y bajo los trapos sucios y envejecidos que la cubrían podían adivinarse los músculos de una pantera, las carnes endurecidas de quien recibió de la naturaleza lo necesario para corretear por los espacios abiertos de las llanuras y gozar del viento en la cara, de la lluvia, del sol y de la privilegiada visión de los horizontes infinitos. En sus ojos nigérrimos y profundos adivinó el buen hidalgo de Ezcaray una sed insaciable de libertad y de gozo, un deseo de vida inocultable. Dejó el libro que estaba leyendo sobre una mesilla y se puso de pie ante la recién llegada.

-Se llama Escolástica -anunció Gorricho- y dice que se ha escapado del convento de su hermana.

-Vuesa merced me conoce -habló la angola-. Me compró en Lunahuaná. Ésa fue -lo recordaba muy bien- la primera vez que miró a Escolástica con interés. Hasta entonces, la esclava había sido sólo un objeto más comprado para su comodidad, o la de su hermana. Ahora estaba de pie frente a él, bajo la luz de la linterna que Gorricho levantaba sobre su cabeza para que su señor observara con detenimiento el porte garrido de la sierva, el brillo de sus ojos insondables, la perfección de sus senos y la fuerza de gacela corredora que mantenía en tensión sus caderas bajo la ropa. Había en la boca del navarro un -185- rictus torcido y perverso, una sonrisa a medio dibujar que evidenciaba sus pensamientos de rijoso. Paseaba su mirada por el cuerpo de la zagala, bajando sus ojos hasta sus nalgas y acariciándoselas con ellos. En la habitación crecía el silencio. En las calles de la ciudad ningún ruido perturbaba la serena paz de la noche estrellada.

-¿Has cenado? -preguntó el capitán, por decir algo.

-No -respondió, quedo, la muchacha.

-Fermín -ordenó entonces don Íñigo-, que le sirvan alguna cosa en la cocina.

La vio bajar por las escaleras del patio acompañada del navarro, cruzarlo y dirigirse a la cocina. Tenía un paso quebrado y rápido y levantaba, al andar, orgullosamente la cabeza. Había una cierta majestad en su porte: el gesto altivo de una princesa salvaje. Pensó entonces que había muchas cosas que pasaban a su lado sin que él se percatara de que sucedían, muchas personas ignoradas a las que jamás prestaba atención, hechos y hombres aparentemente sin importancia que, sin embargo, uníanse a su vida por misteriosos lazos manejados por un sino azaroso y ciego, una suerte de telaraña en la que él también se encontraba atrapado. La negra formaba parte de esa telaraña, parte de su vida. En la oscuridad del patio, la linterna del navarro abría un boquete de luz junto a la puerta de la cocina. Ambos penetraron en ella.

Aquella noche, según podía recordar, había dormido. Acariciado por la figura juvenil de la esclava bailándole ante los ojos, don Íñigo había ido transportándose, casi sin sentirlo, al misterioso mundo de los sueños. Vio primero una luz cegadora que extendía sus rayos hasta más allá del horizonte. Más tarde, esta luz se llenaba de colores. Recordaba que, de niño, solía tener pesadillas en las que gigantescas bolas de fuego y de color, magmáticas y ardientes, llenábanlo de terror, pero ahora las luces

eran suaves y los colores, sedantes, lo llenaban de paz y sosegaban su alma. Paulatinamente, la intensidad de la luz disminuía, y los objetos que lo rodeaban comenzaban a perfilarse con claridad. Se encontraba en un bosque cuyos árboles cubrían toda la extensión que abarcaba su vista. Eran estos árboles extraños y gigantescos, sin hojas, con sus ramas desnudas extendidas hacia el cielo en una hermosa mañana de primavera, y el suelo, parejo y ordenado, tan regular como un piso de ladrillo, brillaba bajo el sol. Aquellos árboles no proyectaban sombra alguna. En este punto la memoria de don Íñigo lo traicionaba. A la mañana siguiente él no recordaba bien en qué momento había aparecido en aquel bosque su primo -186- Antonio cargando en sus brazos a la esclava desnuda para ofrecérsela. El rostro de su primo se perdía, y él imaginaba que, a la mañana siguiente, al reconstruir mentalmente aquel sueño, podría haber puesto el rostro de su primo en aquel cuerpo de fraile dominico que quizá correspondiera a otro, o a ninguno. El fraile había puesto a la esclava desnuda sobre un hermoso lecho con dosel, y los árboles habíanse transformado en columnas, sus ramas en arcos y el cielo en bóveda, una enorme bóveda celeste hasta la que se empinaban las nervaduras de las ramas más altas y sobre la que una misteriosa mano de pintor había esbozado, al fresco, escenas de amor en las que proliferaban sátiros desnudos y rijosos, bacantes idas y rostros lascivos de mujeres con las cabezas coronadas de pámpanos. El bosque habíase convertido en salón, un salón de dimensiones inhumanas en cuyo centro se destacaba, diminuto, el lecho con dosel sobre el que yacía la esclava dormida. Él recordaba que, en su sueño, había observado esta escena desde arriba, como si hubiese volado sobre ella. Cuando, vuelto de su vuelo, encontrábase de nuevo en su posición primera, se dio cuenta de que el fraile había desaparecido. Estaban tan sólo él y la esclava. Se acercó a ella. Por unos segundos, admiró su belleza. El placer se le ofrecía al alcance de la mano. La tomó en sus brazos y, cuando estaba a punto de besarla, se despertó bañado en sudor: había estado a punto de besar a su hermana: sobre aquel lecho, desnudo y muerto, yacía el cuerpo de Madre Sacramento.

Enmedio de la noche, se levantó. Escuchó a lo lejos el canto de una lechuza. Miró por la ventana a través de los pequeños cristales que lo aislaban del exterior. Arequipa dormía profundamente. La luna emergía en ese momento de entre las nubes, y la noche se hacía, por unos instantes, más clara y apacible. Le resultaba difícil concentrar sus pensamientos, y la agitación que sentía en su pecho seguía aumentando. Algo, al mismo tiempo, presionaba sobre su corazón y le producía un dolor sordo que jamás antes había conocido. Le resultaba difícil caminar por su cuarto, pero sentía un cierto temor, un miedo casi religioso, irracional, a volver a tenderse entre las sábanas que todavía guardaban los humores de su rijo, aquella extraña agitación que había sentido ante el cuerpo desnudo de Violante. Se sintió sucio y se despreció. Se vio a sí mismo como un animal en celo, una bestia incapaz de diferenciar lo bueno de lo malo, lo sagrado de lo profano. A tientas, en la oscuridad, se sentó en una silla y, por unos instantes que le parecieron siglos, permaneció quedo. Sentía terror de volver a su lecho, pero el frío de la noche había ya congelado sus sudores y sintió una punzada aguda y dolorosa en el costado izquierdo. Sus ojos habíanse acostumbrado a la oscuridad, así que se acercó a la cama,

tomó una frazada y, en ella arropado, volvió a sentarse en la silla. Cerró con fuerza -187- los ojos y sintió cómo una infinita profusión de imágenes asaltaba su imaginación. Trató de fijar las más amables, de detenerlas en su loca carrera a ninguna parte y, en este trabajo, se fue quedando dormido otra vez.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, se sintió mejor. Los quedos golpes dados por Gorricho sobre la madera de su puerta lo devolvieron a la realidad. Viose a sí mismo acurrucado en la silla y envuelto en la frazada y no pudo hacer otra cosa que reírse. Antes de que su mayordomo entrara a su cuarto, el capitán de Cellorigo había ya vuelto a su lecho. A Fermín Gorricho le sorprendió descubrir, por vez primera desde la muerte de doña Violante, el ensayo de una sonrisa en sus labios a medio abrir.

-Anoche tuvimos una visita -dijo como si preguntara, tras responder al saludo de su criado, el hidalgo de Ezcaray.

-Así es, señor -contestó éste-. Se trata de Escolástica, la negra de su hermana, la que vivía con ella en el convento.

-Me gustaría hablar con ella algo más tarde.

-Así le diré, señor.

Pero ese día no vio a la negra. Ni al siguiente. Ni al otro. Preocupado por tantas cosas, se olvidó de su existencia. Ahora, en Yanque, recordaba que aquel día fue de un lado para otro buscando a su primo, que finalmente lo encontró al atardecer y que, cuando volvió a casa ya entrada la noche y bien cenado, Escolástica se hallaba, según le dijo el navarro, durmiendo a pierna suelta en la cocina. Subió a su cuarto y se distrajo durante un buen rato con la lectura de una de las novelitas de Cristóbal Lozano, incluida en Soledades de la vida y desengaños del mundo. Le pareció pueril la historia del estudiante que fue testigo de su propio entierro y, bien fuera por el tema, que lo llenaba de tristeza, bien por considerar que tales fantasías rebasaban los límites que la razón impone, bien porque no se hallaba dispuesto su ánimo a perderse en semejantes laberintos de la imaginación, lo cierto es que terminó abandonando el libro en la mesilla y tratando de dormir por mejor apaciguar la agitada tormenta en la que se debatía su alma. En la oscuridad, él contemplaba el entierro de Violante, el gesto bonancible de su rostro, sus ojos cerrados de apacible durmiente. Así la había visto él: como si durmiera. No podía hacerse a la idea de que hubiera muerto, de que no habría de verla nunca más, ni conversar con ella, ni protegerla en un pecho, como solía hacerlo cuando, atemorizada por algo, temblando como un gorrioncillo en el invierno, se llegaba hasta él y se acurrucaba en su regazo. Cómo echaba de menos sus besos y sus caricias, sus -188- ternezas, sus blanquísimas manos acariciando su cabello, sus miradas, su amor. ¿Qué novela podría describir la emoción que él sentía en esos momentos? ¿Quién podría plasmar en palabras la felicidad que lo embargaba? «¡Qué pobre es nuestro lenguaje! ¡Qué vacías las palabras!», se repetía en susurros. En el silencio de la noche, escuchábanse las pisadas de los criados en el piso bajo. «Cada quien a sus negocios», se dijo a sí mismo, pensando en Gorricho. «El navarro ha de hallarse, en estos instantes tratando de enamorar a la negra en la cocina».

Y así era, en efecto. Escolástica pudo contárselo más tarde, cuando, venidos a Yanque, durmieron juntos por vez primera. Todavía no habían

sonado las ocho en las campanas de la catedral, y ya el soldado habíase llegado a la cocina cargando su calentura. Aunque hacía frío aquella noche, el navarro llegó en camisa y con el pecho descubierto, como suelen hacerlo los duelistas en sus citas con la muerte. Traía unos calzones rotos y unas a manera de babuchas moriscas con las que solía deslizarse por los corredores de la casa sin hacer ruido. Venía en peinetas, y la esclava adivinó, por la malicia de su sonrisa, las torcidas intenciones del valentón. En el fogón todavía quedaban algunas brasas, y Escolástica, friolenta, hallábase tendida en una banca junto al mismo. Al alcance de su mano, encontrábase un atizador, y la negra, sin perder su aplomo, lo acercó a las brasas, aprovechando la penumbra de la estancia, mientras seguía representando su papel de doncella bien dormida. El navarro fue acercándose de puntillas por temor al ruido y tratando de adivinar, en la semioscuridad, la posición de las mesas, las sillas, los porongos y los cazos. Antes de llegar hasta la banca en la que la angola disimulaba su sueño, tropezó con una rastra de chorizos y a punto estuvo de lanzar por los aires uno de sus tremendos juramentos. Se contuvo apenas. Escolástica, con sus ojos entornados, veía perfilarse la alargada humanidad del navarro entre las sombras. Se sintió satisfecha de despertar tan salvajes pasiones en los hombres. Los sueños alimentados en sus soledades podrían cumplirse aquella noche. Temblaba, empero, como una hoja e ignoraba si era a causa del miedo que le atenazaba la garganta, o del deseo que ponía fuego y hielo en sus entrañas. Vinieron de golpe a su mente millones de imágenes, como se dice que acuden a la memoria de los moribundos en los últimos instantes de la vida. El amor y la muerte presentaban idénticos síntomas. Trató de serenarse. La figura del soldadote navarro la espantaba. Algo había en él que la obligaba a rechazarlo, algo sucio y monstruoso, algo que ella no sabía explicar, pero que le hacía desviar la mirada hacia otras partes cuando se encontraba en su presencia. Observaba ahora las enormes manazas del navarro crispadas junto a sus muslos y pensaba -189- que entregarse en ese instante a su lujuria constituiría una imperdonable traición a la memoria de su patrona. Adivinó la sonrisa de Gorricho, sus torpes pensamientos hirviendo, como lava de volcán a punto de estallar, en la cóncava angostura de su frente y, a través de la ventana, observó las estrellas de la noche arequipeña. Era una noche apacible y fría, y la luna rielaba sobre el suelo embaldosado de la pieza. En esa luz pálida y fantasmal que la acariciaba, Escolástica leyó un mensaje de Madre Sacramento, un mensaje que la santa enviábale desde el cielo para protegerla. Todos estos pensamientos cruzaron por su mente a la velocidad del rayo. Decidió esperar y defenderse.

Fermín Gorricho no pudo explicar satisfactoriamente a la mañana siguiente la venda que cubría su mano derecha. A don Íñigo le contó que se había malherido tratando de reparar con un escoplo unas maderas del demonio (aquí el navarro había lanzado un juramento de trueno) en el patio trasero de la casona, junto a las caballerizas, y con tan mala suerte, por ser de noche y estar sin candela, que no se arrancó la mano de chiripa.

-¿Y qué hacías metido a carpintero? -preguntó el hidalgo, al que no dejó de extrañar la repentina afición de su criado por el trabajo-. Deberías conformarte -le aconsejó a renglón seguido- con haber sido lego, soldado y cocinero, que ya sabes lo que suele decir la gente de los mozos que usan

de muchos oficios.
A los pocos minutos, don Íñigo ya se había olvidado del extraño incidente, pero, como dos horas más tarde, al ver a la negra cruzando el patio, llamó al navarro a sus habitaciones.
-¿Qué está haciendo la pardilla? -preguntó- ¿Ya le has encargado algún trabajo en esta casa?
-Ayuda en lo que puede -le respondió Gorricho-, que no está indispuesta para las tareas que se le encomiendan. Ahora está trabajando en la cocina.

Al caballero le satisfizo la respuesta de su criado. Cuando éste se disponía a abandonar la pieza, don Íñigo lo detuvo unos segundos.
-Quiero que, cuando anochezca, venga a mi cuarto. Después de cenar. Debo tratar con ella algunos asuntos importantes.
En la casa del español los días y las noches se sucedían sin cambios aparentes. Desde la muerte de su hermana, don Íñigo salía muy pocas veces de su alcoba, recibía escasas visitas y solía pasar las noches paseando de arriba -190- abajo por su pieza como un león enjaulado. Gorricho escuchaba sus zancadas desde una habitación del piso bajo, aneja a la tahona, en la que, echado sobre una albarda y con una bota de vino siempre a la mano, se quedaba quieto aligerando el lento paso de las horas. En ocasiones, se dormía. Con más frecuencia, sin embargo, trataba de interpretar los pasos de su amo sobre el entarimado del piso alto y adivinar su estado de ánimo. Entonces sentía que el tiempo se deslizaba a la velocidad del vértigo. «Camina despacio», se decía. «Debe de estar ahora recordando a su hermana».
Cuando esto ocurría, se echaba a dormir sobre la albarda, bebía un buen trago de peleón y, a veces, hasta lograba abandonarse a los placeres de la imaginación, que en él eran siempre recurrentes. Los pasos lentos y leves del caballero lo arrullaban, pero ello ocurría pocas veces. «Los pensamientos de mi amo son ligeros, agradables», interpretaba el de Murieta en esas raras ocasiones. «Debe de encontrarse a muchas leguas de distancia, perdido en los robledos de su pueblo, escuchando el trinar de las aves y la melodía de los arroyos. El carácter de mi amo es como el de un niño de teta. Carne y calabriada es lo que necesita un soldado y no melindres, pastas y pedujones de enclaustradas. Bizcocho, aloja y chocolate amariconan». Tenía el navarro opiniones muy firmes sobre esta materia. «La pólvora es el mejor alimento del soldado», solía decir a risotadas cuando rompía el ayuno en las mañanas con grandes bocados de cecina, voraces mordiscos de rocoto y tragos intencionalmente prolongados de peleón. Empero, Gorricho había aprendido a tener un gran respeto por el coraje de su amo, y, al escuchar sus zancadones golpeando con fuerza contra el techo de su escondite, volvía a imaginarse al hidalgo de Ezcaray como lo había conocido tantas veces: empuñando su espada con la furia de los valientes. «Este es mi amo», se repetía en esos casos, hinchaba el pecho y se sentía orgulloso de él al modo de un niño que se siente orgulloso de las hazañas de su propio padre. «Con el señor de Cellorigo hasta la muerte», se prometía entonces.
Fermín Gorricho era uno de esos espíritus elementales, tan frecuentes en España, que sólo respetan el coraje, virtud a la que el de Murieta acostumbraba a referirse con sustantivos más contundentes. Toda su

filosofía de vida (si filosofía podía llamarse a la mezcla asaz disparatada de pensamientos del navarro) reducíase a este respeto y, acaso, a saber aprovechar la primera oportunidad que el destino le ofreciera para su medro. Gorricho era un verdadero animal de bellota. Sus puntas de pícaro hundían en este aspecto de su filosofía sus raíces, mas eran sus ramas tan frondosas y floridas, tan llenas de ocurrencias absurdas, disparatas e ingeniosas, que no había quien, al conocerlo, no -191- sintiera hacia él, al tiempo, desconfianza y simpatía. Hacía, pues, la personalidad de Gorricho un árbol umbroso y salvaje, repleto de frutos y de espinas, en el que la poda habría resultado tarea más que imposible para el Hércules que la intentara. El capitán de Cellorigo jamás trató de llevar a cabo en él semejante hazaña y soportaba con gusto sus asperezas a sabiendas de su valor y lealtad, que éstas sí eran virtudes bien probadas en el valentón de Murieta. A aquellos gritos y juramentos que atronaban la casona hacía don Íñigo oídos sordos y a sus bravatas y fanfarronadas, que no eran pocas, oponía como remedio una sonrisa congelada y altiva que bajaba al punto los humos del botarate. El resultado de tal política había sido, desde el comienzo, excelente, y siempre reinó el buen entendimiento entre las partes. El capitán de Cellorigo solía felicitarse con frecuencia por ello.

Aquella noche no condujo a la esclava a las habitaciones de su amo. Éste dejó en claro a su criado que no quería que lo molestaran. Fue a la noche siguiente y, tras conducir a la angola al cuarto del caballero, Fermín Gorricho se retiró a su cubil. Aguzó el oído, ya de por sí fino. Sintió que se deslizaba una silla y escuchó unos pasitos menudos y rápidos de gata encelada. «Ahí está la angola», se dijo entonces. «Ésta ha de dar al capitán lo que a mí la otra noche me negara». Pronunció mentalmente el pronombre con rencor, marcando una distancia: «ésta». No podía engañarse a sí mismo: la «ésta» había sabido defenderse y había puesto al rojo vivo sobre la mano del soldadote la marca de su rechazo. No habría de ocurrirle lo mismo al capitán. Él sabría domarla y, quizá, cuando se cansara de sus ardores de salvaje, se la pasaría para su placer. «No son malas las sobras para un hambriento», pensó, arrojándose sobre la albarda. Se preparó para seguir escuchando, mas las voces, quedas, oíanse como un murmullo lejano, indescifrables. «Parece un fraile confesando a una beata. Rece tres salves vuesa merced y no coma carne durante las próximas dos semanas». Gorricho tenía una inclinación casi natural a la blasfemia. «¡La hostia!».

No se había equivocado el grandulón. La entrevista tuvo aquella noche no poco de sacramento. Empero, los recuerdos que don Íñigo guardaba de ella eran confusos. Ahora, en Yanque, rememoraba la llegada de Escolástica, la mirada maliciosa de Fermín, el gesto de inteligencia que le hiciera cuando se retiraba de la puerta y el vacío que parecía flotar en la atmósfera fría y seca de la habitación. Recordaba también que aquella noche él se sentía mejor, que había cenado después de mucho tiempo con apetito y que su mente era capaz de recrearse en pensamientos y fantasías que en las jornadas anteriores habría rechazado. Pero había algunos minutos de aquella entrevista que quedaban en -192- blanco, algunas palabras que bailaban ahora en su mente y que nada significaban para él, algunos gestos que no había sabido (o querido, tal vez) interpretar, miradas y movimientos de manos, reflejos de aquella piel oscura que brillaba en la

penumbra junto a los carbones encendidos del brasero. Había, sobre todo (en su memoria), un cosquilleo, una sensación de bienestar y de calma que lo obligaba a bajar la voz y a calcular la intensidad de sus palabras. Estaban (tal vez fueran en este punto sus recuerdos engañosos) muy cerca el uno del otro: la negra, sentada, con su cuerpo echado hacia adelante y los ojos levantados hacia el rostro del caballero, que miraba con curiosidad aquella mata de pelo ensortijado, sus labios abultados y carnosos, jugosos como la fruta, su mella hundida como un canal de riego cruzando el desierto y, de manera especial, los reflejos ardientes de su mirada. «Es bella», se decía a sí mismo, mientras seguía escuchando las razones que daba Escolástica para justificar su fuga nocturna del monasterio. Había sido una noche sin luna, según narrara.

-Las madres no son buenas -repetía la esclava-. No la querían bien a mi amita.

-¿Y cómo lo sabes? -le preguntaba, apenas en un susurro, el caballero.

-Siempre hablaban mal de ella y se burlaban de su devoción. Decían que era una hipócrita.

-Pero vamos a ver -decía entonces don Íñigo, levantándose y caminando a grandes zancadas, nervioso, por la habitación-, ¿quiénes se burlaban?

-Todas -repetía la negra, a la que el caballero de Cellorigo había hecho esta misma pregunta una y mil veces aquella noche.

-¿También la priora?

-No -insistía Escolástica-, pero ésa, señor, es la peor de todas. La madre superiora es la peor.

-¿Por qué? -volvía a preguntar el señor de la casa.

-No sé, amito, pero ésa es la peor de las peores.

-¿La peor?

-Sí, amito. Madre Encarnación camina por los claustros como culebra en la chacra. Da miedo sólo de mirarla.

-Eres supersticiosa.

-No, amito. Madre Encarnación camina como culebra. Se arrastra.

-193-

-Pero, bueno -volvía a preguntar lo mismo el caballero-, ¿tú por qué te escapaste?

-Porque tenía miedo de que me mordiera la culebra, como le mordió a mi amita.

-Pero a tu señora no le mordió ninguna culebra.

-No, amito. Sí fue culebra. Si vuesa merced le hubiese visto los ojos, no diría que la negra es supersticiosa.

-Supersticiosa y pagana.

-Yo quería mucho a mi ama -se quejaba, de nuevo, la esclava.

-Ya lo sé.

La conversación -esto lo recordaba muy bien- era circular. Comenzaba y terminaba en un punto, y hasta las palabras se repetían una y otra vez. El temor de la esclava sentíase en el aire, flotaba en la atmósfera de la alcoba, estaba ahí, pegado a las paredes, y era tan cierto como la noche arequipeña, tan real como aquellos ojos nigérrimos y expresivos con los que la esclava le imploraba desde las profundidades de su alma que la ayudara, que él la protegiera de todo mal, de la culebra que reptaba por los claustros del monasterio y que mordía a las monjas en los calcañares.

No tenía el aspecto de una mujer medrosa. Había escalado los muros del convento y escapado de él arriesgándose a ser descubierta, azotada y juzgada. Podía todavía encontrarla la justicia, y él nada o casi nada podría hacer para defenderla. Al morir Violante, Escolástica había pasado a ser propiedad del convento. Íñigo sólo confiaba en que no la buscaran en su casa, o en poder esconderla, si así lo hacían. Demostraba, pues, mucho valor al escapar para avisarle, y, tanto como valor, demostraba una lealtad inquebrantable. Se había arriesgado demasiado. ¿Qué verdad ocultaban, entonces, aquellos terrores? Probablemente, tampoco la esclava lo sabía. En ella estaba clara la intuición del mal, no el conocimiento del mal mismo.

-Muchas noches, mi amita iba a rezar a la celda de Madre Encarnación.

-¿Y tú la acompañabas?

-Algunas veces.

-¿Quiénes se reunían en esa celda?

-Mi amita, Madre Encarnación, doña Antonia, su hermana, y fray Domingo de Silos de Santa Clara.

-194-

-¿Y qué hacía el fraile a tales horas en el convento?

-Rezar, amito.

-Podría hacerlo durante el día. ¿No existe, acaso, prohibición de romper la clausura?

-En casos especiales, puede hacerse.

-Pero estos no eran casos especiales. ¿O sí?

-Yo no sé nada, amito.

-Creo que tendré que volver a hablar con ese franciscano.

Fue aquélla una noche muy larga. En Yanque, al amparo de la lluvia cayendo sobre sus chacras y sementeras, don Íñigo Ortiz de Cellorigo trataba de recordar cada una de las palabras de Escolástica, pero sólo acertaba en el brillo de sus ojos, en aquel extraño reclamo de amor al que finalmente había terminado por ceder. «Negra bandida», se decía. «Ella ha de saber más de lo que me ha contado». Volvió a levantarse y se aproximó a la mesa con la intención de llenar el vaso que acababa de apurar. «Tres monjas y un fraile en una celda. Extraños aquelarres». Esta frase le daba vueltas en la cabeza. «Extraños aquelarres», se repetía. «Tres monjas se pasan la noche rezando juntas con un franciscano, un guía espiritual riguroso que las lleva por extraños caminos de perfección. No entiendo. ¿Qué puede haber de malo en ello? ¿Qué de bueno? ¿Cuál podrá ser el objeto de semejantes reuniones?» El capitán de Cellorigo imaginábase la escena: un crucifijo en la pared encalada de la celda, reclinatorios y el silencio de la nada. A veces, el rostro de su hermana, de expresión tan dulce, le bailaba ante los ojos, pero, después de un rato, volvía a desaparecer y la escena quedaba de nuevo envuelta en el inmaterial silencio de lo que es sin que realmente llegue a ser alguna cosa. Aquella escena era cierta tan sólo en su imaginación calenturienta, una pésima reconstrucción mental hecha a partir de unas pocas palabras, como cuando leemos una novela e imaginamos a los personajes recorriendo campos y ciudades que jamás hemos visto ni conocido y que, quizá, tampoco existan sino en la mente del autor (o en la del lector, quien, al fin y al cabo, es su cómplice). Su hermana, tan próxima y tan querida, tan suya, comenzaba a convertirse en personaje,

en una suerte de figura literaria, casi, a decir verdad, en una metáfora. Pero ¿metáfora de qué? ¿De lo inasible? ¿De lo inexistente? ¿De lo eterno, o de lo efímero? ¿De lo que fue, o de lo que pudo haber sido y que tal vez será alguna vez, si el tiempo no es una ilusión de los sentidos y el hombre es algo más que un accidente de la naturaleza, un habitante efímero de los campos de la historia? Metáfora de un tiempo que, al -195- pasar, se queda, sin embargo, en nuestra memoria, siendo sin ser, porque el pasado es por haber sido y sigue siendo por lo mismo. ¿Tuvo Violante existencia real, o fue tan sólo producto de su fantasía, una quimera, una criatura inventada por él y a la que mantenía con vida para él mismo seguir viviendo? «¡Tonterías!», se dijo. «Tan cierto es el pasado como el presente, y aún más, que éste, por fugaz, es inasible. Yo soy porque he sido y seré porque, pese a todo, sigo siendo, y, aun cuando de mi existencia tan sólo quede una huella en la arena de la playa borrada por las olas, quedaré en esa misma arena fundido y confundido con las demás huellas, formando un tejido de destinos entrelazados en el que también estará Violante. Ella estará siempre. Ha muerto, pero está conmigo, y, mientras yo viva, también seguirá viviendo. No somos sino eslabones de una cadena que, al parecer, jamás se quiebra y que, tal vez, se repita eternamente. Mientras yo pueda pensar en mi hermana, existirá. Mañana volveré a Arequipa. Son muchas las respuestas que tendrá que darme el franciscano de Cirueña. No podrá esta vez meter su cabeza entre cirios y latines». Tranquilizado por esta resolución, se levantó, fue hasta su lecho, se tendió en él y, embargado por una extraña seguridad en sí mismo, se fue quedando dormido sin desvestirse.

Cuando al poco rato entró Escolástica en su cuarto, quitole las botas con cuidados de amante y cubrió su cuerpo con unas cobijas sin hacer ruido alguno, para que no despertara. Después, se acurrucó a su lado y se quedó un buen rato vigilando su sueño. En Yanque, la lluvia seguía cayendo sobre las casas de los indios, convirtiendo sus calles en barrizales. Sobre el tejado, escuchábanse los goterones, monótonos y repetidos, y la esclava pensó que resultaba bastante extraño que lloviera tan fuera de estación.

-196-

Capítulo XVI
Descensus ad inferos

Henriquillo era un hombre enjuto, de barba crecida y cana, nariz ganchuda y ojos muy negros y tan pequeños que a las niñas nadie las veía cuando se asomaban a sus ventanas. Respiraba con dificultad cuando lo conocí y se agitaba al hablar. Tenía una de esas voces que yo llamo de tambor por lo vacías y secas y una mirada esquinada e inquieta con la que barría los suelos y las paredes de continuo. Decoraba su frente una cicatriz carnuda y bermeja que le corría sobre sus cejas oscuras, y los escasos dientes que aún le bailaban en la boca completaban su retrato de perillán. Parecía más

viejo de lo que era, y, si no en sus movimientos, rápidos y nerviosos, en su sonrisa de rata, descubría al primer intento su catadura de bellaco. Vestía ropajes ajados, una manta terciada sobre los escasos hombros y una suerte de teja de paño negro en la cabeza, sucia de caspa y grasa y encasquetada como un bonete. Hablaba despacio y con circunloquios, como quien está acostumbrado en las audiencias a esforzar su ingenio para que lo entiendan los escribanos.

Aquella mañana nevaba en la villa. El cielo formaba una bóveda uniforme y ploma sobre nosotros, y los copos seguían blanqueando los pedernales de las calles. Madrid parecía un desierto blanco y silencioso, y no eran muchos los transeúntes que se arriesgaban a caminar sobre sus piedras heladas y puntiagudas. Bajo los portales de la plaza Mayor, junto a la vieja Casa de la Panadería, renegrida de incendios, algunos mendigos se arrinconaban buscando el calor que se escapaba por las rendijas de las puertas de la tahona. En el centro de la plaza, una jauría de perros callejeros, flacos y llenos de cuajarones y mataduras, disputaba a dentelladas los restos putrefactos de una alimaña. Cuatro rapazuelos desgreñados corrían por los soportales jugando al marro sin entusiasmo. Un arriero con zaragüelles y manta de pastor echada sobre su cabeza caminaba despacio bajo los copos que blanqueaban la atmósfera. Diógenes en el ágora matritense. En la puerta de una taberna, un ciego y su lazarillo canturreaban el antiguo romance de Gaiferos al compás de una vihuela. Desde una de las esquinas de la plaza, una anciana émula de Eva gritaba insultos y obscenidades a quienes quisieran escucharla. En la lejanía, más allá del arco de Cuchilleros, subiendo por la calle de San Francisco, escuchábanse el traqueteo de una carreta y el sonido metálico que hacen las herraduras al chocar con el empedrado. Por un momento sentí que el tiempo se había detenido y que todos en aquel paisaje de casas silenciosas y plomizas (los mendigos, el ciego y su -197- lazarillo, la anciana loca, los mocosos que jugaban, el arriero, Henriquillo y yo) estábamos congelados, atrapados entre muros de granito sin poder movernos, prisioneros de un instante, al parecer, eterno. El movimiento era una ilusión de los sentidos. Flotaba en el aire una espesura de paja mojada que se podía mascar y que se pegaba a los dientes como el trigo panizo que, cuando niños, entretenía nuestros ocios en los graneros. Mis pies estaban helados, y ya casi no sentía mis orejas. Sobre el cielo de Madrid se levantaban los humos, espesos y blandos, de las cocinas.

-Sólo necesito veinte reales como adelanto y un cuartillo de peleón para sacudirme el canguelo -me dijo cuando hacíamos nuestro ingreso a la taberna.

Estaba casi vacía. Sus escasos parroquianos se amontonaban junto a un brasero, al lado de unos pellejos arrimados contra una de sus paredes. El patrón, de pie, llevaba un delantal de cuero sobre una pelliza ajada que redondeaba sus mantecas. Tenía la cara roja, la calva brillante y, en su nariz, unos granos que deformaban su rostro. Con nosotros ingresaron el ciego y su lazarillo. El segundo, un hombrecillo entrado en años con cara de comadreja, frotó sus manos azules para calentárselas y, agarrando al ciego de una manga, lo haló hasta cerca del brasero, al que los frioleros arrimaban sus alpargatas sin temor a los chamuscones. El patrón nos vio entrar y se acercó a nosotros, trayendo una jarra rebosante de tintorro de

Jumilla que, en sus propias palabras, nos quitaría al punto la sensación de fresco con la que habíamos hecho el ingreso a su establecimiento. Limpié la nieve que blanqueaba mis ropas sin desprenderme de la capa y acepté gustoso su generosa oferta. El local era frío y su atmósfera, cargada, espesa y maloliente. Envidié por unos segundos el calorcito del brasero. Olía a humo, a caca de gato, a cuescos, regüeldos de Baco, cocido de berzas y castañas asadas. Al fondo, se escuchaba la voz de una mozuela ensayando una zarabanda. Imaginé que podría tratarse de la hija del tabernero.

-Doy por sentado que no ha de llegar la primavera sin que acierte con su paradero.

-Largo me lo fías, Henriquillo. La necesito antes.

-Será más caro.

-Que lo sea. ¿Cuánto más?

-Cuarenta reales, si le parece a vuesa excelencia.

-Me parece, pero que sea, cuando más tarde, para pasado mañana.

-198-

-Entonces...

-Cuarenta más cuando termines tu trabajo. También cubriré los gastos.

En ello habíamos quedado, y, en efecto, dos días más tarde, como hacia el mediodía, Pedro me anunció la llegada del hombrecillo. Lo había hecho entrar por la puerta trasera, la que daba a las caballerizas. Traía en su cara una sonrisa dibujada al sesgo y caminaba a mi encuentro con la seguridad de un general que acabara de ganar una batalla. Pedro veíalo avanzar con un gesto de profundo desprecio, una mueca que quería decir, más o menos, traducida a palabras corrientes, «¿qué negocios se traerá mi buen amo con semejante pela fustán?». Al llegar al centro del estrado, se detuvo, paseó su mirada por todas partes durante unos segundos, como si tratara de calcular el valor de los muebles que veía, y, poniéndose ante mí, terminó haciéndome una profunda caravana. Jamás recibió príncipe alguno homenaje más rendido. La teja que llevaba sobre su cabeza a guisa de bonete de doctor se le cayó al suelo, y a punto estuvo de correr su cuerpo la misma suerte al recogerla. Fue una escena graciosa que obligó a mi criado a esbozar una sonrisa de malicia en su rostro usualmente circunspecto. Recogida la teja, Pedro volvió a su actitud primera, observando con desconfianza desde sus alturas de hombre superior a quien sabía un pelagatos, uno de esos individuos sin oficio ni beneficio que abundan en las cortes, un verdadero pelafustán. Pedro había conocido a muchos como él. Los amigos de su pueblo eran lo que él llamaba unos pelafustanes. Pelafustán era uno de los epítetos más repetidos por mi fiel criado cuando se enfrentaba a quienes tenía por inferiores, miembros todos de las honorables cofradías de pícaros, rufianes, mozos de cuadra, buleros, verduleros, alojeros, esportilleros, alarifes, aguateros, sacristanes, vinateros y demás oficios de la plebe madrileña, pues, entre tantos y tan sonoros títulos del populacho, el de Argamasilla sentíase poco menos que un duque de Alba. Y tenía razón. Henriquillo éralo todo menos decorativo. Entre aparadores y sillones de nogal recubiertos de cordobanes y badanas, mesas de roble reforzadas con fierros, bargueños, cojines, alfombras, tapices y brocados, la bayeta vieja y remendada del soplaorejas disonaba un tanto, y su poco regular figura de escaleno se

encontraba fuera de lugar. Lo estaba, por cierto, y él mismo, al darse cuenta de ello, no hacía sino mirarse la punta de sus alpargatas mojadas, como si tratara de calcular la distancia que lo separaba del mundo al que acababa de ingresar. Afuera habían quedado las calles gélidas y resbaladizas, los hielos y las nieves demoradas de los días anteriores, el cierzo y los efluvios de las aguas de albañal que corren por los arroyos. Sintió por un momento el hombrecillo que había sido llevado por los ángeles al paraíso.

-199-

-Señor... -comenzó diciendo.

Con un gesto de mi mano derecha detuve su discurso e hice señas al de Argamasilla para que saliera de la habitación. Se retiró mi criado no sin disgusto, pues su desconfianza hacia los otros y su lealtad a mi persona lo han llevado siempre a extremos de impertinencia. Salió al fin y nos quedamos solos. Fui hacia la puerta y me aseguré de que Pedro se hubiera realmente alejado de la misma. El hombrecillo permaneció de pie mientras duró la entrevista. Desconfiaba, al parecer, de su fantasía. Como en la entrevista primera en la taberna, su voz tronaba en mis oídos con la hueca sequedad de los golpes de un tambor.

Me contó que había dado con el paradero de Bibiana. Reflejaba su voz un tono de satisfacción que me llenó de confianza. La manta le descolgaba de los hombros y, de vez en cuando, se le resbalaba hasta el suelo por no encontrar donde agarrarse. Cuando ello ocurría, con un gesto mecánico, volvíala a su lugar. Era un gesto despreocupado y seguro, uno de esos gestos aprendidos que hacen posible la vida, un gesto repetido, como los pasos que damos al caminar, y a los cuales jamás prestamos atención, como el respirar y, en ocasiones, hasta el hablar. «Es con mucho», me dije entonces, «un hombre más libre que yo mismo y, tal vez, también más feliz, menos calculador a pesar de todo». El hombre más feliz del mundo, había leído alguna vez, no tenía camisa. El homúnculo que estaba frente a mí podía ser ese hombre feliz y despreocupado. Sospeché que bajo su roto jubón, sucio y falto de agujetas, acuchillado por la pobreza, sólo habría carne, una carne oscura y flaca que temblaba de frío y de miedo y que lo obligaba a repetir continuamente aquel gesto tan bien aprendido de echarse la manta sobre los hombros para protegerse. Miraba a un lado y a otro con expresión inquieta, poniendo una mueca felina, instintiva y salvaje, mientras seguía narrándome las aventuras que lo habían conducido hasta su hallazgo. Chasqueaba la lengua al pronunciar las eses. No quiso darme nombres ni señas, pero deduje de sus palabras que en algunos mentideros de la villa y corte se hablaba de un cierto teólogo de Salamanca que habíase venido hasta Madrid para engolfarse en sus placeres y que había sido Putaparió quien lo había tomado a su cuidado. Jamás había escuchado un alias tan estrafalario, y el hombrecillo me contó a grandes rasgos la vida y milagros del escarramán camerano. Luego se entretuvo en contarme las aventuras del ilustre doctor helmanticense.

Supe así que el teólogo era pinciano de nación, canónigo de la catedral de Salamanca, profesor de su universidad, beneficiado de una de las iglesias de la ciudad del Tormes, maestro en artes y en filosofía, eximio canonista, -200- comentador de Escoto, pariente cercano de los marqueses del Priego, hombre sabio, rico y poderoso y muy bien relacionado

en la corte, donde la reina, nuestra señora, aconsejábase con él en asuntos de su devoción. Tenía el susodicho aspiraciones de arzobispo, entrada en los palacios de los grandes y una bolsa siempre abierta para satisfacer sus apetitos de rijoso. El teólogo era mi rival. También supe que, aprovechándose de su valimiento con el personaje, Putaparió habíase ganado algunas buenas peluconas en el asunto de una mozuela asturiana a la que, con la ayuda de unos espadachines de quitaipón, acababa de arrancar de las garras de su rodrigona. Me contó Henriquillo que Putaparió era padre de una mancebía en la plaza de la Cebada, pero que a la moza raptada, a la que el soplaorejas había ya identificado con el amor de mis amores, no la había puesto todavía a servir en oficios de putana. De momento, decoraba como plato de fondo los banquetes del doctor. Todavía teníamos tiempo de salvarla. Henriquillo conocía bien la casa en la que el teólogo habíase hecho construir su nido y su refugio.

Fue aquél el día más largo de mi vida. Después de comer quise echar una siesta, pero el sueño se negó a acompañarme, y las horas transcurrieron con una lentitud desesperante. Hacia las seis, ya de anochecida, salí a la calle para reunirme con Henriquillo en la taberna de la plaza Mayor en la que tuviéramos nuestro primer encuentro. Llegué temprano, pedí una jarra de aloquillo y, tentando a cada rato su barriga de barro, me dispuse a esperar. Tardó bastante, pero, al fin, apareció. Traíase consigo, a guisa de escolta de caballero, dos maniferros de jornal alquilados en una honrada cofradía de agermanados. Venían éstos embozados y con los chambergos sobre las cejas. A uno de ellos, alto y ancho como las torres de un castillo, un verdadero gigante, cruzábale una cicatriz la mano derecha, tan profunda y encarnada que, a simple vista, parecía un tasajo de los que se cuelgan en las carnicerías. El segundo era de mediana estatura, flaco, de ojos saltones, legañosos y muy claros, como de sapo, cabello de zanahoria y gesto atrabiliario. Tenía la impresión de que, en el momento menos pensado, saltaría sobre mí y me cosería a puñaladas. Escupía por el costado izquierdo de su boca unos gargajos oscuros y densos, y tenía los labios amoratados y oscuros, como de berenjena. Sus dientes eran negros y desiguales, colocados al desgaire sobre unas encías sanguinolentas. El gigantón miraba a los parroquianos de la taberna con expresión de robapanes. Henriquillo se rascaba el cogote. Hacían los tres una muy poco recomendable compañía para mis fines. Con estos demonios descendería aquella noche a los infiernos. «Descensus ad Inferos», pensé. «Tunc Satan dixit ad Inferum: Praepara te ad recipiendum quem tibi deduxero». Estaba, aunque nervioso, con el ánimo dispuesto a la aventura. El infierno me esperaba. Me acordé de -201- Hércules, de Eneas y de Orfeo y, también, de Cristo. Hades. El Orco. Yo no era un héroe, un salvador ni un mesías; tan sólo era un hombre enamorado que esperaba salir con salud de semejante trabajo. Bibiana bien valía mi sacrificio. Mi buen Pedro me había obligado a ponerme bajo la sobreveste un viejo coleto de cuero casi crudo que había conocido en la corte mejores tiempos antes de que las ordenanzas prohibieran su uso. Olía a rancio, como tocino de fonda.

Si bien fría, aquélla era una noche seca y estrellada. Había dejado de nevar, y las calles estaban, aunque heladas y resbaladizas, libres y limpias. Al salir de la taberna, el hielo cortaba las orejas. A lo lejos,

veíanse las antorchas de algunos noctámbulos que caminaban con sus criados. Mis compañeros se arrastraban en las sombras, sin ruido. «Santa compaña», pensé, imaginando en la calle fantasmas nocherniegos. El doctor de Salamanca vivía en Puerta Cerrada, frente a la fuente, así que cruzamos a oscuras la plaza Mayor, bajamos, envueltos en las tinieblas, por la calle de Toledo y llegamos a la plazuela. En ésta nos detuvimos un instante. La casa hacía esquina y era achaflanada, una de esas casas de incómoda repartición de las que tanto abundan en la corte. No podía ser más a propósito para encerrar el infierno en sus estrecheces y desniveles, en sus corredores y escaleras, mansión cuyos secretos no podría descubrir ni el diablo Cojuelo. Hacia la calle, una ventana del chaflán tenía luz, y de los balcones de la casa se descolgaban macetas, tinajas, cuerdas y trapos viejos que hacían figuras de trasgos deformes y terroríficos.
-Aquí es -anunció Henriquillo.
Bajo la manta con la que se cubría llevaba un pistolón y dos cuchillos de matarife. Sacó el primero, y levantándolo en el aire hizo una señal a sus compinches. Comenzamos a movernos con sigilo hacia la puerta de la casa. Íbamos armados. Los cuatro. Yo, además de la espada, colgaba al cinto una daga italiana con la empuñadura cuajada de rubíes y confiaba en que mi coleto habría de protegerme de las cuchilladas. Nos aproximamos a la puerta y pegamos nuestros cuerpos contra la pared. Yo repetía los gestos y movimientos de los malandrines como si los hubiera hecho toda mi vida, como si ésa fuera mi costumbre, mi modus vivendi, por así decirlo. Éramos cuatro sombras a las que nadie podría descubrir aquella noche, cuatro sombras confundidas entre las sombras. Henriquillo sacó de entre sus trapos una llave, la metió en la cerradura y, tras intentarlo algunos segundos, que me parecieron eternos (recuerdo que, sin poder evitarlo, me dio por patear el suelo como los caballos, gesto que mis maestros me recriminaban siendo infante), logró abrirla. La puerta giró lentamente sobre sus goznes haciendo un ruido que me pareció aquella noche tan fuerte como la explosión de un barril de pólvora en una iglesia. En ese -202- momento me di cuenta de que estaba temblando. Nunca supe bien si lo que agitaba mi cuerpo con tanta fuerza era el miedo, o la ansiedad. No pensé siquiera de dónde habría sacado Henriquillo la llave de la casa del teólogo pinciano avecindado en Salamanca. Nunca me lo contó. Tampoco se lo pregunté.
Jamás me había visto en un trance semejante. Aunque caballero, la espada que dejaba descolgar de mi cintura tan sólo me servía para adornar mi atuendo y, con frecuencia, habíala considerado un estorbo. Lucíala en la corte con un tahalí de seda y manteníala siempre brillante y afilada. Consideraba que ésa era mi obligación de gentilhombre y hasta había pagado muy buenos maravedíes a un pintor para que me retratara con ella, pero sabía muy poco de las artes de Marte, ya que no había sido él, sino Mercurio, protector de cacos, embaucadores y comerciantes, el dios que, desde muy temprano, había orientado mis pasos en el camino de la vida. ¿Cómo podría salir con bien de esta aventura? Los valentones que me acompañaban conocían su trabajo, y yo podía confiar en ellos. Pese a su aspecto y a su pequeñez, Henriquillo tenía una bien ganada fama en los corrillos de malandrines de ser un maestro en el arte de los cirujanos (eran muy mentadas sus sangrías) y sus dos compinches más parecían diablos

que verdaderos seres humanos. Era yo el que estaba ahora fuera de lugar, pero, a diferencia de Henriquillo, que, desconfiando de sus fantasías, o tal vez por respeto, no se había atrevido en la mañana a ensuciar mis muebles con sus ropas, yo estaba dispuesto a hundirme en la ciénaga, a enlodarme y a ensuciarme, a disfrutar, por vez primera, del sabor del miedo y de la sangre, a sentir entre mis dientes el sabor del pecado y paladearlo, a deshumanizarme y a animalizarme, a descender, en fin, a los infiernos para volver a ascender triunfante y limpio, de nuevo puro, a la superficie. Bibiana tal vez fuera una disculpa, el motivo que necesitaba. No lo sé. Sólo sé que entonces no me lo parecía y que estaba realmente enamorado de ella, ansioso de volver a estrecharla desnuda entre mis brazos y de repetir cada uno de los gestos, cada una de las palabras y cada una de las locuras que, durante los meses anteriores, habían creado para nosotros, entre las cuatro paredes de mi cuarto, una sucursal del cielo en la tierra y que quería recuperarla. Si ahora Bibiana se había engolfado en los vicios del canónigo, yo volvería a traerla a buen puerto y, si para ello tenía que matar, mataría sin escrúpulos a quien se pusiera en mi camino.

Henriquillo se adelantó, y nosotros esperamos, atentos, en el zaguán. A la derecha, según avanzábamos, se abría una puerta de la que salía un tufo de cuadra cálido y penetrante. El gigantón se ocultó en ella. Yo seguí avanzando, seguido del desuellacaras de ojos saltones y pelo de zanahoria. Henriquillo -203- ascendía, sin hacer ruido, por una angosta escalera que se empinaba unos pasos más adelante hacia el segundo piso de la casa. Lo seguimos. Éramos como ladrones en la noche a punto de cometer una de nuestras fechorías. Una extraña emoción me embargaba. Había dejado de temblar, y todos mis sentidos estaban puestos en cada paso, en cada movimiento de mi cuerpo. Comenzaba a ver en la oscuridad, a diferenciar los contornos de las cosas y hasta el color de las paredes. En el rellano, se quedó el malandrín que me seguía, pegado a la pared. Éramos ahora Henriquillo y yo avanzando sigilosos hacia la habitación en la que se holgaban los amantes: él con su pistolón; yo con mi mano derecha en la empuñadura de mi espada. Finalmente, llegamos al segundo piso, y nos dirigimos decididos hacia la habitación achaflanada. La puerta estaba cerrada, y una pálida luz de linterna se deslizaba por sus rendijas. Mi compañero se acercó a la manija de la puerta, cerró sus dedos en ella, la movió y abrió de golpe su única hoja. En ese momento vi a Bibiana como jamás antes la había visto. Fue también la última vez que la vi en mi vida. Aunque la visión duró tan sólo unos segundos, la recuerdo bien y tengo en mi memoria grabado cada uno de sus detalles. Yacía mi amante en un lecho vestido de terciopelo negro, con dosel y colgaduras de lo mismo, como si estuviese muerta. Su cuerpo desnudo parecía de cera a la luz de las linternas y hacherones que la rodeaban. El canónigo hallábase de pie frente a ella vestido con todos los ornamentos que se usan en la misa. Bajo su negra casulla destacábanse las blancuras de su alba almidonada. En ese momento elevaba la hostia sobre su cabeza. Era un hombre delgado y alto, con un rostro duro y lleno de aristas y unos ojos pequeños, negros y penetrantes que parecían poder ver más allá de lo que alcanzaba su mirada: el rostro y los ojos de un poseso. Sus dedos, macilentos y largos, parecían sarmientos escarchados y rugosos. Finas hebras de cabello rojo

caíanle sobre la frente, acentuando su aspecto demoniaco. Tenía los brazos levantados en cruz, y, en ese momento, se disponía a arrodillarse. Sobre el vientre desnudo de Bibiana había un cáliz, un misal y otros objetos de liturgia. Detrás del canónigo vi tres cabezas mujeriles cubiertas con mantillas blancas y otras tres cabezas negras y descubiertas de hombres arrodillados. A la luz de los cirios y linternas que rodeaban la cama, ninguno de ellos me pareció conocido.

La reacción de Henriquillo fue inmediata. Aterrorizado por aquello que veía y para lo que no estaba preparado, dio un paso atrás y a punto estuvo de arrojarme al suelo. Un ruido sordo y seco inundó la casa. En ese instante se incorporó la bella durmiente, y el cáliz, el misal y los demás objetos rodaron por el enladrillado del piso. Los hombres se pusieron de pie y desenvainaron sus aceros, corriendo hacia nosotros. El canónigo no se movió. Al fijar en mí -204- sus ojos con expresión de alucinado, sentí que los rayos de su mirada me traspasaban como cuchillos. Había algo en su semblante que lo hacía superior, un aire de majestad que lo nimbaba. Confieso humildemente que me sobrecogió. Durante unos segundos quedé inmóvil. Henriquillo aferrose al ruedo de mi capa y, halándome de él, me arrastró escaleras abajo. A punto estuve de rodar por ellas. El soplaorejas gritaba, dando la alarma a los maniferros que abajo nos estaban esperando. Antes de que esto ocurriera, vi a mi zagala cubriéndose púdicamente con ambos brazos los albísimos senos que tantas veces había yo acariciado en nuestras jornadas amorosas. Es la última visión que conservo de ella: la de una virgen amorosa y púdica (éralo sin duda y pese a todo en la imagen ideal que de ella habíame construido: virgen cada noche y de nuevo virgen al amanecer: milagro de la ilusión amorosa) que me mira desde el fondo de una pieza desconocida, sobre una cama ajena convertida en altar de misas negras, y que, con esa mirada, tan llena de ternura como siempre, me sigue hablando de amor y de promesas, de aquellos deleites (¿parecerá blasfemo motejarlos de divinos?) que gozáramos juntos, del licor embriagador de su boca y de caricias de las que no he de volver a disfrutar jamás.

Todo sucedió en menos tiempo del que tardo en contarlo. Ni siquiera la imaginación puede ser tan rápida. Nos engañan los sentidos. Todavía no entiendo cómo pude salir con vida de aquel infierno al que había descendido por mi propia voluntad. Al llegar al zaguán, alcanzáronnos los caballeros que nos venían persiguiendo. Hubimos de enfrentarlos. No recuerdo en qué momento desenvainé, ni cómo pude parar tantas y tan furiosas cuchilladas como me lanzaban. Recuerdo, sí, que en un momento vi al gigantón salir corriendo hacia la calle, a Henriquillo disparando su pistola contra un bulto negro de difícil identificación y al matasiete de pelo de zanahoria tendido en el suelo, inmóvil, sobre un charco de sangre. Recuerdo también que el soplaorejas gritaba que nos retiráramos, que aquella batalla teníamosla ya perdida de antemano. Después, nada (o casi nada): sólo el silencio de la calle en tinieblas y el ruido de nuestros pasos arrastrándonos hacia la plaza Mayor. Ya nadie nos perseguía, pero yo continuaba escuchando el fragor de aquella batalla nocturna con los demonios de la misa blasfema y seguía escuchando el golpeteo apresurado de mi corazón, pues tal era mi aprieto que parecían querérseme salir las asaduras por la boca. A lo lejos escuchábase el correr presuroso de los

alguaciles de la justicia y un ruido de picas arrastrándose por el empedrado.

El terror me impedía voltear la cabeza, y tenía puestos mis ojos en las escaleras que, empinándose por el arco de Cuchilleros, abrían éste a las oscuras profundidades de la plaza. En ellas podríamos ocultarnos, mas las escaleras -205- aún estaban lejos y la calle de Toledo hacíase, contrariando mis deseos, cada vez más larga y angosta, como debió de haber sido aquella calleja de Jerusalén por la que Cristo fue conducido por los sayones hasta el Gólgota para ser crucificado. Jamás había corrido de nadie, mas no era aquél el momento apropiado para pensar en mi herida dignidad de caballero. Mis pies no pensaban en ella. Ni el corazón, que flaqueaba. Ni el vientre, a punto de reventar de miasmas y ventosidades. Ni mi cabeza. Mi dignidad había sido acuchillada junto al maniferro de pelo de zanahoria, y sólo ansiaba alcanzar mi casa, arrebujarme en las sábanas, gozar, al romper el alba, de la tranquilidad que inunda mi espíritu al contemplar las calles mojadas y silenciosas, esperar ansioso la llegada de Pedro con la jícara de chocolate, o cumplir con las abluciones de la mañana en el aguamanil de la alcoba; ansiaba, en fin, mi vida de caballero sin cuidados, la que ese mismo día había abandonado para descender a los infiernos como descendiera Orfeo a buscar a Eurídice. Eurídice y Bibiana. Bibiana. El amor es ciego y, en mi caso, era asturiano. Pero mis piernas, mientras se esforzaban por alcanzar la altura de la plaza Mayor, ya no pensaban en él. La oscuridad cubríalo todo, y, en medio de ella, yo adivinaba, más que veía, las casas y callejuelas. Adivinaba también el miedo en un Henriquillo al que no veía y que corría a mi lado con la agilidad de un zagal escapando de un oso entre las breñas. Al llegar a las escaleras del arco de Cuchilleros, nos detuvimos. Entonces nos dimos cuenta de que ambos estábamos mojados, empapados de una lluvia que había comenzado a caer al momento de salir nosotros de la casa del teólogo de Salamanca. Mi corazón estaba inundado de noche y de terror. Ahí mismo, sin pronunciar palabra, nos despedimos. Adiviné la figura del soplaorejas perdiéndose en la noche mientras bajaba hacia la calle Mayor. Yo torcí por la calle de la Sal en dirección a mi casa. En la oscuridad, percibía extrañas figuras agazapadas junto a los portales de los edificios, arrinconadas en ellos, echadas sobre el duro suelo de losas o de ladrillos, cubiertas de humedad, de hambre y de frío. El silencio de la noche me permitía escuchar su respiración acompasada con el sueño y conocer el horror de sus pesadillas. Era como si pudiera meterme dentro de ellos, en el fondo obsceno de sus tripas miserables, navegar por sus venas. Pensé que algunos de estos mendigos no volverían a abrir sus ojos en la madrugada y sentí lástima de todos ellos. No eran mejores, ni peores, que el teólogo de Salamanca, pero, mientras éste satisfacía su apetito con la blanquísima carne de la asturiana, ellos, desamparados, esperaban morir de una vez para alcanzar en la muerte la tranquilidad, no la beatitud, que la vida les negara. El infierno estaba allí, en las calles ahora desiertas de la villa, y me envolvía. Muchos de ellos habían dejado sus carnes y -206- sus ilusiones en las guerras, o en Indias. Lo habían hecho ad maiorem regis gloriam y también ad maiorem Dei gloriam, pero ningún rey (ni Dios) habría de reconocerles su sacrificio. Ahí estaban abandonados. Otros habían llegado así al mundo, arropados por la

pobreza, torcidos, baldados o ciegos. Los había fingidos -y muchos, por cierto-, tramposos y apicarados, y también la mentira podía adivinarse en aquella noche de lluvia interminable. Sabía que, en una noche clara de luna llena, podría haber descubierto a quienes caminan sobre sus muñones, comen sin brazos y adivinan los colores del día reflejados en las cuencas vacías de sus ojos. Sabía que, en los brazos de las madres famélicas, temblaban de hambre y de frío criaturas recién nacidas, niños y niñas que habrían de morir a los pocos días o, cuando mucho, para su infelicidad, a los pocos meses. Todos los mutilados y mendigos del país parecían haberse reunido en aquel infierno, todos aquellos a los que las guerras y las hambrunas habían arrojado a los caminos de España en dirección a la corte, esperando el milagro que habría de cumplirse algún día en alguna esquina de la villa, envueltos en hábitos de burdo sayal, decoradas sus esclavinas con escapularios, repletas sus bolsas de migajas y algún cacho de tocino rancio, o una sardina en salazón de muchos siglos y con el corazón helado por el resentimiento, mientras se espulgaban mutuamente o se rascaban con sus muñones lacerándose sus llagas. Habíalos visto de día en las puertas de las iglesias, exhibiendo sus heridas, alargando sus manos mugrientas para recoger una limosna, respirando apenas, sin moverse; pero también los había visto reunirse alrededor de una jarra de vino en las puertas de las tabernas, disputar por un pedazo de pan endurecido y sucio y hasta tratar de matarse con inquina de pobres en la última gran batalla de su vida: la batalla del hambre y del hartazgo. Recordé una pelea de ciegos que contempláramos, entre absortos y aterrorizados, Bibiana y yo desde el balcón que abría las puertas de nuestra felicidad hacia la calle, envueltos en blanquísimas sábanas y todavía con los humores nocturnos pegados a nuestros cuerpos gozosos y satisfechos. Silbaban los garrotazos en el aire quieto de aquella mañana de sol, y quienes pasaban cerca de ellos, felices y despreocupados, que de éstos hay muchos pese a lo difícil que se está poniendo la vida en la corte, observaban la furia de los ciegos con deleite no disimulado, entre comentarios soeces y risotadas. La desgracia ajena satisface a los simples y los complace. Bibiana colocó su cabeza sobre mi hombro desnudo. Yo noté que estaba llorando. Su cabello suelto caía sobre mi pecho. Bibiana. Sin ella habrían de transcurrir desde ahora mis días y mis noches.

Salí a la calle Mayor y enfilé hacia mi casa. Caminaba con presura. La lluvia arreciaba. De vez en cuando me detenía tratando de adivinar el origen de algunos ruidos sospechosos y me arrebujaba en mi capa, oscura como la noche. -207- Todos mis sentidos estaban alerta, en especial mis oídos, y sentía el respirar pausado de los durmientes, los jadeos amorosos de quienes en ese momento se revolcaban entre las sábanas, los latines de los conventos, los llantos de los niños y de las mozas enamoradas, las maldiciones de los tahúres y los rezos y avemarías de las beatas que amanecen con el rosario en la mano mucho antes de que el sol apunte por el oriente anunciando el día. Adivinaba, incluso, los pensamientos de estas últimas, sus miedos y sus rencores. Millones de imágenes se amontonaban en mi cabeza, y yo huía de ellas como de la visión del teólogo de Salamanca celebrando la misa sobre el cuerpo desnudo de la asturiana. Esta imagen era para mí tan clara como pintada en un cuadro, tan evidente como la luz del día, tan cierta como las conversaciones de

malandrines que mis oídos escuchaban en ese momento, discutiendo sobre el monto de un botín recién obtenido en la casa de un tintorero de Soria, tan igual a las imágenes que mis ojos capturaban al penetrar misteriosamente las paredes de las casas oscurecidas por la noche y, sin embargo, tan transparentes para mí como el cristal de un lago de montaña que nos muestra, impúdico, el secreto de sus profundidades. Y yo veía lo que no quería ver entonces: la felicidad de los pocos y la desdicha de los demás. Veía hombres y mujeres obesos durmiendo en camas con dosel, envueltos en sábanas de Holanda, calentados por mantas de gruesa lana merina, soñando suave y dulcemente, como son los sueños de los satisfechos. Veía también a los flacos y hambrientos tiritando de frío en los entarimados que les servían de cuja, abrazados los unos a los otros hasta los huesos para darse calor; a los niños inocentes; a los que no lo son; a los frailes rijosos; a las monjas enamoradas; a los bujarrones; a los maricas; a las putas; a los ladrones que asaltan las casas de los ricos confiados; a los dueños que duermen sin sospechar del peligro en el que se encuentra su hacienda; a los amantes; a los maridos engañados; a las esposas engañosas; a los tísicos; a los que tiritan de fiebres y de tercianas; a los que desean morir y a los que, a pesar de todo y de todos, quieren seguir viviendo aun enmedio de la muerte. Lo veía todo, y todo me angustiaba. Todo el mundo estaba aquella noche en mi cabeza. Y no era sólo Madrid. También París, Sevilla, Lisboa, Estocolmo, México, Upsala, Toledo, Arequipa y Lima. Veía a los zarrapastrosos lisboetas bajando hacia el Rossío, a los pobres de Roma amontonándose bajo la hermosa columnata de Bernini, o echados sobre los escalones de la plaza de España, a los miserables de Londres en las puertas de San Pablo y a todos ellos con los ojos encendidos por la furia y el odio, soportando los soles y las nieves, las lluvias y los vientos, en espera de un tiempo nuevo que ya nadie anunciaba, pues el tiempo se había detenido, congelado, como se habían quedado congelados en sus sueños y pesadillas los mendigos que yo había visto arrinconados junto a -208- las puertas de la calle de la Sal y bajo los soportales de la plaza Mayor. Les habían prometido un espacio nuevo, no un tiempo de salvación, y en ese espacio, en ese cielo al que habrían de llegar, estarían todos al final de su vida, por lo que lo mejor sería pasarla rápidamente, sin detenerse en pensar, como yo pasaba por la calle de San Miguel, desierta, hacia mi casa vacía. Estaría solo, otra vez, aquella noche.

Ni Pedro me esperaba. Abrí la puerta, subí a mi alcoba y me acosté. Las sábanas estaban húmedas y frías y, en ellas arrebujado, sentí que mi cuerpo temblaba en un escalofrío incontenible. Ardía de fiebre y de angustia. Había dejado de llover. Más allá de los cristales de mi balcón alumbraban ya los primeros rayos de la aurora, la de los rosados dedos, como dice Homero (¡ironía de los poetas!). En algunos minutos más mi alcoba quedaría inundada de luz y se rompería el silencio. Entonces volví a pensar en Putaparió.

Capítulo XVII
Camino de Santiago

La noche pone cerco a mis sentidos, los confunde. Intuyo la soledad y el miedo más allá de las ventanas de mi celda. Bajo mi hábito siento que penetra el viento helado que, ahora, recorre, cruza y dobla las calles y las esquinas de la ciudad dormida y que hace que mis carnes tiriten. Golpeo con las palmas abiertas de mis manos mis costillares. Me congelo en el estrecho espacio de mi celda. Me retiro de las paredes y encuentro en la dureza de la silla, junto a mi mesilla de trabajo, la seguridad que el sueño me niega. Sobre su madera, renegrida y opaca, observo enormes goterones de cera sucia y, junto a ellos, la pluma echada, descansando, y el tintero de barro, panzudo y pardo, que proyecta su sombría soledad sobre esta llanura en la que, bajo la luz de la vela, descubre mi fantasía ríos y valles, montes, sotos y praderas, barrancos, quebradas y despeñaderos. Sentado, siento que un escalofrío penetra en mi cuerpo como un cuchillo de carnicero. Quédome quieto, casi sin aliento. Bajo la mesa, circular y desnuda, el brasero de cisco, aún caliente, me abrasa las piernas y me trae recuerdos del calor de otras jornadas y del frío que, sin misericordia (pero ¿tiene la naturaleza sentimientos?), me acecha más allá de las cuatro paredes de mi celda, en las calles oscuras y misteriosas de esta ciudad fantasma. Mi mundo queda ahora reducido al pequeño cerco de luz que la espelma encendida le roba a la noche. Lux in tenebris. ¿A cuál de estos mundos pertenezco? ¿En qué lado de la línea que los divide me coloco? Mi ánimo apocado me aconseja esconderme entre las sombras, acurrucarme en ellas como me acurrucaba en el regazo de mi madre cuando era niño. Lo sigo siendo. Un niño temeroso, dominado por el miedo. Estoy solo. En la celda oscura y fría puedo atender, con las orejas abiertas, los afanes de los pericotes en sus nocturnas aventuras. También ellos viven atemorizados. Se esconden. Ocúltanse a mis ojos, mas no a mis oídos.

Nunca antes he estado tan solo. ¡Jamás tan solo!

Las paredes son de piedra desnuda, y mis ventanas ábrense al exterior con angusturas, pero se ensancha este vómito rocoso junto a mis muebles: una cama, un armario, una mesa de trabajo, una silla y un crucifijo colgado de un tosco clavo oxidado en la pared. También colgado está un manteo de lana cruda, que, en muchas ocasiones, echo sobre mi flaco cuerpo cuando me dejo llevar por la pereza, y la teja negra que me defiende de la lluvia. Esta noche no he de arrojarme sobre el lecho. ¿Cómo podría hacerlo? El sueño se aleja, me -210- abandona. No puedo ver el crucifijo de madera, ni el armario, ni el manteo y, aun para ver la cuja en que reposo, debo hacer un esfuerzo sobrehumano y abrir bien los ojos, o cerrarlos, pues, a veces, para ver, ¡oh paradoja!, aun en la oscuridad, me veo obligado a entornarlos. Hay unas piedras de sillar que cruzan y encañonan el techo por encima de mi cabeza, pesadas, pardas y amenazadoras, pero yo siento que sobre mis hombros se eleva una gigantesca y brillante cúpula, tan grande como la del cielo, oscura y sin estrellas. Bajo esta enorme cúpula está mi mesa de trabajo: mundo reducido en el que algunos papeles abandonados al azar y garrapateados con caracteres curvos y angulosos, de lazos entrelazados, de trazos gruesos y de trazos finos (los trazos son

indicadores de mi ánimo cambiante), trazos multiplicados en signos, enganchados entre sí, ensanchados en las vueltas y sueltos donde las palabras se terminan, hablan de aquel otro mundo, siniestro y real, al que la noche oculta y el miedo cerca como una muralla asediada por un ejército formidable. La luz de la espelma me sugiere un mundo tibio y rojo, un mundo de fuego, de calor y de ternura, un mundo imposible, como el mundo de la infancia ya perdido en los recuerdos que me persiguen. Mas la vela sólo es sol en mi alocada fantasía de fraile solitario. La vela es vela, remedo pobre de un astro cuyo fuego parece eterno, y no puede ser otra cosa. La vela nos recuerda la caducidad de las obras humanas. Nada existe a mi alrededor que no me recuerde la muerte.

Para mi imaginación excitada por el negro silencio de la noche, las ces de mis escritos parecen olas encrespadas de un mar en el que las efes, las eses, las eles y las jotas avanzan seguras hacia la playa de las emes, emuladoras de médanos. Mas son las vocales, ligadas a las zetas, las que me aterran. Entre ellas, se abren los abismos que las ges y las pes multiplican bajo la luz de la espelma. Un mundo sugerido por la luz puede llegar a ser, en cierto modo, real, y sobre mi mesa de trabajo los caracteres de mi letra desnudan mi alma, me delatan. Soy como escribo, pero esta noche en la que debo redactar una nueva carta a mi querido primo, el cardenal, no puedo hacerlo. Me abandonan las fuerzas y me agarra la loca de la casa para hacerme ver sobre mi mesa mundos dispares y minúsculos que yo mismo, tan flaco y sin fuerzas, podría abarcar entre mis brazos y elevar por encima de mi cabeza. En estos mundos veo a todos mis semejantes del tamaño de las hormigas que, en ocasiones, caminan por el suelo enladrillado de mi celda, o se agitan, presurosas, en los jardines del claustro. Siento cómo caminan y se afanan en sus tratos y contratos, cómo atienden o desatienden sus negocios, cómo luchan, se abandonan, aman y odian. Los imagino, siempre como hormigas, surcando lagos, ríos enormes y caudalosos, océanos infinitos, atravesando puertos nevados y montañas, arribando a los abrigos marinos que los protegen del oleaje, fatigándose en los caminos -211- polvorientos bajo los soles de agosto, en los ásperos llanos arenosos de la costa, en las punas heladas y en las selvas, envileciéndose en lupanares, yendo y viniendo de las iglesias, musitando plegarias y perpetrando crímenes horrendos, emborrachándose en las tabernas, discutiendo en los mercados y en las lonjas, disputando en las cátedras de las universidades y colegios, donde la vanidad se enseñorea, tendiendo y atendiendo a todo aquello que en nada o en poco ayudará a su salvación, pues todo puede ser borrado de un plumazo, como yo ahora podría hacerlo, omnipotente, con sólo pasar mi mano abierta sobre esta mesa desnuda en la que la luz de la palmatoria sugiere la verdad de su existencia, cerrando mis ojos, o borrando sus imágenes de mi mente. El albedrío es, en estos mundos que invento, engaño de la voluntad, ilusión de los sentidos. ¿Y acaso no lo es también en el nuestro? ¿Cuál es el margen de libertad que la divina providencia nos concede? ¿Lo sabemos, acaso? ¿Somos realmente libres?

Me levanto y voy de nuevo hacia la ventana. Allá abajo, en la calle, veo -o intuyo- la linterna del sereno. ¿Qué pensará él de la predestinación? No ha leído a Molina, ni a Báñez, tan contrarios, ni a santo Tomás, ni a san Agustín, y nada sabe de Pelagio y aún menos de las opiniones que,

sobre ellos, se han formado y difunden los luteranos y los jansenistas. En su ignorancia es feliz, pues no lo atormenta la duda. Es como un niño, libre de pecado por ignorancia. Tampoco Violante vivió atormentada por la duda. Sabía que habría de salvarse, y lo supo desde que era niña, desde aquella jornada en Urdanta en la que todos la vimos tan extasiada. También yo lo supe y la envidié (¿cómo no habría de hacerlo?), y, desde entonces, la duda ha ido carcomiéndome el corazón. Aquel día terminó mi infancia. La sabiduría es el gran pecado del hombre, el que lo hace aparecer desnudo frente a su creador. Conduce a la duda, y yo, pese a mi ignorancia, vivo envuelto en ella, por ella dominado. Yo dudo. Atormento mi cuerpo y hago saltar la sangre de mis muslos y de mi espalda salpicando las paredes, mientras rezo, contrito, el miserere. Y sigo dudando. Dudo, no de Dios, sino de mí, de que todos los esfuerzos que hago hayan de servirme para ganar el cielo que me tiene prometido. ¿Y si en algo le he fallado? Si en esta vida, en esta carrera, en este cursus honorum que, según creo, habrá de conducirme a su presencia como premio a las privaciones que por su amor he hecho, algo no es de su agrado, ¿qué será de mí? ¿Cómo sabré que estoy siguiendo el camino de la santidad sin equivocarme? ¿Me ha reservado, acaso, él un puesto entre sus santos? ¿Por qué no me da una señal cierta de que estoy puesto en su camino? ¡Qué difícil es la santidad y con cuánta angustia atenaza nuestro corazón la duda!

-212-

Vuelve a pasar el sereno frente a mi ventana, y yo tiemblo de frío como otras veces. Un noctámbulo se le acerca, y ambos dejan que corra el tiempo, conversando. ¿Qué se dirán tan en voz baja? ¿De quién, o de quiénes, estarán hablando? ¿Quiénes poblarán sus fantasías? ¿Charlarán de sus borracheras y vilezas? ¿Se contarán sus envidias y pasiones? La linterna reposa en el suelo, junto al chuzo apoyado contra la pared de piedra. El sereno, envejecido, de barba cana y bien arropado, se inclina sobre su amigo para contarle algún secreto a la oreja. A la luz de la linterna, tan lejana y pobre desde mi atalaya, no puedo adivinar los rasgos del recién llegado, pero lo imagino cetrino y triste, vil y miserable. Con todo, parece que el noctámbulo se ríe. Será, como el sereno, un ganapán, y los dos hablarán de sus asuntos, de sus afanes y de los chismes que corren por las calles y mentideros de Arequipa. Estos son, para ellos, los negocios que importan. Los veo, como sombras, perdidos en la noche. ¡Ilusos! ¿Qué soñarán? Ambos se envuelven en gruesas mantas de lana negra por amor a los hielos de esta noche sin estrellas. Me retiro de la ventana sin adivinar sus secretos. Me aparto. Me alejo. Ellos tampoco imaginan lo que pienso. Nada saben de mis dudas y temores, y ello me lleva a pensar que cada uno de nosotros, pobres mortales, es un mundo aparte. Somos ínsulas que sólo de vez en cuando se comunican por el mar de la palabra, de los gestos, o de los sentimientos. Las palabras son barcas, parvos navíos, y los sermones y libros de devoción, flotas y armadas de guerra que enviamos en auxilio de los más necesitados de salvación, de aquellos cuyas almas hállanse cercadas por el pecado. Aquí, junto al brasero, arrimados mis pies a su calor e inclinado sobre los papeles abandonados en mi mesa, nada sé del cerco que el enemigo haya puesto a las almas de estos dos hombres que con tal descuido conversan recostando sus cansados cuerpos contra las paredes de las casas arequipeñas. La confesión

nos avisa del peligro a los confesores, mas en esta noche sin luna y sin estrellas, en esta noche fría y oscura, no pocos habrán de morir sin este auxilio. ¿Podrán los que así han de morir evitarlo? En este complejo juego, tan sólo somos figuras de un retablo, personajes de una comedia cuyo argumento desconocemos. Jamás sabremos en qué momento termina nuestra representación, ni el papel que en este teatro de la vida nos ha tocado en suerte (o en desgracia) representar.

Hacemos un camino que no sabemos adónde nos conduce. Cuando yo era niño, los romeros que pasaban por Azofra, se inclinaban al borde de su fuente, bebían sus aguas en las limpias hojas de berza que crecían en sus huertas para acompañar su pan y su cecina y, después, descansaban al pie de la vieja chopa que sombrea el manantial sabían que cada paso que daban hacia -213- adelante los conducía a Santiago. Estaba su rota trazada en el cielo, marcada por las estrellas, y la meta era segura, tan cierta y conocida como cualquier otro camino hecho a fuerza de pies desnudos y de sandalias. Venían de Nájera, cruzando los campos en los que, en tiempos de don Enrique, murieran tan buenos castellanos, y llevaban sus pasos hacia Santo Domingo de la Calzada. Después, por el camino de Belorado, llegaban a Burgos, y, de ahí, a Sahagún y a León y, por fin, a Galicia, a Santiago, donde se inclinaban ante la tumba del apóstol tras haber atravesado las asperezas de Castilla y la dureza de los montes españoles. En invierno, venían con frío, arropados en gruesas mantas, cubiertas sus manos de mitones y trapos, colocando el cayado siempre un paso más allá de sus pies para evitar hundirse en los charcos y lodazales que las nieves y las lluvias sembraban en el camino. Los enfermos y débiles se detenían en el hospital, y la pía hospitalera dábales en la noche una sopa caliente, un pedazo de pan y uno de cebolla, si la había. También les hacía la caridad de una cuja en la que echarse y algunas mantas con las que cubrir sus carnes congeladas. Arrimábanse al fuego si lo había, y yo pensaba, al verlos, que eran hombres contentos, felices y satisfechos, porque ellos sabían que, aunque lejano, Santiago estaba al alcance de sus pies. Es la nuestra como la vida de los peregrinos, pero todos ignoramos la distancia que nos separa del cielo y aun el derrotero que a él habrá de conducirnos. Caminamos como ciegos, a tientas, y tan sólo la gracia, cuando nos es generosamente entregada, como a mi santa y querida prima Violante, nos guía entre las tinieblas. Lux in tenebris lucet. Pero ¿cómo acertar? ¿Cómo descubrir entre tantas la estrella que ha de guiarnos en esa noche del alma? ¿Cómo hacernos merecedores de la gracia divina? ¿Bastan las buenas obras para alcanzarla? La gracia es como el Camino de Santiago, trazado en el cielo por las estrellas, pero, entre tantos signos, a veces me confundo y me entran dudas. Sólo el camino de la perdición parece cierto para los hombres. Por ello es necesario que insistamos en las virtudes. Cualquier descuido puede ser, en este caso, peligroso.

Ya no pienso en la carta que he de escribir a su eminencia, el cardenal Sáenz de Aguirre. Mi primo tendrá en sus manos la primera y espero ampliar mi información en la próxima. Mas ésta será mejor pensada, más detenida y cuidadosa. Alumbrados, quietistas, lobos con piel de cordero en Arequipa, tan lejos como parece de cualquier foco de infección. Deben de ser ingentes y graves los negocios que ahora atiende su eminencia. Son los que vivimos tiempos difíciles para la Iglesia, y la herejía nos penetra hasta

en el pensamiento. ¡Qué distintos a los que viviera en mi infancia, arrojado en el bálago de las eras, observando las estrellas en las noches claras del estío! La tibieza del aire embargaba mis sentidos y serenaba mi loca fantasía. Era feliz sencillamente -214- estando, sin tener que preocuparme en ese momento de si debía ser... o no ser. Estaba en el bálago, casi siempre solo, pues Mariquita se quedaba en casa ayudándole en sus tareas a mi madre, y los demás chicos del pueblo, bulliciosos, jugaban a la guerra o al marro entre las mieses. Tenía los ojos bien abiertos a las bellezas que la creación me ofrecía. Las estrellas brillaban amontonadas sobre mi cabeza, titilaban en aquellas brillantes aglomeraciones que atravesaban el cielo en dirección a Santiago. El paraíso perdido es la infancia, un mundo sin cuidados. En el paraíso no se piensa ni se imagina: sencillamente se está en gozo y contemplación de la naturaleza y de Dios. Nada se desea, puesto que todo se tiene, y todo se sabe, puesto que todo -la grandeza infinita de Dios- está ante nuestros ojos para ser contemplado. La voluntad desaparece y, con ella, también la sabiduría, esas debilidades elementales del alma humana.

También desaparece el miedo, este sentimiento que, como hijo del conocimiento y de la duda, agarrota mi corazón. Ahora tengo miedo de todo, hasta de mi sombra; mas en mi infancia los temores se confundían y me abandonaban, se perdían en la paz de mi aldea, cuando yo, con Íñigo, Violante y Mariquita, me dejaba llevar por los juegos y las canciones. Vivíamos y jugábamos sin cuidados. ¡Oh soberbio descuido de los niños, tan próximo al de los justos en el cielo! Los hombres, aun los más arriesgados, vivimos cercados por el miedo y por la duda. Es como la noche oscura, que todo lo envuelve y que nos penetra, con su frío, hasta los huesos. Así estoy yo, cercado por los miedos y por el frío de la noche. Y no me basta el brasero que, todavía tibio, calienta mis pies, ni la luz de esta espelma que crea sobre mi mesa de trabajo la ilusión fantasmagórica de un universo de dimensión humana, reducido al tamaño de mi imaginación. ¡Cuánto echo de menos aquella paz, aquel sosiego de la aldea, aquel silencio puro de las noches estrelladas en el que todas las flores olían a rosas y las rosas encendidas de los luceros tachonaban la bóveda que cubría mi cabeza, aquel Camino de Santiago que conducía hasta su meta a los romeros que, con las ropillas sueltas y desabrochadas sus camisas, caminaban jubilosos hacia la tumba del apóstol con su cayado, venera y esclavina! Nunca más volveré a conocer una paz semejante, y sólo cuando Dios nuestro señor decida recibirme en su seno y sentarme junto a sus santos conoceré, si ése es mi destino, una dicha mayor que la que, siendo todavía niño, llegué a perder: una dicha eterna e infinita, una dicha, por ello, indescriptible.

Me cuesta dar los pocos pasos que me separan de la ventana. Arrastro los pies y me apoyo en el luneto que en la pared de piedra queda abierto como una zanja, como una herida cerrada por el cristal. El sereno y su acompañante se retiran, y, hacia levante, una leve luminosidad anuncia el día. Es la aurora de -215- rosados dedos de la que hablan los poetas. Debo dormir. Me arrojaré sobre mi lecho unos momentos y trataré de conciliar el sueño que, por mis pecados, se niega a visitarme. Apagaré la vela, dejaré mi mente en blanco y trataré de imaginar que sobre mi cabeza, cruzando la bóveda de mi celda, se dibuja el camino de las estrellas que

me conducirá a Santiago. Así volveré a ser feliz por algunos instantes. Recuperaré, durante algunos minutos, mi infancia, una dicha pura al alcance de mi mano.

-216-

Capítulo XVIII
El temor y el deseo

Aquella mañana don Andrés Espinosa de los Monteros tardó en arrojar las sábanas de su cuerpo. Más allá de su ventana, la luz del sol blanqueaba los sillares volcánicos de las casas arequipeñas. Alfombras, tapices y cortinajes colgaban de sus balcones, y siervas oscuras y risueñas, con sus redondas cabezas cubiertas por blancos turbantes listados de colores, los sacudían para sacarles el polvo acumulado durante meses. De las ventanas, descolgábanse hacia la calle colchas, frazadas, sábanas y edredones. Se oreaban. Era día de limpieza general para las fámulas, día colorido tácitamente acordado por las señoras y cumplido sin chistar por la servidumbre, y las macetas de geranios, rosas y, claveles, junto con una trepadora preñada de flores como campanas de tonos gualda, añadían un toque de color al cuadro que, desde su cama y enmarcado por el vano abierto en la pared de su cuarto, podía contemplar el galeno sin levantarse de su lecho. Un cuadro de Rubens no habría sido más gratamente coloreado, ni uno del Baciccia, tan sugerente y atractivo, pero el médico no podía sentir aquella mañana el efecto tranquilizador que el cromatismo y la luz solían ejercer sobre su espíritu atormentado. Hasta el sol, tan brillante, parecía haber desaparecido para él. La noche, con el recuerdo de sus terrores pasados, lo seguía envolviendo, y Espinosa sentía las piernas flacas, el ánimo caído, como de gafo, el estómago dolorosamente vacío, el pecho hueco y sin aire suficiente para respirar y la cabeza tan llena de negros presentimientos que el buen doctor, de quien tantas veces sospechara Madre Sacramento su condición de marrano, temblaba ante la sola idea de tener que ponerse de pie, caminar cojeando con su pierna adolorida hasta la jofaina a cumplir con sus abluciones matinales, comer unos huevos fritos en manteca para el desayuno y esperar que pasara lentamente aquella mañana hasta la hora del almuerzo, momento en el que debía presentarse en la casa de Íñigo, a quien había prometido satisfacer sus dudas sobre las causas probables de la muerte de su querida hermana.

La muerte de Madre Sacramento, tan importante para él hasta esa noche, pasaba ahora a un segundo plano de su atención. En cierto modo, le molestaba haber hecho alguna vez una promesa semejante, pues ninguna nueva evidencia habíase sumado a las sospechas que él y el boticario abrigaran al descubrir las misteriosas manchas en las uñas de la difunta. Eran aquellas manchas como puntos oscuros junto a la cutícula, puntos que se extendían y difuminaban a lo largo de la superficie de las uñas y que se concentraban, más fuertes y oscuras, en las partes bajas, junto a la curva

inferior. Aquellas manchas -217- le habían estado dando vueltas en la cabeza, sorbiéndole el seso, los días anteriores, pero, si bien no ignoraba su significado, no podía acertar con el modo, el procedimiento que los envenenadores habrían utilizado para alcanzar su objetivo. ¿Qué podía, pues, decirle a Íñigo que no le hubiera dicho ya una y mil veces? Pero ahora tampoco esto importaba. Ahora sólo importaba la procesión. Ésta ocupaba todos sus pensamientos. Recordaba a los frailes mudos, el silencio de sus pasos, las cogullas caídas sobre aquellas frentes bajo las que Espinosa adivinaba unos ojos malignos y fríos como el acero de una tizona, los hacherones, los rostros cubiertos, oscurecidos aún más por la noche y, sobre todo, el silencio, los golpes sordos sobre la espalda del caballero, que todo lo soportaba sin quejarse, sin soltar un ¡ay! que lo denunciara con vida. Esa noche no había podido dormir pensando en él. Había estado rodando sobre su cama, revolcándose sobre sí mismo, con la esperanza de conciliar un sueño que nunca le llegaba y, aun cuando trató de convencerse, llevado por sus pretensiones de hombre puesto en razón, de que se trataba de una pesadilla, de un mal sueño tenido a causa de alguna cena indigesta, la vigilia en la que había permanecido tan dolorosamente sus últimas horas lo desmentía: el miedo y la sensación de terror que le recorría el cuerpo y que le impedía pensar, poner las cosas en su sitio, eran ciertos, tan reales como las vigas desnudas que cruzaban su techo, como las cuatro paredes blancas como sábanas de su cuarto o como el ajedrezado de ladrillos rojos y negros que decoraba su piso. Si había estado despierto durante la noche, no se trataba de una pesadilla. ¿Se trataría, entonces, de una alucinación, de la visión de un loco? Jamás había imaginado que alguna vez le ocurriría algo semejante. Antes de esto, antes de ver a aquel caballero atormentado por los demonios nocturnos de la calle de la Merced, se consideraba a sí mismo un hombre valiente, alguien capaz de hacer frente a las situaciones más difíciles con el ánimo templado de quien está hecho a todo lo malo, acostumbrado a conservar en todo momento el pulso y la cordura. Pero aquel fantasma, la aparición nocturna que él había visto, era un caballero al que había conocido en otro tiempo, gran matador, asesino por placer al que él habíase visto obligado a atender, cuando, herido mortalmente en uno de sus duelos de matasiete, fue llevado a su casa de Lima hacía ya algunos años y que, tras sanar, había prometido pagar al médico con las mismas torturas por él padecidas durante su curación. Después, alguien le había comunicado su muerte, pero él mismo la había presenciado. Se decía entonces que había muerto una noche atravesado por una mala navajada en una esquina, cerca de la iglesia de los mercedarios. Espinosa conocía el lugar exacto en el que había muerto. Jamás pudo encontrarse al matador, pero muchos sospechaban que ciertos personajes de la corte habían hecho una bolsa de muy buenas peluconas para pagar -218- a quien osara cortar en seco su carrera de asesino. Mas, si había muerto, ¿qué hacía don Martín tan lejos de su tumba, tan lejos del cielo o del infierno, atormentado por los diablos de la calle de la Merced en Arequipa, cuando su tumba debería hallarse en Lima, a tantas leguas de distancia? Volvió a sentir un escalofrío. Lo habían discutido algunas veces en Nicéforos. «¿Qué es el valor?», había preguntado, en cierta oportunidad, el señor de Cellorigo, y había añadido sin dejar que se le respondiera: «Aseguro a vuesas mercedes, caballeros,

que yo no podría definirlo». «Lo que yo puedo definir muy bien es el miedo, la cobardía», había dicho, en son de broma, don Alonso de Verona. «No hay otro sentimiento que conozca mejor», añadió con voces y con gestos intencionalmente temblorosos. Don Alonso ironizaba y, al hacerlo, al reducir los términos a su sentido más primario y elemental, con toda intención los confundía. Toda simplificación conduce al engaño. Si bien es cierto que el miedo no es la cobardía, don Alonso sabía muy bien que todo cobarde vive dominado por el miedo, y, por ello, al confundirlo con la cobardía, provocaba en sus amigos el efecto cómico que con el ejercicio de su ingenio perseguía siempre. Don Alonso López de Verona, gentilhombre y cortesano entregado a lecturas de comedias y entremeses, observador y discreto, vivía, empero, dominado por sus inclinaciones de frecuentador de autores y bululúes y buen degustador de cultismos y de conceptos, perseguido por una curiosa manía quevedesca, una vena satírica que aguzaba en las tertulias, al modo que los afiladores aguzan los cuchillos de cocina y las tijeras de sastre en la piedra de amolar, a la que dan vueltas con un pie mientras conversan con las criadas en las puertas de las casas de las ciudades. Con frecuencia, sin embargo, acertaba en el camino que conduce a la verdad. Todos los ingenios, por instinto, dan con ella más a menudo de lo que pensamos, aunque también con menos frecuencia de lo que ellos mismos imaginan. «El sentimiento del miedo domina al cobarde», fue la única observación que hiciera Hernán Vivanco, el boticario, en ocasión tan recordada. «El verbo es el que hace la diferencia», pensó en aquella lejana ocasión Espinosa, y volvió a hacerlo entonces, mientras el sol penetraba a raudales por su ventana y calentaba el ambiente, sin que su ánimo se sintiera reconfortado. «En el sentido final del verbo dominar está la clave. Yo estoy ahora, por primera vez, dominado por el miedo, atrapado por él. No le faltaba razón a Vivanco. Tengo miedo, mucho miedo, y este miedo me domina y me impide levantarme de la cama, pese a que la belleza del día me invitaría a hacerlo».

Pero ¿qué es el miedo? Habían discutido con frecuencia el tema del valor y el de la cobardía. Habían disertado sobre la naturaleza del coraje y de la temeridad, pero se habían olvidado del miedo. Habían puesto muchos ejemplos, -219- y los más atractivos resultaban siempre los de aquellos guerreros que, en situaciones consideradas imposibles, vencían a su enemigo y lo hacían huir contando tan sólo para ello con su coraje y su sangre fría, con el temple especial de los héroes. Teseo y Aquiles, Hércules y Eneas, Milciades, Mario, César, Viriato, Sancho de Tejada, Roldán, Fernán González, don Pelayo, el rey Arturo, Lanzarote del Lago, el Cid, Alejandro, Cortés, Guzmán el Bueno, Sancho de Londoño, el Gran Capitán, don Antonio de Leiva, el César Carlos, don Pedro de Aragón, Garci Pérez, su hermano Diego Machuca, Díaz de Gaona o García de Paredes eran algunos de los nombres que salían entonces a relucir. Todos ellos habían realizado hazañas de digna recordación. Don Íñigo, sin embargo, hacía precisiones y, como buen soldado, criticaba a los valentones de taberna, a los bravucones de esquina y a los milites gloriosi, como él los llamaba, que, con sus capas y chambergos adornados de plumas multicolores y sus tizonas siempre relucientes y bien afiladas, se paseaban como pavos reales por las calles, desafiantes, amenazando a todos y buscando camorra a costa de los débiles, tímidos o inadvertidos, por ganar una efímera fama de

hombres cabales y templados. Se citaba, entonces, el Destierro y azote del libro del duelo, del doctor Lozano, tan afamado y leído, o el Desengaño de la inicua ley de la venganza, del conde de Sástago, tan ponderado en sus juicios. Pero ni en estos casos se hablaba del miedo en las tertulias de Nicéforos. Ninguno lo hacía. A decir verdad, si en estas conversaciones se embarcaban, jamás superaban los lugares comunes, los tópicos más vulgares, y, cuando mucho, terminaban recordando algunos dichos de los mejores y más afamados predicadores del momento, los pasajes más conocidos del siempre discreto y sutil Diálogo de la verdadera honra militar, del señor de Urrea, que don Íñigo llevaba siempre consigo a manera de vademécum de soldado, y don Alonso acababa la tertulia de la academia recitando con su voz intencionalmente engolada y falsa, voz de comediante sin talento, aquellos versos de Lope que decían (aunque él, dejándose llevar de su histrionismo, los gritaba): «Soldados y españoles, plumas, galas, palabras, remoquetes, bernardinas, arrogancias, bravatas y otras malas». En fin, se hablaba de todo menos del miedo, tema de siempre vedado y, cuando no, difícil de tratar para quienes en él veían una afrenta, un mal, una enfermedad del alma de la que había que protegerse, como había que cuidarse de la viruela o las tercianas, algo que podía ser mamado, para desgracia de aquel a quien esto le sucediera, de los pechos de una nodriza torpe y timorata, de una ama de leche asustadiza. Pero ¿cómo podían discurrir sobre semejante materia, si eran hombres de bien, caballeros sin sospecha ni tacha de cobardes y se suponía que debían desconocerla, pues el sentimiento del miedo, como ellos lo veían, atentaba contra su propia naturaleza, y, sobre todo y ante todo, -220- contra su dignidad de hidalgos? Más allá de las casi siempre bien celebradas chanzas de don Alonso de Verona, el miedo no tenía presencia en las conversaciones y tertulias de Nicéforos, mas ahora dábase cuenta el galeno arequipeño de que le sería imposible discurrir sobre la naturaleza misma del valor, si antes no lo hacía sobre la del miedo. ¿De dónde nace? ¿Qué lo provoca? ¿Cómo aparece? ¿El miedo es contagioso, como algunas enfermedades? ¿Podemos los médicos intentar su cura? Estas eran las interrogantes a las que el doctor Andrés Espinosa trataba de dar respuesta aquella mañana. «¿A qué se deberá», se preguntaba, «que, en un momento dado, las fuerzas nos abandonen y sintamos que somos incapaces de enfrentar una determinada situación? ¿Qué hace de nosotros cobardes? ¿Soy yo, acaso, uno de ellos?».

Este solo pensamiento lo atormentaba. El sol, entrando por su ventana, hendía el espacio de su alcoba, dividiéndola en dos. Sobre la colcha que cubría su cama, un rayo de sol luminoso e indiscreto desnudaba el éter y descubría ante sus ojos miriadas de granos de polvo, transformados en pulidos espejos reflectores de la intensa luz de la mañana. Al otro lado de esta frontera todo estaba semivelado y difuso y el espacio se adivinaba como a través de una cortina de tul, de una gasa, de un velo sutil que cambiaba las formas de las cosas y las confundía. A los pies de su cama, una sobreveste de lana negra y gruesa, abrigadora, invitábalo a levantarse. A sus pies, sobre la alfombra, unas babuchas revestidas de lo mismo lo esperaban, acariciadoras. El médico se arrebujó entre las sábanas y, pese al sol y a la tibieza de la atmósfera, sintió frío y se estremeció. «Es el miedo», pensó. «El miedo me está calando hasta los

huesos».

Le pareció extraño darse cuenta, de pronto, de que pensaba en el miedo como si de la lluvia se tratara. Cala ésta hasta los huesos, según suelen expresarse los villanos (y razones de sobra tienen para quejarse), pero no lo hace el miedo y menos pueden hacerlo los miedos infundados. ¿Era el suyo, empero, un miedo infundado? «Si no es una pesadilla», pensaba, «será una alucinación. ¿Qué de extraño tendría que algo semejante me ocurriera? Podría achacarlo al exceso de trabajo, o a tantas emociones como las que he tenido en estos días. ¿Acaso no he visto yo, no una sino mil veces, que esto les ha ocurrido a otros, sin que por ello se hayan visto obligados a cambiar de hábitos, o de residencia? Estoy loco, si es que alguna vez he pensado en ello. ¿Por qué habría de ser yo diferente a los demás? ¿No estaba, acaso, predispuesto a ello, cuando ayer, sin que mediara razón alguna valedera, di en engolfarme en mis pensamientos, en visitar tabernas y en recorrer, ocioso, sin rumbo ni cuidado, los lugares más raros y, para mi persona, peligrosos a las horas menos apropiadas -221- para un hombre de bien? ¿Por qué lo hice? ¿Qué me empujó a ello? Era como si, durante el día entero, hubiese estado esperando tan mal encuentro. Tal vez sea esta atmósfera de melancolía que a todos nos envuelve desde que muriera Violante. Don Martín está muerto sin duda, y su cadáver hace ya muchos años que se habrá descompuesto en las catacumbas de San Francisco. Murió como había vivido: sin humanidad y sin ley. Ninguna otra muerte parece tan distinta de la de Madre Sacramento, y, sin embargo, ¡qué parecidas! De ambas he estado yo cerca y de ninguna conozco, realmente, sus causas últimas. ¿No será este no saber lo que me perturba y me quita el sueño, lo que me provoca esa sensación de miedo, que no es sino vacío ante algo, orfandad en este mundo de misterios? Deberé tranquilizarme. Me levantaré y, con mi pierna adolorida, me iré de casa a visitar a mis enfermos. Ya veremos lo que sucede después».

Tranquilizado con este pensamiento, Andrés Espinosa de los Monteros se dispuso a levantarse. Sentía un peso incómodo sobre los párpados, y la debilidad que lo baldara minutos antes no le había desaparecido, ni el vacío de su estómago habíalo abandonado, ni esa sensación, siempre presente, de que, pese a la tibieza y diafanidad del aire y al sol que ahora bañaba todos los muebles y que calentaba sus ropas, algo indescriptible y perverso, un ente dañino, flotaba en la atmósfera de su pieza, algo que le provocaba aquella angustia que él mismo definía como un miedo que le calaba hasta los huesos. Echó lejos de sí sábanas y frazadas y, ya de pie, púsose sobre los hombros la sobreveste de lana y se calzó las babuchas de cuero repujado. La pierna enferma aún resistió los primeros pasos, mas, cuando estaba en el centro de la habitación, ésta le falló, y, de no haber estado junto a una mesa llena hasta los topes de retortas, de libros y de papeles a medio emborronar, que le sirvió de apoyo, habría dado con toda su humanidad en el suelo. Levantose y, con un gran esfuerzo, arrastrándose como pudo, se volvió a su cama y, sentándose en ella, con ambas manos trató de activar la circulación de la sangre en su pierna enferma, que comenzaba a amoratarse. «Estoy peor de lo que imaginaba», pensó. «Tendré que cuidarme y ponerme en las manos del doctor Vargas. Será la luna, probablemente, o un mal aire que se pasará con unas cataplasmas y una copa de vino caliente con canela. Sólo espero que el

doctor Vargas no me condene a la tortura de sangrías y sanguijuelas, a las que es tan lamentablemente aficionado. No desearía que nada de esto le pasara siquiera por las mientes». Se rió esta vez de sus temores infantiles.

Una hora después, vestido y bien desayunado, el doctor Espinosa volvía a pisar los empedrados de las calles arequipeñas. Una dama de campanillas, doña María de la Gracia de Olarte, que caminaba con una de sus esclavas en dirección a la misa de la catedral, lo vio y lo saludó cuando el galeno, vestido -222- con rico jubón de terciopelo y valonas almidonadas, calzones de seda con justillo de lo mismo y zapatos de hebillas doradas (relucientes aquella mañana de sol, según recordaba doña María de la Gracia), se disponía a hacer su ingreso a la plaza Mayor por la calle de Santa Catalina. Al menos cinco mendigos de los que a esas horas suelen ponerse junto a las puertas de las iglesias para pedir limosna lo vieron algo más tarde cuando caminaba por la acera de la iglesia de la Compañía en dirección a Santo Domingo, y Martín Jarauta, de profesión sus sangrías, se entretuvo algunos minutos en conversar con el galeno, al que con frecuencia le ofrecía sus servicios d e cirujano, a muy pocos pasos del convento de Santa Teresa, a la sombra de cuya torre hallábase avecindado junto con su familia no menguada (cinco hijos, todos varones, y dos hermanas de su mujer recogidas como en un convento, que engordaban a su costa) y su negocio de barbero y rapabolsas. Según Martín Jarauta, quien, con la puerta abierta de su establecimiento, le hacía en esa oportunidad la barba a un caballero llegado de Lima, el doctor Espinosa bajaba por la calle hacia San Francisco, a buen paso, alegre como en pocas ocasiones y de excelente humor. Se saludaron efusivos, como solían hacerlo al encontrarse, por ser su amistad antigua y bien cimentada. El cirujano le presentó al caballero, quiteño de nación, y conversaron largamente sobre algunos rumores que corrían acerca de una enfermedad que su majestad el rey supuestamente padecía, que el caballero quiteño se apresuró a desmentir, pues, según dijera, él tenía noticias ciertas de su salud.

Además del barbero, que, con frecuencia, también ejercía el honrado oficio de albéitar cuando se le requería, vieron aquella mañana al doctor Andrés Espinosa dos arrieros de Islay que habíanse llegado hasta Arequipa transportando pescado en salazón, Sabina Llosa, criada de don Teófilo Goyeneche, un poco sorda y loca en opinión de sus vecinos, Ignacio Botines, escribano de la audiencia de Charcas y allegado a don Alonso López de Verona, y Mateo Aransay, quien, si bien desconocía el nombre del galeno, por las señas que le dieron de su persona, pudo recordar sin dificultad al caballero que un día antes había estado en su taberna y que, en la mañana de autos, volviera a visitarla para comprobar las excelencias de su morapio. Por último, un honrado mercader de telas con tienda puesta junto a la plaza Mayor y que respondía al nombre de Pedro Sabio o Saputo, que de ambas formas hacíase llamar, aragonés de nación, vivido en muchas partes de las Indias, prudente de trato y agradable de carácter, bien visto y muy estimado por sus vecinos y considerado sabio por cuantos lo trataban, a causa de su sagacidad y de sus buenos consejos, aseguró habérselo encontrado aquella mañana paseando con pausa bajo la sombra de los álamos que crecen a las orillas del Chili. De creer al maño Pedro Saputo, el doctor Espinosa habría pasado en tan gratos ocios aquella

mañana, aun cuando no -223- faltó quien dijera que lo había visto salir de Arequipa, jinete en una mula, camino de la costa, adonde, sin duda, habría llegado algunos días más tarde. Las averiguaciones que se hicieron, sin embargo, a ninguna parte condujeron, pues si, como dijera el mercader baturro, habíase estado paseando por las riberas del río, ningún otro lo vio en aquel estado de ocio tan agradable y no pocos, por ello, se inclinaban a pensar que había, en efecto, salido de la ciudad con rumbo desconocido. Pero ¿adónde? ¿A la costa? Nada pudo averiguarse en los pueblos que hacia ella conducen, y, si había preferido escapar hacia la parte del Cuzco o del Collao, tampoco fue para nadie posible seguir su rastro. El doctor Espinosa se perdió en el aire aquella mañana soleada de julio, cuando todavía estaba caliente el cadáver de Madre Sacramento y todos se preguntaban por las causas de su deceso. Al cabo de algunas semanas, todos dieron en suponer que el buen médico habría muerto devorado por alguna fiera en el camino, o asesinado por los bandoleros que infestaban aquellos pagos sin que nadie lo remediara.

Habían pasado ya varios meses desde que Íñigo se quedara en su casa esperándolo inútilmente, y el hidalgo de Ezcaray vivía preocupado por la suerte de su amigo. Aquella mañana -todavía lo recordaba el caballero- había tenido un presentimiento, la certeza de que algo fuera de lo normal, algo que escapaba por completo a su control y que podría modificar su vida en el futuro, estaba a punto de ocurrir. No sabía (¿podía, acaso, saberlo, cuando tan inseguro estaba aún de su presente?) de qué se trataba, pero recordaba perfectamente que aquella mañana, al levantarse, sintió por vez primera la punzada que, desde entonces y por el resto de su existencia, habría de anunciarle la presencia de fenómenos misteriosos, extraordinarios o decisivos. La punzada era larga, profunda y dolorosa, como una aguja de acero penetrándole en la parte baja de los costillares, en su costado derecho, tan larga y profunda, tan dolorosa, que aquella primera vez le obligó a echarse sobre la cama, respirar hondo y esperar con paciencia de santo a que el dolor desapareciera, lo que ocurrió poco después, sin que mediara remedio de botica en su salud. Pasado el dolor y ya vestido, llegose al patio con la camisa abierta y el jubón echado sobre los hombros al desgaire, los calzones aflojados y las babuchas caladas y respiró gozoso el aire limpio y transparente de la sierra. El cielo estaba abierto, y su azul intenso (y, de tan intenso, casi oscuro: azul marino en el cielo de Arequipa, puerto de arribo de todos los ángeles y bienaventurados, como lo anunciaban a vuelo las campanas de sus iglesias) teñía el blanco de los sillares volcánicos de las casas con el tono suave y la textura aterciopelada (pintura táctil, pozo de gozo para los dedos de los ojos) que inundan los cuadros de Fra Angélico y hacen tan atractivas las locuras poéticas de Paolo Uccello, pintor de batallas tan irreales -224- (o tan ciertas (i)rreales, pues la realidad no puede ser aprehendida con certeza y ni el arte, por fortuna, parece haber alcanzado jamás semejante milagro) como las anunciaciones, martirios y descendimientos del frailecillo de Fiésole. Hacíase el ideal naturaleza aquella mañana, pero la repetición de la punzada, si bien tenue, devolvió a don Íñigo a la realidad: su médico y amigo, Andrés Espinosa de los Monteros, doblemente médico (del alma y del cuerpo en todas las ocasiones) y doblemente amigo, no llegaba. Sobre el empedrado del patio caían de

refilón, convirtiendo los guijarros más pulidos en espejos, los rayos de un sol que, pasadas las horas, descendiendo a plomo, se volvería implacable.

Meses más tarde, recordábale a Escolástica la importancia que tuviera para él aquella cita frustrada. Las manos de la esclava convertida en amante buscaban bajo las sábanas el jardín de sus delicias. Con suavidad y experiencia (mater scientiae, sicut Spinosa cottidie dicebat, amicus Platonis sed magis amicus veritatis), recorrieron su ancho pecho velludo (platea y plato para las manos filosóficas de la angola), cabalgaron su vientre, se aventuraron en los pliegues de sus costillas y, más osadas, descendieron por la suave loma que se precipitaba al valle sagrado, en cuyo extremo sur, oscuro y boscoso, encontrábase el omphalos sobre el que habría de sentarse aquella pitonisa para ejecutar sus contorsiones y elevar sus oráculos en gemidos incomprensibles a los oídos de los hombres. Enmedio del bosque, oscuro y silencioso, de árboles umbrosos y enmarañados, alzábase el altar, carnoso y duro, elevado sobre los valles de la carne como una lupuna centenaria en las selvas que riegan los ríos anchurosos por los que navegan las Amazonas. «Introibo ad altare amoris: ad penem quae laetificat iuventutem meam», musitó Escolástica, silente, la obscena plegaria (más sentida que silenciosa), al tiempo que se aferraba a su altar con ambas manos y lo besaba. El hidalgo de Ezcaray sufrió un estremecimiento. La lengua de la angola movíase a la velocidad del vértigo y sus manos, sapientes, hurgaban entre los pliegues de aquellas bolsas que descolgaban del tronco erecto, central y marmóreo, escrotos pilosos en el ara belli de la contienda silenciosa que ambos amantes sostenían entre gemidos.

Volvió don Íñigo a olvidar, por un momento, la desaparición inexplicable de su amigo. Sobre él, junto a él, en todo él, fuera y dentro, arriba y abajo, rodeado por todas partes, el insular caballero dejábase llevar por el deseo y, tomando en sus manos los senos perfectos de Escolástica, sentose sobre la cama y comenzó a besarla por el cuello (sápido cuello y ¡tan sabroso!) y, con su lengua afilada, bífida, viperina, buscó la de la esclava que, esperándolo, había ya abierto su espelunca para que en ella se cobijara la sin hueso. Todos -225- sus miembros estaban estirados, turgentes, vibrando al ritmo de un movimiento que no daba tregua a los sentidos. Buscó ahora, curvándose sobre el cuerpo de ébano de su amante, otras cavernas en las que encerrar su lengua y encontró, entre sus piernas, la más húmeda, profunda y resbaladiza. Sin separar su boca e platano plani de don Íñigo, omphalos de múltiples oráculos, ésta, a su vez, buscaba nuevos relieves para explorar con sus manos. Durante algunas horas que les parecieron eternas (tal es el tiempo imperfecto del deseo), ambos se amaron una y otra vez y, por fin, fatigados, quedaron sin fuerzas, desfallecientes, uno junto a otro, inmóviles y felices. Don Íñigo volvió entonces a recordar a su amigo Andrés Espinosa de los Monteros.

-Es extraño que desapareciera como lo hizo -comentó sin esperanzas de respuesta.

No la hubo, en efecto. Escolástica, a su lado, tenía la mirada perdida en el mundo de dicha en el que acababa de vivir y al que deseaba volver para olvidarse de la lluvia, del veneno y de las serpientes. Entre sus piernas aún sentía el gozo de aquel instante que para ella había durado una

eternidad. Su boca, húmeda, dejaba resbalar por sus comisuras las últimas gotas de aquel licor poderoso que la había transportado al centro mismo del paraíso. Sus manos todavía guardaban la memoria del cuerpo que a diario recorrían, reconociendo en él las curvas amadas, los sotos y planicies de placer, fuentes de gozo, praderas deleitosas, su personal Arcadia. La esclava, indolente, reclinaba su cabeza sobre el pecho de su amante, perlado de sudores, y de vez en cuando, sin que en ello mediara su voluntad, suspiraba con hondura, como si emergiera su alma de las profundidades de la muerte. Resurrexit sicut dixit.

-¿Dónde estará?

Escolástica se apartó despacio del cuerpo del caballero y levantó la cabeza sobre su pecho para mirarle a los ojos. El hidalgo teníalos perdidos en el cielorraso de la alcoba. Por su brillo, dedujo la esclava que, unos segundos antes, había estado a punto de llorar. Parecía un muerto. Su cuerpo, desnudo, estaba cubierto por el blanco sudario de la sábana, y sus pies, de dedos hermosos y afilados, se proyectaban hacia lo alto con el peso morboso de lo mineral. Su pecho se agitaba levemente, casi sin ruido, y el oído atento de la angola percibió la tormenta que lo agitaba. «Parece mentira», se dijo entonces. «Tan endurecido por la vida y tan sentimental al tiempo». El pensamiento del caballero había salido del cuarto, remontando en su vuelo las montañas que separaban aquel villorrio alejado y frío de las calles empedradas y limpias de Arequipa, y ahora ella no sabía dónde estaba, tal vez junto a la tumba de su hermana en el -226- convento, tal vez en Lima, tal vez en Ezcaray, a las orillas del Oja descansando, o, quizá, surcando los ríos de la selva de Madre de Dios y buscando el paraíso en el que crecían las almendras que le regalara, hacía ya tanto tiempo, el buen señor Ferrán Carrasco, su amigo de Utrera. ¿Buscaba, o trataba de arrojar fuera de sí la memoria de Espinosa? La negra no lo sabía. Intuía que, aunque quisiera, jamás podría escapar el caballero de aquel recuerdo, de la memoria de tantas horas pasadas con el galeno, de la marca indeleble que la felicidad nos deja al irse, señal y cicatriz que nos hacen esclavos del pasado, vasallos de aquellos minutos que siempre vuelven a nosotros, como las olas vuelven una y otra vez hasta la playa. También ella volvía con frecuencia a su infancia y se veía a sí misma en Lunahuaná, jugando con las demás niñas esclavas, escalando las tapias y subiéndose a los árboles en busca de nidos, mas esto sólo ocurría de vez en cuando. Desde la muerte de su hermana, don Íñigo vivía casi todo su tiempo en el pasado. Su solo presente era ella, angola humilde que hacía de su cuerpo templo y casa para amparar y dar cobijo a un peregrino de la vida que se negaba a caminar hacia adelante. En este presente se sumergía cada noche como si en él, en las profundidades de su deseo, buscara ahogarse y quedarse para siempre sin emerger de sus aguas, oscuras y tibias, al frío acerado de la realidad.

-Violante y Andrés... ¿Cuándo me tocará a mí?

Escolástica volvió a reclinar su cabeza contra el pecho de don Íñigo y, suavemente, sin ruido y sin aspavientos, mojó con sus labios los vellos cubiertos de sudor del caballero. Entre los hombros, ambos sintieron un estremecimiento. «Resucita», pensó la esclava. El presente reclamaba sus derechos y la vida imponíase sobre la muerte. En pocos minutos el lecho volvió a convertirse en campo de batalla. Violante y Andrés otra vez

estaban lejos. A su lado, sólo se encontraba Escolástica, la angola fiel, y, cuando terminaron, jadeantes, don Íñigo volvió a sentir la punzada larga, profunda y dolorosa que, como una aguja, se le clavara entre los costillares el mismo día en el que desapareciera su amigo. Y entonces supo que, pasada la noche y llegada la mañana, alguien llegaría hasta su casa.

-227-

Capítulo XIX
Carnem cum sanguine non comedetis

Desde la ventana de su botica, amparado por los soportales de la plaza, Hernán Vivanco observaba el caminar pausado de los devotos de la Virgen. El día era turbio, y los nubarrones, amontonados bajo la bóveda del cielo, amenazaban tormenta. El inicio de la procesión se aproximaba. Tenía el facultativo, echado sobre los hombros, un echarpe de lana que lo protegía de lo que él llamaba los hielos del Misti. Vista desde atrás, su figura de recoquín podía confundirse con la que las mujeres proyectan en sombra contra las blancas paredes de sus alcobas, cuando, en la noche, con los pies sobre el brasero, los niños ya dormidos, la aguja en la mano y la cabeza en sus rezos y labores, esperan la llegada de sus maridos borrachos. Había, en efecto, un toque ligeramente femenil en los curvos hombros del boticario, algo tan leve como una oración musitada por una monja en víspera de la Cuaresma. Entre matraces y retortas, en aquel pequeño mundo de maderas pulidas y de frascos con etiqueta, Hernán Vivanco pensaba en su futuro, mientras veía salir a los devotos de la catedral y él se hacía la firme promesa de asistir aquella mañana a la procesión. Pero algo lo retenía con los pies abrigados por las faldas multicolores de su mesa camilla. Disfrutaba de la cálida suavidad de las caobas, de la intimidad que él había creado en su pequeño mundo, del ir y venir de un pensamiento que jamás lo abandonaba, pero la pluma con la que iniciara hacía algunos meses un tratado de ictiofagia que, imaginaba, habría de reputarle de famoso (De Ictiophagia ad usum Indorum, sive de beneficias sanitate qui pisces maris et fluminis in Peruvico Regno suppeditant sería su larguísimo título) descansaba junto a su tintero de cristal. Algo le impedía seguir trabajando y le obligaba a observar la multitud que ahora, en la plaza, cubríala por completo. Él, sin embargo, no se movía. De la catedral salían ahora los cargadores con las andas de la Virgen y, detrás de ellos, los canónigos de pontifical, las cofradías con sus mayordomos, de hábito, y sus beatas endomingadas, los padres de la Compañía y los de Santo Domingo, los de San Francisco y los de San Agustín, los mercedarios y el obispo, con mitra y báculo. Una multitud de monaguillos y sacristanes seguía los pasos de la sagrada imagen venerada con incensarios, campanillas y hermosos pendones multicolores. Bajo los soportales de su botica, estaban los niños más pequeños acompañados de sus madres, algunos indios temerosos, una cuadrilla de arrieros de Tucumán que había llegado

pocos días antes a la ciudad y una jauría de canes callejeros, con las orejas caídas, las piernas alargadas y las costillas decorando sus flancos a la manera del maderamen -228- de un barco todavía en esqueleto de los que se construyen en los astilleros del Callao. Buscaban los perros entre faldas, chapines y zapatos con hebilla algo que llevarse a sus estómagos vacíos (una cabeza de gallina sin hervir, un pedazo de pan duro, o algún choclo a medio roer) y a cambio recibían por sus afanes patadas, insultos, gritos y empujones. Un indio cetrino, arrebujado en una manta, tomó un canto del suelo y, lanzándolo con fuerza, acertó contra el lomo desnudo de un perdiguero viejo, pelado por la tiña. El perro aulló con un lamento disonante y largo al recibir la pedrada. El boticario vio al chucho correr sin rumbo con el rabo entre las piernas y refugiarse junto a una pilastra de la plaza regada de orines. Echose contra ella a lamerse sus mataduras. El aullido del animal parecía un llanto. Cargaban los asistentes velas encendidas en sus manos, y las blancas mantillas de encaje que cubrían las cabezas de las mujeres no podían ocultar a los ojos observadores del boticario la belleza y frescura de las más jóvenes. Desde la atalaya de su botica, Hernán Vivanco observaba la multitud que, llegada de muchas leguas a la redonda, se agitaba y rugía, como se agitan las olas en las húmedas noches de los inviernos de la costa. La procesión se ponía en marcha hacia la calle de Santa Catalina, y los cánticos de los devotos imaginábalos el boticario como el resuello de un monstruo gigantesco y deforme, un monstruo gelatinoso y sin huesos, un monstruo como malagua. Se repuchó ante su vista.

Comenzó a llover. Instintivamente, Hernán Vivanco se arrebujó en el echarpe. Sintió, al hacerlo, un escalofrío. «Falsitatis mater similitudo est», susurró, sin saber por qué, esta cita de san Agustín. Aquella lluvia le recordaba otras lluvias y aquel escalofrío, otros escalofríos sentidos en circunstancias muy diferentes. «La semejanza es madre de la falsedad», se repitió en castellano. Le sorprendió el tono tembloroso de su voz: parecía de otro. Siempre le había producido miedo el sordo rugido de las multitudes, y procuraba alejarse de ellas como una liebre que escapara ante la presencia de los galgos azuzados por los cazadores. Mas él debía ir a la procesión, dejarse ver por quienes murmuraban en el secreto de sus casas de su condición de marrano, acabar con todas aquellas sospechas que, desde hacía varios años, sentía sobre sus espaldas como una amenaza. Sin embargo, seguía sentado, acobardado frente a la multitud de fieles, ante el Leviatán que levantaba su lomo y movía su cola amenazante, mientras la imagen de la Virgen se perdía, cargada por sus devotos, al doblar la esquina de la plaza hacia la calle de Santa Catalina. Bajo los soportales de su botica quedaban ya muy pocas personas, a no ser algunos rapazuelos, que, libres de las manos de sus madres que, hasta muy poco antes, los atenazaban, correteaban por los portales, ajenos por completo a la ceremonia religiosa a la que todo el pueblo de Arequipa estaba asistiendo. El gesto y la -229- voz de una matrona autoritaria hizo que los muchachos volvieran al orden y, con el rostro contrito de beatuelos, se sumaran a la multitud que ahora se alejaba para siempre de la puerta de su establecimiento. En la ciudad de Los Reyes, entre la calle Mantas y la plaza Mayor, Hernán Vivanco había vivido, hacía más de diez años, una situación semejante. Meses más tarde, de espaldas sobre un rucio cojo y

con sambenito, paseó por las calles de la ciudad virreinal su vergüenza de blasfemo. Falsitatis mater similitudo est.
Se levantó de su mesa, se arrancó el echarpe de sus hombros y, con gesto decidido, fuese hacia la puerta, tomó su capa, se caló el sombrero, y cuando a punto estaba de poner su mano enguantada sobre el picaporte de su puerta, escuchó pasos fuera de su establecimiento y, al rato, unos golpes repetidos y fuertes que anunciaban, con su insistencia, la llegada de algún visitante apresurado. Abrió sin pensarlo, y frente a él aparecieron dos franciscanos descalzos que, por lo ajado de sus hábitos, el barro que los cubría, la roña de sus pies y el cansancio de sus rostros, parecían recién llegados a la ciudad, tras un largo viaje lleno de penalidades. Los frailes tenían en sus rostros dibujada una sonrisa tan seráfica y dulce que con ella presentaban, a los ojos del mundo, las más seguras credenciales de mendicantes. Grandes rosarios hechos con huesos de aceitunas descolgaban de sus cordones de soga. Traían echadas sobre sus cabezas las capuchas, y sus amplios manteos los protegían de la lluvia. Al ver al boticario, se descubrieron. La barba del más anciano, canosa y enmarañada, llegábale casi hasta la cintura. Su acompañante, como de unos veinticinco años, de enorme estatura, espaldas anchas y pecho abombado por su corpulencia, era pecoso, lampiño y de rostro aniñado. Su pelo era rojo, de la color del pimiento molido, como el ají panca que se usa en las cocinas. Ambos despedían tal hedor que Hernán Vivanco, sin poder evitarlo, hizo un gesto de repulsión.
-Estoy yéndome, padres, a la procesión -se disculpó, a guisa de saludo, el boticario.
-Espere vuesa merced, señor boticario, que la Virgen también espera por la remisión de nuestros pecados -respondió el más anciano.
-¡Padres...!
-Venimos buscándolo desde Lima -comenzó a decir, entonces, el más joven-, y no querrá vuesa merced dejarnos aquí en la puerta para tratar asuntos de suma importancia que a los tres nos competen.
-¿Y qué asuntos son esos que tanto deben importarme?
-230-
-Espere, señor, a conocerlos. ¿Nos permite pasar?
-Adelante.
El más joven de los frailes inclinó su corpachón hacia el interior del cuarto y, de dos zancadas, se plantó en el centro. Sin requerir permiso, sentose en la silla que había abandonado unos segundos antes el boticario. El de las barbas, metidas sus manos en las amplias mangas de su hábito, caminó sin prisas detrás de Vivanco. Era pequeño de estatura y magro de complexión (macer et flaccus). Junto a una banqueta, arrimada a uno de los estantes, el boticario se detuvo. La tomó en sus manos y la acercó a la mesa camilla repleta de papeles y en la que el fraile más joven se sentía a sus anchas. Ofreció la silla que quedaba libre al fraile anciano y él se sentó en la banqueta.
-Puedo ofrecer a vuesas paternidades un vinillo cordial. Con un tiempo tan poco... -comenzó a decir el boticario.
-No es preciso -respondieron a coro los franciscanos.
-Vuesas paternidades dirán, entonces, en qué puedo servirles.
-Somos nosotros, humildes franciscos, quienes podemos servir a vuesa

merced -le interrumpió el más anciano-. Supimos en Lima, por noticias que no hará ni tres meses nos llegaron de Arequipa, que tanto vuesa merced como el señor de Cellorigo viven al presente la angustia de la pérdida de dos seres muy queridos. Por el primero, nuestra Madre Sacramento, cuya fama de santa ha llegado hasta nosotros, nada más podremos hacer que no sea elevar nuestras plegarias para que, en todo, nos proteja en el cielo, donde, sin duda, ha de estar gozando de la vida eterna que nuestro señor reserva a los justos. Por don Andrés Espinosa de los Monteros, a quien tanto vuesa merced como el señor de Cellorigo amaban con amistad sincera, podemos aún hacer muchas cosas, pues es más que seguro que todavía vive y ambos creemos tener noticias ciertas de su paradero.

Hernán Vivanco no daba crédito a sus oídos.

-¿Pero cómo...?

-Hemos visitado en primer lugar -siguió diciendo el fraile- la casa de don Íñigo, mas, pese a haber tocado con insistencia el aldabón contra su puerta, nadie la ha abierto. Después nos hemos enterado de que está fuera de Arequipa, atendiendo sus asuntos de corregidor de Collaguas. También hemos -231- sabido que don Alonso López de Verona ha vuelto a España y es más que seguro que no hemos de saber de él por muchos años.

-¿Y por qué no han ido a ver a fray Antonio de Tejada, que es primo de sangre de los de Cellorigo? -preguntó Vivanco.

-Tenemos para ello nuestras razones -respondió el joven.

-Y no espere vuesa merced que se las revelemos -retomó el anciano el hilo de la conversación-. Lo que hemos de decirle nada tiene que ver con las disputas que, según las malas lenguas, enfrentan desde hace años a los frailes en Indias. Lo que tenemos que revelarle, por el contrario, tiene mucho que ver con cosas que no son de este mundo y para cuya cabal comprensión se precisa del auxilio de la fe.

-¿Cree vuesa merced en los milagros? -preguntó entonces el fraile más joven.

-Ha de creer antes de que termine de oír lo que tenemos que contarle.

-¿De qué se trata?

-De un milagro, precisamente -aseguró el fraile gigantesco.

-¿Ha oído alguna vez hablar vuesa merced de la runamula?

-Jamás -aseguró el boticario.

-Se trata -siguió diciendo el anciano- de una superstición, de una leyenda sin fundamento alguno en la fe, de historias inventadas por pícaros y malandrines para atemorizar a los sandios y a los menos puestos en razón.

-¿Pero de qué se trata? -volvió a preguntar el boticario.

-Es una historia absurda. Aseguran los que en ella creen que el diablo se posesiona del alma de las barraganas y de todas aquellas mujeres que mueren en pecado por haber cohabitado con un sacerdote, mal que, como vuesa merced no ignora, abunda en nuestras repúblicas. Runamula, como sabrá vuesa merced, es palabra mixturada y torpe, palabra infernal y tan impura, por estar manchada de la lengua general de estos indios, como lo son las barraganas de los curas de aldea. Se dice que, cuando muere una de éstas, el mismo Satanás conviértese en jinete y, haciendo de la barragana cabalgadura, híncale las espuelas en sus flancos forzándola a correr por aquellos lugares en los que, en vida, dio rienda suelta a su lascivia. Cuentan esto quienes aseguran que han visto a la runamula y dicen que las

condenadas guardan en todo la figura y las -232- proporciones de una mula y que, tan cruelmente castigadas por su jinete infernal, más que galopar, vuelan por los aires, arrojando fuego y humo con olor a azufre por sus belfos. Todo esto cuenta la superstición de la runamula, mas no es esta leyenda la que nos ha traído hasta vuesa merced.
-Eso espero. No deja de ser la superstición interesante, pero confieso con humildad a vuesas paternidades que jamás me he sentido atraído por las leyendas y fábulas inventadas por el vulgo.
-Ni nosotros, pero es necesario que vuesa merced conozca esta leyenda para que pueda entender mejor lo que a continuación tenemos que contarle -terció el más joven-. Prosiga vuesa paternidad, fray Martín.
-Con gusto lo haré, aunque bien sabe Dios cuán difícil me resulta encontrar las palabras adecuadas. Si hemos de pasar adelante, será necesario contar antes a vuesa merced que el padre Pedro, aquí presente -el más joven hizo en este punto una suave inclinación de cabeza-, y yo vivimos de la limosna que para nuestro convento de Lima recogemos en las chacras aledañas de la ciudad y que esta limosna suele consistir, las más de las veces, en granos y cereales, frutas de estación, algunas pocas verduras, choclos, papas, pacaes y, con más frecuencia, maltratos y no pocas mortificaciones. Vámonos cargados con nuestros costalillos vacíos cada mañana al rayar el alba y volvemos al convento, con los costales hasta los topes, cuando los padres se recogen a descansar, por lo que, tomado en cuenta el beneficio que nuestra actividad reporta, vivimos dispensados de los oficios, aunque solemos escuchar misa y atender el rezo de nuestras horas con asombrosa puntualidad. En muchas ocasiones, nuestros pasos nos conducen más allá de lo que la prudencia nos aconsejaría y conocemos, por ello, no sólo los poblados cercanos a la ciudad, sino otros muchos que se encuentran a muchas leguas de la misma, especialmente los que se sitúan a las orillas del Rímac, subiendo a la sierra. Hay junto a estos poblados algunas ruinas abandonadas que fueron antaño, según nos cuentan los indios, ciudades y casas de los gentiles y a las que, por su disposición, nosotros hemos dado en imaginar habitaciones del demonio.
-¡Pero vuesas paternidades ven al demonio en todas partes...!
-¿Y en qué lugar no se encuentra? Si hemos de pensar que en todo le es adverso a nuestro señor, convendremos por la misma razón en que, para cumplir sus perversos fines, deberá también hallarse en todas partes.
-Parece razonable -dijo, no muy convencido, el boticario.
-233-
-Y lo es -prosiguió el anciano-. Permítame vuesa merced continuar con el relato. No hará más de dos meses que fray Pedro y yo, siguiendo el río, que, como vuesa merced sabe, pasa muy cerca de nuestro convento, y sin apartarnos de su orilla, caminamos hasta las alturas de Huachipa, poblado que no se encuentra a menos de cinco leguas y cuya distancia nos tomó casi toda la mañana el recorrer. Gustamos ambos de los buenos paseos, y, como la mañana era fresca, el cielo limpio, el temple ajustado y la estación propicia, no detuvimos nuestros pasos, engolfados en la contemplación de los primores de la naturaleza, hasta dar con nuestros huesos en el villorrio de Huachipa, donde fuimos recibidos con gestos de simpatía y no escasa generosidad de parte de sus humildes habitantes, que hacía muchos años, según nos contaron, que no veían pasear por sus calles los hábitos

de un franciscano. No hacía muchos años todavía, el valle en el que la población se encuentra había conocido la amenazadora presencia de negros cimarrones que en lo alto de algunas peñas de fácil defensa habían hecho sus palenques y vivían del robo y a salto de mata, como suelen hacerlo quienes, para su desgracia, hállanse fuera de la ley. La amenaza de los congos hacía ya tiempo que, sin embargo, había desaparecido, y los habitantes de Huachipa nos propusieron que nos quedáramos entre ellos algunos días para atender al cuidado de sus almas.

-¿No tenían cura? -preguntó, interesado, el boticario.

-Teníanlo por cierto, mas el último había muerto hacía de entonces cinco meses y, hasta esa fecha, hallábase vacante la parroquia.

-¿Y los cimarrones?

-De ellos tan sólo quedaba el recuerdo de sus fechorías.

-Entienda vuesa paternidad -se atrevió a decir con timidez el boticario- que es grande la injusticia que se les hace y que nadie ha nacido para ser esclavo, ni recibir afrentas de por vida.

-Pidiéronnos entonces los alcaldes ordinarios de aquella villa -continuó el anciano, sin atender las observaciones del boticario- que nos quedáramos algunos días, pues eran muchos los niños que cristianar, las misas que celebrar y las confesiones, comuniones y viáticos que atender para la salud espiritual de aquel pueblo tan dejado de la mano del señor. Con frecuencia, solían hacernos peticiones semejantes en cuantas aldeas, caseríos, comunidades y villorrios visitábamos, y ya los padres, entendiendo que nuestra misión no consistía tan sólo en procurar la comida de la casa, habíannos proveído de las facultades necesarias y de las autorizaciones al uso, por lo que decidimos quedarnos -234- tres días en aquel poblacho y cumplir con nuestra misión de sacerdotes. Sumus sal terrae, como lo quiere Jesús en el Evangelio.

-Un poco amarga en ocasiones -se atrevió a observar Vivanco.

-Con frecuencia. No lo negamos -respondió el más joven-. La sal no es dulce, pero hace más sabrosos los alimentos. Sin la sal, no hay manjar.

-Lo sé -respondió el boticario, arrepentido.

-Nos quedamos los tres días prometidos -continuó diciendo el anciano-, pero, al segundo, fuimos requeridos para atender los últimos instantes de la vida de una viejecita que vivía en una granja apartada y pobre, levantada más allá de unas ruinas famosas en la región. Acudimos ambos. Era de noche y tan oscura que más de una vez estuvimos a punto de perder la rota en aquellos andurriales. Dimos por fin con la casa, gracias a que el padre Pedro, más joven y con mejor vista, columbró a lo lejos una lucecilla que titilaba en la oscuridad. Atendimos a la anciana, que murió aquella misma noche en mis brazos, y ya nos disponíamos a volver sobre nuestros pasos cuando uno de los hijos de la difunta nos alertó para que no lo hiciésemos, pues aquélla era noche de viernes y, con seguridad, la runamula cabalgaría por los campos. Aquí es donde aparece la famosa runamula. Dijímosle que no se preocupara por nosotros, hijos de san Francisco, pues no temíamos nada malo de semejante endriago, que no creíamos en aquellas historias y que, si tenía a bien el acompañarnos para no perdernos, quedaríamos de él deudores de por vida. Tanto él como sus hermanos, mujeres e hijos nos hicieron muchos ruegos y zalemas para que no saliéramos, mas nosotros estábamos decididos y, sin su compañía, abrimos

la puerta de aquella pocilga (pues como cerdos vivían enmedio de la inmundicia) y nos perdimos en la noche. Todavía sentimos por algunos minutos los gritos de terror que aquellas buenas gentes, tan ignorantes, daban a nuestras espaldas avisándonos de los peligros.

-¿Y eran estos verdaderos?

-No ciertamente, pero aquella noche ocurrió lo que venimos a contarle a vuesa merced. Hay en aquel valle un riachuelo que descarga en el Rímac y no pocas acequias cuyas aguas usan los indios para regar sus chacras. Una de las acequias bordea las ruinas de las que hemos hablado, y, por mejor hacer el camino y no perdernos, dimos en seguir la dirección de la misma, pese a saber que cruzaba aquellos campos en los que el maligno tiene asentados sus reales. Vuesa merced debe saber que el diablo se aposenta muy a su gusto en las huacas de los gentiles, y las ruinas que bordeábamos, que parecían, por su -235- extensión, las de alguna ciudadela antigua, están llenas de ellas. Por caminar con más seguro pasaporte, íbamos ambos rezando el rosario, y ya estábamos en el tercero de los misterios dolorosos...

A estas alturas del relato se escuchó un trueno profundo y prolongado. El más anciano interrumpió su narración y los tres quedáronse en silencio. Vivanco observó, más allá de la ventana, cómo se precipitaba la lluvia sobre Arequipa.

-Ha pasado un ángel -aseguró, irónico, el boticario.

-Estábamos ya en el tercer misterio doloroso -continuó su relato el fraile anciano-, cuando escuchamos el relincho de una acémila y, tras el relincho, el ruido de los cascos de un animal que galopaba. Confieso que pensé en la runamula y que por unos segundos sentí mucho miedo. También fray Pedro, pese a su fortaleza y juventud y a haber sido, en su niñez, criado entre los piratas del Caribe y conocido muchas violencias, me asegura que tembló de pies a cabeza, pues, al relincho y al galope nocturno de la bestia, siguió al punto la aparición de unas luces misteriosas que flotaban sobre las ruinas. En ese trance estábamos, cuando, a muy pocos pasos de nosotros, escuchamos una voz de hombre que nos llamaba. Los dos caímos de rodillas y cerramos los ojos mientras continuábamos nuestros rezos en voz alta. Imaginábamos que aquélla habría de ser la voz del demonio y que sólo la oración a nuestra señora habría de salvarnos en semejante trance, mas he aquí que, al recitar fray Pedro el cuarto misterio doloroso, la voz que habíamos imaginado infernal comenzó a acompañarnos en el rezo de las avemarías y, con tal fervor, que más parecía ángel que criatura humana, aunque, por su aspecto y catadura, bien podría pertenecer al género de los cinocéfalos. Por el rabillo del ojo, trataba yo de adivinar sus rasgos y lo que vi en la noche, mientras dábamos fin a las letanías de la Virgen casi entre lágrimas, fue a un hombre bajo y encorvado que gastaba una barba que le caía sobre el pecho y que se cubría con los restos de lo que dedujimos que habría sido un buen gabán en tiempos más favorables. Llevaba consigo una medalla de oro macizo que brillaba en la oscuridad y que le descolgaba de una cadena de lo mismo hasta muy cerca de la cintura.

-¿Vivía el ermitaño en aquellas tumbas? -preguntó Vivanco, adivinando ya el final del relato.

-Eso nos dio a entender cuando, acabadas las letanías, se lo preguntamos.

Más que hablar, gesticulaba y reía como un loco y, entre gestos y carcajadas, componía a su manera partes de un discurso coherente que, al llegar a su final, abruptamente interrumpía. Supimos por los retazos de su discurso que -236- hacía algo más de dos meses, huyendo del mundo y de sus vanidades, habíase ocultado en aquellas ruinas que eran como su casa, que había sido miembro del protomedicato de Arequipa y, en fin, que ganado por el miedo a la condenación eterna en los fuegos del infierno y arrepentido de la vida de placeres y vicios que hasta entonces había llevado, estaba decidido a salvar su alma, pues su cuerpo, lleno de costras y mataduras, hallábase ya, según decía, perdido sin remedio. No quiso decirnos más sobre su historia y calló en ese punto. El resto de su narración, si narración podemos llamar a aquel conjunto de palabras, gestos y gritos estentóreos que ponían pavor en medio de la noche, estuvo plagada de incoherencias y sandeces. Llegamos a un punto en el que ya sólo emitía gritos que más parecían rugidos de fiera que palabras de hombre, por lo que tanto fray Pedro como yo dimos en apresurar en ese punto nuestros pasos por ganar a la brevedad posible la seguridad que la pequeña aldea de Huachipa nos garantizaba. No sabemos quién pueda ser aquel loco, mas, por las señas que hemos recibido de esta ciudad y por los relatos que algunos padres llegados a Lima desde Arequipa nos hicieran, creemos que bien podría tratarse del amigo de vuesa merced, el que, según se cuenta, desapareció misteriosamente hace ya casi un año de esta ciudad sin que nadie, hasta ahora, haya tenido noticias ciertas de su paradero. Sus rugidos semejaban, en algunas ocasiones, el relincho de las cabalgaduras, por lo que dedujimos que el temor a la runamula era alimentado en aquel vallejo por los gritos del loco, a los que habría que sumar los fuegos fatuos que, como vuesa merced no ignora, se levantan a veces sobre las tumbas de los cementerios.

-Así es. Pero vuesas paternidades dijeron haber escuchado el galope de un caballo...

-Quizá nos lo pareció -respondió fray Pedro, el más joven-. Había muchos ruidos aquella noche.

-¿Y qué les hace a pensar a vuesas paternidades que el loco que los aterrorizara haya de ser mi amigo don Andrés Espinosa de los Monteros? Su pasado de médico en Arequipa podría ser parte del delirio del loco que vuesas paternidades conocieron.

-Hay algo más -continuó diciendo el gigantesco fraile-. La aparición, o fantasma, que por tal lo tengo, desapareció ante nosotros como por ensalmo. Caminábamos a la orilla de una acequia que cruzaba aquellas chacras con los cuidados que la oscuridad nos exigía y, al otro lado de la misma, hallábase la ciudadela en ruinas de la que ya hemos hablado. Si salió de esta ciudadela, no podemos saber cuándo ni cómo pudiera hacerlo, pues ancho es el regato y -237- muchos y no fáciles de salvar los pasos que lo distancian de las paredes de adobe más cercanas. Apareció junto a nosotros de improviso y no menos de improviso se nos fue, que, por más que tratamos de descubrirlo, no había por allí refugio alguno en el que ocultarse, a no ser la propia acequia, que en este punto creo que debemos descartarla, pues él traía sus ropas, aunque sucias y rotas, muy secas. Supongamos que fuese nictálope y que pudiera moverse en la oscuridad como se mueven los gatos y otros animales. Si así lo hacemos,

debemos suponer también que tenía la agilidad de un mono, pues desde las ruinas, para llegar a donde nosotros estábamos, el único modo de salvar la distancia sin ser notado es el vuelo, que, como sabe vuesa merced, no es atributo de los humanos.

-¿Y en ese indicio basan vuesas paternidades la identidad de don Andrés?

-Sí, por cierto -respondió el anciano-. ¿Quién puede, con excepción de los físicos, tener tratos tan estrechos con el demonio, que los hace así desaparecer por los aires sin que ninguno hasta ahora pueda acertar con el secreto?

Al boticario entráronle ganas de lanzar una maldición, pero se contuvo.

Los frailes lo miraban sonrientes, y el gesto que dibujaban en sus caras satisfechas y brillantes, infladas por el orgullo de su hallazgo, hízole pensar al boticario que esperaban de él unas palabras de agradecimiento.

Hernán Vivanco púsose de pie y se paseó nervioso entre los estantes con las manos a la espalda. Asaltábanlo los pensamientos más encontrados y no atinaba a detenerse en uno solo, fijarlo en su mente, y construir con él los argumentos que necesitaba para destruir con el poder de la palabra semejante cúmulo de sandeces. Su cabeza le daba vueltas, y se sentía enmedio de una tormenta furiosa en la que los sentimientos (una sensación de coraje o de rapto furioso que amenazaba con romper las compuertas que su prudencia aseguraba) estaban a punto de desbordarse.

-¿Y aseguró que era médico de Arequipa? -preguntó a boca de barro, deteniéndose frente a los frailes y fijando su mirada en el más anciano.

-Así, al menos, creímos entenderle -aseguró éste.

-¿De qué porte era?

-De su estatura, poco más o menos.

-¿Y su voz?

-Grave, más bien de bajo.

-238-

-¿Les dio su nombre?

-En ningún momento.

-Creo que vuesas paternidades están en un error. No estamos hablando de la misma persona, pues mi amigo es un hombre más bien alto que bajo, magro de carnes y de voz bien timbrada, clara y de tono alto.

-Tenga en cuenta vuesa merced que la noche era oscura y que el miedo puede hacer que equivoquemos las señas -respondió el más joven, viendo que el de las barbas guardaba silencio.

Cabizbajo, el boticario reanudó su paseo entre los estantes. Los frailes lo observaban con curiosidad. Más allá de los portales la plaza estaba vacía y la lluvia caía con fuerza sobre el empedrado, dejándolo bruñido, con tonos acerados, a la pálida luz de la turbia mañana. El perro herido seguía tendido bajo los soportales lamiéndose las mataduras. Parecía un leproso curando sus pústulas malolientes. De vez en cuando, emitía un aullido largo y triste, como de moribundo. Vivanco se detuvo a mirarlo por algunos segundos e imaginó que no otra podía ser, en ese momento, la suerte de su amigo. Los frailes, pacientes y seráficos, sin borrar de sus rostros su sonrisa de satisfacción, esperaban que detuviera su nerviosa andadura. Cuando por fin lo hizo, el más joven se puso de pie y lo encaró.

-¿Cree vuesa merced que mentimos? -había en el tono de su voz algo que a

Vivanco hízole estremecer y que le trajo recuerdos de otros tonos semejantes escuchados en el pasado: un dejo de amenaza.

-De ningún modo.

-¿Entonces...?

-Pensaba en otra cosa.

-¿En qué? -preguntó, curioso, el más anciano.

-En lo que podrían haber comido vuesas paternidades aquel día. ¿Lo recuerdan?

-Yo no -aseguró el más joven-. ¿Y qué relación puede haber entre lo que comimos en el día y lo que nuestros sentidos confirmaron en la noche? -preguntó en un tono ligeramente alterado.

-No lo sé. Tal vez haya alguna. ¿No recuerdan bien si comieron carne aquel día?

-239-

-Yo sí -terció, al cabo de un rato de silencio, el fraile de las barbas-. Recuerdo que aquel día los alcaldes de vara, los varayocs de la comunidad de Huachipa, hiciéronnos el favor de una buena pachamanca de cabrito con papas, choclos, habas... Hízose en nuestro honor. Es frecuente que en los pueblos de indios nos atiendan así cuando nos quedamos algunos días. Gastan más de lo que tienen. Lo de siempre. Lo hacen con tanto amor y con tanta diligencia que parece que en ello les fuera la vida. También recuerdo que corrieron en abundancia el vino y la chicha.

-¿Y vuesas paternidades comieron en abundancia?

-No más que de costumbre -aseguró el más joven-. Tenga en cuenta vuesa merced que son muchas las privaciones a las que nos sometemos y que el cuerpo nos reclama que cada cierto tiempo compensemos con creces sus carencias.

-Entiendo -musitó entre dientes Hernán Vivanco.

-Comimos bien, se lo aseguró -confirmó el anciano.

-Carnem cum sanguine non comedetis -recitó, doctoral, el boticario.

-¿Cómo dice vuesa merced? -preguntó el gigante.

-Nada. Son cosas mías. Recordaba un pasaje de la Vulgata.

Los frailes se miraron entre sí. Ya no tenían nada más que contarle. Ésa era toda la historia, cuanto de importancia para él sabían los frailes.

Sobre la ciudad seguía cayendo una lluvia intensa, apresurada, y por la calle de San Agustín una riada poderosa y torrencial lamía los muros del convento. Pusiéronse de pie los franciscanos, y el boticario los acompañó hasta la puerta. Después de agradecerles el informe que tan generosamente le habían proporcionado, se despidió, cerró la puerta tras ellos, echó el picaporte, se fue a la ventana, corrió las cortinas que lo separaban del mundo exterior, tomó de uno de los estantes un frasco de vino cordial, vació parte de su contenido en una copa, la apuró y se quedó mirando el techo con aire ausente y ojos soñadores. Más allá de las cortinas que arrojaban ahora una suave penumbra sobre la estancia, la procesión volvía de su recorrido para devolver la imagen de la Virgen a su altar de la catedral. La multitud cantaba, y el boticario, con los rugidos del monstruo, se fue arrullando y dejándose ganar por el sueño que comenzaba a dominarlo. La botica estaba casi a oscuras, y la lluvia caía sin pausa sobre Arequipa. Parecía que el tiempo habíase detenido. Al volver en sí, Vivanco pensó que regresaba de otro mundo y que el futuro desaparecía de

su horizonte. Era un viajero del tiempo sin un destino.

-240-

Capítulo XX
De Puruchuco a Huachipa

-Se dice que, cuando tu paisano Miguel Astete llegó a la que habría de ser desde entonces su encomienda de conquistador, se sintió transportado al paraíso. A la vera de un camino y junto a unos hermosos maizales en flor, bajo la sombra de los pacaes y de los molles soñadores, se alzan los muros de barro de un edificio antiguo que yo no sé si fue fortaleza, casa de placer de alguno de los curacas de la región, tambo, almacén, o plaza de mercado, pues para todo ello tiene buena disposición y forma y a ninguna de estas funciones paréceme haber sido especialmente destinado. Llámanle los indios en su lengua puruchuco, lo que bonete de plumas significa, que por tal puede ser tenido, si entendemos que, con su hermosura y colorido, decora y corona en todo tan fecundo valle.
-¿Y cuántas leguas dista de Lima, si puede saberse, para que haya vivido sin conocer tal maravilla? -preguntó don Íñigo, mientras paladeaba una copa de vino y observaba, curioso, los movimientos que su amigo ejecutaba con una especie de rosario entre los dedos.
-No pasarán de cuatro las que la separan de la plaza Mayor, subiendo de la Molina por el camino de Ate hacia la sierra. El camino es fácil y agradable, aunque es preferible hacerlo en el invierno, que la garúa refresca mucho a los viajeros y a los vagabundos. Si es en verano, cuando el sol cae a plomo sobre nuestras cabezas, conviene bordear el vallejo que abre el Ate entre las chacras, pues, a más de abundantes arboledas que nos refrescan, encontramos los trotamundos agua abundante y limpia para remojar nuestros labios y arrancar de nuestros cuerpos la costra de polvo que, en poco tiempo, volverá a cubrirlos.
-Hablas como un perito en andaduras.
-En esta viaje acabé el bachillerato, que, en llegando a una aldehuela a la que dicen Matasango, junto al río Surco, quedose mi mula derrengada y, de ahí en adelante, hasta que llegamos a Vitarte, hube de ser yo quien la empujara. Entramos de aquella aldehuela a la Molina y, de ahí, como te digo, bordeando los cerros, dimos, por fin, con Puruchuco cuando ya casi caía la noche, que por prudencia nos quedamos, para continuar nuestro camino al amanecer.

-241-

-La del alba sería, como escribe Cervantes.
-Pues no fue la del alba, que el cansancio de la jornada me retuvo entre unas sábanas que, sin ser de Holanda pero finas y limpias, habían puesto a mi cama unas jóvenes indígenas que don Martín Cepeda, amo de una casa junto a las ruinas, tenía a su servicio y que fue quien, generoso, permitió que aquella noche cerrara los ojos sin tener como última vista

los luceros del firmamento.
-Cama blanda, según imagino.
-Y ancha, que importa tanto.
-Y ancha -repitió don Íñigo, que observaba por la ventana el caminar cimbreante de Escolástica hacia la casa, seguida de una parvada de rapazuelos. El cielo de Yanque estaba abierto, y el sol hacía brillar los espejos de un regajo que lamía los muros de piedra de la casona.
-Me levanté, pues, más tarde que temprano y, ya estaba a punto de volver al camino tras despedirme de mi huésped, cuando don Martín, quien gustaba de hacer completos los servicios, me tomó del brazo, me llevó hasta una casucha de adobe, golpeó con sus nudillos una puerta desvencijada y, en menos tiempo de lo que canta un gallo, tenía frente a mí a un mozallón negro al que don Martín daba el nombre de Fadrique. Era este negro libre y de muy buena disposición para el trabajo, y mi huésped confiaba en él, al parecer, para las diligencias de su mayor cuidado.
-Un hombre de confianza.
-Así lo entendí. Le agradecí a don Martín de mil maneras y con este Fadrique arrastré mi mula hasta Vitarte, donde, tras visitar a su párroco, que me aconsejó prudencia y me invitó a tomar un excelente chocolate, pude cambiarla por dos caballejos, en los que montamos ambos para desembocar en el Rímac a la altura de Santa Clara. Desde ahí bordeamos su curso en dirección a Ñaña.
-Ñaña es un bello pueblo. Lo recuerdo bien.
-Antes de llegar, no obstante, nos desviamos hacia Huachipa y dejamos el Rímac a nuestra derecha. Al pasar un cerro rocoso que se alza como atalaya, ábrese el valle, y es de verdad una bendición ver tantas y tan buenas tierras, la gran copia de sus frutales y hortalizas, el ir y venir de los chacareros en el campo atendiendo sus quehaceres y el paso cansino de los burros con sus cargas. Cuando salimos de Vitarte garuaba, mas, al entrar al valle de Huachipa cerca del mediodía, el sol parecía una espada desnuda.
-242-
-Sin adornos -corrigió el hidalgo los excesos poéticos del boticario.
-Si lo prefieres, el sol caía a plomo. ¿Te gusta más así?
-Me da lo mismo, pero no deja de extrañarme tu inclinación a la retórica.
-Todos la tenemos.
-Tal vez. Continúa, mejor. ¿Cómo diste con las ruinas?
-Nada más llegar a Huachipa, fuimos a visitar a los alcaldes del villorrio. Les hablé de los franciscanos y de la noche del viático, de las ruinas y de la casa de la anciana difunta. También de la runamula y de las apariciones, sobre lo que ambos guardaron un prudente silencio. Ni afirmaron, ni negaron, pero, al llegar al punto de preguntarles en qué dirección se encontraba la casa de la difunta, ambos nos aseguraron que lo ignoraban. No sabían nada. Salimos a las calles y tratamos de conversar con los vecinos, pero, o bien se escondían en sus casas, o bien permanecían mudos con una sonrisa socarrona dibujada en sus labios. No había nada que hacer.
-Conozco la situación -dijo, en ese punto, don Íñigo-. Los indios son siempre desconfiados, y el silencio es una buena defensa frente a los extraños.

-Por cierto, y así me lo dijo también Fadrique. No tenían párroco en aquel pueblo, como me aseguraran los frailes, y los vecinos españoles, que eran tres, dueños de la mayor parte de las tierras en las que estos indios trabajaban, estaban en Lima, asistiendo a no sé qué extrañas festividades que por entonces celebraba la universidad de San Marcos. Estábamos solos y para todo debíamos valernos sin la ayuda de nadie.
-Y, en este caso, ¿te sirvió de algo el negro que llevaste?
-De mucho.
-¿Cómo así?
-Como yo le contara que existía una acequia que bordeaba la antigua ciudadela de la que me habían hablado los frailes, Fadrique dio en buscarla hasta que la encontró. Dejamos los caballejos en la plaza del pueblo, junto a un tambo dispuesto para los viajeros, a cuya dueña, por algunas monedas, encomendé personalmente su cuidado, y, tras comer en él, dijímosle a la hospitalera que íbamos a visitar aquellos campos por gozar de su belleza y que, más tarde, llegada la noche, volveríamos a dormir bajo su techo. Todo esto se le ocurrió a -243- Fadrique, y lo hizo con tal habilidad y disimulo que, aun antes de que saliéramos del pueblo, todos los indios estaban seguros de que habíamos desistido de nuestro empeño.
-¿Cómo lo sabes?
-Porque la actitud de los indios había variado y era claro que estaban con nosotros mucho más comunicativos.
-Me parece raro -susurró para sí el hidalgo.
-Esperamos a que cediera el calor y, cuando ya las sombras de los cerros oscurecían el paisaje, salimos hacia las ruinas a pie, como dando un paseo.
-¿Nadie os siguió?
-Nadie que yo sepa.
-Alguien debió de hacerlo.
-Tal vez.
-Los indios, amigo mío -dijo el de Ezcaray, poniéndose de pie-, no dejarían nunca de hacer algo semejante.
-¿Por qué?
-Porque tú y el negro erais extraños.
-Si nos siguieron, nada noté; y Fadrique, tampoco.
-Lo que no significa que no os siguieran.
-Por cierto.
-Así es. Te lo aseguro -don Íñigo empeñábase en convencer a su amigo sobre este punto y se paseaba nervioso de un lado a otro de la pieza, lo que obligaba a Vivanco a seguir su desplazamiento con la mirada-. Pero continúa. ¿Fuisteis a las ruinas directamente?
-No. Estuvimos una hora paseando por las chacras y saludando a cuantos campesinos volvían de sus labores del campo. No me parecían recelosos. Algunos regresaban montados en sus burros. Los más, a pie. Saludábannos con gentileza, descubriéndose, y continuaban a paso cansino hacia sus casas. La hora era tibia y agradable y, hacia el oeste, cerca ya de Lima, sobre la pampa del Agustino, destacábanse los grises perfiles de los cerros sobre un fondo lila de belleza extraordinaria.

-Es la hora lila. Así la llaman los limeños -dijo, dejándose arrastrar de la añoranza, el caballero. Estaba, ahora, de nuevo sentado y observaba atento la puerta de la pieza, como si esperara que alguien fuera a entrar de un momento a otro.

-Lo sé. Soy limeño -respondió el boticario-. Es, para mí, una hora tibia y agradable, una hora que siempre gocé desde niño. Lima se encuentra situada en el verdadero Finisterre, a pocas leguas de un punto, inubicable en las cartas de navegación, en el que el cielo y las aguas del mar se abrazan y se confunden. Allende Miraflores y los Chorrillos, en el océano, la noche cae de golpe como un oscuro telón frente a nosotros, no sin antes bañar la ciudad y sus campos de ese color lila, cálido y suave, que recuerda el de los pétalos de las flores silvestres. Tiene esa hora de sutil y de frágil tanto como de inefable, pues tan inasible e incierta, por breve, es su hermosura que en un abrir y cerrar de ojos bien podemos perdernos el placer de contemplarla, y muchos limeños, habitando de por vida en esta ciudad, aún no han podido (o sabido) gozar de su visión.

-Si no pecas por poético, lo haces por hiperbólico -ironizó el hidalgo.

-No todo han de ser retortas y alambiques en la vida de un boticario -se defendió Vivanco-, como no todo en la tuya son lanzas, espadas, arcabuces, órdenes, cabalgadas, reales, celadas, despachos, encuentros y otras tales garambainas, que a todos nos ha puesto Dios sobre este mundo para que podamos gozar de sus bellezas. Y de ellas gozamos Fadrique y yo aquel día, si bien lo breve de la visión dejonos, tras ella, cariacontecidos y un poco melancólicos, ya que lo efímero del placer hace, con frecuencia, más patente y clara la presencia de los peligros que la noche nos vela.

Aquella noche cayó de repente y nos dejó en la mayor soledad. Nada podíamos ver más allá de nuestras narices, y aun éstas más nos parecía haberlas perdido que otra cosa, pues sólo sentíamos la realidad de nuestras piernas cansadas y el sonido de nuestras voces, que hablábamos fuerte por perder el miedo que la oscuridad nos infundía. Y así, calculando cada uno de nuestros pasos por no perdernos, dimos al fin con la regacha de la que los buenos franciscanos me habían hablado y, acertando con sus orillas por el sonido de sus corrientes y el discreto brillo de sus aguas a la escasa luz de aquella noche sin luna y sin estrellas, nos adentramos a lo más profundo del valle, sobre la orilla derecha de aquel regajo. Pese a ser tan oscura la noche, sentíamos que aquel terreno se empinaba, y, a cada paso que dábamos, yo creía percibir que el ruido del torrente se hacía más diáfano, como más diáfana y clara era la noche a la que nuestros ojos habíanse ya acostumbrado. -245-

Poco antes de llegar a las ruinas, junto a un barranco que se precipita en un riachuelo cubierto de maleza, dimos con un bosquecillo de molles achaparrados, un arcabuco crecido sobre terrenos, que, por su aridez, parecían anunciar la cercanía de algunos cerros pedregosos, de los que abundan en la zona.

-Todos los cerros de esa zona lo son -terció don Íñigo.

-Así es. Y muy áridos, pues sólo las partes más hondas de los valles gozan de buenas tierras y aguas abundantes. Entre aquellos molles no crecía, al parecer, una mala brizna de hierba. Tampoco nos detuvimos a comprobarlo, pues, si penetrábamos en el bosquecillo, corríamos el peligro de perder, en noche tan oscura, la seguridad que la acequia nos ofrecía. Seguimos por

la orilla del regajo y, a muy pocas varas del arcabuco que habíamos dejado a nuestra izquierda, dimos, por fin, con los tapiales de los que los frailes me habían hablado. A nuestra derecha, en efecto, se levantaban los murallas de barro que en otros tiempos habían defendido la ciudadela. Había algo de opresivo y hasta de siniestro en su presencia, y, aunque no pude escuchar los gritos, ni observar las luces de las que hablaron los franciscanos, en pocas ocasiones he sentido tan cerca de mí la presencia de la muerte.
-Estás haciendo, de nuevo, literatura, querido Hernán.
-No es cierto, Íñigo. Bien sabes tú que no soy hombre que se corra fácilmente de los peligros y que, si bien no los busco a mis años, no faltaron tiempos en que lo hiciera. Mas aquello era otra cosa. No se trataba de matones de taberna, pues no los había en aquellos andurriales. Tampoco sabría decir de qué se trataba. Sólo sé que un vientecillo gélido nos penetraba hasta los huesos y que tanto Fadrique como yo sentíamos que alguien más estaba con nosotros.
-Fantasmas invisibles. Curiosos y terribles son los fantasmas que no se ven.
-Si hubieras estado allí, no te reirías. Te lo aseguro. Peor que la invisibilidad era el silencio. Saltamos la regacha por una parte bastante estrecha que pudimos salvar sin gran esfuerzo y nos metimos en las ruinas. Durante más de media hora las recorrimos. Eran grandes y tan extensas que no había cuando se acabaran. Sus casas, si alguna vez lo habían sido, carecían de techo, y las paredes de barro se desmoronaban a nuestro paso. Caminábamos con cuidado, imaginando que cada una de nuestras pisadas podía ser fatal. En un mal paso, Fadrique se hundió hasta el pecho, y hube yo de sacarlo de aquella -246- trampa temiendo que ambos acabáramos en un abismo sin fondo, de los que, según algunos supersticiosos, llegan a los infiernos.
-¿Y tú crees en ellos? -preguntó, socarrón, el señor de Cellorigo.
-No, y lo sabes; pero aquella noche estaba dispuesto a creer en todo. Hasta en la runamula, si se hubiese presentado. Mas no se presentó a esa hora. No escuchábamos más ruidos que los nuestros, los que hacíamos al caminar sobre aquellas ruinas de polvo frío, sobre aquel suelo endurecido por el paso de los siglos sin vida. Ahora sé que lo que aquella noche sentíamos Fadrique y yo, tan inefable, era la presencia de cuantos, en otro tiempo, habían recorrido aquellas calles, habitado sus casas y sus palacios, afanádose en tratos convenidos en sus plazas y mercados, dormido en lechos ahora desaparecidos, vivido entre aquellos muros de barro que se multiplicaban en la noche como los gigantescos costillares de un monstruo de leyenda. Lo que realmente sentimos fue la invisible presencia de sus sombras, la inasible verdad de sus gozos y desgracias, sus llantos inaudibles, sus gritos, sus juegos y sus risas, la vida que allí se había multiplicado y crecido y la muerte que todo lo redujo al polvo en el que, por fin, arrojamos, ya cansados, nuestros cuerpos, buscando un sueño reparador que nos devolviera la paz.
-No hay paz más segura que la de los cementerios.
-No hay otra paz, pues la vida es lucha, agonía interminable. Lo sabemos, pero a ti y a mí nos gusta la lucha, y el sueño, émulo de la muerte, nos proporciona esa paz que nos permite seguir con las armas en la mano en el

campo de batalla.
-No es mala la figura del sueño, aunque demasiado retórica para mi gusto.
-Tampoco es original, pero no importa. Lo cierto es que, casi sin fuerzas, agotados por los trabajos de la jornada y por las emociones más recientes, dimos en recostarnos contra un talud gigantesco de los que rodeaban la ciudadela y, al rato, nos dormimos. No habría pasado ni una hora, cuando un grito largo y desgarrador vino a despertarnos. Nos pusimos de pie al instante. Fadrique llevaba, colgado al cinto, un buen machete, y yo, que no suelo viajar sin compañía, cargaba una daga y un pistolón. A oscuras y olvidados del miedo, dimos en correr las ruinas y en subir y bajar por los montículos arenosos desde los que, según pensábamos, habríamos de ver mejor lo que ocurría. «Nadie», gritaba Fadrique desde un extremo, y yo, desde otro, le respondía: «Aquí, tampoco». -247- Así pasamos más de media hora y, cuando ya desesperábamos de descubrir el misterio y nos volvíamos juntos hacia el refugio en el que habríamos podido descabezar un sueñecito, he aquí que, frente a nuestros ojos, cruzó como una exhalación la sombra de quien supusimos, por su figura, que habría de ser un hombre como nosotros. Echamos a correr detrás de él y al fin le dimos alcance. Como no se detenía, Fadrique, que era ágil, se tiró a sus pies y logró que la aparición diera con todo su peso contra el suelo.
-No era, pues, un fantasma.
-Era el ermitaño del que me habían hablado los franciscanos que vinieron a la botica. Con el pedernal y la yesca que siempre cargo junto a mis armas, cabellos de muertos, ropas desenterradas, ramas y hojas secas arrastradas por el viento hicimos una hoguera a cuya luz pudimos ver que el fantasma que habíamos capturado era un anciano calvo y de escasa estatura, encorvado y con unas barbas que le llegaban casi a la cintura. Cubría sus carnes con un vestido talar hecho jirones por muchas partes y sin mangas, y su pelo, casi tan largo como sus barbas, formaba con éstas una especie de emplasto o torta sólida en la que los cabellos, fijados por la suciedad, debían pesarle como si de un casquete de barro endurecido se tratara. Tenía el pellejo cubierto de suciedad y de llagas, y, en algunas partes de su pecho, que las roturas de su túnica descubrían, se veían unas enormes costras, algunas tan grandes como el fondo de una damajuana de regular tamaño. Rezaba muy rápido y, al mismo tiempo, no dejaba de gesticular. En realidad, no dejaba ni un segundo de mover los brazos y de hacer visajes con la cara. Era evidente que estaba loco, pero no estaba tan claro quién fuera en su época de cordura. Fadrique y yo tratamos de adivinar.
-No era, obviamente, nuestro amigo Andrés.
-Ni se parecía. Tuvimos que atarlo para evitar que escapara, y Fadrique se fue, después, hasta la regacha, pues habíasele metido la idea en la cabeza de que, con sólo tocarlo, el loco le contagiaría la tiña y hasta la demencia. Cuando volvió, también yo fui a cumplir con esa elemental precaución. El agua, al fin, nos defiende de las miasmas y de las impurezas, pero, no siendo esta precaución, en mi opinión, suficiente, saqué de la bolsa que traía un botellín de vinagre y, con un pañuelo empapado en él, aspiré su espíritu. Otro tanto hizo algo más tarde el buen Fadrique.
-¿Y ahí os quedasteis los dos, adivinando quién era el loco de Huachipa?

-Así es. Nos quedamos toda la noche. El loco rezaba y hacía visajes con la cara. Sus morisquetas a veces eran graciosas, y repetía una extraña oración -248- muy larga en la que, junto al avemaría y al padrenuestro, nombraba extrañas letanías de santos inexistentes y fantásticos. Tuve la impresión de que se trataba de algún huido de la inquisición que, refugiado en aquellas ruinas, había terminado haciéndose ermitaño y enloqueciendo. Por el sonido de su voz y por la forma en la que articulaba cada sílaba parecía un hombre de posición y cultura, y esto, tal vez, debió llevar a los franciscanos a confundirlo con nuestro Andrés, pues ninguna otra semejanza podrían haber encontrado los frailes entre aquel triste despojo humano y nuestro discreto amigo.
-¿Y nada pudiste averiguar en Lima cuando volviste?
-Nada.
-Es extraño. También a mí se me ha despertado la curiosidad. ¿Viste la medalla y la cadena de oro de las que, según me contaste, te habían hablado los franciscanos?
-No las traía puestas, y yo sospecho que, o nunca las tuvo, o que, si las tuvo, terminó perdiéndolas en sus correrías nocturnas por la ciudad de los muertos.
-O se las robó alguno de los campesinos -apuntole con voz plagada de suspicacias el de Cellorigo.
-O las tenía escondidas -respondió Vivanco-. En su locura, no tenemos por qué pensar que no guardara un poco de tino. A veces, ocurre.
-Yo pienso que, más bien, algún indio se las robaría.
-No lo creo. Cualquier loco es para los indios un hombre casi sagrado, y el dañarlo acarrea mala suerte, según entiendo. No creo que los indios, tan supersticiosos, se arriesguen por un poco de oro más o menos.
-No era tan poco, pero tal vez tengas razón -reconoció el de Ezcaray-. Prosigue -añadió-, que el relato se hace cada vez más interesante.
-No hay mucho más que contar. Ya a punto de romper el alba, lo soltamos, y él se echó al suelo a lamernos los pies como un perrito. Era increíble, pero, en su mirada de orate, adiviné una luz rara, un destello de gratitud. No se separaba de nosotros y nos seguía por aquel laberinto a donde fuéramos. Rugía como un animal herido mientras caminábamos entre las ruinas, que, a la incierta claridad de la aurora, parecían, si cabe, aún más extensas que en la profunda oscuridad de la noche que entre ellas pasáramos. Fadrique se abría paso y buscaba sendas como buen baqueano, y nosotros lo seguíamos bordeando -249- los taludes y atravesando edificios arrasados por el tiempo. Salimos, al fin, a una plazoleta elevada, una suerte de meseta con bordes de talud que se levantaba sobre las casas y que bien pudo haber sido la parte achatada de alguna huaca o adoratorio de los indios. Desde aquella magnífica atalaya, en el centro de la ciudadela, divisaba una buena parte del valle de Huachipa. Hacia el noreste, entre la bruma, veíase la aldea. La mañana era húmeda, y la niebla volvía aún más turbia nuestra visión. Pese al frío, todavía nos quedamos algunos minutos tratando de identificar las sombras que a lo lejos se levantaban. «Aquél es el bosquecillo de anoche», señalaba con su dedo el buen Fadrique. «Un poquito más allá estará el barranco», afirmaba yo. Y el loco seguía con sus ojos extraviados nuestros gestos y miradas, al tiempo que profería sus gritos incomprensibles y sus lamentos feroces

de animal acorralado.
-¿Ya no hablaba? -preguntó el caballero.
-Hablar, lo que se dice hablar, jamás lo hizo. Hilvanó varias palabras en oraciones incoherentes, como te digo, mezclando padrenuestros y avemarías con letanías de santos que nunca existieron. Eso no es hablar, amigo mío. Para entonces, empero, había ya renunciado a la palabra y sólo emitía los gritos y los lamentos que te cuento. De pronto, en un momento en que nosotros nos detuvimos a contemplar los cerros cercanos, se enfureció, lanzó un rugido verdaderamente espeluznante y desapareció de nuestra vista. Fadrique lo vio caer rodando por el talud y dar con su cabeza contra uno de los muros de adobe cercanos a la plazuela en la que nos encontrábamos. Parece que se levantó y echó a correr hasta perderse de nuestra vista. Yo no lo vi. No podía verlo, pues mis ojos se habían detenido en la visión de un caballo que galopaba furioso con su jinete a cuestas y que atravesaba aquellos campos, junto a los cerros, sin que, al parecer, importaran barrancos, quebradas ni riachuelos, pues no era ninguno de ellos obstáculo a su carrera desbocada. Cree lo que te cuento, pues jamás te he dado motivos para que dudes de mi palabra y tengo un testigo que, si bien negro, aunque liberto, pasa por cabal y verdadero en cuanto dice y jamás ha dado a nadie motivos de duda, como me aseguró don Martín al ofrecerme su compañía.
-¿Y tú crees que era la runamula? -preguntó ahora curioso el hidalgo, yendo hacia la puerta, pues había calculado que en algunos segundos más habría de entrar a la estancia la angola, cuyos pasos escuchábanse ya, rítmicos y sonoros, en el pasillo.
-No lo sé. Caballo y jinete perdiéronse en un punto en el que los cerros parecen unirse a la distancia. Pocos minutos más tarde era ya de día, y Fadrique -250- y yo, en silencio, volvimos al pueblo siguiendo siempre el derrotero que nos marcaba la regacha. La mañana era fresca y agradable, y llegamos al tambo en el que habíamos dejado nuestros caballejos y matalotajes cuando aún el sol no había logrado descorrer la cortina de las nubes que lo ocultaban. De los ríos y regatos levantábase la niebla y, aunque no espesa, por lo húmeda y fría favorecía el paso rápido en el que ambos estábamos empeñados.
-Corristeis.
-No exactamente.
-El miedo os puso alas -ironizó el hidalgo, al tiempo que abría la puerta y hacía su ingreso en la sala, con todo su esplendor, la esclava negra.
-Buenas tardes -saludó el boticario con una venia ligera y calculada.
-Buenas tardes -respondió, risueña, Escolástica y se fue a sentar sobre unas almohadas que para ella estaban destinadas en el estrado.
-Termina de contarme tu historia más tarde -solicitó el hidalgo al boticario y volvió a sentarse en la silla que minutos antes había abandonado-. Ahora, bebamos y celebremos que el tal loco no fuera nuestro querido amigo Andrés. Has debido de pasar malos ratos pensando en esa posibilidad.
-Jamás la creí del todo y, por eso, nada quise comunicarte hasta estar seguro.
-Mi buen Hernán -susurró con tono emocionado don Íñigo-, ¿dónde podré encontrar otro amigo como tú, tan generoso y leal?

-Y tan mal poeta -retrucó éste.
-Y tan mal poeta -repitió el hidalgo.
-No importa -dijo, en este punto, el boticario-. Lo que deberíamos preguntarnos es dónde podremos encontrar otro amigo como Andrés, ahora desaparecido, o como Alonso, perdido en los laberintos de la corte.
-Alonso, las esperanzas cortesanas... Así habrás de saludar al buen Alonso cuando lo vuelvas a encontrar. Estoy seguro. No puedes con tu genio.
-Ni tú con el tuyo.
-Y a Andrés, ¿cómo lo saludarás?
-Con un abrazo -respondió, seguro, el boticario.
-251-
-Brindemos por eso -dijo, levantándose, el caballero. Se fue hasta la mesa, destapó una botella de vino, llenó las copas, entregolas llenas a Escolástica y a Vivanco y, elevando la suya por encima de su cabeza, repitió: -Brindemos por eso.
-A la salud del doctor Espinosa -dijeron al unísono Hernán y la esclava.
-Por que lo encontremos con salud en esta vida -terminó el brindis el caballero.
-Y con fortuna -lo completó la esclava.

-252-

Capítulo XXI
Los Ubago de Ezcaray

Había soñado, como siempre, con una mujer cuyas facciones, al despertar, se le borraban. No era joven. Tampoco era vieja. En realidad, no lo sabía. Estaba seguro de que, en sus sueños, el rostro de la mujer quedaba siempre velado por algo: la seda de un pañuelo, la fina lana de vicuña con la que tejían los mantones en Arequipa, los hilos de Holanda de una sábana. O, tal vez, no; tal vez aquella mujer con la que cada noche soñaba (¿o no eran todas las noches, y él, en las mañanas, no hacía sino dar rienda suelta a sus obsesiones?) no tuviera rostro. Su porte... Tampoco su porte quedaba en su memoria. Ni sus vestidos. Ni la forma que tenía al caminar. En verdad, nada de aquella mujer recordaba nunca al despertarse en las mañanas y hacer el enorme esfuerzo de retener alguno de sus rasgos, llevado por la obsesión de capturarlos que lo dominaba durante algunos minutos. Después, cuando, con el breviario en las manos, medía la distancia que separaba las paredes de su celda, dejándose llevar de sus pasos, sus rezos y sus pensamientos, terminaba siempre por olvidarla, y, cuando esto ocurría, sentía alivio, como si de algo muy pesado hubiérase, finalmente, liberado. Libre de sus obsesiones (duraban poco más de lo que dura un bostezo, pero eran constantes, cotidianas), abandonábase a la suave cadencia de los rezos matinales.
Sobre su catre yacía una manta de lana ajada y pobre. En su mesilla, el recado de escribir. Midió con sus rezos el tiempo y la distancia y,

acabados estos, se decidió a sentarse, tomar la pluma en su mano, remojarla en el tintero y llevarla hasta el papel, para escribir en él las cosas que debía contarle a su primo el cardenal, el hijo del médico de Logroño que, hijo ahora de san Benito y criado en el convento de San Millán de la Cogolla, había llegado a ser catedrático en Salamanca y cardenal en Roma, el primo lejano del que tan orgulloso se sentía y que podría aconsejarle sobre todos aquellos asuntos que él tenía en sus manos en Arequipa y de cuya resolución dudaba, como ahora dudaba de la verdad de sus sueños, de la certeza de la mujer cuyo rostro desaparecía al despertarse. Se persignó y escribió:

A su eminencia don Joseph Sáenz de Marmanillo y Aguirre, doctor en Artes y Teología, catedrático que fuera de la muy ilustre Universidad de Salamanca, asistente a las sagradas congregaciones romanas del Concilio, de Ritos y del Índice, examinador sinodial de la sede de Toledo, calificador de la -253- Suprema Inquisición, protector del Reino de Sicilia, cardenal de nuestra santa Iglesia Católica, inquisidor general de Roma, Salomón de España, escribe la presente su devoto primo fray Antonio de Tejada, superior del convento de los padres dominicos en Arequipa, en los reinos del Perú, su pariente y amigo, a veinte días del mes de diciembre del año del Señor de 1689.

Eminencia,

Nunca hubiera pensado mi arrojo en dirigirle nueva carta que le distrajere de sus urgentes y graves quehaceres, que tanto interesan a la salud del pueblo cristiano, a no ser porque, habiendo estado durante todos estos meses preocupado por los sucesos que le contara en la precedente, mi deseo de justicia me empujara a ello, obligándome a tomar la pluma en el punto en el que mi prudencia y la cortedad que vuestra eminencia en mí conoce la dejaran. Seis meses largos han transcurrido desde entonces y, encerrado en mi celda y desatendiendo en mucho los deberes que me obligan hacia mis hermanos de comunidad, no acierto a recuperar la paz y la tranquilidad de espíritu que, hasta la muerte de nuestra amada Violante, me embargaban y a las que, en mi egoísmo ciego, habíame abandonado. Hoy no soy la sombra de lo que era, y, si le fuera posible a vuestra eminencia el verme en el trance por el que atravieso, seguro estoy de que en mí no reconocería a aquel chiquillo con el que jugaba en las eras de Azofra hará más de treinta años, cuando ambos, sueltos y despreocupados, dejábamonos llevar de la natural alegría y el contento que en todo encuentran los niños de tal edad, que, si bien ya no lo era vuestra eminencia, hacíase pasar por tal por darme contento, que el amor a todo se aviene y aun a pasar por necio a los ojos del vulgo. Muy por el contrario, encuéntreme como el loco y vesánico que se da de cabezadas contra las paredes y los duros balaustres de su cama y que prorrumpe, sin desahogar su inquietud, en gritos destemplados, sonidos desgarradores y voces tan turbadas y truncas que quien lo ve imagina que tal inquietud sólo puede ser propia de un endemoniado, pues, si bien los físicos que lo atienden y tratan de curarlo dan en ver en ello las consecuencias de una rara enfermedad y, para atajarla, ábrenle las venas de los tobillos y sométenlo a la tortura de las sangrías y las sanguijuelas, de sinopismos, gotas, píldoras, bebedizos, cremas, jarabes, ungüentos y demás remedios de farmacia, no faltan quienes, más avisados y cristianos, prefieren elevar sus oraciones

y pedir auxilio y clemencia a Nuestro Señor Jesucristo y a sus santos para quien tanto sufre, que bien saben que no es enfermedad del cuerpo, sino del alma, que en esto, como en casi todo, andan de siempre equivocados los discípulos de Galeno. Y, así, yo sólo busco consuelo en la oración, que tan -254- grande es la tristeza que me ha dejado la pérdida irremediable de mi querida prima que ningún otro remedio habrá de ser más a propósito a mi salud.

Mas, no siendo esta pérdida tema de interés para una carta, ruégole a vuestra eminencia que sepa disculparme el introito, aunque bien sé que, dado el cariño que a Violante profesaba y la piedad que adorna todos sus actos y pensamientos, sabrá, tanto como perdonar mi osadía, acompañarme en el sufrimiento y, junto con este humilde predicador, acompañar también en su agonía, que no otro nombre podremos darle a la que padece, a don Íñigo Ortiz de Cellorigo, quien, por haber sido hermano tan querido de Madre Sacramento, es, a no dudarlo, el que de todos nosotros más intensamente está al presente sufriendo por su pérdida. Y nada más sobre este tema he de alargarme, si no es comunicarle a vuestra eminencia que, habiendo Íñigo y yo pasado a visitar a la priora del convento en el que viviera sus últimos años nuestra querida prima, averiguamos que la dicha monja es de nuestra tierra, de la familia de los Ubago de Ezcaray, y que, según entiendo, tal familia ha tenido y mantenido con la nuestra de los Foronda y Cellorigo una enemistad que, al presente, dura ya más de cien años, lo cual, como vuestra eminencia ha de entender, añade más inquietudes a cuantas turban hoy mi espíritu atormentado. No son, pues, tan sólo las sospechas de herejía las que me impiden el sueño, sino otras que, por ser más del mundo y terrenales, menos las entiendo, que en estas materias soy, como en tantas otras, lego, profano y sin ninguna experiencia.

Llámase, en efecto, doña Encarnación de Ubago la priora del convento y su hermana, doña Antonia, es en él su maestra de novicias. La familia Ubago del Perú es oriunda de Ezcaray y posee buenas y abundantes tierras en una parte de la costa cercana a Lima y no muy lejos de la ciudad de Cañete, a más de un obraje próximo a Arequipa en el que trabajan muchos y buenos indios mitayos. Aunque vinieron siendo muy jóvenes al Perú para gozar de una encomienda que sus padres heredaran de un pariente lejano y sin hijos, escribano de la audiencia en otros tiempos, valido de grandes y funcionario del cabildo de Lima en los del virrey don Pedro de Toledo y Leiva y que anduvo algunos años en todos los tumultos que los Vicuñas armaron en estos reinos en la época del conde de Santisteban, pasaron gran parte de sus vidas en Ezcaray y mamaron de los pechos de su madre, doña Cipriana de Velasco, el odio que los Ubago han mantenido por años contra los nuestros de Cellorigo. Aquí en Perú hicieron la fortuna que ansiaban, y hoy los Ubago gozan de los títulos y reconocimientos que siempre quisieron merecer y que acaso merezcan, que no soy yo quien pueda ni deba juzgar sobre los méritos ajenos. Las buenas rentas, al fin, -255- dan muchas y grandes satisfacciones en esta vida y no pocos pesares y disgustos a la hora de procurar la salvación en la otra.

Es esto, y no otra cosa, lo que mantiene tan turbada mi alma y sin defensa frente a las dudas que mi imaginación afiebrada pone a mi conciencia, pues entiendo que no he de tener por tales a los hijos de los pecadores, mas el sentido común y no pocos de los indicios que hasta ahora he observado con

el cuidado que exige mi profesión de sacerdote indúcenme no pocas veces a dar por cierto lo que el vulgo insinúa en sus rumores y maledicencias. Y, así, dudo hoy de la sinceridad y bondad de quienes, siendo retoños de enemigos jurados de los de Cellorigo, pueden haber tomado parte en la sospechosa muerte de nuestra prima, que ocasión han tenido para precipitarla en ella y aun todo lo demás les ha sido favorable. Bien pudieron las hermanas Ubago pasar por buenas amigas de Violante, pues ella jamás habría sospechado de su malicia, que tan bondadosa e ingenua era en todo que hasta en el mismo Satanás, de llegar hasta ella disfrazado, habría encontrado prendas que alabar y virtudes que resaltar en su conducta, que sólo se exigía a sí misma sin indulgencia. Semejantes ideas me confunden, y, por más que yo trato de alejarlas de mí, no lo consigo, pues no puedo olvidar que, pasando de joven algunos días con mis tíos en Ezcaray, fui testigo de la ruina de una de las casas de nuestros parientes, a la que unos partidarios de los Ubago le dieron fuego y en la que murieron, sin que nadie fuera bueno a remediarlo, una humilde viuda y sus dos hijos, que, atrapados de noche y sin aviso entre las llamas, no pudieron escapar de la desgracia. Tomaron presos a quienes lo hicieran y, ya en la picota de la plaza, confesaron todo, que no fue preciso darles mancuerda, pues tal era el odio que despedían que, con grandes vozarrones, confesaban su crimen como si, al hacerlo, pregonaran sus hazañas. Hay muchas otras cosas que se cuentan en las aldeas del valle y aun en el mismo Ezcaray, y todas hablan de que tan vieja inquina originose en tiempos del rey Felipe II, cuando uno de los Ubago, que volviera de Flandes con despacho de coronel por los grandes méritos que en aquellas tierras había alcanzado por sus hazañas, hizo público su desprecio en la puerta de la iglesia y delante de todos los invitados a la boda de una de las hijas de los de Cellorigo, los que, desde entonces, juraron vengar tan gran infamia y así lo hicieron en cuantas ocasiones tuvieron la oportunidad. Sé que el dicho coronel, de cuyo nombre no puedo acordarme, murió de manera harto alevosa en una taberna de Nájera, rodeado de putanas y atravesado de varias cuchilladas que unos malandrines le asestaron durante la noche. El cuerpo del coronel fue echado al Najerilla, y, a la mañana siguiente, una lavandera, de las que bajan al río para hacer la colada, lo encontró, ya algo comido de las truchas, -256- que, como vuestra eminencia sabe, son muy voraces. A esta lavandera la llamaban en el pueblo la Maricucha. Los Ubago atribuyeron su muerte a los de Cellorigo, y, en pocos años, en Ezcaray, raros eran los partidarios de una u otra casa que no contaran con algún muerto en su familia. Siendo aún niños, Íñigo, Violante y yo asistimos al entierro de un hombrecillo del que mi tía dijo que había muerto por lealtad a la casa de los de Cellorigo y, aunque no lo entendimos en su momento, ahora sospecho que también habría sido asesinado. Doña Catalina, mi amada tía, era, como vuestra eminencia conoce, mujer de muchas virtudes y en sus cálculos no cabía la venganza, como no cabía en los de don Asterio, su esposo, que, por su natural pacífico, renunció a las ventajas de una vida militar más que medrada para dedicarse en los postreros años de su vida a la cristiana educación de sus queridos hijos. Y, así, estos nada o muy poco conocieron de la cadena de crímenes y sangre que había antecedido a su nacimiento, y hasta hoy estoy casi seguro de que en el ánimo de Íñigo no existe sospecha

alguna sobre este asunto.

Malos son estos antecedentes, según entiendo, y no podrían serlo peores, pues bien conoce, eminencia, que las venganzas se originan en pasiones que jamás pueden ser satisfechas y que los vengativos aseméjanse en ello a los soberbios, quienes, por ignorar la enormidad de su pecado, encuentran gran dificultad en arrepentirse. No estoy diciendo con ello que los hermanos de Cellorigo no hayan llevado también en sus venas algo de la sangre vengativa de sus antepasados y que, de haberles sido propicia la ocasión, no la hubiesen despertado, mas en ellos entiendo que hubo corrección temprana gracias al cristiano cuidado de doña Catalina y a la educación que esta santa mujer supo inculcarles, que la ejemplar vida de nuestra querida Violante tanto le debe a ella como a su inclinación a la santidad. Hasta Íñigo, tan inclinado por naturaleza a la milicia, es generoso y rechaza los actos violentos de sangre, perdonando cuando la razón y el sentimiento se lo exigen, pues la venganza es para él, según me ha confesado en muchas ocasiones, hermana de la cobardía, y él es, ante todo, un caballero cristiano.

Nada más de importancia he podido averiguar sobre los conciliábulos que realizan en algunos conventos de esta ciudad los seguidores del hereje Molinos, mas sospecho que no han abandonado estos sus perversas costumbres y, en cuanto tenga datos ciertos que comunicar a vuestra eminencia, lo haré con gusto, que en ello tengo puestas ahora mis esperanzas, pese a la debilidad que siento y a la enorme tristeza que, por faltarme la compañía de mi prima, aún me embarga. No dude vuestra eminencia de que así lo haré y sepa que no temo las consecuencias que, para la seguridad de mi persona, de tal -257- hecho pudieren derivarse, pues más importante que mi salud, que por tantas cosas se halla quebrantada en estos días, es la salud de la Iglesia y la del pueblo cristiano, que en graves dudas se debate hoy a causa de tantas y tan perversas novedades.

Hame salido esta carta de un tirón, que lo tengo por buen augurio, y sé que vuestra eminencia ha de leerla con todo el cuidado que merece, que son estos temas que le interesan y estoy seguro de que ninguna otra lectura habrá de serle, con excepción de los textos sagrados y de doctrina cuyo comento domina como maestro y doctor de nuestra santa madre Iglesia, más sazonada y a su gusto. Temas son atingentes a la salud del pueblo cristiano, y bien sé, por la fama que hasta esta tierra acompaña el nombre del Salomón de las Españas, que éste es el principal negocio en que se ocupa en su cargo de dignísimo inquisidor general de Roma, desde el que, con tino, sabiduría, prudencia y justicia, castiga la maldad, aplasta la herejía y deja los campos de trigo libres de la cizaña que algunos espíritus escandalosos y perversos vienen sembrando en los últimos tiempos, que en la intensa oscuridad en la que hoy nos debatimos basta el resplandor de lumbreras como la de vuestra eminencia para que los menos avisados y más lerdos podamos acertar con el camino de la salvación. Difíciles son los tiempos en los que Dios Nuestro Señor nos ha puesto, mas demos gracias a su infinita bondad por haberlo hecho, que, de acertar en ellos, mayor será nuestro mérito y nuestra gloria, en proporción. Tengo siempre a vuestra eminencia presente en mis oraciones y ruego a Dios que lo conserve con salud para el bien de todos nosotros.

Quédome en Arequipa, querido primo, esperando las noticias de vuestra

eminencia, que sé que habré de tenerlas a la brevedad posible y si el barco en el que llegan no naufraga en los peligrosos mares que ha de atravesar, con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y la asistencia de sus santos. Hasta entonces, queda esperando y se despide humildemente, solicitando el favor y la asistencia de Nuestra Señora de Valvanera y la bendición de vuestra eminencia,

Fray Antonio de Tejada de Santo Domingo O. P.

Abandonó en este punto la carta el dominico, la leyó una y otra vez, quedó satisfecho de su contenido, echó polvillos secantes sobre el papel todavía húmedo y dejó la pluma descansando junto al tintero. Estiró sus brazos cediendo a la pereza y, arrastrado por ella, bostezó. Hacía frío en la celda, y sus sábanas hacía ya tiempo que habían perdido el calor de la noche. Se levantó de la mesa y se sentó en su cuja. Se recostó unos segundos en ella y volvió a sentarse. Hallábase contento. Encontraba que en esta segunda carta al cardenal -258- Aguirre había expresado sin muchos adornos cuanto en la anterior, quizá por pudor, no le había sido posible y que era cierto que, como lo expresaba en uno de los párrafos, todo aquel texto habíale salido de corrido, lo que había tomado por un buen augurio. Al levantarse de la mesa, había sentido que sus músculos tan dañados en los últimos días, estaban más flexibles y endurecidos y que ningún dolor le impedía caminar. Tampoco sentía frío. Se puso de pie abandonando el lecho, tomó el manteo, pues habría de caminar por el claustro, abierto a los vientos de la mañana, para llegar a la iglesia y, pensando en el efecto que la lectura de la carta que acababa de escribir habría de tener sobre el ánimo de su primo, salió de su celda, se dirigió a la escalera que conducía al claustro inferior, descendió por ella y llegó, con el ánimo bien dispuesto, a la sacristía, en la que, con los ornamentos sacros echados en orden sobre una ménsula pulida de dorada madera, esperábalo un monago para iniciar el ritual de las mañanas. Ningún otro fraile había llegado aún a la sacristía. Como todas las mañanas, él era el primero. Minutos más tarde, encontrábase fray Antonio frente al altar de la Virgen de las Mercedes, y el acólito respondía a «Introibo ad altare Dei» con la paporreta aprendida del «Ad Deum qui laetificat iuventutem meam». Bajo la atenta mirada de la Virgen, los feligreses seguían con devoción la misa, y las beatas más ancianas susurraban largas e incomprensibles oraciones y se daban golpes de pecho con los ojos perdidos en los santos de su devoción. En la calle, junto a la puerta de la iglesia, una jauría de perros anunciaba con sus ladridos el final de la noche. El sol acariciaba con timidez los blancos sillares arequipeños. A lo lejos se escuchaban los cascos de una tropilla de mulas que bajaba hacia el río.

-259-

Capítulo XXII

La danza de los fantasmas

Desnudo, pese al frío que le ponía la piel de gallina, se sentó en su cama y revisó el fondo negro de sus calzones. Pasó sus dedos por los palominos pegados, pulidos y duros como cantos de río. Parecían chaplas casi perfectas. Eran pequeños, y sólo las yemas más sensibles podían acertar con su presencia. Fue pasando sus dedos una y otra vez. Imaginó, al hacerlo, que los dejaba que rodaran sobre las cuentas de un rosario. Recordaba bien que, mozo todavía, habíale dado la ventolera de ser devoto de la Virgen, y que no pasaba un solo día sin que rezara sus misterios, ni mes sin que, por cumplir con las exigencias de tan magnífica señora, no se acercara a un confesionario de los recoletos, junto al Prado, a descargar en las ancianas orejas del padre Domínguez sus culpas, que no eran muchas, para acercarse al día siguiente a cumplir con el rito de la eucaristía a los pies del altar mayor. Pero de aquello hacía ya muchos años. Tantos que ni podía recordar los misterios y letanías que antaño rezara con tan recogida y cristiana devoción. «Domus aurea, ora pro nobis. Foederis arca, ora pro nobis. Ianua coeli, ora pro nobis». Recordábalas a saltos, en oleadas: palabras sueltas que le llegaban de un fondo oscuro y antiguo. Aquellas letanías en latín seguían haciéndole temblar, como la fría humedad de la mañana sobre su cama. «Refugium peccatorum, ora pro nobis. Consolatrix afflictorum, ora pro nobis».

Ahora tocaba con sus dedos minúsculos guijarros del color y de la consistencia de las piedras que crían los riñones de los enfermos, piedras ambarinas y oscuras, como las que muchas damas hacen engastar en sus collares de oro, gemas preciosas. Descolgábase del techo, por la pared enjalbegada y limpia, un tapiz colorido con escenas de cacería. Tres feroces mastines cercaban en un calvero abierto en la espesura a un imponente jabalí herido por un venablo, mientras un cazador vestido a la usanza antigua, con el gesto teatral de los monteros de las comedias, preparábase para rematarlo con el adoque aguzado de una ballesta. De la herida de la alimaña manaba una sangraza oscura y espesa que teñía la hierba de bermellón. Una jarra de plata, pesada y gran de martillada con arte y oscurecida por el tiempo, descansaba junto al aguamanil en el que todos los días cumplía el señor de la casa con sus abluciones de la mañana. La jofaina sosteníase en la tabla circular de un viejo mueble de nogal oscuro. Sobre el piso de ladrillo rojo, junto a su cama, una pequeña alfombra permitíale esconder sus pies para protegerlos del relente. El jabalí -260- revolvíase furioso contra los mastines, que le mostraban, feroces, sus colmillos aguzados. «Cuentecillas de rosario», pensó. «Ha de llegar el día en que me cieguen el Polifemo estos Ulises». Detrás de un árbol coposo, a la izquierda del jabalí acosado, los ojos de una doncella ataviada con traje de pastora y coronada de margaritas observaban con interés la operación de limpieza del caballero. Una sonrisa abierta y cordial se dibujaba en su boca. La parte superior del tapiz mostraba la frondosidad de la selva y, sobre las verdes copas de los árboles, el azul de un cielo limpio, amenazado en lontananza por diminutos nubarrones de tormenta, como harapos de luto. «Paréceme muchas veces que tuviera vida. Ella conoce mis secretos». Sobre un arcón a los pies de la enorme cama de hierro Pedro habíale dejado unos calzones nuevos de terciopelo, una camisa blanca y almidonada y un jubón que, aunque remendado en sus partes menos

visibles, aún podía dar de sí por muchos años. El caballero disponíase a hacer una visita importante para sus asuntos. Un rayo de sol tímido y suave cayó de lleno sobre los ojos de la bestia acosada e incendió la hierba empapada en su sangre. El montero del tapiz disponíase a disparar su ballesta. «Ojalá que me salga todo como lo tengo planeado», dijo, como en un susurro, don Alonso López de Verona. «Mi prima», pensó, «sabe sin duda de estas cosas más que yo». Desde la fronda, la zagala seguía sonriéndole, ajena a la matanza que estaba a punto de producirse a sus pies. Sus ojos eran como dos diminutos lagos de montaña cercados por las nieves de su frente.

La prima de don Alonso era esposa de un antiguo valido real que, por el conocimiento que tenía desde niño de las oraciones y preces más extravagantes y milagrosas que corrían en la boca del vulgo, habíase hecho merecedor de una embajada ante el zar de todas las Rusias. Llamábase doña Timotea de Seoane y Farfán de los Godos y, a tan sonoros apellidos, añadía con gracia el de rabiza por afición, que era público que en su casa se reunían a gozar de sus favores altos dignatarios de la corte, comediantes de postín, secretarios de los consejos reales, estudiantes de Alcalá, soldados de fortuna y hasta algún que otro canónigo de los que, al llegar a la corte, gustan de caer en el pecado para tener, más tarde, motivos de arrepentimiento.

-Putana por afición, que no coima -habíale aclarado días antes a don Alonso-, que las últimas se venden por dinero y yo me entrego, como santa Nefixa, por caridad a los pobres y a los necesitados de amor.

-¡Buena santa estás tú hecha! -habíale respondido el diplomático.

-Pues eso... que soy demasiado buena.

-261-

-¡Y tanto!

Buena lo era; servicial, también. Don Alonso de Verona, que, aficionado a los versos y las comedias, gustaba de jugar con las palabras, asegurábale a doña Timotea que, tanto como ser, lo estaba y que por ella y por su cuerpo garrido y aguerrido no pasaban los años. Era, en efecto, el de su prima uno de esos cuerpos (corps d'amour, los había llamado Pedro en París, cuando a ellos era su amo tan aficionado como lo era en Madrid a las tabernas de Antón Martín y a las zorrupias bragadas) que piden guerra, y no faltaban jamás quienes, degustadores de duelos y de batallas reñidas entre sábanas blancas y calientes, prestábanse a batirse en cuantas justas fueran necesarias para igualar -y aún sobrepujar- la justa fama de los campeones de antaño. El cuerpo de doña Timotea era todo un compendio de virtudes caballerescas.

-Con don Andrés, cinco esta vez -sentenciaba, satírica, la Mesalina.

-¡Hombre! No está mal para sus años y su talla -respondía don Alonso, que disfrutaba como un crío de esta suerte de conversaciones galantes.

-¡Y tanto! Que ya pasa de los cuarenta.

La prima se refería a la edad de Andrés Sobrevilla, un hombrecillo calvo y flacuchento, próximo al medio siglo, que, enriquecido en el comercio de telas (tenía puesta una buena casa en la calle de la Montera, cercana a la puerta del Sol, que él mismo atendía con su mujer manchega y sus tres hijos mayores), hacíale buenos regalos en retales, batistas, hilos, telas de Holanda, cintas de seda y vestidos, y llevaba a veces su prodigalidad a

regalarle collares y pulseras con su buen peso en oro y piedras de colores, de las que gustaba mucho el comerciante. De don tan sólo tenía el din que guardaba bajo siete llaves, pero a doña Timotea hacíale ilusión aquello de imaginar que holgaba entre sus sábanas con un duque de Alba. Conservaba de niña debilidades de aristócrata y, como cada quisque, buscaba hacerse de los godos, linaje que a ella le venía por derechas del apellido de su madre. El dichoso día en que llegó a los cinco entre jadeos y desmayos, don Andrés Sobrevilla, entusiasmado, regaló a su dama una capita de armiño lustroso y blanco con el que pudiera abrigarse en las frías noches del invierno. Doña Timotea no cabía en su pellejo de contenta. El tendero le aseguró entre arrumacos que las pieles habíanle costado una futesa.

-Era de una embajadora que me debía unos cuartos -contole a la mañana siguiente, mientras procuraba, goloso, endulzar la boca entre sus senos.

-262-

-Calla, mamón, que te pasas. ¡De dónde será tamaña vulpeja!

-De Venecia. ¿Qué esperaba vuesa merced?, ¿que fuera la esposa del Preste Juan?

-O la del emperador de las Quimbambas, que para el caso es lo mismo.

Andrés conocía bien («Pero que muy bien», enfatizaba con sal de la fina doña Timotea) los oscuros rincones madrileños en los que solía esconderse Putaparió. De Bibiana nunca más se había vuelto a saber, y el teólogo helmanticense no andaba al descuidadero y hallábase siempre bien resguardado de sorpresas y nocturnidades. Don Alonso habíase decidido la misma noche de la aventura en Puerta Cerrada a despachar a Henriquillo, pagarle lo que le debía, ajustar cuentas para el futuro (que nunca se sabe cuándo se habrán de requerir de nuevo los servicios de un buen soplaorejas de confianza) y dedicarse por su cuenta a seguirle los pasos al rufián de los Cameros. Esta búsqueda habíale conducido, otra vez, hasta la casa de su prima, donde el comerciante en telas se prestó gustoso a servir al ciego de lazarillo. Confiaba ahora el diplomático en desmadejar el misterio y en llegar por el hilo hasta Bibiana (Teseo en el laberinto cortesano), pero, en la soledad de su casa, echado sobre su lecho y sin pegar ojo, pensaba las más de las veces en el padre de la mancebía y, las menos, en la pérdida, que daba por segura y definitiva, de su amante asturiana.

Ahora, mientras dejaba deslizar sus dedos por los palominos de sus calzones, su mente volaba hacia una casa de vecindad de la calle de los Gitanos, junto a la de los Peligros, en la esquina de la de Bodegones. En esta casa, según aseguraba don Andrés, vivía el rufián. En ella solía esconderse desde las tantas de la mañana hasta bien entrada la tarde, que entonces bajaba por la carrera de San Jerónimo camino del Prado Alto hasta la torrecilla (a veces, se acercaba a beber a la fuente del Caño Dorado) y, después, volteando hacia Atocha, dábase un paseo por su prado para desentumedecer sus piernas, despejar su cabeza y atender, más tarde, sus negocios en la mancebía de la plaza de la Cebada. En ocasiones, abandonaba su cubil hacia el mediodía y se llegaba a una casucha de la calle de la Gorguera, donde vivía un clérigo paisano suyo, viejo y picado de viruelas, que, aunque pobre como eremita, miraba por sus intereses. Con don Matías, que así se llamaba el cura de las viruelas, solía despacharse algunas

buenas jícaras de chocolate con picatostes, escuchar historias de otras épocas (siempre mejores, aseguraba su anfitrión) y atender sus avisos y consejos, que para esto abría bien las orejas por la cuenta que le traía. Don Matías era sordo y se peía sin darse cuenta y, según don Andrés, ignoraba los negocios de Putaparió. Hablaba siempre de Túbal y de Recaredo, se sabía -263- de memoria el libro primero de la Historia de España del padre Mariana, que recitaba mientras Putaparió lo escuchaba boquiabierto, y no pasaban cinco minutos de su conversación sin que invocara la ayuda de la Virgen de Lomos de Orio, su celestial protectora, en cuya ermita, según decía, había pasado los mejores y más felices momentos de su vida. El anciano cura tenía ya puesto un pie en el otro mundo. Sus flatos traían al recinto en el que conversaban los cameranos aromas de camposanto.

«Menudo punto», decíase ahora don Alonso, mientras se ponía la camisa almidonada y su valona. «Al rufián no lo ahorcan por menos de cincuenta mil y ¡mira dónde vive!». Don Alonso, que había vivido para derrocharla, era muy sensible al tema de la fortuna. Se puso sus calzones nuevos, el jubón de raso, se calzó, se ajustó el tahalí de seda sobre los hombros, se echó la capa y lanzó una última mirada a la zagala del tapiz, al tiempo que se disponía a salir de la habitación. Por el pasillo, avanzaba Pedro hacia su cuarto.

-Buenos días, señor. ¿Qué tal ha descansado?

-Muy bien, gracias. ¿Alguna novedad?

-Un caballero lo espera dans la chambre.

-¿Ha dado su nombre?

-Don Andrés me ha dicho. No me ha sido posible averiguar su apellido, señor. Me lo ha negado. Me ha dicho que con el don Andrés era bastante, que el señor sabía de él.

-¿Cómo es?

-Pequeño, legañoso y con aspecto de comerciante. Un hombre sin gusto y sin maneras, a mi entender: de los que no acostumbran a venir por esta casa.

-Terrible me lo pintas, Pedro -dijo con sorna don Alonso.

-Terrible me lo parece, señor -respondió el criado.

-Iremos a verlo.

En el estrado estaba, en efecto, don Andrés. Paseaba nervioso con las manos a la espalda de un lado para otro y, de vez en cuando, se detenía frente a las cortinas del balcón, abría éstas y echaba un vistazo hacia la calle. Traía echada sobre su menudo cuerpo una capilla de paño que no le llegaba a las rodillas. Sobre su cabeza descubierta bailaban unos pelillos rubios que conservaba de su juventud. Gastaba unas calzas de lana de los tiempos del rey Pepino -264- y tenía dibujada en su rostro una mueca de preocupación que partía su frente en dos a la manera de un tronco hendido por una segur. Todo su atuendo era oscuro y contrastaba con la enfermiza palidez de su rostro. Al ver que entraba don Alonso, abandonó su paseo. «Este pobre hombre va a arrojar un día de estos los bofes en la cama de mi prima. Pensándolo bien, no es mala muerte», se dijo don Alonso al recoger la mano que el comerciante le extendía. El chambergo de don Andrés descansaba en la otomana. Junto a él echó su capa, de la que se desprendió por hallarse sin ella más a su gusto, según solía repetir unas veinte veces al día a quienes quisieran escucharle. «Las capas», aseguraba

el comerciante en esas ocasiones, «ocultan los cuerpos mezquinos y ponen cepos a nuestras manos». Al buen hombre gustábale mover éstas en compañía de sus palabras, que, con frecuencia, venían a ser demasiadas, aunque él aseguraba que las medía con tal esmero que jamás se supo que diera a nadie una de más. Teníase, en todo, por ahorrativo.

-Buenos días, amigo Sobrevilla -saludó el caballero de Verona, a quien disgustaban los tratamientos igualitarios-. ¿Qué asuntos lo traen por mi casa tan temprano? ¿No debíamos encontrarnos en la de mi querida prima, doña Timotea?

-Cierto es, don Alonso -respondió el comerciante-, mas son tantas las cosas que han sucedido en estos días que me he visto precisado a adelantar nuestro encuentro.

-Cuente vuesa merced, que soy todo oídos.

Imitando el gesto de su anfitrión, Andrés Sobrevilla sentose en un sillón frailuno ablandado por cojines. Se revolvió en él durante unos segundos y, como observara que don Alonso seguía mirándolo con un gesto entre curioso y perplejo, tomó aire, volvió a acomodarse y comenzó a carraspear, como si algo le molestara en la garganta. Los ojos del hidalgo estaban fijos en los suyos.

-Ha de saber vuesa merced, don Alonso -dijo al fin, tratando de superar su azoramiento-, que hoy por hoy su vida se cotiza muy poco en el mercado y que yo vengo a ponerle sobre aviso de cierta mala celada que tienen lista quienes están buscando su perdición. Nunca ande vuesa merced descuidado y sin armas, que en ello le va la vida, y, si está en su mano, hágase acompañar de quienes puedan defenderlo y que sean de su confianza.

Don Alonso no podía dar crédito a lo que oía.

-Sé de muy buena fuente -continuó diciendo el comerciante, ya más tranquilo- que ciertos maniferros mal encarados ándanle buscando con este fin -265- y que los tales están muy bien pagados por el teólogo salmantino, que busca, de este modo, vengar la afrenta que vuesa merced le infligiera la pasada noche en su casita de Puerta Cerrada. El teólogo ha regresado con su amante a la ciudad del Tormes, en la que goza de cátedra y beneficio, y ha dejado el encargo en manos del camerano, que, por este servicio, ha de doblar la fortuna que tiene guardada en sus colchones -esto último lo remarcó con no poca envidia el comerciante.

-¿Y cómo lo sabe vuesa merced?

-No puedo revelar mis fuentes, que en ello le va la vida a mi informante.

-Comprendo.

-Se trata de alguien que escuchó cierta conversación en un ventorrillo de Malasaña.

-Ya. ¿Y a cuánto ascendió el valor del informe?

-Tratándose de un tan querido primo de doña Timotea, todo es gratis et amore.

-Entiendo lo del amore y lo agradezco. ¿Algo más le dijo su informante?

-Me dio las señas de los maniferros.

-¿Y cómo son ellos?

-Uno es enorme, con una cicatriz grande en una mano; el otro, pequeño y rubio, y, si no fuera exagerado el decirlo de esta suerte, peor encarado que un negro de Angola. Eso es todo lo que me han dicho y que yo sé.

-Pues sabe bastante vuesa merced.

-Así lo creo.
-¿Aceptaría, amigo Sobrevilla, tomar un cordial conmigo?
-Con gusto.
Don Alonso de Verona lo necesitaba. Las señas que acababa de darle el comerciante eran inconfundibles. No entendía bien, empero, cómo aquellos que habían descendido con él a los infiernos la infausta noche de Puerta Cerrada habían podido ascender al mundo de los vivos cargando consigo el pesado lastre de las cuchilladas. Habíalos dejado por muertos en aquella casa en la que -266- viera por última vez a la asturiana, amor de sus amores, como la llamaba, arrojada desnuda sobre el altar de los sacrificios. El mismo Henriquillo habíale asegurado, cinco días después, que habitaban ya en la mansión de los muertos y que habían sido recibidos con todos los honores en el reino de Satanás tras haber pagado a Caronte una bagatela por la barcada. «A tipos como ellos se les recibe gratis», habíale asegurado cuando se despidieron en la misma taberna de la plaza Mayor en la que se habían encontrado por vez primera. No había vuelto a ver al soplaorejas, aunque sabía por Pedro, su criado, que con frecuencia paseaba sus harapos por debajo de sus ventanas. Si estaban muertos los maniferros (y por muertos y bien muertos los había dado él hasta ese entonces), no cabía duda de que el tal don Andrés lo engañaba, mas, si no... Don Alonso López de Verona no quería ni pensarlo. De pronto, le vino de nuevo la maldita escena a la memoria. Durante la trifulca, habíalos visto en el suelo, traspasados de cuchilladas, pero en ningún momento los había visto caer, o no lo recordaba. ¡Tan ocupado se hallaba entonces en defenderse y salvar su vida! Tuvo, sí -eso lo tenía bien presente-, la ligera sospecha de que algo no había funcionado, pero esa sospecha habíale invadido ya en su casa, cuando, temblando de miedo, con los pulsos todavía alborotados, desbocados como caballos salvajes de la montaña, habíase metido entre las sábanas para tratar de dormir, lo que no había conseguido en todo lo que restaba de la noche. Al destapar el frasco de cordial, volvía a representarse la escena de aquellos cuatro hombres que tan prestos parecían a la defensa y que con tal furia se arrojaron sobre él con las espadas desnudas, como si lo estuvieran esperando. Había sido una trampa, una celada en la que él, por ingenuo, había caído y en la que, sin duda, habían tomado parte los viles maniferros que Henriquillo habíale llevado, asegurando que eran de su total confianza. Llenó dos copas de cordial, y entregó una de ellas al comerciante. Andrés Sobrevilla recibiola con una ligera inclinación de cabeza.
-Gracias, don Alonso -dijo el comerciante, y se la aproximó a los labios-. Es éste un vino generoso y agradable -chasqueó ruidosamente su lengua al hacer el elogio del cordial.
-Prosit -levantó su copa, ceremonioso, el diplomático.
-A vuestra salud -respondió el comerciante, que ignoraba los latines y los protocolos de la corte.
Se quedaron en silencio por algunos segundos, y, al cabo, como viera el comerciante la preocupación dibujada en el rostro de su anfitrión y adivinara que la conversación habíase quedado atascada en el punto en el que la habían -267- dejado al levantar sus copas, apuró la suya de un solo trago, púsose en pie, fuese a la otomana, recogió su capa y su chambergo, se los puso y, ya preparado para salir a enfrentar los fríos de

la calle, hízole una caravana a don Alonso y, sin prisas, se puso a caminar hacia la puerta al tiempo que se despedía del caballero hasta la próxima. Llevaba el chapeo ladeado, y los ruedos de su capa le descolgaban apenas a la altura de las rodillas, como a un capitán de infantería.

-Recuerde mi consejo -díjole cuando ya pisaba el quicio de la puerta del estrado- y no se aventure vuesa merced por malos pasos, que malos son los que nos llevan al cementerio.

-Muchas gracias, amigo Sobrevilla. Lo tendré presente.

En la puerta esperábalo ya Pedro, quien, como buen criado y de confianza, adivinaba siempre en qué momento se retiraban las visitas. Llevolo por las escaleras hasta la puerta de la calle y en ella lo abandonó tras unos «Buenos días tenga vuesa merced» que le parecieron al comerciante tan helados como los vientos del Guadarrama que desparramaban sus furias por las callejuelas de la villa en ese momento. Se arrebozó el comerciante en su pañosa y se perdió en dirección a la plaza Mayor, a la que llegó poco antes de que los nubarrones que tenían aquella mañana en penumbra los interiores de las casas de la villa y obligaban a sus habitantes al uso de las palmatorias descargaran su furor sobre las calles de Madrid y las libraran de las miasmas amontonadas en sus arroyos. El sol de las primeras horas se había ocultado. Al llegar a los soportales de la plaza, decidió arrimarse a una taberna y despacharse unos tragos antes de volver sobre sus pasos a su tienda de la calle de la Montera. «No sé por qué», pensó, ya con la taza de aloquillo entre sus manos, «a este caballero no parece gustarle mi compañía. Peor para él. Más precisa él de mis servicios que yo de los suyos. Si no fuera por doña Timotea...».

El diplomático habíase quedado también pensando en el tendero y, aun cuando ya había transcurrido más de una hora desde que éste se fuera, seguía viéndolo en el estrado, sentado en el sillón frailuno de cuero repujado y removiéndose entre sus cojines como una lombriz entre excrementos. Recordaba la intensa palidez de su rostro y veía en sus ojillos de rata una extraña luz que los cruzaba y que los hacía brillar con una chispa que él imaginaba cargada de malicia. «¿Habrase visto», se dijo a sí mismo, «semejante descaro? No basta con que este hombre, con sus albardas de burro cargadas de oro, se meta en casa de mi prima. Ahora osa venirse hasta la mía con amenazas veladas y diciendo que los muertos han resucitado. A buen entendedor...».

-268-

Pedro habíale traído al estrado su jícara de soconusco y unos bizcochos de huevos y hojaldre de las comendadoras de Santiago. Tenía frío, y el brasero aún no estaba encendido. «¿Y si este hombre no ha mentido? ¿Si, como dice, los matones de Henriquillo no murieron durante la gresca y ni siguiera quedaron heridos? Entonces, todo habría sido una trampa en la que, ingenuo de mí, habría caído como una paloma que cae en las garras del azor salvaje. Es posible. El único que podrá sacarme de la duda es Henriquillo, mas, si él es parte de la celada, de poco o de nada ha de valerme el llegarme hasta su casa, pues me estaría condenando por confiado. ¿Cómo puedo resolver esto? ¿Qué podré hacer de ahora en adelante?». Acabó el chocolate, pero no tocó los bollos ni los bizcochos de las monjas. Algo le impedía pasar alimentos sólidos por su garganta. Tomó una campanilla que tenía sobre la mesa y la hizo sonar. Al cabo de

unos pocos minutos, Pedro, criado fiel, hallábase de pie frente él en espera de sus órdenes.

-No me esperes a comer hoy. Es probable que no llegue hasta la noche -le dijo, poniéndose de pie y volviéndose a echar la capa sobre sus hombros-. Hoy parece que ha de ser para mí un día de muchas ocupaciones.

-Bien, señor -respondió el criado-. ¿Y la cena?

-Tenla dispuesta, por si vengo a tiempo.

-¿Huevos escalfados e higos secos, como anoche?

-Preferiría pescado.

-Bien, señor.

Pedro se retiró, y el caballero volvió a quedarse solo. «Don Andrés», se dijo entonces, «me parece que no ha mentido. ¿Qué interés podría tener en hacerlo? Estoy seguro de que él no sabe quiénes son esos maniferros. Si lo supiese... Pero no. El sólo ha querido avisarme del peligro por seguir gozando a sus anchas de los favores de Timotea. Iré primero a verla a ella; después iré a ver a Henriquillo. Sé dónde vive, y será él, y no yo, quien reciba la sorpresa». Cruzó el estrado, pasó la puerta, salió al pasillo y, sin prisas, se dirigió a su alcoba. Ya en ella, se fue hasta el arcón, lo abrió, tomó una pistola enorme, la cargó de pólvora y municiones, la dejó lista para disparar, abrió las agujetas de su jubón y la escondió bajo sus ropas; después, volvió a aliñarse, cruzose sobre el pecho el tahalí con su tizona, salió de la habitación, bajó las escaleras, llegó al zaguán y, ya en la calle, se embozó como sólo saben hacerlo los malandrines que persiguen fama de valientes entre las sombras de la noche. Llovía en Madrid, y don Alonso agachó la cabeza al sentir que las gruesas gotas de lluvia -269- golpeaban con fuerza las anchas alas de su chambergo de plumas. Las calles estaban desiertas, y, a lo lejos, el diplomático escuchó el grito de un niño que pedía auxilio con desesperación. «Nadie escapa en España a la desgracia», se dijo entonces. «A todos nos pone cerco desde que nacemos. Es fatal». Volviose a escuchar el grito, y se detuvo. Era verdaderamente desgarrador. Sintió una congoja que le subía desde el pecho por la garganta y le alcanzaba la boca dejándole en ella un sabor áspero y acre, como de acíbar, pero siguió caminando, pegándose a las paredes y evitando las canaletas que descargaban el agua de goteras sobre las calles empedradas. El agua corría por las calles y se precipitaba en torrenteras, metiéndose en los portales de las casas. Diluviaba. Se arrepintió de haber salido a cuerpo gentil, de no haber llamado a su cochero para que lo llevara a su destino, seco y limpio, como a él le gustaba aparecer en las casas de sus amistades, dando siempre la impresión del caballero elegante y refinado que era, esa impresión a la que, por su cargo, por la gran experiencia del mundo que tenía acumulada, veíase obligado y a la que no quería renunciar y a la que no renunciaría por nada de este mundo. Pero no, no había sido posible en esta ocasión. Tenía demasiada prisa para esperar. Ahora él, don Alonso López de Verona, gentilhombre de la real casa, hidalgo y caballero, veíase obligado a recorrer las calles bajo la lluvia como podría hacerlo cualquier ganapán, expuesto a la cuchillada trapera, al ataque artero de cuantos ladrones y matasietes recorrían en ese momento las calles de Madrid a la espera del incauto que se pusiera en sus manos. Caminaba deprisa, y ya hacía mucho que había dejado de escuchar el grito

desesperado del niño que pedía auxilio. En la calle tan sólo estaba él. O lo imaginaba, pues la lluvia era tan fuerte y tupida, tan densa y pertinaz, que no le permitía ver más allá de sus narices y tan sólo podía estar seguro de lo que veía y escuchaba en el estrecho círculo que, en cada momento, creaba su cuerpo al moverse entre las aguas, enmedio de la calle, chapoteando en ellas, navegando en ese mar en el que se estaba convirtiendo la villa. Atravesó casi a ciegas la plaza Mayor y, por la calle Nueva, salió al cobertizo de San Miguel, para torcer hacia la calle del mismo nombre y bajar hasta la plazuela del Cordón, que era donde su querida prima tenía puesta su casa desde hacía más de diez años, a pocos pasos de la plazuela de la Villa, «en el corazón mismo de Madrid, como quien dice», según repetía con su gracioso dejo de andaluza doña Timotea. Bajo la torre de la iglesia de San Miguel escuchó los pasos por primera vez; después, se hicieron más fuertes y, antes de que llegara a la de San Justo, sentíalos detrás de sí, pisándole los talones. No quiso voltear su cabeza por no presentar a quienes lo seguían visajes de acobardado y tampoco apresuró el paso por tres cuartos de lo mismo. Tal vez vinieran siguiéndolo desde mucho antes. El caballero confiaba en que no habrían de -270- atacarlo a la luz del día y con testigos, mas las calles estaban desiertas y la lluvia dejaba caer sobre la villa un denso velo de penumbra. Al torcer desde la iglesia de San Justo hacia la plazuela del Cordón apresuró el paso. Faltábale poco para llegar. Sólo necesitaba atravesar la plazuela, llegarse a la puerta de la casa de su prima, golpear con fuerza el aldabón y esperar que los criados bajaran a abrirle. Entonces se sentiría a salvo. Sólo entonces.

La distancia era corta, mas a don Alonso parecíale que nunca habría de cubrirla. Sentía que la respiración de los tres hombres (había ya adivinado, por sus pasos, el número de sus perseguidores) golpeaba, con su vaho caliente y húmedo, la parte de su cuello que quedaba al descubierto. En medio de la plazuela, se volvió de pronto. Los tres hombres se detuvieron también. Dos de ellos empuñaban ya las espadas desnudas y el tercero blandía un garrote de proporciones descomunales. Los tres se repecharon, y el diplomático aprovechó su sorpresa para desenvainar. En medio de la lluvia, se inició la riña. El caballero gritaba ayuda al tiempo que paraba, con fortuna, las feroces cuchilladas que los matones le enviaban. Desde una de las ventanas que se abrieron a la lluvia llegó la voz de un hombre que preguntaba a gritos qué estaba pasando abajo, en la plazuela. Le respondió una jovencita que estaban matando a un hombre y que llamara a la justicia. Todo lo escuchaba don Alonso como entre sueños, puestos sus cinco sentidos en la reyerta y tratando de detener garrotazos y cuchilladas. De pronto, todo se derrumbó. Sintió un fuerte dolor en la nuca, los gritos de las mujeres que, desde sus ventanas, llamaban a la justicia y unos pasos que corrían apresuradamente hacia alguna parte que él desconocía, tal vez hacia la plazuela de la villa. Cayó de espaldas al suelo el caballero y volvió a golpearse la cabeza. Bajo la lluvia, antes de cerrar sus ojos, don Alonso sintió por vez primera la mirada escrutadora y fría de Putaparió. Aquel rostro sucio y sin afeitar parecía hecho de tierra, y sólo en sus ojos, pozos oscuros como la noche, se adivinaba la vida. Don Alonso no conocía aún a quien se había asomado a su mirada. Nunca habría de olvidar aquel rostro, sin embargo.

Capítulo XXIII

Las puras aguas de limar gozando

Cuando el 25 de agosto de 1689, día de san Luis rey de Francia, llegó a la Ciudad de los Reyes don Andrés Espinosa de los Monteros y la Riva, miembro del protomedicato de Arequipa, la garúa caía con pausa, embarrando los techos planos de sus casonas. Cabe las murallas de la ciudad, las humildes higuerillas se esforzaban en su lucha por la supervivencia. Putillas y guardacaballos revoloteaban entre sus ramas y los gallinazos escondían sus cabezas bajo sus alas en la cima del arco de Luis Martínez para protegerse de las humedades de la mañana. Las carrozas pintadas de las beatas madrugadoras salpicaban las capas y los calzones de quienes se aventuraban a pie por las calles embarradas, y los perros callejeros, con las mataduras mojadas, arrimábanse a las paredes de las casonas por mor de encontrar en ellas el calor que bajo la garúa les faltaba. Traíase el facultativo una mula parda y empinada, de orejas gachas y mirar esquivo, la que comprara en la misma Arequipa cuando la abandonó, y un caballejo bayo sobre el que le soplaban los mismos aires que a un Carlomagno. Cargaba en la primera dos petacas ajustadas con una cincha, matalotaje más bien escaso que comprendía la muda de dos trajes, tres camisas, paños de tafetán colorado, pocos libros (los necesarios), pañuelos de hilo, sus lancetas y otros instrumentos de físico, muchos papeles, medias calzas para el uso de todos los días y unas bolsas preñadas de peluconas de las que no se habría apartado por nada de este mundo. En ellas tenía puestas sus esperanzas.

Decíase en Arequipa que era don Andrés un hombre rico y que en su casa guardaba, producto de muchas punzadas, jeringazos y lavativas, un verdadero tesoro en monedas de oro y plata. Sus propios amigos teníanlo por tal, y hasta don Alonso López de Verona, que pasaba a ojos de un pobre hidalgo norteño como don Íñigo Ortiz de Cellorigo por un Guzmán de Andalucía, reconocía tener motivos más que sobrados para envidiar su fortuna. Solterón empedernido y nada amigo de lances y de aventuras amorosas, don Andrés era, además, parco en el comer, ajustado en el beber y discreto en todo, que, aunque vestía con una elegancia más que mediada y hacía gasto diario de lanillas y terciopelos en sus jubones, hacíalos a estos durar tanto y de tal manera que su sastre más iba a verlo porque le recetara jarabes de hierbas para sus empachos de morcilla que por tomar las medidas a sus calzones. Y, así, con pocos gastos -272- y abundantes ingresos, medraba el galeno, que otros muchos de su oficio se veían en estos reinos cargados de hijos y obligaciones y forzados por sus mujeres a ocultar roturas y cuchilladas en sus ropas so capa de dignidad. Acompañábalo un indiecillo joven que llevaba muchos años a su servicio y

al que el médico había criado como a su hijo desde que lo recogiera de una colla del Titicaca que muriera en sus manos a los pocos días de parirlo. Llamábase Juan el indiecillo, que es en todas partes nombre socorrido, y durante los años de su infancia, hasta los quince bien cumplidos, no conoció más obligaciones para con su protector que comer a sus anchas y a dos carrillos, subir a los árboles cargados de frutas, jugar en los jardines y plazuelas, cazar pajarillos en los arcabucos y huertas del Chili, correr por los pasillos de la casa y, en la noche, a la luz de un candil, recitar de corrido a don Andrés las lecciones de doctrina cristiana a las que su edad le obligaba, aprendidas en un catecismo ajado del padre Astete. Don Andrés paladeaba entonces una copita de cordial, apuraba un cigarro y, observando cómo flotaban en la estancia las volutas de humo hasta perderse en los rincones oscuros, admiraba los avances de su pupilo y se regocijaba en su fuero interno por haberlo tomado bajo su protección. «Hay muchos como él que se perderán en las minas», se lamentaba. Algunos afirmaban que era su hijo y que, tras una crianza tan regalada, habíalo puesto a su servicio por acallar las voces de las damas mistianas, famosas por sus chismes y cotorreos. El muchacho sólo miraba por su amo y atendía sus menores deseos, que éste era otro de los motivos de envidia que, ante el galeno, podían exhibir no pocos de sus vecinos. Juanillo, puesto sobre el matalotaje que la mula cargaba, con los pies para afuera y clavándole sus calcañares en las ancas, andaba ya por los veinte años y tenía las carnes magras y bien dispuestas, la estatura mediana y unos ojos negros que, aunque rasgados, miraban siempre de frente y con nobleza. Guardaba el secreto deseo de ser médico y, como era de natural despierto y aprendía sin dificultad, jamás perdía la esperanza de alcanzarlo. Con una varita corta en sus manos enderezaba los pasos del animal entre los barros, pegándole quedo en las orejas. Hacían ambos una hermosa estampa de viajeros cuando, viniendo por la calle de Mantas, hicieron su ingreso en la plaza Mayor y se metieron de lleno en el Gato, junto a la fuente, entre cholas huertanas y negras mandingas, de las que iban a hacer las compras en la mañana. En las torres de la catedral daban las nueve.

Antes de entrar en Lima, habían pasado unos días en Lurín disfrutando de la frescura de sus huertas y de la compañía de un antiguo amigo de don Andrés que, metido a chacarero en los últimos años de su vida, habíase ya olvidado de que en otro tiempo fuera un cortesano de campanillas. «Entonces -273- Lima era», decía éste en sus ratos de nostalgia, que le venía por rachas y volvía a irse como la paraca de los arenales, «como la cantara Pedro de Oña, ciudad de soberbia, fausto y pompa, mas hoy, tan amenazada por piratas y terremotos, más vale que nos alejemos de sus cantos de sirena y que, en la soledad de estos campos, gocemos de la paz que el señor, tan generoso, nos entrega». Durante los tres días que anduvieron juntos no hablaron de las razones que don Andrés tuviera para alejarse de Arequipa, y sólo al tercero, cuando Juan, con otros chicos de su edad que vivían en la finca, anunció que quería irse hasta la playa de Conchán por ver si traía algún pescado para la cena, el chacarero arrastró de un brazo a su amigo hasta un cuartito de aperos anejo a la casa y le preguntó de frente, sin que mediaran motivos para ello, por las razones de su huida.

-¿Y quién te dice que estoy huyendo? -preguntó, a su vez, el facultativo.
-Tu mirada. Te conozco hace más de veinte años.
-Hace casi diez que no me ves.
-A nuestra edad, nadie cambia lo suficiente. Cuenta si quieres y, si no, no te preocupes, que no he de forzarte.
Don Andrés le contó a su amigo las razones que creía tener para alejarse de la ciudad del Misti. El chacarero escuchó su historia hasta el final sin interrumpirle y, al anochecer, cuando las criadas levantaron los manteles sobre los que, en compañía de doña Mencía, su mujer, y sus dos hijos solteros, dos mozallones robustos que gustaban más de las tareas del campo que de las exigencias académicas de la Universidad de San Marcos, habían despachado un cabrito asado, un azumbre de tinto y una canastilla de chirimoyas, pidió permiso a sus familiares y se llevó a su amigo por el pasillo de la casa hasta una puerta que, una vez abierta, daba paso a su oficina. Dos estantes largos y altos de madera rústica cubrían las paredes de libros en cuarto. Sobre una mesa grande forrada de cuero y tachonada de clavos descansaban otros y, junto al tintero, unos papeles emborronados denunciaban la afición de quien había huido de la corte por gozar a sus anchas de la paz que el campo le brindaba. El anfitrión encendió la vela que descansaba sobre la mesa. Don Andrés tomó asiento en una banqueta cabe la mesa de aquel despacho.
-Tú dirás, Álvaro.
-Ninguna tierra es mejor ni más engañosa que la que ahora pisamos -comenzó a decir éste-, y bien lo sabes tú, que eres médico y que conoces los
-274- efectos del clima cálido y sin variaciones sobre el temple de los hombres y sus humores. La bondad del clima nos hace blandos, y, ya en los tiempos de don Felipe II, viose este rey obligado a prohibir el uso de coches y de carrozas en las Indias porque no olvidaran los españoles el ejercicio de la caballería, que tanto vale como el ejercicio de las armas, que todo es uno. Estas muy sabias medidas se olvidaron, y hoy van las cosas de tan mala manera que no hay ganapán crecido en estas tierras que no use de más boatos y protocolos que el emperador de la China, que, en tentando su bolsa repleta de peluconas, quien más, quien menos, dase de repente a presumir de linajudo y a levantar hasta las nubes la prosapia de sus abuelos. Tenemos más godos en media cuarta de tierra peruana que reyes pudieran criar las Asturias en los siglos pasados. De ello se deduce que en tierras como ésta nuestra soberbia española se acrecienta y que, como quienes créense grandes no habrán de hacer el trabajo de los chicos, que es el único que sustenta a las repúblicas, día ha de llegar en el que, pese a las riquezas de que disfrutan estas tierras por su naturaleza, todos abundemos en necesidades, carencias y hambres.
-Sigo atento tu discurso, pero no entiendo -le interrumpió don Andrés.
-Confieso que no es muy claro, pero a alguna parte quería llegar por este camino. ¡Ah! ¡Ya sé! Lo que quería decir es que el clima de Indias, especialmente el limeño, por no estar batido por tantos y tan encontrados vientos como el de España, cría humores malignos que afectan nuestro entendimiento y que, por esta causa, damos en tomar como verdadero todo aquello que, a ojos de los cuerdos, es notoriamente falso y que, así, vivimos las más de las veces de lo que imaginamos, que no es poca cosa, y que, dejándonos arrastrar por la fantasía...

-Pienso, Álvaro, que tu camino está torcido -volvió a cortar su discurso el médico, aludiendo esta vez a la confusión de ideas que lo zabucaba.

-Me olvidaré del clima. Sólo te diré que en mucho debe de haber obrado la fantasía en tu caso y que yo no me preocuparía demasiado de lo que viste, que don Martín hace muchos años que nos dejara y, aunque no faltan malsines que dicen haberlo visto por doquier y hasta hay quienes achacan a su fantasma cuantos crímenes se cometen en estas tierras, está muerto y bien muerto, que del lecho en el que duerme no hay quien pueda levantarse por su propio pie.

-Yo lo he visto en Arequipa, te lo aseguro.

-Conozco a quienes aseguran haberlo visto en Huánuco y hasta en Buenos Aires. En cierta ocasión me contaron que el mismo día en el que un -275- caballero principal de Lima lo veía en Cuzco, otro se topaba con él en el camino de Moche a escasas leguas de Trujillo.

-Uno de los dos podría estar equivocado.

-O los dos. Tú dices que lo viste una noche y que aquello te pareció producto de tu fantasía. Llevas razón. Me aseguras después que, al día siguiente, a plena luz del día, estando cuerdo y sin haber bebido, lo volviste a ver en una calle de Arequipa y que te siguió profiriendo amenazas y que, cuando le hiciste frente, se esfumó en el aire como una aparición. ¿No hubo testigos de este último hecho?

-Sí, los hubo.

-¿Y qué dijeron?

-Que ellos no habían visto a nadie y que les extrañaba que un hombre tan puesto en razón diera de gritos enmedio de la calle sin que le amenazara ningún peligro.

-De eso precisamente te estoy hablando. Reconoce que ambas apariciones fueron muy misteriosas, especialmente la primera, que más parece escena de teatro que de la vida real. Hay un auto sacramental... Mas no hablemos ahora de teatro. Debió de ser tu fantasía la que te jugó tan mala pasada después de tantos años.

-Pero no encuentro motivos para ello.

-Yo que tú me olvidaría y volvería sobre mis pasos.

-A Arequipa no vuelvo. Allí me espera -en el tono de voz de don Andrés apreciábase el terror.

-Pero, si es un fantasma, igual podrá esperarte en Lima.

-Tal vez no.

-¿Y por qué no habría de hacerlo?

-Lo ignoro. Te confieso que estoy confundido y que, aunque no he sido jamás cobarde, tengo ahora un miedo cerval...

-... que alimenta tu fantasía -le interrumpió su amigo.

-Es posible. He abandonado cuanto tenía: casa, hospital y una más que medrada posición...

-276-

-Por nada, probablemente.

-No lo sé, pero te aseguro que ahora estoy más tranquilo. En Lima no habré de verlo.

-Pero si fue en Lima...

-Es una corazonada. Siguiendo esta corazonada, he abandonado a mis amigos sin despedirme de ellos. Ahora deben de imaginar que he enloquecido y se

estarán preguntando por mi paradero. Lo mejor será que no sepan de mí en mucho tiempo. Confío en que nada les digas y espero que cumplas la palabra que me diste en la mañana.

-Soy un caballero, y no se ha de abrir mi boca para denunciar tu escondite.

-¿Escondite?

-¿De qué otro modo llamaré al lugar en el que vivas de ahora en adelante? ¿Crees que el fantasma de don Martín no habrá de dar con él? Lo llevas contigo. No te reconozco, amigo mío. Tú que siempre te habías reído de estas historias...

-Ya ves que no soy el mismo.

-Recobrarás la cordura.

-No estoy loco.

-Lo pareces.

-Bueno, dejémoslo en ese punto -dijo don Andrés y dio por concluida la entrevista.

-Como quieras. Tú sabes que, si alguna vez me necesitas, aquí me encontrarás. No has de caminar largo para encontrarme.

-Lo sé y te lo agradezco. ¡Oh Dios mío! -gritó el galeno, de pronto, sin poder contenerse- ¿Qué me ha ocurrido? ¿Por qué no puedo fijar mis ideas? ¿Por qué se agita mi pecho al pensar en estas cosas? -y se puso a llorar.

-Cálmate -su amigo se levantó y le pasó el brazo derecho por el hombro.

Mientras atravesaban el Gato, don Andrés rumiaba, arrepentido, las últimas palabras de la entrevista con su amigo. Pasando el portal de Botoneros, la mula en la que Juanito montaba con tanta galanura a punto estuvo de desbocarse -277- al verse azotada por un mataperro de pocos años que, como había aparecido de entre los tenderetes de las vendedoras de fruta, desapareció entre ellos, sin que ninguno de los dos acertara a tomar sus señas, que de éstas ninguna quedaba sino su pequeña estatura. Subieron por la calle de los Judíos y torcieron por la de la Carrera hacia la de Guadalupe, pues en la calle de la Buenaventura, frente a la ermita, encontrábase el destino final de los viajeros. En esta corta calle, que desembocaba en el campo, muy cerca de las murallas, abundaban los gallinazos, que, al amparo de una bien surtida chacarilla de frutales que se llegaba hasta los muros mismos del convento de monjas de Santa Catalina, iban y venían por sus acequias, empinábanse hasta las torres de las iglesias y estaban en todo atentos a que las criadas arrojaran en los corrales la sangraza y las vísceras de los carneros que sus amos apañaban en sus mesas de banquete. Al fin dieron con una casa de un solo piso, bien enjalbegada, con dos ventanas a la calle y un portalón de madera gruesa pintada de un verde sucio que dejaba descolgar una aldaba de bronce para que la tocaran las visitas. Juanito descabalgó de su acémila y se acercó a la puerta, golpeó tres veces la aldaba y esperó. La ermita de la Virgen de Guadalupe estaba abierta, y a ella acudían, trotando por la calle desde la de Huérfanos, algunas beatas viejas con sus libros de devoción y sus mantillas negras echadas en la cabeza. Una de ellas se los quedó mirando con curiosidad y, al cabo, moviendo con un gesto de desconcierto la cabeza, reanudó la marcha, que por su culpa había interrumpido, hacia la ermita. Juan no esperó mucho tiempo para que le abriera la puerta una negra grande y sucia que, con una vara sacudidora de colchones en la mano

derecha, empuñándola a manera de rebenque, era la viva imagen de una carantamaula de procesión.

-¿Qué venís abuscando por esta casa, seor Quispejo? -le espetó de frente y sin preámbulos la tarasca.

-Dígale vuesa merced a su amo -respondió, con educación, el indiecillo- que en la puerta lo espera don Andrés Espinosa de los Monteros, amigo suyo, quien ha hecho un largo viaje desde Arequipa y está cansado.

La negra levantó la vista y, al ver a don Andrés, que aún se mantenía sobre su caballejo, entrose a la casa, cerrando la puerta y dejando a los viajeros como al principio. La garúa seguía cayendo y los gallinazos volaban hacia Cocharcas, planeando con elegancia sobre el noviciado y la huerta de los padres jesuitas. La puerta de Guadalupe estaba a esa hora todavía cerrada, y no pocos indios se amontonaban en ella esperando que la abrieran para salir a sus trabajos en las chacras que rodeaban la ciudad. Estaban algunos de ellos -278- acuclillados y los menos, de pie, con sus azadas descansando en el suelo. Los guardias de la suica portaban unas enormes partesanas con las que se hacían respetar por sus congéneres, que, en ese momento, ya empezaban a inquietarse y a murmurar por los bajines. Desde hacía más de una semana y por órdenes del cabildo, que así lo había dispuesto en ausencia del virrey, según les contó más tarde el amigo de don Andrés, esta puerta de Guadalupe, que daba al temido callejón de Matamandinga, sólo se abría cuando la mañana estaba ya bien entrada, aunque nadie acertaba con las razones de estas medidas, ya que no ocurría lo mismo con las demás puertas de la ciudad. La guardia nativa de la suica había sido reforzada con una compañía de alabarderos españoles. Al parecer, se temía el acoso de los piratas, y se esperaba por esta razón con impaciencia la llegada de don Melchor Portocarrero, conde de la Monclova, que sustituía como virrey al duque de la Palata.

-Hasta entonces, como siempre, reinará la inquietud y serán tantos los desórdenes que nadie podrá salir a la calle sin exponer su salud -contole a don Andrés su buen amigo, quien, tras haberlo recibido en la puerta, lo introdujo en su casa y lo llevó hasta la cocina, donde, en ese momento, borboteaba en la lumbre una cazuela-. ¿Me acompañarás en el almuerzo?

-Con gusto -le respondió el galeno.

Se volvieron a abrazar después de diez años de no verse, y Andrés Espinosa de los Monteros se sintió en aquella casa como en la suya.

-Ésta es la única pieza de la casa en la que se puede estar en este tiempo. Las habitaciones las abro en la noche, que, por no ocuparlas más que a esas horas, quedan mejor guardadas de la humedad.

La cocina daba a un patiecillo en cuyo centro se levantaban unos macizos de geranios rodeando el tronco de un jacarandá muy alto. El suelo estaba salpicado de florecillas moradas. Juanito y la negra estaban en la pieza que para sus huéspedes tenía dispuesta el anfitrión, pues, según dijera, no había mucho espacio en aquella casa, por lo que ambos se verían obligados a dormir en la misma alcoba. Los dos amigos conversaron de los tiempos que pasaran juntos en un mesón de la calle Matajudíos, cuando llegaron en el mismo velero desde España. Felipe Úbeda, talabartero de los buenos, habíase visto obligado a mudar su oficio por el de cerero, de cuyo gremio había sido alcalde y ahora era veedor, con fábrica y tienda en la calle de Olaortúa próximas al hospital para mareantes, entre los que

siempre encontraba a sus mejores y más fieles compradores.

-279-

-Yo ya soy casi un hombre de mar -le contaba con gracia a su amigo-, pues velas vendo y quienes con velas vienen velas me compran.

El médico y su criado pasaron con Felipe cerca de un mes y, a su término, don Andrés alquiló una casita de dos pisos en Pilitricas, frontera al mesón en el que pasara los primeros meses de su vida en Lima cuando llegó de España. Al mudarse, Felipe, que enviudara muchos años antes y cuyos hijos hacía ya varios que vivían lejos de él dedicados a sus asuntos y sus familias, veníase a diario a visitarlos y, como le cogía de paso hacia su casa, al decir del cerero, cerraba su tienda, se llegaba a la de un confitero de su calle, compraba bollitos de manteca, peladillas, confites, hojaldres, buñuelos u otras golosinas y se venía con ellas hasta Pilitricas, que siempre iban bien con el chocolate al que don Andrés, tan aficionado, lo invitaba. A veces, los acompañaba Juan, y, como el médico vivía como abandonado a su suerte y no ejercía su profesión, esperaba aquellas gratas veladas con impaciencia para matar de este modo el gusanillo del aburrimiento. La casita era limpia y bien dispuesta y, aunque pequeña y pobre, había sido decorada con tan buen gusto que Felipe sentíase en ella como en el palacio del virrey. Los amigos desgastaban su memoria en reconstruir los mejores momentos de su pasado. Algo, empero, venía dándole vueltas desde hacía tiempo a Felipe en su molondra. Hasta que, por fin, lo soltó.

-Quería preguntarte -le dijo una tarde, a casi diez meses de la mudanza- por qué te viniste de Arequipa, pues entiendo que en aquel lugar habías colmado tus ambiciones.

-Algún día te contaré -le respondió el facultativo.

Nunca más volvieron a hablar del asunto, pero Felipe notaba que en su amigo se producían a veces unos cambios de humor bastante curiosos. Unos días antes de la Navidad, las calles de la ciudad parecían hervir bajo los calores de diciembre. El cerero, que, pese al verano, veía cómo se incrementaban las ventas en esa temporada y hubo de quedarse más tiempo del calculado atendiendo el pedido de una señorona de la calle de la Amargura, pariente lejana de los condes de San Carlos, cerró tarde su establecimiento y, con los confites de siempre, llegose hasta la casa de su amigo. Cuando ingresó a la salita, lo vio paseándola de arriba abajo con ambas manos recogidas a la espalda, con la barbilla hundida en el pecho y dando tales zancadas y tan rápidas que Felipe, pese a no ser excesivamente perspicaz, dio en pensar que algo -y muy grave estaba pasando en ese momento por la cabeza del buen galeno. Juan habíalo hecho pasar al estrado sin dar primero aviso a su amo (tal vez lo hizo por
-280- descuido, o por la confianza, que era mucha), y éste, al parecer, nada sabía de su visita. El cerero lo estuvo mirando con asombro durante cinco minutos, y lo que más le sorprendió fue que, aun cuando lo miraba al pasar a su lado, ninguna señal hacía de verlo y que sus ojos tenían el brillo de las ascuas de un brasero. Había en su rostro un rictus de dolor y desesperación que jamás antes le había visto, y las rápidas zancadas que daba de arriba abajo por el cuarto sin atender a su presencia más le parecieron los pasos feroces de un animal enjaulado que los de un hombre en sus cabales. Sólo se calmó cuando, vuelto el indiecillo sobre sus

pasos, le tocó en el hombro y le anunció la presencia de su amigo.

Tomaron, como cada tarde, chocolate y, como para desmentir las sospechas que se abrían paso en la cholla de su amigo, don Andrés estuvo aquella noche más ocurrente que nunca, que jamás antes lo había visto con mejor ánimo el buen cerero.

No habían aún pasado dos semanas de este incidente, cuando un día vínose don Andrés hasta su tienda muy agitado, se sentó en el banco reservado a los clientes de confianza y, más calmado, esperó a que su amigo despachara a una mestiza a la que atendía. Pese al calor, que era intenso, don Andrés tenía puesto un jubón muy viejo de paño negro y parecía temblar de frío de pies a cabeza. Salió la fámula con su recado de pabilos, llegaron más clientes, la tienda se llenó, y Felipe no pudo atender a su amigo como hubiese querido por hallarse en ese momento despachando solo, que el oficial y los dos ayudantes con los que contaba hallábanse en la trastienda preparando una mercadería urgente que el cerero esperaba despachar aquel mismo día con unos arrieros hacia Trujillo. En todo este tiempo, don Andrés tenía las vistas perdidas en el techo y, de vez en cuando, hacía tales muecas y visajes que movían a compasión a cuantos lo observaban. En más de una ocasión creyó Felipe que rompería a llorar y el buen hombre ya estaba pensando en adelantar el cierre de su tienda por atender con libertad los requerimientos de su amigo, cuando descubrió que había desaparecido sin despedirse. Salió a la puerta, examinó la calle de arriba abajo, llamó a uno de sus oficiales para que atendiera el establecimiento en su ausencia y se dispuso a buscarlo por la ciudad.

Celebrábanse entonces grandes festejos en honor del nuevo virrey, que, si bien habían pasado ya varios meses desde su llegada, aún quedaban, a costas del cabildo, unos juegos de cañas muy lucidos, una corrida de toros, los bailes de los negros chacareros y unas veladas en la universidad, donde los más adelantados entre los estudiantes habrían de demostrar ante el nuevo representante de su majestad don Carlos su habilidad de dialécticos y canonistas. Habían acudido de los pueblos cercanos muchos visitantes y no faltaban quienes, por -281- gozar de los festejos, habíanse desplazado hasta Lima desde Quito y hasta desde Buenos Aires. Un inmenso gentío cubría todas las calles y, hasta más allá de las murallas de la ciudad, en las chacras y en las alamedas que sombreaban las orillas del Rímac, podían verse caras nuevas deseosas de pasar los días «las puras aguas de Limar gozando», como lo escribiera (y describiera) el más grande de los mancos en su Canto de Caliope. Llevaban a estos lugares cazuelas llenas de las viandas más diversas y damajuanas de vino de lea y Surco que despachaban entre cantos y bailes, sonidos de chirimías y música de guitarrillas y de vihuelas. Unos negros libertos, pescadores de los Chorrillos y chacareros de los campos del Agustino, habíanse juntado entre sí y con un cajón a manera de tambor armaban en una pampilla cercana a la puerta de Barbones una trifulca de las de aúpa. Sumaban como cincuenta los hombres y mujeres de rompe y raja. Las cofrades jacarandinas meneaban con tales artes el coramvobis que, en levantándose las enaguas, no había coime al que no hubiera que pedirle a gritos «¡Vosted envaine!». El griterío era tremendo, y Felipe se alejó con prudencia del lugar, pues no estaba entonces la Magdalena para tafetanes. Guiándose por su instinto, visitó todas las cuadrillas de malandrines y de

viajeros (que en poco se diferenciaban, tal era el deseo que a todos arrastraba) y, al anochecer, con los ánimos en los pies y desesperando de hallar a su amigo, dio con su cuerpo en Pilitricas en los muros de una de cuyas casas, junto a la puerta de la suya, vio a don Andrés recostado y como sin vida. Hasta allí había llegado por sus propias fuerzas, y el cerero no sabía desde cuándo estaría en aquella condición de desmayado. Llamó dando de gritos a Juan, y el indio bajó las escaleras como un cohete para encontrarse de manos a boca con el espectáculo de su amo desmadejado en los brazos de su amigo. Subiéronle entre los dos (que harto trabajo tuvieron en hacerlo por las estrechas escaleras de aquella casa), lo acostaron y, tras una copita de cordial, que la bebió como entre sueños, volvió en sí el facultativo, miró a los dos y, sonriéndose con la cara beatífica de un arcángel agradecido, terminó por dormirse. Felipe, que, por buscar con sobresaltos, había desgastado sus genios, seguro ya de que su amigo se encontraba en las mejores manos, fuese a su casa a descansar y, al día siguiente muy de mañana, se acercó a la del médico a preguntar por su salud. Le abrió Juanillo y le hizo pasar, y, en la cocina, se encontró con un don Andrés totalmente repuesto, de excelente humor, que le invitó a que pasara con él unos momentos y tomaran juntos una colación de un caldo de choros que, en sus palabras, «podía resucitar a un muerto». Felipe se dio cuenta de que no recordaba lo del día anterior (así también se lo hizo saber Juan) y, como era prudente y más bien corto, decidió dejar el asunto para una ocasión más propicia. Se -282- despidió y, a la tarde, volvió con sus bollitos de manteca para agregarlos a la merienda de chocolate de don Andrés.

Así fueron pasando los días, y don Andrés parecía repuesto de sus achaques. A veces, sin embargo, cuando, tras una buena jícara de chocolate con bollos, pegaban la hebra o se echaban ambos una partida de naipes por apostar unas blancas a la polla, el médico quedábase como ensimismado y con la mirada perdida, trance del que salía apenas su amigo hacía el menor avance hacia el triunfo de las manos que se traía. Pasaron los meses y volvieron las garúas y con ellas también volvieron las mañanas neblinosas y sin colorido, las acequias azolvadas, los traspiés de las mulatas en las calles que suben hacia Maravillas, los barros y las frías humedades que calan hasta los huesos. Eran ya las vísperas de san Juan cuando el indiecillo, que hasta entonces había gozado de una salud envidiable y que, a sus veinte años, no había conocido jamás ni un estornudo, cayó en la cama con un romadizo y de ella nunca más volvió a levantarse por sus propios pies. No bastaron los pañitos de mostaza y las cataplasmas que don Andrés le recetara, ni los lancetazos que le aplicara en las partes más inflamadas, ni los rezos de la negra de Felipe, que, con el tiempo, había llegado a congeniar con el seor Quispejo, como ella lo llamaba, y que gastó una gran parte de su tiempo en llegarse hasta la iglesia de la Merced a poner velas encendidas en el altar de la Virgen. Tampoco bastaron las oraciones del Justo Juez, ni las de la Virgen de la Bola, tan eficaces en otros casos, y Juanillo se fue de esta vida contento de no sufrirla, pero triste por dejar en ella y sin remedio a su amo en las condiciones en que se hallaba. «Malos han de ser los días que se sucedan», decíale a Felipe cinco días antes de morir, vísperas de santa María Magdalena, «y no ha de haber sino vuesa merced para cuidarlo». Felipe le prometió que lo

cuidaría, y, con esta promesa, el indiecillo se marchó de esta vida más contento que unas pascuas a las nueve de la mañana del día de santa Ana, madre de la Virgen.

La muerte de su Juan cambió todavía más el temperamento del galeno. Hízose más taciturno y, con frecuencia, caía en tales estados de melancolía que Felipe y su negraza se las veían y deseaban para arrancarlo de sus garras.

Si hasta entonces había tenido sus puntas de descreído y escapaba de novenas y procesiones, hízose beato y no había triduo ni novena que se rezaran en las iglesias de Lima, ni aun en las ermitas de Guadalupe y Monserrate, a los que no acudiera. La negra de Felipe veníase a su casa cada mañana por atender sus necesidades y, ya en la tarde, después del chocolate, que nunca faltaba, volvíase a la de la calle Buenaventura en compañía de su amo. Cocinaba para ambos, pues el cerero, por mejor atender a su cuidado, hacía en casa de don Andrés sus -283- colaciones, que, además, veníale más cerca que la suya. Cierta noche de octubre, cuando ya habían pasado casi tres meses de la muerte de su criado, el médico le contó a Felipe la historia de Madre Sacramento y tanto y con tales palabras alabó las virtudes de la monja que al buen cerero, que, por su natural, era simple y de muy buenos sentimientos, le corrían las lágrimas por las mejillas como a un niño de la doctrina. En otra ocasión, unas semanas más tarde, le habló de don Martín, al que el cerero sí había conocido y al que tenía, como tantos por entonces lo tenían en Lima, por un demonio que, al anochecer y sediento de sangre, salía por calles y descampados a hacer de las suyas. Don Andrés le contó cómo aquel caballero había muerto en sus manos traspasado de cuchilladas y que, por no poder sufrir de él sus maldiciones y amenazas, lo dejó morir, que estaba más que seguro de que, de haberlo querido, aún estaría vivo.

-¿Te das cuenta -gritaba con los ojos desorbitados- de que fui yo quien lo mató? Ahora estoy pagando por el crimen que cometí. No pasa día sin que se me aparezca y me amenace, que bien sé que no podré escapar de sus garras y que no bastan a lograrlo las lágrimas que hasta ahora he derramado. Tampoco mis rezos, ni los favores que espero de Madre Sacramento, que, con ser muchos, aún más fuerte ha de ser la malignidad de este don Martín ayudado por todas las fuerzas del infierno. ¡Ay de mí!

Felipe trataba de consolarlo y, en su ingenuidad, citaba con libertad los evangelios, entresacando pasajes de los sermones por él escuchados en los púlpitos de las iglesias. «Las puertas del infierno no han de prevalecer contra ella», decía, por ejemplo, sin saber muy bien a qué se estaba refiriendo en ese momento. «Los santos», repetía también, «son más fuertes que los demonios, y, si la santa de la que me has hablado y que has conocido ha sido amiga tuya en esta vida, más ha de serlo en la otra, que en aquélla las virtudes se acentúan y se hacen, como quien dice, mejores y más claras, que en esto también existe mucha diferencia». No bastaban, empero, los consuelos de su amigo y, como al rato, volvía don Andrés a las andadas y se ponía a referir al buen cerero, como para convencerlo, la historia de don Martín.

-Era este caballero -decía aquella noche- de las mejores y más claras familias castellanas, emparentado con los Zúñiga y los Velasco y tan rico que pocos se han visto en el Perú que pudieran usar de mayores lujos, pues ni aun los mineros más ricos de Potosí podían comparársele. Dotado de una

inteligencia poco frecuente, habíase formado con los mejores maestros y lumbreras y dominaba por igual las letras humanas y las divinas, que tanto podía disertar en -284- latín como en francés, y en nuestra lengua pocos le aventajaban en el uso elegante de la misma. A estas dotes extraordinarias añadía su bello porte, su estatura elevada, su fuerza hercúlea, la limpieza y proporciones de su rostro y un valor del que daba pruebas de continuo. Hase dicho de él que hombre tan perfecto jamás llegara a Indias desde que Gonzalo Pizarro pasara a estas tierras, mas, en tantas prendas no se solazan los dioses sin poner en ellas algo de maldad, que bien se ha dicho también que son las plantas más bellas las más ponzoñosas, y yo, después de conocer a don Martín, lo aseguro delante de quien quisiere contradecirme.

-Algún defecto físico tendría -interrumpió en este punto Felipe a su amigo-, pues, si mal no recuerdo, aunque estuve sólo dos veces en su presencia, su mirada, que, lo confieso, me impresionó, estorbaba los pensamientos ajenos y en sus ojos había como un torcimiento que lo hacía a los míos un poco bizco.

-Así es -continuó don Andrés-, que era su mirada atravesada y en ella se echaba de ver que escondía malas intenciones para todos. Tenía una palidez extrema y nunca nadie le vio salir de día de su casa, que hasta que caía el sol, él, como los murciélagos, se la pasaba encerrado. Algunos que conocí hace años aseguraban que era nictálope y que, en esto, se asemejaba a los gatos, de quienes se dice que pueden ver en la oscuridad mucho mejor que a la luz del día.

-Alguno he conocido yo que lo parecía.

-Yo, sólo a don Martín, para mi desgracia. Lo conocí cuando tú y yo nos separamos, conseguí el trabajo en el hospital de navegantes a cuyos pacientes tú surtes de velas para sus devociones y me enamoré, como recuerdas, de la hermosa hija de aquel escribano que terminó por deudas en los calabozos de la justicia y que, desesperado, dejó este mundo colgándose de un madero que a modo de viga cruzaba su celda. Yo era por entonces el hombre más feliz del mundo y, a no ser porque mi amante, tras lo ocurrido con su padre, diera en hundirse en la locura y terminara por perder por completo la razón, que no debía tener mucha cuando la perdió tan presto, seguiría siéndolo hasta la fecha.

-Casado y con muchos hijos, como yo los tuve.

-Así es, pero la divina providencia no lo quiso, y, por mis pecados, di aquellos días en tornarme taciturno y esquivo, en decir balandronadas y hasta en blasfemar, que a punto estuve de tener algún disgusto con los del Santo Oficio, que era ya fama en todo Lima que el doctor Espinosa se las daba de -285- ateo y descreído. Por aquel tiempo, del que hace casi veinte años, perdía mis noches en las tabernas y me entregaba frenético a los placeres del vino, en el que ahogaba, más que mi rabia, mi impotencia. Yo veía cómo mi amante adelgazaba ante mis ojos y enloquecía. Hubo un momento en que no me reconoció cuando fui a verla, y entonces puse fin al compromiso, pues teníale dada palabra de matrimonio, aunque bien sabe Dios que ni entonces ni ahora se extinguió por completo la llama de mi amor, que hasta hoy es su rescoldo el que me mantiene con vida.

-Me acuerdo de aquellos días. Eras tú tan desgraciado...

-Como hoy.

-Tal vez menos, querido amigo -se enterneció Felipe.
-Siempre he pensado, aun en los días felices de Arequipa, que alguna vez habría de pagar las locuras de entonces, que loco fui en embarcarme en aquellas aventuras por las que hoy pago con creces. En una de ellas me encontré con don Martín, y ese encuentro me marcó para siempre. Recuerdo el lugar y el día en el que sucedió. Era miércoles de corvillos, ya de noche, y estábamos en una venta de Malambo, donde ningún parroquiano lucía rastros del memento homo y todos seguían al filo de las carnestolendas. Don Martín hallábase solo en una mesa, y, aunque no pocos de los presentes mostraban por la Cuaresma menos respeto que un Arráez, sentíase en el ambiente cierta atmósfera de extraña piedad, que no otro era, por entonces, el que dominaba en la ciudad entera. Tenía el tal don Martín, colgada de su pecho, una gruesa cadena de oro con su crucifijo de lo mismo, que invitaba a los ladrones, mas podía echarse de ver entre los humos y juramentos de la taberna que todos (y en especial las mozas que atendían su mesa) lo respetaban y temían, pues en sus ojos, como tú has observado muy bien, brillaba una chispa de locura y de maldad que detenía al más valiente. Yo estaba ebrio, aunque ahora pienso que estaba loco, y sin medir las consecuencias, me fui hasta él, le hice una a manera de zalema y me senté sin esperar a que me invitara. Todos enmudecieron de repente, y, aunque salí bien librado de aquel trance, aún recuerdo la mirada de odio y de desprecio que me lanzara el caballero, que, al punto y sin decir palabra, tomó su capa y, con las mismas, desapareció de nuestra vista y se perdió en la noche.
-Pudo haberte agredido.
-Me dijeron que eso lo hacía con harta frecuencia y que, por tal razón, nadie se atrevía jamás a sentarse a su mesa. Era tan cruel en sus manifestaciones de violencia que, en cierta ocasión y sin mediar palabra, tomó del pescuezo -286- a un pobre sastre que atravesaba cerca de la mesa en la que se hallaba sentado y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared, que, de no haber sido ésta de quincha y como fofa, quién sabe si no lo hubiese matado. Mi gesto no fue tomado por valiente, que, frente a él, los matasietes encogíanse como se encogen las gallinas cuando la raposa llega al corral. Había algo en este caballero que aterrorizaba, y se contaban tales cosas de su vida anterior que no cabe duda de que su fama de malvado estaba plenamente justificada.
-Ni la justicia osaba algo contra él, que tenía muy poderosos padrinos, además. ¿Cómo te atreviste a hacer semejante cosa? ¿No sabías lo que te podía ocurrir?
-Lo sabía; claro que lo sabía. En aquel tiempo, si no lo has olvidado, me gustaban las pruebas de valor y en ellas me ejercitaba. Sentía necesidad de hacerlo, quizá porque dudaba de mi valor. Provengo de una muy antigua familia castellana, y en las montañas de Burgos los Espinosa siempre fuimos tenidos por hombres de armas, profesión que, de no haber mediado mi cojera, habría abrazado con gusto, pues a ella se orientaba mi verdadera vocación. Lo hice conociendo el peligro al que me exponía, pero te confieso que no podía imaginar que un hombre pudiera esconder en su alma tanta maldad. Don Martín cultivaba su maldad con el mismo esmero que pone un santo al cultivar su virtud. Ejercía gran influencia en cuantos le rodeaban, y de él se desprendía un halo que a todos atraía. Era como un

imán, y, aunque los más lo temían, no podían evitar acercarse a él, sentirlo cerca.
-Es la atracción del demonio -dijo Felipe, supersticioso.
-Creo que en él había una consciente voluntad del mal. ¿Te acuerdas de la vez en la que se asoció con unos bandoleros para asaltar los convoyes que se aventuraban hacia el puerto del Callao? De aquel tiempo se cuentan las más espantosas crueldades y los crímenes más horrendos. Recuerdo bien el de aquella dama llegada de Valparaíso a la que violó en presencia de sus familiares, obligando a su esposo y a sus hijos a presenciar tal infamia, para, más tarde, cortarle los senos con un cuchillo romo de cocina que, a tal propósito, llevaba consigo.
-¿Y no te acuerdas -preguntó Felipe- del fraile franciscano caído en sus garras y sometido a las artes de bujarrón de sus compañeros más perversos?

-Pero hasta estos le temían. En la venta de la que te hablo, sus compinches sentábanse en otra mesa y vigilaban sus ojos como el devoto vigila la -287- mirada del santo o de la virgen a los que se encomienda. De aquella aventura salí con bien y te confieso que no tuve miedo sino al final. De hecho, lo que yo estaba buscando era acercarme a él, pues sobre mí ejercía aún mayor influencia que sobre los demás y era, aunque esto te parezca una blasfemia, su más devoto adorador. Sospechaba que don Martín poseía un poder que a los demás nos estaba negado y yo pretendía participar de él.
-¡Qué locura! -exclamó el cerero, horrorizado.
Don Andrés enmudeció. La jícara de chocolate de Felipe habíase enfriado sobre la mesa. No acompañó a su amigo cuando éste, serenado por la confesión, se dispuso a despachar con buen apetito los bollitos de manteca que el cerero habíase traído para completar la merienda. Cuando Felipe salió con la mandinga hacia su casa, caminó en silencio y siguió paso a paso la senda conocida hasta la calle de la Buenaventura, olvidado de los perros callejeros que asomaban sus frías narices por las esquinas en busca de las basuras y desperdicios que flotaban en los arroyos. Su pensamiento estaba lejos. También el cerero había conocido a don Martín. Al llegar a la puerta de su casa, oyó un aullido lejano. La noche estaba oscura como boca de lobo, y Felipe, volviendo en sí, sintió un escalofrío.

-288-

Capítulo XXIV
Campos de soledad

Sobre la mula, Escolástica Mi parecía congelada. Una amplia capa forrada de pieles cubríale el cuerpo y se descolgaba por sus piernas hasta casi tocar los cascos de su montura. El suelo seco ablandábase junto a los puquiales, donde patillos y yanavicos sumergían sus picos y emprendían cortos vuelos de charca en charca buscando alimento entre los totorales.

Algunos riachuelos abríanse paso entre el ichu y las parvas sementeras de los indios. El viento mecía las cebadas, y las plantas de tarhui levantaban orgullosas su estatura vegetal. Los cerros lucían, festivos, los bellos colores de la quinua y la cañigua. En los bordes de los sembríos, algunos cactus se achaparraban hasta casi hundirse bajo la tierra, mostrando al ras del suelo los encendidos colores de sus florecillas. A lo lejos, una topilla de vicuñas levantaba en su trote el polvo de las alturas. Sobre la puna soplaba un viento helado que cortaba la respiración.

Volvían de Arequipa hacia los Collaguas. Escolástica Mi, arrebujada en sus pieles, no osaba asomar sus narices de la capucha que le cubría la cabeza. Endurecida por el hielo, la tierra parecía un cristal quebradizo. El sol de la mañana despertaba a las vizcachas, que mostraban, tímidas, sus bigotes entre las rocas por las que el camino se empinaba. Fermín Gorricho, con una varita de molle a manera de rebenque, fustigaba con rabia a las acémilas con juramentos de arriero. De vez en cuando, el navarro frenaba su cabalgadura y se lanzaba con furia sobre las mulas. Don Íñigo, con una sonrisa en los labios, observaba sus movimentos. «¡Dios!», gritaba, blasfemo, el mozallón, y una criada vieja que se traía consigo a Yanque el caballero se persignaba al escucharlo. Salvo las blasfemias del navarro, en la inmensidad de la puna no se escuchaba el menor sonido. Aun el viento helado que azotaba los rostros de los viajeros era silente en aquella soledad que amenazaba eternizarse. Sobre sus cabezas volaban halcones y gallinazos.

Cuando salieron de Yanque hacia Arequipa, la enorme meseta a la que ahora ascendían estaba nevada. Los apus tutelares de los indios habían extendido su manto helado sobre la puna, y los pastores de alpacas protegíanse con sus rebaños en las cuevas que, en la noche, habrían de servir también de refugio a los viajeros para evitar la muerte. Sobre el blanco sudario de la nieve apreciábanse al paso las huellas de los cuyes y las vizcachas, y en los puquiales congelados los yanavicos se esforzaban por quebrar con su largo y curvo pico la capa de hielo que los separaba de la vida. El mundo parecía muerto, y don -289- Íñigo hízole a su amante un comentario sobre lo feliz que fuera en su infancia jugando con la nieve. Entonces, aún deseaban pasar algunos días en la ciudad del Misti, olvidar el lento transcurrir del tiempo en las frías soledades de Yanque, disfrutar de la tibieza del clima arequipeño, del sol calentando las piedras de sus casas, pasear, aunque fuera de noche (era preciso mantener el secreto de sus amores), por sus calles, despertar desnudos en el enorme lecho que antes habíales servido de campo de batalla y reiniciar combates interrumpidos entre aquellas paredes de piedra que tan bien conocían sus cuchicheos. Habían soñado durante meses con el regreso, y a Íñigo movíalo sobre todo su deseo de volver a entrevistarse con fray Domingo de Silos de Santa Clara, en quien imaginaba que había algo escondido que el fraile se esforzaba en ocultar. Días antes de partir, había recibido una carta de fray Antonio que confirmaba sus sospechas, y su primo contábale en ella que recientemente había encontrado al franciscano por azar en casa de un comerciante de ambos conocido y que aquél, claramente turbado en su presencia, había forzado la despedida para librarse de un interrogatorio que debía, según le escribía el fraile de Azofra, juzgar desagradable.

«Ignoro hasta qué punto es fray Domingo de Silos», seguía diciendo en su carta fray Antonio, «hombre de confianza de los Ubago, en especial de las dos profesas del convento de nuestra querida hermana, mas sospecho que algo muy oscuro oculta el fraile de Cirueña, que, de ser claro como la luz, ninguna razón tendría para esconderlo». Extendíase después la carta en consideraciones que el caballero juzgó, en aquel momento, extravagantes y que atribuyó al estado de ánimo tan perturbado por el que debía su primo de estar atravesando. «¡Se encuentra tan solo en celda tan estrecha!», pensaba para sí el señor de Cellorigo. «No es sana la vida del fraile, si no puede romper de una vez y para siempre con los lazos que lo atan a este mundo. Nuestra presencia en Arequipa sólo ha servido para poner de manifiesto su soledad».

Al día siguiente de su llegada a Arequipa mandó don Íñigo al navarro al convento de los dominicos con un billete para su primo. En él le decía que viniera a verlo cuanto antes y que dejara otros asuntos más urgentes por atenderlo. «Espero», le escribía, «que visitemos de nuevo a doña Encarnación de Ubago y que pongamos en claro las causas, tan oscuras para nosotros, que condujeron a nuestra hermana hasta su muerte. Sólo en ello pienso por ahora, que, habiendo perdido en tan pocos meses a mi querida Violante y a un tan apreciado amigo como Espinosa, no es mucho que pida a la Divina Providencia que arroje alguna luz sobre estos casos (cosa que espero que me conceda) y que me haga entender sus razones, si las tuviere». Leído el billete, fray Antonio de Tejada tomó el manteo y apuró su paso tras las largas zancadas del veterano. -290- Cuando llegaron a la casa, fue Escolástica quien abrió la puerta e hizo pasar al fraile hasta el estrado.

De regreso a Yanque, Escolástica recordaba muy bien aquel encuentro entre los primos. Don Íñigo esperaba impaciente a fray Antonio y, hasta unos pocos minutos antes de su llegada, habíalo visto pasear nervioso de un lado para otro con las manos recogidas a la espalda, como solía hacer cuando algún pensamiento molesto lo importunaba. Tenía una forma especial de levantar los pies del suelo en esos casos. En ocasiones, golpeaba con ellos los muebles sin darse cuenta y continuaba su carrera sin fin esquivando banquetas, alfombras, cortinas, mesas y sillas, como un niño que, jugando a la rayuela, tratara de alcanzar el cielo pisando tan sólo en los cuadrados del dibujo. Escolástica sabía que, cuando caminaba así, no veía a nadie y que se encontraba como encerrado en una burbuja de materia transparente y dura como el cristal que lo aislaba del mundo por completo. En esas ocasiones, ella se limitaba a observarlo, dejando que el caballero desgastara su furia y su energía en aquellos paseos interminables. Cuando vio entrar a fray Antonio, se detuvo, y ambos primos se confundieron en un abrazo. La esclava creyó ver (tal vez sólo imaginó) que, por las mejillas de su amante (tan curtidas), rodaba una lágrima. El cuerpecillo de fray Antonio se perdía en los brazos del caballero. Sin hacer ruido, Escolástica abandonó la habitación y pasó a la cocina. Jamás supo la angola lo que trataron los primos aquel día, pero podía imaginarlo.

Al día siguiente, muy de mañana, don Íñigo se levantó, tomó una ligera colación y salió a la calle sin avisar a nadie adónde iba. Hacia el mediodía regresó contrariado. Dejó su caballo al cuidado de Gorricho y se

encerró por algunos minutos en su habitación. Después, más calmado, comió, como todos los días, en compañía del navarro y de la esclava, tomó una siesta muy ligera y volvió a salir. Era una tarde soleada y hermosa, y le dijo a Fermín que le encinchara el caballo, pues quería dar un paseo por la campiña. La angola observaba los afanes de su amo desde una ventana, sentada en una sillita de anea con la labor de ganchillo abandonada en sus faldas. Los pasos que don Íñigo daba por el empedrado del patio eran largos y apresurados, y Escolástica adivinó que el pensamiento del caballero estaba muy alejado de la casa. A la distancia, escuchábanse los gritos de unos rapazuelos que jugaban a la guerra con espaditas de palo. Cuando el navarro entró en el patio con el caballo ya enjaezado, trayéndolo de la brida, los chillidos infantiles alejábanse presurosos por la esquina de Mercaderes. Después, don Íñigo montó, el navarro le abrió el portón de la casa y el hidalgo y su montura se perdieron en la calle. Escolástica Mi volvió a sus labores con el corazón en vilo, esperando el retorno -291- de su amante. En su apuro, se pinchó un dedo, que se llevó a la boca con los ojos en blanco. En la calle sólo se escuchaban los cascos del animal golpeando con ritmo el empedrado. La guerra de los niños había terminado.

El corregidor de Collaguas tomó el camino del convento de San Francisco. El portero le informó de que fray Domingo de Silos no había vuelto todavía y de que, probablemente, no lo haría hasta la noche, «pues bien sabe vuesa merced que las cosas de nuestra santa religión no tienen horario y que son muchos los que precisan de nuestro consuelo a las horas más extrañas e inconvenientes». Viendo que poco o nada ganaría esperándolo en la portería del convento, don Íñigo decidió seguir su camino y pasearse por las riberas del Chili o por la campiña, como había dispuesto, para hacer tiempo hasta que el fraile de Cirueña volviera a recogerse en su celda. Hacer tiempo (o perderlo, como él prefería decir) era algo que le disgustaba, pero era evidente que no podía hacer otra cosa, y el caballero, pensándolo así, bajó por la calle de San Francisco hacia la de Santa Catalina con la intención de torcer por ella y, llegando a la de San Agustín, descender al río. Había muy poca gente en la calle, salvo algunos niños y unas cuantas mujeres que iban de un lado a otro, cargadas, como de costumbre, de enormes canastas de ropa para lavar, cántaros de agua sobre sus cabezas y cazuelas con viandas para los labradores de las chacras cercanas y los trabajadores de los obrajes que funcionaban en las afueras de Arequipa. Era el ir y venir de las mujeres hacendosas que a aquellas horas ocupaban la ciudad. El sol quemaba y hacía que brillaran los guijarros de las calles. Algunos pajarillos revoloteaban en los aleros, o se perdían, en raudo vuelo, en el azul del cielo abierto y limpio en el que algunas nubes algodonosas destacaban con su blancura de nieve. Entre aquellas mujeres hacendosas, no pocas se señalaban por su juventud y su belleza, por lo risueño de su gesto, por la garrida disposición de sus cuerpos, o por el cadencioso movimiento que sabían imprimir a sus caderas. El hidalgo las observaba desde lo alto de su montura. Al llegar a la plaza Mayor, se fijó en las lavanderas que bajaban por San Agustín hacia el río. Una de ellas cubríase la cabeza con una pañoleta de colores que ocultaba una cabellera rubia de la que sólo unas hebras de oro, libres y sueltas sobre su cara, brillaban al sol. Su caballo seguía el paso de la moza casi

por instinto, y el señor de Cellorigo deleitábase en la contemplación de aquella belleza humilde y satisfecha de su condición.

Llegaron casi al mismo tiempo a la ribera. La moza dejó en el suelo la enorme canasta de ropa que hasta entonces había cargado sobre su cabeza, sacó de la misma la tabla de lavar, dispuso la ropa en pequeños montones y se inclinó sobre las aguas del Chili para iniciar su tarea. Formaba con otras un grupo bullicioso y alegre, y el señor corregidor se entretuvo en observar desde -292- su caballo la pantorrilla descubierta de la rubia lavandera. Eran sus carnes blancas y apretadas, como de marfil, y las curvas de su pantorrilla insinuaban goces de eternidad en sus partes más elevadas. Olía aquella tarde la ribera a espliego y azahares, y los chopos, dejándose mecer por un suave vientecillo llegado del sur, sugerían cantos de amor en los oídos del hidalgo. Las abejas revoloteaban entre los cercanos naranjos. Escuchábanse las risas cada vez más elevadas de las lavanderas, y don Íñigo supo que hablaban de él -y que de él se reían-, pues era el único hombre que, al parecer, había bajado aquella tarde a la ribera para gozar de tan maravillo so espectáculo. Su presencia allí no estaba justificada, y, como era evidente que no podría abordar a la rubia mientras permaneciera en el río con sus congéneres, el hidalgo decidió olvidarla y seguir su paseo por la campiña. El Chili abríase camino entre las chacras, y, siguiendo su curso, se fue alejando el hidalgo hacia una parte en la que el río se separaba de la ciudad y penetraba para siempre, zigzagueante, en la campiña. En ese lugar, a punto de alcanzar un puentecillo que cruzaba el Chili, columbró don Íñigo a un fraile que, jinete en su jumento, recorría la senda que, desde la calle de la Merced, desciende, por terreno pedregoso, hacia las chacras. Por el color de sus hábitos, pareciole de san Francisco. Si quería alcanzarlo, debía apresurarse.

Olvidándose de las lavanderas, espoleó su caballo. El fraile levantaba con su jumento nubes de polvo en el camino, y don Íñigo dedujo que el jinete tenía prisa por llegar a alguna parte, o por escapar de alguien, pues era claro que espoleaba su borrico con furia de fugitivo. El sendero abierto en la ribera se empinaba por los ribazos y cruzaba minúsculos bosquecillos de chopos y de sauces llorones, lo que ponía no pocas dificultades al paso de su caballo. Los cantos del río estorbábanle también su cabalgada. Antes de llegar al puente y tomar el camino por el que se perdía aquel franciscano, se vería obligado a trotar despacio, midiendo cuidadosamente cada paso y haciendo que su montura caracoleara allí donde él hubiese preferido que se lanzara al galope. Cuando llegó al puentecillo, la nube de polvo que levantaba el borrico se perdía a la distancia. Al atravesar el puente, miró hacia la parte alta del río, que acababa de abandonar. Las lavanderas se veían como pequeños puntos de color en el paisaje (ya no se escuchaban sus voces ni sus risas), y la ciudad levantaba las torres de sus iglesias bajo un cielo abierto cuyo sol hacía aún más blancas las albas paredes de sus casas enjalbegadas. Al fondo, entre los nevados de la cordillera, el Misti, majestuoso, arrojaba al viento sus fumarolas.

En las chacras, los campesinos atendían sus trabajos, mas don Íñigo no advertía su presencia, entregado, como se hallaba, al incesante galope de su caballo. Casi un cuarto de hora estuvo el caballero galopando tras el jumento.

-293-

Al fin le dio alcance junto a un bosquecillo de molles, un arcabuco ruin con suelo de cascajo en el que crecían árboles y matorrales y bajo cuyas piedras hacían sus madrigueras las vizcachas. Había en el arcabuco un puquial de aguas limpísimas que nacía entre las rocas y al que el hidalgo había acudido con frecuencia con Violante antes de que su hermana ingresara en el convento. El manantial se hacía riachuelo e iba a descargar algunas varas más abajo, precipitándose por una pendiente desnuda, sus aguas en el Chili. Los campesinos lo llamaban Regajo Corto. Recordó estos paseos el hidalgo mientras descabalgaba ante el borrico del franciscano.

-¿Adónde va vuesa paternidad con tanta prisa?

Fray Domingo de Silos de Santa Clara observaba al caballero con un gesto de terror dibujado en su rostro.

-Supongo -continuó diciendo éste, aproximándose al jumento- que vuesa paternidad habrá recibido de los suyos noticia de mi visita y confieso que esperaba de su bondad que me la retribuyera.

En una chacra cercana, un campesino y dos mujeres arañaban la tierra con chaquitajllas. Llevaban unos a manera de sombreros puntiagudos para protegerse del sol, que declinaba. De vez en cuando, levantaban la vista del suelo y observaban los nubes, que ya empezaban a oscurecerse. El franciscano descabalgó de su jumento. Arequipa veíase a lo lejos blanca y brillante bajo los rayos del sol. El caballero hallábase de espaldas a la ciudad.

-Disculpará vuesa merced -comenzó diciendo fray Domingo de Silos que no haya atendido con presteza su reclamo, pero ha de saber el caballero que la vida del fraile encuéntrase con más frecuencia sometida a la voluntad de los otros que a la suya propia, pues es a los otros a quienes se debe y, entre ellos, a quienes más lo necesitan.

-Yo lo necesito -lo interrumpió en este punto el caballero, que adivinó adónde iría a parar tanta retórica.

-Pero no es el único, ni el más necesitado -le retrucó el fraile.

-Eso no podrá juzgarlo vuesa paternidad hasta que escuche lo que tengo que decirle.

-Sospecho de qué se trata.

-No lo dudo, y por ello, con más razón, aceptará que apremia mi necesidad.

-294-

-Paréceme el suyo un juicio apresurado.

-Tengo, lo confieso, muy poca paciencia, y no me gustaría que vuesa paternidad gastara lo que de ella me resta.

-¿Debo entender que me amenaza?

-Puede entenderlo como vuesa paternidad lo desee, que en estas soledades no he de cuidarme en desmentirlo.

-Expónese demasiado vuesa merced.

-También lo hace vuesa paternidad, que, de poder a poder, ha de poder más en estos campos la cruz de mi espada que la que descuelga del rosario de vuesa paternidad.

Diciendo esto, el caballero desenvainó. Fray Domingo de Silos dio un salto hacia atrás y, volteando las espaldas, se metió en el arcabuco. Fue un

salto instintivo, de animal asustado, y el señor de Cellorigo adivinó en el gesto del franciscano que aquel mismo día habría de obtener su confesión. Tenía don Íñigo cierto reparo en perseguir al fraile con la espada desnuda y, viéndole emprender tan veloz carrera, guardó ésta y se lanzó en su persecución entre los molles y matorrales del bosquecillo.
Fray Domingo de Silos parecía desesperado. Cuando don Íñigo lo alcanzó al fin, veíasele sudoroso y agitado, con el gesto del hombre que está a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Estaba despavorido. Habíase arrimado al tronco de un molle de regular tamaño y, deslizando por él sus espaldas, había terminado por dejar su cuerpo abandonado entre las piedras y los matojos. Hallábase ahora sentado en el suelo y respirando con dificultad.
-Y bien -dijo el caballero-, puede vuesa paternidad comenzar su relato.
-Pero ¿qué quiere saber vuesa merced?
-Todo.
-¿A qué se refiere con todo? -preguntó el fraile, tratando de levantarse. Tenía la voz quebrada por el miedo.
-Vuesa paternidad lo sabe.
-Ya le dije cuanto sabía cuando nos entrevistamos en el convento.
-Quiero saber más.
-¿Qué más?
-295-
-Vuesa paternidad no me dijo -aquí hizo una estudiada pausa el caballero y sacó de su cinto una daga con la que se puso a repetir algunos juegos de manos de los que gustaba mucho hacer alarde- cómo entró por primera vez al convento, ni cuáles eran sus relaciones con las hermanas Ubago antes de ello. ¿No toma en cuenta vuesa paternidad la posibilidad de contarme su vida y sus aventuras para que nos conozcamos mejor?
-No tengo tiempo.
-Yo sí. Desde que murió mi hermana, tengo todo el tiempo del mundo para escucharlo. A nadie más que a vuesa paternidad quiero escuchar, y por el miedo que me demuestra creo que no estoy equivocado si pienso que son muchos y muy interesantes los asuntos que ambos nos traemos entre manos. Así que he de sentarme en esta piedra y, abriendo bien las orejas, oiré cuanto tenga que decirme.
El franciscano habíase ya levantado, y don Íñigo lo miraba desde la piedra en la que acababa de sentarse. Seguía con la daga en las manos, y su hoja relucía al sol como un espejo. Fray Domingo de Silos mantenía guardadas ambas manos en las anchas mangas de su hábito y movía nervioso el pie derecho como si tratara de escapar por última vez. En el bosquecillo se alargaban las sombras y un vientecillo suave refrescaba la tarde. Un gavilán planeó bajo, dio algunas vueltas sobre el arcabuco y se posó en la copa de un árbol cercano. Desde su altura, los observaba. Se estaba bien en aquellas soledades. El silencio cubríalo todo.
-Fuerza vuesa merced mi albedrío, y convendrá conmigo en lo falsa que puede ser una confesión en estas condiciones.
-La de vuesa paternidad no habrá de serlo, que no está bien que quien se dice padre y confesor use de malas artes en tal materia, pues pecaría doblemente. Dejémonos de prolegómenos y vayamos al grano, que es lo que interesa. Soy todo oídos.
-No sabría bien cómo iniciar lo que vuesa merced llama mi confesión, mas,

viéndome forzado a hacerlo, quiero comenzar la misma diciéndole que, como ya habrá adivinado por mi nombre, soy de la tierra, que un nombre de pila como Domingo de Silos sólo en nuestra tierra podrá encontrarse. Nací en Cirueña, y mi madre, que era muy devota del santo de Cañas, quiso que llevara por siempre su nombre, por lo que, al profesar en la religión de san Francisco, no me lo cambié, como hacen otros, sino que lo retuve por mantener las ilusiones de mi santa madre.

-296-

-Corte vuesa paternidad, que la hace larga.

-Vuesa merced dijo que tendría tiempo para escucharme.

-Lo tengo para atender a cosas de más sustancia.

-Éstas habrán de serlo, se lo aseguro.

-Si nos olvidamos de nuestros nombres, que no hacen al caso ni a nadie importan.

-Olvidemos nombres que no vienen al caso. Contábale -continuó el franciscano- que nací en la tierra y añado ahora que me crié cerca de vuesa merced, en Cirueña, que es aldea que se encuentra entre Santo Domingo de la Calzada y San Millán de la Cogolla.

El fraile había recuperado su confianza.

-Conozco el pueblo. Abrevie vuesa paternidad.

-Un tío mío, al que vuesa merced no conoció, buen cazador y hermano de mi padre, entró en su juventud al servicio de don Gil, su abuelo de vuesa merced, quien, por un asunto del robo de un celemín de cebada que jamás se aclaró y del que lo culparon, lo echó de su casa de muy mala manera, viniendo a dar al servicio de don García de Ubago, a cuya familia fuele fiel hasta su muerte. Llamábase mi tío Nicolás, y recuerdo bien que era un hombre grande y fornido, callado y taciturno, tal vez por la humillación de que fuera objeto a causa de tan injusta acusación.

-Lo siento -se excusó el caballero.

-Más ha de sentirlo vuesa merced cuando conozca la historia con todos sus pelos y señales.

Murmuraban las aguas del Regajo Corto, y en las copas de los molles enfrentábase una bandada de cuculíes a picotazos. El campesino y las dos mujeres recogían sus chaquitajllas y, con ellas al hombro, iniciaban el camino de regreso hacia su casa. Escolástica imaginábase esta escena con el sol declinando. Don Íñigo habíasela contado entre las sábanas, y ahora, de regreso a Yanque, en la soledad de la fría puna, reconstruíala con la secreta esperanza de recuperar la tibieza del ambiente, el colorido de la campiña, el tono de los colores del ocaso y el murmullo de las aguas de los manantiales arequipeños. En sus ojos brillaban las aguas del Chili bajo los rayos del sol, y la angola imaginábase los álamos del río mecidos por el viento y las torres de las iglesias elevándose al cielo y hasta podía escuchar las risas de las lavanderas tendiendo -297- la ropa a secar junto a las piedras y matorrales y observar sus rostros reflejados en las aguas. Todo podía reconstruir en su imaginación de enamorada, pero se le escapaban las palabras. No acertaba con ellas. Carecían éstas de color y de forma, y jamás supo Escolástica qué cosas había tratado su amo aquella tarde con el franciscano de Cirueña. Volvíanse juntos a Yanque con el navarro y unos mitayos collaguas con las mantas echadas desde sus cabezas por amor al frío, y lo veía sobre su caballo, delante de la

tropilla de mulas a las que el veterano arreaba con su tralla, erguido en aquellas soledades de ichu agostado y barrido por el viento. El sol se inclinaba hacia el ocaso. En unas pocas horas más, volverían a estar, juntos y confundidos en un abrazo, bajo las sábanas, y el tiempo caminaría a pasos lentos y medidos, silenciosos, para no importunar el dulce sueño de los enamorados. Hacia el poniente, una parvada de suris levantaba una polvareda que alcanzaba las nubes.

-298-

Capítulo XXV
El sueño y la vigilia

Aquel rostro: los ojos, negros y profundos; la barba, crecida. En sus ojos, una chispa de vida. Estaba frente a él y le sonreía con malicia. El agua le mojaba las guedejas, le resbalaba por la cara y, penetrándole por el cuello, le empapaba la camisa. Veíalo inclinado, con la cara terrosa surcada por cientos de arrugas. El pelo, pajizo y sucio. Sentía que, en el pecho, un dolor profundo y puntiagudo, como el producido por una aguja que se le hubiese clavado entre los costillares, le impedía la respiración. No sentía las piernas. Ni los brazos. Tampoco podía pensar, pero sus ojos fijábanse ahora en el vuelo de una polilla diminuta que trataba de escapar del cerco de luz creado en torno a un pabilo encerado, un círculo fatal en el que el insecto habría finalmente de entregar su vida a las llamas. Empinábase el pabilo en una candileja de bronce y descansaba sobre una mesa grande y redonda de nogal. Oía las risas. Y los gritos. Una mujer, a la que no veía, llamaba con voz aguda a la justicia. Gritaba. Había un dejo de desesperación en su grito. Otra, lloraba. Entre gemidos y llantos, escuchó un disparo. Y otro. Y otro. Y otro. Después, hombres y mujeres que corrían hacia alguna parte, el ruido de las ventanas al cerrarse, el chapoteo de los pies en el agua y un trueno seco, retumbante. Junto a la candileja, la polilla seguía revoloteando de la oscuridad a la luz, mientras se dibujaban en la penumbra, en torno a la mesa, los rostros oscuros de quienes levantaban en medio del silencio sus carcajadas contemplando la aventura del pequeño animal alado incapaz de escapar a su destino. Las llamas se avivaban, y aparecían los escasos pelos rubios que quedaban sobre la calva de Andrés Sobrevilla, el comerciante de la calle de la Montera, la boca vacía de Henriquillo, oscura y profunda como una caverna de montaña, abierta ahora en un monstruoso bostezo que la deformaba aún más, la nariz roma de su criado Pedro, los ojos garzos de Timotea y la cascada de oro que ocultaba el rostro de Bibiana. Unos pocos dientes picados y negros bailaban en la boca abierta del soplaorejas al son de unas carcajadas que iban haciéndose cada vez más fuertes. Todos reían observando el vuelo de la polilla en el estrecho círculo de luz que se abría en la oscuridad de una estancia que él no podía reconocer, pero en la que adivinaba la otomana que Íñigo cubría con mantas indias en su

casa de Arequipa y la mesa repleta hasta los bordes de copas y de botellas de cristal tallado sobre la que solía inclinarse reverente el hidalgo al hacer los preparativos de cada una de las sesiones de Nicéforos, y, en efecto, detrás del comerciante, con sus cuatro pelos rubios brillando en la penumbra, hallábase Hernán Vivanco, el boticario, -299- y, junto a él, don Andrés y don Íñigo, que también se inclinaban sobre las cabezas de los demás con los ojos bien abiertos para no perderse detalle de aquella aventura de la polilla que caía en el fuego entre alaridos de júbilo y maldiciones. Volvió los ojos en su torno y, sobre la otomana, descubrió ahora, en la misma estancia iluminada por el sol claro del mediodía, el cuerpo desnudo de una Bibiana sin rostro, con la cara cubierta por la cabellera rubia que le llegaba hasta el suelo y se extendía por el piso cubriendo los ladrillos rojos y las alfombras. Inclinado sobre él, de pie y con una casulla morada bordada en oro, encontrábase el teólogo de Salamanca con las manos extendidas en un Oremus que los asistentes a la misa susurraban piadosos, mientras se golpeaban el pecho y bajaban sus ojos al suelo, indignos de recibir aquel cuerpo que se levantaba con el sacerdote y llevaba su sexo hasta la boca de cada uno de sus devotos adoradores para que lo besaran con la unción eucarística de los comulgantes. Deseaba gritar, pero algo tenía en la garganta, pues no le salían los sonidos y no podía abrir la boca que le parecía como soldada en los dientes con argamasa. Todos se hallaban de rodillas, con las manos juntas en el pecho, la boca abierta y la lengua en disposición de recibir el pan de la vida, la vida hecha carne, la carne apretada y dura de Bibiana, que se abría paso entre ellos y que caminaba sola entre las bancas vacías de aquella iglesia iluminada por el sol, como una virgen recién bajada de los cielos, entre las nubes y el humo de los incensarios que, a su paso, movían con ritmo los monaguillos que, con sus sobrepellices almidonadas, esperábanla formados, como hombres de milicia, en los altares laterales en los que las beatas, con las cuentas de los rosarios entre sus dedos, seguían las avemarías y repetían con devoción las letanías que, de niño, habíase aprendido de memoria. Las imágenes de los retablos se reían. Un san Ignacio de Loyola bailaba al compás de una zarabanda escandalosa, y la Dolorosa, con el corazón sangrante transido de puñales, lo acompañaba con los brazos en alto y las manos extendidas para iniciar la zambra a la luz de la luna inexistente. Gritábanle sus adoradores obscenidades al paso, y los monaguillos, con palmas repetidas, las coreaban entre risas. Los más osados exhibían su rijo, y las beatas gritaban al ver los gestos de los sacerdotes que, con capas y báculos, como si fuesen obispos con sus mitras, acompañaban a la diosa rubia, a la Afrodita asturiana, y seguían sus rezos vespertinos entre carcajadas cada vez más fuertes, sonoras y retumbantes. Toda la iglesia se agrandaba, y en ella cabían ahora cientos y miles de personas, todas confundidas: alojeros de Madrid, rubicundos mozos de posta que conociera en Upsala, conductores de trineos, indios de las alturas de Arequipa, hombres y mujeres de caras sucias y planas, sin relieves, lavanderas y soldados, arrieros, curas, secretarios y matones, alcaldes de aldea y comediantes, niños y niñas de la -300- doctrina multiplicados, pícaros y robacapas, rabizas y putas de los más diversos pelajes conocidos y por conocer, cerdos y mulas arropadas con abrigos de piel de conejo y coronadas de margaritas: una

multitud de personas de todas las clases, tamaños y naciones que se postraba ante la virgen desnuda que caminaba delante de todos mostrándoles las bondades de su cuerpo. La seguía y se elevaba con ella, atravesaba las nubes que, en el techo abierto de la iglesia, alcanzaban los cielos a los que ahora volvía a ascender la virgen, cubierta con la túnica de la pureza, inconfundible, y con el manto celeste de la bondad. No había nadie bajo sus pies. Estaban solos. Solos en el espacio infinito de un cielo deshabitado en el que el horizonte extendíase en todas las direcciones. La infinitud lo ahogaba y la sentía como una amenaza de eternidad. Quería gritar, pero seguía sin poder hacerlo. Algo se le pegaba en la garganta, y sus ojos sólo acertaban a ver ahora colores confusos que se mezclaban entre sí en el caos primigenio de una luz deslumbrante e impura, una luz preñada de colores, aterradora. Flotaba. Flotaba en el éter, sin fuerzas ni voluntad, dejándose llevar por un torbellino ventoso que lo arrastraba hacia algún lugar incógnito, quizá no menos terrible que el que abandonaba. Lo traicionaban sus sentidos, y el infinito preñado de colores tornábase blanco y se estrechaba. Podía ver ahora las paredes que se aproximaban a su cuerpo, como si tuvieran vida y quisieran aplastarlo. El techo y el suelo se juntaban, y él estaba solo, cercado entre los muros de aquel recinto que se movía como un animal asesino que despertara de un profundo letargo. Trataba, con todas sus fuerzas, de apartar de sí los muros que lo aprisionaban, pero sus manos se hundían en lo sólido y lo atravesaban como si las paredes estuvieran hechas de manteca de cerdo, de gelatina. Nadaba en una masa viscosa y sucia, y el barro de la alberca, negro y maloliente como el ciénago que se posa en el fondo de los pozos, se pegaba a sus carnes y le taponaba los poros. Estaba desnudo y se debatía con todas sus fuerzas en el fondo nigérrimo de aquel puteus, tratando de sacar su cabeza a la superficie para respirar, pero entre el ciénago de aquel pozo nadaban formas de vida tentaculares que él jamás había conocido y que abrazaban su cuerpo y lo retenían en el fondo, impidiéndole cualquier movimiento. De sus manos sólo podía mover los dedos, y cada vez con menos fuerza. Era prisionero de un monstruo que lo agarrotaba y retenía en el fondo de una ciénaga de la que no podía salir, y añoraba ahora el azul infinito de los horizontes que tanto habíanle aterrorizado cuando, con la diosa virgen, atravesaba los cielos. Deseaba que ella entrara en el tremedal y lo arrancara de aquella cárcel en la que yacían su cuerpo y su alma y trataba de gritar con el pensamiento, de dibujar un grito de socorro con los dedos que aún movía y que el cansancio o la muerte habrían, tarde o temprano, de inmovilizar para siempre. Un rayo de luz inundaba la -301- ciénaga e iluminaba el cenaco maloliente, en el que ahora se dibujaba un rostro humano y en el que aparecían a lo lejos, brillando con reflejos de malignidad infinita, dos ojos negros que se agrandaban y se acercaban hasta él, y, junto a los ojos, una nariz y una barba sin afeitar y una sonrisa y cientos y aun miles de arrugas surcando un rostro envilecido y turbio, una cara del color de la tierra que iba haciéndose cada vez más nítida y en la que podía descubrir las facciones de quien se había inclinado sobre él cuando el agua de la lluvia le mojaba sus guedejas y, resbalándole por su cuello, en el que sentía ahora frío, le empapaba la camisa. Pero era mucho más que un rostro vulgar. Había algo de raposo en su gesto, mucho de zorruno en su

sonrisa congelada. Unas manos ásperas lo atenazaban y unos dedos de acero se aferraban a su cuello, y eran las manos y los dedos del hombre de los ojos negros y el rostro sin afeitar que le estaba sonriendo. ¿O no le sonreía? Aquel gesto era para él indescifrable, pero de algo sí estaba seguro: aquel hombre era su verdugo. Aquella sonrisa estaba cargada de crueldad, y sabía que era el demonio de la guarda que le había sido asignado desde el principio de los tiempos. Teníalo ahora en sus manos, pero tampoco el demonio podía salir del fondo de aquella ciénaga en la que el lodo se hacía agua clara para que él pudiera ver su vida entera en imágenes cristalinas que se sucedían a velocidad de vértigo ante sus ojos. Veía a su madre, a su padre y a sus hermanos, y se veía a sí mismo, sentado ante el dómine que, amenazándolo con una varilla de mimbre que vibraba ante sus ojos, le ordenaba que declinara el singular de felix, adjetivo de una terminación, y que no se equivocara, porque, si no... La varilla caía una y otra vez sobre su mano desnuda hasta sacarle sangre, y sus padres, sentados en torno a la mesa camilla, sin hacerle caso, devotos del penitente de Belén, escuchaban de labios de fray Sebastián Peláez, de los monjes de Guadalupe, los pasajes más interesantes y crudos de la vida de Agustín contada por sí mismo en un pequeño libro de confesiones, o recreaban su imaginación en la despedida del santo y de su madre santa Mónica en Ostia, cuando ya el de Tagaste, convertido a la verdadera fe y abandonada la senda de Manes, disponíase a cumplir el destino sublime al que el cielo teníale desde siempre destinado, como a él lo tenía destinado a aquellos tormentos infernales que estaba sufriendo en el fondo de la alberca de la que sólo podía escapar con la ayuda del hombre que aún lo atenazaba con sus dedos de acero, duros y endurecidos en el yunque de la maldad. Dolíale el cuerpo, y se revolvía furioso entre las aguas, tratando de aliviar con ello el dolor que sentía en su cabeza, de la que le manaba la sangre empapando las alburas de los almohadones sobre los que la recostaba sin poder sostenerla con su cuello, flaco y debilitado por el esfuerzo. Veía una mano blanca y alhajada, mano de mujer que se la sostenía mientras otras, olorosas y tibias, envolvíansela en vendas del mismo -302- color y de la misma textura de las sábanas en las que su cuerpo desnudo descansaba. Sentía frío, y todo el cuerpo le temblaba. Tenía los ojos bien abiertos, y le dolían. Habían pasado de la luz a la sombra y de la oscuridad más profunda a la más viva y cegadora claridad y, ahora, en la penumbra, esforzábanse en distinguir las facciones de quienes sobre él se inclinaban y trataban entre ellos asuntos abstrusos e incomprensibles y se expresaban con palabras que escuchaba sin entender, ayes lastimeros, lamentos y llantos de mujeres enlutadas, acuclilladas en una esquina apartada de la alcoba como si esperaran su muerte. Y, entonces, entendió. Fue cuando vio a su prima doña Timotea, la de los ojos garzos, que se inclinaba sobre él y besaba su frente. Supo que algo grave le había sucedido, que estaba en manos de los médicos y que, de no responder a la cura para él dispuesta, podría morir en los brazos de quien se titulaba putana por afición y gozaba la vida a cada instante, como si cada segundo mereciera la pena de ser atesorado. Allí estaba ella y, junto a ella, el tendero de la calle de la Montera y dos hombres más que, por sus pecados, parecían ambos ministros de la justicia. Apartado de todos, hallábase Henriquillo con su manta echada sobre los hombros y mirando las

punteras de sus alpargatas, como si algo le avergonzara. Necesitaba que lo dejaran solo. Quería pensar, reconstruir cuanto le había ocurrido hasta llegar a la alcoba de su prima, cuyos ojos, tan risueños de costumbre, parecíanle enturbiados por una nube que los empañaba y que amenazaba con convertirse en las lágrimas que habrían de rodarle por las mejillas y dar color a su rostro níveo, llenándolo de puntitos bermejos, de manchitas que habrían de afearlo sin remedio. «Los ojos de las mujeres son como fuentes», pensó sin saber por qué. Pero ¿por qué estaba con él el soplaorejas? ¿Cómo había llegado hasta la casa de su prima? ¿Quién lo había traído? No quería pensarlo. En el techo enjalbegado, junto a una de las negras vigas que lo cruzaban, observó una mancha semejante al rostro malencarado de un rufián. Allí estaba otra vez quien se había asomado a sus ojos en medio de la lluvia. Lo miraba sonriente. Estaba sobre él, y parecía como si quisiera hablarle, decirle algo a la oreja, algún secreto bien guardado que sólo a él habría de interesar. Abría, en efecto, la boca, y la cerraba otra vez. No decía nada, o lo decía en voz tan baja que él no lo escuchaba. El rufián movía los labios dibujando vocales y articulando consonantes inaudibles. Cerró los ojos con la intención de oírlo, pero no pudo. Se había quedado sordo. Sordo como las paredes de la habitación en la que estaba. Sordo a todo, excepto a su pulso, al que ahora, precipitado en loca carrera, sentíalo en todo el cuerpo: en sus sienes, donde golpeaba con fuerza nunca antes tan sentida, en su pecho, en sus piernas, que comenzaban a temblarle como en algunas noches de invierno le temblaban de niño antes de protegerse entre las sábanas, en sus -303- brazos, en sus manos, en sus riñones, en sus ojos, en su estómago... Sordo a todo, y el rostro del hombre, del demonio sucio y sin afeitar que lo atenazaba en el fondo de la charca, estaba ahí todavía, sonriéndole, silencioso frente a él. Hacia donde volviera la mirada lo encontraba. Y ahora, cuando se pusiera de pie, cuando no le temblaran las piernas y caminara con los pulsos templados, querría encontrarlo, a solas, en la calle, o en su habitación, en lo profundo del bosque lluvioso, o en el campo, entre los cerros, y, ya solos, frente a frente, hablarle, descifrar su secreto, o, si no podía, si el demonio que lo atenazaba y no le daba reposo seguía sin hablar, sin abrir su boca, transpasarlo con su espada de parte a parte, cortarle la cabeza y colgarla al cinto, como se dice que hacían los antiguos con las cabezas de sus enemigos. Sentía un odio profundo e irracional, odio que sólo podría superar cuando bebiera su sangre, quebrara sus huesos y cuarteara sus carnes con un cuchillo, como se hace con los cerdos. Odiaba el rostro de aquel rufián que se llegaba hasta él y se asomaba a sus ojos para atormentarlo. No sabía quién era, pero lo sabría cuando estuviera bien, fuera de las sábanas entre las que ahora se debatía, como se debaten las fieras entre los colmillos afilados de los mastines. Como el montero del tapiz de su cuarto, se llegaría al calvero abierto en el bosque y pondría cerco a su enemigo. Caminaría por el bosque y por el desierto y por las selvas tropicales hasta encontrarlo, lo buscaría por el mar y se perdería en las calles de Madrid, en las calles y en las plazas de todas las villas y ciudades del mundo hasta encontrarlo, cercarlo y acabarlo. El maldito rufián moriría a sus manos, y él se vería libre para siempre del horrible demonio que lo atenazaba y perseguía sin darle descanso ni tregua. Ahora era él el que sonreía

observando en el techo de la alcoba el rostro de su enemigo. «Estás ahí», decía, «pero no lo estarás por mucho tiempo. Tu hora ha llegado, y, cuando mueras, Bibiana volverá y nunca más habré de perderla. Tu destino ha sido trazado. En una noche de lluvia, oscura y silenciosa, caeré sobre ti. Tú caminarás con descuido hacia tu casa, y te estaré esperando en el portal, como a mí me esperaban las brujas cuando era niño y soñaba que entraban a mi casa por las tramperas de los gatos, se llegaban a mi cama y me raptaban, llevándome por el aire a su aquelarre. Así será, y nunca sabrás quién traspasó tu corazón de una certera cuchillada. Borraré tu sonrisa para siempre». Y se veía caminando por el Prado y a Putaparió -ahora sabía que era él y jamás olvidaría las facciones del viejo y remendado coime envuelto en su pañosa y soportando las lluvias debajo de un chambergo ajado con sus puntas de bonete. Lo seguía. Subía por la carrera de San Jerónimo y torcía a mano derecha, a la calle de los Gitanos. Reconocía la casa. Había pasado en su portal tardes enteras pelando la pava con las vecinas y sabía la vida y milagros de cada uno de sus habitantes. El rufián echaba la vista atrás a -304- cada paso, como si temiera el peligro. Las miradas no evitan los peligros. Putaparió echaba su cabeza hacia atrás sin detenerse, y el caballero se escondía entre los árboles. La oscuridad y la lluvia lo protegían. Era la noche como la boca de un lobo. A lo lejos, rechinaban las ruedas de una carreta, y los cascos de una mula chapoteaban en los barros. La humedad calaba hasta los huesos, y él, embozado y con el chambergo sobre los ojos, se protegía del frío, de las desconfiadas miradas de su víctima y de los pasos de la justicia que, en la noche y por cuadrillas, hacía la ronda. En la villa y corte los vientos fríos del Guadarrama cortaban la respiración aquella noche. En la candileja se chamuscaba la polilla.

-305-

Capítulo XXVI
Aromas de maldad

En los primeros días de julio, Lima es la ciudad más triste de la Tierra. Van cayendo lentamente sobre ella las garúas que empapan los arenales, ensucian sus calles y transforman los techos planos de sus casas en basurales malolientes. En los techos de barro de las casuchas de Malambo anidan los cuyes acurrucados en cajitas de madera guarnecidas de clavos y de herrumbre. Desde su ventana, don Andrés Espinosa observa el ir y venir de una mujeruca sobre los techos. Es vieja y echa su cuerpo hacia adelante. Lleva un atadito de alfalfa en sus manos. La mujer, con un echarpe negro sobre sus hombros, mira hacia la calle desde las alturas de su casa y, una vez que ha dejado el atadito a sus animales, vuelve a bajar a sus habitaciones por una escalera de palo. Don Andrés toma a sorbos cortos y medidos una infusión de hierbas con melaza. Huele a polvo y a humedades centenarias. Bajo su ventana, caminan presurosos los viandantes.

Hacia la plaza Mayor, la catedral y Santo Domingo levantan sus torres entre la niebla. En silencio, la ciudad se despereza de un largo sueño.

Hay algo de animal en las ciudades. Tienen pulso. Respiran. La de Lima es la respiración de un animal aletargado. Su cielo, plomizo y bajo, niega a los limeños el azul de las alturas, la alegría de las claridades.

Horizontal y sin pasiones, Lima es una ciudad de olores tenues y persistentes, descolorida como un tapiz desgastado por el tiempo. La rodea el desierto. Desde la sierra, las aguas descienden al valle en el que se asienta la ciudad, riegan sus chacras y decoran sus horizontes, pero el polvo que se levanta de los arenales y que todo lo inunda mata el brillo de sus colores. En ocasiones, el sol del estío logra superar la muralla de sus nubes y, en otras, aún más raras, éstas se precipitan en forma de lluvia. Cuando sucede, el animal despierta, los limeños aligeran el paso, las mujeres colorean sus mejillas y los niños cantan. La vida vuelve por algunos días, o algunas horas. Lo usual, empero, es el sueño, la modorra que produce la garúa, la tristeza de los días sin color, el barrillo fino y negro de sus calles, o las nubes de polvo que se va depositando sobre los techos, los muros, los muebles, las personas. Todo envejece.

Garúa. Impalpables gotas de agua caen sobre la ciudad. Hacia el mar, en la villa de Miraflores que fundara el conde de Nieva, se levantan las nieblas, y la suave brisa que llega del océano las arrastra hacia Lima entre los huertos. De la cocina de don Andrés Espinosa, junto al fogón, cuelgan unas ristras de -306- ajos y, lejos de las llamas, unos atadillos de chancaca. La negra que tiene a su servicio es joven y fuerte y se afana entre las ollas y las cazuelas. Limpia los choclos y muele sus granos en un batán de piedra. Echa unas rajas de leña al fuego. Sobre una mesa grande de madera hay cebollas y unos ajíes cortados por la mitad. La negra es silenciosa. El médico mira desde su ventana el ir y venir pausado de las beatas que se aventuran por las calles mojadas y solitarias hacia las iglesias. Las campanas llaman a misa. Las de la catedral están doblando. Mors stupebit et natura, cum resurget creatura, iudicanti responsura. Un jaco avanza con su jinete hacia Santo Domingo. Cojea. Un indio arrastra entre el barrillo formado por el polvo y las garúas unos ataditos de mantas llenos de papas puestos en una plataforma de palos de la que hala con toda su fuerza ayudándose de una soga. Va hacia el Gato. El mercado volverá a abrirse en la mañana. El doctor Espinosa conoce la rutina. Vienen en primer lugar los indios de las chacras con papas, habas, cebollas, caiguas, ajos, zapallos y coliflores; después, las negras huertanas cargadas de frutas. Los olores se confunden. Al olor pastoso y denso de las coles lo sustituyen los olores más penetrantes de los nabos y los más volátiles y tibios de guanábanas, limones, naranjas y chirimoyas. Más tarde, los aromas soleados de los plátanos y las uvas de Surco y la pampa del Agustino. Indios y negros van y vienen con la carga de sus atadillos. Algunos los llevan sobre sus hombros, inclinándose hacia el suelo; otros, en asnos increíblemente pequeños; los menos, como el indio que arrastra su tablón sin ruedas entre los barros, en plataformas trabajadas para ello. En el Gato se mezclan todos los olores conocidos. También, todos los colores. El resultado es caótico y extraño, colorido y tibio, y, cuando las beatas pasean sus mantillas por la plaza al salir de la primera misa de la catedral, ya toda la ciudad huele a comida. Los

humos de los sahumerios se confunden con los del carbón y la manteca de cerdo. Las chicharroneras se apuestan en la esquina de la calle de los Judíos; las vendedoras de humitas y de tamales, en la de Mantas; las que preparan natillas y turrones al aire libre, en las mismas escaleras de la catedral. La vainilla, el chocolate, el caramelo y la algarrobina mezclan sus dulzuras aromáticas con los olores de la cebolla cocida, los ajos, los rábanos y los chicharrones de chancho. De las caballerizas del virrey se levanta, como una nube, el vaho espeso y tibio del estiércol. Para don Andrés todo esto es insufrible. En los días de calor, cuando tantas frutas y verduras se corrompen, el olor acre de las mixturas le produce náuseas.
Mientras sigue mirando por la ventana, piensa que durante su vida los olores siempre le han acompañado. Rescata su memoria con precisión situaciones olfativas, momentos de los que lo mejor que recuerda es su olor. El del pescado cocido en jugo de limones y aderezado con pedacitos de ají le hace -307- pensar en algunos momentos dichosos de intenso placer, recuerdos de mujeres; el de las caiguas cocidas rellenas y los tamales, en su ingreso en el protomedicato de Lima; el de los ajos, en el accidente de su cojera. Estos olores forman hitos importantes en su vida, se encadenan como las cuentas de un rosario. Aquel triste día fue el aroma de las rosas... ¡No! Jamás hay rosas en su casa. Los búcaros están vacíos, y, en su jardín, junto a la fuente, jazmines y lirios saturan el aire con sus aromas inconfundibles. Un floripondio de flores enormes y blancas, en forma de campana, crece al pie de sus balcones, y sus efluvios nocturnos le permiten dormir sin pesadillas. Lo embriagan. Sus pétalos son carnosos. Podrían masticarse. Los de las rosas... La sensación táctil es diferente. A don Andrés le gusta que sus dedos se deslicen por los pétalos del floripondio. Cuando lo hace, imagina que está acariciando un terciopelo. A veces, hasta sueña con una ensalada de floripondios. Se trata de una idea loca, y la desecha. Su razón le indica que las flores no han sido creadas para ello. ¿O sí? No lo sabe. Su ciencia no es suficiente para acertar en este misterio de los olores y los sabores. Sólo sabe que el olor de las rosas...
Allí está otra vez la vieja de los conejillos. Hace su vida en los techos. La negra le dice algo de la carne de cerdo con maní, ají panca y choclo molido, y él le responde que bueno, que como quiera, que está bien, que le da lo mismo. Al médico le gustan los chicharrones. Y los tamales. Le gusta el cerdo. El chancho asado, cocido, adobado, de cualquier manera. Siempre le ha gustado. La puerta de su habitación está abierta y se comunica con su criada por la escalera. Ella es algo sorda, y los gritos de la negra llegan a escucharse, a veces, hasta en la calle. La negra no vuelve a hablar de comida. «Cualquier cosa», piensa él. «Un buen chupe con su choclito, su huevo y su puñadito de habas. Mejor, a ver si mañana compra camarones». La vieja va y viene entre las jaulas. Hay demasiados cachivaches amontonados en ese techo, y, si fuera más listo, él conocería la historia de la vieja leyéndola en los trastos que ha ido abandonando, una historia escrita en el polvo amontonando en ellos a lo largo de los años. Don Andrés da en pensar que el hombre tiene el polvo amontonado en su alma y que debajo de esa costra barrosa y dura nos ocultamos para que nadie pueda reconocernos. Ni nosotros mismos. Las almas son muebles rotos y arrinconados, trastos viejos que se apolillan, cuando las dejan

abandonadas a su suerte. Para evitarlo, es necesario que todos los días las limpiemos y pulamos con el celo que ponemos en limpiar los objetos que deseamos conservar. Algunos lo hacen. Piensan que el alma es su bien más preciado, y la pulen y repulen como si de la mejor joya se tratara. Eso hacía Violante. Y, de una manera diferente, don Martín, el asesino. Los verdaderos santos y los malvados se parecen: en todos ellos domina el aroma de las rosas.

-308-

Tienen el valor de enfrentarse a Dios. El amor y el odio son las únicas armas de que disponen para hacerlo. No es sólo una ilusión. En los santos y en los demonios es una certeza. Lo hacen sabiendo a lo que se exponen. Lo arriesgan todo. Los que son simplemente buenos no arriesgan. Los mediocres y perversos, tampoco. O no arriesgan casi nada. Para ellos existe el perdón, y confiesan, compungidos, sus pecados para recibir la penitencia de manos del sacerdote. La religión está hecha a la medida de los mediocres. Para los diablos y los santos el consuelo de la religión no es suficiente. Ellos persiguen lo imposible, lo que nadie osa siquiera imaginar. Al hacerlo, se asemejan a ese dios que tratan de poseer, o destruir. Los demonios y los santos son fríos o calientes, nunca los tibios a los que el ángel de la iglesia de Laocidea anuncia que vomitará de su boca. Son elegidos, y en todos ellos hay grandeza, una grandeza que los acerca a la divinidad. Lucifer odia a su creador, pero, ante todo, espera sustituirlo, ser dios él mismo. Los santos no persiguen un fin tan sublime: sólo, desean participar de su poder e integrarse a él: pretenden poseerlo. Son los seres más ambiciosos de la creación. Tienen una clara idea de su valor y del valor de sus almas y saben que sólo con ellas podrán enfrentar a Dios, para integrarse a él, o para matarlo. Por eso pulen sus almas y las ejercitan en el bien o en el mal, sin dejar de hacerlo un solo segundo de su existencia. Así era aquella dulce Violante, la Madre Sacramento que conociera en Arequipa. Nada la distraía de su objetivo. Estaba siempre en su pensamiento. Y así, también, don Martín. Éste reptaba por las calles de Lima con el sigilo de la culebra que busca a su víctima para atacarla. Después del incidente de la taberna, don Andrés volvió a encontrarlo una noche estrellada a la puerta del palacio del virrey. Paseaba, galano, con una de sus amantes. El médico temblaba. El hidalgo, que notó su arrobo, se acercó a él y lo saludó con afecto. Espinosa respondió a su saludo y, durante días, sintiose dichoso por el gesto de deferencia en el trato que tan famoso caballero habíale deparado.

Una tarde de diciembre, don Martín se presentó en su casa. Se acercaban las fiestas de Navidad, y hacía calor. Don Andrés estaba en el jardín, echado en su hamaca, sin jubón y abanicándose. Sudaba. Un picaflor libaba en los azahares del naranjo que florecía junto a la fuente. La sombra espesa de la ponciana no era suficiente para aliviar sus sofocos, y la brisa que minutos antes llegaba del mar se había detenido. En el plomizo firmamento de Lima podían apreciarse leves jirones teñidos de azul. Tres horas más tarde, cuando el sol estuviere a punto de hundirse en el mar, los cerros arenosos de la pampa del Agustino se elevarían recortados en grises siluetas bajo ese mismo cielo teñido de lilas. Al galeno le gustaba el espectáculo, y, en ocasiones, por mejor gozar de sus encantos, subíase

al techo de su casa para observarlo. Era un momento -309- mágico, un instante de felicidad silenciosa e intransferible. Cuando el sol, al fin, se hundía en el océano y la noche caía sobre la ciudad, el médico bajaba al estrado en el que un criado indígena que por entonces se hallaba a su servicio teníale dispuesto un sorbete de leche, vainilla y azúcar que lo refrescaba.

Don Martín venía precedido de un criado de su casa, vestido con una librea bermeja. Traía al cinto una espada, y, asomando su cabeza entre las agujetas de su jubón, observó el galeno la amenaza de una pistola. El caballero caminaba despacio, mas no dejaba por ello de ser su paso tan firme y decidido como de costumbre. Era don Martín de los que pisan fuerte, y esta sensación de poder hacíala aún más notoria su gigantesca estatura. La de maldad, su barba espesa y negra, que enmarcaba una sonrisa cargada de malas intenciones, y lo penetrante de su mirada. Afirmaban quienes le temían que, al mirar con ira, podía matar a sus enemigos. Era, sin duda, una exageración, mas había en aquellos ojos una chispa de maldad que ponía espanto. Pocos podían sostenerle la mirada. El médico lo sabía. Sabía que, como Medusa, el caballero contaba con el extraño poder de petrificar, y en ello asemejábase también a las serpientes, que se sirven de semejantes artificios para disponer mejor de sus presas. Quiso el galeno ponerse de pie, mas con un simple gesto de su mano detuvo el caballero su conato. Estaba junto a él y sonreía.

-De buena siesta goce el caballero, jinete en su hamaca -dijo don Martín a guisa de saludo.

-Buenas tardes le dé Dios, don Martín -respondió el galeno.

-Con, o sin él, habré de tenerlas. Mas no vengo a hablar de las buenas tardes, amigo mío, sino de nosotros.

-Vuesa merced dirá.

-Vengo a tomar del sabio consejo.

-Favor que me hace el caballero al tomarme por tal. Mas vuesa merced disculpe la indiscreción... ¿consejo ha dicho?

-Sí, por cierto, que he oído decir que tan buen consejero es don Andrés Espinosa de los Monteros que hasta las buenas monjas nazarenas se lo disputan. Demasiados requerimientos para un médico, según algunos me han asegurado.

-Mis consejos siempre se refieren a la salud del cuerpo. Lima es, como vuesa merced no ignora, una ciudad chismosa.

-310-

-Por cierto. Dígalo vuesa merced, que ha de saberlo mejor que otros, pues visita a las familias importantes y en todas sus casas encuentra asiento. Debo añadir que la salud del cuerpo es la que importa, pues de la salvación d el alma cada quien habrá de ocuparse por la cuenta que le tiene.

-Y no somos los médicos quiénes para meternos en semejantes dibujos.

-Y aunque lo fueran.

-Así es. Pero vuesa merced dirá, que soy todo oídos.

-Algo me ha ocurrido en estos días que me ha hecho pensar que habrá de llevarme la parca en cualquier momento y sin aviso.

-Motivos ha de tener vuesa merced para pensarlo.

-Así es, que no son pocos mis pecados y muchos los agravios de los que

querrían vengarse mis enemigos.
-Algo de eso tengo oído.
-Mas eso no me preocupa mucho, que a la idea de la muerte me he venido acostumbrando desde la infancia.
-¿Qué preocupa, entonces, al caballero?
-La posibilidad de que no exista el infierno.
-¿No le teme?
-¿Y por qué habría de temerle?
-Por los horribles tormentos a los que en él son sometidas las almas pecadoras.
-¿No cree vuesa merced que es un contrasentido el que las almas sufran torturas tales?
-No lo sé. No soy teólogo.
-Pero, según me han dicho, éste es un tema del que muchos han escuchado hablar, y con harta frecuencia, a vuesa merced.
-Antaño. No me gustaría que lo repitieran por ahí, que, si de joven fui imprudente, cuídome muy mucho de no repetir lo que podría ponerme en manos de...

-311-

-No hay peligro. No he venido a juzgar su fe, que no es asunto que me concierna. Al contrario. Lo que deseo fervientemente es que vuesa merced juzgue la mía y que escuche cuanto le diga en confesión, que no a otro, ni a un sacerdote, podría elegir para que lo hiciera.
-No soy quién para juzgarlo.
-Tampoco lo son tantos clérigos de sotana, beneficiados, curas y capellanes, que tanto valen para mí como cualquiera, y en vuesa merced he encontrado a alguien que, al parecer, no teme al demonio.
Don Andrés lo miraba de hito en hito. El hidalgo, liberado de su capa, habíase sentado en una piedra que, a manera de poyo, se afirmaba contra un ceibo junto a la hamaca en la que don Andrés permanecía medio echado. La capa habíala recogido un criado de don Andrés que ahora cargaba un azafate de madera pintada al estilo cajamarquino con sorbetes de vino azucarado y pastas de canela. El criado de librea bermeja permanecía de pie, retirado algunos pasos. Las espinas del ceibo sobresalían sobre su costra verdosa, amenazadoras, y, aunque pulida y plana, la piedra no parecía el mejor banco que podría haber encontrado el hidalgo para descansar en aquel huerto. Don Martín parecía cómodo y del mejor talante pese a la amenaza de las espinas, y el médico juzgó que se estaba divirtiendo a su costa. ¿A qué venía, si no, todo aquel asunto de la confesión y del consejo que le solicitaba?
-Digamos -continuó su perorata el caballero- que el menor de mis pecados es no creer en Dios y el mayor, imaginar que toda la creación, incluyendo al hombre, constituye un absurdo. Mis robos, estupros y asesinatos carecen de importancia. He matado con frecuencia por placer, pero confieso a vuesa merced que un placer semejante deja de serlo al tercer asesinato. Ocurre como con el amor: que termina aburriéndonos. Sólo los tontos encuentran placer en la reiteración de los gestos. No es el placer lo que persigo. Al menos, no ahora. Lo perseguía antes, lo confieso, cuando era más joven. Ahora, no. Todos me temen, y ese temor, que en otros tiempos llegara a ser para mí fuente de satisfacciones inacabables, también ha dejado de serlo.

No existe quien pueda de mostrar ni uno solo de mis crímenes, y cada uno de ellos, sin embargo, ha sido cometido para desafiar a ese Dios ante cuyos símbolos tan imperfectos se postran todos, atemorizados por el enorme poder que le suponen. Pues bien, yo creo que Dios no existe y que, de existir, no puede ser menos pobre, indefenso, ni desgraciado que cualquiera de nosotros. ¿Me entiende vuesa merced?

-312-

-Trato de seguir el hilo de sus pensamientos.

-Me place, como dicen los italianos. Pero no. No me gusta. No me gusta, en realidad, que nadie me entienda. Me desagrada que los hombres puedan entender... Le confesaré algo a vuesa merced: nada, absolutamente nada me es tan terriblemente desagradable como el saber que pertenezco a una de las especies más despreciables de cuantas un creador enloquecido podría haber colocado sobre la Tierra. Toda mi vida no ha sido sino un grito de rebelión contra mi destino de hombre. Por eso desafío a mi creador. No por maldad. Por naturaleza, me siento más inclinado al bien y a la piedad que a otra cosa. En mí habita un espíritu bueno y misericordioso que me asusta. No imagina vuesa merced cómo debo esforzar mi voluntad para evitar desbarrancarme por el camino del amor y el sentimentalismo, ni en cuántas ocasiones he estado a punto de socorrer al desvalido, vestir al desnudo y alimentar al hambriento; pero, de haberlo hecho, entonces... Siempre, por fortuna, he podido resistir la tentación del bien.

-Tiene vuesa merced miedo de ser como los demás.

-No es eso. O sí. No lo sé. Creo que no entiendo el mundo sin Dios, pero que aún lo entiendo menos con él. ¿Qué es Dios? Un invento. Alguien lo creó y nos lo puso en este laberinto sin salida, porque este mundo es tan absurdo que, sin Dios, nadie podría explicárselo. Dios es, por esa razón, necesario. Nos hallamos encerrados y no podemos volar sobre nuestro mundo para saber dónde estamos. No hemos fabricado todavía unas alas que nos remonten sobre la realidad. Necesitamos a Dédalo para ello, un Dédalo nuevo y más sutil que aquel del que se habla en las leyendas griegas. Yo creo que puedo serlo. Estoy seguro de que podré remontarme sobre todo y de que descubriré el misterio. Cuando lo haya hecho, Dios ya no tendrá sentido y el hombre dejará de pensar en él y será, al fin, libre.

-Parece una locura.

-Y probablemente lo es. Hace ya muchos años que le desafío abiertamente. He cometido toda suerte de sacrilegios. He hecho cuanto estaba en mi mano para que se descubriera ante mí. He violado monjas, torturado niños hasta la muerte, robado en las iglesias, mentido y envidiado. He hecho cuanto podía para que Dios, cansado de mis crímenes, me castigara, pero aquí estoy. La justicia sospecha de mí, pero nada o poco puede hacer. Soy demasiado rico y poderoso, y todos me temen. Si Dios existiera y fuera realmente justo, no toleraría mis crímenes. Creo que soy la prueba viviente de su inexistencia.

-313-

-Mucha soberbia hay en sus palabras, caballero.

-De ninguna manera, querido amigo. Ya he dicho a vuesa merced que sólo trato de probar a Dios con mis actos. No es el amor el que puede demostrar la existencia de Dios, sino el triunfo indiscutible del amor y de la justicia, y, en este mundo, no es el amor el que triunfa sobre el odio, ni

la justicia sobre la iniquidad. Al contrario. Nunca antes, que se recuerde, ha vivido el hombre tan confundido como ahora. Jamás ha habido tantos malvados, rufianes, bandidos, desorejados, pícaros ni asesinos en las cortes, y, sin embargo, los representantes de Dios en la tierra, quienes se titulan sus vicarios, bendicen a los asesinos. Las madres dan a sus hijas en almoneda al mejor postor, y los maridos entregan a sus mujeres. Si realmente Dios existiera, mostraría su poder ante los hombres, castigaría a los malvados y confundiría a los que, en su nombre, bendicen los actos de los inicuos. Yo no soy peor que quienes medran con la sangre y el sudor de los inocentes y los condenan a la tortura de una vida carente de esperanzas. ¿No ha visto vuesa merced a los oidores, frailes, escribanos y encomenderos engordar a costa de quienes mueren a diario de hambre entre nosotros?

-Es, si me lo permite el caballero, idea por demás peregrina la que oigo. Sospecho que también es demasiado elemental y hasta simplona. Confieso que esperaba de la fama que acompaña a vuesa merced algo más elaborado y terrible, más espantoso y demoniaco, algo más próximo a la idea que yo humildemente habíame formado del mal y de las diversas formas en las que se encarna.

-Tal vez ello constituya una limitación a mis proyectos. Nos hemos formado ideas muy precisas al respecto y hemos creído que, así como pensamos que existe el bien absoluto, también deberá existir el mal absoluto. Dios y el diablo. Mas el bien tiene sus limitaciones, y el mal absoluto tampoco existe. Dios y el diablo desaparecen, y el mal y el bien se confunden en una mezcolanza de la que, con frecuencia, nos resulta difícil separarlos. Yo soy malo, pero no puedo ser todo lo malo que he pretendido ser a lo largo de estos años. Tampoco el santo es siempre bueno, y Dios, la suprema bondad, no puede ser Dios, ya que, para serlo, es preciso que integre cuanto existe, pues él es todo, o no es nada. Si integrara todo en sí y fuera todo, sin que nada pudiera quedar fuera de él, ni la mota de polvo más pequeña, todos nos veríamos en él integrados, seríamos parte de él, y la imperfección que en todos nosotros existe contaminaría su esencia. La infinita bondad y la perfección suma que atribuimos a Dios no existen, pero tampoco existe el mal absoluto. Yo pretendo demostrar con mis actos, que, si Dios no existe, cualquiera de nosotros, sea cual sea el -314- camino que elija para lograrlo, podrá aproximarse a la idea misma de la divinidad, de proponérselo.

-Pero eso es una blasfemia.

-Yo soy un blasfemo.

-Una locura.

-Soy un loco.

-¿Y mi consejo?

-Ya me lo ha dado. Pensaba matarlo, mas, al escucharme como lo ha hecho, me ha permitido entender que no basta con ejecutar el mal para lograr lo que pretendo. Lo que más importa en este caso es la voluntad de ser. Por este simple hecho, le perdono la vida a vuesa merced. Tal vez la forma más sutil del mal sea el perdón. Pues bien, yo le perdono a vuesa merced el haberme escuchado y el que conozca mis secretos.

-No entiendo -dijo, entre atemorizado y sorprendido, el dueño de la casa. Estaba sentado en la hamaca, con los pies en el suelo y observando de

reojo al criado de la librea bermeja que, con su silencio, acompañaba a don Martín. Apoyado en el muro que separaba la casa de la calle, permanecía inmóvil y atento a cuanto acontecía a su alrededor.

-Tampoco importa -rematό el caballero-. Necesitaba que alguien me escuchara. En ocasiones, resulta muy difícil de soportar la carga que me he echado sobre las espaldas. ¡Abur!

Y se fue. Tras él, a corta distancia, caminaba su criado. Sobre el azafate quedáronse los sorbetes y las pastas sin tocar, y don Andrés permaneció inmóvil, contemplando los árboles y escuchando el trinar de algunos pajarillos que, a esas horas, revoloteaban entre sus ramas. El sol habíase ocultado en el cielo gris, y la neblina que llegaba del mar amenazaba con posarse sobre los techos y las torres de la ciudad. En el poyo de piedra en el que don Martín habíase sentado reposaba aquella rosa cuya fragancia habría de recordar durante toda su vida.

Ahora, observando la ciudad desde su cuarto, vuelve a sentir el aroma del mal que lo obligara a salir de Lima hacía ya tantos años, tras la muerte violenta de quien habíase sentido capaz de retar a Dios y desplazarlo. Por el oriente, sobre las montañas, el sol hace inútiles intentos por romper el cerco que las nubes opónenle a sus rayos. «Omnia sol temperat», piensa, «pero mi corazón permanece helado desde el día en el que conocí el secreto del hidalgo -315- asesino». Bajo sus ojos, Lima bulle y sus habitantes se desplazan entre el barrillo negro que la garúa va dejando bajo sus pies. El médico siente frío y se aleja de la ventana. «Dame, Dorila, el vaso lleno de dulce vino, que con sólo ver la nieve...», recuerda, pero no es la contemplación del paisaje helado lo que puede tranquilizar su espíritu, ni el saber, como sabe, que la vida continúa. El médico siente un desasosiego que le impide pensar, una presión en el pecho que lo obliga a respirar hondo, a palparse los flancos y, a ratos, a golpearse los hombros, o a frotarse las sienes con fuerza, pues imagina, con terror, que la sangre que ahora corre por sus venas habrá de detenerse, y él no sabe, como sabía Madre Sacramento, qué hay más allá de esta vida sin sentido, de este tiempo que huye de nosotros irremediabile y que nos borra para siempre, sin que nada, sino aire vano, éter intangible, quede finalmente de lo que fuimos. Se sienta sobre la cama y se echa una frazadita sobre los hombros. Piensa en el día en que murió Violante, en las terribles dudas que lo invadieron entonces, en la tristeza que inundó su alma, en la muerte del indiecillo Juan, a quien él consideraba y quería como a un hijo, en los trabajos que se toma Felipe para animarlo, en las amistades abandonadas y perdidas, en lo inútil de sus esfuerzos por conocer los secretos del mundo, en la eternidad en la que no puede creer y en el dios en el que se empeña en creer a pesar de todo, y, mientras sigue pensando en estas cosas y los puestos del Gato comienzan a ser visitados por las primeras compradoras de la mañana, el médico se va recostando lentamente y quedándose dormido en la misma cama en la que minutos antes se ha sentado y que ahora lo transporta, volando sobre las nubes grises que cubren la ciudad, hacia un mundo que no existe, un mundo mágico, imposible y luminoso, habitado por hombres puros y apasionados, por seres perfectos y transparentes como niños recién nacidos, justos y buenos, invisibles. Más allá de los blancos visillos de su ventana, entre las garúas de julio que siguen cayendo sobre la turbia ciudad, la vida continúa. Por las escaleras

sube, presurosa, la voz de su criada negra, llega a la puerta y penetra en la habitación anunciando las suculencias del almuerzo que acaba de preparar, pero el médico ya no puede escucharla: se ha quedado solo con sus sueños, cercado por sus temores. Aunque lo ignora, don Andrés Espinosa de los Monteros, cuando duerme, sonríe como un niño que acabara de mamar de la teta de su madre.

-316-

Capítulo XXVII
Historia de Casca

Ha de saber vuesa merced que mi padre, por sus pecados, era de todos conocido en la comarca como Casca y que mi buena madre sufría en su orgullo, que le abultaba a la pobre, pues era lo único que poseía. Veníale el mote como pegado, y olvidaba a ratos su gracia, Lorenzo Morquecho de San Vicente, villa de la Sonsierra de donde procedemos los Garnachos, como nos apodan. Decíanle Casca por sus prontos, que lo condujeron ya desde mamón a los peores extremos y, de tal manera, que, cierta vez, no contando todavía la edad de quince años, a punto estuvo de abrirle la molondra con un como rejón a un amolador gabacho metido a romero que lo llamó perillán al echar en falta un cacho de tocino de su zurrón. Costole el intento sus buenos azotes y unos cinco días de vergüenza en la picota de Santo Domingo; y, si no por el francés, que meaba estangurria y que, por hacer el camino, se sintió en el deber de perdonarle el que tratara de apurar sus agonías, habríale sonado la hora de la horca sin que aún le asomaran los primeros pelos de la barba a mi buen padre. Dieron los jueces nueva ocasión de vivir a quien tan malas inclinaciones demostraba, y el sayón cumplió su tarea con harta indulgencia, que azotes tan bien ganados no marcaron por mucho tiempo sus espaldas. ¡Con qué suavidad hízose entonces la justicia de los hombres! Casca, caballero, decíanle porque cascaba a cuantos osaban ofenderle, y no se desnudó el sollastre de hábito tan descosido y roto hasta bien entrado en achaques, que todavía recuerdo a mi pobre madre corriendo tras él por el pueblo para evitarle malos pasos y tropiezos, rogando a voces que no los tuviera, y, a veces, más allá, que, por ser mi taita carretero y de los mejores, hacía frecuentes viajes a Belorado y a Briviesca llevando consigo hartos pellejos de clarete de Cordovín con los que se pudieran regar los secarrales de La Bureba. Y, así, juntos hacían los caminos de Castilla como si ninguna otra cosa hubieran hecho en toda su vida. Siendo niño, acompañábales yo en los periplos de Baco, que, de no haberme llamado a su servicio el poverello, bien podría haberme defendido en esta vida armado de cántaras, arrobas y medias azumbres, pues de todas entendía como si me hubiese amamantado con arrope.
Mi madre, Casilda, había nacido en Óllora, una aldea cercana a San Millán de la que había bajado por el valle hasta Villar de Torre, donde, a los

catorce años y con una faldilla colorada por toda dote, púsose a servir en la casa de uno de los mejores hidalgos de la región, de donde la arrancaron mi -317- padre y su buen amo para llevarla al altar sin que ella hubiese llegado todavía a cumplir los dieciocho. Así es, señor caballero, la vida de los pobres, que todos deciden por nosotros lo que sólo nosotros deberíamos decidir. Hoy, mi buena madre vive en Nájera muy a sus anchas, que una de mis hermanas, variando de signo la suerte que desde siempre parecía perseguir a mi familia, casose con un mozo rico de Herramélluri, que la mantiene. Tantos trabajos como mi buena madre Casilda ha pasado han sido al fin recompensados en esta vida, que, a más del cielo, los buenos cristianos debemos esperar alguna recompensa en este mundo.

Contábale, señor, que, siendo yo muchacho, escuché algunas veces en Cirueña a los chicos de mi edad que a mi padre le decían Casca por la habilidad que tenía para imitar el canto de las codornices, pájaros de los que hacía un magnífico reclamo cuando salía de caza con sus hermanos, que todos eran aficionados. Sabrá vuela merced que en nuestra tierra se piensa que el canto de la codorniz lo entienden los galbanes, y hay traductores que vierten sus gorgoritos de esta suerte a lengua de cristianos viejos, que de los nuevos ninguno queda, si alguno hubo en los lejanos tiempos del rey Witiza, que es cuando, al decir de nuestros padres, pastoreábanse los marranos en nuestros montes: «Cáscale a trabajar, que si no, no mendarás». El labrador, que valora en mucho el esfuerzo al que le obliga la morisca, piensa que, al cantar, la codorniz le llama la atención por aflojar en su faena. De mi taita decíanse muchas cosas, y en Cirueña eran contados quienes lo apreciaban, pero nadie podía decir de él que fuese un vago. Violento y fornido sí que lo era, como le tengo dicho, y no sólo los chiguitos temblaban al ver a aquel hombrón que, con la cara y las manos renegridas por el sol y la grasa de carro, más parecía demonio que persona; pero, si se le necesitaba para levantar una viga, o para desatascar una carreta de los barros, nadie, ni el fraile de Nájera que atendía nuestra parroquia, dudaba un segundo en requerir sus servicios, que, para ellos, Casca se encontraba siempre listo y en disposición de demostrar el enorme poder de sus músculos enfrente de sus vecinos. Decíase que era capaz de levantar a pulso una barra de prensa, tomarla por un extremo y ponerla en su agujero. Yo nunca vi que lo hiciera, pero sí he visto a veces a mi taita levantar un carro cargado de trigo, agarrarlo de una de las ruedas y sacarlo a pulso de las aguas crecidas del Romalleda, que es riachuelo que a veces espanta. Era ésta su manera de sacudirse la galbana cuando la había, que, si le llegaba en el estío a la hora de la siesta, metía la cabeza en el río o en cualquier pozo y, de esta suerte, salía como nuevo. He de añadir, señor caballero, para completar su retrato, que, si bien bebía a grandes tragos de unos pellejos que tenía para el caso, no recuerdo -318- haberlo visto jamás borracho, que en mi pobre casa no conocí loba ni zorra y sólo un gato que tenía a raya a los ratones que cercaban los mendrugos de la despensa.

Habrá de preguntarse vuesa merced cómo un hombre tan falto de virtudes pudo casarse con una mujer tan piadosa, y de esto he de decirle que fue, ante todo, decisión ajena, pues en ella no tuvieron arte ni parte los interesados. Contábase que, en cierta ocasión, viajaba don Antón Fontecha,

que éste era el nombre del hidalgo de Villar, hacia Zorraquín y que, subiendo por el monte Sarrote, en un recodo, le asaltó un bandolero al que apodaban Perrazo. Era éste de Turza y tan mal afamado que cuantos caían en sus manos dábanse por muertos, pues usaba una pistola grande de cañón oscuro cuya sola visión acababa con las esperanzas de los viajeros. En ello estaba el hidalgo, tan asustado como podrá imaginarse vuesa merced, cuando mi padre, que estaba cazando en los robledos con su hermano Nicolás, apareció entre los matojos y de una certera pedrada dio con el bandolero en el suelo, tirándolo de su caballo. Perrazo quedó tan mal como puede suponerse, y entre los tres lo llevaron del pescuezo hasta Ezcaray, donde la justicia lo puso en el calabozo que, desde hacía ya algún tiempo, le reservaba. Tan agradecido quedó el caballero por el servicio de mi padre que no pasaba semana sin invitarlo a su mesa, y muchos fueron los favores que, desde entonces, gozó a sus anchas, que la gente comenzó a mirarlo con otros ojos y muchos, a ver en él, más que al matón temido de negra fama, al justiciero de los caminos. Hasta hubo quien puso en romance la aventura, que yo todavía recuerdo unos versillos de aquellas canciones de mi infancia. El bandolero acabó en la horca, y mi taita, por eso de que hay cosas en la vida que la tornan otra, hízose más prudente y atemperó en algo su carácter, que, empero, siguió siendo violento y extremado, aunque más tolerable.

Este don Antón, que era rico, quiso casar a mi padre con su criada, a la que por su buen carácter habíase aficionado. El hidalgo creyó que, de este modo, saldaba su cuenta. Dotó a mi madre de una casita en Cirueña, un arcón lleno de ropas y de mantas para el invierno, algunas mudas y con todo ello y dos libros de devoción que salían sobrando porque ninguno de los dos tenía tratos con las letras y aun ignoraban el alfabeto, se la dio a Lorenzo, con el que Casilda se casó en la iglesia de San Andrés de Cirueña, una mañana de junio de muy buen sol. Después de la boda, fuéronse al bosque y, en un claro entre los robles, hicieron, según me contara mi madre, un gran banquete pagado por el hidalgo y con corderos de los rebaños del marqués de Cirueña. Vinieron invitados de Haro y hasta de Nájera, y no faltaron los de Santo Domingo de la Calzada, San Torcuato, Ollauri, Alesanco, Azofra, Hervías, Hormilla y Ezcaray, -319- que en todos los pueblos era bien conocido mi padre y, desde que salvara al hidalgo de Villar de Torre, también respetado. Hubo entre los invitados no pocos de calidad, que, según mi madre, contó hasta tres frailes, dos beneficiados, dos racioneros y un canónigo de la Calzada, sin los legos de San Millán y Valvanera, algunos hidalgos y unos monteros del conde de Hervías que habíanse traído consigo muy buenas provisiones de caza para completar la fiesta. Ésta duró cuanto duran las bodas en nuestra tierra y por muchos años fue mentada, que si Cervantes escribe de las de Camacho, en Cirueña nadie ha olvidado hasta hoy las de Morquecho.

Éstos fueron mis padres, señor caballero, y, si vuesa merced no supo de ellos mientras viviera en Ezcaray, entérese de que mi tío Nicolás teníanos a todos muy al tanto de los asuntos que a la familia interesaban. Es el caso que, en cierta ocasión, cuando todavía mi padre era joven, su hermano Nicolás, que por entonces estaba al servicio de aquel don Gil, abuelo de vuesa merced, fue por él muy mal tratado, que le puso el sambenito de caco en el rollo de Ezcaray por un celemín de cebada que, según sus cuentas,

habíase fugado de sus hórreos. Mi tío enfermó de rabia y juró que habría de vengarse, como lo hizo. Ignoro la razón que movió a mi madre a sumarse a la venganza, mas asegúrole a vuesa merced que sus hijos crecimos mamando de sus tetas rencor a los de Cellorigo y fidelidad a los de Ubago, que éstos fueron para nosotros principios tan sagrados como artículos de nuestra fe. No había yo aún aprendido a decir taita, cuando supe que, por otra sospecha de su abuelo, mi padre había sido puesto en los calabozos de Nájera, donde los de Cellorigo tenían entrada franca al palacio del duque, acusado de haber incendiado un pajar que poseían en los campos de Zarratón, junto al Zamaca. Por entonces, hacía varios años que había muerto el hidalgo de Villar que nos protegía y, de no ser por don García de Ubago, que nos compadeció y tomó a mi madre a su servicio en Ezcaray, habríamos perecido de la necesidad en la que nos pusieron a los Garnachos, que fue tan grande que aún recuerdo con espanto a mi madre llorando con nosotros por las noches junto al fogón apagado, gritando que volviera presto su marido para vengarla. Bañada en lágrimas, poníase a rezar, y sus hijos respondíamos con devoción los padrenuestros en espera de que, al día siguiente, se produjera el milagro. Nunca he vuelto a sentirme tan desgraciado.

Ha de decir vuesa merced que cuantas desgracias soportara mi familia encuentran su causa primera en la venganza, y quiero, a fuer de lógico, de que me precio, darle en ello la razón; mas la venganza para el pobre no es sino una de las formas de la justicia, que no habrá de ser ésta nunca alcanzada por quien no puede ponerla en almoneda, como hacen los ministros de la cárcel, que más -320- padece un pobre por un adarme de mies que un mohatrero por los agios que carga en su conciencia. Y, así, ha de saber, señor caballero, que en las cárceles sólo quedan quienes no tienen grasa con la que untar las ruedas del carro de la justicia, que los otros hinchan las faltriqueras de los jueces y ministros con buenas peluconas y, en haciéndolo, salen a sus casas, como si en la cárcel sólo se hubiesen detenido a ejecutar su caridad, a la que se dicen aficionados. Nadie se ufana de haber sido preso, y yo menos, que soy francisco, mas he de decirle a vuesa merced, don Íñigo, que mi padre sí lo hacía y que tenía a mucha honra el haber pasado cuatro de sus mejores años en el calabozo de Nájera y el haber perdido en él la oreja izquierda, que todo lo daba por bien empleado, si ello redundaba en perjuicio de los de Cellorigo. Él fue quien quemara el pajar de Zarratón y otros pajares y casas de la comarca. Y todavía hizo más, que salía de noche con mis tíos y, embozados en sus tapabocas, buscaban en las calles de Ezcaray o de la Calzada la justicia que todos les negaban. Una de esas noches mataron a palos a uno de los criados de vuesa merced, un mozo de Urdanta del que quizá se acuerde. Era casi tan grande como mi padre y muy fuerte, y presentó tan gran resistencia a sus atacantes que Ulpiano, el más joven de mis tíos, salió del trance muy apurado y tan malo que, a los pocos meses, murió de las resultas. Su abuelo hacía años que era finado, y su padre de vuesa merced, que quería acabar de una vez por todas con la violencia, echole tierra al asunto, y nunca más volvió a hablarse en Ezcaray de la guerra entre las casas de Ubago y de Cellorigo, aunque puedo decirle que aquéllos todavía no han firmado las paces, ni habrán de hacerlo, que es cosa de honor, y éste no se cura de reparos ni santurronerías.

Mi madre fue, pues, soldado voluntario de aquella guerra. Cada uno de nosotros lo ha sido a su manera en estos años, aunque, cuando nacimos, llevaba ya más de medio siglo de cobrar su cuota en vidas y en haciendas. Nunca he podido entender cómo vuesa merced pudo permanecer al margen, pues yo, pese a tantas penitencias y mortificaciones como me he impuesto, jamás he podido olvidar el odio con el que creciera en mi cabaña de Cirueña. Al cerrar los ojos, veo a mi madre y a mis hermanas temblando de frío ante el fogón apagado, y por el pecho me sube un rencor sordo y caliente que me quema. Yo soy hijo de Casca y de Casilda y, por serlo, me siento honrado. Desconozco las causas que dieron inicio a la guerra entre los Ubago y los de Cellorigo, pero he de decirle, señor caballero, que sí conozco las razones de los Morquecho y las apoyo, que jamás he de favorecer a ninguno de los de su casa y que en mí ha de tener siempre vuesa merced un enemigo jurado. No sé si los de Cellorigo tuvieron, o no, parte en la muerte de Casca, mas sí sé que la tuvieron en todas las -321- desgracias de su vida y que jamás han pagado cuanto le deben en justicia. Vea vuesa merced que un celemín de cebada puede llegar a ser carga demasiado pesada para quienes, como su abuelo, no saben admimistrarla.

Casca murió de mala manera en Ezcaray, junto a la iglesia, de resultas de una cuchillada que le pasó los pechos. Jamás se supo de nadie que lo hiciera, pero todas las sospechas iban a cierta persona de calidad, hidalgo conocido de aquel pueblo, a quien mi padre había amenazado de malas maneras unos días antes en la taberna de Emerenciano, que es vinatero de Alesanco que puso tienda en Santo Domingo. Siempre se dijo que el tal don Martín de Ugarte, que éste era el nombre del hidalgo, había sido el matador, pero jamás pudo demostrarlo nadie, que hubo cuatro testigos que juraron ante el juez haber estado con él toda la noche disfrutando de sus encantos, que no eran pocos.

Este caballero de Ugarte tenía una estatura más que mediana, era garrido de cuerpo y asaz ingenioso y, pese a ello, más que amado, temido en toda la comarca. Contábanse de él terribles cosas, mas jamás pudo la justicia de mostrarle nada, que, además de astucia y mucha fuerza, de las que usaba contra todos, algunos decían que poseía el don de la ubicuidad. Al morir mi taita, dedicábase el caballero a las diabólicas artes de Arnaldo y Trimegisto, y yo, a mis disciplinas de novicio, que abusaba de ellas para alejar de mí las tentaciones de la venganza. Mucho hube de esforzarme para no caer en ellas, que siendo el tal hidalgo pariente en idéntico grado de los de Cellorigo y los Ubago, sentía que el pecho se me abría con sólo pensar en su persona. Decían los de Cirueña que la noche en la que mi padre murió vieron a don Martín cabalgando como alma que lleva el diablo hacia los campos de la Degollada, en dirección a Nájera, donde, en efecto, amaneció en la alcoba de una de sus amantes en el barrio de San Fernando, junto al convento de las clarisas. Los de Azofra aseguraban que en la noche de autos habían escuchado cabalgar a una legión de demonios por la calle Real y que tan fuerte hincaban las espuelas a sus monturas que, más que correr, volaban por los aires como por artes de encantamiento. A los pocos días, el asesino, que jamás fue molestado por la justicia, desapareció de la comarca y nadie ha vuelto a verlo por aquellos lugares, que mucho me he esforzado en seguir sus pasos y jamás he logrado progresar en mis intentos.

Ésta ha sido, señor, la historia de Casca, enemigo de la casa de los de Cellorigo y fiel hasta su muerte a la de los Ubago de Ezcaray, que nadie podrá acusarlo de haber sido desleal a su causa, al modo que no lo hemos sido ninguno de nosotros, pues, si pobres y de grandes necesidades, hemos sabido conservar -322- la riqueza de nuestra honra, que es la que importa. Al igual que todos -que en ello poco nos diferenciamos-, fue bueno y malo, generoso y mezquino, feliz y desgraciado y, con frecuencia, muy feliz por ser tan desgraciado. En Cirueña todavía lo recuerdan, y mi buena madre, que vive en Nájera, tiene ahora en la vejez el dulce consuelo de su memoria, que a él le dedicó su vida, y nadie podrá decir que no lo hiciera con la pasión de una amante siempre entregada. Cuéntame mi hermana Elvira en una de sus cartas que mi madre reza a diario por el eterno descanso de su alma y que a él dedica más oraciones que preces elevan al cielo los labradores cuando faltan las lluvias. Vea vuesa merced que también los pobres tenemos nuestro orgullo y que éste está tejido con pasiones similares a las de los ricos, que a la hora de pesar nuestras acciones en la balanza de aquel juicio que a todos nos espera poco han de importar si éstas estuvieron teñidas de razón de estado, o si tan sólo nos movió el humano deseo de seguir viviendo con dignidad. Y sepa que la razón del pobre es siempre más poderosa que la del rico, que más pesa en nosotros un celemín de cebada que en los arcones de vuesas mercedes las talegas de oro y plata con las que dan satisfacción a sus caprichos. Ya no deseo seguir por este camino, que vuesa merced, caballero, habrase formado en su cabeza el cuadro que más le conviniere y sacado de él las conclusiones más a su propósito, pues no ha habido otro en el relato que acabo de hacerle que abrirle los ojos a lo que algunos llaman la verdad y los menos tenemos por apariencia de la misma, que aquélla, al fin, a todos se nos escapa. Quedaré satisfecho si don Íñigo de Cellorigo así lo entiende, que no está bien que se mantenga ignorante de la enemiga que hacia su persona alimento con el recuerdo de las cosas que le he contado.

Y despidámonos aquí, que ya es muy tarde y habrán de echar de menos en el convento a quien, habiendo salido a asistir a un moribundo, hase entretenido en conversaciones tan poco a propósito a su alto ministerio de sacerdote.

Prométole que no habré de huir de ahora en adelante de vuesa merced, pues, tras haber confesado mis más recónditos secretos, ya no me embarga temor alguno hacia vuesa persona y aun el odio que siempre he sentido por vuesa familia paréceme ahora mitigado. He descargado sobre vuesa merced un gran peso, como lo hiciera en otra ocasión sobre vuesa hermana, que conocía bien mis debilidades, mas ésta es harina de otro costal, que Madre Sacramento bien pudo morir por su causa, y yo quiero que se quede vuesa merced con la duda. Donde quiera que se encuentre, mi taita habrá de agradecérmelo. ¡Abur!

-323-

Capítulo XXVIII

Teniendo ya mi casa sosegada

Aquella tarde pensé que moriría. Dolíanme las piernas, y, en la boca del estómago, un peso duro, como si una piedra cayera en un pozo sin fondo, me desgarraba las entrañas. Me enroscaba como una serpiente sobre mí mismo. Me abrasaba por dentro. El dolor era tremendo, insoportable, mas temía ponerme de pie, pues sabía que mis piernas habrían de abandonarme. Solo en la rebotica, abandonado a mi suerte, tenía la cabeza pesada y fría y los ojos abiertos, perdidos en los albicantes del techo, amenazante y bajo. Las vigas que lo cruzaban, oscuras y siniestras, parecíanme sendas trazadas hacia el Orco, perdidas en un punto lejano al que todas confluían. Sobre mis hombros sentía el peso de la tierra toda y de sus montes, y heríanme las vistas los reflejos crepusculares que se filtraban por el ventanuco de la rebotica. Érame dolorosa cada bocanada de aire que, por seguir viviendo, hacía pasar a mis pulmones. Golpeábanme los pulsos y retumbábanme en las sienes cual tambores. Desde los portales de la plaza, de tiendas, tabernas, alcobas, estrados y salones, deslizándose por rendijas y salvando rejas, celosías y tramperas, en la soledad que me cercaba, llegábanme a ratos confusos ecos de un mundo exterior que me reclamaba para sus fastos, bullicio apagado y lejano de la vida asiéndome entre sus garras: gritos de niños, rasgueos de vihuela, rechinar de ejes de carretas, ayes desgarrados, cantos, risas, llantos de mujeres, secretos, blasfemias y maldiciones de borrachos que no veía y que eran, de seguro, tan pobres hombres como yo mismo en ese momento, ladridos de perros, relinchos y golpes. Eran cantos de unas sirenas que parecían querer decirme que debía seguir viviendo, bregando y sufriendo, orgulloso de ser lo que era, de vivir enfrentado a la certeza de la muerte sin pretender escapar a mi destino. El aire me pesaba como si fuera de plomo, y en los rincones más oscuros de la rebotica intuía la existencia de una vida minúscula y secreta cuya realidad hacíase ahora patente a mis sentidos.

Durante los últimos meses habíame dedicado a estudiar los efectos de las hierbas sobre las heridas y enfermedades, y en esos afanes habíame pasado las más de las noches aferrado a la esperanza de dar con remedios nuevos, raros y cada vez más eficaces. Bubas, granos, incordios, pústulas y otros males de la sangre curábanse como por ensalmo con polvos de tara y emplastos de quetoqueto y salca que, cada noche, guardaba en frascos con etiquetas entre las drogas más eficaces que iba atesorando. Veía los azules y ocres de los frascos -324- de cerámica en los que las guardaba y, cada mañana, acariciaba sus curvas como un amante que teme el olvido de su amada al despertar junto a ella. Si un enfermo se llegaba a mi botica con un récipe y me pedía la salud por el amor de Jesucristo, enseñábale a preparar infusiones de irusta con las que limpiar su sangre, hervidos de machua con targüi contra las lombrices, bebedizos de canchalagua para matar el tabardillo, macerados y hervidos de sambenito y chinchircuma, tisanas de aguaymanto, tilo, uña de gato, verbena, sangre de drago, canlli y capulí, agua de calaguala, ajipa, y otras hierbas de cuyo conocimiento me ocupaba en esas fechas, abandonados como tenía por entonces mis estudios anteriores sobre los efectos de las aguas en el

adelgazamiento de los humores y a los que habíame dedicado durante años. Teníanme todos por menos cuerdo que antes, y mirábanme con no pocas suspicacias los médicos y cirujanos de la ciudad. Llegose a comentar en los más frecuentados salones de Arequipa que, por mis pecados, había yo dado en la insensata pretensión de cambiar el orden del mundo y que mis trabajos en nada habrían de favorecerme, pues los buenos consejos que a los pobres enfermos entregaba gratis et amore pro salute hominum no habrían de servirme para llenar de peluconas mis faltriqueras.

En su Libro que trata de la nieve y de las propiedades y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella y de los otros modos de enfriar, publicado en Sevilla en 1571, que es el ejemplar que guardo entre mis libros más apreciados, escribe el doctor Monardes que la nieve asegura durante días y aun meses la conservación de los cadáveres y sus propiedades y que otro tanto ocurre con las plantas. Afírmase que una idea no menos entusiasta de las virtudes del frío túvola Francisco Bacon, ilustre filósofo de los ingleses, y que pagó con su vida el haber pretendido demostrarla, pues la madre Natura es crudelísima con quienes osamos arrancarle sus secretos, y así acabó su vida quien por tantos conceptos puede ser considerado benefactor de la humanidad, derrotado por un vulgar resfrío. No fueron, empero, mis intentos tan atrevidos, ni semejantes mis pretensiones, pues, como todos en estas tierras, tengo por bien comprobadas las virtudes de la nieve, que nuestros indios, careciendo como carecen de libros, de saberes y de tratados sapienciales, ignorantes de Dioscórides, Avicena, Laguna y Paracelso, las conocen tan bien y a un mejor que el doctor Cardoso, pues entierran papas en las cumbres y, de esta suerte, hacen lo que llaman chuño, que es comida, si no grata, suficiente para quienes pasan la mayor parte de su vida con tan magras raciones de alimento como poseen, que ni aun los anacoretas de la Tebaida en la antigüedad tuviéronlas tan cortas como ellos. Mas pensaba para mí que la nieve, a más de conservar -325- suspendidas las propiedades de la carne en los cadáveres y de preservar las virtudes alimenticias de las plantas, podría servir para mantener en su estado primero los precipitados y destilados que son de uso más frecuente entre médicos y enfermos y que hacen de mi trabajo una rutina. Y así comencé a utilizar la nieve y el hielo para estos fines y a enterrar en un depósito, que para tal propósito tenía en el sótano de mi botica lleno de nieve, frascos de ungüentos, extractos y bebedizos, cordiales, emolientes, elixires, cataplasmas y jeringas, libre, de esta suerte, para usar mejor mi tiempo en los trabajos que habíame propuesto culminar. Al cubrirlos, la nieve protegía mis hallazgos, y las horas que dedicaba a mis trabajos se deslizaban sin prisas ni precipitaciones.

En semejantes afanes me encontraba, cuando descubrí por un casual las propiedades del amachu, planta ruin que florece por igual en las quebradas más cálidas y en las punas más frías y de la que los indios, dejándose arrastrar por sus supersticiones, usan a menudo en sus brujerías. El principio activo de la planta limpia la sangre y quema la grasa, ablanda incordios, regula el flujo de los humores del cuerpo y protege a los infantes de los malos aires que llevan a los constipados. Usábanla los indios para abrir los poros de sus enfermos cuando la conocí y hacían con ella emplastos de enorme eficacia en el tratamiento de los bubones. Usela

con no poca frecuencia en macerados y bebedizos y, dejándome llevar del entusiasmo, quise, al fin, extraer su espíritu y conservarlo con la intención de mejorar de este modo mis recetas. Reuní con este objeto una cantidad suficiente de estas plantas y, todavía verdes, por imaginarme que así conservaban mejor sus propiedades, corté sus flores y las tiré. Limpié los tallos y las hojas lo mejor que pude y dejé que durante varias horas se secaran al sol; luego, corté todo con un cuchillo, lo puse en el mortero y lo majé con la mano del almidez hasta que obtuve la cantidad de líquido que necesitaba. En ello estuve toda la mañana. Lo dejé cuando, ya bien entrada la tarde, exigió mi cuerpo la ración de alimento que a diario calmaba sus torturas. Comí rápido y volví a la rebotica a continuar con mi trabajo. Por suerte para mí, sólo dos clientes me visitaron e interrumpieron aquel día mis afanes. Si alguien me hubiese visto en trance de alquimista, habría pensado que era un poseso. Tenía los ojos fuera de las órbitas, los pelos revueltos, la barba hirsuta, las manos trémulas y el pensamiento extraviado. Veníanme a la mente las imágenes del día en que muriera Madre Sacramento y escuchaba a Espinosa contándonos sus temores de que nuestra amiga hubiera sido envenenada. «¿Quién lo habrá hecho?», preguntaba el buen galeno. Y yo repetía con él, sin pensar en lo que decía: «¿Quién lo habrá hecho?». Espinosa paseábase aquella noche con las manos a la espalda, y las preguntas se multiplicaban: ¿quién?, ¿cuándo?,
-326- ¿dónde?, ¿cómo?, ¿por qué? El ruido de sus pasos contra el embaldosado acentuaba el tono quejoso de las preguntas. No existía motivo alguno y, sin embargo, la mejor de todos nosotros había muerto. Yo estaba obsesionado con esta idea. Mientras preparaba todo sobre mi mesa, volvía a ver a Espinosa con las manos en la espalda, paseando de un lado a otro de la habitación.

Mientras evaporaba el extracto en el matraz en una solución de alcohol y agua a partes iguales, continuaba preguntándome por las razones del asesinato sin encontrar respuesta. De lo que no tenía duda era de que los asesinos habían utilizado un veneno lento pero eficaz, pues, según el testimonio que el buen Espinosa recogiera entre las monjas, era tal la flacura, debilidad y decaimiento de nuestra amiga durante los días previos a su muerte que no pocas entre ellas habían dado en imaginar que vivir así era una especie de milagro que confirmaba su santidad. Los vapores del amachu impregnaban con su olor la rebotica. Días más tarde, algunos amigos me aseguraron que en toda la plaza Mayor y hasta en la catedral habíase sentido un fuerte olor a ruda durante todo el día, como si alguien hubiese pretendido con ello desviar de la ciudad la mala suerte, a la manera de los hechiceros de las alturas. En el fondo de aquel matraz hacía su aparición un líquido denso y pegajoso que burbujeaba en el fuego, y yo esperaba que en breve cristalizara. Sus vapores opacaban los vidrios de mis anteojos, y la penumbra comenzaba a posarse sobre los muebles como una fina gasa de Mosul que invitara al sueño.

Hubo un momento en el que sentí que el silencio rozaba mi piel como la caricia de una amante. Fue una sensación fría, como de muerte. Recuerdo que allende el ventanuco que daba a la plaza pude ver el suave rielar de la luna en los sillares de la catedral. «Marfil pálido, alas de mariposa», recuerdo que pensé, tratando de encontrar la palabra justa, poética, que describiera el fenómeno. Las sombras se deslizaban sobre la rugosa

superficie de aquellas piedras empero tan etéreas. Recuerdo también que pensé en que no había escuchado las campanadas de la tarde y que quise reconstruir mentalmente su sonido. A mí me gustan las campanas. Me gustan. Me gustan mucho. Son, para decirlo de algún modo, el evangelio de los sonidos. Nos anuncian la redención y el fin de nuestras agonías en este valle de lágrimas.

Quizá me equivoque, pero recuerdo que, al descubrir en el fondo de aquel matraz las primeras formas sólidas del espíritu del amachu, sentí un desvanecimiento. La cabeza me daba vueltas, y, durante unos segundos, tuve la impresión de que me hundía en un pozo sin fondo. Nada de esto es seguro. Ni siquiera lo es para mí, pues en estos años he dado en pensar que cuanto ocurriera -327- aquella tarde jamás habré de conocerlo con certeza. Las sensaciones eran muy raras y, todavía hoy, cuando trato de recuperar algunos jirones perdidos de mi memoria, afufánseme los pensamientos de tal manera que me quedo in albis. A veces imagino que esa tarde jamás existió y que yo la pasé dormido, o embelesado.

Pero no. Fueron ciertos mis terrores, el dolor y la sensación de muerte que me invadía. Sentíame como han de sentirse los peces que, habiendo mordido el anzuelo que el pescador ha puesto para su captura, boquean en la orilla y se agitan. La penumbra inundaba la estancia, y sólo el alcohol que ardía bajo el matraz la iluminaba. Las sombras se proyectaban en la pared desnuda que me separaba de la botica. Sobre los oscuros almohadillados de la puerta hacíanse estas sombras tan densas y pesadas que, de no temer los excesos a los que puede conducir mi relato, juraría que eran cuerpos nigérrimos, monstruosos y atroces, seres infernales que me cercaban y de cuyas garras no tenía esperanza de escapar. Elemi, Astaroth, Belcebú, Asmodeo, Belfegor, Lucifer y Leviatán: los demonios danzaban en las sombras, gritaban sus blasfemias y se contorsionaban como lo hacen los simios en las copas de los árboles. Al terror, al ahogo y al dolor que presionaban sobre mi pecho sumose, al fin, la parálisis de mis piernas. Hundido en el sillón frailuno que ocupaba en mis trabajos, trataba de ponerme de pie sin conseguirlo. Las sombras hacíanse más densas, negras y pesadas, y yo veíalas transformarse en gigantescos animales de fauces abiertas y garras afiladas. Llegué a escuchar sus rugidos, tan profundos como si procedieran del averno. La llama de alcohol era cada vez más débil, y, en un esfuerzo supremo, pude encender con su candela la mecha de un candil que colgaba de la pared cerca de la mesa. Las sombras se agigantaron y cubrieron todos los espacios vacíos de la estancia. Traté de cerrar los ojos y de hundirme en el sillón, pero no pude. Algo más fuerte que yo mismo me obligaba a permanecer alerta, y, sin poder controlar mi miedo, apoyé mi mano derecha en el borde de la mesa, empujé ésta y caí al suelo cuan largo era, golpeándome la cabeza contra el macizo respaldo de mi sillón de trabajo.

Debí de permanecer sin sentido durante horas, pues, al volver en mí, observé que, más allá del ventanuco, ya no se escuchaban los pasos de quienes, aprovechando las primeras horas de la noche, serenas y cálidas en Arequipa, salen a pasear bajo las arcadas de la plaza con el paso cansino de quienes poseen el tiempo para dedicarlo a los ocios tranquilos que los pueblos más apartados nos regalan. Los suaves reflejos crepusculares habían acabado, y la negrura de la noche cubría la ciudad. Las sombras

habían desaparecido, y el silencio perfumaba la atmósfera de la rebotica con un aroma de paz incitador -328- del sueño. Mis terrores habían cesado, y, con ellos, los fantasmas que me atormentaran. Sentía como un vacío, una sensación de inanidad y de ausencia que vaciaba mi mente de palabras y pensamientos. El aire era tibio, mas, aun cuando la nieve me cubriera, estoy seguro de que nada podría haber sentido, pues estaba fuera de mí, ajeno a mi cuerpo y a mi espíritu, como muerto, o rodeado de muerte. Ni siquiera intenté moverme, que mi voluntad yacía ausente y me había abandonado. Mis ojos veían sin ver y sin mirar, y mis oídos oían sin oír ni escuchar. Cerré los ojos y los oídos y, poco a poco, un nuevo sueño me invadió y quedé privado de todos mis sentidos. Era sin ser y estaba como si no estuviera donde estaba. Mi mente parecía una página en blanco. Aún imagino con frecuencia aquel momento, mas mi memoria no puede reconstruirlo, pues de él tan sólo ha retenido la sensación de no ser que muchas veces me atormenta todavía.

Desperté al escuchar unos aldabonazos en la puerta de la botica. Con los ojos todavía cerrados, sentíalos lejos. Una especie de niebla azul me envolvía. Los aldabonazos se repitieron una y otra vez y, al fin, abrí mis ojos, los restregué y estiré mis brazos con la pereza que, todas las mañanas, me invadía a la hora de despertarme. Aunque con dificultad, hice un esfuerzo supremo y me puse de pie. Sentía mis piernas adormecidas, pero, a medida que caminaba hacia la puerta de la calle, el dolor y el adormecimiento desaparecían. Observé el desorden de la rebotica con extrañeza: mi sillón frailuno en el suelo, el espíritu del amachu en el matraz, algunos libros abandonados sobre la mesa, papeles, polvos secantes, una pluma, hojas y flores y el candil todavía encendido en la estancia iluminada por el sol de la mañana. El visitante insistía, y, tras poner algún orden en aquel enorme caos, me dirigí a la puerta para atenderlo. El ruido de la llave al rodar sobre la cerradura me devolvió definitivamente a la realidad. Cuando abrí la puerta, una bocanada de aire fresco azotó mi cara. El sol blanqueaba los sillares de la catedral.

-Buenos días, seor licenciado -díjome a guisa de saludo una mujeruca que se cubría con un mantón negro de lana burda y maloliente.

-Buenos días le dé Dios, señora -le respondí.

Algún peligro debió intuir en el aire la mujeruca, pues, con el instinto de los cobardes, hizo rápidamente la señal de la cruz y musitó una plegaria. Tenía la vieja la cara comida por la viruela, la boca torcida y unos pocos dientes negros y careados que le colgaban de la boca a manera de plátanos ya maduros. Trató de sonreír, pero sus ojos denunciaban el miedo que sentía en mi presencia. Cuán importante podía ser lo que la trajo a la botica todavía lo -329- ignoro, pues, empujada por sus temores, prefirió darse la media vuelta y, con rapidez juvenil, desaparecer por la esquina de la calle de la Merced, por donde doblaba para hacer su entrada en la plaza un carro de paja en cuyo pescante iba un carretero, conocido mío, que me saludó como siempre.

Quedeme extrañado de la reacción de la vieja y entré en la rebotica para ordenar mis pensamientos, no sin antes atrancar de nuevo la puerta para no ser molestado por algún tiempo. La mañana transcurrió sin mayores percances, y, cuando volví a abrir la botica, acudieron con su récipe los enfermos como solían hacerlo cada día sin dar muestras de hallar en mí

otros motivos para asustarse que los que normalmente suelen encontrar en quienes manipulan la naturaleza para convertir los venenos en principio de vida y de salud.

Y esto es todo lo que aquel día me sucedió, que, ya llegada la noche, decidí acostarme temprano y descansar como hacía demasiado tiempo que no descansaba, dejando que mi mente vagara por la campiña que rodea la Ciudad de los Reyes y en la que pasara, siendo niño, los mejores momentos de mi vida. Estando en ello, me llegó el sueño, y fue aquél de los mejores que jamás haya tenido, que a la mañana siguiente, al ponerme de pie, volví a sentirme renovado y olvidé para siempre mis pesadillas. La verdad es que ya no quería acordarme del espíritu del amachu. Temía que sólo el respirarlo pudiera ponerme, como me puso, al borde de la muerte.

¿Fue amachu lo que le dieron a Madre Sacramento? No podría decirlo. Tal vez. Quien la envenenó, sin embargo, conocía muy bien las propiedades de las plantas, y sospecho que no podía ser sino mujer. No podría decir por qué; sólo lo sospecho. Es una especie de intuición, una corazonada, pero puedo asegurar que en todo este misterio hay alguna mano femenina que mueve los hilos de todos nosotros. ¿De quién será esa mano? No lo sé. Averígüelo Vargas, en todo caso. Tal vez Íñigo lo sabía. ¿Se marchó por ello? No lo sé. Tal vez el buen Espinosa lo supo en su momento y decidió abandonarnos. ¿Por qué? Otro misterio. La vida es una especie de rosario, y cada cuenta es un misterio. Poderosas debieron de ser sus razones para irse de Arequipa. En todo esto hay un tufillo de azufre que no me gusta y que, lo confieso, me asusta mucho. Espero olvidarme algún día de esta historia para volver a dormir sin sobresaltos que me obliguen a levantarme a medianoche y a pasear por la habitación como un poseso. Ésta es una historia poco apropiada para entretener a los niños junto al fuego de la cocina en las noches de invierno. Nunca más he vuelto a experimentar con estas plantas y ahora, como todos saben, me limito a hacer los preparados que los galenos me piden para sus pacientes. El querer ir más allá -330- de lo que nuestras fuerzas nos aconsejan es locura, y yo aspiro a vivir los pocos años que me quedan en paz conmigo mismo y con los demás. No es pedir demasiado, según entiendo.

-331-

Capítulo XXIX
Ser sin ser

«La noche ayuda a la oración. Es mi amiga y compañera. Cuando mi alma se prepara para recibir a Dios, la noche es callada, quieta, vacía y limpia. Los sonidos que en ella se escuchan son como murmullos de alabanza que se elevan a los cielos. En ella está mi alma sosegada. La noche es un estanque plácido batido por el viento, mas sólo en la superficie se levantan las olas. Queda su profundidad inalterable y limpia, como si de un cristal de roca se tratara. En su fondo, transparente y pacífico, nada

cambia, y, cuando los peces exponen sus lomos a los rayos de la luna, resplandecen sus escamas todas como los diamantes de la corona de un rey. Cuanto hay en el exterior les es ajeno a estas bestezuelas del señor, y los truenos y rayos de la tormenta no cambian un ápice su derrotero. Aspiro como una enamorada a que mi alma sea como el fondo del estanque, como la noche oscura que calma las pasiones: limpia de culpas y de defectos; quieta de temores; vacía de afectos, pasiones, deseos y pensamientos y pacífica en las tentaciones y las tribulaciones. Así lo he aprendido de mis maestros, y éste es el discurso que sigo en el convento cuando, puesto el sol y dormida la ciudad, salgo de mi celda hacia la iglesia y corro por estas calles que de mi señor me apartan. Toledo, Sevilla, Ávila... nombres todos que me sugieren un mundo quizá soñado y, quizá, también inexistente. Sepa vuesa merced que mi vida toda se reduce a este lento caminar y a estarme queda, horas de horas, rezando siempre. Ésta es mi vida, y por ninguna otra la cambiaría».

El crucifijo que cuelga sobre su cabeza es de madera pintada y en el costado derecho del crucificado ábrese una herida enorme y sangrante que pone una nota de calor en la frialdad de la estancia. Doña Encarnación de Ubago tiene la cara tan blanca como si se la hubiese pintado de albayalde. De sus manos se escapan, como palillos de marfil, unos dedos sarmentosos que reposan quietos sobre la madera negra de la mesa en la que se apoya. Sus ojos, oscuros y profundos, han fijado sus rayos sobre el rostro del hidalgo. Del ventanuco que da a la calle llegan ruidos de pasos y sonidos de voces que son susurros. Se respira con el aire la paz de un convento de enclaustradas. Bajo la corona de espinas, los ojos de Cristo reposan en el fondo del estanque inalterable que Madre Encarnación acaba de comparar con la noche y con el alma. El hidalgo siente que por sus venas corre la sangre con pausa y que algo en él parece haberse detenido. El tiempo fluye con lentitud y puede contarse el paso largo de cada segundo.

-332-

«No pretendo cansar a vuesa merced con relatos que no han de tener, según sospecho, mayor interés que el de venir de quien ha conocido a su hermana en el fondo del estanque y corrido con ella, que en semejantes derrotas era inalcanzable, el duro camino de esa santidad que, como el agua, se nos escapa entre los dedos. Durante años, meses, semanas, días, horas, minutos y segundos hemos las dos caminado juntas, recorrido estas callejuelas en la noche, nos hemos asustado con nuestras debilidades y hemos macerado nuestras débiles carnes en el vinagre de las disciplinas y los cilicios. Hemos sabido que muchas almas dejan de llegar a la quieta contemplación, como dice el maestro, porque no se entregan del todo a Dios con perfecta desnudez y desapego y hemos buscado juntas en la oración limpiar el corazón de cuanto lo hace prisionero e impuro. No ha sido nuestro camino el de la ciencia, como lo es el de su querido pariente fray Antonio de Tejada, y, en la búsqueda de la estrecha vereda que ha de conducirnos hasta el señor, hemos querido ser sin ser, desapegarnos y negarnos y aun desapegarnos de Dios para perdernos en él, que, como suele repetir hasta el cansancio nuestro querido guía espiritual, sólo el alma que así se llega a perder acierta a hallar. Su hermana Violante, señor caballero, estaba perdida en Dios, que a ninguna otra he conocido yo que tan perdida lo estuviera. No considere vuesa merced lo que digo como ofensa, que no la

hay en mis palabras ni en mis intenciones, y sepa que, si perdida su hermana, yo jamás he logrado estarlo tan de cierto, pues siempre han pesado en mí las cosas temporales a las que en principio debía haber renunciado, que es grande el esfuerzo que el enemigo de los hombres hace por retenernos apegados a lo que menos importa a nuestra salvación eterna, y, a veces, gana, que en ello se esfuerza».

Los ojos de la mística brillan con una extraña intensidad, y el hidalgo percibe que existen sombras impenetrables en su corazón oscuro y apasionado. La toca le enmarca la frente y proyecta sutiles oscuridades sobre sus cejas. La monja cierra los ojos, y el caballero cae entonces en la cuenta de que los pasos han dejado de sonar en las callejas del convento. Mira a través del ventanuco y ve a lo lejos una nube blanca junto al sol que brilla en el cenit, indiferente a sus pensamientos e inquietudes. Hay también en la nube un fondo bruno que la oscurece y la hace sólida, pesada. «Sólo la luz es pura, pero las cosas son porque ponen límites a la luz», piensa para sí. «La realidad es aún más sólida y oscura que la nube. Quisiera saber qué realidad ocultan esas sombras proyectadas sobre su frente». De la superficie de la mesa, Madre Encarnación de Ubago levanta sus manos y las cruza sobre su pecho. Sus ojos no arrojan ya sobre el hidalgo los rayos del comienzo. Dulce es ahora su mirada; apacible, su -333- faz. Han desaparecido las sombras, y todo su rostro brilla con encarnaciones de fuego.

«He tratado de conseguirlo por todos los medios a mi alcance. Lo he tratado con todas mis fuerzas. Fray Domingo de Silos me ha confesado que también él lo ha intentado una y otra vez sin lograrlo jamás. El mundo es el peor enemigo del alma. La carne... la carne puede ser fácilmente dominada. Y el demonio... Bueno, el demonio nos pone trampas a cada paso; pero es el mundo el que jamás se va por completo de nosotros, el que jamás nos deja. Nos espera en cada esquina, y, entre estas paredes de piedra, los recuerdos se hacen dulces o amargos y se convierten en cosas tangibles, remueven nuestras almas y nos abaten dominando por completo nuestros pensamientos. Caemos bajo su peso. Todos los días recuerdo a mis padres y siento los besos de mi madre y de mis hermanos como si ellos estuvieran junto a mí. Están conmigo. Estoy segura. A veces me llaman de lejos, y yo me asomo a la ventana para ver a mi hermano Fernando pasear galano en su caballo por estas mismas calles por las que tan sólo les es permitido pasear a nuestras monjas. Me saluda y me habla, y yo le respondo como si realmente estuviera conmigo. ¡Pues mi madre...! ¡Cuántas veces no viene mi madre hasta mi cama y me consuela y acaricia, como si yo fuera todavía aquella que en Ezcaray trepaba de niña las tapias de los huertos, o me iba con mis hermanos hasta el río para lavarnos las piernas a escondidas en el invierno! Recuerdo en ocasiones las cosas más absurdas, hechos que tal vez en el mundo olvidaría. En cierta ocasión, mi padre vino de Nájera trayendo un alazán que habíase comprado en la feria de san Miguel. Trájonos también pasteles dulces de los llamados borrachos, y todavía conservo aquel dulce sabor entre mis labios. Todos comimos de ellos, pero yo... los sigo comiendo, sin comerlos, cada hora, cada día, cada minuto. Mil veces me he untado estos labios con el picante rocoto de Arequipa y los he lastimado de mil formas para que olvidaran el sabor de los borrachos que mi padre me trajera desde Nájera hace treinta y cinco

años. No lo he conseguido. Peor aún: no renuncio a volverlos a comer. En ocasiones, sueño que he de volver a nuestra tierra y que he de caminar por la calle Real de Nájera en dirección al convento de Santa María la Real para buscar la tienda en la que mi padre comprara entonces los pasteles. ¿Existirá todavía? En mi fantasía, imagino a una señora entrada en años, con bucles canos, que atiende amablemente mi pedido y que, llevada de su bondad y buen talante, háceme el regalo de añadir algunos pastelillos más a mi paquete».

Las palabras de la monja suénanle al hidalgo a escamoteo. Da vueltas y más vueltas sobre el mismo asunto, y no encuentra don Íñigo en todo ello sentido alguno, ni razón. Calcula que lleva cerca de media hora escuchándola -334- y que, aunque en un primer momento pudo haberle interesado lo que dijera sobre su vida de religiosa y la búsqueda de la santidad, semejante asunto deja de tener sentido al repetirse, pues sobre la nada y el deshacimiento (el beato Juan de la Cruz lo repite mil veces) pueden ponerse centenares de ejemplos sin que lo esencial se modifique. El sol entibia ahora con sus rayos los ladrillos del cuartucho. Entra a plomo por el ventanuco. El aire se hace denso, y en los espacios por los que la luz del sol se abre camino y dora el éter flotan motas de polvo a la deriva. Son millones. Como peces en el mar. Las paredes, empero, permanecen frías. El hidalgo ya no siente aquellos pies helados con los que atravesara las calles de Arequipa en la mañana. Pisaba fuerte al venir, y sus pasos en el empedrado resonaban secos como golpes de rebenque sobre el lomo de una acémila. Por sus pantorrillas abrigadas con la lana de los calzones súbele ahora una sensación tibia que está a punto de alcanzarle la cintura. Comienza a sentirse a gusto en el desierto.

«Han de sonarle mis palabras a discurso necio y sin sentido, como de quien vienen, mas no podría explicar a vuesa merced de otra manera lo que he sentido en todos los años que aquí llevo encerrada, que son tantos a la fecha que ya habría yo perdido la cuenta de los mismos, si mi querida hermana no me recordara de vez en cuando el día dichoso del inicio de mi encierro. Pienso que son pocos los que pueden librarse de su pasado, que ni su hermana Violante, tan desasida, dejó jamás de recordar con cariño a quienes amara fuera del convento, y de todos era vuesa merced el que más la perturbaba. Decíame que eran muchos los peligros que asediaban su alma, y el más grave el de la pretensión de negar a Dios en sus obras. Nada fatiga tanto nuestras almas como luchar con nuestra memoria, pues ésta, fabricada de átomos sutilísimos, cuélase por las rendijas de nuestro espíritu y éntrase de tal modo a nuestros corazones que más de una vez la memoria ocupa el espacio todo y no deja rincón oscuro ni retrete desocupado para los pensamientos y cuidados de más sustancia. Poco o nada pueden a veces nuestras preces más sentidas contra la invasión de los recuerdos, y yo he de confesarle a vuesa merced, señor de Cellorigo, que entre todos el que más me ha atormentado en estos años ha sido el de la enemiga que nuestras familias han mantenido tan enconada por tanto tiempo, que ni aun las mortificaciones más feroces y crueles pudieron nunca evitar que me invadiera. Y es que, señor caballero, hemos crecido los dos en un mundo marcado por el orgullo, que éste ha sido, tal vez, el pecado más frecuente en todos los hombres y mujeres de nuestra condición, y aun, diría, de todos los españoles. Jamás termina el orgullo de apagar sus

pavesas y, al menor soplo que encuentra a su favor, reaviva sus llamas y se hace incendio que todo lo consume. Ningún otro pecado es más nefando ni peor, y en ningún otro encuentra el justo tantas dificultades -335- para acercarse a su señor. El orgullo es pecado de necios y es, al tiempo, símbolo de la muerte, cuyas llamas prefiguran las que en el oreo habrán de consumir las almas de los condenados. Conozco esas llamas, señor caballero, y he de confesarle, a fuer de sincera, que en ellas me consumo con frecuencia y que en ellas hallo, al arder, satisfacciones que ni la oración puede ofrecerme. A diario lucho contra la vanidad, y me digo a mí misma que la honra es necedad y que nada es el hombre, si Dios nuestro señor no lo levanta desde el barro y las cenizas en los que se halla enterrado. Imagino al patriarca Abraham osando hablar con su señor y, como él, me estremezco, pues somos los hombres polvo y ceniza, lodo impuro que enturbia el fondo de la laguna cuando Dios con su poder agita sus aguas».

Vuelve el caballero a observar el rostro de la monja. Madre Encarnación de Ubago titubea en este punto. Está abriendo su alma a quien nadie es para escuchar sus confesiones. Ni al fraile de Cirueña le ha puesto nunca tan a la mano su corazón. Pueden ambos tocarlo en este momento, sentir sus latidos apresurados y retumbantes. El hidalgo percibe la tensión de la monja en sus entrañas. Le duele como si fuese propia. Imagina ahora que un fierro al rojo lo penetra y lo desgarra. Quiere respirar sin agitarse y contiene por algunos segundos el aire en sus pulmones. Vuelve la monja a poner sus manos sobre la mesa. El caballero observa sus dedos húmedos y temblorosos. La monja está sudando.

«No será preciso que añada más a lo que le tengo confesado, que, siendo vuesa merced despierto, bien sé que habrá de ver más allá de mis palabras, si es verdad, como me dice, que el buen padre de Cirueña le ha abierto los ojos en el camino de sus sospechas. Sepa, empero, vuesa merced que yo amaba a Madre Sacramento como a mí misma y que espero, por ello, que desde el cielo me perdone, pues mucho he de necesitar de sus mercedes, si aspiro a salvarme. También quiero pedir al caballero que nos tenga en cuenta en sus oraciones a mi hermana, a fray Domingo de Silos, que en todo se ajusta a nuestros deseos, y a mí, pobre pecadora que sólo aspira a hallar consuelo en la otra vida de los muchos pesares que en ésta le ha tocado padecer. Tal vez cuanto ha ocurrido sea para bien, que, en confesando mis culpas, he de hallar en el perdón, si lo obtengo, la paz que necesito y en la penitencia, la humildad a la que aspiro. De mí, barro maloliente y corrompido, cenaco inmundo, podrá hacer nuestro señor, si se lo propone, figura muy a su gusto, que en nada se deleita tanto su divina misericordia como en levantar a los caídos y en mostrar el verdadero camino de la salvación a quienes, como yo, se encuentran tan atrozmente descarriados.

No sienta vuesa merced que le oculto mis faltas o que niego el crimen cometido, que es mi intención el que me tenga por la más perversa de las -336- mujeres y por la más impura de cuantas criaturas osan levantar su mirada hacia el rostro siempre terrible de su salvador. Recuerde que pauci ad eam recipiendam se disponunt, como dijera alguna vez Enrique Arphio al referirse a la ciencia mística, y yo puedo añadir que habré de esforzarme cada vez más en ser de esos pocos dispuestos a recibirla, que tal empeño habré igualmente de agradecérselo a su hermana, señor caballero, pues ninguna otra persona se ha esforzado más en mostrarme la conveniencia de

seguir el único camino que al cielo nos conduce con certeza. No he de ser, como lo recomienda mi maestro, contada en el número de quienes hacen tan sólo gala de penitencia, que en sima y barranco tan peligrosos no pocos han caído, pareciéndoles a estos necios que si no se arrojan a tan rigurosa penitencias jamás llegarán a ser santos, como si en sólo ellas pudiera encontrarse la santidad. Mas, ¿cómo oso hablar de santidad yo, que acabo de confesarle a vuesa merced los más abominables crímenes cometidos por el nefando pecado de la soberbia? Y no sólo la soberbia, que al crimen también ha podido la envidia conducirme, pues su hermana era en punto de santidad de tanta perfección que paréceme imposible el que alguna de nosotras dejara de sentir envidia por su virtud. Ruégole, ahora, querido señor, que no deje de mentarme en sus oraciones y que cuando en ellas hable con su hermana le haga saber que en esta vida sufro por no verla, que el verla ha de ser en la otra el ver a Dios, pues sé que no habrá de separarse de su amado Jesús ni siquiera por una milésima de segundo».

En este punto levántase la monja de Ezcaray para despedirse. El caballero observa, tras los barrotes de hierro, cómo guarda sus manos en las amplísimas mangas de su hábito. La oscura madera de la mesa brilla en el cuartucho, dorada por los rayos del sol. Una campana de la catedral suena a lo lejos, y, desde los jardines del convento, llegan hasta el locutorio los trinos agudos de las avecillas. Siente calor el caballero y se desabrocha la valona que atenaza su pescuezo. Musitando avemarías en latín, piérdese la monja de Ezcaray en la penumbra de un pasillo cargado de silencio. El caballero observa por última vez el paso cansino de doña Encarnación de Ubago. Sigue a su figura la mala sombra de los fugitivos. Se levanta. Mientras va hacia la portería, el hidalgo piensa que ni siquiera se han despedido. Siente calor, pero se tercia la capa como de costumbre. «Ser sin ser», piensa, y no sabe qué puedan significar ahora estas palabras. Las ha escuchado miles de veces a lo largo de su vida. Él mismo las ha repetido, sin saber, quizás, a qué se refería. ¡Qué extraño! Hace el camino de memoria, y, sin darse cuenta, ya ha salido del convento, poniendo sus pies en la acera. Hay pocas personas en la calle, y él toma, por la de Mercaderes, el camino más corto hacia su casa. El cielo de Arequipa está más azul que nunca. -337- La nubecilla blanca que distrajera su atención por algunos segundos ha desaparecido del horizonte. Los sillares de piedra parecen más leves bajo el implacable sol del mediodía. La ciudad brilla, flotando en un paisaje irreal e irrepetible. Al fondo, el Misti eleva sus fumarolas hacia el cielo.

Cuando lo recibe Gorricho al pie de la escalera, el caballero le entrega su capa sin darse cuenta de lo que hace. Huele a orégano y cebolla, y los efluvios del puchero invaden la casa y penetran en las habitaciones. «Ser sin ser», recuerda. No lo entiende. «¡Cuánto dolor en la mirada de esta monja!». Escucha el sonido de sus palabras, y se esfuerza por comprender a los amantes movidos por el odio, paradoja de paradojas. Tampoco le es dado penetrar en las razones de quien, siendo imperfecta, aspira, como la monja de Ezcaray, a alcanzar la perfección suma de la santidad. «Y lo hace. ¡Lo intenta con todas sus fuerzas, con todas las potencias de su alma! ¡No lo entiendo!», piensa mientras abre la puerta de su cuarto, se quita la boina y la arroja sobre la cama. Afloja las agujetas del jubón, quítase el tahalí, se sienta al borde de la cama y se descalza. Los dedos de sus pies

se mueven sueltos, libres de las ataduras de los borceguíes. Se fija en sus medias calzas de algodón. Como el resto de sus vestidos, son negras. Le gusta el color. Piensa que ningún otro corresponde mejor a su condición de caballero, pues, para serlo, se ha de vestir con sobriedad, que en ella radica el buen gusto de quienes lo son.

«Mesura», piensa. «He ahí, quizás, el verdadero secreto de la sabiduría. In medio virtus». Alguien golpea la puerta de su cuarto cuando el caballero comienza a hundirse en sus recuerdos de infancia. Sale de ellos y da un grito que indica a quien le pide el permiso que está autorizado para penetrar en la estancia. «¡Pase quien lo desee!». La cabeza ensortijada de Escolástica se asoma a la habitación. El señor de Cellorigo se está calzando unas alpargatas de esparto. Cruza con arte las tiras de tela negra sobre sus calzas.

«No lo sé. Mi ama jamás se ocupó de pequeñeces. No entendía las cosas del mundo. Vivía dentro de sí, como si todo lo exterior le fuera ajeno. A veces, el viento, una nube, el canto de un pajarillo, o nada, pues nada precisaba para despertar, la arrancaban de su arrobo y obligábanla a decir cosas que no sabría explicarte. Recuerdo cierta vez en la pequeña celda que ocupaba. Era muy de mañana, y en el aire todavía vibraba esa luminosidad azul que anuncia la aurora. Ella tejía. Yo estaba ocupada en mis quehaceres de cocina. Sentía frío, y el sueño me dominaba. Añoraba, como nunca, la tibieza de las sábanas, y habría dado media vida por seguir durmiendo. Entre pucheros y sartenes, mi corazón volaba hasta los campos de mi niñez. La imaginación ha sido siempre la mejor amiga de los pobres y los desheredados. De vez en cuando, echaba la -338- mirada atrás y veía a tu hermana como si estuviera fuera de este mundo, con sólo sus dedos ocupados en el tejido. Los palillos se movían a gran velocidad. De pronto, todo se detuvo, y yo, en la cocina, también dejé abandonada a su suerte la candela del fogón. 'Hanse abierto las puertas del cielo', dijo entonces mi ama, 'y Dios nos ha mostrado su rostro, indescriptible'. No dijo más, pero yo, que ya estaba acostumbrada a estos prontos y a veces los memorizaba, miré entonces por la ventana y vi, en efecto, los primeros rayos de la aurora. Era un espectáculo bello, muy bello. No sabría encarecértelo con palabras. Cuando volví a mirar a tu hermana, me di cuenta de que ella había cerrado sus ojos y que estaba observando el espectáculo dentro de sí, como si el sol hubiese salido en su corazón. Era rara mi querida Madre Sacramento. Muy rara. Casi tanto como eres tú, querido. Hay algo en vosotros que está más allá de lo que una humilde esclava puede llegar a comprender».

Escolástica habla de una persona que el caballero no ha conocido jamás. Su hermana era dulce y tierna, pero jamás habría él dicho que fuera misteriosa, ni rara. Ésa no era la Violante que él tanto había amado. Mientras la esclava sigue hablando, le acaricia sus cabellos y coloca su cabeza negra y ensortijada en el pecho que él le abre para que se acurruque la avecilla temerosa. Ambos están sentados al borde de la cama. Sobre su mesa de trabajo, Íñigo ha dejado abandonadas sus espuelas. Su espada cuelga de un clavo con el tahalí. Escolástica ve brillar las espuelas como lámparas encendidas. Por las cortinas se cuela el sol.

«Un alma pura brilla en la oscuridad sin artificio. Así era tu hermana. Es lo que envidiaban en ella las hermanas Ubago. La amaban, pese a ello. Era

su norte, y en sus almas torturadas veían en Madre Sacramento la estrella que habría de conducirlas a buen puerto. ¿Por qué, entonces, la mataron? Creo que lo sé. Disculparás mi torpe lengua de angola, pero, en los años que he vivido entre las monjas, te aseguro que he aprendido muchas cosas y que jamás son éstas como en principio nos parecen. El crimen es la manera más eficaz de descender a los infiernos. Si ellas lo cometieron, han de sentirse ahora polvo en el polvo, las más viles y despreciables criaturas del señor. Quizá no lo hayan hecho y quieran culparse, pero dudo de que así sea, pues la envidia y la soberbia han debido de contribuir en gran medida a prepararlo. Puestas en trance semejante, han de enfrentar el reto de elevarse hasta la santidad. Hay mucha soberbia en dicha pretensión, pero ellas lo ignoran, y en vez de ponerse en manos de Dios para que haga de ellas lo que quiera, sueñan, ingenuas, que Madre Sacramento habrá de guiarlas por el camino de la salvación. Nunca han estado más perdidas que lo que están ahora. Peligroso es el camino de la santidad. -339-
Aspirar a la perfección puede llevar a quien no está preparado a los infiernos. Por eso se arrastran por los claustros del convento como culebras».

El caballero tiene a la esclava enlazada por la cintura, pero sus pensamientos están más allá, en el locutorio en el que acaba de entrevistarse con doña Encarnación de Ubago. Ya ha salido la monja y lo ha dejado solo. Los barrotes de hierro la hacen inalcanzable. El torno está inmóvil. La mesa negra está vacía. El hidalgo observa el techo y ve unas vigas de madera oscura que cruzan por encima de su cabeza. No piensa en Violante, sino en él. Ahora que sabe la verdad, se ha quedado vacío. Siempre habíase imaginado que la noticia habría de enfurecerlo. Dábale gran miedo su propia furia incontrolable. Pero no. Su alma es un estanque de aguas quedas en el que reposan recuerdos y pensamientos de otros tiempos. Y así es también ahora cuando abraza a su amante y esclava (amante esclava) y se deja acariciar, mimoso, los lacios cabellos que Escolástica adora. «Tú eres el rey con el que siempre he soñado. Sin ti, la vida y el mundo carecerían de sentido».

Íñigo siente que los ojos se le llenan de lágrimas. Estrecha aún más fuerte contra el suyo el cuerpo caliente de la esclava. Desde el zaguán llegan los gritos y maldiciones del navarro. Ninguno de los dos escucha nada. Sus cuerpos se confunden en un ardor de amorosa fragua. «Ser sin ser», repite una vez más el hidalgo de Ezcaray antes de perder sus pensamientos en los erectos pezones de su amante negra. Sus senos son pequeños y redondos, como naranjas. También son tibios. Abre Escolástica sus piernas, y el caballero penetra en silencio al paraíso. Ambos flotan, dichosos y plenos, en la eternidad del instante. «Hanse abierto las puertas del cielo y Dios nos ha mostrado su rostro, indescriptible». Un viento repentino golpea las ventanas. Todo en el mundo vibra. Con sus ojos cerrados, los dos amantes.

-340-

Capítulo XXX

Caro terrea terraque carnea

A su vuelta de Lima, Hernán Vivanco esperábalo en la rebotica. Tenían que charlar. Mientras aguardaba, el boticario leía una y otra vez las cartas en las que don Alonso había ido transmitiéndole sus impresiones de la Ciudad de los Reyes. «Y hay, decía en una de ellas, tantos forasteros a la fecha en esta ciudad, que no habrá de serles difícil a los luteranos tomarla por asalto, si se lo proponen». Sin duda, exageraba don Alonso, pues, a continuación, citaba unos pocos nombres de los que él consideraba forasteros (genoveses, catalanes, griegos, valencianos, napolitanos, dos gabachos y un armenio, católicos todos confesos y practicantes) y pasaba a encarecer con toda clase de elogios desmedidos la fortaleza, belleza y excelente hechura de las murallas que rodean la ciudad. En otro pasaje deteníase en describir con lujo de detalles las fiestas y saraos que se acostumbran en la corte del virrey y en contar anécdotas sabrosas de sus encantadoras protagonistas. «Lima, querido amigo, es ciudad de chismosos y correveidiles, que en ella no hay quien ponga frenos a su lengua y a los más les encanta espolear la ajena». Decía cosas muy graciosas de sus casas y zaguanes y hasta describía un patio decorado con azulejos y un barandal de caoba tan bien torneado que jamás había él conocido otro que lo igualara. Si a algo estaba dispuesto el boticario era a reconocer en don Alonso dotes de observador que él no poseía y que hacían que su conversación y sus escritos fueran siempre amenos e interesantes.

Ahora estaba impaciente. Conocía por un propio, con quien el caballero habíale enviado una esquela en la mañana, hasta la hora exacta de su arribo a la ciudad. Había llegado la tarde del día anterior, agotado por los vaivenes de las acémilas y por lo interminable del viaje y la monotonía del paisaje de la costa. «Mar y desierto», pensaba Hernán. «¡Es un infierno!». El boticario suponía que, pese los inconvenientes, don Alonso habríaselas ingeniado para gozar de los placeres y lujos a los que estaba acostumbrado y que en ninguna de sus pascanas le habrían faltado su jícara de chocolate, sus sorbetes, ni sus azucarillos, que era el diplomático de esas personas que llevan consigo la civilización y los buenos modales hasta la misma Tartaria, si a tal viaje los fuerza la obligación. No existe inconveniente que los arredre. Desiertos y punas se suavizan a su paso, y la naturaleza hácese a ellos doméstica y familiar. Crean los de su condición vida de corte en todas partes, hasta con los caribes más feroces y temidos, siempre atendidos por hombres que, como el buen Pedro, disponen -341- de sus sartenes y confites aun en las selvas más ásperas, alejadas y salvajes. «Don Alonso de Verona sería capaz de convertir esta pequeña ciudad de Arequipa en un nuevo París, si se lo propusiera», díjose para sus adentros el boticario.

Cuando sonó el primer aldabonazo, Hernán Vivanco se puso de pie. Sobre la enorme mesa de la rebotica en la que trabajaba había dejado abandonadas las cartas de su amigo. Hasta ese día, el boticario jamás se había detenido a estudiar los rasgos de la letra del diplomático. Nada le decía a simple vista, y no era, como las de los doctores que escribían en el récipe sus recetas, enrevesada y turbia, sino clara y legible, firme y

serena como pocas. Tenía, empero, algunos rasgos que, por su dureza, podían esconder, en ciertos casos, una tensión propia de los espíritus atormentados. Era especialmente notoria esta tensión en las pes y demás letras que se afirman en las verticales, y no era fácil deducir de ello si, levantando tanto las líneas de sus bes, aspiraba el hidalgo a elevarse hasta los cielos, o si, como lo sugerían las curvas y lazos que decoraban las ges en sus partes inferiores, trataba, más bien, de afirmarse en esta tierra y echar raíces en ella por los siglos de los siglos. Pensaba en ello Hernán Vivanco al atravesar el establecimiento. Los aldabonazos se repitieron y el boticario apresuró su paso. Quien aldaboneara tenía prisa.

Al abrir la puerta quedó el cuerpo de don Alonso recortado sobre un fondo de claridad intensa. En la plaza algunos indios de las chacras cercanas vendían, gritándolas, sus hortalizas. El apio y la zanahoria estaban baratos; las coles y las lechugas habían subido sus precios durante la semana. «¡Ajos! ¡Ajos! ¡Los mejores ajos de Arequipa!», repetía a voz en cuello una vendedora de mediana edad, de cuerpo garrido y trenzas largas y oscuras atadas a su espalda, pegadas a su lliclla. Los amigos se confundieron en un abrazo. Un asno paticojo, cargado hasta los topes de papas y carne de cordero, rebuznaba levantando al cielo su cabeza. Las moscas y los tábanos revoloteaban sobre su carga como sobre un manjar. Los tupus de las indias, que sujetaban sus lliclla y sus mantones, relucían al sol como monedas de plata recién salidas de la ceca de Potosí. Los ajos de Arequipa tenían justa fama en todo el Perú, y la buena vendedora de trenzas largas seguía gritando con orgullo su mercancía. «¡Ajos! ¡Ajos de Arequipa! ¡Los mejores del mundo!».

-Íñigo diría -habló el caballero- que en nuestra ciudad el ajo domina sobre el resto de las especias y que ello se debe al hecho de que sus habitantes proceden en su mayor parte de las provincias del norte de España, donde el ajo es rey y la cebolla, su servidora.

-342-

-Pasemos a la rebotica -invitó Hernán Vivanco.

-En Lima ocurre todo lo contrario -continuó su peregrino discurso don Alonso, mientras seguía a su amigo entre estantes de pomos, frascos y medicinas ya etiquetadas-. Débese, naturalmente, a que sus habitantes, tan sutiles, graciosos e imaginativos, vienen de las tierras del sur, de Extremadura y Andalucía, donde el sol brilla todo el año y las mentes están siempre abiertas a los placeres y novedades. De ahí que los limeños gocen de los más variados y mejores dulces, postres, hojaldres y pasteles que en el mundo han sido hasta el presente. La dulzura de las limeñas es incomparable.

Se sentaron. Don Alonso López de Verona se acomodó en una silla de anea que encontró arrimada a un estante en el que reposaban las piezas sueltas de un alambique.

-Lo desarmé -se justificó Vivanco-, porque lo usaba cada vez menos, y ya sabes que abandoné casi por completo la búsqueda de mejores remedios para nuestros males. Con este pequeño que aquí ves me basta y me sobra para hacer lo que debo hacer. Pero, bueno, cuéntame cómo te ha ido durante todo este tiempo entre las bellas limeñas -Vivanco recogió las cartas de su amigo y las guardó en uno de los cajoncitos de su mesa.

Don Alonso carraspeó, aflojose un punto la valona, echó su capa hacia atrás y se dispuso a hablar de los once meses largos que había pasado buscando a Espinosa en los conventos de la capital.

-Entre las limeñas, muy bien. Son deliciosas, delicadas, dulces y picaronas. Lima es Babilonia, amigo mío, y los pecados de la carne ocúltanse con tanta gracia y de tal manera que jamás faltan en ninguna mesa y acechan las tentaciones hasta en la sacristía de San Francisco. Y en el catedral... ¡para qué te cuento!

-Estuviste, entonces, en tu salsa.

-Sí por cierto, que no otra cosa esperaba. Viejo soy, pero los que somos gallos de pelea no perdemos los espolones hasta la muerte. Ya sabes lo que se dice...

-Genio y figura hasta la sepultura.

-Acertaste. No tuve tanta suerte, sin embargo, como ya sabes, en la búsqueda de nuestro amigo, que sólo al final di con él y me tocó enterrarlo en el camposanto de una capillita alejada de la ciudad en la que había pasado sus últimos años entre oraciones y disciplinas. Nuestro Andrés vivía atormentado. -343- Por lo que he podido averiguar, sus problemas comenzaron en Arequipa, a los pocos meses de que enterráramos a nuestra querida Violante. Yo ya me había ido de la ciudad.

-Jamás pude explicarme el que escapara.

-Después de muchas averiguaciones, encontré al fin a un buen amigo suyo, un cerero establecido junto a un hospital. Es muy viejo, y cuando habla de Andrés, se emociona y llora. Me contó de un caballero, un don Martín de triste memoria, que, a lo que parece, fue la causa primera de sus desgracias.

-Fue un asesino, pero entiendo que murió hace muchos años.

-En brazos de Andrés, según me contara su buen amigo. Nuestro buen doctor estaba convencido de que lo había matado.

-Al tal don Martín sólo podía matarlo Pedro Botero.

-¿Lo conociste?

-Jamás, pero he escuchado algunas historias del hidalgo.

-Las que me contó Felipe Úbeda, que así se llama el cerero amigo de Andrés, me pusieron los pelos de punta. Me acordé del teólogo de Salamanca.

-Aún peor, te lo aseguro.

-Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue llegarme hasta el convento de Santo Domingo, donde situábamos, si recuerdas, el paradero de nuestro amigo.

-¿Y?

-Había vivido en él, en efecto, de hermano lego, mas una noche fueron tales los gritos de Andrés y tan recias sus cabezadas contra las paredes que los buenos padres tomaron el consejo de internarlo en un hospital, del que a las pocas semanas se escapó sin dejar rastro. Durante varios años, nadie supo más de él y lo dieron por muerto.

-¿Y qué gritaba?

-Incoherencias, según parece. Hablaba de condenados, del tormento de los infiernos, de fuegos y de llagas sangrantes y mentaba como en aullidos al tal don Martín. Según me dijo el prior de los dominicos, tanto como enfermo, parecíales a todos un endemoniado.

-344-
-Los frailes ven al demonio en cualquier parte.
-Y los seglares también, amigo mío, que otro tanto me contó un caballero de Lurín, retirado en su chacra, que había sido buen amigo de Andrés en otros tiempos y que lo visitaba con cierta frecuencia en el convento.
-¿Qué te contó?
-Que, estando una mañana en uno de los claustros del convento charlando tan pacíficamente como te puedes imaginar, se le mudó el rostro y, yéndose contra una de las paredes, comenzó a gritar como un poseso y que, si él no hubiera estado para evitarlo, habríase partido en dos la cabeza por los golpes que se daba contra las piedras.
-¿No habrá exagerado el caballero?
-Pareciome discreto el tal don Álvaro, que así se llama.
-¿Y que más averiguaste?
-Ya te dije que nadie conocía a ciencia cierta su paradero desde que escapara del hospital y que hasta Felipe Úbeda, el cerero, dábalo ya por muerto, de lo que el buen hombre estaba contento, pues Andrés había sufrido, según me contaba, mucho más que cualquier otro hombre que él hubiese conocido.
-Buenos deseos eran los de su amigo.
-Y tanto.
-¿Y cómo lo encontraste?
-De casualidad. De hecho, ya desesperaba de poder hallarlo. Fue hace como dos meses. Yo había salido de casa muy de mañana y no pensaba regresar hasta muy tarde, pues un caballero de mi tierra al que conocí una mañana de domingo ajustando en unas sortijas que se celebraban en la plaza Mayor habíame invitado a su casa para comer y pasar un buen rato en mutua compañía. Tenía, además, el caballero una hermana que me gustaba y que, a mi parecer, podía sacarme el clavo de la de Asturias, aunque no era ésta ni tan lozana ni tan liberal.
-Pasa por alto tus liviandades y vete al grano.
-Todo se ha de contar, que en hacerlo radica en encanto de la historia.
-Cuenta, pues.
-Lo pasé bien, te lo confieso. Comí en abundancia y degusté una sopa
-345- teóloga que, por sus suculencias dialécticas, sus ergos y su argumentum inaccesibile humana ratione, debería figurar entre las mejores obras de santo Tomás de Aquino. Pues ¡y los vinos...! ¿Cómo encarecerlos? Había un tintorro hecho de quebranta cuyos olores se me subían a la nariz al tiempo que la hermana de mi amigo encendía en mi pobre corazón otras pasiones. Pero sobre la sopa, los asados y los vinos debo poner, a fuer de justo, la calidad de los postres. De ellos no quiero decir nada para evitarte el pecado de la envidia.
-¿Y cuánto duró esa comida?
-Como dos horas, que se sirvieron más de diez platos sin que entre ellos debamos contar los postres que te menciono. Donde pude ver la generosidad de mi amigo, sin embargo, fue en los aguardientes. Su liberalidad hízose entonces manifiesta. Vino el aguardiente de Pisco hasta la mesa y ahí supe, como dice san Anselmo, quanti ponderis sit peccatum, que, bajo el peso de semejantes delicias, a punto estuve de rodar por los suelos. ¡Qué transparencia! ¡Qué fuerza! ¡Cuánta felicidad podemos, si sabemos hacerlo,

encerrar en una sola botella! ¡Cuánto mejor si la encerramos en una damajuana!
-Muchos elogios son esos para un licor tan humilde.
-Y me quedo corto, que hay pocos aguardientes que en el mundo entero puedan comparársele. Pero continúo. Levantada la mesa, fuimos los tres a un estradillo en el que ya se hallaba dispuesta una mesa para jugar una partida a la baraja. La hermana de mi amigo seguía haciéndome carantoñas y hablando pamemas. Ya en la partida, noté más de una vez que su piececito tropezaba como de casualidad con mi pierna y que, cada vez que ella lo retiraba, se sonreía, mirándome a los ojos. Yo, que gracias al aguardiente habíame vuelto más osado de lo que acostumbro en estos casos, adelantaba mis piernas sin pensar en que su hermano bien podía advertir mis movimientos.
-Y así ocurrió.
-Así ocurrió, en efecto, y ésta fue la casualidad de la que te hablo. El caballero se sintió ofendido, y no bastaron para calmar su enojo el llanto de su hermana, ni las disculpas de un servidor, que Sebastián, pues así se llamaba, exigía que su honra se lavara con sangre. Yo estaba aterrorizado, pues en pocas ocasiones habíame hallado en un trance tan difícil. Fijamos lugar, día y hora, padrinos y armas, y yo abandoné la casa con un peso en el corazón que todavía, si lo recuerdo, me lo agarrota.
-¿Y hubiste de batirte?
-346-
-No, por suerte, que tengo para mí que fue todo aquello una cadena de casualidades que condujeron al hallazgo de nuestro amigo. Habíamos fijado la fecha de mi desgracia para el lunes, pues el caballero no quería disputar en sagrado y al día siguiente era domingo. Las horas se me hacían interminables y los minutos, eternos. Había visto a don Sebastián ajustar en la plaza Mayor, jugar a las cañas y hasta lidiar los toros a caballo y teníalo por uno de los más hábiles caballeros que jamás haya conocido. El duelo habría de ser a caballo, y nuestras armas, espadas y puñales. Te confieso que pasé toda la noche rezando a la beata Rita de Casia, patrona de los imposibles.
-¿Y cómo te libraste?
-Cuando amaneció el lunes, vínome a ver uno de los padrinos con urgencia para comunicarme que el caballero hallábase en muy grave estado en cierta parte de la ciudad que no podía decirme en ese momento. Pidiome que lo acompañara, y yo, libre ya de mis temores, quise borrar la ofensa del día sábado y ponerme a su servicio para lo que fuere menester. Seguí al caballero que me había venido a buscar y, al trote corto, como si paseáramos, fuimos saliendo juntos de la ciudad en dirección a Limatambo, donde, según me dijo mi acompañante, se hallaba mi amigo en su casa de campo. Fuera ya de las murallas, soltamos nuestros bridones al galope. Nos llevó como una hora dar con su casa, y a la puerta de la misma nos recibió Brígida, su hermana, causa primera de aquel enredo, con sus hermosos ojos anegados en lágrimas.
-¿Había muerto?
-Todavía no. Estaba a punto, pero aún respiraba. Tenía el pecho cruzado de vendajes y era evidente que lo habían traspasado a cuchilladas. «Fueron tres los que nos esperaban. Lo hicieron a traición», díjome la dama,

quien, en su recato, no parecía la misma que hasta aquel trance habíame llevado. «Si no hubiera sido por un humilde ermitaño que vive en estos andurriales, habríase desangrado y muerto sin que nadie acertara a remediarlo. Ni yo, ni nuestros criados, y menos que ellos yo misma, que lloraba como babieca». Me contó que daba tales gritos de furia el ermitaño cuando defendía al caído con un garrote que los matadores dejaron su presa al punto y echaron a correr hacia Lima sin mirar ni una sola vez atrás desde sus caballos. Con sus criados quiso la dama mover al herido hacia la casa, pero él no dejó que así lo hiciera, pues le aseguró que, de hacerlo, al punto moriría y que lo más conveniente sería curar lo ahí mismo, para lo que él precisaba de algunos vendajes, de algunas hierbas que nombró y de abundante agua limpia de manantial. Ayudáronlo lo mejor que pudieron, y el ermitaño, que no otro era sino el buen doctor Espinosa, puso -347- en su cura tal empeño y habilidad que al caballero comenzaron a volverle los colores, abrió los ojos, dijo algunas palabras que nadie entendió y ayudó como pudo a que lo cargaran para moverlo hasta la casa.
-¿Llegaste a ver todavía vivo a Andrés?
-Déjame que te cuente y no interrumpas.
-Continúa.
-Lo haré, si me dejas.
-Está bien. No volveré a interrumpirte.
-El caballero aún no había vuelto en sí cuando yo llegué, y su hermana había tomado la decisión de llamarme, pues se sentía culpable de haber provocado, con sus indiscreciones, el duelo, por fortuna aplazado. Tenía la esperanza de que, una vez que el caballero despertara, bastaría una disculpa de mi parte para que él desistiera de llegar a tal extremo, y yo me conformaba en todo a su parecer, que nunca sentí atracción alguna por el oficio de duelista.
-Ni yo.
-Ambos somos en eso parecidos, que no eran los casos de Íñigo ni de Andrés.
-Así es, que siempre estaban dispuestos a echar mano de la espada.
-Aquella mañana el caballero no despertó. Había hecho venir Brígida a un médico desde Lima, y estaba a la cabecera de la cama observando atentamente cada uno de los gestos y visajes del herido. De vez en cuando, tomábale los pulsos y hacía un gesto con la cabeza que tanto podía valer por un «¡qué bueno!» como por un «temamos lo peor». Yo le dije a la dama que me gustaría ver al ermitaño y que si podía dejarme a uno de sus criados para que me acompañara a visitarlo. Me dijo que ella misma lo haría con mucho gusto, pues estaba visto que su hermano no despertaría en varias horas y deseaba agradecerle el favor que les había hecho. Fuímonos los dos con un negrito por el sendero que bordea un riachuelo y llegamos a una capillita de barro que tiene sobre su puerta una enorme cruz de palo pintada de verde. La capillita carecía de ventanas y sólo se iluminaba con la luz que penetraba por la puerta. Junto a ésta, había un rústico pilón con una fuente, una azada a su pie, el garrote con el que defendiera al hidalgo y un perrito que se había quedado junto a la puerta, de vigilante. Cuando nos vio, el perro estiró su hocico hacia nosotros, nos olió varias veces y volvió a echarse sobre sus cuatro patas, como si tal trámite -348- bastara para asegurarse de las intenciones amistosas con las que

llegábamos. No ladró.
-Los perros son, a veces, más inteligentes que nosotros.
-Éste era muy pequeño, de esos que usualmente pasan sus días correteando detrás de todo cuanto se mueve.
-Y se quedó inmóvil.
-Parecía triste. Tenía esos ojos que solemos decir de perro apaleado.
-La mirada de los perros es, a veces, tan humana...
-El de éste lo sería, sin duda, pero no recuerdo en absoluto su mirada. No podría decirte si me pareció, o no, humana en ese momento. Tal vez. Lo recuerdo echado junto a la puerta. Eso es todo. Cuando entramos, mis ojos tardaron varios segundos en acostumbrarse a la oscuridad de la capilla. El piso era de tierra. Al fondo comencé a ver algo que parecía un altar y, en un rincón, a mano derecha según entramos, vi un bulto oscuro e inmóvil al que nos dirigimos. Era Andrés. Se cubría con una manera de hábito de estameña, muy burdo, y tenía una barba tan crecida que casi le llegaba a la cintura. Estaba echado a todo lo largo y parecía dormido. Nos acercamos. Yo me incliné y lo tomé de los hombros para despertarlo. No pude hacerlo. Su boca dibujaba una sonrisa, mas, pasados algunos minutos, me di cuenta de que, más que una sonrisa, era un rictus de muerte, ese que hace que pensemos con frecuencia en que sólo en el sepulcro hallaremos la paz que desde la cuna perseguimos.
-¡Cuánta verdad hay en ello!
-Andrés descansaba por fin y para siempre. ¡No sabes cuánto sentí no haberlo encontrado todavía con vida! El esfuerzo que hiciera por defender al hidalgo de sus agresores había acabado con sus fuerzas. Brígida se puso de rodillas junto a su cadáver, y los dos rezamos por su eterno descanso. Lux perpetua luceat ei, como cantan los frailes en estos casos. El doctor Espinosa había acabado su vida como un santo, que en pocos minutos se llenó la capilla de vecinos y chacareros, y no pocos de ellos traían velas encendidas para ponerlas a sus pies. Contaban y no acababan aquellas buenas personas de las virtudes de nuestro amigo, de sus ayunos y penitencias, de la vida tan áspera que hacía en aquellos andurriales y de los favores que con tanto desprendimiento prodigaba. Había, pese a su vida religiosa, continuado ejerciendo su profesión de médico, y en uno de los rincones de la capilla, en efecto, encontramos sus instrumentos de físico y unos pocos libros de consulta de los que -349- nunca había querido separarse. Junto al cadáver había unos cuantos mendrugos de pan, una jarra de agua y unos tronchos de lechuga, que, según parece, hacían la mayor parte de su condumio.
-Magro en verdad.
-Y tanto.
-Algo más sí comería.
-Supongo que ése debió de haber sido su almuerzo del lunes. La cena no quiero ni imaginarla.
-Bueno, Andrés jamás fue de mucho comer.
-Tampoco de privarse de los placeres de la mesa. Te confieso que se me llenaron de lágrimas los ojos al comprobar tanta pobreza. Parecía la cueva en la que los pintores representan a san Jerónimo, y no faltaba ni la Vulgata sobre un pequeño atril que, a propósito, habíase fabricado con unas ásperas maderillas nuestro amigo. También había unas a manera de

disciplinas que colgaban de un clavo y que, como pude yo mismo comprobar, estaban manchadas de sangre todavía reciente.
-¡Qué locura!
-Todos nos hemos vuelto locos, querido Hernán. ¿No es, acaso, también una locura vivir como nosotros lo hacemos?
-No lo sé. Nosotros somos los últimos que quedamos sobre la tierra de una especie de hombres que se acaba. ¿Lo enterraste ese mismo día?
-No. Al día siguiente, al pie del altarcito de la capilla. Los hombres de las chacras vecinas lo prepararon todo. Hicieron un féretro grande con sus herramientas y palos, sus mujeres lavaron todo su cuerpo con ruda, le pusieron un hábito blanco y muy limpio, le cruzaron las manos sobre el pecho, le colocaron una bula entre ellas y lo metieron en la caja. Y así quedó durante varias horas. Lo velamos los chacareros y yo, que Brígida, ocupada en la salud de su hermano, volvió a su casa y no regresó a la capillita hasta la hora del entierro. A éste vinieron varios frailes de Santo Domingo, que tienen casa de campo en las inmediaciones. Andrés había levantado su capillita muy cerca, mas teníanlo por loco, y los frailes procuraban no tropezarse con él en su camino. De ahí que nada me dijeran de su paradero cuando los visité en Lima.
-Te habrían ahorrado no pocos inconvenientes.
-350-
-Así se lo hice saber al superior de la casa cuando, al fin, enterramos a nuestro amigo. Me contó éste que la locura del médico habíase acentuado en el convento y que algunas veces hasta interrumpió los oficios de la misa con los terribles gritos en los que prorrumpía cuando le venían los ataques. Todo cuanto en vida poseyó nuestro amigo, que no fue pobre, habíaselo dejado en testamento a los dominicos, y él se fue de esta vida tan desnudo y tan limpio como cuando lo parió su madre en las montañas burgalesas.
-¿Y la biblia que viste sobre un atril?
-Se quedó en la ermita, que ahora es lugar de peregrinación y de rezo de los más humildes. Los frailes han consagrado el altar, han puesto guardián para que la cuide, y a diario se llega un frailecillo casi imberbe que atiende los oficios y la misa.
-¿Y qué ocurrió con Brígida y su hermano?
-Éste sanó, que Brígida recortó un buen pedazo de estameña del hábito de Andrés, lo puso en las heridas de su hermano, y a los pocos días ya estaba de pie y con apetito, alegre y convencido de que con él y en él habíase obrado un milagro. Olvidó el duelo y los agravios, recobró el buen humor y el sentido y, con pena, se despidió de mí a los pocos días, pues yo tenía que volver a Lima y él se quedaba todavía un buen tiempo entre parras y chirimoyos hasta reponerse. Durante la semana larga que estuve en el campo de Limatambo, viví en su casa, y su hermana jamás volvió a tenderme redes amorosas con sus ojos ni a tentarme con sus encantos, pues su ánimo a tal punto habíase visto afectado en esos días que ya hablaba, la pobrecita, de meterse a monja en un convento de clarisas de la capital.
-¿Y lo ha hecho?
-No sé, ni me interesa. Nuestros tiempos son fértiles en locos, místicos y estrelleros, y los hombres más se inclinan a la santidad que al trabajo.
En esto, poco o nada ha cambiado desde los tiempos de la Madre Teresa de

Cepeda.
-Nada.
-En esto estamos todos tan hechizados como nuestro buen soberano e imaginamos que la grandeza de las Españas habrá de sostenerse en los pilares de la santidad y el heroísmo por los siglos de los siglos.
-No todos pensamos así -replicó el boticario, poniéndose de pie-. Somos muchos los que creemos que nuestra pobreza ha de terminar por abrir los ojos de los más ciegos.
-351-
-Lo dudo. ¿Adónde vamos? -preguntó el caballero, al ver que su amigo se echaba la capa sobre sus hombros.
-A dar una vuelta. Ya es hora de cerrar la botica. Vamos a echar al coleto unas tazas de aloquillo en la taberna de Aransay.
-¿Con aceitunas aliñadas?
-Con aceitunas y un más es menos de cecina cuzqueña.
-Me place. Después, comeremos en mi casa.
Caminaban bajo los portales. De la Merced torcía a buen paso hacia la Compañía fray Antonio de Tejada. Al verlos, se paró en seco.
-Tengo prisa, pero no quiero que ella me impida saludar a mis amigos -les dijo el fraile a guisa de saludo.
-¿Cómo andamos de salud? -preguntó el boticario- ¿Ha vuelto a tener su paternidad pesadillas?
-Ni una sola vez desde que tomo en las noches el cordial que me prepara el señor Vivanco.
-Mejor médico que boticario -bromeó el diplomático.
-Mejor aún como persona -respondió el dominico.
Ahí mismo se despidieron. El predicador continuó su marcha a un trote ligero que habría de hacerse más lento a medida que ascendiera hacia el convento de Santo Domingo. Bajando hacia San Agustín, los dos amigos tomaron el camino de la taberna.
-Tengo una salazón de pescado que ha de hacer las delicias de vuesas mercedes -les anunció el mesonero al atenderlos.
-¿Y cómo la aliña tu mujer? -preguntó don Alonso.
-Con cebollitas encurtidas y aceitunas.
-Debe de estar buena. Mándanos unas porciones para hacer boca.
-Y una buena jarra de ese tintorro de Vítor que siempre nos escondes, picarón -añadió el boticario.
-A vuesas mercedes no puedo esconderles ni el pensamiento.
Con su trapo sucio echado sobre el hombro, Aransay se perdió entre las barricas. A los pocos minutos reapareció frente a los amigos con sendos
-352- platillos de lo prometido.
-Huelen bien -alabó el boticario.
-Y no tienen mal aspecto -añadió el caballero-. ¿Qué pescado es éste?
-Anchoas de nuestras costas.
-Parecen buenas -Hernán Vivanco separó con sus manos un buen pedazo y se lo llevó a la boca-. ¡Excelentes! -encareció.
-¡Y no han de serlo, si las sirve Aransay!
Se fue contento, riendo como un niño, el tabernero. Su mujer lo observaba desde las barricas, y los dos amigos se la quedaron mirando por unos segundos. Cuando Aransay regresó, escanció vino en las tazas, dejó la

jarra sobre la mesa y se alejó, volvieron ambos a sus asuntos.

-¡Por tu regreso a Arequipa! -brindó Vivanco, levantando su taza.

-¡Por Arequipa, el último refugio!

Bebieron. En la taberna había muy pocos parroquianos. Algunos mozos trabajadores entraban, echaban un trago y, con las mismas, abandonaban aprisa el establecimiento. Unos alguaciles de la justicia se ocultaban en un rincón bebiendo en silencio. De vez en cuando cruzaban miradas de inteligencia con el bautista de las cubas. En la esquina de la justicia, las sombras se agrandaban.

-Esperan a alguien -observó don Alonso.

-A algún indio que habrá escapado de los obrajes.

-Quien escapa de la mita no viene a la taberna de Aransay.

-No lo sé. Puede que se haya disfrazado de arriero. Hasta aquí llegan no pocos de las alturas del Cuzco y de la parte de los Collaguas.

-¡Pobres indios!

-¡Pobres todos nosotros!

-Exageras. Nosotros aún tenemos un buen pasar, y tu botica te ha dado hasta ahora muy buenas peluconas.

-No me quejo, pero no basta. Estamos, amigo mío, a punto de que el siglo acabe y nuestro mundo se hunde. ¿Te acuerdas de hace unos doce años, -353- cuando nos reuníamos en nuestra academia y pasábamos las tardes en conversaciones amenas e inteligentes?

-Era una ficción que nosotros mismos habíamos creado.

-Tal vez, pero era nuestra ficción, nuestra fantasía. Hoy ya no existe.

-Éramos jóvenes. Ahora todos peinamos canas y hemos cruzado el medio siglo.

-Creo que la juventud no tiene que ver nada con todo esto, mi querido amigo. Mírate tú, inteligente, discreto e ingenioso. Y mírame a mí mismo. En cualquier nación podría haber continuado las investigaciones que aquí hube de abandonar. Tú serías un ingenio reconocido y tendrías razones para escribir. Andrés no habría muerto en una ermita, torturado por fantasmas, e Íñigo estaría entre nosotros. No, este mundo no nos acepta. Es un mundo que no nos pertenece, y en él estamos viviendo todos nosotros de prestado.

-España es la que se acaba. El olor de muerte se extiende a todo lo largo y lo ancho de la piel de toro. Por Madrid...

-Y por Lima y Arequipa.

-Tal vez, pero no de la misma manera. Aquí la tierra se abre generosa y todavía es posible soñar con el futuro.

-¿Con el futuro de quién? ¿Acaso alguien ha pensado jamás en el futuro entre nosotros? En el único futuro que nos permiten pensar es en el de la otra vida. Las Españas están saturadas de milagreros y santurrones.

-Ése es, para muchos, su encanto.

-Y, para los más prudentes, su freno.

-¿Y qué podemos hacer nosotros?

-Desesperar de que algún día despierten los pueblos de su hechizo, que no será posible en mucho tiempo.

-Quizás en estos indios que escapan esté nuestra esperanza.

-Puede ser.

-No te veo muy convencido.

-¿Y por qué habría de estarlo, amigo mío? ¿Lo estás tú?
-Te confieso que no. Los indios me asustan. Hay en ellos algo oscuro
-354- que no entiendo, y pienso que, así como los españoles viven hechizados por sus postrimerías, los indios lo están a su modo por los encantos de su pasado. Todos nos encontramos presos de nuestras fantasías.

-Veo que lo entiendes. Huacas e iglesias. En los dos últimos siglos se ha desarrollado en el Perú una guerra sin cuartel por detener el tiempo. Lo terrible es que en ambos bandos los que caían morían por idénticos motivos sin saberlo.
-Si hemos desperdiciado el pasado y perdido la esperanza del futuro, lo único que nos queda es el presente.
-Ni siquiera podemos esperar, como esos alguaciles, a que por esa puerta entre un indio fugitivo. Así que, mi querido Alonso, comamos y bebamos, que mañana moriremos.
-No están malas estas anchoas.
-Sirven para abrirnos el apetito.
-En año del señor de 1700 deseemos a nuestro soberano larga vida y prosperidad.
-Y que nosotros lo veamos.
Levantaron las tazas y las chocaron. La mujer de Aransay los observaba desde el lado opuesto de las barricas. Ambos amigos hablaron de muchas cosas, y su conversación rodó entonces sobre los tópicos más usuales: política de la corte, vidas de putanas famosas, historias de conventos y milagreros. Todo el repertorio conocido. Estuvieron más de una hora hasta terminar las anchoas y el tintorro.
-Buenas, Aransay. Estas anchoas son una auténtica maravilla -exageró el boticario al despedirse.
Cuando llegaron a la casa del hidalgo, Pedro esperaba con la mesa puesta. Comieron con apetito y, tras la comida, echaron unas cabeceaditas en el estrado. Los licores, las pastas y el chocolate habían hecho más lenta su digestión, y el sueño los invadía. Don Alonso no podía abrir los ojos. Un viento que anunciaba lluvia oscureció con sus nubes el horizonte, y el estrado quedó en penumbra. Pedro entró sin hacer ruido y recogió el servicio. Ambos amigos dormitaban. El siglo estaba a punto de terminar.

-355-

Capítulo XXXI
Tercera y última

A su eminencia don Joseph Saénz de Marmanillo y Aguirre, doctor en Artes y Teología, catedrático que fue de la muy ilustre Universidad de Salamanca, examinador sinodial de la arzobispal de Toledo, calificador de la Suprema, protector del Reino de Sicilia, cardenal de la santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, inquisidor general de Roma, Salomón de España e hijo

devotísimo de san Benito en el monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla, remite humildemente la presente su servidor en Indias, predicador de la orden de santo Domingo, fray Antonio de Tejada, superior del convento de dominicos de Arequipa, en los reinos del Perú, su pariente y amigo, a veinte días del mes de mayo del año del Señor de mil seiscientos noventa.

Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam, cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae. Alleluia. Amavit eum Dominus et ornavit eum: stolam gloriae induit eum. Alleluia.

Ha pasado medio año desde que remitiera a vuestra eminencia mi última carta, y aun sospecho que habrá de estar todavía por Panamá viajando a España, pues este año han sido malas las barcadas de la flota, y tanto que, a los riesgos en que la naturaleza pone a nuestros barcos por las enormes tormentas con que los azota, hanse sumado los intentos de los herejes luteranos por asaltarlos, que tales han sido las nuevas que desde Lima nos han llegado. Ruégole a Dios que ésta, junto a las cartas anteriores, llegue a las manos de vuestra eminencia y que yo viva lo suficiente para hallar contento en su respuesta.

No esperaré, empero, esta última, pues grande es mi anhelo de seguir dándole cumplida cuenta de mis noticias y las mismas han crecido en los últimos meses y hanse acrecentado de manera tal que forman como una montaña en la que el mejor escalador corre el peligro de precipitarse en los abismos de la duda. Y así debo comunicarle a vuestra eminencia que nuestro amado Íñigo ha desaparecido y que de él no queda rastro cierto en Arequipa, ni en Yanque, ni en Cabanaconde, ni en ninguno de los poblados del corregimiento de los Collaguas, que con tanto acierto gobernaba. He viajado yo hasta aquellos lugares, sufriendo lo que vuestra eminencia podrá imaginarse, que no hay en todo el mundo parajes más fríos, ásperos y desolados, pues más parecen propios del Tártaro que de esta tierra, y los indios que los habitan, de igual suerte. No obstante, si pobres, tales indios son de cristiana conformidad, que en tal virtud pueden servir de ejemplo para muchos españoles, especialmente de los que se -356- vienen hacia estas tierras, que sólo esperan su medro y dar algún lustre vano a su apellido. Vanitas vanitatum. En tal esperanza cometen no pocas maldades y muchas injusticias, que no hay autoridad humana ni divina que ataje sus apetitos de riqueza del hambre con que llegan, y, así, he visto yo en las minas de Orcopampa, cerca de Andagua, donde se sirven de aquellos indios como mitayos, los peores tratos que hombre alguno pudiera dar a otro de su condición, que ni los esclavos en Roma, en época de los paganos, pudieron haber sido peor y más cruelmente tratados que los que aquí trabajan y mueren bajo tierra. Los pocos días que en estos lugares pasé fueron, no obstante, si malos en lo material, por sufrir muchas carencias, buenos en lo que a cosas del espíritu interesa, que los indios llegábanse a mi capillita de Yanque desde muy lejos, postrábanse con mucha devoción y hacían en todo tan buenos y mejores cristianos que los que jamás encontrara yo en España.

No cansaré a vuestra eminencia con noticias del viaje, porque fue en vano, y los indios sólo supieron decirme que cierto día tomó el montante nuestro primo, aparejó el matalotaje y sus petacas y, con unas cuantas acémilas, dos indios a su servicio de los más fieles, el navarro Gorricho, que a

todas partes lo sigue, y una esclavilla negra, de nombre Escolástica, huida unos meses antes del convento de nuestra Violante, acertó con el camino que conduce al Cuzco. Muchos aún lo esperan, que, no habiendo corregidor, están todas las cosas de su gobierno de cabeza. Tuvo nuestro primo la precaución de escapar de noche, y nadie se explica su decisión, pues el corregimiento dábale al cabo muy pingües beneficios y no había nada que pudiese temer de un juicio de residencia. Hanme dicho algunas personas que la muerte de nuestra querida Violante habíalo trastornado, pero tampoco es cierto, pues han sido muchos los días y no pocas las horas que, tras el óbito de Violante, hemos pasado juntos y conversando, y, en todo este tiempo, jamás vile yo indicios de locura. Inclínome, más bien, a imaginar que, al descubrir el crimen y conocer a sus autores, nuestro primo se ha visto, por vez primera, lleno de dudas y que ello lo ha conducido a una grave confusión, de la que espero que algún día salga con bien, que un espíritu tan sensible como el suyo no es bueno que se pierda en la desesperanza.

Habíale yo comunicado a vuestra eminencia mis sospechas de que la muerte de Madre Sacramento hubiese sido inducida por quienes, dentro del convento, la envidiaban. Ahora lo sé. Íñigo confirmó mis sospechas, tras conversar con fray Domingo de Silos de Santa Clara, un franciscano de Cirueña cuya familia ha estado de siempre al servicio de los Ubago de Ezcaray. La conversación la tuvieron a orillas del Chili, en la campiña, y, después de oír las razones del mendicante, se fue nuestro primo a conversar con Madre Encarnación -357- de Ubago, quien no pudo, o no quiso, negar los cargos que se le hacían. No soy yo quien deba juzgarla, mas puedo asegurarle que los móviles de este crimen sin nombre podemos hallarlos en la doctrina del herético Molinos que tan sabiamente han combatido en Roma el cardenal de Estrées y vuestra eminencia. Sígueme produciendo asombro el que ideas tan erradas y perversas hayan hallado en Arequipa un clima tan propicio a su crecimiento, que no sé ni he escuchado que algo semejante haya ocurrido en otras partes de las Indias. Tengo la certeza, sin embargo, de que por todos los reinos del Perú se extienden hoy como reguero de pólvora y que el foco de quietismo que aquí hemos hallado entre las monjas no es sino la punta de una madeja que puede conducirnos a las cámaras más secretas, a las celdas de los devotos más afamados y hasta a los estrados más elegantes de la corte del virrey.

Es gran pecado la soberbia, que ningún otro conduce a tales extravagancias, y lo es aún más en aquellas mujeres que, por su condición, deben servir de ejemplo a las demás. Guíanse estos herejes por aquellas palabras del filósofo pagano que dicen que «quid omnino sit Deus non esse quaerendum», y con esta certeza abandónanse a su ignorancia, negándose a usar de la razón para descubrir una realidad que, en sus aspectos más primarios y groseros, hácese a cada paso evidente a los ojos de cuantos no son ciegos ni los cierran. Y así rechazan hasta las más claras demostraciones del Doctor Angélico, que sólo confían en la oración para penetrar en todo aquello que ellos dicen desconocer por ser impenetrable.

No me extenderé más sobre un asunto que vuestra eminencia conoce mejor que yo. La constitución Coelis Pastor, que ha, recientemente, llegado hasta mis manos, señala con claridad meridiana que la doctrina del hereje al que nos referimos y cuyo nombre es nefando a mis orejas debe ser condenada

como herética, sospechosa, errónea, escandalosa, blasfema, ofensiva, temeraria, rebajadora de la cristiana disciplina, subversiva y sediciosa. Nada hay en ella que sea grato a los ojos de Dios, y, en consecuencia, yo reclamo de la bondad de su eminencia y en salvaguarda de la salud espiritual del pueblo cristiano en estos reinos del Perú que haga cuanto estuviere en sus manos para que el rey nuestro señor ordene a sus ministros y a su virrey en Lima que se abra inquisición en Arequipa sobre la herejía molinosista y que autorice a tomar presas a las monjas que, inducidas por tales proposiciones, han llevado a la muerte a nuestra querida prima Violante de Cellorigo. Si así lo hiciere vuestra eminencia, sepa que habrá de tener siempre en mí al más humilde, fiel y agradecido de sus servidores. Ya no podemos esperar más los buenos cristianos y cuantos aspiramos a la salvación de nuestras almas, pues, si así lo hiciéramos, -358- estaríamos pecando contra la prudencia, virtud que mantiene la paz en los estados y que hace posible la vida en la república cristiana.

Dejo en este punto la carta, pues no deseo que vuestra eminencia me tenga por quien, aprovechándose del parentesco que nos une y de los recuerdos que conservamos de los buenos tiempos que pasáramos en mutua compañía, trata de influir más allá de lo conveniente en vuestro ánimo, que no es la intención que este humilde sacerdote persigue, pues conoce sus limitaciones y sabe de la gran sabiduría que adorna los actos todos del Salomón de las Españas. Tan sólo desearía añadir que sigo en Arequipa esperando las noticias de vuestra eminencia y, al cabo, que desespero de que vengan, que son muchos y muy graves los inconvenientes que se ve obligada a sortear la flota de las Indias y los mayores los que le ponen de propósito los piratas luteranos.

Despídome de vuestra eminencia hasta la próxima epístola que le remita solicitando de su bondad que ore siempre por quien queda aquí en Indias tan solo como se puede imaginar después de la muerte de nuestra querida Violante y de la que me atrevería a llamar la fuga de nuestro primo don Íñigo Ortiz de Cellorigo, que no desespero de encontrarlo y haré cuanto estuviere en mis manos por alcanzarlo. Confiando en la Divina Providencia y en sus designios, queda en Arequipa para cuanto de él deseare vuestra eminencia, quien, devoto y humilde, solicita su bendición.

Fray Antonio de Tejada de Santo Domingo O. P.

Post scriptum. Aunque el verano ha sido lluvioso en exceso y sus aires destemplados, con el favor de Dios tengo el cuerpo en mejores condiciones de salud, lo que me ha permitido hacer el viaje al corregimiento de los Collaguas y ha de permitirme el llegar al Cuzco para buscar a mi primo y tener certeza de su paradero.

-359-

Capítulo XXXII

Los ríos del paraíso

-Pedro Sarmiento de Gamboa soñó que encontraría en Indias la Tierra de los Césares. Navegó por mares ignotos, se esforzó por hallarla y nos dejó por escrito sus aventuras. Léense como novela de los antiguos. Paisajes helados en los extremos del planeta: estrechos, islas, desiertos, montañas y bosques. Los españoles descubrieron un mundo nuevo con indios valientes y fieros, como el que espantara a los hombres de Sarmiento al meterse en su boca una saeta hasta las plumas sin una queja. Cuantos sueños tuvieran hallaban cabal cumplimiento en estos parajes, de Florida a la Tierra de los Patagones. Eran tierras puestas a posta para deleite de los osados y valentones. Juan Ponce de León buscó la fuente de la eterna juventud, cuyas aguas borran los pesares que el paso del tiempo señala en la frente de todos nosotros. Hubo quienes buscaron el Dorado, que la maravilla encontrábase al alcance de cuantos tuvieran el valor de conquistarla. Y, así, quienes desembarcaron en estas costas persiguieron siempre un ideal, pero el tiempo para que puedan cumplirse nuestros sueños se acabará con el siglo. Un nuevo tiempo amanece. Poco queda de aquel impulso primero que llevara a tantos buenos caballeros a la aventura. El Grial se esconde a nuestros ojos. No existe ya nada que podamos hallar en Indias. Se fueron para siempre los paladines. Las Indias se han llenado de escribanos, alguaciles, curas y mercachifles.

Íñigo disertaba junto al fogón de la cocina. Escolástica Mi cabeceaba. Al otro lado de las tapias que cercaban la casucha un grupo de indios silenciosos atendía a la riña de unos arrieros llegados de Tucumán. Escuchábanse gritos soeces, juramentos y amenazas. El sol se ocultaba al otro lado de los cerros. Desde Sacsayhuamán extendíanse las sombras sobre la ciudad toda. Las campanas de la Merced llamaban a los fieles. Gorricho se alistaba para salir. Hacia San Blas dirigían los indios sus pasos y se envolvían en sus mantas. Los gritos de los arrieros turbaban la paz del atardecer cuzqueño.

-Y no sólo Ponce de León. También de Soto, Orellana, Valdivia, Ursúa y otros tantos imaginaron que estas tierras podrían cumplir en ellos los sueños todos.

Cuando llegaron al Cuzco, la mula montada por Escolástica se quebró una pata y tuvieron que sacrificarla. Aún restaban unas leguas para llegar a la ciudad, y no pudieron hallar un solo albéitar en aquel desierto. Al pasar por Lagunillas, habíanse cruzado con grandes rebaños de alpacas pastando en la puna. A Escolástica le emocionaron aquellos indiecitos tan pequeños que, con su guaraca aprestada y los guijarros listos, jugaban con las pastorcitas entre el ichu las inocentes bromas del amor. Recordó a los pastores de las alturas de Zúñiga. Las persecuciones podían durar un día entero. En las alturas, el tiempo se desliza sin prisas. Los indios tocan sus flautas, y las indias hilan. Sólo el amor agita su espíritu. Sobre las montañas, las nieves eternas y los hielos que se deslizan hacia las lagunas. Los yanavicos remojan sus alas en los puquiales. En el cielo abierto y azul planea el cóndor.

En el Cuzco estuvieron muy pocos días, y los más, encerrados entre las cuatro paredes de una casucha de alquiler. Fermín Gorricho en todo los atendía. De noche, escapaba a sus obligaciones y se iba a visitar las tabernas de la ciudad que, en otro tiempo, conociera mejor que la palma de su mano. Solía parar en una conocida como Chasca, que en la lengua de los

indios es estrella, donde el navarro apagaba su sed con la mejor chicha de jora de la comarca. Gustábale acompañarla con adobos y papas serranas en salsas de ají, y el tabernero era de antiguo amigo suyo por ciertos servicios que el navarro habíale hecho recién llegado de soldado a la región. Apellidábase Navaridas el tabernero, y era menudo de cuerpo, magro de carnes, calvo con una a manera de tonsura de carmelita descalzo, pobre de espíritu y timorato. A más de ello, era tartamudo, faltábale casi toda la dentadura y de él podía decirse lo que la copla popular cantaba de Montalvo:

Montalvo casó en Segovia,
siendo tuerto, manco y calvo,
y engañaron a Montalvo.
¡¿Cómo sería la novia?!

«La chancaca busca su tapa», decían los mestizos del Perú por referirse a lo mismo. La mujer de Navaridas era, en efecto, una nonada arrebujada en trapos. Estaba siempre como pasmada tras el mostrador. Sus ojos se perdían con mucha frecuencia en el techo, sucio, grasiento y recubierto de telarañas, del que se descolgaban ristras de cebollas, pasas de uva y ajos de varios lustros de antigüedad. Si pequeños ambos, la mujeruca era, además, algo bizca y patizamba, de mirar esquivo y de hablar entrecortado y sin ilación, que en todo se acomodaba a su marido, y entre ambos se conformaban con su suerte. En esto eran muy buenos cristianos y tenían de antemano ganada la gloria. Fermín Gorricho se pasaba con ellos las horas muertas de la noche, acababa su condumio y, todavía con los vapores de la chicha dándole vueltas en la cabeza, volvíase a la casa con la tripa llena, el corazón contento y con más ínfulas que un rey de bastos.

-361-

-Estamos obligados a recuperar el sueño, forzados a hacerlo. Escolástica Mi no entendió entonces el discurso de su amante. Bajando por el Urubamba lo recordó. Llovía mucho cuando llegaron a Písac. Las ruinas de piedra le impresionaron. De los cerros bajaban unos nubarrones negros cargados de lluvia y de granizo. El río sagrado de los incas bramaba entre las piedras, y los pequeños molles que crecían a sus orillas inclinaban sus ramas como si desearan besar las aguas que humedecían sus raíces. Íñigo cabalgaba envuelto en su capa cuando alcanzaron las primeras casitas de Calca.

-¿Sabes que entre los breñales -preguntó a la esclava señalándole la maleza de los cerros- viven unos animalillos que siempre llevan cargadas a sus crías en la espalda?

Fueron tan sólo dos días los que pasaron en aquel pueblo, y, en ese tiempo, cesaron las lluvias, volvió a salir el sol y los caminos se hicieron transitables. Así llegaron a Paucartambo cuando faltaban unos pocos días para Semana Santa. Hicieron alto en este pueblo por casi una semana, y el tiempo lo pasaron en total abandono, pues no tenían prisa

alguna por llegar a su destino. Dejaron la villa un Viernes de Dolores por ahorrarse los oficios, y, desde Tres Cruces, pudieron admirar la alfombra esmeralda que se extendía a sus pies. Desde aquellas alturas la selva presentaba un espectáculo maravilloso.
-Desde aquí he visto yo -pontificó Gorricho, imitando los gestos y la voz de un dómine de aldea- un sol doble, que es fenómeno asaz extraño y que nadie podría encarecer con sus palabras.
Las noches eran frías en aquella puna tan alta y batida por todos los vientos, y la sugerencia del navarro de volver al pueblo y esperar el tiempo propicio para observar los dos soles que aparecen en junio fue rechazada de plano por los viajeros. A medida que descendían hacia Xintuya, el calor crecía. El sol que durante el día quemaba en la puna hacíase sofocante en las quebradas, y la vegetación tornábase verde y colorida. Grandes helechos y encendidas orquídeas ponían la nota de color que en la puna habíales faltado. Un día, se tropezaron a boca de jarro con la espesura de la selva.
-Estamos ya cerca de nuestra meta, pero aún nos falta.
El final del viaje sólo lo conocían el hidalgo y Gorricho. Si la angola le preguntaba por el lugar al que se dirigían, el navarro le contaba el levantamiento de Chichima, el ataque de los rebeldes y el incendio de la casa del andaluz, cuando él tuvo ocasión de demostrar su valía y su coraje. Gorricho exageraba. Decíale que él solo y sin ayuda había pasado a más de veinte indios por los -362- pechos con su espada y que, enfrentado a un gigantesco negro que lo amenazaba con un garrote descomunal, con sólo la mirada lo desarmó, saltó sobre el esclavo como un león enfurecido y con sus manos lo dejó sin resuello. La negra lo miraba entre sorprendida e incrédula, y el hidalgo de Ezcaray se reía por los bajines al escuchar las fanfarronadas de su criado. Era ésta, según el navarro, la mayor hazaña de aquella jornada.
-La puna cansa. Las montañas agotan. El desierto es un infierno que quema. En la selva se encuentra el verdadero paraíso -sentenciaba el navarro.
-En ella vive nuestro amigo don Ferrán Carrasco, señor de Utrera, el último de los enamorados del amor -completó el hidalgo.
En Xintuya se detuvieron algunos días. Íñigo buscó una casa grande y ventilada, pagó por adelantado la suma solicitada a una mesticilla cuzqueña con la cara borrada y, como pudieron y sin apuros, en pocas horas se acomodaron en sus habitaciones. El Pensil /piso era de pona y se elevaba como cuatro pies del suelo sobre grandes maderos. Las aguas del río Madre de Dios lamían en las noches el maderamen de la casa, y Escolástica Mi se complacía en echarse sobre su hamaca abandonándose a sus sueños. Íñigo gustaba de quedarse las horas muertas observando las aguas en el ocaso. Sentábase sobre el emponado y balanceaba sus piernas en el vacío. A veces, llegábase Gorricho y, sin querer interrumpir sus pensamientos, poníase a hacer lo mismo por imitarlo. Las claras aguas del Madre de Dios besaban los guijarros, y a lo lejos, sobre las montañas, el sol se ponía, añadiendo rojos a la belleza del paisaje. Los indios a su servicio, tumbados en el suelo, dormitaban. Echábanse para ello sus mantas sobre la cabeza. No existía ruido que pudiera despertarlos.
-¡Qué enormes diferencias hallamos en tan corto espacio! ¡Tan abismales! ¡Tan profundas e insalvables! -decíale a Gorricho el caballero.

-De las cabañas de piedra y paja de los pastores de Paucartambo a esta casita tan bien dispuesta sí que hay diferencia. Allí hace tanto frío como en Castilla, y aquí el calor fríele los huevos al más bragado. ¡Dios y qué buenas serían nuestras jornadas, echados en las hamacas y abanicados! ¡Mi alma daría por gozar lo que me queda de vida en este paraíso! -respondíale el navarro. Durante el día, el hidalgo de Ezcaray hacíase acompañar de sus indios para hablar con los barqueros. Quedábanles todavía unas cuantas jornadas de viaje, e Íñigo decidió hacerlas surcando el río. El calor era agobiante. Gorricho quedábase a solas en la casa con la esclava y se ocupaba de su seguridad. En Xintuya paseábanse los matasietes con las camisas abiertas hasta los pechos -363- por mostrar las cicatrices que los adornaban. Pasaban silbando por delante de la casita, por no tener una mejor cosa en la que ocuparse. Gorricho teníale echado el ojo a un mozalbete con modales de bachiller complutense, cabeza ladeada a la izquierda y mirada de soñador. Paseábase por delante de la casa como un pavo real en época de celo y enderezaba su tizona por mostrar algunas puntas de espadachín.
Mientras el hidalgo acordaba con un cacereño entrado en años el precio de la barcada, dábale una parte de dinero como adelanto y fijaba la partida de la excursión, el mozalbete de marras decidió poner cerco a la vigilancia del navarro y, agarrando una rama pequeña de cuatro palmos del jardín que rodeaba la casita, desbastola con un cuchillo hasta dejarla tan aguzada y fina como un virote. Gorricho mirábalo hacer desde el emponado. El mozo lanzaba sus miradas de reojo al interior de la casita desde el árbol a cuya sombra habíase sentado y en cuyo grueso tronco apoyaba sus espaldas. Imaginábase ya en brazos de la angola, y le brillaban los ojos con reflejos en los que se anticipaban los gozos de los que esperaba disfrutar. Sentíase muy seguro. Era joven, fornido, alto y bien encarado, y los rizos rubios de su cabello caíanle sobre su frente sombreándole la mirada.
-Seor veterano -comenzó su discurso, yendo directo hacia Gorricho y acercándose a él con la varilla en la mano-, me gustaría que me diera vuesa merced su venia para cortejar a la bella dama que se esconde en la casa.
-Ya tiene dueño, mequetrefe -fue la respuesta del navarro, que siguió balanceando sus piernas en el vacío, como si el mocito no existiera.
-Pídoselo a las derechas -añadió amenazante el joven enamorado-, que también podría pedírselo a las torcidas.
-Y yo te las enderezaría, mamón. Ándate, guagua, a chuparle las tetas a la puta que te parió.
No quiso oír más el mozalbete y, en un santiamén, púsose de pie sobre el emponado, a pocos pasos del navarro. Gorricho ni se movió. Escolástica salió de la cocina. Traía el mozuelo la vara en la mano derecha y el cuchillo en la izquierda. La angola, al ver su rostro desencajado, no pudo evitar pegar un grito que detuvo, al punto, la acción del joven enamorado. En el árbol bajo cuya sombra habíase protegido el mozuelo se inició un concierto de guacamayos. Algunos micos hicieron piruetas saltando entre las ramas de los árboles y hasta un perezoso cantó su solfa entre gruñidos. Todo aconteció en pocos segundos. Gorricho, que, a pesar de las apariencias, estábase atento a todos los movimientos -364- del

mozalbete, giró su cuerpo en redondo sin levantarse, lanzó una maldición de las que espantan a los valientes y con sus manos le atenazó las piernas. Al halar de ellas, el joven perdió el equilibrio y cayó del emponado al suelo, sobre el cenaco de una charca. Unas mestizas que pasaban delante de la casa no pudieron contener sus carcajadas ante el espectáculo que acababan de ofrecerles los valentones, y hasta la propia Escolástica, que en algún momento había temido una tragedia, se echó a reír a mandíbula batiente. No pasó más, porque el mozalbete, al verse en estado semejante, tuvo la prudencia de retirarse, y, cuando llegó el hidalgo con los indios que lo acompañaban, tuvo que pedir al navarro que le explicara por qué ni él ni la angola dejaban de reírse.

-Ha sido un incidente sin importancia -comenzó Escolástica-. Lo que pudo ser una tragedia...

-... terminó en comedia -remató el navarro, agarrándose la tripa con ambas manos.

A los tres días del incidente se embarcaron. Los indios iban en una barca grande con los caballos, las mulas y las petacas que hacían la mayor parte del matalotaje. El paisaje era en verdad espléndido. Enormes lupunas y cedros, palmeras gigantes y flores maravillosamente coloridas veíanse desde la barca. En las orillas, los lagartos dormitaban bajo el sol. Entre los guijarros movíanse despaciosas las taricayas. Sobre los troncos desnudos de las palmeras deslizábanse las grandes serpientes al acecho. Reflejábanse los gigantescos árboles en las aguas del Madre de Dios, y el breve oleaje de los remos turbaba con su ritmo las raras maravillas de su espejo.

Cuando llegaron a su destino, ya habían pasado seis meses de su partida de Arequipa. Tantas emociones y novedades habían dejado su mella en el ánimo de la esclava. A medida que iban acercándose a la hacienda de don Ferrán, sentíase invadida de una extraña sensación de mudanza, como si un vientecillo le recorriera todo el cuerpo y le dejara el pellejo en carne viva. Intuía lo que podía significar, pero no estaba segura de que el cambio de piel que experimentaba le fuera a traer la dicha con la que había soñado toda su vida, algunas de cuyas gotas había bebido de labios del hidalgo desde aquel dichoso día en que se escapara del convento. Sentía que le estorbaban sus vestidos y que, tanto como estos, estorbábanle aquellos cuerpos extraños y malolientes de los hombres que se movían en su entorno. Sólo cuando el caballero se acercaba a ella y, tomándola de los hombros, le susurraba ternezas y melindres, la amante angola volvía en sí y se tranquilizaba.

-365-

-Seremos todo lo felices que pueden ser dos enamorados -le aseguraba don Íñigo.

Ambos se quedaban entonces mirando las cristalinas aguas del Madre de Dios, o levantaban la vista a los cielos como si los dos esperaran ver descender de las nubes la dicha enorme que añoraban y cuyas delicias primeras habían paladeado en el secreto de la alcoba. De los arcabucos de la orilla llegaban los chillidos de monos y pajarillos y los rugidos profundos de los otorongos. A veces, estos últimos hacíanla estremecer. Escolástica alzaba, entonces, sus ojos hasta los de su amo, y éste apretábala contra su pecho por el placer de sentir el cuerpo de su amada

temblando como una caña solitaria movida por los vientos que agitan las aguas de los puquiales. Jamás había escuchado el hidalgo de Ezcaray una música tan pura como los latidos del corazón de su Escolástica, desde la última vez que abrazara a Violante.
-Sólo quiero sentir tu cuerpo junto al mío -le decía-. Mi amigo el andaluz me ha de conseguir una tierra generosa para en ella construir una casita en la que vivamos aislados.
A Escolástica sonábanle estas palabras a música celestial y a promesa de dicha eterna. Sentíase, por ello, la más feliz de las mujeres. Pensaba que habría de guardar para entonces sus besos más ardientes, sus caricias más húmedas, sus más hermosas palabras, sus canciones más sentidas, y se esforzaba en la barcada por imaginar en qué forma habría de explorar con su lengua los más recónditos valles de su amado, regar con sus humores su cuerpo entero y cantarle aquellos cantos de amor que su madre le enseñara cuando, todavía niña, vivía con la inocente despreocupación de quien tan sólo sueña. De vez en cuando, se acordaba de aquellas fantasías que alimentaba en Lunahuaná, mas ahora las sentía lejanas y sin sentido. El caballero descubría a diario en sus ojos un misterio nuevo e insondable. «La felicidad debe de consistir en poder descifrarlo», decíase entonces la negra enamorada, dibujando una sonrisa.
Al fin llegaron al atracadero de Carrasco. Un indio embijado los saludó desde lejos. Levantando el único remo con el que movía su canoa y abandonándola a su suerte cabe la orilla, fuese a comunicar a su amo la llegada de los forasteros. Daba gritos que podían escucharse a muchas leguas a la redonda, y otros dos indios aproximáronse recelosos, escondiéndose detrás de una enorme ceiba que se orillaba en el sendero hacia la casa del andaluz, más allá de las palmeras reales que lo adornaban. Sólo cuando vieron al hidalgo de Utrera avanzar descuidado hacia el atracadero, salieron dando gritos de alegría y, como si fuesen micos, pusiéronse a saltar delante de los viajeros.
-366-
Escolástica no pudo evitar echarse al cuello de su amante y demostrar de ese modo su contento.
-Llegamos al fin y con salud -dijo éste-. Por allí viene a darnos la bienvenida mi buen amigo don Ferrán.
Traía éste unos calzones muy gastados y la camisa suelta de fuera. Los amigos se confundieron en un abrazo silencioso. El de Utrera hízole señas con los ojos a don Íñigo para que le presentara a su dama. Díjole éste que doña Escolástica (que así la llamó) era su legítima mujer ante los ojos de Dios y de los hombres y que, por no poder sufrir ninguno de ellos las burlas ni las tiranías a las que la incomprensión del vulgo los condenaba, habían decidido recluirse en la selva y vivir desde ahora libres, sueltos y a su gusto, que no habría de ser otro que vivir en paz y dedicándose por entero a sus pasiones.
-Tengo -añadió don Íñigo- fortuna más que medrada, que bien lo sabe vuesa merced, y hemos llegado hasta aquí pensando en el amigo que habría de amparar nuestra dicha en esta selva. Tenga, pues, a bien don Ferrán el recibirnos.
-Aunque ello me costara mi vida, así lo haría, que estimo en mucho la amistad de don Íñigo y no ha de ser menor la que yo brinde a vuesa merced,

doña Escolástica.

La esclava asombrose ante los términos de cortesía usados por los caballeros y pareciole raro que, en tales espesuras, dieran ambos amigos en tratarse con semejantes protocolos. Ferrán Carrasco echose hacia atrás e hizo ante la angola una graciosa caravana de cortesano. Enderezado su cuerpo, le ofreció su brazo derecho para que en él se apoyara, y, así, escoltada por ambos caballeros, caminó la dama hacia la casa en la que habría de vivir durante los próximos ocho meses, que fue éste el tiempo que se tardaron los servidores y los criados de don Ferrán en construir la cabaña que, a menos de una legua, mandara levantar para sus amigos entre castaños y lupunas el enamorado de Utrera.

Fueron estos para Escolástica ocho meses de felicidad. Íñigo salía de la casa en las mañanas acompañando a su amigo, y en todo lo ayudaba durante el día, pues de este modo pasaban la vida más fácil en aquellos andurriales. La angola esperaba siempre con ansias el regreso de los caballeros. Cuando no un arroz con leche, o unas mazamorritas dulces de cazabe, preparaba a los amigos un rico postre de coco o unas natillas, que siempre variaba sus golosinas por mantenerlos contentos. La verdadera golosina de don Íñigo era ella misma, sin -367- embargo, mas mostrábanse ambos discretos en presencia del andaluz, por no provocarle los ataques de añoranza a los que su melancolía lo condenaba. La cena transcurría a diario en buena conversación, amenizada, tras los postres, con las canciones de Escolástica. Muchas de ellas habíalas aprendido con las monjas, mas nada le decía de ello a su marido porque no recordara las desventuras de Violante y se entristeciera. Don Ferrán contábales sus desventuras con tales gestos apasionados que a diario encendía en la angola sus deseos y renovaba sus ardores.

Pasados los primeros ocho meses, trasladáronse a su cabañita. Durante casi seis años, nada interrumpió su felicidad, mas un día, al volver a casa después de una jornada de pesca junto al río, estábalos esperando Fermín Gorricho con novedades de Casa Grande, como llamaban a la casa hacienda del andaluz. Díjoles el navarro que el buen don Ferrán había muerto de resultas de un mal paso dado en una barcada cuando se dirigía con su capataz a una misión cercana de los dominicos. Contoles que éstos habíanle asistido en sus últimos momentos y que, en la hacienda, todos los estaban esperando para el entierro. Al navarro, que venía, como siempre, sin afeitar y que adornaba su camisa con unos lamparones de a puño en la curva que los años terminan por formar sobre el ombligo, no se le salían las lágrimas de puro milagro.

-¡Cagüental! -maldecía el energúmeno-. Este hombre merecía mejor muerte que la que ha tenido.

Contoles Gorricho que, yendo en una canoa con su capataz y dos indios, por mejor sortear unos troncos de los que arrastra el río en las temporadas de lluvias, púsose de pie sin medir el peligro, y que, así estando, golpeó uno de los troncos la barquichuela, con lo que don Ferrán vino a perder el equilibrio y a caer entre las aguas torrentosas, que arrastraron su cuerpo entre las piedras hasta dejarlo casi muerto en una playa sembrada de guijarros. Diéronse los indios a buscarlo, y, cuando por fin lo hallaron, hubieron de hacer muchos disparos de arcabuz con el objeto de alejar a los cocodrilos que ya se disponían a hacer del cuerpo del andaluz su colación.

Rescatáronlo al fin y lleváronlo a la misión de los dominicos, de donde, con los indios y el capataz, viniéronse dos frailes para atender a los oficios y enterrarlo en el camposanto de la hacienda. Falleció en la misión y hasta pudo confesarse, aunque era tan sólo un hilo de vida lo que le quedaba. Tenía desgarrada la espalda, y era mucha la sangre que había perdido y no pocos los jirones de carne dejados entre los guijarros. Por fortuna, los lagartos no lograron hincar el diente en el cuerpo de don Ferrán, que los indios llegaron a tiempo para evitarlo y el capataz mandó al fondo del río a más de uno sin que pudieran saciar con carne humana su apetito.

-368-

Tenía don Ferrán depositado su testamento en el misión, y a los frailes dejaba una tercera parte de lo que poseía, con el objeto de que atendieran con el esmero que se merecían a los indios de la catequesis. Otra tercera parte dejábasela a sus indios y a sus esclavos, a los que entregaba su libertad. Finalmente, la última parte dejábasela, como dote, a doña Escolástica para que no se sintiera frente a su marido con sus derechos disminuidos. A su amigo don Íñigo dejábale la casa, los muebles y la biblioteca, que, tal como escribiera de su puño y letra ante un escribano cuzqueño, «han de ser estos libros para vuesa merced buena compañía en las soledades de estas selvas y de igual modo para doña Escolástica, que, en aficionándose a ellos, no habrá de dejarlos nunca jamás».

Con los años, el recuerdo del amigo muerto agigantábase a los ojos de los enamorados. Fermín Gorricho, ya sin dientes y entregado a los vanos placeres del masato, pasaba la mayor parte de su tiempo en Casa Grande. En ella tenía cuarto limpio con su hamaca, comida segura y muy poco trabajo por hacer. Tenía también una mesticilla que lo adoraba y que veía en todo por su comodidad. Administraba en nombre de don Íñigo la casona y los frutos de las tierras de doña Escolástica, que unos negros libertos cosechaban. Daba el navarro cumplida cuenta de todo, y siempre llevaba consigo un cuaderno tan plagado de rayas y de guarismos que sólo él podía entenderlo. Un día a la semana llegábase a la cabaña de sus antiguos amos y pasaba con ellos las horas muertas de la canícula tirado sobre una manta en el emponado. Cuando el tiempo era turbio y amenazaba lluvia, llegábase con la misma manta sobre la cabeza, que era de verse la figura que hacían en aquellas espesuras su cabeza pequeña, sus miembros largos, sus greñas al aire y sin sombrero y su cintura ya redondeada por el abuso de la chicha y del masato. Llenábase de vientos y de agruras y amenizaba todas sus tertulias con conciertos de pedos que ponían admiración y espanto en sus oyentes. La angola pedíale siempre, para su solaz, que ejecutara de esa suerte aquellos boleros que habíanse puesto de moda en Arequipa durante los años que vivieron en la ciudad. Cierto día de marzo de 1699, ya no pudo complacerla.

-¿Has notado -le preguntó Escolástica a su amado cuando el navarro se hubo ido- que Fermín está envejeciendo y que su cabeza comienza a inclinarse hacia adelante?

-Algún día habrás de notar esos síntomas en mí, que pasa el tiempo sin que podamos remediarlo.

-369-

Ellos no trataban de detenerlo, sino de apurarlo. No llegaron hasta

aquellas selvas para encontrar la fuente de la eterna juventud, sino para hacer que su amor se eternizara entre las espesuras que descolgaban su sombra sobre los ríos.

-Son estos -habíale dicho don Íñigo a su amante, cuando llegaron a la cabaña por vez primera- los ríos del Paraíso, y algo de la dicha de nuestros primeros padres habrá de alcanzarnos, si vivimos en sus orillas. No hemos de afanarnos por tanto en conseguir riquezas, que ninguna es más grande ni mejor que el que podamos tenernos ambos y gozarnos mientras vivamos.

Hablole entonces de los hallazgos que Colón hiciera en su tercer viaje y del entusiasmo de don Antonio de León Pinelo ante las maravillas del Nuevo Mundo, que no en vano hay en él tanto de nuevo como de viejo, pues, según le explicara, todas las cosas son y no son a un mismo tiempo y hasta lo malo es bueno cuando el sabio aprende a aprovecharlo. Escolástica no entendía muy bien semejantes argumentos, pero, si no en ellos, deleitábase en las palabras de su amado y encontraba placer en el timbre de su voz y en las llamas que sus ojos despedían al explicarle las verdades que tales argumentos pudiéranle esconder bajo los mantos dorados de la retórica. Quedábase, por ello, como embobada al escucharlos, e Íñigo imaginaba que, de seguir por aquel camino, habría de hacer de su amante una académica, lo que, en el fondo, le disgustaba. Pese a ello, quiso entonces continuar con su discurso.

-Dícese que Colón -continuó el hidalgo-, habiendo navegado hasta la boca grande del Orinoco, notó que aquellos navíos alzábanse hacia el cielo suavemente, de lo que vino a dar en que el mundo no era redondo, sino de la forma de una pera o teta de mujer que tuviese un pezón alto y en que la grandeza de tantas aguas dulces podía venir de la fuente del Paraíso terrenal, de la que nacen los cuatro grandes ríos antiguos, que son el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Ganges. Todas estas cosas no eran sino fantasías del navegante, pero en las partes en las que nos hallamos hay tal cantidad de agua dulce, tantos ríos de grandes caudales y tanta copia de vegetación que no osará nadie negar que, de encontrarse en algún lugar, habríamos de situar en ellas el Edén en el que vivieron nuestros primeros padres. ¿No te parece?

La negra decíale a todo que sí. En las mañanas, al despertar desnudos sobre el anchísimo catre que ocupaban, Escolástica renovábale a su amante sus promesas de felicidad eterna. Don Íñigo dejaba que la negra besara los vellos de su pecho y le enderezara la virilidad. El tiempo, entonces, se detenía. Entre las humedades de la noche gobernaba el caballero su navío y penetraba en los -370- puertos que el amor disponía a su contento y satisfacción. Una mañana encontró entre los ensortijados cabellos de la negra una cana traviesa, la haló con toda su fuerza y, tomándola entre sus dedos, la llevó a sus labios y la besó.

-En unos años más, seré una viejecita -le aseguró la angola con un dejo de tristeza.

-Seguirás siendo hermosa y te querré por ello.

Desde la muerte de su amigo el andaluz, el caballero dedicaba sus mañanas a escribir en un cuaderno sus memorias. En ellas contaba de los viejos tiempos, de sus recuerdos de Ezcaray, de Violante, del viaje a Indias y de sus amigos de Arequipa. Éste era un cuaderno cosido a mano que habíase

encontrado entre los libros que le dejara Ferrán Carrasco en su testamento. No escribió en él una sola línea sobre la muerte de Madre Sacramento y a su primo fray Antonio de Tejada solamente lo mencionaba dos veces como el muchacho tímido de Azofra que venía a su casa de Ezcaray a pasar los veranos.

-El paraíso -decíale a Escolástica- no debe sostenerse en los malos recuerdos del pasado. Su construcción nos exige el olvido de nuestros pesares.

Durante el primer año del nuevo siglo murió Gorricho. Había el navarro engordado de tal manera en los últimos años que ya casi no podía ni moverse. Su amante mestiza lo cuidaba, y, en las temporadas de lluvias, pasábase a veces hasta veinte noches en vela sin pegar ojo por cuidarlo y colmarlo de atenciones, que tantas le prodigaba. Era ella una mujer que estaba acostumbrada al sacrificio, y todo lo que esperaba de la vida era que, de vez en cuando, el anciano le sonriera. Los frailes dominicos que vinieron a atenderlo en sus últimas horas dijeron que había muerto como un santo, pero don Íñigo, que no había dejado de estar junto a él ni un segundo y que se había apartado tan sólo unos metros a ruegos del confesor, asegurábale a Escolástica que el buen Gorricho habíase ido hacia la otra como había vivido y que, mientras el fraile le ponía los óleos, él sonreía. Al acabar, le rogó al hidalgo que se acercara para hablarle al oído.

-Mejor habría sido -le dijo con sorna- que me dieran para viático de este viaje un buen cacho de tocino. ¿Se acuerda, don Íñigo, del sabor de las judías pochas de nuestra tierra?

Así murió aquel tarambana. Fue, a su manera, un hombre libre, digno y valiente. Los amantes mentábanlo en casi todas sus conversaciones. Cuando no hablaban de los conciertos con los que amenizaba en los últimos años sus -371- veladas, sacábanlo a colación por las grandes cantidades de ají con las que el navarro despachaba sus almuerzos. Cuando no hablaban de sus balandronas, lo recordaban por algún dicho disparatado, por alguna frase sin sentido, o por un solo gesto que los hiciera reír durante días.

«Genio y figura hasta la sepultura». Íñigo repetía siempre estas palabras, emocionado ante el recuerdo de su criado fiel y amigo hasta la muerte.

Se habían quedado solos. Pocos eran los que se llegaban a su cabaña a visitarlos. La mesticilla que Gorricho dejara en el desamparo de la viudez habíase hecho en aquel tiempo ama y señora de Casa Grande y en la hacienda disponía de todo a su antojo y real gana. De vez en cuando, enviaba un propio a la cabaña con provisiones, porque no había olvidado que la casa, propiedades, animales y cultivos que con tanta astucia administraba pertenecían a los amantes. Cierta vez vínose a la cabaña un dominico por ver si precisaban de sus servicios de cura de almas. Hizo que se confesaran y comulgaran, pero no consiguió entonces convencerlos de que se unieran en santo matrimonio. Estaban muy viejos. La negra se encorvaba sobre un bastón, e Íñigo, aunque derecho como un chopo de las riberas del Oja, ya se meaba sin remedio en los calzones, y le llegaba la barba casi a la cintura. Empero, conservaban su lucidez y hallábanse convencidos de que Dios no podía, pese a lo que aseguraba el dominico, ver pecado alguno en su relación de amantes, que amor tan puro y entrega tan desinteresada como la suya eran harto difíciles de hallar en toda la redondez de la Tierra, a

lo que el frailecillo no supo oponer más objeciones que las que se desprendían de la doctrina que predicaba. De sus labios conocieron que había un francés que reinaba en España y que muchas cosas habían cambiado ya desde entonces, pero ni Íñigo ni Escolástica se interesaron demasiado en las noticias y, con el tiempo, terminaron por olvidarlas. A las charlas interminables de antaño ahora preferían el quedarse solos, tomados de la mano, mirando en silencio las puestas de sol sobre las montañas, o el rielar misterioso de la luna sobre las aguas del Madre de Dios. Estábanse durante horas abrazados, escuchando el trinar de los pajarillos.

-¿Cómo se llama el nuevo rey de España? -preguntaba a veces Íñigo, como si quisiera recordar algo importante.

-Lo ignoro, querido -respondía la negra-. Se llamará Felipe o Carlos, que así he sabido que se llaman todos.

Envejecieron juntos, como los árboles añosos. Cierto día en el que el propio de la viuda de Gorricho vino hasta la cabaña con un cestaño lleno de comida y provisiones, la halló vacía y, por las apariencias, abandonada. Llegándose -372- hasta la alcoba en la que descansaban los amantes, los encontró quietecitos, mudos y abrazados, y no hubo ruido que el indio hiciera que pudiera despertarlos. Ambos estaban muertos y sonreían. Los enterraron en el huertecillo que rodeaba la cabaña y que Escolástica había cultivado con amor hasta el último día. Volvieron al seno de la madre tierra tan juntos como los hallaron en su alcoba, pues no hubo fuerza humana capaz de separarlos. Alguien grabó una plancha de madera con sus nombres, y los indios levantaron una enorme cruz de palo que, de tan alta y tan verde, parecía a lo lejos una palmera de rara especie.

Con el tiempo, la selva cubrió con sus marañas el paraje. La cruz se deshizo acabada por las lluvias y la maleza. En los primeros años después de su muerte, veníanse hasta su tumba los indios más jóvenes y los enamorados y llevaban orquídeas de las que crecían entre la maleza, depositándolas con unción, mas esta costumbre se olvidó muy pronto y, poco a poco, los ribereños fueron olvidándose de los amantes. Hoy ya nadie recuerda en Madre de Dios la historia de amor del caballero español y de su esclava negra. A una decena de leguas de Xintuya, bajando por el río, hay un afluente de aguas muy limpias y transparentes al que los colonos siguen llamando el Caño de los Amantes, pero es muy probable que este nombre haya sido puesto por algún explorador al que le contaran la historia muchos años más tarde, quizás en los tiempos en los que la ambición de la xiringa condujo hasta el corazón mismo de la selva a los aventureros más temidos del continente. Sólo en las noches de luna llena, cuando el río crece y la lluvia hace que sus aguas se desborden, hay quienes aseguran que escuchan en sus riberas los gemidos de amor de don Íñigo y Escolástica. Levantan, entonces, las aves su vuelo, y los monos enloquecen. La tierra se hincha. Algunos aseguran, sin embargo, que es Madre Sacramento, la santa monja arequipeña, la que busca el alma de su hermano para llevarla consigo al paraíso. En las selvas de Madre de Dios todavía se guardan secretos maravillosos que los indios callan. Íñigo y Escolástica viven su amor eternamente protegidos por el silencio.

Lima, 30 de marzo de 1991.